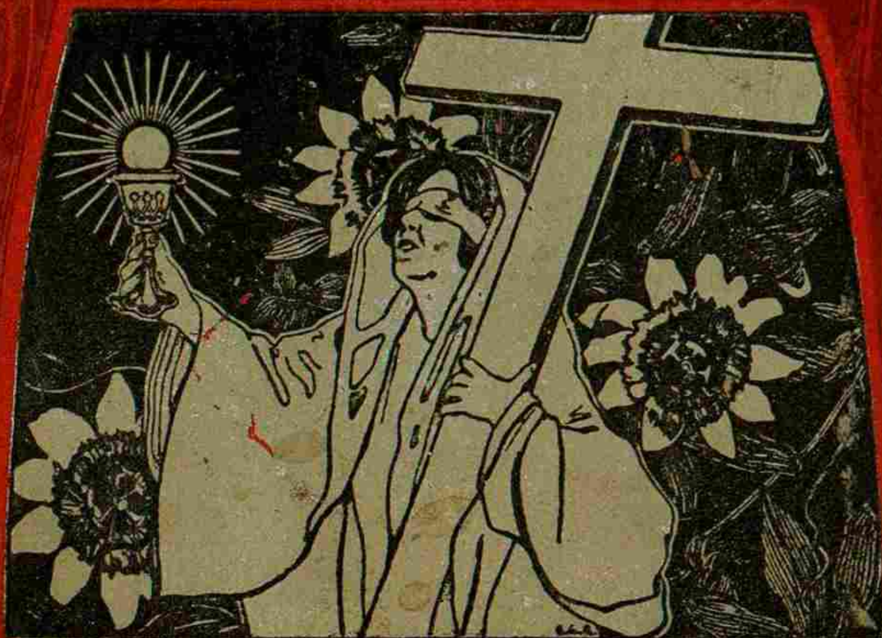
A. M. Weiss



APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

A.M.Weiss

APOLOGIA
DEL
CRISTIANISMO

SOBRENATURALEZ

TOMO



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO



R. P. ALBERTO MARÍA WEISS
del Orden de Predicadores

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

VI

TERCERA PARTE

NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA

ESPÍRITU Y VIDA DEL CRISTIANISMO

II

TRADUCCIÓN DE LA ÚLTIMA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

Dr. D. Norberto Font y Sagué, Pbro.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO





BARCELONA
HEREDEROS DE JUAN GILI
581, CORTES, 581
1906

ES PROPIEDAD



TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

PARTE TERCERA

LA DOCTRINA DEL CRISTIANISMO SOBRE LA FORMACIÓN Y LA EDUCACIÓN

CONFERENCIA XIII

LA FORMACIÓN DE LA INTELIGENCIA

1. La creación del hombre por la infusión de la inteligencia.—Los artistas y los estéticos no cesan de afirmarnos que el arte es una manifestación de entusiasmo divino. No nos cuesta trabajo creer esta afirmación, ya que encontramos en ella una explicación fácil, por el hecho de ser tan restringido el número de verdaderos artistas y de verdaderos creadores de obras maestras.

Por lo contrario, sentimos grandísima estimación por cada obra que lleva el sello del verdadero arte, y hasta cierta veneración, por no decir casi temor sagrado. El pintor, el arquitecto y, particularmente, el escritor, el poeta y el orador, tienen sobre sí una empresa tan sublime como llena de responsabilidades, pues deben expresar las verdades más profundas y los más sublimes pensamientos, de una manera comprensible para todos, á fin de entusiasmarlos y ennoblecerlos; deben ser verdaderos profetas de Dios. Nunca deben ponerse al trabajo, sin haber imitado al ángel del arte, á Fra Angélico, que no cogía nunca el pincel sin sentirse conmovido por el espíritu de Dios, después de haber orado en el más profundo recogimiento. Si los discípulos del arte, los maestros de la palabra y de la pluma, trabajasen siempre para manifestar al mundo lo que su inteligencia ha visto, después de haberse elevado á Dios, el

arte no sería lo que desgraciadamente es en la mayoría de los casos: uno de los medios más refinados de seducción, sino que sería lo que debe ser, un medio de acercarse la tierra al cielo.

Por esto repetimos de nuevo que las verdaderas obras de arte son tan raras, porque es muy corto el número de artistas que procuran unir—la mayor parte ni siquiera se cuidan de ello—el espíritu de Dios con la belleza sensible, para hacer con ellos una sola y viviente unidad. Allí donde solamente reina un destello de verdadero arte, la humanidad experimenta algo, algo así como si el espíritu de Dios la conmoviese, y le permitiera lanzar una mirada al cerrado Paraíso.

No decidiremos la cuestión de saber si estas elevadas condiciones se realizaron completamente en las pinturas maravillosas de la *Creación* de Miguel Ángel; pero confesamos que hemos comprendido perfectamente la importancia del expresado pensamiento al contemplar estas mismas obras maestras. No parece sino que algo de aquel espíritu que hacía hablar al profeta de Dios sobre la creación, con una energía inimitable y una sencillez incomparable, se apoderó también del artista, cuando emprendió la tarea de exponer visiblemente á las miradas de los hombres aquel acto de Dios.

He aquí el cuerpo del primer hombre sobre esta tierra de la cual fué formado. Está terminado, y, sin embargo, no es nada. Cada uno de sus rasgos proclama la habilidad maravillosa de la mano de Dios, y, no obstante, no ha experimentado aún los efectos de su soplo vivificador. Este cuerpo es perfecto en cuanto á la forma, pero está vacío; tiene una hermosura sorprendente, pero está inmóvil, semejante á una belleza muerta en la flor de su juventud, semejante á la incompleta vida de la flor que se cierra durante la noche, al hombre abrumado de sueño, que trata en vano de despavilarse y que inútilmente procura esclarecer sus pensamientos,—imagen sorprendente de esas creaciones artísticas, á las cuales no falta más que

la vida, porque el artista no ha olvidado darle sino una sola cosa: el espíritu.—Pero he aquí que viene sobre las alas de la tempestad el Señor de la vida, el Padre de los espíritus, [1] y apenas toca su dedo lo que estaba privado de luz y de vida, apenas le reanima su soplo, cuando este ser se levanta en plena posesión de sí mismo, y se alza lleno de arrogancia y nobleza sobre la tierra, como dueño del mundo é imagen de Dios; en una palabra, como alma viviente. [2] La creación está realizada. Dios descansa entonces del trabajo que ha hecho, [3] porque el espíritu que ha salido de Dios se ha unido á la naturaleza, y, por él, vuelve al corazón de Dios todo lo que salió del Divino Verbo cuando sigue su destino.

2. La antigüedad sin vida intelectual.—Tal es la historia de los principios de la humanidad. Tal es también la historia de origen del Cristianismo, ó, lo que es igual, de la restauración de esa misma humanidad.

El que examine la situación del mundo en tiempo de los Césares, verá levantarse involuntariamente ante sí la imagen de un cadáver que espera un soplo vivificador. Aquí no queda vestigio alguno de aquella belleza pura y sin mancha del cuerpo todavía inanimado de Adán, sino que tenemos ante los ojos un cuerpo cubierto de heridas, de asquerosa lepra y roído ya por la podredumbre. Con horror nos desviamos de él. No dejamos de conocer que, aun en ese triste estado, aparecen en el mismo algunos rasgos de su grandeza y fuerza pasadas. Estos rasgos nos dan á conocer claramente que el todo ha venido á ser presa de una decadencia terrible. Una sola cosa nos consuela, y es que el último vestigio de la vida no ha desaparecido aún. Recordamos involuntariamente la imagen de Adán, tal como el artista lo representa. Aun no tiene, es verdad, espíritu, pero sí parece abrigar un presentimiento de que la aurora de la vida va á elevarse muy pronto para él; está

(1) Hebr., XII, 9.
(2) I Cor., XV, 45.
(3) Gen., II, 2.

inerte ante nosotros. Sin embargo, la vida y el espíritu no están tan alejados de él, que no trate de alcanzarlos.

Esta no es una arbitraria opinión nuestra. En tiempo de Jesucristo, los espíritus serios describen de manera análoga la situación del mundo de entonces. No vivimos, dicen; querríamos vivir, y no encontramos medio para vivir. Si una mano misericordiosa y un dedo vivificador no se extienden hacia nosotros para levantarnos, es preciso renunciar á la vida. [1]

Con todo, no veían su situación al través de prismas demasiado oscuros, ni exageraban exponiendo así su situación. Las horribles palabras con que da principio la historia de la civilización de la humanidad caída, las terribles palabras de Dios: «Mi espíritu no debe vivir eternamente en el hombre, porque es carne», [2] son á la letra el programa de la historia universal hasta Jesucristo. Si las palabras de la Sagrada Escritura han tenido siempre exacto cumplimiento, como se confirma por la historia de miles de años, en esta ocasión su testimonio es irrecusable. El espíritu de Dios se retiró cada vez más de los hombres, y, en la misma proporción, la carne continuó corrompiendo sus caminos sobre la tierra. [3] Pero el espíritu del hombre es inmortal, y no hay corrupción alguna que pueda apagar por completo esta centella divina. Sin embargo, la humanidad ha comprendido perfectamente, al sumergir á este espíritu tan profundamente en las cosas terrenas, que ha merecido con razón verse calificada por el espíritu de Dios con el censurable dictado de espíritu de la carne. [4]

Ciertamente, estamos muy lejos de desconocer las grandes acciones de los antiguos héroes, así como los esfuerzos intelectuales de los pensadores antiguos; pero toda acción, toda producción intelectual, aun las más grandes, no pueden

(1) V. *Tom.* IV, *conf.* XX, 6.
(2) Gen., VI, 3.
(3) Gen., VI, 12.
(4) Numer., XVI, 22; XXVII, 16. Job, XII, 10.

tener estabilidad y vida verdadera, sino por consecuencia de miras más elevadas. No es el trabajo que se ejecuta, pero sí el fin que uno se propone con él, lo que decide de la importancia y valor del mismo. Ahora bien, si preguntamos los motivos que han determinado á esas antiguas grandezas tan celebradas á arrostrar tantos peligros, y con qué objeto han hecho tan grandes esfuerzos intelectuales, y llevado á cabo tantas acciones heroicas,—no podemos nada contra la verdad,—encontramos á este propósito poco que nos consuele y nos eleve. El móvil que casi siempre hace obrar á estos hombres, móvil que no tratan de ocultar, si no es un vil deseo de lucro ó de dominación, por lo menos es una baja ambición; tal es el espíritu que anima constantemente sus trabajos y sus sacrificios. El más poderoso impulso que conocen, consiste en apropiarse la tierra; el mayor vuelo que toman, es para que su nombre sea conocido en todo el mundo.

Viviendo sobre la tierra, arraigados en ella con harta frecuencia, por desgracia, como enterrados en la misma, alentando únicamente para la tierra, y no aspirando á otra inmortalidad que á dejar aquí un pequeño recuerdo de sí mismos, no conocen más que la tierra, no piensan más que en la tierra, sólo buscan la tierra. Viven sobre ella, hacen en ella su nido y están contentos de ella. No tienen más que burla y desprecio para cualquiera que busque otra cosa más grande y elevada. «¿En qué piensan, pues, estos cristianos?—esclama Cecilio, el desabrido pagano.—¡Personas hay que apenas comprenden la vida terrena y piensan seriamente poder comprender algo de lo sobrenatural! ¡Oh, cristianos insensatos, si tenéis solamente una chispa de inteligencia y el más pequeño sentimiento de honor, abandonad esas ilusiones! ¿Por qué escudriñáis todos los rincones del cielo y de la tierra? ¿Qué más necesita el hombre que la tierra que tiene bajo sus pies?» [1]

Tal es la expresión fiel y verdadera del espíritu que animaba al Paganismo, si es que la palabra espíritu puede

(1) Minucius Felix, *Octav.*, 12.

aplicarse aquí. Si los mismos paganos confiesan esto, ¿debemos nosotros elevarlos á una altura en la que ni siquiera pensaron? ¿Es injusto, pues, negarles la vida según el espíritu? Si se tratase de un espíritu terrenal, carnal, perecedero, no tendríamos dificultad en concedérselo. El que les atribuye un espíritu más elevado, puede preguntarse á sí mismo lo que significa la palabra espíritu. ¡Cómo hubieran sonreído los antiguos viendo los ensayos que sus adoradores actuales hacen para atribuirles una gloria, á la que ellos mismos no aspiraban! El único que tuvo el presentimiento de lo que es el espíritu, y lo que el mismo espíritu debe y puede hacer del hombre, es, á nuestro juicio, Platón. Y aun este solo hombre no sabe repetir, hablando del espíritu, tal como aprendió á conocerlo en derredor suyo, más que estas solas palabras humillantes—y constituyen el pensamiento más sublime al que la antigua filosofía ha podido elevarse:—«Este espíritu está encerrado en la carne como en una prisión.» [1]

Vida que no es vida, según el espíritu, pero sí un hundimiento de éste en las cosas terrenas, todo lo más un débil deseo del mismo de verse libre de la prisión de la carne en la cual gime; he aquí todo lo que encontramos como resultado de la más alta civilización del mundo que precedió á Jesucristo.

3. La prueba está en la educación antigua.—Sin duda, es este un juicio duro, pero está confirmado por los hechos. No tenemos más que lanzar una mirada al terreno en que esta cuestión puede, con mayor seguridad, decidirse. En ninguna parte se ve más claramente el espiritu que anima á una sociedad ó á una época, que cuando se examina lo que ésta considera como formación intelectual, y la manera de ordenar, según esto, la educación.

Hablamos de la educación y de la formación del espíritu. Una educación que no tienda á formar el espíritu, y, por consiguiente, un simple adiestramiento para desen-

(1) Plato, *Phædo*, 29, p. 82, e.

volver la fuerza y la agilidad físicas, ó para hacer un buen soldado, no merece el nombre de educación. [1]

Tal era el género de educación á que estaban sometidos los niños en las famosas escuelas persas, primeros establecimientos de educación colocados bajo la vigilancia del Estado. Apenas se hacía mención de una instrucción propiamente dicha en las ciencias. Los persas no pensaban en la formación moral más que los otros pueblos de la antigüedad. En realidad, no se ocupaban más que de tres cosas: enseñar á los niños á ser buenos caballeros, á tirar con seguridad, y hacerles perder la inclinación á la mentira, vicio nacional conocido desde la más remota antigüedad. [2]

En Esparta, la supuesta educación era quizás aun más inferior. Sin duda, hoy más que nunca, se pondera la educación maravillosa de esta ciudad. Dícese que ella ha sabido formar espíritus libres y un pueblo vigoroso. Parece que los esfuerzos hechos con el fin de educar valientes soldados para el Estado inspiraron á Licurgo medidas que no pueden menos de llamarse excelentes, si es que el hombre no tiene sobre la tierra una fe más elevada que la de pelear y hacer pelear. Y aquí precisamente es donde podemos observar mejor la manera como el espíritu se aviene con semejantes métodos de educación. No bastaba que este método de educación rompiera los lazos más sagrados de la familia, ni que se valieran, para endurecer á los niños, de medios que no pueden menos de llamarse crueles, sino que los inducían al robo, á la mentira y á toda clase de maldades, únicamente con el fin de hacerlos industriosos para la guerra, y para que defendieran ventajosamente los intereses de la patria. [3] Para obtener una raza valiente, llegaban hasta el extremo de obligar á las jóvenes, [4]—cosa que no podría creerse, si no fuese atesti-

(1) Cf. Xenoph., *Cyrop.*, 1, 2, 2.
(2) Herodot., 1, 136, 2. Strabo, 15, 3, 18. Xenoph., *Cyrop.*, 1, 2, 6 y sig. *Expedit.*, 1, 9, 3 y sig.
(3) Plutarch., *Lycurg.*, 17, 4.
(4) Theocrit., 18, 22 y sig. Plutarch., *Lycurg.*, 14, 3 y sig.

guada por testimonios auténticos—y á las mismas mujeres, (1) á hacer gimnasia en público, y esto á la manera griega, y militarmente. Difícil sería imaginar un desconocimiento mayor de los fines que la educación debe perseguir y de los derechos que concede. Esta ceguedad acarreó males, de los cuales es mejor no hablar. Los otros griegos, que, sin embargo, no eran demasiado delicados desde el punto de vista moral, dicen con horror que todo se podía encontrar entre los seres educados según la manera de educar empleado para las jóvenes y las mujeres espartanas, excepto el espíritu de castidad virginal, la modestia femenina, y las virtudes domésticas. (2) Sólo Domiciano era capaz de entusiasmarse con tal degradación del sexo femenino. (3) A la pedagogía moderna estaba reservado introducir de nuevo este extravío incomprensible en toda su extensión.

De ordinario, la antigüedad fué más exigente en materia de educación. Pero en todas partes ateníase á concepciones muy oscuras sobre este asunto, y á débiles deseos para obrar mejor que Esparta.

Esto se aplica particularmente á Atenas. Si preguntamos cuál era el ideal de formación intelectual que allí perseguían, no deberemos concebir muchas ilusiones, para que no sea más grande nuestra decepción. Uno de los hechos que mejor idea nos ofrece de lo que era la realidad, consiste en que el primer hombre de Estado de Atenas, y uno de los espíritus más poderosos de la antigüedad, Pericles el Grande, descuidó completamente la educación de Alcibíades, el joven mejor dotado de todos los de Atenas, y que le había sido confiado como pupilo. (4) Encargó este cuidado á un esclavo, á un extranjero despreciable, al tracio Zopyro, que ya no podía servirle, á causa de su avanzada edad. (5)

(1) Aristophan., *Lysistr.*, 82. Xenoph., *Laced.*, 1, 4.
(2) Plato, *Leg.*, 1, p. 637, b. 6, p. 781, a. b. Aristotel., *Rhetor.*, 1, 4, 6. *Polit.*, 2, 6, 5. Euripides, *Andromache*, 595 y sig. Juven., 6, 252. Corn. Nepos, *Præf.* Diodor., 1, 81, 7.—(3) Sueton., *Domitian.*, 4.
(4) Plato, *Alcibiades*, I, 14, p. 118 e.
(5) *Ibid.*, I, 17, p. 122, b. Plutarch., *Lycurg.*, 16, 5.

No es de extrañar, pues, que Sócrates dijera de este joven que carecía de educación é instrucción, á pesar de tener ya veinte años, y eso que era su discípulo predilecto. (1) Plutarco da como regla general lo que aquí se dice del más grande de los griegos, á saber, que ordinariamente era el más incapaz de todos los esclavos, ó uno de los que más costaban de alimentar á su dueño, el que se escogía como preceptor por motivo de economía y por indiferencia. (2) Sin duda, la ley ordenaba á todo ateniense educar á sus hijos para hacer de ellos buenos ciudadanos. (3) Pero ¿cuál debía ser el pensamiento del vulgo sobre este asunto, cuando el mismo Platón, que había reflexionado sobre la educación de la juventud más que todos los atenienses juntos, y que proponía como fin de la educación, no una apariencia externa, pero sí una apreciación real y verdadera de la virtud, (4) resume en dos palabras lo que le concierne: «La gimnasia para la formación física, y la música para la formación intelectual?» (5) No podemos abstenernos de decir que estas bellas palabras sobre la formación intelectual son frases vacías. En realidad, á pesar de todos los filósofos y de todas las escuelas de filosofía, la formación física por medio de la gimnasia, de la lucha, de la carrera, de la natación, á la cual se unía un poco de música y de cuentos, absorbía en Atenas todos los cuidados y todos los momentos.

No en balde los griegos han venido á ser los favoritos y el ideal de nuestros supuestos hombres instruídos. Bien puede decirse que en aquel pueblo de superficiales apariencias, bastaba que uno se presentase como bailarín benemérito y como declamador elegante, dotado de gran habilidad de lenguaje y de espíritu pronto para la réplica, para gozar inmediatamente de la reputación de hombre distinguido é instruído. De esto se deduce que, ante todo,

(1) Plato, *Alcibiades*, I, 18, p. 123, d.
(2) Plutarch., *De liberis educ.*, 7.
(3) Plato, *Crito*, 12, p. 50, d.
(4) *Id. Republ.*, 3, p. 402, b. y sig.
(5) *Ibid.*, 2, p. 376, c.

veían en la educación un medio de enseñar á cualquiera á poseer una conversación agradable, á tratar toda cuestión con inteligencia y crítica, sin profundizar nada, á andar por la calle con elegancia para llamar la atención, (1) á no balancear los brazos, (2) á levantar con gracia el manto, (3) á comer con la mano izquierda, y no con la derecha, (4) á tomar la carne salada con una sola mano, y el pescado, el pan y el asado con las dos. (5) Si se mostraban hábiles en estos difíciles juegos de manos, tenían fácil entrada en la sociedad distinguida y el derecho de hablar en todas las esferas en que los hombres instruídos daban el tono. Si sabían además tocar la cítara, la flauta, recitar los versos elegantes con que Homero y Hesiodo contaban las aventuras poco morales de Júpiter y Venus, y otros productos de una imaginación impregnada de mitología; si recordaban otras reglas generales relativas á la vida y algunas sentencias sacadas de poetas gnómicos, si sabían escribir y dibujar, (6) eran considerados como modelos de educación intelectual.

Más tarde, bajo la influencia romana, y con la intención de alcanzar del Estado una situación política bien considerada, ó mejor, un empleo lucrativo, se estableció la costumbre de añadir á las materias de instrucción superior un poco de retórica, dialéctica, aritmética, geometría, algo de filosofía y unas cuantas leyes aprendidas de memoria. (7)

En Roma mismo, donde no se hacía gran caso de la cultura, y donde no se hablaba tanto de ella como en Atenas, la educación no había llegado á este grado de decadencia. Sin duda que se deplora también que en esta ciudad nada costase menos al padre que la educación de sus

(1) Plato, *Charmid.*, 7, p. 159, b.
(2) Æschines, *C. Timarch.*, 25 y sig.
(3) Plutarch., *Virtutem doceri posse*, 2.
(4) Plutarch., *Lib. educ.*, 7.
(5) *Ibid.*, *Virtutem doceri posse*, 2.
(6) Plato, *Republ.*, 3, p. 401, a.
(7) Lucian., *Anacharsis*, (49) 22. Juvenal., 14, 192 y sig.

hijos. (1) Sin embargo, se tenía mucho cuidado en la elección de profesor. En los mejores tiempos, y en las familias acomodadas, los padres consideraban á menudo como un deber y como un honor educar por sí mismos á sus hijos, como lo hicieron, según cuentan, Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia, madre de César, y Attia, madre de Augusto. (2) Catón el Antiguo convirtióse también en preceptor de su hijo, tanto por avaricia como por orgullo, á fin de que el joven, lleno de ilusiones, no sufriese la vergüenza de que le tirase de las orejas un maestro de inferior categoría. (3) Augusto también llenó, en cierto modo, sus deberes de padre, haciendo instruir á sus hijos en compañía de otros muchos jóvenes. (4) En Roma, no descuidaban, pues, por principio la educación de los niños como en Grecia. Pero allí también el sentimiento terreno del romano hizo que su educación se limitase casi exclusivamente á lo que prometía una utilidad inmediata, (5) ó á lo que disponía al futuro ciudadano á desempeñar un empleo público con dignidad y nobleza. (6) Los mismos autores romanos hacen notar que el signo característico de su educación consistió en estar calculado para que resultase en beneficio de los que podían ser útiles en la vida pública. (7)

En Roma no se trataba de la verdadera formación del espíritu y de la voluntad, por la sencilla razón de que en aquel pueblo duro no había uno solo que tuviese idea de lo que es el corazón y el espíritu.

Según esto, podemos afirmar sin temor de cometer una injusticia, que antiguamente no tenían idea alguna de lo que es el espíritu. En general, la vida real no ofrece muchas de estas cosas elevadas que tanto pondera la peda-

(1) Juvenal, 7, 186 y sig.
(2) Tacit., *Orator.*, 28.
(3) Plutarch., *Cato*, 20, 6, 7.
(4) Sueton., *August.*, 48.
(5) Cicero, *Dialog. orator.*, 1, 34.
(6) Cicero, *Pro Murena*, 10.
(7) Horat., *Ars poet.*, 323 y sig. Martial, 5, 56.

gogía. Si ahora ésta no conoce ya lo que es educación ni espíritu, ¿qué irá á buscar en ese baturrillo? La historia de la educación entre los antiguos nos da por esta razón pleno derecho á sostener nuestro juicio. Aprender á utilizar las cosas de la tierra, ser bastante hábil para ordenar bien su vida aquí bajo, poseer un poco de ciencia, de habilidad en la conversación, y cierta destreza, en una palabra, saber apropiarse ciertos conocimientos y ciertas artes que hacen la vida más agradable y más lucrativa, añadir á esto cierta circunspección y cierta elegancia, he aquí lo que el mundo ha comprendido por la palabra *espíritu*,—si es que es permitido aplicar esta palabra á la historia de la civilización antigua,—hasta el momento de la aparición del Cristianismo.

4. Falta de inteligencia en la formación y en la educación moderna.—No pocas veces, al tratar este asunto, hemos pensado en los puntos de íntimo contacto que hay entre la pedagogía antigua y la moderna. Esta última no oculta la unión que existe entre ambas, por el contrario, se vanagloria de ello en todas partes, ya que precisamente considera como su mayor honor el haber vuelto al ideal de la antigüedad, y haberse desprendido del espíritu del Cristianismo, afirmando que sólo por este camino puede llegarse á la verdadera civilización. De aquí que se oiga decir en todas partes: «¡Nada de catecismo en las escuelas! ¿Qué tiene la religión cristiana de común con la educación? ¿Quién podrá educar á los hombres con sólo oraciones? ¿Para que sirve ese cúmulo de fórmulas de fe, con que vuestra Iglesia aplasta á los espíritus? No es extraño que vuestros misioneros, con sus salvajes, y vuestros catequistas, con sus niños, obtengan tan escasos resultados. En vez de empezar por transformar vuestros salvajes en hombres instruídos, civilizados, les enseñáis el disimulo y oraciones que nada tienen que ver con la vida y la civilización. [1] En vez de hacer de vuestros niños

(1) Marno, *Reise in d. œgypt. Æquatorialprovinz*, 54, 105, 108. Rentzsch, *Handwœrterbuch der Volkswirthschaftslehre*, 208 y sig.

hombres honrados, ciudadanos instruídos, madres capaces, los atormentáis, haciéndoles aprender frases tan profundas, que los más hábiles maestros en la especulación apenas comprenderían. ¿Es que un tormento intelectual tan estéril como este puede reivindicar el nombre de educación?»

Conocemos estos reproches; los oímos con demasiada frecuencia; pero les respondemos tranquilamente: «Ahora nos toca á nosotros asombrarnos. ¿Nos preguntáis de qué puede servir todo esto? Pues bien, aun cuando todo esto no sirviese más que para enseñar al hombre, en su tierna edad, que hay cosas más elevadas que él; aunque sólo sirviese para despertar en la niñez la humildad, la modestia, la idea de lo infinito y el deseo de la eternidad, sería ya de un valor inapreciable».

Pero esto tiene aún otro fin, y, á nuestros ojos, el principal de todos. No tenemos porqué hacer de ello un misterio. En todas partes donde podemos obrar con libertad, damos la mayor importancia, en la educación del hombre, primeramente al conocimiento de las verdades de la fe y á la práctica de la religión, y esto porque nuestra primera intención consiste en despertar, aguzar y formar el espíritu.

Con esto hemos tocado otra de las diferencias esenciales que existen entre la pedagogía humanista y la cristiana, y sobre ella vimos ya que la diferencia de miras sobre la necesidad de una disciplina severa en la educación, dependía la mayoría de las veces de la aceptación ó de la negación del dogma del pecado original. Aquí toda la diferencia consiste en saber si se cree que, en resumidas cuentas, el hombre está ó no destinado á un fin sobrenatural. Este racionalismo pedagógico, tan orgulloso y tan pobre de ideas, no hace más que sonreir cuando la abuela dice á su nietecito que no se debe tirar al suelo un pedacito de pan, porque es un dádiva que nos hace Dios, así como cuando dice que comemos, dormimos y buscamos los medios de conservar la salud y robustecernos, para poder servir á Dios y ser dichosos; ese racionalismo considera

como una tendencia embrutecedora del pueblo, el que se le haga rezar para protegerle contra el rayo, la lluvia y los terremotos, y el que se le dé á entender que el trueno es la voz de Dios. Esto es muy comprensible tratándose de un sistema que, si no niega á Dios de una manera general, por lo menos niega la intervención de una providencia divina en las supuestas leyes naturales inmútables. De ahí provienen, en la pedagogía moderna, esos esfuerzos que se hacen para ahogar en los niños, á la primera ocasión propicia, la fe sobrenatural. Apenas un niño ha pasado algunos años en la escuela, cuando ya empieza á burlarse de su madre, porque hace la señal de la cruz cuando el relámpago surca la nube. «Pero, hijo mío—dice la madre—¿no ves que Dios te amenaza, si no eres bueno?» «¡Ah!—responde el mozalbete inexperto,—el maestro nos ha dicho que eso no es verdad. Sólo los viejos obran así, porque no saben de qué manera se produce la tempestad.»—«¿Lo sabes tú?»—«Naturalmente que lo sé»—exclama el pequeño abriendo una boca más grande que el cuclillo en su nido, y cerrando los ojos, como el gallo que sabe de memoria toda su sabiduría.—Y empieza á relatar todo lo que sabe: «La tempestad es un choque atmosférico acompañado de descargas eléctricas, choque que resulta de la condensación rápida del vapor de agua contenido en el aire.»

¡Y siempre lo mismo!

Para estas víctimas de la sabiduría escolar, la vida no es otra cosa que el resultado de todos los fenómenos que se designan con el nombre de asimilación y desasimilación. El único fin que se proponen al comer y beber, consiste en favorecer la formación de nuevos tejidos y cuidar de que el oxígeno destruya los alimentos ingeridos y procure medios de respiración. Con esto, llenos de orgullo, se frotan las manos esos modernos profesores, y los padres no pueden contener su alegría, viendo la magnífica educación que dan á sus vástagos llenos de esperanza.

Proponemos ahora esta cuestión. ¿Es esto espíritu? ¿Puede calificarse esto de educación del mismo? Queremos admitir cuanto humanamente sea posible; pero aquí hemos llegado al último límite. Prescindamos de que el niño no comprende mejor que pudiera hacerlo un estornino ó un loro esa terminología que le enseñan en la escuela. Pero, aunque comprendiese esas frases, ¿qué sacaría en claro de ellas? Lo mismo que si yo, para importunarle, en términos más inteligibles, le dijese: «¡Atención! Voy á decirte algo que te hará al instante mil veces más inteligente que lo has sido hasta ahora. ¿Sabes para qué comes? Para que no sientas hambre ni frío.—¿Sabes cuando truena?—Truena cada vez que relampaguea, y ordinariamente relampaguea cuando la lluvia es abundante.» Seguramente que el niño se echará á reir y dirá: «¡Eso ya lo sabía yo!» ¡Oís la confesión del niño por su misma boca! Con toda la sabiduría, lo mismo sabe antes que después. Ha aprendido muchas palabras, palabras sabias, palabras oscuras; pero no ha aprendido nada de lo que es la cosa en sí misma. ¿Y llamáis á esto formación del espíritu? Ahí no hay más que palabras vacías de sentido, conocimientos superficiales, bagatelas, por no decir mezquindades; pero en todo esto no hay nada que despierte la inteligencia y que eduque, nada que merezca el nombre de inteligencia, á menos que no sea el espíritu de presunción y de jactancia.

Sí, tal educación fomenta poderosamente este espíritu, pero, á pesar de todo su oropel externo y sus aires de erudición, está completamente desprovista de espíritu. Enseñan á los niños á hablar de todo; pero ¿de qué modo? Les hacen creer que todo lo comprenden; pero ¿qué es lo que comprenden? Oyen tocar las campanas en la luna, ven crecer la yerba en el suelo y á las moscas estornudar en las paredes. Saben exactamente lo que Júpiter y Juno hicieron juntos, y cómo nuestros antepasados comían las bellotas cuando todavía eran gorilas. Pero ¿quién les ha dicho lo que es preciso practicar para vivir dichosos en la tierra y hacer dichosos á los demás? ¿Quién les ha dicho que la vanidad es odiosa, que la inmoralidad es un peca-

do mortal, y la coquetería el principio de la inmoralidad? ¿Quién les ha dicho que la miseria del hombre proviene de su avidez por los goces, y su descontento de la tendencia á no privarse de ninguna satisfacción, á no mortificar sus sentidos, ni ofrecer sacrificios á Dios? ¿No le sería todo esto más ventajoso? ¿Es, pues, tan difícil comprender que no se pueden formar aldeanas y niñas de ciudades, enseñándoles simplemente historia natural, astronomía, mitología y anatomía? Nos reprochan de que, con nuestra educación religiosa, no podemos formar ciudadanos capaces, obreros honrados, ni madres llenas de abnegación. Mas parece que no tenemos necesidad de defendernos de esto. Por ventura, ¿la educación orgullosa que se da en nuestros pensionados, donde los alumnos aprenden á deleitarse ante las estatuas antiguas y con la lectura de poetas modernos, á frecuentar los teatros, conciertos y museos, á maltratar pianos y destrozar versos, ¿hace jóvenes más virtuosas, madres más hacendosas, mejores maestras y amas de casa? ¿No podríamos redargüir diez veces las mismas acusaciones á los que tanto se complacen en dirigírnoslas?

Pero dejamos todo esto á un lado y contestamos á toda esta pedagogía moderna con los siguientes versos de un antiguo é ilustre poeta:

«Muchas gentes miran las estrellas, y cuentan sobre ellas cosas maravillosas. Yo prefería que me dijesen qué yerba crece en sus jardines. Si pueden ilustrarme sobre esto, las creeré también en otras cosas.» (1)

Interpretan estas miras como prevenciones nuestras; creen que condenamos la civilización profana, únicamente porque hace más ó menos abstracción de la religión, y afirman que no deberíamos desconocer que realiza cosas muy grandes en el dominio temporal y terrestre. Mucho se equivocan haciendo esta restricción. Sin duda sentimos la carencia de religión que invade la educación. Si por lo menos, con esta educación racionalista, despertasen el buen

(1) Freidank, 19, 1 y sig. (Bezzenberger, 84).

sentido, habría siempre medio de entendernos. Pero el buen sentido zozobra aquí como todo lo que es sobrenatural.

Y ¿cómo sería posible que ocurriese esto de otro modo, cuando los mismos educadores dicen, por un lado, que nada les es tan desconocido como el niño, y, por otro, sacan de ello la consecuencia de que es preciso formar al niño desde todos los puntos de vista, con la Antropología, la Etnografía, la Antropometría, la Patología, la Fisiología, la Psicología, la Neurología, etc., etc.; en una palabra, con un cúmulo de ciencias indigestas, que, en conjunto, reciben el nombre de Pedagogía?

Inculcan demasiados conocimientos á nuestros niños; pero no hay más que una desgracia, y es que nadie puede obtener de ellos cosa alguna sensata. ¡He ahí delante de vosotros á los pobres estudiantes, ni más ni menos, que, como dice el proverbio, con los zuecos llenos de paja! Los atracan de ciencia hasta los talones; pero, si los examináis, os persuadís inmediatamente de que todo eso no es más que paja. Andan tan fácilmente como la mala madrastra de Blancanieve, con sus zapatillas ardiendo. No abren la boca más que para mofarse: «¡Oh!, si no te tuvieran á ti y á la cuchara, tendrían que beberse la sopa!» (1) Pero cuando se trata de actos serios y prácticos, se ven obligados á decir con el poeta astuto: «¿De qué le sirve á un imbécil que la dicha le sea favorable, si, aunque lloviese sopa, carece de cuchara para comerla?» (2)

Deberían grabarse estos dos principios en nuestros edificios escolares, pues se tendría entonces una respuesta sensata sobre la moderna formación intelectual, tan indigna de su nombre.

Pero hablemos seriamente de una cosa tan importante como terrible. Falta el espíritu en todo este género de educación, y de aquí que esta educación no forme el espí-

(1) Kœrte, *Die Sprichwœrter der Deutschen* (2), 4961, e.
(2) Gœthe (G. W. 1827, II, 266). Düringsfeld, *Sprichw. der germanischen und romanischen Sprachen*, II, 141 y sig., n. 253.

ritu, y por cuanto el espíritu no se forma, tampoco queda formado el hombre.

No condenamos ciertamente una ciencia justa y permitida, ciencia que esté en su verdadero lugar, y que no ponga obstáculos á fines más elevados.

Desgraciadamente, estas tres condiciones no se encuentran á menudo realizadas en la educación que reina actualmente. Lo que se enseña, no llega al espíritu, ni, con mayor razón, lo penetra y lo educa. En donde estas tres condiciones no se cumplen, no puede tratarse de formación intelectual.

Nadie negará que esta educación racionalista, á la par que cosas peligrosas é inútiles, enseña también muchas excelentes. Pero la tarea de la formación intelectual, ¿quedaría agotada, y no habría más que aprender de las cosas que el hombre debe conocer, una vez que se le hubiese enseñado la composición y la aplicación del estiércol, el esqueleto del pez, las principales plantas venenosas, con algunas nociones de lenguas extranjeras y de latín? ¿Quién será tan ciego que no vea cuán mezquino y superficial es todo esto? La escuela de otros tiempos quizá descuidó demasiado enseñar á cada uno lo que debía conocer y era útil que conociese. Pero el perjuicio, fácilmente reparable, de este sistema no puede compararse con los inmensos inconvenientes de la escuela moderna, la cual, con el primer porqué que se presenta, oculta el único y supremo porqué, y por el fin mínimo, incierto y pasajero de algunos granos de arena, hace olvidar el solo y último fin de todo y de todos, y, por consiguiente, este fin, sin cuyo conocimiento, nadie puede ser bueno y dichoso. Si se comparan los dos sistemas, veráse que, sobrecargando la inteligencia de cosas accesorias, se ha de acabar por aplastarla con relación al cumplimiento de su empresa terrestre. Ahora bien, este es el mal menos importante, aun cuando no deja de ser bastante grande. Bajo este aspecto, el sistema moderno ha faltado completamente al fin que debía proponerse. Desde el punto de vista económico, se reclama con razón el desgravamen de la propiedad, y desde el político, se pide igualmente, y con justicia, la disminución de los impuestos, á fin de que la sociedad no perezca. Pues bien, nosotros reclamamos con más energía aún, desde el punto de vista pedagógico, el desgravamen intelectual para la juventud, á fin de que, con este exceso de alimento, la inteligencia humana sana no caiga herida de apoplegía y no perezca asfixiada.

5. Muchos espíritus y poco espíritu.—Después de todo esto, tenemos derecho á decir que, entre las cosas que con más frecuencia se nombran y menos se conocen, hay que citar en primer término la inteligencia. ¡Cuántos hombres hay que, durante su vida, no han pensado en ella ni un minuto! ¡Cuántos hay que no sienten la más mínima pena por haber postergado y aun extinguido en ellos esta hermosa facultad! [1] Cuando algún individuo pierde la vista física, se muestra inconsolable, y todo el mundo le compadece; pero cuando alguno rechaza con insensatez la luz y la vida misma del espíritu, se ríe de ello, y el mundo le admira como un hombre de valor y de genio. ¿Se puede, pues, también perder la inteligencia?—pregunta el vulgo con escepticismo é ironía.—Se puede desgraciadamente, y con harta facilidad. Esta sola respuesta confirma nuestra doble afirmación, ya que, en primer lugar, el mundo comprende poco lo que es la inteligencia, y luego que, si uno quiere encontrarla, tiene que dirigirse á otros y no á sí mismo.

«Amados míos, no queráis creer á todo espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios»—[2] dice el Apóstol de la caridad.—Con esta exhortación, demuestra que conocía el mundo. ¡Oh! ¡cuán necesario es conocer los espíritus de cerca, antes de fiarse de ellos! Muchos espíritus han entrado en el mundo, pero no son los verdaderos: grandes espíritus que viven solamente en la carne, gentes de espíritu que engañan á todos aquellos con quienes se ponen

(1) Thess., V, 19.
(2) 1 Joan., IV, 1.

en relación; gentes que se dicen espirituales, pero que no tienen espíritu. No faltan gentes de espíritu, pero de espíritu muy imperfecto. He aquí los librepensadores que, en su ciego fanatismo, se golpean la cabeza contra la pared cuando ven un crucifijo; he aquí los espíritus fuertes; toda su fuerza se reduce á aplastar lo que es débil y manchar lo que es puro. Por otra parte, he aquí esas personas de buen tono que no saben hacer otra cosa que dorar el vicio y extraer de lo bello miel envenenada. He aquí tres clases de espíritus, cuyo predominio indica siempre la ruina y disolución próxima de la civilización.

A estas tres clases de espíritus, podemos añadir otra que con razón se debe mirar con desconfianza; tal es la clase de personas espirituales. Si éstas se ponen de moda y son objeto de una consideración particular, desde el punto de vista de la civilización ejercen la misma influencia sobre la degeneración de un pueblo, que el uso del alcohol en estado de epidemia. Lo que les da todo el atractivo y todo el encanto embriagador, es exactamente algo de análogo á lo que se desprende de la podredumbre de un cementerio, ó de los lugares en que se arrojan las inmundicias. El predominio de la manía de aparentar ser persona de espíritu es una señal de descomposición de la civilización. Los últimos tiempos de la Grecia de Pericles, tan fecundos en filósofos y cortesanos, y cuyos bellos términos nos han conservado Diógenes Laercio y Ateneo; la deificación en estilo grandioso de los vicios más abominables, en el período de esplendor de los humanistas; las agudezas y los juegos de palabras deslumbradores de los salones franceses y las *sociedades literarias* que se fundaron en los reinados de Luís XIV y Luís XV; los clubs infernales ingleses á partir de Carlos II; la vida de la alta sociedad, y la conducta de la literatura que hoy da el tono, todo esto prueba desgraciada y más que suficientemente esta triste verdad.

Para probar que el espíritu y la manía de pasar por personas ilustradas apenas tienen nada de común, pueden

servir la mayoría de los ejemplos que acabamos de citar. Estudiándolos á fondo, se puede afirmar con toda seguridad de conciencia que cuanto más quieren pasar por personas de espíritu, menos espíritu tienen, que cuanto más brillante aparece su exterior, más superficial es. Estas gentes espirituales pasan sobre las dificultades como el gallo sobre el carbón ardiendo. Las pruebas no les causan mayor embarazo que el cordero al lobo; pero si se trata de ofrecer ideas deslumbradoras, salidas paradógicas, y de deshacerse súbitamente y con audacia de un adversario honrado, entonces las encuentran inmediatamente. Es triste que haya personas de esta índole; pero lo que es insoportable, es ver de qué manera se ganan la opinión general. Evitan el encuentro del hombre serio y le llaman pedante fastidioso; colman de gloria y de empleos al hombre de espíritu agudo, aun cuando sus palabras y sus obras sufran las mismas consecuencias que la manteca expuesta al sol, signo característico de que lo serio y lo profundo se han alejado de nosotros, y de que la viveza y la temeridad tienen más peso que la profundidad y la disciplina.

Así es como nos corrompemos los unos á los otros, y nos dejamos corromper á nuestra vez. ¿Por qué hemos de querer mal á alguien por su superficialidad, si sabe que se hará notar más por las personas que le rodean con una apariencia fastuosa que con todo el trabajo que se tome en adquirir la verdad? ¿Y cómo seremos mejores nosotros mismos, si no transformamos por completo nuestras opiniones sobre las modas y toda nuestra conducta? De aquí que no debemos cansarnos de repetir: Lejos de nosotros esta predilección por los juegos de espíritu, á fin de que éste reviva de nuevo en nosotros.

El hombre espiritual se asemeja á menudo á los vinos espumosos artificiales, los cuales cuanto más flojos son, mayor acogida tienen. Lo que les da el encanto, no es la fuerza, sino el espíritu que se escapa y evapora. El hombre de verdadero espíritu no hace hablar tanto de él como el hombre espiritual. Hace mucho tiempo ya que ha ter-

minado su fermentación, que se ha clarificado, que se ha calmado, pero hay en él tal fuego y tal fuerza, que sólo un pequeño número de personas puede apreciar. Su verdadero contenido sobrepuja cien veces al brillo externo. Los que no saben apreciarlo, toman la mercancía ligera que conviene mejor á su superficialidad y á su glotonería, sin preocuparse de si echan ó no á perder de este modo su estómago y su sangre. Pero el verdadero inteligente, por poco que lo haya gustado, conoce bien el tesoro que ha encontrado.

6. **Sólo hay inteligencia en el Cristianismo.**—De este modo queda demostrada la razón por la cual el espíritu cristiano goza de tan poco prestigio en el mundo. Allí donde el pueblo vulgar va al mercado, no se paga en su justo valor la grandeza, la gravedad, la profundidad, la interioridad, lo misterioso, el espíritu y la vida. No sólo no toca estas mercancías, pero ni siquiera habla de ellas. El mundo no obra de completa conformidad con el espíritu que el Cristianismo ha introducido en la tierra. Sin duda no le ama, no hace ningún caso de él; pero tampoco puede dejarle obrar tranquilamente, señal de que tampoco el mundo está tranquilo. Este espíritu le es desconocido é incomprensible, y, sin embargo, le inspira una especie de temor respetuoso. Está enfadado con él, y, á pesar de esto, ha de estarle sometido. No puede menos de odiarle, pero le es imposible prescindir completamente de él ó despreciarlo.

Tenemos en esto, por boca de los mismos adversarios del Cristianismo, una prueba irrecusable de que en él hay un espíritu que vive y obra, espíritu que nada tiene de común con el espíritu del mundo, pero que le inspira temor por su superioridad; un espíritu, pues, en toda la extensión de la palabra.

Centenares de veces se vió esto en los tiempos primitivos de nuestra fe. Los milagros que San Esteban hacía importunaban poco á sus enemigos, pero otra cosa ocurría con la gracia y fuerza que manifestaban sus palabras. Le

miraban entonces con verdadera ansiedad; les parecía que su rostro resplandecía como el de un ángel; se sentían incapaces de resistir al espíritu que hablaba por él; [1] estaban furiosos y rechinaban los dientes contra él; [2] pero les era imposible desvirtuar ó negar el espíritu cuya fuerza había vencido á todos.

En Atenas, los filósofos creían haber encontrado en San Pablo un hombre sobre el que podían hacer sentir la fuerza de su espíritu para humillarle. Pero apenas el soplo del espíritu que salía de su boca hubo pasado sobre ellos, cuando huyeron precipitadamente, muy dichosos de haber escapado sin haberse visto obligados á declararse vencidos. «Está bien, otra vez te escucharemos»—dijeron.—Y nunca más entraron en discusión con él. [3]

Lo mismo le sucedió al gobernador Félix, quien probablemente miraba ya como un descrédito de su autoridad el dignarse echar una simple mirada sobre aquel judío entusiasta. Estaba sentado en su tribunal, revestido de todo el poder del *Imperium* romano y rodeado de sus oficiales y soldados. Seguramente, no tenia nada que temer; al contrario, tenía motivos para no dar pruebas de flaqueza delante de aquel acusado, pues había tenido que tratar ya otras veces con personas de otra índole. Pero apenas hubo oído pronunciar algunas palabras á San Pablo, que estaba ante él cargado de cadenas, cuando empezó á temblar como un azogado. «Vete;—le dijo,—continuaré tu interrogatorio en momento más oportuno.» [4] Pero lo que no podía soportar, era el peso abrumador del nuevo espíritu que salía de la boca de aquel hombre encadenado, débil, pequeño.

¡Cuántas veces, desde entonces, esta escena se ha renovado en la historia! Ved esas débiles criaturas sin defensa, cargadas de cadenas, rodeadas de hombres armados, en

(1) Act. Ap., VI, 8, 15, 10.
(2) *Ibid.*, VII, 54.
(3) *Ibid.*, XVII, 32.
(4) *Ibid.*, XXIV, 25.

presencia de gobernadores cuyo esplendor las deslumbraba, cuya palabra podía aplastarlas, y cuya instrucción y experiencia tan superior les era. Es Inés, niña de trece años, es la esclava Blandina, de quince años, tan delicada y débil, que sus mismas compañeras de sufrimientos no la creían capaz de sostener la lucha; [1] es Agueda, Lucía, Potaminena y otras muchas. Resisten con tanta energía al miedo, á los placeres y promesas del mundo, que los jueces, que á menudo hubieran querido salvarles la vida, no veían otro medio de salir del paso, que el de enviarlas prontamente á la muerte, para ocultar su derrota á los ojos de aquellas niñas, cuyo espíritu los dominaba por completo.

¿Por qué hacían cuanto era imaginable, y á menudo contra el derecho y la ley, para conservar á estas esclavas, á estas jóvenes, cuya muerte ó cuya vida nada importaba al mundo, una vida, por cuya conservación no hubieran pronunciado ellas la más mínima palabra? Porque sentían que había en ellas un espíritu contenido en un vaso frágil, y que romper este vaso, era un crimen imperdonable. ¿Por qué desplegaban contra ellas tanta rabia y tanta crueldad, á las cuales no les autorizaba ninguna ley por bárbara que fuese? No conocían ellos el poder que tan grande influencia ejercía sobre ellas. Admitían que las víctimas del odio general eran inocentes, y no podían menos de admirarlas y respetarlas. Pero precisamente esta era la razón de que su muerte fuese inevitable. Ellos y el mundo entero en que vivían, los dioses por los cuales combatían, los emperadores con sus ejércitos, bajo la protección de los cuales hacían justicia, sus sacerdotes y sus filósofos, bajo la influencia de los cuales pronunciaban sus juicios, todo lo que hasta entonces habían aprendido á conocer, les parecía tan pobre, tan nulo, en presencia del espíritu que brillaba en aquellas débiles criaturas, que se veían en la imposibilidad de obrar de otro modo. No, ciertamente no era el odio el que ponía en sus labios la

(1) Eusebius, *H. eccl.*, 5, 2.

orden de ejecutar aquellas torturas inhumanas, y, finalmente, la sentencia de muerte, sino que era una envidia que no querían confesar, un miedo que confesaban públicamente, la confesión, pronunciada en alta voz, de que, en aquellas naturalezas mortales, perecederas, vivía un espíritu, con el cual el mundo, tal como existió hasta entonces, no podría sostener la comparación.

7. Un nuevo mundo y un nuevo hombre sólo se obtienen por un nuevo espíritu.—Por esto es por lo que el Cristianismo ha triunfado en esta lucha, y triunfará en toda otra análoga. Que venza al adversario exteriormente, ó sucumba á sus golpes, importa poco aquí. En todo caso se muestra superior á ese enemigo por una cosa que éste no posee, pero por la cual, en su cólera, rinde testimonio á la religión perseguida, es decir, por el espíritu. Tal es la razón por la cual el Cristianismo ha realizado la empresa, temeraria en apariencia, de formar una nueva humanidad, ya que ha tratado de crearla por medio de un nuevo espíritu. «¿De qué nos serviría, dice Séneca, que otra generación, pura é inocente, apareciese en la escena del mundo? ¡Ah, qué pronto perdería su inocencia, qué pronto se abandonaría al pecado, si no fuera una generación de hombres nuevos!» [1] Es verdad; si no es posible formar hombres nuevos de todas condiciones, no vale la pena de gastar tiempo, cuidados y sacrificios para ennoblecer una generación en decadencia. Una formación incompleta ó superficial es á menudo más peligrosa que la más grosera barbarie, ó, por lo menos, sin influencia y duración. Han traído salvajes á nuestras capitales, y les han inculcado con gran solicitud nuestra educación; han confundido estos salvajes, con sus notables progresos, á sus condiscípulos europeos, y aun á los mismos sabios que atribuían á estos bárbaros disposiciones intelectuales inferiores á las que los europeos tienen ordinariamente. Pero una vez eximidos de la disciplina, arrojaban lejos de sí los vestidos europeos y todo ese baturrillo de ciencia que les

(1) Seneca, *Quæst. natur.*, 3, 30.

molestaba, y eclipsaban bien pronto á sus compatriotas con una doble barbarie, la que tenían de sí mismos por su nacimiento y la que les habían infundido los vicios del mundo civilizado. Lo que conservaban aun de nuestra civilización externa, era tan ridículo y odioso á sus ojos, que difícilmente hubieran podido hallar otro objeto más digno de desprecio. (1)

Es que se había olvidado que una educación externa, basada por completo en la ciencia, las lenguas, la literatura y las artes, es todo lo más un barníz, un hábito endosado á un anciano, pero no una renovación del hombre, ni mucho menos. No se había comprendido el arte de formar hombres nuevos. Hubiérase debido primeramente probar á inculcarles un espíritu nuevo, viviente y verdadero. Solamente entonces esa ciencia externa, esas maneras distinguidas que se les habían enseñado, habrían caído en tierra cultivada, y hubieran producido frutos más abundantes y duraderos.

Es, pues, evidente que un pulimento puramente externo no cambia al hombre. El pulimento no es la educación. También se pulimenta un trozo de piedra, pero queda como antes, trozo anguloso; se pulimenta el exterior, pero el interior queda grosero como antes. Si de este trozo quieren hacer algo, por poca vida ó expresión que quiera dársele, algo que parezca animado de un espíritu superior, preciso será entonces un trabajo y un arte tales, que, entre cien mil hombres, apenas se encontrará uno solo que quiera encargarse de ello. No tenemos necesidad de ir á los pueblos salvajes para hacer constar la verdad de lo que decimos. Comparaciones análogas pueden hacerse cada día entre nosotros. ¿Pueden cometerse rasgos de barbarie y faltas más repugnantes que las que comete un rico improvisado, que se ha levantado de repente, gracias al

(1) Baker, *Der Albert N' Yanza*, deutsch von Martin (3), 200 y sig. Ross Browne, *Reisen und Abenteuer in Apachenlande*, deutsch von Herz (2) 46 y sig., 146. Maltzan, *Reise nach Südarabien*, 10 y sig., 13. Kœrner, *Südafrica* (2), 261; cf. 243.

favor y á la fortuna, cuando quiere proceder como los grandes, con quienes puede codearse por su riqueza, pero no por la educación, y favorecer las artes y participar de los esfuerzos que se hacen para realzar la poesía y las ciencias? ¿No es casi siempre una desgracia para una joven, el que se convierta, de simple criada, en dueña y señora de la casa? Cambia de vestidos y adquiere cierto brillo aparente externo, pero, en cada pliegue de su vestido, deja ver su torpeza intelectual, y lo que antes no chocaba en ella, salta ahora á los ojos del mundo, que admira su falta de educación, pues una elegancia artificial es siempre desagradable por su afectación y ridiculez.

Ahora bien, precisamente con esto hemos tocado el defecto fundamental de la educación moderna. Este defecto consiste en el exceso de ciencia externa y elegancia superficial, de que se reviste á los niños por modo tan abigarrado y pesado como una aldeana viste á su muñeca.

Pero todo esto no es más que apariencia externa. En el interior, esta pobre criatura, bajo el peso de todo ese oropel, permanece tan inflexible y desprovista de espíritu como la muñeca de que acabamos de hablar. Todo se lo damos á nuestros hijos. Saben tres veces más de lo que les conviene y diez veces más de lo que su salud puede soportar; ejercicios corporales, hasta que caen enfermos, lecciones de calistenia, que permiten á las niñas representar papeles de reina á la edad de diez años, sabiduría de personas ancianas, arte de querer juzgar lo que sabios con canas no osarían jamás; pero hay una cosa que olvidamos darles: el espíritu. De aquí que siempre quede todo esto en estado incompleto, de aquí que nunca forme un todo homogéneo; nada se unirá á ellos de una manera duradera y mucho menos los penetrará.

No, jamás se llegará á formar hombres valiéndose de semejantes medios. Distribuid millares de ejemplares de Lessing, de Schiller y de Gœthe, más que de Biblias distribuyen las sociedades bíblicas; poned un teatro en cada aldea, organizad bailes de niños y de bomberos, bibliotecas

en todas las granjas. De este modo derrocharéis el dinero miserablemente, perderéis un tiempo irreparable, pero no trabajaréis en bien de la humanidad. ¡Si todo se redujese á esto! Pero el caso es que, con semejantes medios de educación, se corrompe pronto el corazón de la juventud y se deteriora su inteligencia. Entonces se realiza el proverbio: «Al que le saltan los ojos cuando niño, será ciego toda su vida.»

Se hace sentir más que nunca la necesidad de predicar el primer principio de la vida cristiana, con toda la energía de que uno es capaz. Ahora bien, el principio de que aquí tratamos es éste: «El espíritu vivifica.» [1] El espíritu hace al hombre; el espíritu decide del valor del hombre y de una época. Sólo la nobleza de espíritu merece el nombre de educación. Toda educación, toda civilización, que no empiece por renovar el espíritu y transformar el exterior únicamente por el nuevo espíritu, es una civilización incompleta, aparente, que se marchita con más rapidez que la pasionaria. «Envía tu espíritu—exclama un sabio, en medio de la civilización tan refinada, y, por consiguiente, tan ridícula de la antigüedad;—envía tu espíritu; solamente por él serán creados hombres nuevos, y será posible un mundo nuevo.» [2] ¡Bien puede decirse que estas palabras han sido pronunciadas por un sabio! Son las palabras más sublimes y verídicas que ha pronunciado la antigüedad. Es una sabiduría y una verdad, que el Cristianismo ha aceptado como el legado más precioso del mundo antiguo. Que se nos reproche, si se quiere, que, en todas partes donde se nos confía la educación de un alma, no tengamos nada más importante y apremiante que hacer que inculcarle las verdades más sublimes de la fe; seremos los últimos en refutar este reproche. ¡Nadie se justifica de lo que es objeto de su mayor gloria! Aquello que nos imputan como un crimen, es precisamente la causa de nuestro orgullo y de nuestra fuerza. Sí, es verdad, jamás cae uno en nuestras manos,

(1) Joan., VI, 63.
(2) Psalm., CIII, 30.

sin que nuestro primer esfuerzo consista en evitarle una caída completa en las cosas terrenales, y sin que empleemos toda la energía de que somos capaces, para elevarle hasta Aquel que es su origen y su fin. [1] Así obraron desde el principio los doctores cristianos, y esta doctrina perseverará hasta que el Cristianismo tenga derecho á levantar la voz en las cuestiones concernientes á la educación del hombre. No tenemos otra mira respecto de la educación que la de formar buenos ciudadanos, obreros honrados y excelentes madres de familia. En esto no hay la más mínima diferencia entre nosotros y Pestalozzi. Sólo que, entre nosotros, no deben llegar á ser como máquinas que obran puramente por efecto del mecanismo, seres dispuestos á obrar solamente por costumbre, sino hombres que piensen y cristianos convencidos. También nos gusta á nosotros el decoro, pero no damos gran importancia al continente puramente externo, cuando no es expresión natural de un corazón puro. Por lo cual nos ocupamos primeramente de lo principal y pensamos después en lo accesorio. Cuando el espíritu se ha renovado, no es difícil un hombre nuevo externo. Esto ofrecerá siempre un medio excelente para distinguir las ideas profanas de las cristianas. Poned en las manos de un hombre, que piense solamente según los principios del mundo, una ciudad ó una sociedad arruinada, descontenta, sublevada, con la misión de renovarla; lo primero que hará será instituir un tribunal militar, ponerla en estado de sitio y reconcentrar tropas en número considerable. Después, para apaciguar á los descontentos, prescribirá juegos y fiestas, aumentará el número de teatros y facilitará la entrada en ellos, proporcionará trabajo á los obreros, hará construir caminos de hierro, buscará sobre todo hacerse dueño del campo por medio del maestro de escuela, es decir, aumentará la duración de las clases, pondrá mayor número de profesores, introducirá nuevas materias de enseñanza en las escuelas, y, si todo esto no da resultado alguno, ocu-

(1) Origenes, *C. Celsum*, 3, 15, 51, 56.

pará, debilitará, importurnará al pueblo con guerras, y se forjará á sí mismo la ilusión de que engañará sin escrúpulo al mundo sabio sobre el fin que se propuso, hasta que este castillo de naipes se hunda ó se reduzca á cenizas. Pero llamad á los fieles servidores de la Iglesia, y dadles pleno poder; usarán de estos medios con moderación y cuidado, es decir, los aplicarán en la medida que les aconseje la miseria inevitable y el celo por la verdadera utilidad del pueblo. Empezarán desde luego por enviar misioneros al corazón de esas turbas desgraciadas y descarriadas; establecerán nuevos curatos y conventos; simplificarán los programas de las escuelas, harán de la religión y de la vida eclesiástica el centro de los establecimientos de educación, y pondrán en seguida manos á la obra. Y este trabajo tendrá por resultado la frecuentación de los templos, la santificación de los días festivos, el respecto al sacramento del matrimonio, la disciplina en las familias, la obediencia á los superiores; producirá la castidad en la generación futura, la sumisión en los jóvenes y criados, la equidad en los amos, el amor al sacrificio en los que sufren, la justa administración de las leyes en los encargados de la cosa pública; engendrará la justicia, la obediencia, la moderación, la economía, la frugalidad, la abnegación personal, y todo esto refiriéndose solamente á dos palabras que serán siempre las primeras y las últimas en sus labios, á saber: fe y piedad. [1]

8. La inteligencia consiste en la aspiración de las potencias del alma humana hacia Dios.—Estamos dispuestos á responder á la pregunta: ¿Qué es el espíritu? ¡Oh desgracia, en qué mundo vivimos! Nos hemos visto obligados á recorrer todos los dominios de la civilización, desde el principio de los tiempos hasta la hora actual, para repetir únicamente: «Esto no es espíritu, aquello tampoco lo es, aun cuando haya miles de personas que así lo crean.

(1) Cf. Clem. Alex., *Pædag*, 1, 1, 2. Augustin., *De magistro*, 21 y sig., 36, 39, 45. *Enchirid.*, 1, 2, 3. *De fide et op.*, 7, 11 y sig. *De agone Christ.*, 13, 14; 33, 35. Synesius, *De providentia*, 9, 2 (Bibl. max., P. P. VI, 109, h).

Y, sin embargo, nada hay más sencillo y claro que el asunto que estamos tratando.»

Mientras Adán estuvo sobre la tierra, no haciendo, por decirlo así, más que una sola cosa con ella, no había espíritu en él. Pero en el momento en que el espíritu de Dios le inundó, se separó de la tierra y se levantó. Así, todos los discursos que se hacen sobre el espíritu no son otra cosa que palabras vacías de sentido, mientras uno no se desprenda por lo menos de las cadenas de las inclinaciones terrestres. Las personas sensuales carecen de verdadero espíritu. [1] Se aficionan á las cosas de la carne. [2] Ahora bien, las cosas de la carne son: la fornicación, la deshonestidad, el libertinaje, la idolatría, la magia, las enemistades, las contiendas, los celos, los arrebatos, las disputas, las divisiones, las sectas, la envidia, el homicidio, la embriaguez, los excesos en la comida y otras cosas semejantes. [3] Para darnos cuenta de todo esto, la Revelación divina no era necesaria. La razón y la conciencia nos lo dicen bien claramente. Esto sólo nos da á conocer suficientemente que el sacudimiento producido por el pecado no alcanza solamente á la vida de la gracia, sino también á la naturaleza misma, de tal suerte, que hay gentes que se atreven á decir que es un privilegio para los hombres inteligentes el estar reñidos con la moral, y que un gran espíritu no debería hacer otra cosa sino pisotear estas mezquinas leyes. Semejante afirmación es contraria á la lógica y á la razón. ¡Ahogar el espíritu en la carne debe ser la primera condición para vivificarle! Responder á esto, sería rebajarse uno mismo. ¡No! Carne y espíritu son dos cosas opuestas entre sí. [4] El que camina según el espíritu, no realiza las aspiraciones de la carne. [5] Mientras uno vive según la carne, el espíritu no entra en posesión de sus derechos. Pues si alguno quiere vivir según el espíritu, le

(1) Jud., 19.
(2) Rom., VIII, 5.
(3) Gal., V, 19 y sig.
(4) Gal., V, 17.
(5) Gal., V, 16.

es antes preciso romper con la carne, es decir, debe alejar de sí las obras de la carne y obrar según las leyes del espíritu. (1)

Con tales palabras,—y son palabras de la Revelación,—nos atraeremos sin duda alguna las burlas del mundo. «Pues bien,—esclaman,—según esto, una aldeana, demasiado tímida para gozar de la vida, ¿tendrá más espíritu que una Semiramis ó una Deffand?» ¿Y por qué no, si su supuesta timidez proviene de una razón excelente? Sin duda alguna que no sólo porque no obra mal tiene espíritu, ya que, de lo contrario, también la piedra lo tendría; sino que, cuando triunfa de todas las tentaciones, provengan de su misma naturaleza ó de alguna otra causa, con la intención que el catecismo y los ejemplos de los santos le enseñan; cuando se sobrepone á sí misma para elevarse hacia Dios, estamos ciertos de que vive en ella un espíritu con el cual los espíritus más fuertes y distinguidos no podrían compararse. Esto mismo se aplica á todas las victorias obtenidas sobre las penas y dolores de la vida. Es increíble la fuerza de voluntad y la elevación de espíritu que se necesita para soportar sin sucumbir las miserias de la existencia, y para no perder, por consecuencia de las necesidades diarias, todo sentimiento noble. Se necesita una grandeza de espíritu de que los charlatanes y los niños maleados por los caprichos no tienen la más mínima idea. Preciso sería que estuviéramos muy poco seguros de la bondad de nuestra causa, si reflexionásemos solamente unos minutos para saber á quién debemos dar la preferencia en lo relativo al espíritu, si á Voltaire, Gœthe y Byron, ó á un sencillo aldeano que sirve á su Dios, á su patria, á su municipio, á su familia, y esto al precio de los más penosos esfuerzos, suponiendo que sepa porqué y para qué fin lo hace. Pero lo sabrá bien, si lleva su carga por obediencia á Dios y por amor á su Redentor, y si transforma sin cesar este trabajo por medio de la oración.

(1) Gal., V, 25. Rom., VI, 12; VIII, 5, 12, 13.

Todo depende, pues, de que aprendamos el arte de animar toda cosa, toda acción, y, ante todo, de animarnos á nosotros mismos del verdadero espíritu. Ningún hombre, al nacer, viene dotado del espíritu de que aquí se trata. Debe empezar por apropiárselo, para hacerlo pasar después de su interior á los objetos que le rodean, para animar por este medio el mundo, la vida y el trabajo. No son los pensamientos elevados, ni las palabras espirituales los que entrañan el valor de la vida; lo que importa no es lo que se hace, pero sí la manera de hacerlo. Hay muchos acontecimientos y hechos, á los cuales la historia de la política y de la civilización dirige alabanzas magníficas, pero no tienen espíritu en sí, ó, si lo tienen, no es el verdadero. En cambio, Aquél cuyo solo juicio todo lo decide, conoce muchos sacrificios y acciones, á los cuales el mundo atribuye poca importancia, pero que Él estima mucho, sin embargo, porque las encuentra animadas del sólo espíritu que tiene valor á sus ojos. Ahora bien, ese espíritu no es otra cosa que la tendencia del pensamiento, de la voluntad, del corazón, que la doctrina cristiana sobre la virtud impone como deber á cada uno de sus discípulos, á saber, la elevación de nuestra inteligencia y la dirección de nuestros esfuerzos hacia Dios, único y último fin de todo lo que existe. He aquí la escala por la cual será juzgada toda nuestra vida ante Dios y la verdad eterna. El acto externo no es nada; la intención y el fin lo son todo. Un fin vulgar hace vulgar la más santa acción; una intención santa da espíritu y vida á la acción más insignificante. (1) El que no busca más que la tierra, con sus honores y placeres, permanece terrestre y carnal, aun cuando tuviere la ciencia de Aristóteles y la gloria de Alejandro. Pero el que busca á Dios y la salvación de su alma en cada una de sus palabras; en una palabra, el que busca su fin verdadero, único y sobrenatural, es espíritu, vive del espíritu, camina en el espíritu, aun cuando no haga toda su vida, sino el trabajo del carbonero y de la lavandera. Lo re-

(1) *Tom.* V, *Conf.* V, 8.

petimos, pues: El espíritu vivifica. [1] El que se apega á la tierra, es terreno, pues tal es la tierra, tales son también los terrenales. [2] Mas el que se une al Señor forma un solo espíritu con Él. [3]

9. Tres condiciones preliminares para la verdadera formación de la inteligencia.—Se ve, pues, claramente que, para elevar á los hombres á esta vida del espíritu, las exigencias verdaderamente intolerables que imponen hoy á la educación, son superfluas. Como ya lo hemos notado, no condenamos el derrotero que conduce á la instrucción; al contrario, no sabríamos ponderar suficientemente que éste es el primero é indispensable medio para la educación. Si se descuida la enseñanza, resulta de ello una pérdida enorme. Si se da de una manera falsa, el hombre tendrá que deplorar toda su vida las más amargas consecuencias. Ahora bien, si esto se aplica á la educación que tiende únicamente á fines puramente terrenos, se aplica con mucha mayor razón á la educación que mira al fin sobrenatural. Por consiguiente, aun cuando el mundo entero se subleve, jamás cederemos sobre este punto, á saber, que toda verdadera formación del espíritu debe tener origen en la enseñanza de las verdades referentes á la salvación, basarse en las doctrinas de la fe, y tener siempre en cuenta estas últimas. De aquí que reclamemos de todos aquellos á quienes esto se refiere, y de todos los que tienen algún poder sobre este asunto, que vigilen para que la instrucción sea perfecta en todo lo que es necesario y útil al hombre para la vida terrena. En cuanto á la instrucción relativa á las doctrinas de la salvación, hacemos con mayor energía la misma petición, puesto que se trata aquí, no sólo de un ideal sublime, sino también de un deber religioso sagrado, que debemos llenar respecto de Dios, y del cual depende la salvación de las almas. [4]

(1) Joan., VI, 64. I Cor., XV, 45.
(2) I Cor., XV, 48.
(3) I Cor., VI, 17.
(4) Cf. Augustin., *Trinit.*, 12, 14, 21. Hieron., *In Amos*, 8, 11.

Para que la enseñanza sea verdaderamente provechosa al espíritu y le forme en realidad, no debe pasar de ciertos límites. Toda instrucción, cualquiera que sea, debe darse, en primer lugar, seriamente, es decir, como disciplina del espíritu, no sólo para satisfacer la curiosidad, sino también como ejercicio de una obligación más elevada. Una instrucción superficial daña al alma, quita á la voluntad la fuerza de vencerse á sí misma, hace á la imaginación inconstante y veleidosa, al corazón ligero, á la cabeza vanidosa, perezosa, é incompleta. De aquí que valga más dar poco, pero que sea necesario y fundamental. Sin abnegación personal y sin cumplimiento del deber de parte del que enseña y del que aprende; sin un trabajo serio del lado del alumno; sin una disciplina rígida por parte del maestro, no hay verdadera formación del espíritu.

Pero para llegar á esto y para soportarlo, preciso es que la enseñanza dada y la recibida estén subordinadas á un fin más elevado. Por lo que, en segundo lugar, toda instrucción dada y toda instrucción recibida no prosperarán verdaderamente, sino en el caso de que todas sus miras tengan sólo por objeto el último fin. Aprender á conocer todas las plantas venenosas de comarcas lejanas, y complacerse en guardar la cizaña en el fondo del corazón; pasearse por medio de las maravillas de la creación; tocarlo todo, gustar de todo, pero no demostrar respeto y adoración al Señor de esta gran morada, no indagar nada de Él, no es esta la verdadera educación. Cuando alguna persona bien educada, ó que pretende serlo, se propone estudiar las obras de un artista ó las colecciones de un rico personaje, empieza primeramente por pedirle permiso y hacer que le den todos los datos necesarios, y sólo después de esto, penetra ó puede penetrar en medio de los tesoros, pero teniendo siempre cuidado de mostrarse complaciente con los más mínimos deseos del dueño. No ve más de lo que le permite; no goza sino de aquello que pone á su disposición, quedando siempre sumiso á su beneplácito. El deseo salvaje, la in-

temperancia insaciable y la grosera falta de atención, que caracteriza actualmente el delirio de aprender, no son solamente una ridícula postración del espíritu, sino también un pecado contra Dios, Señor de los espíritus, un semillero de groserías, y un obstáculo á la formación verdaderamente distinguida.

Por lo tanto, si nuestra formación intelectual quiere conducir en realidad á la humanidad al fin que se propone, preciso es que se imponga, como tercera ley, aquella moderación noble y modesta que nuestros padres de la Edad Media consideraban, según hemos visto, como condición indispensable de toda virtud y de toda belleza. [1]

10. El principal camino que conduce á la formación de la inteligencia es la disciplina; dominio de la inteligencia.—Ahora bien, todo esto descansa sobre el principio, que ya hemos expuesto, aunque no suficientemente, de que la ciencia, por sí sola, no constituye la educación, y que, por consiguiente, no conduce tampoco á la verdadera educación. Si no se desarraiga del corazón del hombre el error de que la ciencia lo es todo, no se ha hecho nada, ó no conducirá á nada. No, la ciencia no lo es todo: la ciencia, por sí sola, es muy poca cosa. Sin duda, la ciencia es condición y principio de todo bien, por lo que la adquisición de la verdadera ciencia es uno de los deberes más sagrados del hombre; pero aun cuando yo poseyese toda la ciencia, no habría hecho más que poner la base de mi formación, y recorrer la escuela preparatoria. Antes de emprender cosa alguna, me es preciso saber primeramente lo que soy, y hacia qué fin dirijo mis esfuerzos. Después, me es necesario querer lo que sé y hacer lo que quiero. He aquí resumido lo que forma completamente al hombre. Un hombre inteligente no es siquiera la mitad de un hombre, no es más que la tercera parte. También ha dicho el Señor que la verdad hace libre al espíritu, [2] pero, por esto, no se entiende solamente la verdad conocida, sino

(1) Cf. Augustin., *Enchirid.*, 5, 16.
(2) Joan., VIII, 32.

también la verdad practicada. Sí, para conocer bien esta verdad hay que empezar por practicarla, según la palabra del Señor. [1]

De aquí que la disciplina del espíritu por la acción y la violencia que se le hace, es y continua siendo, no sólo el medio principal de la formación intelectual, sino su condición preliminar. Esto aparece ya en la vida ordinaria. La actividad producida forzosamente por la necesidad es un poderoso medio de avivar el espíritu. ¡Cuántos hombres notables no hubieran jamás llegado á ser lo que han sido y lo que son, si no hubiesen pasado por la áspera escuela de la vida! ¡Cuántos otros, con las disposiciones de que estaban dotados, hubieran llegado á ser hombres eminentes, si no hubiesen llevado una vida tan cómoda y regalada! ¡Y cuánto mejor puede aplicarse esto á los esfuerzos hechos para perfeccionar el espíritu! Aquí toda ciencia es muy poca cosa, por no decir vana, cuando alguno no se conduce seriamente con ella; seriamente, no sólo con hermosas palabras, pero con actos honrados. Sólo hay una vida que se mantenga elevada muy por encima de los caminos de la carne y las pasiones, una vida en la cual obran, cada una por su parte, la inteligencia, la voluntad y la acción, una vida, en fin, que se eleva por encima de toda esta existencia terrena y que aspire sin cesar hacia Dios, una vida verdadera del espíritu. Es una ilusión el creer que se puede llegar á este fin por modo sencillo y fácil. No, el camino que conduce á ella es escabroso y complicado. Apropiarse una ciencia muerta, es lo menos que puede hacerse; pero de donde depende todo es de la abnegación personal, de la mortificación de los sentidos, de la sensualidad, de las codicias y de los movimientos desordenados del corazón; esto es hacerse dueño de la verdadera piedad.

De soberana importancia es que esta convicción sea de nuevo establecida en el corazón de todos los hombres, y especialmente que todo nuestro sistema de educación sea

(1) Joan., VII, 17; VIII, 31.

transformado según ella. ¿Qué provecho han sacado el hombre y el mundo, hasta ahora, de que el espíritu humano haya utilizado para su servicio la tierra y todas sus fuerzas? Grande gloria es haber descubierto soles que durante millones de años habían quedado ocultos á los ojos de los hombres; es una acción incomparable el haber robado el relámpago al cielo y dominado el poder del vapor. Pero con todo esto, ¿ha mejorado el hombre al mundo? ¿ha arrancado del corazón de uno solo de sus semejantes lo que le rebaja y atormenta? ¿Se ha ennoblecido á sí mismo? ¿ha mejorado? ¿se ha purificado? ¿ha establecido la paz y la unidad en su interior? Nada de eso. Poned en el paraíso á un hombre en posesión de toda la ciencia, pero un hombre que no sepa dominar su espíritu y elevarlo hacia Dios; no podrá hacer otra cosa sino profanarlo. Ni siquiera estaría en él á gusto, pues en todas partes donde pusiese el pie, lo haría inconsideradamente, para dar asilo á las pasiones, si no ya á los vicios de la carne. En sus manos, el arte y la poesía se convertirían en veneno, la ciencia en duda turbadora, el placer en insubordinación, y toda fiesta en orgía. Al contrario, poblad un desierto de hombres pobres, débiles, ignorantes, sin talentos, sin elocuencia, pero de hombres que no piensen más que en Dios y en su perfección, que purifiquen su interior con los más rudos combates cuotidianos, y el desierto vendrá á ser la residencia del espíritu, y bien pronto perderá hasta su apariencia externa, y todos los que tengan sed de perfección, acudirán allí, atraídos como por una fuerza invisible. Al aspecto de un hombre, que, purificado por el fuego de la mortificación, elevado por encima de la vulgaridad ordinaria por sus esfuerzos para llegar á su más alto fin, y que, transfigurado por la oración y el servicio de Dios, ha aprendido á andar por los caminos del espíritu, aun los mismos que no comprenden nada de todo esto, se encuentran maravillosamente consolados y fortificados. Allí donde se presenta, allí donde pone su mano, un soplo vivificante del espíritu viene á su encuentro, sin que él mismo

se dé cuenta de ello; y todo lo que le atañe, placer ó dolor, es para él medio de adquirir una perfección más elevada. La tentación no hace más que fortalecerle; la desgracia le levanta por encima de lo que no es digno de nuestra elevación y de lo que es peligroso para nuestra pureza. Lo que en tiempos pasados le había echado por tierra, le da ahora una nueva ocasión de mostrar al mundo, en nombre de Dios, que en él habita un espíritu nuevo y superior, que le enseña á obrar, sufrir y vencer, allí donde desde largo tiempo se hubiera él mismo declarado vencido. Y cuando el espíritu mezquino de este mundo desde hace tiempo ha cerrado la puerta á sus pensamientos, entonces es cuando aparece su mundo propiamente dicho, el mundo de lo infinito, el mundo de la eternidad.

Apéndice

LA FORMACIÓN DE LA MUJER EN TIEMPO DE NERÓN

1. Daños de una formación falsa.—Sería perder inútilmente el tiempo el querer deplorar los inmensos daños causados por una falsa concepción de la educación. Desgraciadamente, las cosas son tales, que intentar resistir, bajo este concepto, á la tendencia que hoy día domina, es trabajo perdido. Parece que actualmente la humanidad está bajo la influencia de un poder encantador é irresistible para repetir los absurdos más evidentes, tomar parte en ellos y correr casi con los ojos cerrados á una ruina cierta, tan pronto como se pronuncian ciertas palabras de contraseña, como *nacionalidad, estar alerta, libres investigaciones, progresos, fines del Estado, opresión eclesiástica, usurpaciones clericales* y otras semejantes. La palabra *educación*, es también parte de estas fórmulas. Las personas más sencillas comprenden que el sistema de enseñanza que reina actualmente es una fiebre ardiente que desnaturaliza á sus víctimas desde el punto de vista intelectual, las envenena desde el punto de vista moral, por el orgullo y el libertinaje, y más á menudo aún las arruina desde el punto de vista físico. Sienten que todo esto, tarde ó temprano, perjudicará á toda la sociedad; pero los sabios se burlan de la supuesta estrechez de espíritu, porque ven en ella algo de embarazoso, y marchan con más osadía hacia adelante, hasta que la ruina sea completa.

No podemos detenerlos, pero nos parte el alma el ver que espíritus superiores se dejan alucinar de este modo, y

orientan del lado de la ruina la tendencia de la época. Fuera de las ofensas hechas á la religión, á la fe y á la autoridad, no hay nada más funesto para la sociedad humana que una falsa educación intelectual. La misma inmoralidad no es tan perniciosa. Nobles corazones no pueden sentirse largo tiempo á gusto en el fango del vicio, y aun los que se complacen en lo que hay de más malo, se ven obligados á confesarse á sí mismos que están avergonzados de seguir este abominable camino. De aquí el remordimiento continuo que en sí sienten y que les impide estar contentos de sí mismos y continuamente les exhorta á renunciar al pecado y al libertinaje. Pero si, con el nombre de educación, les han inculcado principios que alejan el espíritu de Dios y su verdad, y envenenan la voluntad y el corazón, éstos tales llegan á un estado casi incurable. Bajo las apariencias de educación, el mal y la corrupción encadenan aun á los mejores en sus lazos. Ahora bien, para volver al buen camino al que, desde su juventud, ha sido educado en ideas falsas, y se ha acostumbrado á pensar de una manera errónea, se necesita mucha más maña y gracia, que si se tratara de volver al recto sendero á un corazón que jamás ha podido encontrar el reposo en su lucha continua con excelentes convicciones intelectuales.

2. En las cuestiones actuales, el campo de la historia como terreno neutro, es preferible.—Además, conocemos suficientemente el mundo para saber que es trabajo inútil el querer oponerse directamente á la corriente imperante de ciertas opiniones. Fuera de algunas excepciones, las personas más sabias y los caracteres más reflexivos se muestran incapaces—para no citar más que un ejemplo—de oir una palabra pacífica sobre la locura, la injusticia y la influencia perjudicial del principio de nacionalidad que domina hoy, ó como acostumbran á decir, del patriotismo, desde el momento en que se les habla de su propia patria. Lo mismo ocurre con las demás cuestiones de la época. Por poco que se quiera aclarar este asunto, es preciso colocarse en un terreno completamente neutral, ha-

blando, ó bien de salvajes, ó bien de tiempos pasados, y dejar á las personas que son capaces de reflexión el cuidado de hacer la aplicación correspondiente.

Por esta razón, preferimos echar una mirada sobre la antigua historia de la civilización romana, para probar que las peores excrecencias de una época provienen siempre, antes de una educación falsa intencionada, que de otras causas hijas generalmente de la casualidad. ¿Cómo fué posible que una ruina tan espantosa pesase sobre Roma y se extendiese de un modo tan general? Preciso fué que ciertas causas preparasen el terreno á semejante pérdida: la viruela no aparece sino donde encuentra un terreno propicio, y un cáncer no es otra cosa que la localización de malos humores esparcidos desde largo tiempo en todo el cuerpo. Es imposible explicar como hechos aislados la existencia de monstruos tales como Calígula, Nerón y Domiciano, y sus parejas aún más terribles Julia, Agripina, Mesalina, Faustina. La perversidad personal más completa, no puede desempeñar un papel público, aun cuando sea la de un hombre que ocupe una situación influyente, si no encuentra un terreno propicio, una acogida favorable y una cooperación eficaz en la totalidad. Sin esto, se ve más bien obligada á ocultarse. Allí donde la sociedad no está corrompida, los hombres más malos pueden desempeñar un papel útil. Pero si el conjunto está envenenado, los hombres conviértense entonces en monstruos, los cuales, personalmente, son mucho menos malos de lo que cree el mundo. Esto prueba que la sociedad entera los produce como una flor natural en sus vástagos más elevados. No hay duda de que un Iván, un Barnabo Visconti, un Robespierre y un Marat, una Halle, una Sassoulitsche y una Perowska son la expresión exacta del espíritu de su tiempo y de las personas que los rodeaban, espíritu encarnado de la sociedad en que vivían. Ésta no tiene derecho de renegar de ellos, ya que es ella, con más frecuencia aún que los mismos individuos, la responsable de las desgracias que ha producido, formado y elevado.

En cuanto á esos monstruos, poco más ó menos, no son más que víctimas del espíritu que se les ha inculcado en nombre de la totalidad, y el resultado natural de lo que su época considera y persigue como educación.

La humanidad es—jamás podremos inculcar esto con la debida intensidad—un organismo viviente, y por esta razón, el conjunto es solidario de cada una de sus partes, como cada una de sus partes lo es del conjunto. [1]

3. La delicada formación del hombre de condición elevada en Roma.—La verdad de estos principios se ha manifestado claramente en la más corrompida sociedad que la historia conoce.

No hay más que echar una mirada sobre lo que entendían por *educación* en la Roma de los Césares, para darse cuenta de que aquella época no era peor de lo que merecía ser, y que no podía ser distinta de lo que era. Seremos breves aquí en lo referente á la educación de los hombres. Marcial—y era un iniciado—nos la ha dado á conocer en algunos versos, [2] que reproducimos con libertad, y que la caracterizan admirablemente. Largas y sabias disertaciones no nos expondrían más á fondo el estado de la situación; en todo caso, no lo harían de una manera más precisa. He aquí lo que dice: «Amigo, el mundo elegante se hace lenguas de tu fina educación. Pero dime lo que significa fina educación.—«¿Fina educación? Pues escucha: Una carga de fino cabello; fino almizcle; patchulí abundantemente esparcido por la barba y el pañuelo; saber siempre las más bellas melodías de Wagner ó de Strauss, y poner el pie y la mano, según el arte más fino, en un baile; cortejar á las damas con el guante y el ramillete; contar rápidamente las más finas noticias escandalosas; quién es prometido, quién está enamorado, quién es el héroe del baile y del escenario, qué nobleza presta el caballo de Belas ó el perrito de Betly. [3] Ahora, querido

(1) Tom. III, *conf.* III, 11.
(2) Marcial, 3, 63.
(3) Cf. Friedlænder *Sittengeschichte Roms* (1), II, 160 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom*, II, 327, 348.

amigo, conoces ya por completo el más fino artificio de la fina educación.»—«Amigo, verdad es que la educación es fina, pero no me causa envidia.» [1]

4. La formación intelectual de las mujeres en Roma.—Al contrario, el sexo femenino de aquella época aspiraba á una educación diferente de esta educación soberanamente dudosa. Los papeles de los sexos estaban completamente cambiados. Las mujeres eran soberanas, como en tiempo de Luís XIV, y como continuaron siéndolo después. Su desprecio por los hombres, que se rebajaban hasta el punto que acabamos de indicar, no conocía límites. En sus esfuerzos, hechos para imponerse á los hombres, para emanciparse de su tutela, y para dominarlos completamente, el sexo femenino se lanzó á los más escabrosos caminos en que fácilmente puede uno extraviarse. Perdió el gusto de su verdadera vocación, que consiste en trabajar tranquilamente en el hogar doméstico. Las antiguas matronas romanas quizá no habían reflexionado nunca sobre la delicadísima cuestión de la vocación de la mujer. Pero buscando los medios de poder llegar á ser buenas madres y mujeres laboriosas, habían encontrado sin duda alguna su verdadera situación social; y precisamente por haber comprendido bien su situación social, representaron un papel político de una importancia inmensa. Pero aquella joven generación degradada, se creía demasiado sublime, demasiado elevada, para desempeñar una empresa tan importante, aunque de tan poca apariencia, y puso cielo y tierra en movimiento para conquistarse una situación social y política más estimada. Y así, una vez abandonada la base del orden natural, no tardó en caer en monstruosidades y en una intemperancia sin límites, como es inevitable en semejantes casos. Despojar á la mujer de su verdadero carácter y distinguirse por esfuerzos inauditos, físicos é intelectuales, [2] tal fué en adelante el ideal de la vida y de la educación femenina.

(1) Cf. Seneca, *Quæst. nat.*, 7, 31. Marcial, 2, 7.
(2) Fugit a sexu, vires amat. Juvenal, 6, 253.

La erudición y la elocuencia,—naturalmente no las verdaderas, pero sí las que contribuían á hacerse valer,—ocupaban el primer lugar entre sus ideales. [1] Antiguamente se aplicaba el principio vergonzoso,—á lo menos en Grecia,—de que era un crimen instruir á la mujer, porque equivalía á dar veneno á una víbora. [2] Pero después, la primera regla concerniente á su educación pareció ser ésta: Cuanto más inútil es una ciencia, tanto más debe cultivarse. No atribuían importancia alguna al conocimiento de la lengua materna, [3] porque era la lengua ordinaria del pueblo. Para las relaciones, necesitaban otro idioma, que en aquella época fué naturalmente el griego. [4] Les gustaba hablar esta lengua para lucirse mejor, haciendo con ella muchas monadas sin darse cuenta de que esto mismo les hacía caer en el mayor ridículo. [5] Que los autores que leían en esta lengua, para formarse en ella, fuesen ó no morales, les tenía completamente sin cuidado. Bastaba que pudiesen aprender bien el griego, y un modo elegante de expresarse. [6] Aquellas mujeres, jóvenes y viejas, no leían en su lengua materna sino antiguos autores, particularmente poetas, á fin de poderlos citar en sociedad, y confundir así á los hombres, que apenas sabían el nombre de tales cosas. [7] ¡Eran de ver las conversaciones que se sostenían en los salones y festines de aquella época! Aquellas damas espirituales se complacían sobre todo en hacer alarde de su conocimiento de antiguos poetas desconocidos. [8] En cuanto á los poetas que la mayoría conocía y leía, de tal modo los despreciaban, que no encontraban nada bueno en ellos. [9] Sólo á Virgilio guardaban alguna

(1) Juvenal, 6, 445.
(2) Menander, *Frag. incert.*, 154 (Dübner).—(3) Juvenal, 6, 188.
(4) Tacit., *Orator*, 29.
(5) Juvenal, 6 166 y sig. Marcial, X, 68. Plutarch., *C. Gracchus*, 19, 2. Sallust., *Catilina*, 25.
(6) Ovid., *Trist.* 2, 369 y sig. Statius, *Silv.*, 5, 3, 148 y sig.
(7) Juvenal, 6, 454.
(8) Vates, *Juv.*, 6, 436. Claudian., *Epithal. Hom.*, 234 y sig.
(9) Quintillian., 1, 8. Aulus Gellius, 1, 10. Spartian., *Hadrian.*, 15. Friedlænder (1), III, 278 y sig. Cf. también á Lucian., *Demonax*, 37, 26.

consideración, por haber descrito, como lo había hecho, la pasión y desesperación del Werther antiguo,—bajo la forma de una mujer, Dido—y por haber representado el suicidio de una manera incomparable y particularmente atractiva. Pero bajo el escalpelo de aquellas inexorables críticas femeninas, las cosas iban muy mal para el buen Homero, para los más grandes oradores y gramáticos más sabios, pues aquellas mujeres, que todo lo creían saber, se tenían por muy superiores á ellos. (1) En sus tertulias, sólo se necesitaban oídos, pero muy finos. Hubiera podido decirse que se agitaban todas las campanillas, todos los timbales y todas las campanas de una música turca, y, sin embargo, la incomparable heroína del salón hablaba sola. (2) Nadie podía intercalar una palabra, y nadie hubiera osado pronunciar una sola de éstas, pues ni una sola falta se escapaba á la perspicacia de su espíritu, y ni una sola sílaba estaba exenta de falta, excepto las que ella pronunciaba. (3)

Todo lo dicho no agotaba el círculo de los conocimientos que aquellas damas poseían. Además de la literatura, cultivaban con predilección las ciencias naturales, y todo lo que hoy se entiende por ciencias. Sólo prescindían de la anatomía y de la medicina, que no estaban muy adelantadas en aquella época. De lo dicho se infiere, que, por pura cortesía, nadie las examinaba para hacerse cargo del número de áridas materias que habían aprendido. Pero se hacían dar conferencias, y estaban prontas á mostrar á toda hora un certificado de estudios. De aquí que tuviesen siempre profesores de matemáticas y geometría que frecuentaban sus salones y eran sus admiradores. (4) La historia, con la cual podían hacer más fácilmente ostentación de ciencia, había llegado á ser para ellas un objeto de moda. (5) Lo mismo puede decirse de la filosofía; (6) no cierta-

(1) Juvenal., 6, 434 y sig.—(2) *Id.*, 6, 439 y sig.
(3) *Id.*, 6, 451 y sig.
(4) Plutarch., *Pompei.*, 55, 1. Philostr., *Sophist.*, 2, 30, 1.
(5) Juvenal., 6, 451.
(6) Plutarch., *l. c.* Philostr., *l. c.* Sen., *Cons. ad Marc.*, 4.

mente que tomasen su estudio con mucho ahinco, pero sí lo cultivaban por lo menos con tanta asiduidad como en nuestras universidades. Á este fin, cada dama distinguida tenía un llamado lector que, entre otras cosas, debía saber también los rudimentos de filosofía al uso, es decir, la ética, en otros términos, el arte de poder llevar sin gran trabajo una vida honrada; en una palabra, desempeñaba en la casa las mismas funciones que en nuestros días el intendente de palacio. De vez en cuando, debía hacer agradable con la lectura el tiempo que las damas pasaban en el tocador. (1) Su presencia era sobre todo necesaria cuando la dama se retiraba á la soledad del campo; y al dirigirse allá, se le cedía el último sitio en el último coche, al lado de la servidumbre indispensable, como el cocinero, el peluquero y el perrito favorito. Su misión consistía en vigilar á este último, si le conceptuaban capaz para ello, y si tenía bastante inteligencia para merecer el honor de este puesto de confianza. (2) Parece que en aquellas esferas no se estudiaba con frecuencia la filosofía en tratados áridos. Aquellas damas,—que, según el dicho de Séneca, (3) no consideraban el estudio como medio de llegar á la sabiduría, pero sí como una satisfacción de la pasión,—no leían más que un solo tratado filosófico con verdadero afán, la *República* de Platón, y esto, no para apropiarse las graves doctrinas del filósofo sobre la educación y la virtud, sino más bien porque en ella se hablaba de la supresión del matrimonio y de la emancipación de la mujer. (4)

Por supuesto, que la política era una de las principales pasiones de las damas romanas de aquella época, (5) y por lo mismo, era un fin digno de su ambición el hacer depender de sus gracias, en un Estado tan importante como aquél, el nombramiento para los empleos más influyentes, las decisiones de los soberanos y favoritos más poderosos,

(1) Lucian., *De mercede conductis*, 17, 36.
(2) *Ibid.*, 17, 32, 34.
(3) Seneca, *Consol. ad Helviam*, 17, 4.
(4) Epictet., *Fragm.*, 53.
(5) Juvenal, 6, 398 y sig.

y aun la intervención, en caso de necesidad, en la marcha de los acontecimientos y en la solución de cuestiones que estaban muy lejos de ser secundarias. Por esta razón, muchas de ellas cultivaban con entusiasmo la jurisprudencia. (1) Pero á menudo este estudio se hacía también por un motivo particular. Los procesos, sobre todo los de herencia y divorcio, (2) habían llegado á ser una necesidad para aquel sexo hambriento de cambios y violentas emociones. Puede fácilmente imaginarse qué encanto tendría para las damas anhelosas del divorcio el pleitear por sí mismas sus causas ante el tribunal. (3) Claro está que una mujer no podía hacer otra cosa que redactar los escritos, pero, en cambio, tenía un representante encargado de exponerlos ante el tribunal.

Sin duda que semejantes hechos de falsa educación intelectual ocurrían muy raras veces. Pero existía otra inclinación que no podemos menos de considerar como el peor síntoma de aquella avidez malsana en querer saberlo todo, inclinación que era general en el distinguido mundo femenino de la Roma de aquella época. Nos referimos al espiritismo, con todos los misterios y todas las atrocidades que se ocultaban en los largos pliegues de su sombrío manto, á las mesas giratorias, á las mesas golpeantes, á la evocación de los espíritus, al hipnotismo. (4) Jamás este exceso se manifestó más abiertamente como culto del diablo y pacto con el infierno, que en aquella época. El mundo entero contaba historias de brujas, de bebidas envenenadas, de sacrificios humanos y sobre todo de niños, (5) y otras atrocidades que no dejaban ninguna duda sobre su verdadero origen y su último fin. Lejos de inspirar horror todo esto,

(1) Juvenal, 2, 51.
(2) *Id.*, 6, 227, 268.
(3) *Id.*, 6, 244. Tacit., *Annal.*, 3, 33.
(4) Friedlænder, *Sittengesch. Roms*, (1) I, 298 y sig.; III, 644 y sig. Dœllinger, *Heidenth. und Judenth.*, 648 y sig., 656 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom.*, II, 192 y sig. Pauly, *Real Encykl.*, IV, 1398 y sig.
(5) Horat., *Epod.*, 5, 12 y sig. Cicero, *Vatin.*, 6. Juvenal, 6, 552. Lucan., *Pharsal.*, 554 y sig. Philostr., *Apollon.*, 8, 5, 3. Ammian. Marc., 29, 2. Lamprid., *Heliogab.*, 8. Euseb., *Hist. eccl.*, 8, 14.

era, por el contrario, gran objeto de atracción. Las mujeres en particular se entregaban con pasión á estos excesos. Era para ellas como una dichosa compensación de la religión perdida desde largo tiempo, y, no obstante, indispensable; de manera que la policía, á pesar de su indulgencia, no podía menos de luchar contra esto, pero sin resultado.

5. Los esfuerzos extraordinarios y las excentricidades de las mujeres libres en Roma.—Bien claro es que aquellas damas proponíanse ante todo satisfacer su ambición de merecer el nombre de espíritus fuertes, ó, como se decía en la época de la Pompadour y de la Deffand, el nombre de mujeres de corazón grande y fuerte. Pero aquel fin estaba lejos de satisfacer á su ardoroso espíritu. Anhelaban aún más superar por la fuerza viril á los hombres profundamente rebajados. Ahora bien, cuando la mujer se deja arrastrar por este camino, no hay excentricidades ni ridiculeces á las cuales no se someta, no solamente á sangre fría, sino con verdadero desprecio personal heroico. Avergüénzase entonces de su naturaleza, y saluda con alegría todo lo que le ofrece la esperanza de poder demostrar que se ha desprendido de ella. Cuanto peor es una cosa para su sexo, mejor le parece; cuanto mayor perjuicio puede hacerle, más obstinadamente se lanza tras de ella. Sacrifica con entusiasmo honor, virtud y salud á todo lo que es contra natura. Toda tentativa para disuadirla á obrar de este modo, no sirve sino para lanzarla con más violencia á este camino. La historia de muchas épocas suministra desgraciadamente ejemplos varios que prueban esta afirmación. Pero aquella época supera á otras muchas, por cuanto ha probado más sinceramente, por medio de hechos, lo que puede esperarse de una emancipada de profesión. Como es natural, el baile era el primero de aquellos ejercicios, y luego seguía la gimnasia. Sin hablar de diferentes géneros de este arte, que más vale callar, el ejercicio de los balancines ó esferas de hierro (1) era el predilecto de aquellas amazonas.

(1) Juvenal, 6, 421. Marcial, 7, 67, 8 y sig.

Los romanos que todavía conservaban en sus venas una gota de sangre de sus antepasados, veían en la mayoría de esos juegos de manos, aun cuando fuesen ejecutados por jóvenes y hombres, un ejercicio en el cual la conciencia perdía fácilmente parte de su fuerza, [1] la moral estaba expuesta inevitablemente á graves atentados, y el cuerpo no obtenía todas las ventajas que esperaban alcanzar. Juzgaban del mismo modo las numerosas especies de métodos de endurecimiento y de curación, que consistían en abluciones continuas, en la aplicación de agua fría y gimnasia de salón, métodos con los cuales los médicos de aquella época buscaban el medio de adquirir fama y dinero; [2] y se escandalizaban viendo á las jóvenes y mujeres cultivar aquellos ejercicios con tal pasión. Pero á ellas no les importaba nada de las apreciaciones de aquellos hipocondríacos anticuados, pues precisamente la contradicción era lo que más las excitaba, ya que se proponían darles de una vez un buen ejemplo de grandeza y fortaleza. Y así, de tal modo tomaban en serio las cosas, que sin inquietarse por la suerte que podía correr su hermosura, á la cual, sin embargo, estimaban en mucho, se alimentaban de la misma manera que los gladiadores, [3] se frotaban el cuerpo como ellos con una grasa pegajosa, [4] y lo rociaban después con arena y polvo, [5] para fortalecer sus huesos, robustecer sus músculos, endurecer sus nervios y hacer tersa su piel. Para endurecerse aun más, hacían ejercicios de marinero, [6] ó corrían por la mañana á sumergirse en el Tíber lleno de hielo. [7] Así preparadas, calzaban botas de montar, metían sus manos delicadas en guantes de gladiadores, envolvían su cuerpo en algodón en rama,

(1) Plinius, 29, 8 (1), 9.
(2) Tacit., *Annal.*, 14, 20. Plinius, 25, 47 (14), 2. Plinius jun., *Ep.* 4, 22. Plutarch., *Quæst. rom.*, 40.
(3) Plinius, 29, 5 (1), 5.
(4) Juvenal, 2, 53. Marcial, 7, 67, 12.
(5) Juvenal, 6, 246 (ceroma, *χήρωμα*).
(6) Marcial, 7, 67, 5 y sig. Plutarch., *Quæst. conviv.*, 2, 4, 4. Ovid, *Met.*, 9, 35 y sig.
(7) Juvenal, 6, 102.

y lo cubrían de una coraza, se ponían en la cabeza un casco de visera, [1] convirtiéndose así en verdaderos gladiadores. Después emprendían el pugilato, [2] rodaban por el suelo, [3] con el fin de excitar la envidia de un héroe del anfiteatro, y llegaban hasta esgrimir la espada, primeramente contra un maniquí de madera en la sala de armas, [4] y finalmente contra un adversario de carne y hueso.

Como es lógico, nadie puede suponer que aprendiesen todo esto, á precio de tantas fatigas, únicamente para atender á las necesidades de la casa. Sin duda, estas pruebas de fuerza proporcionábanles buenos servicios en el hogar doméstico, pues los esclavos, y á veces también el marido, podían testificar de la fuerza, del vigor y de la prontitud en distribuir golpes que adquiría con el tiempo el brazo de una mujer después de un estudio tan serio. [5] Pero estos pequeños éxitos debían producir en aquellas heroinas caballerescas la necesidad de dar pruebas públicas de sus conocimientos y de su talento. La ocasión se presentaba en todas partes. En cada paseo solitario que hacían á través de campos ó selvas, encontraban aquí y allá un pobre diablo á quien podían hacer sentir de paso su superioridad descargándoles un latigazo. [6] Igualmente, cuando el perro que guardaba la casa del vecino había turbado su sueño en pleno día, la amazona corría al patio del propietario del perro aturdido, y empezaba por aplicar una fuerte corrección primeramente al amo, y luego al animal criminal. [7] Claro está que los pacíficos ciudadanos evitaban todo encuentro con aquellas heroinas, cuando se paseaban en coche; tal era la altivez con que miraban al pobre pueblo desde lo alto de su asiento, y tal la rapidez vertiginosa con que conducían su tren. De lejos, hubiérase creído que

(1) Juvenal, 6, 522 y sig.
(2) *Id.*, 6, 252.
(3) *Id.*, 2, 53.
(4) *Id.*, 6, 247.
(5) *Id.*, 6, 247 y sig.
(6) *Id.*, 6, 413 y sig.; cf. 8, 129.
(7) *Id.*, 6, 415 y sig.

todo un ejército estaba en movimiento. [1] Pero todo el cuidado que ponían en evitar su encuentro no las satisfacía totalmente. Hubieran preferido encontrar en cada rincón de la calle un Héctor y un Aquiles. Pero, con grandísimo sentimiento, se veían reducidas á matar un animal de caza inofensiva, á conducir, desde su elevado sitio, [2] un tiro formado, en cuanto era posible, no con caballos, sino con leones domesticados, [3] á pasar la noche en orgías con una escolta compuesta de los más corrompidos libertinos. [4] Si en aquella época se hubieran conocido las bicicletas de señoras, quizá las cosas hubieran ido un poco mejor.

Pero todo aquello no podía satisfacer su corazón ávido de proezas, por lo que seguían á los soldados á caballo, tomaban parte en sus carreras, ejercicios y maniobras [5] y atormentaban despiadadamente, en las provincias, á los pobres sin socorro y sin defensa. [6]

Impulsadas por una sed desesperada de llevar á cabo acciones grandiosas y procurarse gloria, desaparecían algunas veces durante cierto tiempo con un gladiador, únicamente para que se ocupasen en ellas. [7] Pero todo esto no servía sino para excitarlas más, como una gota de agua tibia excita á un hidrópico. Al final, todo lo que podía constituir el objeto digno de su fuerza y su ambición se reducía á la lucha con toros y tigres, lucha á muerte con los gladiadores, sangre humana vertida en medio de los estrepitosos aplausos de la alta sociedad, á la vista de la corte, ante la admiración muda del pueblo, sangre derramada por la mano delicada de una mujer. Si hombres pertenecientes á las esferas más elevadas se conquistaban

(1) Juvenal, 6, 418 y sig.
(2) Propert., 4, 8, 15 y sig.
(3) Plin., 8, 21 (16) 2. Plutarch., *Anton.*, 9, 4.
(4) Cicero, *Pro Cœlio*, 15.
(5) Tacit., *Annal.*, 2, 55. *Histor.*, 1, 48.
(6) Tacit., *Annal.*, 3, 33. Juvenal, 8, 129. Cf. Tacit., *Annal.*, 4, 20. Champagny, *Les Césars*, (5) II, 305 y sig.
(7) Juvenal, 6, 105 y sig.

una gloria inmortal con tales hazañas; ¿por qué ellas habían de quedar excluídas? Después de haberse despojado de los últimos restos del sentimiento de delicadeza á consecuencia de su tendencia á leerlo todo, á saberlo todo, á oirlo todo, y discutirlo todo en los salones, á verlo todo en los teatros y en el baile, el deseo de hacerse admirar por todo el mundo, era completamente natural. [1] Así fué como Roma tuvo que ver cosas horrorosas: mujeres de la más alta distinción, descender con senadores al anfiteatro para luchar con animales salvajes y con los desechos de la humanidad, que hacían del homicidio su oficio y profesión. [2]

El único consuelo que resta, es que tales excesos no constituían la regla general. [3] Sin embargo, el daño causado por un solo caso de semejante desmoralización pública es más grande que la utilidad del ejemplo dado por gentes honradas que cumplen con sus deberes en silencio. Además, si esas gentes honradas han llegado á ser, por consecuencia de una educación errónea puramente externa, naturalezas de hadas pálidas y débiles, cuyo total esfuerzo consiste en divertirse, cuya educación tiene un brillo aparente, superficial, y cuya virtud se halla enervada por la coquetería, la agudeza de espíritu y la comodidad, ¿qué contrapeso pueden oponer todos juntos á unas cuantas amazonas degeneradas? Ved esas criaturas etéreas, jóvenes modestas, honradas matronas, sentadas todo el día delante de su instrumento. [4] Antiguamente, en épocas de mayor rigidez, se creía que una mujer podía fácilmente comprometer su reputación con el canto, el baile, y otros artes ligeros análogos. [5] Pero en aquella época, semejantes mezquinos prejuicios, habían cesado hacía ya mucho tiempo,

(1) Seneca, *Quæst. nat.*, 7, 32,
(2) Tacit., *Annal.*, 15, 32. Dio Cass., 61, 17; 66, 25. Joann. Damasc., *Fragm.*, 84 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 417). Statius, *Silvæ*, 1, 6, 53 y sig. Sueton., *Nero*, 4.
(3) Juvenal, 2, 53.
(4) Juvenal, 6, 379 y sig. Plin., *Ep.* 4, 19. Ovid., *A. a.*, 3, 315 y sig.
(5) Sallust., *Catilina*, 25.

y las agitaciones y los cantos sin fin, eran causa de la desesperación de toda la vecindad. El marido estaba enfermo en cama, el médico manifestaba inquietudes sobre la salud del niño, pero la señora de la casa, sentada en su salón, tocaba y cantaba, y se veía cada día rodeada de una sociedad de aficionados, (1) cuyo gusto artístico y entusiasta no era precisamente muy grande en cuanto á su pericia en el arte, pero que se le hacían, sin embargo, interesantes por sus alabanzas, y sabían aprovecharse de la cocina y de la bodega, si es que no abrigaban peores intenciones. (2)

Inútil querer demostrar que la sociedad profundamente enferma no podía ser curada por seres tan degradados. Pero lo que sí podemos perfectamente creer es que los mejores estaban completamente enervados, y á menudo corrompidos por una música afeminada, como la que se ejecutaba entonces, sobre todo cuando se cultivaba con tal pasión y exceso. Por lo menos, las autores de aquella época se quejan con frecuencia amargamente de las funestas consecuencias producidas por una música tan voluptuosa y desmoralizadora. (3)

6. Decadencia de una época producida por la decadencia, y especialmente por la falsa formación de la mujer.—Así es como Roma, cuya fuerza descansó tanto tiempo sobre la vida de familia relativamente pura, pereció en gran parte por la decadencia del sexo femenino. Éste mismo declinó, gracias á una educación enteramente falsa. (4) «¿Cómo vida semejante puede armonizarse con la castidad?»—pregunta un poeta, no muy escrupuloso en asuntos de moral. (5) En semejantes circunstancias, ¿era posible que aquellas mujeres no mirasen con desden el amor al trabajo, que en tiempos pasados había sido tan honrado en sus hogares? (1) ¿Cómo hubiesen podido cumplir con los deberes tan humildes y penosos de una madre? (2) De aquí que, habiendo recibido una instrucción superior á su inteligencia y á las conveniencias de su sexo, debiesen naturalmente perder la idea de la medida, de la moderación y del lugar que convenía á su sexo. Creían tener ya, por naturaleza, el derecho de mandar al hombre. (3) Ante los extranjeros, sabían sin duda mostrarse amables, y aun atractivas; pero, en sus casas, distribuían más acíbar que miel. (4) La ligereza y la superficialidad, unidas, por un lado, al espíritu de curiosidad, y, por otro, á una naturaleza orgullosa, repulsiva, como es natural con tal educación, habían venido á ser la herencia de la juventud femenina, hasta tal punto, que se miraba como un milagro que una joven quedase exceptuada del común contagio. (5) No sin razón, un poeta de los más depravados de aquella época reprocha á las mujeres romanas que se quejaban de la degradación de los hombres, el ser ellas mismas ante todo la causa de esta degradación. (6)

(1) Manilius, 4, 527 y sig.; 5, 329 y sig.
(2) Horat., *Sat.*, 1, 9, 25; 10, 90 y sig. Seneca, *Brev. vitæ*, 12. Ovid., *A. a.*, 1, 595 y sig.
(3) Quintilian., 1, 10. Juvenal, 6, 314 y sig. (Cf. Ælian., *Nat. an.*, 12, 44) Aristoxen., *Frag.*, 90 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 291). Plutarc., *De esu carnium*, 2, 2, 3. *De musica*, 15, 1. *Quæst. conviv.*, 9, 15, 17. Maxim. Tyr., 37. 4.
(4) Tacit., *Orat.*, 29. Quintilian., 1, 2.
(5) Juvenal, 6, 252.

Los hombres contribuían, por su parte, á la corrupción de las mujeres. Guardaban silencio sobre todo esto, y favorecían aquella conducta, en parte, por ceguedad, en parte, por flaqueza, y en parte también por miras inmorales. Con falsa cortesía y coquetería exagerada, atormentaban la cabeza de aquellas pobres criaturas. En las altas esferas, se había introducido la costumbre de honrar á las jóvenes, desde catorce años, con el título de maestras. (7) Ahora bien, en aquella época la palabra *maestra* tenía el significado de un ser sobrenatural, divino. (8) Augusto ha-

(1) Juvenal, 2, 54 y sig.—(2) *Id.*, 6, 592 y sig.
(3) Horat., *Carm.*, 3, 24, 19 y sig. Juvenal., 6, 224. Plautus. *Aulul.*, 2, 1, 47; 3, 5, 61.
(4) Juvenal, 6, 180 y sig.—(5) Plutarch., *Pompei*, 55, 1.
(6) Marcial, 12, 97.—(7) Epictet., *Manuale*, 40.
(8) Joseph. Flav., *Bell. Jud.*, 7, 10 (37), 1. Epistola Smyrn., *De matyrio S. Polycarpi*, c. 8. Tertull., *Apolog.*, 34. Epictet., *Diss.*, 4, 1, 12, 13.

bía rechazado con displicencia este título que quisieron darle. [1] Sólo Domiciano lo aceptó en su sed insaciable de deificación. [2] ¿Qué debía ocurrir entonces con aquellas jóvenes criaturas, á las que una educación mal dirigida en su temprana edad había ya llenado de ilusiones, cuando eran tratadas como seres superiores por senadores y generales? ¿Quién censurará á la pobre mujer, si traspasa todo límite, cuando una galantería falsa, exagerada, la ha hecho dueña, por no decir ídolo, de la sociedad?

Se infiere de lo dicho que un sexo no peca jamás solo; jamás él solo es causa exclusiva de toda corrupción. Las mujeres no tienen razón alguna en atribuir toda la culpa al hombre, y los hombres serían culpables, si considerasen á la mujer como causa de todo mal. Ni los hombres ni las mujeres pueden, aisladamente, arruinar á una sociedad. Pero llegarían bien pronto á hacerlo obrando de concierto. El hombre es causa de la mayor parte de la falta, pero su mejor instrumento es la mujer. La mujer es la que forma las costumbres, y por ella subsiste ó cae una sociedad. Si se quiere conducir una época á su ruina, no hay más que quitar á la mujer su dignidad y su situación por medio de una falsa educación. Desde luego, se trata con orgulloso desprecio á la mujer que se conduce como tal; y luego, una vez seducida, le hacen perder la cabeza con exagerados homenajes. Bien pronto se avergüenza de ser lo que es, y de cumplir con las verdaderas funciones que le convienen. Lo restante viene rápidamente. En la capital del mundo, se comprendió esto perfectamente. Una vez corrompida la mujer, ésta corrompió á Roma y Roma corrompió al mundo. Así zozobró el mundo antiguo. ¡Quiera Dios que el mundo moderno no camine á su ruina por esta misma vía! ¡Desgraciadamente, la condición primaria de esta decadencia, la corrupción de la mujer por una educación falsa, existe en muy alto grado! [3]

(1) Sueton., *Octav. Aug.*, 53.
(2) *Id.*, *Domitian.*, 13.
(3) Cf. Diel und Kreiten, *Clemens Brentano*, I, 123 y sig.

CONFERENCIA XIV

LA FORMACIÓN DE LA VOLUNTAD

1. La debilidad moral humana, es decir, la debilidad de la voluntad.—Desde la época de Homero, las quejas sobre la debilidad humana constituyen uno de los manantiales más fecundos en que beben los poetas. Cuando han visto que la gloria no es más que ilusión y la belleza humo; cuando el mismo amor sensible, cuyos suspiros hacen vibrar con sonidos siempre uniformes los acordes de su lira, satura su corazón de hastío, entonces este mar inagotable, lleno de tempestades y amarguras, viene á ser para ellos objeto de reflexiones y de poesía. Así como en otoño, un sordo estremecimiento corre á través de las amarillentas hojas de los árboles, así millares de cantos dejan escapar suspiros. Lo mismo que el polvo revolotea en verano, las aguas del lago se agitan á la proximidad de la tromba, y las obras maestras del artista son destruídas por un temblor de tierra, así el hombre se agita, tiembla y cae precisamente en el momento en que su poder y esplendor parecían haber llegado á su más alto grado.

Sí, los poetas tienen razón; el hombre es débil. Pero ¿por qué canta sin cesar la nada de sus obras y de sus creaciones? Desgraciamente, esto importaría poco, si en el fondo no se ocultase otra cosa. Más débil es aún interior que exteriormente, y en esto consiste su miseria propiamente dicha. Su debilidad es tan grande, que experimenta ya una impresión desagradable, sólo con oir hablar de ella; tan grande, que es muy difícil convencerle de ella,

bía rechazado con displicencia este título que quisieron darle. (1) Sólo Domiciano lo aceptó en su sed insaciable de deificación. (2) ¿Qué debía ocurrir entonces con aquellas jóvenes criaturas, á las que una educación mal dirigida en su temprana edad había ya llenado de ilusiones, cuando eran tratadas como seres superiores por senadores y generales? ¿Quién censurará á la pobre mujer, si traspasa todo límite, cuando una galantería falsa, exagerada, la ha hecho dueña, por no decir ídolo, de la sociedad?

Se infiere de lo dicho que un sexo no peca jamás solo; jamás él solo es causa exclusiva de toda corrupción. Las mujeres no tienen razón alguna en atribuir toda la culpa al hombre, y los hombres serían culpables, si considerasen á la mujer como causa de todo mal. Ni los hombres ni las mujeres pueden, aisladamente, arruinar á una sociedad. Pero llegarían bien pronto á hacerlo obrando de concierto. El hombre es causa de la mayor parte de la falta, pero su mejor instrumento es la mujer. La mujer es la que forma las costumbres, y por ella subsiste ó cae una sociedad. Si se quiere conducir una época á su ruina, no hay más que quitar á la mujer su dignidad y su situación por medio de una falsa educación. Desde luego, se trata con orgulloso desprecio á la mujer que se conduce como tal; y luego, una vez seducida, le hacen perder la cabeza con exagerados homenajes. Bien pronto se avergüenza de ser lo que es, y de cumplir con las verdaderas funciones que le convienen. Lo restante viene rápidamente. En la capital del mundo, se comprendió esto perfectamente. Una vez corrompida la mujer, ésta corrompió á Roma y Roma corrompió al mundo. Así zozobró el mundo antiguo. ¡Quiera Dios que el mundo moderno no camine á su ruina por esta misma vía! ¡Desgraciadamente, la condición primaria de esta decadencia, la corrupción de la mujer por una educación falsa, existe en muy alto grado! (3)

(1) Sueton., *Octav. Aug.*, 53.
(2) *Id.*, *Domitian.*, 13.
(3) Cf. Diel und Kreiten, *Clemens Brentano*, I, 123 y sig.

CONFERENCIA XIV

LA FORMACIÓN DE LA VOLUNTAD

1. La debilidad moral humana, es decir, la debilidad de la voluntad.—Desde la época de Homero, las quejas sobre la debilidad humana constituyen uno de los manantiales más fecundos en que beben los poetas. Cuando han visto que la gloria no es más que ilusión y la belleza humo; cuando el mismo amor sensible, cuyos suspiros hacen vibrar con sonidos siempre uniformes los acordes de su lira, satura su corazón de hastío, entonces este mar inagotable, lleno de tempestades y amarguras, viene á ser para ellos objeto de reflexiones y de poesía. Así como en otoño, un sordo estremecimiento corre á través de las amarillentas hojas de los árboles, así millares de cantos dejan escapar suspiros. Lo mismo que el polvo revolotea en verano, las aguas del lago se agitan á la proximidad de la tromba, y las obras maestras del artista son destruídas por un temblor de tierra, así el hombre se agita, tiembla y cae precisamente en el momento en que su poder y esplendor parecían haber llegado á su más alto grado.

Sí, los poetas tienen razón; el hombre es débil. Pero ¿por qué canta sin cesar la nada de sus obras y de sus creaciones? Desgraciamente, esto importaría poco, si en el fondo no se ocultase otra cosa. Más débil es aún interior que exteriormente, y en esto consiste su miseria propiamente dicha. Su debilidad es tan grande, que experimenta ya una impresión desagradable, sólo con oir hablar de ella; tan grande, que es muy difícil convencerle de ella,

mostrarle de dónde proviene y cómo puede ser curada. Buscamos siempre la causa de nuestra debilidad en los otros. No queremos ser miserables, no queremos que se diga que en nosotros mismos hemos puesto el germen de la corrupción en nuestras propias obras. Siempre son los demás la causa de nuestras faltas. Son siempre las circunstancias, de las cuales no somos dueños, la causa de que todo vaya mal. En realidad, es nuestra debilidad moral la causa de la debilidad de nuestras acciones, y ésta no es otra cosa sino la debilidad de nuestra voluntad.

2. Todos los males públicos son consecuencia de la debilidad moral.—Se nos ocurren estas consideraciones siempre que recorremos la historia universal. Siempre y en todas partes no son más que descalabros, principios grandiosos, discursos brillantes, acciones pequeñas; pero en ninguna parte se ve el deseo ó solamente la capacidad de comprender el verdadero motivo de todo esto. En todas partes, pruebas de fragilidad, pero en ninguna comprensión, y con mayor razón, confesión de lo que es innegable. Si queremos comprender el mundo, y ante todo, queremos mejorarle, preciso es que comprendamos y confesemos que siempre y en todas partes la miseria ha venido y vendrá siempre, por culpa del hombre. Todo lo que es grande desaparece con presteza, y todo lo que es hermoso se corrompe pronto por culpa del hombre. No es la malicia del enemigo ni la suerte desfavorable, de la cual se quejan los hombres y los pueblos, pero sí la propia negligencia de los que sin cesar se quejan, la carencia de dominio personal, la repugnancia en vencerse á sí mismo, en una palabra, nuestra pereza y la debilidad de nuestra voluntad, lo que constituye la clave para comprender todas las desgracias de la historia.

La sola y única causa que hizo caer á Roma, Atenas, Babilonia, Persépolis, Constantinopla, fué la falta de energía moral, es decir, la falta de fuerza y de voluntad para confesar y atacar sus propios defectos, la demasiada condescendencia con el orgullo, la medianía, la molicie del corazón. No son los enemigos externos los que han derribado sus imperios con su civilización. Se han destruído ellos mismos.

Uno de los errores más funestos para los pueblos y los Estados, consiste en que no quieren jamás admitir esta verdad fundamental de la historia universal. También los Imperios, las civilizaciones, los pueblos, las asociaciones sociales, sabias y religiosas, se hunden, las unas después de las otras, únicamente porque buscan siempre la causa de la fuerza y de la debilidad de todas las instituciones humanas en las cosas exteriores, y no en su interior. Pero la ley fundamental de toda política, de toda economía social, de toda educación y de toda literatura, consiste, y consistirá siempre, en que la fuerza moral de una generación debe ser la primera condición de su prosperidad, en cualquier clase de civilización que sea, y que la disminución de la moral, y sólo esta causa, es el principio de la decadencia de la vida política y social.

Mientras el mundo no admita este principio, no es amigo de la verdad que pueda responder de la estabilidad de su poder y civilización. Ni con cañones, ni con millones puede mantenerse la vida en un Estado, y mucho menos una civilización. Allí donde uno no busca en sí mismo la causa de toda conmoción y de todo peligro, de toda excrecencia, allí el mal aumentará siempre, hasta el momento en que estalle súbitamente y haga imposible toda curación. Los enemigos no tendrán entonces más que presentarse, tocar con el dedo el edificio carcomido y todo quedará hecho polvo. No hay ni siquiera necesidad de un choque externo cuando la medida del mal está llena. ¡Quiera Dios que cada pueblo y cada imperio tome esto á pechos! No se pone uno al abrigo de peligros futuros, ni se honra mucho arrojando á la faz de un pueblo extranjero, que, después de una guerra de algunos meses, ha caído de la altura más encumbrada en apariencia, estas palabras burlonas: «No es de extrañar tal desgracia en un país donde reinaba tan gran corrupción moral». Más valdría

dirigirnos seriamente estas palabras, que echarlas en cara á los otros en tono de reproche. Sirvámonos de los ejemplos extraños para darnos cuenta, por nosotros mismos, de esta verdad tan importante; esto nos será más ventajoso.

3. Error en creer que la virtud consiste en discursos acerca de la virtud. Los tiempos en que más se moraliza son los tiempos en que la debilidad moral es mayor.—Toda la dificultad consiste en esto. Censuramos á los antiguos, reprochamos á los demás las mismas faltas que nosotros cometemos. No nos perjudicamos á nosotros mismos reprochando sus faltas á los otros. Nos amamos demasiado y amamos también demasiado nuestras comodidades para aplicarnos las mismas verdades que no economizamos á los demás. Creemos haber hecho algo grande en pro de la virtud, cuando censuramos amargamente los ataques que el prójimo le dirige; pero nos creemos absolutamente perfectos, si pronunciamos algunas palabras entusiastas en elogio de la virtud.

Con esto hemos tocado el segundo punto sensible de la civilización, la cual no entraña consecuencias menos perjudiciales que las que acabamos de ver. Es un funesto error creer que se puede formar el espíritu instruyendo solamente la inteligencia. La ilusión de que se puede ser mejor con pequeños ó grandes discursos sobre la virtud y la moral, y mejorar con ello á la humanidad, produce los mismos efectos desastrosos. Si esto fuera así, pocas épocas hubieran sido tan perfectas como la nuestra. Pues, desde el siglo último, desde los días del Racionalismo y de la Revolución, la manía de moralizar ha venido á ser una moda y aun una enfermedad, y—como se prueba con la literatura—la predilección por este género de ejercicio, va cada día en aumento. ¡Si pudiéramos decir lo mismo del bien real! Pero las cosas son de tal manera, que se puede arriesgar sin temor esta afirmación: Todo lo que se ha dicho y todo cuanto se ha escrito, de una parte, sobre la moral y los resultados obtenidos, de otra, están ordinariamente en razón inversa.

La historia nos da á conocer una época en que lo que acabamos de decir se ha manifestado claramente, un período que, por otra parte, tiene mucha analogía con el nuestro: la Edad de Oro de Augusto. En aquella época, también la decadencia de la vida moral había producido una manía verdaderamente contagiosa, la de discurrir sobre la virtud. Sabemos por Horacio qué azote y qué peligro eran para las paseantes inofensivos aquellos pesados mosquitos moralizadores, aun en pleno día. Cuando se observa su manera de obrar, y se desentrañan sus principios, se cree uno transportado á los días del Racionalismo y á nuestra época. Aquella secta de apóstoles de una moral honrada puramente humana, era tan numerosa, que se llegó á inventar un nombre á propósito para ella. Los que en el siglo XVIII, cuando los marqueses y los lacayos daban el tono, se llamaban filósofos para el mundo; los que hoy día se llaman maestros de moral libre, campeones de la moral civil, oradores que predican la liga universal de todos los hombres para la religión de la moral y para la civilización ética, se llamaban en aquella época *aretálogos*. Fueron éstos los verdaderos misioneros y pastores de una sociedad de la cual salieron un Nerón y una Agripina.

No examinaremos si tomaban en serio su doctrina y hasta qué punto lo hacían. Para nosotros, se trata solamente de saber aquí qué influencia tuvieron en el mundo sus hermosas palabras, y hasta qué punto sus discursos sobre la virtud estuvieron en relación con sus prácticas de virtud. Según todos los historiadores de entonces, el público romano no veía en ellos más que una especie, la más refinada, de truanes, histriones, [1] titiriteros, [2] y, en los mejores casos, actores, declamadores, bufones. Las gentes acomodadas mantenían en sus casas, por poco salario, un *aretálogo*, sobre todo las damas, no para hacerse predicar la virtud, sino para tener un compañero, un supuesto lec-

(1) Manetho, *Apotelesmatica*, 4, 445-449 (Koechly).
(2) *Aretalogus mendax*, Juvenal, 15, 16.

tor, y para estar ciertas de que su favorito perro de aguas estaba al cuidado de un hombre de confianza; lo tenían también para tranquilizar su conciencia, cuando no podían acallar los remordimientos, como ocurre algunas veces entre las personas del mundo bien instruídas. (1) Había otros que, no queriendo imponerse tales gastos, contrataban, por lo menos en ocasiones solemnes, un *aretálogo*, particularmente durante un gran festín. Esta última circunstancia era una de las más cómodas para procurarse filósofos mundanos. Á la hora de las comidas, se encontraban, en cada rincón de la calle, una docena de semejantes personajes que miraban con avidez á los salones de los palacios. Bastaba una señal, y el que estaba más cerca acudía prontamente al comedor, y cuando gladiadores, histriones, bailarinas y músicos estaban cansados, aquél los reemplazaba por algún tiempo, y explicaba la manera de adquirir, á los ojos del mundo, la gloria de hombre honrado sin grandes esfuerzos. (2) Los convidados le aplaudían, le tiraban golosinas y empezaban en seguida las orgías propiamente dichas. El mismo Augusto, con toda su gravedad, honraba con su presencia estos festines, creyéndolos dignos de un emperador. (3)

4. Pablo y los charlatanes de la moral.—Cuanto más se habla de honradez, menos virtud real hay. Ésta ha llegado á ser una broma, ó todo lo más, objeto de discursos en que se hace gala de agudeza de ingenio. Á nadie se le ocurre tomarse la más mínima molestia á causa de ella. Ya en aquella época, el mundo consideraba esto á la fuerza y con disgusto; se burlaba de ello, pero, —pues es siempre el mismo—ni cambiaba ni sabía cambiar el estado de las cosas.

Un día, hacia el año de 51 de nuestra era, entraba un

(1) Seneca, *Tranquill. an.*, 14. Plutarch., *Anton.*, 80. *Præcepta reipubl. gerendæ*, 18, 3. *Reg. et imper. apopht.* (August., 7). *Cato min.*, 10, 2; 16, 1. Strabo, 14, 10, 14. Ælian., *Var. hist.*, 12, 25. Lucian., 17. *De mercede conductis.*
(2) Lucian., 17, 35.
(3) Sueton., *August.*, 74.

hombre en Atenas, justamente en la ciudad donde se formaban *aretálogos* para el mundo entero. Aquel hombre era tan singular y tan nuevo, que allí donde los inagotables cambios de objetos de curiosidad no producían el más pequeño efecto sobre los espíritus, excitó la atención. Pequeño de estatura, cubierto de polvo, las manos encallecidas, señal de un penoso trabajo manual, ofreciendo en su fisonomía la señal indudable de su origen judío, no hubiera sido digno de una mirada por parte de aquellos vanidosos predicadores de virtud, de que estaba llena la ciudad, si sus ojos no hubieran revelado en él un espíritu, y su continente una fuerza tal, como jamás nada semejante habían visto. Este singular extranjero era evidentemente un hombre inteligente y que conocía el mundo. Sin embargo, esta especie de hombres no era rara entre ellos, por lo que esto no les hubiese llamado la atención. Pero sí había una cosa que atraía involuntariamente hacia él todas las miradas. La veían en sus facciones, la adivinaban en todo su ser; no sólo sabía algo y podía hablar de lo que sabía, sino que él era también algo, y era exactamente lo que él sabía y decía. Pero esto era nuevo y aun inaudito en aquellas esferas. «¿Es posible?—se decían los unos á los otros aquellos predicadores de virtud, sobrecogidos de admiración.—¿Hablamos de la virtud? Pues bien; he ahí quien la posee.»

La noticia se extendió como un incendio por las escuelas de filosofía de la ciudad, y los filósofos se precipitaron como águilas para adiestrar su lengua, sin cesar su movimiento, en semejante prodigio de virtud. Pero aquel hombre maravilloso sabía responder á todos. «¡Vamos!—exclaman algunos epicúreos, he aquí un *aretálogo*, un charlatán, (1) como ya hemos visto á millares.»—«Nada de eso; —replican otros,—nosotros somos charlatanes, pero ese tiene algo más que palabras, ya que une la acción á las palabras. Nosotros las sembramos, pero éste las hace madurar en sí. Es un hombre nuevo. Algo sabemos nosotros,

(1) Act. Ap., XVII, 18.

quizás más que él; pero lo que ése sabe, lo quiere al propio tiempo, y desde el momento en que algo quiere, abriga la certeza de que indefectiblemente llegará á realizarse. Es un hombre completo. Nosotros nos atenemos á simples palabras; en él las palabras se transforman en actos. Es un hombre que sabe lo que es la vida. Creímos siempre hacer algo extraordinario hablando del hombre; pues bien, he aquí ante nosotros un hombre. Es el primero que encontramos. Ya veréis como proclama una religión nueva que enseñe el arte de llegar á ser hombre. Porque hemos cultivado demasiado la filosofía para saber que no es en ella donde pueden aprenderse semejantes cosas.»

«Quizás podrás decirnos qué nueva doctrina es esa que te propones anunciar,» [1] le preguntan.

Entonces le cogen, le conducen tumultuosamente, no á una de sus escuelas de filosofía, pues desde el primer momento vieron que no era aquél su sitio propio, sino ante el tribunal donde se trataban las cuestiones decisivas sobre el bien común. [2] Sentían que había en aquel ex-

(1) Act. Ap., XVII, 19.

(2) También tiene la crítica sus quebraderos de cabeza. En todo caso, se ha creído que no se trata aquí del Areópago como tribunal, sino como plaza pública; los filósofos hubiesen conducido á Pablo á la colina de la Acropolis, porque allí hubiese estado más tranquilo que en el Foro, donde antes había hablado *(Act. Apost.*, XVII, 17). ¡Como si los atenienses hubiesen dejado tranquila una plaza durante el día, excepcion hecha de sus propias casas! Pero con esta explicación, pregúntase uno porqué la conversión de Dionisio el Areopagita se da como estrechamente relacionada con este hecho. Sin embargo, lo que hay de decisivo es que el Sermón de Pablo fué oído por el Areópago. El Areópago no era sólo el tribunal, sino también la autoridad superior de policía. A él incumbía mantener el orden público (Heraclides Pontic., *Fragm.*, 1, 10 [Müller, *Histor. Græc.*, II, 209], la policía moral (Isócrates, *Areopagit.*, 37. Plato, *Axiochus*, 367, a. *Plutarchus, Solón*, 22, 3. Valer. Max., 2, 6, 4), hasta el maltratar á los animales (Quintil., 5, 9, 13), y particularmente la policía sobre la religión, (Diogenes Laert., 2, 10, 1. Cicero, *Divin.*, 1, 25. Plutarch., *Placit. philos.*, 1, 7, 2. Himer., *Eclog.*, 7, 1, *Orat.*, 10, 3). Era además el encargado de velar por el cumplimiento de las leyes (Andocides, *Myster*, 84. Plutarch., *Solon*, 19, 2), juzgaba los delitos cometidos contra las costumbres patrias (Dinarch,, *Contra Demosth.*, 62 [Müller, *Orat. Att.*, II, 165]), la introducción de *nuevos* y extraños usos y costumbres (Lysias, *Fragm.*, 114, 175 [Müller, *Orat. Att.*, II, 274, 284]), y en general, de todas las cuestiones difíciles y oscuras (Dinarch., *Contra Demosth.*, 8, 9 [Müller, *l. c.*, II, 156]). Ahora bien, como Pablo trataba de *nuevas* cosas *(Act. Apost.*, XVII, 19, 20), el asunto debía ventilarse ante el Areópago, cuyas atribuciones, si bien muy limitadas desde el tiempo de Pericles, habían vuelto á ser muy considerables desde la dominación romana (Cicero, *Nat. Deor.*, 2, 29, Valer., Max., 8, 1, amb. 2. Aul. Gell., 12, 7, 5).

tranjero algo de lo cual dependía la vida y la salvación de todos.

De esta manera, el Apóstol Pablo, pues era él, se presentó ante el Aréopago y sembró su doctrina, no doctrina de sabiduría humana, no palabras elegantes, sino palabras de vida.

Mas apenas hubo empezado á exponer á aquellos sabios, que creían saberlo todo, la sola cosa de la cual jamás habían oído hablar hasta entonces, á saber, que no bastaba hablar, sino que en adelante era preciso vivir; apenas hubo dejado caer de sus labios estas palabras, á saber, que llegar á ser hombre y vivir como hombre no es cosa fácil, que esto sólo se obtiene por la penitencia, por esfuerzos y trabajos personales, por la energía de la voluntad y la fuerza de la acción, no quisieron oir una palabra más. «De esto hablaremos en otra ocasión»—le dijeron. [1]

Bien hubieran querido llegar á ser hombres, pero, como verdaderos griegos y paganos que eran, hubieran querido serlo sin esfuerzo.

5. Diferencia entre el Humanismo y el Cristianismo, como entre la palabra y la acción.—Desde el primer día en que el Paganismo se comparó con el Cristianismo y el Humanismo con la Humanidad, la oposición moral que separa estas dos tendencias, se manifestó de la manera más clara. No podemos caracterizarla mejor de lo que lo hizo Tertuliano en aquella época con las siguientes palabras: «Aquí acción y gravedad, allí palabras y apariencia.» [2] Bellas palabras y apariencias externas han sido siempre para el Humanismo la primera, por no decir la única cosa de la cual ha dependido su juicio. [3] Si al ha-

(1) Act. Ap., XVII, 32.

(2) Tertull., *Apologet.*, 46.

(3) I Cor., I, 17; II, 13. Plato, *Leg.*, 1, p. 641. e.

cer las visitas de rúbrica un sabio extranjero, si al presentar un diplomático sus credenciales, si al cumplir con sus deberes sociales un obispo nuevamente elegido, puede decirse en Francia: «habla bien» y en Alemania: «tiene maneras distinguidas,» su causa está ganada. Pero si ocurre lo contrario, todos sus otros méritos y todas sus cualidades son inútiles; es hombre al agua. Allí donde se trata de guerra ó de paz, de libertad ó de condenación, de victoria de los partidos, de libertad de conciencia, son siempre los discursos más elegantes los que deciden en difinitiva. La peor perversidad moral, aun cuando evidentemente se proponga la seducción ó corrupción de costumbres, ora se ofrezca en el arte plástico, ora en la poesía, ora en la misma vida ordinaria, es excusada, con tal que se presente encubierta por palabras espirituales, por una aptitud elegante ó una forma seductora. [1] ¡Si no se hiciese más que excusarla! Pero ¡cuántas veces gozan de ella con encanto, la recomiendan con audacia, la defienden con mentiras, de las cuales tienen conciencia, y hasta la canonizan!

Lo que aquí se echa en los platillos de la balanza, no es ni la naturaleza, ni la acción, ni la gravedad, pero sí la palabra y la apariencia externa. Una acción homicida para el alma, con tal que se ofrezca revestida de bellos colores y de poesía, nada tiene de extraño para nadie. Pero equivocarse una vez hablando, escribiendo, dar un paso en falso, no ponerse la cinta y el color á la moda, he aquí un crimen capital, un pecado que no tiene perdón, aun más allá de la muerte.

El Cristianismo no desprecia ciertamente las formas externas, pero querer hacer de un lenguaje elegante y de versos armoniosos, de formas seductoras y del continente externo, una cosa tan sumamente principal, que sólo por ella se estime el valor de un hombre ó de una obra maestra artística, y que se olvide el lado moral ó inmoral, he aquí lo que no puede admitir. El Cristianismo no cifra

(1) Augustin., *Confess.*, 1, 18, 28.

su orgullo en ser una filosofía de elevada elocuencia, sino una religión de buenas acciones. Walter de Vogelweide ha expresado esto en términos inmejorables:

«El que lleva el nombre de cristiano y está lleno de palabras y vacío de obras, en realidad es medio pagano.» [1]

La misma Edad Media, que atribuía cierta importancia, y algunas veces importancia exagerada, á las formas externas, no pensó en apreciar el valor de un hombre según ellas.

Sin embargo, en aquella época se juzgaba con severidad cualquier falta cometida contra la decencia y las formas externas. Pero á nadie se le ocurría condenar á una persona por esta causa; sólo el que cometía crímenes contra la moral, se acarreaba la vergüenza pública. Pero lo característico y lo que contrasta por modo muy curioso con el espíritu de los tiempos modernos, es que precisamente las faltas contra la energía moral, eran, según la opinión general de aquella época, las más reprensibles. Pasar el tiempo en la ociosidad, [2] en la inactividad, [3] en un sueño demasiado prolongado, [4] es decir, perder el tiempo y la energía sin actividad, he aquí lo que se consideraba como vergonzoso en la Edad Media; pero no lo era el equivocarse al hablar. También en aquella época, hablar en debida forma era necesario para que uno fuese considerado como hombre completo; pero no se les ocurría querer canonizar á nadie por sus bellas frases, como lo hacemos con Gœthe y con tantos otros héroes del Humanismo. Se atenían á este principio:

«De poco sirven las bellas palabras, si no les añadimos la acción.» [5]

(1) Walther von der Volgelweide, *Leich.*, 135 y sig. (Pfeiff, 80). Cf. Justin., *Apolog.*, 1, 16. Primasius, *In Gal.*, 3, 10.

(2) Hartmann von Aue, *Erek*, 2791. Walther, 2, 29 (Pfeiffer). Wolfram, *Parzival*, 434, 9 (Bartsch, 3, 39). Freidank, 53 (Bezzenberger, 115). Marner, (Hagen, *Minnes.*, II, 249). Rithart, 58, 5 (Hagen, *Minnes.*, III, 230).

(3) *Parzival*, 2, 15 (Bartsch, 1, 45).

(4) Gerbelius, 3, 1 (Hagen, *Minnes.*, III, 37). Hohenburg (*ibid.*, I, 34). Sant Cecilie (*Zeitschrift für deutsches Alterthum*, XVI, 65).

(5) Wackernagel, *Das deutsches Kirchenlied*, II, 106, n. 196. Hagen, *Minnesinger*, 3, 468, n. 28.

Que nadie diga, pues, que hay en esto solamente una diferencia accidental y accesoria. No, la naturaleza de las dos tendencias de vida está expresada en ello. Hablando de Pericles, que ciertamente era un hombre de acción, Tucídides, su admirador, alaba primeramente su hermoso lenguaje, y después sus hazañas. [1] Pero cuando el Cristianismo nos pone ante los ojos Aquél cuyo modelo debemos imitar, los términos que emplea son sumamente característicos: «Empezó primeramente por obrar y enseñar, [2]—dice—y era poderoso en obras y en palabras ante Dios y ante los hombres.» [3]

6. La doctrina de las buenas obras.—Vemos claramente con esto cuánto se alejó la Reforma del espíritu del Cristianismo, al predicar una fe sin obras, una religión sin prácticas, un Cristianismo del espíritu y del corazón, invisible y puramente interno. Aun cuando se relacionase cien veces con el Evangelio, por este solo alejamiento, ha probado que su espíritu le es completamente extraño. Aun cuando alegue su propósito de impedir que el hombre prive á Dios del honor que le es debido, al vanagloriarse de su propia justicia, no pueden en manera alguna admitirse sus tendencias. Dios no quiere recibir honor por parte nuestra al precio de nuestro propio honor. Ahora bien, sacrificamos nuestro honor desde el momento en que renunciamos á la vida moral, por lo que uno de los más ilustres poetas de la Edad Media, Thomasin de Zerclœre, dice de este falso pretexto, empleado ya tres siglos antes de la Reforma:

«Voy á contestarle: Amigo, quieres vivir sin trabajar. Hace mucho tiempo que sé que sin Dios no puede hacerse el bien. Sin embargo, sólo es bueno quien le sirve voluntariamente.» [4]

En esta discusión sobre las buenas obras, no se trata

(1) Thucydid., 1, 139, 4. Cf. Diodor., 12, 46, 1.
(2) Act. Ap., I, 3.
(3) Luc., XXIV, 19.
(4) Thomasin von Zerclære, *Der wælsche Gast*, 11, 507 y sig.

del honor de Dios, sino de los esfuerzos para excusar la pereza, la debilidad moral del hombre; no se trata de la victoria del Evangelio, sino antes bien de la del Humanismo. Éste fué el que, junto con la Reforma, hizo su entrada en el Cristianismo con el nombre de Evangelio; éste fué aquel mismo Humanismo que, ya en la antigüedad, consideraba á la virtud como simple ciencia, y al hombre como una lengua con la cual se podía alabar á Dios y complacer á los hombres; aquel mismo Humanismo, con el cual el Cristianismo ha tenido y tendrá que luchar siempre, mientras que el egoísmo, causa de la cobardía, no sea ahogado en los corazones.

Extráñase uno de que la obligación de practicar buenas obras, de tal modo se acentuó en la Edad Media, que no parece sino que no hicieron caso alguno de los méritos de Jesucristo y de la fe en la gracia. En *Heliand* atribúyese ya importancia extraordinaria á la vida activa; [1] pero todo redunda en honor del espíritu de aquella época. El pensamiento heroico y caballeresco de aquella enérgica generación no hacía ningún caso de palabras vanas ni de una fe muerta. Pero, en resumidas cuentas, la humanidad es siempre la misma, por lo que no debe extrañarnos que la inclinación á la molicie quisiera reinar también en aquella época. La antigua levadura pagana no había desaparecido aún por completo; y así no faltaban gentes de esas, que, cristianas por el entendimiento, pero medio paganas por el corazón, encontraban demasiado penoso el propio trabajo moral sobre sí mismas. [2] También en aquella época el Cristianismo tuvo que luchar enérgicamente contra ellos. No es una vergüenza para la Edad Media, antes bien un honor, el que aceptase tan seriamente de la Iglesia la obligación de las buenas obras. Mientras que el mundo escuchó esta exhortación, el Humanismo, con todo su cortejo de inercia moral, no pudo asegurar su imperio. Pe-

(1) *Heliand*, 497 y sig., 957 y sig., 1014 y sig., 1139 y sig., 1171 y sig., 1235 y sig., 1934 y sig. (Rückert).
(2) *Concil. Paris.*, 829 (2, 10).

ro cuando gran número de maestros, no maestros salidos de la escuela de Aquél que es el camino, la verdad y la vida, [1] sino maestros que tienen el corazón en los labios, [2] por consiguiente, maestros pertenecientes á la escuela de los aretálogos, se asociaron al Humanismo é hicieron triunfar sus principios, con relación al Evangelio, que no tenían misión de enseñar, entonces el antiguo espíritu pagano que hasta aquel momento no había hecho más que vegetar, adquirió de nuevo un poder formidable. Desde entonces, la oposición que hay entre palabra y acción, apariencia y realidad, oposición que desde San Pablo coincidía con la que existe entre Paganismo y Cristianismo, se introdujo entre los que admitían la religión de Cristo, gracias al abuso inaudito de las palabras más sagradas, redundando en la mayor vergüenza del Cristianismo, en la más grande perturbación de las conciencias y en la más grande alegría de los enemigos de la fe. [3]

Mas es y será siempre imposible engañar al mundo, bajo este concepto, sobre el verdadero sentido de la doctrina de Jesucristo. Nadie podrá velar la carencia de acciones, fingiendo atenerse al Evangelio de Aquél que ha hecho por nosotros numerosas acciones de salvación, mucho tiempo antes de pronunciar una sola palabra. Precisamente el Evangelio nos dice que toda palabra del Señor, no es una palabra que baste solamente escuchar, no una palabra ociosa, no una palabra de distracción, sino una palabra y un precepto de vida, una palabra de la cual no comprendemos la verdad, el sentido y la fuerza más que cuando la practicamos. [4] En Jesucristo, el Evangelio más nos presenta el modelo que el maestro; ¿y no sería para él la más profunda humillación quererle poner al mismo nivel de esos filósofos charlatanes que se contentan con que alguien preste oídos á sus discursos y les dé la razón, pero que no

(1) Joan., XIV, 6.
(2) Eccli., XXI, 29.
(3) Cf. I, Cor., I, 18. II Petr., I, 16. Athenagoras, *Legatio*, 33. *Vitæ Patrum*, 7, 41, 2.
(4) Joan., VI, 64, 67; VII, 17; XII, 50.

tienen valor para exigir de sus discípulos más que vanos aplausos?

Pero si Él no es de esta especie, sino más bien el Maestro de la vida y un modelo de acción; si es realmente nuestro Maestro y nuestro Dios, que no ha titubeado en darse enteramente á nosotros, ¿qué haremos un día ante Él, si le quitamos la voluntad, la acción y la vida y si creemos contentarle con sentimientos y acciones incompletas? Que nadie hable desde el punto de vista judío, desde el punto de vista del Antiguo Testamento. ¡No se trata de eso! Si la antigua ley imperfecta exigía ya el hombre completo, con espíritu, corazón y acción, ¿con cuánta mayor razón no lo exigirá la nueva ley perfecta? ¡No! La diferencia entre la ley antigua y la nueva no consiste en que la primera ha exigido un hombre completo como víctima para Dios, mientras que la segunda se contenta con un hombre incompleto sin fuerza, sin pies ni manos; sino en que nosotros, cristianos, debemos mostrar nuestra superioridad sobre el pueblo de la Antigua Alianza, haciendo más que éste, cumpliendo de una manera más perfecta y solícita lo que, como á aquél, nuestro deber nos impone. «La exhortación que más de un sabio hizo ya en la antigüedad á los hombres, cuando se observaba la ley de la Antigua Alianza, se aplica actualmente con mucho más rigor. ¡Qué todos sirvan al Dios de caridad, que, ya en la Antigua Ley, exigía una obediencia completa!» [2]

7. La educación cristiana para la vida práctica.— Si la conducta del mundo para con su bienhechor no fuese siempre la misma, en gran manera nos asombraría el que se extrañase de esta enseñanza del Cristianismo. De creer sería que todo el que quisiese penetrarse seriamente del espíritu cristiano diese gracias á Dios de rodillas por haberle dado ese medio para llegar á la salvación. ¿Qué cosa hay que pueda desalentar más, tratándose de espíritus activos en los cuales reine la prevención de que pueden escudriñar con la sola inteligencia los misterios de Dios, que

(1) *Heliand* (Rückert, 1414 y sig.).

la experiencia que han hecho de cuán difícil es concebir, por poco que sea, la amplitud, la altura y la profundidad de esas verdades que sobrepujan á toda humana inteligencia? [1] «Desgraciadamente,—exclama más de un noble corazón, que quisiera estar cierto de salvarse,—¿cómo llegar á este fin con sólo mis débiles fuerzas? Los más grandes espíritus han sucumbido, y corazones mejores que el mío se han extraviado. ¡En cambio, yo carezco de todo, de disposiciones intelectuales y de tiempo para investigar cosas de las cuales depende la salvación!»

Aquí es donde precisamente vemos de qué modo los mejores hombres son juguete de este error. En ninguna parte del Evangelio se ve escrito que sea necesario apropiarse el espíritu y la moral cristiana por medio de estudios sin fin en todos los libros imaginables. Jamás el Señor se ha rebajado hasta hacerse filósofo; jamás ha pensado en escribir un manual de su sabiduría. El que considera su religión como una empresa intelectual, como un problema de matemáticas ó de ajedrez, lo entrevé ciertamente de la manera más falsa que sea posible. Nadie domina ni siquiera la ciencia humana con el simple ejercicio intelectual, sin vencer la voluntad. ¿Cómo, pues, podría hacerlo tratándose de la vida cristiana, que quiere hacer de nosotros hombres nuevos é hijos de Dios? Nadie es capaz de concebir la sabiduría de Dios con la árida inteligencia, por grandes que sean los esfuerzos que haga para ello; lo que es incomparablemente más necesario, es la voluntad seria y la acción leal. Sólo aquél que la practique, penetrará su profundidad. [2] En cambio, es accesible á todos los que quieren practicarla seriamente, por insignificantes que sean sus dones intelectuales.

Sobre esta base reposa la pedagogía cristiana. El Cristianismo educa para la vida. Su educación impulsa de la ciencia á la acción, pues la vida es la actividad. Su mira es formar hombres completos, por lo que ella hace el mismo

(1) Ephes., III, 18, 19.
(2) Joan., VII, 17.

llamamiento á la voluntad y la acción que al pensamiento, y más aún. Con esta intención, induce pronto á sus discípulos á la acción, cuando todavía su espíritu es demasiado débil para poder obrar independientemente, y fortifica también su voluntad al mismo tiempo que provoca el desarrollo de la inteligencia. Entonces, cuando ésta llega á ser viviente, la ejercita de tal modo, que debe trabajar en el ejercicio de la voluntad y de la acción. Los artífices pedagógicos de hoy, inventados para desafiar el espíritu del Cristianismo, no sabrán jamás cuándo debe enseñarse á los niños los conocimientos necesarios sobre Dios y las cosas divinas, si es que en ello piensan sus autores. Se han apresurado á seguir el principio de que las doctrinas de la religión deben ocupar el último lugar en la enseñanza, y no hacen sino enseñar á los niños lo que ellos mismos saben desde largo tiempo por la reflexión. Muy pronto se sienten atormentados de la preocupación de que es demasiado temprano para sujetar á los niños á una vida cristiana, mientras no estén profundamente instruídos, casi podría decirse, mientras no hayan estudiado á fondo la filosofía de la religión y de la moral, para estar en estado de trazarse ellos mismos su propia línea de conducta. Y á fuerza de consideraciones, la vida cristiana y humana no gana más que la fe y la piedad.

Nosotros no conocemos semejante preocupación. Nuestro punto de partida es la vida, y ésta es la que consideramos como término. Nunca es demasiado pronto para formar el espíritu por medio de la fe en la bondad y grandeza de Dios, y tampoco será nunca demasiado pronto para despertar la vida del espíritu. Podrá suceder que los niños no comprendan bien, con su inteligencia, el sentido de las oraciones y preceptos del Cristianismo, pero los comprenden ciertamente con la voluntad y el corazón.

Y cuando se han acostumbrado á vencerse, y á dar pruebas de fuerza moral, poco á poco aprenden á comprender con la inteligencia. Pronto comprende uno lo que ha practicado una vez. Los mayores obstáculos que se opo-

nen al conocimiento de las cosas espirituales—nunca insistiremos suficientemente sobre esto—son la corrupción del corazón y la fuerza de la voluntad. Si domamos pronto á la voluntad para vencernos, la perspicacidad de la inteligencia no tarda en despertarse también.

Este principio no debe limitarse á los primeros días de la educación. Hay que atenerse más bien á la verdad importante de que sirve para toda la vida, no sólo en lo que concierne á la educación del prójimo, sino también en lo tocante al desarrollo personal, á saber, que es preciso exigir más de la voluntad que de la inteligencia. Si la inteligencia se despierta con la oración, con la tendencia religiosa de toda la vida, entonces se desenvolverá un hombre sano y completo, á condición de que la práctica de la vida cristiana progrese en la misma proporción en que la fuerza intelectual aumente. Si un buen comienzo acaba á menudo de una manera deplorable, hay que atribuirlo al hecho de que esta ley de educación tan natural, y cuya influencia es tan considerable, es ordinariamente descuidada. La ciencia aumenta, pero la práctica no va al mismo paso. Aprenden, pero no para la vida, pues que olvidan poner en práctica lo que han aprendido. Mientras que el espíritu se fortifica, la voluntad es cada vez más débil. La cabeza gana en perspicacidad y el corazón disminuye en ardor. El hombre, sobre el cual hace un momento podían fundarse las más bellas esperanzas, se hace cada vez más exclusivo, se estropea, se paraliza, hasta que por fin muere.

Importa mucho, pues, reavivar los antiguos principios de educación y de formación personal, estos principios que se han proscrito á causa de su supuesta dureza, pero que sólo ellos son capaces de producir una raza sana y fuerte. Cuantos menos miramientos se tengan, más pronto se adquieren las costumbres; cuanto más pronto se inculcan éstas, más pronto se comprenden. Las costumbres que hayáis adquirido en vuestra juventud, las conservaréis en vuestra vejez. Tal inteligencia, tal obra; tal obra, tal inteligencia. Cuanta más inteligencia se tiene, más obligaciones hay. No hay educación sin vida. No hay vida sin actos. Á mayor ciencia, mayor actividad. Sólo la vida protege á la ciencia. Saber guardar la justa medida, hace al hombre completo. Un cristiano viviente, es un hombre completo.

Que se intente tan sólo la comprensión de estos proverbios, y quizás se nos dé la razón, cuando decimos que forman el contenido principal de todo el arte de educación, de todo el arte de la vida.

8. El arte de la vida.—Decimos *arte* de la vida. La educación debe preparar la vida, y ésta debe continuar y acabar lo que la educación ha principiado. Nunca se dará bastante importancia á la educación; pero aun es mayor la que debe atribuirse á la vida. La educación debe ser el fruto de un estudio asiduo y de un ejercicio constante; la vida debe llegar á ser práctica, arte, obra maestra.

Es un error, y grande, desgraciadamente demasiado generalizado, creer que la formación, sobre todo la de la voluntad y del corazón, puede tener un fin aquí en la tierra. Verdad es que llega un momento en que se dice que nuestra educación ha terminado. Mas ¿se quiere decir con esto que somos ya hombres completos? Nada de eso. El hombre jamás habrá terminado consigo mismo. Con esto quiérese indicar solamente que estamos bastante adelantados para poder continuar, por nuestros propios esfuerzos, lo que los otros estaban obligados á hacer hasta entonces por nosotros. Nada nos autoriza á comprender esta declaración en el sentido de que ya somos hombres completos. No por haber seguido algunos cursos en la Universidad, puede uno llegar á ser sabio, ni tampoco con algunas lecciones de música llega uno á ser artista. Y, sin embargo, es mucho más fácil llegar á ser sabio y artista que hombre completo y cristiano perfecto. El hombre no llega á este fin sino poco á poco, por un trabajo constante sobre sí mismo. No hay nada, ni aun la cosa más insignificante, que el hombre pueda obtener sin trabajo. ¡Con cuánta mayor

razón el arte que debemos aprender! Se habla, es verdad, de disposiciones naturales para ser artista. Pero alguien, que ciertamente no pertenecía á los más medianos artistas, Guido Reni, tenía costumbre de responder á esto: «¡El talento! Dejadme en paz con esta palabra. Si se adquiriese por sí solo, yo sabría también algo. ¿Sabéis lo que es el genio? Es la gravedad, la aplicación, el trabajo. El que más trabaja, es el que más provecho reporta. Me ha sido preciso gastar mucho para saber lo que sé. Durante ocho años, he estudiado la antigüedad, y, gracias á ella, poseo lo que tengo.» Sebastián Bach tenía poco más ó menos el mismo lenguaje. Bossuet, que seguramente había nacido para orador, respondió un día estas palabras á alguien que le preguntaba cuál de sus discursos apreciaba más: «El que más trabajo me ha costado.» Aquél que eche una mirada sobre los bosquejos de Rafael, sobre los manuscritos de Beethoven, de Schiller y de Gœthe, sabrá qué trabajo costó á estos maestros producir las obras que nos parecen ser como la inundación de un entusiasmo involuntario. (1)

Aun cuando entreveamos, pues, su vida por el lado más hermoso, el lado artístico, esto no nos dispensa de ninguna manera de la obligación de hacer graves esfuerzos. El arte tiene necesidad de un valor decidido, de un ejercicio constante y de una continuada victoria sobre sí mismo. El que quiere llegar á ser artista, debe conocer el fin que se propone. No debe desanimarse por contratiempo alguno, y nada le es más necesario que la abnegación personal. Otros podrán gozar de sus obras, para él sólo será el trabajo. Hay tan pocos artistas y tan pocas obras maestras, porque hay muy pocos hombres que tengan bastante fuerza de voluntad, energía y tenacidad para llevar sus obras hasta la perfección. Se encuentra muy raramente también un hombre completo y un cristiano perfecto, porque ni el uno ni el otro reflexionan que tienen por misión transformar su vida en obra maestra, y porque los mismos

(1) Cons. Emiles, *Der Charakter*, 169 y sig.

que se han dado cuenta de esta obligación, no consideran bastante todo lo que se necesita para que una obra sea verdaderamente artística.

9. El poderío y la virtud curativa de la voluntad.— Si todos considerásemos la vida desde este punto de vista, y si buscásemos el modo de vivir según estos principios, ¡bajo qué aspecto se nos aparecería el mundo! La causa principal de todos los males que sufrimos, es la carencia de abnegación personal, la falta de fuerza para vencerse uno á sí mismo; en otros términos, la debilidad de la voluntad. ¡Qué pronto nuestra generación sería fácilmente curada, si aprendiese á hacerse violencia! Aun cuando uno se haya rechazado á sí mismo y esté cerca del más horroroso abismo, de la locura, de la desesperación, del suicidio, aun entonces puede salvarse, con sólo que logremos apoderarnos de su voluntad, inducirle á un trabajo serio y á vencerse á sí mismo. Todo psicólogo podría citar más de un ejemplo de que es cierto que una enfermedad de languidez no mata á nadie, con tal que esté convencido de que tiene una gran empresa que cumplir.

En toda epidemia se puede comprobar que los primeros apestados son los que huyen despavoridos, mientras que la energía que se manifiesta en el fiel cumplimiento de los deberes ordinarios y en el sacrificio personal, es el mejor preservativo del contagio. Preciso sería que un médico tuviese muy poca experiencia, para no confirmar el hecho de que á menudo es imposible curar un enfermo antes de que un sacerdote haya puesto orden en los asuntos de su conciencia, y de que el paciente haya encontrado la paz del corazón, la firmeza de la voluntad; en una palabra, que se haya encontrado á sí mismo. ¿Quién pretenderá curar la melancolía enfermiza, y esa masa de sufrimientos que se le han unido, la hipocondría, el histerismo, «los síncopes, las crisis nerviosas, de lágrimas y otras enfermedades femeninas,» (1) el dolor universal, cultivado con predilección, la filosofía de los vividores, de esos que ambicionan las gran-

(1) Puschkin, *Eugen Onegin*, 5, 31.

dezas sin trabajar, si no se propone, primeramente y ante todo, introducir la energía y el placer por medio del trabajo entre los que sufren? (1) Si hay un punto sobre el cual la ciencia se muestra por completo impotente, es éste. En balde se dirá: «Persistir en la pena, es prueba de sentimientos poco elevados;» (2) es un consejo fácil y breve receta, enseñar al enfermo que sus males serán curados en el momento mismo en que se convenza de que sufre más por debilidad de carácter, que á consecuencia de la misma enfermedad real. No negaremos ciertamente que esta afirmación contiene algo de realidad. Mientras no se convenza al enfermo de que, aun cuando sus males sean grandes, y lo serán sin duda alguna, su propia falta, su condescendencia con los caprichos, la flojedad de su voluntad, su falta de constancia, de sinceridad, de abnegación personal, son más grandes aún, no hay que tratar de curación. (3) ¡Si tan sólo con esto llegase uno á darse cuenta de que el dominio de sí mismo es el mejor y quizá el único medio de preservarse de la melancolía! El que sufre, sabe lo que le falta y lo que puede salvarle; ve mejor que nadie cuál es la causa de sus dolores; nosotros mismos estamos cansados y enfermos de repetírselo con tanta insistencia, y á pesar de esto, empeora en vez de mejorarse. Y aun cuando se lo repitiésemos durante diez años, si no llegásemos á dominar su voluntad, todo sería inútil.

Todas estas enfermedades á la moda, que son una verdadera epidemia social, enfermedades que se cultivan de intento, y con arte exquisito, como si fuesen distinguidas é interesantes, enfermedades con las cuales nos complacemos en atormentarnos y atormentar á los que nos rodean, y que en definitiva nos llenan de hastío á nosotros mismos y al mundo, enfermedades que nos complacemos en comunicar á nuestros amigos, tienen como último asiento casi únicamente la voluntad. El que sufre estas enfer-

(1) Cf. Justus Mœser, *Patriotische Phantasien*, III, 131.
(2) Dschelaleddin Rumi's Diwane, *von Rosenzweig*, 65.
(3) Teresa, *Leben*, cap. 13. Cf. Kant, *Macht des Gemüthes*. Feuchterleben, *Diætetik der Seele*.

medades es el que mejor cuenta se da de ellas. Nos extrañamos de que cada día nuevas enfermedades, antes desconocidas, aparezcan y predominen; pero en esto no hay nada de extraño, ya que, en el fondo, es siempre la misma enfermedad de moda. La enfermedad de que adolece nuestra época es la debilidad moral, la falta de formación de la voluntad. Esas penas internas, esas imaginaciones, esas desolaciones, esas inquietas inquisiciones, esa tristeza, esas malas disposiciones, y lo que hay de más odioso é infantil, el humor caprichoso; esas enfermedades de la voluntad, ese abatimiento, esa indiferencia, esa timidez é irresolución, esa indecisión que llega algunas veces hasta paralizar el alma; esas enfermedades de la cabeza, esas imaginaciones desarregladas, esas ideas ridículas, esa ligereza, esa sed de distracciones, todo esto prueba que, en nuestra época, carecemos de formación de la voluntad y de dominio de nosotros mismos. Admitimos que la debilidad de nuestra naturaleza y las tristes circunstancias que atravesamos, sean en parte, sino en todo, causa de lo que decimos. Á pesar de esto, todas estas enfermedades son, miradas por el lado principal, defectos de nuestra voluntad. En gran parte provienen de la causa más fecunda y casi inagotable de nuestros pecados, de la repugnancia que experimentamos en vencernos á nosotros mismos, y, para decirlo de una vez, de nuestra flojedad, de nuestra pereza, de nuestro fastidio y de nuestro egoísmo.

Sí, es verdad que los defectos del corazón y las enfermedades de éste son las principales enfermedades de nuestra época. Los corazones están enfermos, y por esto hay tantas enfermedades en el mundo. Pero no son ni los médicos, ni los balnearios, ni las distracciones los que curarán jamás esta especie de enfermedad. Sólo podrá hacerlas desaparecer la que las ha producido, la voluntad. Cuando la voluntad y el corazón están en orden, todos los otros males se suprimen. Un corazón sano vuelve la vida al que estaba medio muerto. (1)

(1) Cf. Prov., XIV, 30.

10. La confesión y la penitencia como medios para afirmar la voluntad.—No hay, pues, duda alguna sobre este punto; la voluntad es causa de las enfermedades, en todas partes donde esto anda mal, en nuestro interior como en nuestro exterior. La voluntad es el manantial de todas esas enfermedades con las cuales nos descuidamos á nosotros mismos, descuidamos nuestros deberes y el mundo, y aun llevamos á él la corrupción. Es preciso, pues, que la voluntad sea mejorada y fortificada, si queremos estar bien con nosotros mismos y con el mundo.

Pero he aquí la gran cuestión: ¿Quién se encargará de corregir á la voluntad y fortificarla después?

Cualquiera que haya hecho una vez la experiencia, ha podido darse cuenta de que el arte de curar un corazón enfermo y una voluntad cobarde, no está en poder del hombre. En la mayor parte de los casos, las exhortaciones, las oraciones, las enseñanzas, son casi inútiles. La gravedad y la seriedad oportunas sirven de algo, pero poco, y rara vez de una manera durable. Reconózcase ó no, preciso es conceder que para esto se necesita un poder que no se encuentra en el hombre, pero que se encuentra incontestablemente en el Cristianismo y sólo en él.

Decimos esto con gran confianza y dirigiéndonos á los que tienen derecho de hablar aquí, es decir, á las personas que pueden hacerlo por experiencia. En cuestiones donde la vida de millares de personas está en juego, no tienen otros el derecho de levantar la voz. Mas los hombres de experiencia, aun los que, por sí mismos, no atribuyen mucha importancia á la oración y otras cosas semejantes, pero que conocen la vida, han observado y dicho cien veces que no hay sino un solo poder capaz de curar radicalmente la melancolía, y que este poder es el Cristianismo; no un cristianismo á medias, un cristianismo sentimental y aparente, sino un cristianismo viviente, activo, que penetre seriamente al hombre y le eduque por medio de la disciplina.

Esto es fácil de comprender. El Cristianismo posee en realidad un medio capaz de ayudar á la voluntad á mejorarse, y un medio que por sí solo basta. Para esto no es preciso ir á visitar países extranjeros, ni balnearios costosos, ni distracciones en los conciertos y bibliotecas. Estos medios se han probado centenares de veces, pero sin resultado. Resta, no obstante, un medio que en verdad no es muy atractivo, un medio que no pertenece ni á la medicina ni á la filosofía, pero que, sin embargo, ha demostrado su eficacia desde el punto de vista psicológico y pedagógico; la confesión.

Sí, la confesión. Si dijésemos que no se puede formar la voluntad á menos de alejar de ella el verdadero y único motivo de su debilidad, el egoísmo, y no recomendásemos la confesión, se tendría derecho á decirnos que pronunciábamos palabras vanas. Atraer la voluntad á sí misma, es decir, desprenderla de su perniciosa inclinación á la pereza y á la molicie, eso es una acción reservada solamente á Dios. [1] Sólo á la religión, que proviene de Él, ha comunicado algo de este poder. Sólo la fe viviente en el que escudriña los corazones, [2] sólo la confesión sincera á un hombre á quien el Todopoderoso ha transmitido su poder, sólo la reprensión severa y justa del que, como representante de Dios, está por encima de las miras humanas, á menudo tan crueles, puede cortar ese tejido de embaucamiento personal y de falta de sinceridad, que una disposición histérica, hipocondríaca y melancólica tejen casi siempre al rededor de ella. Sólo la obediencia á un jefe, que es bastante misericordioso para intervenir con severidad en nuestra conciencia, puede curar la molicie, el amor propio, la vanidad, causas de nuestra debilidad y de la degeneración de nuestra voluntad:

«Porque todo médico es inútil para semejante enfermedad; aquí el sacerdote es más necesario que el médico.» [3]

(1) Thom., *Contr. Gent.*, 3, 38-90. *Summa theol.*, 1, q. 105, a. 4; q. 106, a. 2; q. 111, a. 2; 1, 2, q. 9, a. 6; q. 75, a. 3, etc.
(2) Jerem., XI, 20; XVII, 10; XX, 12.
(3) Shakespeare, V, 1.

Por el contrario, es un miramiento pernicioso y digno de compasión, el titubear, quizá únicamente por respeto humano, en poner el hierro en el corazón de esas enfermedades; es una caridad cruel, que las hace cada día más débiles, la de halagar su vanidad y sus caprichos, entreteniéndolas en sus ilusiones en vez de forzarlas á dirigirse á un médico, único que lee en el corazón, asiento de esta enfermedad, único que puede poner la mano en ellas, es decir, á Dios y al que tiene su lugar aquí bajo como juez, y que está investido de su poder cerca de las almas.

¡Cuántas veces esa falta de atención aparente del sacerdote, y el cambio interno completo debido á su sola aparición, ha devuelto la vida á desgraciados que ya eran presa de la muerte! ¡Cuántos hombres corren ya á su ruina temporal,—no hablamos de la ruina eterna—únicamente porque un amor loco y un temor orgulloso alejan de ellos la sola posibilidad de salvación, que consiste en sacudir el yugo de la voluntad que ha llegado á quedar sin energía! ¡Cuántas personas van al encuentro de una muerte prematura á consecuencia de una vida sin actividad y sin honor, personas que podrían aún ocupar largo tiempo su lugar aquí bajo, si tuviesen bastante corazón para acusarse sinceramente á sí mismas, para convertirse, y por el hecho mismo, adquirir una nueva actividad!

No hay que creer por esto que todo quede terminado con una simple confesión, hecha quizá solamente en la forma; sino que se trata de marchar hacia adelante, de fortificar la voluntad, que apenas acaba de ser curada.

El Cristianismo nos ofrece también uno de los medios más perfectos para llegar á este fin. Por algo la sabiduría divina impone una penitencia á todo el que se confiesa. Según la práctica actual de la Iglesia, que tiene en cuenta la debilidad de nuestra fe y de nuestro celo, esta penitencia no es, ciertamente, sino una simple bagatela, de ningún modo proporcionada á la gravedad de nuestras faltas y á la extensión de nuestras necesidades; pero debe por lo menos recordarnos lo que es necesario que hagamos para corregirnos.

Sí, nada es tan necesario para nuestra salvación como fortificar, por la penitencia, la mortificación, la renuncia personal, nuestra voluntad debilitada y sugestionada por el amor propio. La salvación de la humanidad depende del conocimiento y de la práctica de esta verdad tan desagradable. Desgraciadamente, es verdad que no podemos ya soportar nada. Hemos llegado á ser tan débiles, tan sensibles, tan afeminados; nos quejamos tanto y hacemos tan poco, que somos una carga para nosotros mismos. ¿Por qué? Porque nos han acostumbrado muy poco á callar y á padecer, cuando éramos pequeños. Jamás nos han castigado, nunca nos han obligado á reparar nuestras faltas. Creían haber descubierto una sabiduría de las más maravillosas, al tratar de inculcarnos la ciencia jugando, y al querer alejar de nosotros todo lo que podía parecernos fastidioso. [1] El mayor triunfo de la moderna pedagogia consiste en poder decir de un maestro, ó de un preceptor:

«Le ahorraba todo trabajo; se lo enseñaba todo jugando, y no le atormentaba jamás con la moral. Los reproches eran dulces y hechos siempre con amabilidad.» [2]

En vez de acostumbrarnos pronto á poder soportar penosos reveses, nos han ahorrado todo lo que podía sernos desagradable, nos han mimado y acariciado, hasta el día en que la vida inexorable ha caído sobre nosotros con todo su peso. De esta manera ha crecido una generación, á cuyo rostro ha podido el poeta arrojar estas duras palabras:

«Sólo os agrada reir, amar y gozar, creer y sentir alguna que otra cosa. Arrojáis todo lo que os oprime sobre Aquél que cargó con todo, cuando un día Dios le envió aquí bajo. Pero, porque habitó entre vosotros, y porque sufrió por vosotros, no pensáis sino en el juego y en el baile. Sí, bailad por ahora; no digo á donde esto os conducirá.» [3]

(1) Justus Mœser, *Patriot. Phantas.*, III, 133 y sig.
(2) Puschkin, *Eugen Onegin*, 1, 3.
(3) Ibsen, *Brand*, 1, 2.

Desgraciadamente, como todo lo que es serio y pide seriedad, esto no preocupa gran cosa á nuestra generación, ya que, como no se le ha enseñado esta seriedad, sólo vemos en todas partes imposibilidades, y sucumbimos á cada dificultad. Ni aun osamos ya pensar en la más grande de todas las dificultades, en la corrección y satisfacción. Preferimos la muerte. Para esto no hay sino un solo remedio, y es precisamente el que la humanidad teme más: la mortificación, la abnegación personal, la práctica de la penitencia. Cuanto más intolerables sean estas palabras, tanto más cierto es que uno no llegará jamás á ser mejor, desde este punto de vista, mientras el mundo no vuelva á una vida verdaderamente cristiana, penitente, mortificada y activa, según la doctrina de la Iglesia y el ejemplo de los santos.

11. **La doctrina de la mortificación, de las buenas obras y del fin eterno sobrenatural, como base de la fuerza de la voluntad.**—De aquí que todo dependa de que concibamos la vida y nuestros deberes desde el punto de vista cristiano. Las hermosas flores retóricas, filosóficas y humanitarias que se recitan hoy sobre la dignidad del carácter, la sublimidad de la abnegación por un noble ideal, sólo por un momento, pueden hacernos sonrojar de nuestra cobardía, demostrándonos la necesidad de ser enérgicos; pero siempre han dado pruebas de ser frías y débiles, cuando se trata de pasar á la acción, y, frente á los grandes sacrificios que hay que hacer, desaparecen como el humo en el aire. Son terrenas, y, por esta causa, no tienen duración. Sería evidentemente hermoso mostrar á los hombres lo que puede el hombre. Pero ¿quién no me excusará de que no lo haga, cuando se trata de tales sacrificios? Además, ¿quién apreciará el sacrificio, aun cuando lo haga? Y suponiendo, que uno ú otro lo haga, ¿de qué me servirá? La vida es corta. Siempre vencerse, siempre sacrificarse, en tanto que todos se hacen la vida fácil y agradable, ¿quién podrá sobrellevar esta carga?—Tenéis razón de quejaros. Nadie triunfa de esas dificultades, si no mira esta vida como el vestíbulo de otra eterna dada por Dios. Verdad es, y no osaríamos contradecirlo, que el que no tiene delante de los ojos más que esta vida terrena, la frase *renuncia personal* puede parecerle hermosa, pero algún tanto insensata. Esos miramientos para con los hombres y la vida terrena son á propósito para hacernos débiles y delicados, y no para elevarnos sobre nosotros mismos.

¡Cuán diferente se ofrece todo esto, cuando elevamos la mirada por encima de los límites estrechos de esta vida temporal! ¿Qué es una corta vida de sueño, llena de sacrificios, si, al despertarnos, resucitamos á una vida, en la cual somos, no sólo diré recompensados con el ciento por uno por cada sacrificio que hayamos hecho, sino—y esto es lo principal — perfeccionados y purificados? ¿Qué nos importa que este mundo escéptico se ocupe ó no en nuestras penas, cuando sabemos que la más pequeña victoria ganada sobre nuestras pasiones no dejará de ser tenida en cuenta, para contribuir á fijar nuestro verdadero valor en un mundo donde no hay ni error, ni dolor, ni fin? ¿Qué nos importa el juicio de los hombres, juicio que apenas puede evitar el error, con tal que la sentencia sin apelación nos sea favorable en el último día? Estas últimas palabras del Juez determinarán para siempre nuestro valor, únicamente según nuestras obras y según el espíritu que las ha producido. (1) No se tratará entonces de hermosas palabras, pero sí de obras y de la intención con que estas obras se hayan hecho. (2) Porque allí, no decidirán ni el número, ni la grandeza, ni el brillo de las obras, sino únicamente el contenido de las mismas. Cada vida y cada obra será pesada en su justo peso, y probada por el fuego, hasta que se vea exactamente lo que en realidad vale. (3) Los grandes hombres y los conquistadores del mundo, los pueblos que han brillado por el arte y el poder, las épocas de civilización, las escuelas de los sabios, se presentarán á este

(1) Matth., XVI, 27; XXV, 35 y sig. Rom., II, 6. II Cor., V, 10.
(2) Imit. Christ., I, 3, 5.
(3) I Cor., III, 13 y sig. Dan., XII, 10.

examen lo mismo que el pobre y el pequeño, y todos serán juzgados, pero no oirán todos pronunciar la misma sentencia. De todas las grandes acciones, no quedará á menudo sino un montoncito de ligeras cenizas ó de podredumbre, mientras que una obra y un sacrificio de poca apariencia soportarán intactos la prueba, que sólo se atendrá á la verdad, al espíritu y á la acción.

Muchos creen que nos reprochan algo infamante, cuando dicen que la idea de este tribunal severo, antes debe rebajar al hombre que elevarle, antes debilitarle que fortificarle, puesto que ella le hace vivir perpetuamente sometido al temor de Dios. Estos tales se engañan.

Sabemos ciertamente que Aquél que no engaña á nadie ni puede engañarse. examinará nuestras acciones, y no negamos que este pensamiento sea á propósito para llenarnos de temor. ¿Pero temor de quién? De nosotros y no de Dios. Si nos tememos á nosotros mismos, no tenemos necesidad de temer á Dios. Este temor es el secreto de nuestra verdadera fuerza. ¿Hay alguna cosa que pueda excitarnos más á la vigilancia, al celo, á las buenas acciones, á la sinceridad del corazón, á la purificación de la voluntad y de las intenciones, [1] que este temor serio, que ha sido llamado con razón el principio, [2] y el coronamiento [3] de toda sabiduría, el manantial de la vida? [4] No negamos que también tememos á Dios; pero es un temor que no tiene de común con el terreno sino el nombre. Este temor sagrado no paraliza; no es sino una nueva causa de fuerza para nosotros. De hecho, nada nos ofrece en el mismo grado que el temor de Dios una protección más fuerte contra nuestro deplorable respeto humano, la causa propiamente dicha de nuestra debilidad de carácter. ¿De dónde proviene esta cobardía, de la cual nos enrojecemos tan á menudo, sin poder, no obstante, llegar á vencerla?

(1) Jos., XXIV, 14. I Reg., XII, 24. II Paral., XIX, 7, 9. Eccli., II 18 y s.
(2) Ps., CX, 10. Prov., I, 7; IX, 10. Eccli., I, 16.
(3) Eccli., I, 22.
(4) Prov., XIV, 27.

Nos forjamos ilusiones, cuando creemos que las circunstancias son más fuertes que nosotros, que somos hombres como todo el mundo, y que no podríamos elevarnos por encima de lo que todo el mundo piensa y hace. ¡No! no son las circunstancias ni los hombres los que nos hacen débiles; somos nosotros mismos. Por algo un antiguo proverbio se expresa así: «Más temor nos viene de nosotros mismos que del exterior.» [1] Si la timidez no reina ya en nuestro interior, ni todos los tiranos y ridiculizadores juntos podrán infundírnosla. Si queremos encontrar caracteres que estén por encima de la debilidad deplorable relativamente á la opinión pública y al juicio del mundo, hay que buscarlos entre los que no temen á nadie, sino á Dios, [2] entre los que les importa poco agradar á los hombres, con tal que agraden á Aquél ante quien el favor humano carece de valor y el poder humano está desprovisto de fuerza. Difícilmente puede asustarse al que tiene su interior en orden, al que sabe y siente que no tiene nada que temer por parte de Dios y de su conciencia. El piadoso Tevrizent, aquel á quien las obras de penitencia y la práctica de la virtud cristiana, así como la meditación de los juicios de Dios en el desierto, le habían librado de sus anteriores vacilaciones, dice al caballero, que, revestido de su coraza, le sorprende de repente: «Creedme, el ciervo

(1) Kœrte, *Die Sprichwœrter der Deutschen* (2), 2100.
(2) Esta frase, que ha sido desfigurada con un término casero muy conocido y de cierta celebridad, constituye una parte fundamental de la sabiduría de los proverbios cristianos. Cf. *Ps.*, XXVI, 1, LV, 5, 11. Eccli., XXXIV, 16. Is., VIII, 12, 13. Matth., X, 28. Luc., XII, 4. I Petr., III, 14, 15. Lactant., 6, 17. (Ambros.) *De sacram.*, 1, 3, c. 2, 9. Augustin., *Sermo* 348, 1; *Ps.* XXXII, en. 3, II, 12. Cassiodor., *Ps.* XVIII, 10: *Deum timere non trepida confusio, sed imperturbata constantia est.* Id., *Ps.*, XXIV, 13: *Humanus timor diffidentiam tribuit divinus autem spei firmamenta concedit.* (Chrysostom.) *Opus imperf. in Matth. hom.* 52: *Qui Deum timet, homines non erubescit.* (Migne, Gr. 56, 929). Gregor. Mag., *Mor.*, 5, 33. Ioann. Climac., *Scala*, 21, *schol* 6 (Isaac). Ioann Damasc., *Parall.*, 1, 4 (Didymus in Isai). *Imit. Christi*, 3, 36, 3. Le Blanc, *In Ps.* XLVIII, n. 100; LIV, n. 9. Stella, *In Evang. Luc.*, 12, 6. Lorin, *In Ps.*, CXVIII, 162. Sailer, *Die Weisheit auf der Gasse* (Ges. W. [Gräte, 1819], XX, 1, 102). En estas fuentes bebió Racine cuando hizo decir al sumo Pontífice Joad: «Temo á Dios y no temo otro temor.» (*Athalie*, 1, 1). V. también á Fried, *Lexikon deutscher Citate* pág. 243, n. 2269.

y el oso me espantan más á menudo que el hombre. Puedo deciros con toda verdad que no temo lo que es humano, pues sé muy bien lo que hay en el hombre. No quisiera por eso vanagloriarme, pero el temor y el miedo están lejos de mí.» [1]

El espíritu pagano, que jamás aprendió á conocer el temor de Dios, y que, por consiguiente, ignoraba lo que era la verdadera fuerza, pensaba poder burlarse de Felicidad, cuando, en su prisión, se retorcía entre los dolores del parto. «Si ahora te quejas tan amargamente—le dijo—¿qué harás cuando te arrojen á las bestias?» Á lo que la heroína cristiana respondió: «Ahora sufro por mí, pero entonces Otro sufrirá en mi lugar, porque yo sufriré por Él.» [2] Y en efecto, cuando llegó la hora de confesar su fe, lo hizo con tanto heroísmo, que los paganos, que en masa habían acudido á contemplar el sangriento espectáculo, reconocieron con admiración que un nuevo pueblo había nacido, que una nueva época había visto la luz del día, introducida por una nueva religión, pueblo fuerte en su debilidad, época de temor sagrado y de libertad, religión de la fuerza de voluntad y de la energía para obrar.

12. La verdadera fuerza se encuentra en la unión de la fe, de la gracia y las obras.—El hombre, evidentemente, es débil y lo será siempre. Pero podríamos llegar á ser más fuertes, y aun mucho más fuertes, si supiéramos y si nos atreviéramos á formar mejor nuestra voluntad. Es una errónea tendencia, que ya hemos censurado á menudo, la de creer que las antiguas generaciones eran más vigorosas que las nuestras. Si de pequeños nos hubiesen acostumbrado á la abnegación y al sacrificio, si obligásemos á la juventud á doblegar su voluntad, á cumplir su deber de trabajar, á pesar de toda la repugnancia que le causa el trabajo, como la hacemos apta para la gimnasia y la natación, muy pronto veríamos que hoy somos tan capaces de sobrellevar estos trabajos como nuestros

(1) Parzival, 457, 25 y sig. (Bartsch, 9, 745 y sig.).
(2) Ruinart, *Acta Martyr.* (S. Felicit. et Perpet., n. 15).

antepasados. Nosotros los cristianos deberíamos sonrojarnos de alegar tal excusa. ¿Por qué no hacemos mejor uso de la fuerza que la gracia nos ofrece? Porque no observamos lo que se nos ha dicho cien veces, á saber, que no es ni la ciencia, ni el hermoso lenguaje, nuestro signo característico, pero si la vida y la acción.

De que los hombres que vivan solamente según los principios del mundo no piensen siquiera en ello, no se deduce que sea esto una verdadera excusa para nosotros; antes al contrario, esto exige que nos mostremos mucho más dignos de nuestra vocación de cristianos. Precisamente en la debilidad es donde la gracia y la virtud ganan constantemente sus más grandes victorias. [1] Los que han sido odiados, perseguidos, rechazados, han mostrado siempre á aquellos en quienes florecía la vida cristiana, que valían más, y podían también más que el mundo, á pesar de la ostentación que hace de su propia fuerza. Cuanto más pobres eran, tanto más ricos parecían, tan ricos, que daban al mundo, pobre en actos, no sólo lo que les sobraba, sino que podían también devolver con usura á Dios lo que de Él habían recibido.

Tal es la obra de este poder invisible, cuya eficacia ha impreso su sello en todo un nuevo orden de cosas, poder que se llama gracia. Los que tienen más presunción, son constantemente, por su debilidad, la vergüenza de la humanidad. Sobre los que tienen más conciencia de su propia flaqueza, sobre los que la confiesan y oponen menos resistencia á la gracia, el poder de Dios, así como el honor de la humanidad y la fuerza humana, obtienen sus más hermosos triunfos.

De aquí que no se obtenga la victoria sobre la debilidad humana y la verdadera fuerza de voluntad, sino donde la vida se dirige completamente según las doctrinas de la fe cristiana. La gracia de Dios y nuestra cooperación á la gracia forman todo el secreto de nuestra fuerza. Nosotros ponemos nuestra flaqueza, Dios añade todo su poder, y de

(1) II Cor., XII, 9.

la unión de los dos, de lo humano y de lo divino, nace una obra completa, un cristiano, un hombre completo. Por medio de la fe, recibimos en nosotros la fuerza de Dios. Por las obras, devolvemos al Dispensador de todo bien lo que nuestra pobreza ha ganado con los talentos que le han sido prestados. Con la fe, Dios pone en nosotros la base sobre la cual se edifica la virtud. [1] Con su auxilio, edificamos, por medio de las obras, sobre los fundamentos que ha puesto en nosotros. No son grandes acciones las que reclama por parte nuestra, pero sí una fuerza completa; no resultados brillantes, pero sí una seriedad inquebrantable.

He aquí palabras que, en su sencillez, sobrepujan mucho todas las sonoras declamaciones de los filósofos. Ahora bien, las acciones que son producidas por el Cristianismo sobrepujan en la misma medida los efectos de esas bellas promesas. Allí donde espíritus dotados de talentos superiores apenas encuentran bastante fuerza en las doctrinas de la filosofía para soportar dignamente la vida en las horas de sufrimiento, la fe inspira, á los más pobres y débiles cristianos, tal poder victorioso, que, sin temor á la vergüenza ni al miedo, se sienten ávidos de sufrimientos, de tal manera, que ni á trueque de ganar el mundo entero, rehusarían el más mínimo trabajo ni el más mínimo sacrificio, ya que no descansan hasta haber llegado á la cumbre de la perfeccción. No sólo á algunos particulares, sino á miles de personas pueden aplicarse estos magníficos versos: «Unos roban el reino de los cielos; tales son los que con su humildad disimulan la virtud. Otros lo arrebatan por fuerza, los mártires que sufren aquí bajo. Otros son en él introducidos por violencia, á saber, los que han vivido pobres en la tierra, y que no dejan de dar gracias á Dios, aun cuando vacilen bajo el peso de los sufrimientos. Hay otra cuarta clase, que lo adquieren comprándolo, y son los que están prontos á dar los bienes terrestres, las alegrías y los honores, para practicar la doctrina de Jesucristo.» [1] «Con esta fe emprendemos, llenos de alegría, este viaje. Verdad es que el mundo es como un mar borrascoso; pero Dios es nuestro piloto y nuestro barquero. La cruz de Nuestro Señor Jesucristo es un fuerte mástil en la tempestad, y la fe una vela sólida; Las buenas obras son remos excelentes, y el Espíritu Santo es el viento que conduce con seguridad al puerto. El viaje tiene por término la patria celestial; á ella debemos abordar: ¡Dios es la recompensa!» [2]

(1) Dante, *Parad.*, XXIV, 29 y sig.

(1) Hugo von Trimberg, *Der Renner*, 20, 878 y sig. Cf. Freidanck, 66, 13 y sig. Manifiestamente según san Bernardo, *De div.*, s. 99.

(2) Traducido libremente del poema: *Los Cuatro evangelios* (en Diemer, *Deutsche Gedichte des XI und XII Jahrhunderts aus Vorau*, 329, 11 y sig.; también en Müllenhoff y Scherer, *Denkmæler*, p. 67. n. 31, 27. Wackernagel, *Das deutsche Kirchenlied*, II, 31, n. 27, 27).

CONFERENCIA XV

LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

1. El «Embudo de Nurenberga», poste indicador en la historia de la civilización.—El mundo puede gritar tanto como quiera contra la inutilidad de los héroes de la pluma y la carencia de sentido práctico de los sabios de gabinete; sin embargo, una cosa hay que no les ha quitado jamás, la de hacer, en el fondo, los acontecimientos, y aun podemos decir, los tiempos. Si los que tienen entre sus manos los hilos de la historia se apercibiesen de que el mundo los considera como hijos de esos sabios, se convencerían muy pronto de que no son más que unos maniquíes. De aquí que no vacilemos en decir que, á pesar de cierto exclusivismo, imposible de evitar, el estudio reflexivo de obras literarias es un medio más breve y seguro que el de los viajes y la intervención en la vida pública para aprender á conocer el mundo y la vida.

Cuando estudio las obras gigantescas de los escolásticos, comparables á un arsenal, donde se alinean, artículo por artículo, como para formar una coraza impenetrable, así las primeras hipótesis de la ciencia como los misterios más elevados de la fe, conozco la época que ha producido y utilizado semejantes ingenios del pensamiento. Cuando abro nuestros elegantes volúmenes en 8.º, que es preciso tomar siempre en número de tres ó cuatro, siquiera para compensar la molestia de consultarlos, me doy cuenta también de la época en que vivo. Se puede establecer casi como regla absoluta que cada época del desarrollo de la civilización se distingue por ciertos acontecimientos carac-

terísticos en la literatura, acontecimientos cuya naturaleza se nos ofrece como en un corto resumen. Nadie negará que la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino y la *Divina Comedia* del Dante son resúmenes de la vida intelectual de su época; pero nadie negará tampoco que épocas posteriores tendrán mucho que hacer para oponer á esas obras seculares la suma del perfeccionamiento de su civilización.

Los tiempos modernos producen también obras literarias análogas, cuyo valor desgraciadamente no es el mismo. El año de 1648, por ejemplo, produjo, al mismo tiempo que la paz, cuyas consecuencias han sido la división de nuestra vida pública, un librito cuya importancia para la historia de la cultura no es despreciable.

Nos referimos al célebre *Nürnberger Trichter (Embudo de Nurenberga)* de Harsdöffer, gracias al cual se podría inculcar á cada uno, en el intervalo de seis horas, «el arte de la poesía alemana.» Quizá será ridículo; quizá le llamarán también ironía de la suerte; pero lo cierto es que ese libro ha llegado á ser en la historia de la civilización un poste indicador y la enseña de la civilización moderna. Este libro hubiera sido imposible en la Edad Media. Su sola aparición nos dice que los tiempos modernos han abandonado completamente la manera de pensar de los días antiguos, así como su solidez y su profundidad en el trabajo. En vez de un largo aprendizaje, algunas conferencias, á la altura de todos, deben ahora comunicar la ciencia necesaria para hablar y escribir. Lo agradable no se une ya á lo útil; pero sí debe reemplazarlo. El que quiere adquirir renombre, no debe escribir obras sabias, sino simplemente algunas indicaciones superficiales, que pasen por alto las dificultades, como el gallo sobre el carbón candente, y que hagan creer que uno es sabio, rico, sano y virtuoso.

El *Embudo de Nurenberga* era el libro que convenía á semejante época. De aquellos tiempos data esa cantidad innumerable de manuales que contienen toda especie de

ciencia, y aun sobrepujan al *Embudo* en brevedad é insipidez. Desde aquella época, se aprende á hablar y escribir una lengua en quince días. Desde entonces, esas obras científicas populares que, sin estudios preliminares, hacen á uno capaz de pronunciar en tres días la palabra decisiva, buscada desde tan larga fecha, en cualquier rama de la ciencia, del arte y de la vida pública, caen sobre nosotros con tanta rapidez como los copos de nieve en un día de invierno. En una palabra, ese libro es el punto de partida del mezquino espíritu que, en los últimos siglos, ha acompañado, en todos los dominios de la vida, la victoria del Humanismo sobre el espíritu cristiano.

2. Todo exclusivismo es extraño al Cristianismo, que forma un todo.—Ese rasgo se ha apoderado también últimamente de la más difícil de todas las ciencias, la historia de la filosofía. Procúrase ahora presentar de una manera tan agradable todo el desenvolvimiento intelectual de la civilización de la humanidad, que gentes que no han aprendido á contar hasta cinco, quiere apropiársela de un solo golpe. Así es, por ejemplo, como Moriz Carrière, más dichoso que todos los escolásticos, ha reasumido la historia universal en tres palabras. «La antigüedad,—dice con la habilidad de un prestidigitador,—es la vida de la naturaleza, el Cristianismo es la religión del corazón, y el presente es la época del espíritu, por lo menos,—añade modestamente—todavía en sus principios.» Toda la historia está comprendida aquí, y lo que hay en ella de principal, el enojoso Cristianismo, queda vencido de un modo que no puede ser más breve.

Verdad es que vemos con gusto esa tendencia que impera en nuestros días de exponer la ciencia en fórmulas y en ideas breves y sólidas, después de haber despreciado por tan largo tiempo las edades antiguas, justamente á causa de sus supuestas fórmulas inútiles; pero hay excesos que no pueden admitirse. Resumir en una palabra la vida intelectual de miles de años, y esto de una manera tan exclusiva como aquí se hace, es un ensayo que no pue-

de tener buen éxito; es una verdadera sabiduría de *Embudo de Nurenberga*, que responde perfectamente á esos juegos de manos, verificados por medio de contraseñas, con los cuales se dispensa de reflexionar á las masas en la vida pública. Si se creía rebajar al Cristianismo, la supuesta religión del corazón, oponiéndole la nueva civilización como religión del espíritu, la empresa era muy inútil. Jamás el Cristianismo ha ambicionado el honor de fundar una época exclusivamente intelectual, como tampoco ha querido ser, y no lo ha sido, una religión exclusivamente de la voluntad ó del corazón. Ciertamente es una religión del espíritu, y siempre lo será, pero es igualmente, y aun más, una religión de la energía, como del carácter y del corazón. Es todo esto á la vez en unidad indisoluble; el exclusivismo repugna á su naturaleza. Si debe preferir un título á todos los demás, es sin duda alguna el de religión del carácter, pero esto únicamente, porque, como lo veremos después, no es otra cosa que el hombre completo que se ha desarrollado interiormente bajo la influencia del espíritu cristiano. La religión cristiana tiene de particular que sólo quiere ser una cosa, porque es también la otra, y que no puede ser una de esas cosas, sino en tanto que es el todo. En lo que concierne al hombre,—debemos decirlo en su elogio,—su principio será eternamente el siguiente: «Ó todo, ó nada.» Es justo que no lo exija, por su parte, todo á la vez. Obrando así, no hace sino demostrar cuán perfectamente entiende nuestra naturaleza y con qué miramientos trata nuestra debilidad. De esto ya estamos bien convencidos; pero daremos aquí una nueva prueba al considerar cómo comprende y ejecuta la formación del carácter.

3. Los dos defectos principales del carácter.—Ya hemos dicho muchas veces, y ahora más que nunca tenemos ocasión de afirmar, que sería una mala recomendación para nuestra fe el querer realzarla con detrimento de las otras religiones, ó darle mayor relieve, proyectando sobre la vida del mundo sombras tan oscuras como posibles.

De aquí que prescindamos de buen grado de la ocasión que se nos ofrece de emprender la descripción del carácter de los hombres, tal como en realidad se presentan al ojo escrutador del psicólogo. El que tiene tendencia á irritarse y á burlarse, á verlo todo negro, no sabría ciertamente evitar el peligro de la exageración, ya que no falta aquí abundante materia para ello. Si quisiésemos describir los diferentes defectos de carácter, la falta de carácter, la debilidad de carácter, la falta de principios, la irresolución, los caracteres dados á la contradicción, los caracteres medianos, inconstantes, superficiales, ligeros, exclusivos, enteros, rígidos, inflexibles, sin miramientos, insensibles, duros, fríos, ¿dónde iríamos á parar y qué saldríamos ganando en ello, sino indisponernos con muchas personas, fastidiarnos, no mejorar á nadie y empeorarnos á nosotros mismos?

Vale más que vayamos al fondo de la cuestión, y que busquemos las raíces del mal. Quizá sea esto menos ameno, pero es más instructivo. Todos los defectos de carácter pueden reducirse á dos fundamentales. El primero y principal, que se encuentra en la mayoría de los hombres, ha sido y será siempre la debilidad. Esta enfermedad, de la cual casi todos estamos atacados, proviene de que no encontramos nuestro apoyo en nosotros mismos, porque dependemos demasiado del mundo externo. En vez de hacer de nuestra propia convicción, de los principios sólidos, de nuestra conciencia, la línea de conducta de nuestra vida y de nuestro pensamiento, nos fijamos siempre en lo que los otros dicen y hacen. De tal modo dependemos de los juicios ajenos; cambiamos tan á menudo de manera de ver; somos tan inconstantes en nuestras maneras de obrar, que estamos constantemente en peligro de perdernos, cuando hemos llegado á encontrarnos bien. De ahí proviene esta falta de valor y de fuerza, que tan á menudo nos hace enrojecer. Nos sentimos descontentos interiormente de ese puñado de jefes que dirigen ese tirano que se llama la opinión pública y la moda, y, sin embargo, ayudamos á

formarlos, ó, por lo menos, á fortificarlos, sacrificándoles nuestras convicciones y nuestra conciencia, y reclutándoles nuevos esclavos con el ejemplo de nuestra sumisión. Nos reímos del candor del hombre vulgar, que cree que una cosa es cierta por que está impresa, y no vemos que con esto nos burlamos de nuestra propia debilidad. Porque, para decirlo de una vez, somos tan flacos, que á menudo no conocemos nuestra impotencia, y con mucha mayor razón, la causa de donde proviene.

Además, decimos á quien quiere oírlo, que, si es preciso tener defectos, preferimos la debilidad de carácter al defecto opuesto, la obstinación. Es ciertamente mucho más censurable mirar con desprecio y desdén esa irresolución y esa falta de principios en las personas mundanas, y creer, como el hombre sencillo lo cree constantemente, curar un exceso por otro, la debilidad por la falta de condescendencia, la irresolución por la terquedad, la expansión por la concentración. He aquí el segundo defecto de carácter, bastante raro es verdad, pero tanto más funesto. Allí donde hasta entonces había una dependencia rayana en la más completa esclavitud, la arrogancia, la inflexibilidad, el enojo, el afán de la singularidad y de la extravagancia, por mezquino y ridículo que todo esto sea, han de representar ahora la verdadera grandeza de carácter. El mayor peligro que en este error hay, es la admiración de que casi siempre es objeto. Cuanto más débiles son los hombres por sí mismos, más fácilmente les ocurre quedar pegados en su sitio, cuando pueden comprobar en los otros ese principio estoico de no inclinarse ante nada, de no inquietarse por nada, de no dejarse conmover por nada. [1] Esto explica por qué, cuando se trata del carácter, la mayoría no piensa ordinariamente en otra cosa que en esta obstinación que solamente se hace sentir de vez en cuando sobre los más débiles, pero que uno cree conveniente tener siempre pre-

(1) Cicero, *Off.*, 1, 20, 66. *Academ.*, 1, 10; 2, 44. Diog. Laert., 7, 116 y sig. Horat., 1, 6, 1.

sente como un ideal sublime. Cuando un Jephté ó un Manlio Torcuato entregan su propio hijo á la muerte, á consecuencia de un impremeditado voto ó prohibición, cuando un Herodes inmola al Justo, al cual estima, á causa de una promesa insensata; cuando un Catón, con una estrechez de espíritu incomparable, se golpea la cabeza contra la boca de las cloacas, de las cuales ha ayudado á abrir las esclusas, hablamos del carácter con admiración, y casi sentimos no poder imitar tal energía de espíritu.

4. Las falsas explicaciones del carácter; razones de estas explicaciones.—Á decir verdad, ocurre aquí lo que ordinariamente con las palabras que nos complacemos en pronunciar. Hablamos del *carácter* sin saber lo que es. Basta leer en nuestros filósofos lo que entienden por esta palabra, y cómo se contradicen al querer explicarla, para que encontremos superfluas todas las pruebas que afirmen que son absolutamente incapaces de concebir algo excelente con relación á ella. Si uno entiende por carácter la inflexibilidad de la voluntad elevada hasta la obstinación, otro cree que es el espíritu que tiene conciencia de su fin, [1] y no falta quien afirme que consiste en las disposiciones naturales innatas, ó en el temperamento. Si unos exigen ante todo del hombre instruído la formación del carácter, otros, de conformidad con la manera de ver de los filósofos ingleses, [2] pero particularmente de Kant [3] y Schopenhauer, [4] no se cansan de asegurar que el carácter no es otra cosa que una especie de instinto animal ó ciego, y que quererlo ennoblecer ó formarlo, es una empresa insensata, puesto que no hay posibilidad alguna de éxito.

Por otra parte, nadie se extrañará de que el mundo no

(1) J. H. Fichte, *Ethik*, II, I, 118 y sig.

(2) Hume: Vorlænder., *Gesch. der philos. Moral der Englænder und Fraozosen*, 473. Priestley: Stæudlin, *Gesch. der Moralph.*, 904-909. Owen: J. H. Fichte, *Die philos. Lehre von Recht, Staat und Sitte seit d. XVIII Jahrh.* (Ethik, I), 717.

(3) Zeller, *Gesch. der deutsch. Philos.*, 458, 853. Ueberweg, *Gesch. der Philos.* (3), III, 313.

(4) Schopenhauer, *Welt als Wille und Vorstellung*, (3) I, 337 y sig. Erdmann, *Gesch. der neueren Phil.*, III, II, 408 y sig.

pueda decir lo que es preciso entender por la palabra carácter, en el supuesto de que entienda lo que esto significa. ¿Dónde encontramos, pues, caracteres? ¿Cuántos grandes caracteres puede ofrecernos la historia antigua y la moderna? Sin duda que no debemos censurar á los antiguos, porque no sepan lo que es el carácter. [1] En la situación en que se encontraban, todo carácter debía corromperse, en el supuesto de que hubieran podido poseer uno. Los dos males principales del Paganismo, la parálisis y aun el aniquilamiento de la vida personal interna ó moral, lo que, en nuestro lenguaje filosófico, que no es muy claro, llamamos individualidad libre y dependencia absoluta de la personalidad con relación á la totalidad, al Estado ó al municipio, los excusa ante cualquiera que juzgue de un modo equitativo. Pues aunque hoy, como en tiempos pasados, hayamos aprendido á soportar una buena dosis de servidumbre intelectual en nuestra vida pública, no podemos sin embargo, formarnos idea de la dependencia que con relación á la ley, al Estado, á la opinión pública, pesaba en aquel entonces sobre cada individuo. En aquellos tiempos, no se trataba de derecho, ni de la voz de la propia razón, en las cosas que concernían á la vida. Jamás habían oído pronunciar una palabra sobre este asunto, ni tampoco experimentaron nunca la necesidad de ello. El santuario de la conciencia personal era tan extraño como desconocido. ¿De qué podía servir la conciencia, si la ley y la voz de la opinión pública la reemplazaban y aun la interceptaban?

De esto mismo se deduce que, en semejantes situaciones, la vida interna—si es que esta expresión puede permitirse—debió llevar en la antigüedad la señal más profunda de la debilidad de carácter. Y porque es imposible borrar completamente del corazón ciertos restos de independencia humana, natural fué que el día en que aquél quiso reaccionar contra semejante opresión intelectual, se des-

(1) Cicero, *De fato*, 18, 20. Plutarch., *Plac. philos.*, 1, 27, 3; 29, 5. *Stoic. repugn.*, 23. Aulus Gellius, 6, 2.

bordase contra aquella arrogancia obstinada, y á menudo tan ridícula, que usurpaba todos los derechos y todas las costumbres, y de la cual la historia de los antiguos filósofos en particular nos ha dejado tan numerosos ejemplos.

¿Qué pensar, con todo, si aun en el día de hoy—sí, lo decimos con dolor—los mismos errores relativos al carácter se encuentran á corta diferencia, como en aquella época? Al lado de los millones de personas que desaparecen como el humo en la actividad de la totalidad, y que mudan de lugar á cada cambio de viento, como nubes incapaces de resistencia, hay una subjetividad,—según el lenguaje de moda—que, á riesgo de hacer del hombre una momia viviente, ó un antropófago, prefiere coger moscas y vivir disgustada en el aislamiento, á hacer maravillas, subordinándose al conjunto; una subjetividad que prefiere lamentarse, á cooperar al salvamento de los que pueden ser salvados; que prefiere aplastar la mecha que aun humea y obrar de concierto con el más feroz adversario, para producir la ruina de su propia causa, á compartir el yugo con un compañero que participa de sus mismos sentimientos, pero que no se deja trabajar como la cera, según las miras del vecino. Hoy halagan al favorito que han escogido, y mañana le maldicen cordialmente. Hace un instante, creían al mundo demasiado pequeño para su celo ardiente, y ahora quieren imitar á los Cartujos y burlarse de un mundo que no los comprende. Mañana todo serán nuevos planes, una oposición, un trueno, como si el mundo fuese á reducirse á cenizas, pero la noche del día en que se les haya puesto una cinta en el ojal, ó se les haya invitado para un té, todo se convertirá en adulaciones descorazonantes y protestas de abnegación inagotable.

Sí, Dante conocía bien el mundo, cuando se expresaba así: «Hay personas llenas de jactancia, que uno ve encarnizarse como dragones contra el hombre que huye, y apaciguarse como un cordero ante los que les muestran los dientes ó una bolsa.» [1]

(1) Dante, *Parad.*, XVI, 115 y sig.

5. Las dos bases de la formación del carácter en la fe cristiana.—Puede respondérsenos que esto se encuentra, antes en las situaciones públicas que en los individuos. Pero aquéllas han opuesto al desenvolvimiento del carácter los mismos obstáculos que ya en otra ocasión hemos visto, al tratar de la antigüedad. Sabemos, y lo lamentamos de todo corazón, que los frutos de la lucha que el Cristianismo ha librado en favor de la humanidad, es decir, por la garantía de la personalidad libre contra el exceso de poder de parte de la totalidad, de la opinión pública y del Estado, se hayan perdido por completo. Sin embargo, no podemos hoy excusar al individuo en el mismo grado que podríamos hacerlo, tratándose de los antiguos.

Estas tristes situaciones que, hoy como en el paganismo antiguo, quieren poner la tradición en lugar de la moral, la fuerza por encima del derecho, la ley como compensación y como directora de la conciencia, y que dejan como único medio de salvación la resistencia de la inercia, ó la rebelión abierta, no serían posibles, si cada individuo se atuviese desde el principio á ese bien inestimable que los antiguos no conocieron, pero que el Cristianismo les ha traído, á saber, el derecho de la libertad interna ó de la conciencia, y, por el hecho mismo, la independencia personal. ¿Cómo podía el hombre, antes de Jesucristo, presentir que, por sí mismo, tenía un valor inmenso, aun cuando fuese incapaz de trabajar, aunque no tuviese bienes, ni dinero, ni hermosura, y aunque sirviese, antes de carga que de utilidad al mundo? ¿Quién decía á aquellos espíritus que se consumieron en el trabajo y en los goces, y que desaparecieron en la vida externa, que cada uno está más cerca de sí mismo que del mundo entero, y que toda ganancia carece de provecho, si no se posee uno á sí mismo? Seguramente hubiérase provocado una revolución en todos los corazones, si se les hubiese enseñado que nuestras obligaciones para con la totalidad no son fructuosas para nosotros y para el conjunto, si primeramente

no hemos cuidado de nosotros mismos y si no hemos puesto en orden nuestro propio interior. ¿Qué sabía, y qué sabe aún el mundo, sin el Cristianismo, del pensamiento de que todo trabajo es estéril, y no hace sino esterilizar también nuestras propias acciones, si primeramente no hemos aprendido á disciplinarnos, y á hacer así, de un corazón ordenado, el punto de partida de nuestra actividad?

Son éstas verdades que jamás hombre alguno presintió, antes que Dios hubiese aparecido sobre la tierra, para indicarnos, con su ejemplo y con su enseñanza, verdades que, aun hoy día, son incomprensibles y aun irritantes, verdades que se desacreditan como peligrosas para el orden y la salvación pública, allí donde las doctrinas y la vida de Jesucristo han llegado á ser extrañas al corazón. En adelante, mientras haya un hombre que pueda ser ennoblecido, todo desenvolvimiento de la naturaleza y de la vida humana descansará sobre ellas. Allí donde no se fijen en ellas, allí donde no las sigan, es inevitable que toda formación humana sea falsa, y que toda actividad redunde en su propia ruina.

De aquí que nunca se predicará bastante alto ni con bastante frecuencia el principio de que el hombre se pertenece ante todo á sí mismo, y debe primeramente encontrarse á sí mismo, antes de mostrar su solicitud con respecto á los otros, y que en medio de todas las exigencias externas, su corazón debe permanecer como un santuario, en el que nadie, sino Dios, debe reinar.

Este principio supremo de la sabiduría de la vida es una verdad de una trascendencia inmensa, y al propio tiempo la primera base fundamental de la verdadera formación del carácter. Por lo que nadie debe extrañarse de que, allí donde ese principio no es respetado como debe serlo, nadie se quejará suficientemente del carácter.

Pero el cristiano no existe para sí solo más que el hombre. Todos formamos parte de un todo superior. No merece el dictado de hombre quien no participa de algún modo de la vida y destino de la totalidad, del mismo modo que

nadie puede llamarse cristiano, si no es miembro de la Iglesia visible, y no aparece como miembro viviente del reino de Dios. Es ya un hecho, conocido en la vida física, que el carácter y cuanto nos rodea tienen siempre ciertas relaciones entre sí. Se expresa esto á menudo diciendo que la atmósfera, el país, las ocupaciones, imprimen en cada uno su carácter, absolutamente lo mismo que las circunstancias locales dan aspecto particular á un edificio. Sí, esta idea generalmente es verdadera, pero no está expresada con mucha exactitud. Aquí la expresión exacta es mucho más importante de lo que á primera vista parece. No son los materiales, no son tampoco las circunstancias externas, las que dan su estilo á un edificio; no es el asunto, el contenido, las circunstancias, las que dan su estilo á un escrito, sino que lo son el arquitecto y el autor. De la misma manera también, la personalidad libre se crea su estilo en la vida, ó, por mejor decir, para servirnos de la expresión admitida, la personalidad libre crea el carácter en el hombre. Pero un hombre que trabaja en una obra ordinaria del arte plástico ó representativo, ó bien, en la más grande de todas las obras de arte, en sí mismo, no está colocado en condiciones tales que pueda proceder de una manera independiente y completamente á su capricho. Quiéralo ó no, le es preciso adaptar el carácter y estilo á las circunstancias en que se encuentra. Si rehusa hacerlo, podremos asegurar de antemano que el resultado será malo.

Por consiguiente, todo depende del medio en que uno vive y de las relaciones que posee. Si cualquiera se exime de las atenciones que es preciso guardar á las personas que le rodean, y niega las obligaciones que con ellos tiene, languidecerá él mismo, y jamás llegará á ser un hombre de carácter. Al contrario, si la totalidad oprime al conjunto de individuos en el mismo grado que la vida política antigua, de tal suerte, que la libertad natural, el movimiento personal y la conciencia del individuo reciban perjuicio; ó si alguno se deja absorber de tal modo por el trabajo y las cosas externas que le rodean, que esté perpetuamente

distraído, una verdadera formación de carácter tampoco es posible en semejantes condiciones.

Por lo tanto, cada uno debe cumplir sus obligaciones con relación al mundo que le rodea; la familia, el municipio, el Estado, la Iglesia. Pero, así y todo, debe formar parte del todo como miembro independiente y considerarse como tal; debe saber que sus derechos personales son inatacables, aun cuando lo sean por la totalidad, el Estado y la corporación; que en su modesta condición colabora á los fines de la totalidad, como un ser que tiene su actividad personal, su manera de pensar y su voluntad libres. Tal es la segunda condición principal, gracias á la cual un carácter puede desarrollarse favorablemente.

La independencia y la autonomía solas no bastan, pues, para formar un carácter. Al contrario, si éstas no encuentran un contrapeso, conducen á una formación completamente falsa. De aquí que la conciencia de que tenemos obligaciones para con el prójimo debe limitar el sentimiento personal. Nadie puede negar que tenga este deber, ni siquiera el rico ni el poderoso. Podrá ocurrir que ningún poder externo obligue al individuo á hacerse útil á los demás; pero ya, por sí mismo, tiene necesidad de conocer que hay un límite que le rodea y que un poder superior limita y restringe el sentimiento de su fuerza personal. Así es como el poder del individuo está sostenido por la cooperación de todas las fuerzas, y como la libertad personal está protegida contra el desorden, porque tiene límites que no debe franquear.

6. Diferencia entre la concepción humanista del carácter y la concepción cristiana.—Lo que hemos dicho hasta ahora sobre la diferencia que existe entre la concepción del carácter humanista y la del carácter cristiano, á saber, que sólo la Revelación ha hecho posibles y realizables los caracteres, cada uno puede, por decirlo así, verlo con sus propios ojos y tocarlo con sus manos en ese arte en que el hombre expresa, como en ningún otro, su propio carácter, en la arquitectura. Cualquiera que sea el

efecto sublime producido por los edificios antiguos, puede decirse que en éstos los detalles no tienen gran valor. En el arte oriental, en el egipcio, y sobre todo en el itálico, el edificio no es más que una masa confusa formada por el conjunto del cuadro. Y aunque partes aisladas se destaquen perfectamente, como en las construcciones griegas, su arranque impetuoso se para de repente y de un modo poco natural, pues están oprimidas por un peso enorme, cuyo único fin parece que consiste únicamente en unirlas. En la arquitectura cristiana, por lo menos en la gótica, las partes más insignificantes sobresalen con una independencia y temeridad casi incomprensibles. Los menores detalles se presentan á nuestra vista con tal solidez, que sólo el sentimiento personal del valor propio, apoyado sobre una base sólida, puede inspirar otra semejante. Con alegría que casi indica que tienen conciencia de su libertad, que sienten perfectamente su fuerza, y que nada les impide luchar por la victoria con sus semejantes, en los límites de lo permitido, se levantan atrevidos y orgullosos, cada uno de por sí, pero, en realidad, unidos por un mismo fin, calculado el uno para lo otro, y sostenidos por el todo, al cual saben subordinarse perfectamente. Todo es de una sola pieza; todo no forma, sino un plan, y sin embargo, todo es independiente. Vemos aquí encarnado lo que nosotros hemos considerado en nosotros más arriba; por un lado, el carácter pagano, y, por otro, el cristiano.

7. La Edad Media, época de los caracteres.—En la concepción del carácter que acabamos de indicar, podría encontrarse también la explicación de porqué ordinariamente es tan difícil á nuestros historiadores formular un juicio equitativo sobre la Edad Media, sobre toda época y sobre toda individualidad en las cuales el Cristianismo se encuentra perfectamente expresado. Habiendo sido formados exclusivamente estos historiadores en la escuela de la antigüedad, y acostumbrados á evaluarlo todo según las miras estrechas y uniformes que en ella adquirieron, se extrañan ante todo de la variedad increíble que los hom-

bres y los hechos constituyen en las épocas cristianas. Son como un niño que ha crecido en el campo, que no conoce sino el dialecto de su país, y que se encuentra de repente transportado á una sociedad donde oye una docena de lenguas extranjeras. Estudiando la antigüedad, no podemos evidentemente formarnos idea de tal variedad. En ella, todos piensan, hablan y obran de la misma manera, como si recíprocamente se hubiesen enseñado una ciencia. En ella, una vez descrito un hombre notable de un país ó de una época, queda descrito su tiempo completamente, y aun aprendido á conocer sus compañeros de raza, de sufrimientos y de miserias. Pero en la Edad Media los mismos hombres ocupan la misma escena, representan el mismo acto, hacen el mismo trabajo, pero de una manera completamente diferente. Jamás encontraremos, ni antes ni después, una abundancia tan inagotable de variedad y originalidad en los edificios, en las clases de estilo, en las órdenes, en las obras de penitencia y de caridad, en las fiestas, acciones brillantes, ciencia, poesía, traje, organización de las casas y organizaciones civiles y políticas.

Nadie puede desconocer que esa inclinación maravillosa hacia las particularidades, que caracteriza á la Edad Media, lleva á menudo en sí, en dicha época, algo de ese *quijotismo* que el vivo espíritu de independencia produjo más tarde en España. ¿Pero no es una prevención parcial contra el espíritu uniforme de la vida antigua, ó un simple disgusto contra todo lo que aparece en la Edad Media ó en el Cristianismo, el atreverse á condenar todos esos rasgos, sin ningún miramiento, dirigiéndoles el reproche de *desunión*, como se ha hecho, por decirlo así, oficialmente en una de nuestras escuelas de sabios? ¿Por qué, pues, echar una mirada tan dura y seca sobre una época de tan encantadora floración como aquélla? ¿Por qué no reconocer francamente esta gloria en nuestros antepasados, aun cuando nos irrite ver que no podemos igualarlos desde este punto de vista? Seguramente no conocemos la Edad Media. No alcanzó, ni con mucho, el fin de la empresa que

el Cristianismo ha fijado al mundo; pero lo que nos atrevemos á decir, es que el reproche, por lo menos en el sentido en que acostumbran á formularlo, recae sobre sus mismos autores.

Si los panegiristas de la antigüedad creen que la humanidad se encuentra mejor de uniforme ó en camisa de fuerza, que en libertad bajo la ley, esto es asunto de gusto. Y si se quiere imponer hoy al mundo, tanto en las cosas buenas como en las malas, el carácter uniforme de cuartel de los tiempos antiguos, lo soportaremos, porque tienen el poder en sus manos; es su hora. Pero lo que no podrán quitarnos, es el pensar según nuestra convicción, y hablar como pensamos. Los pensamientos y los deseos son libres en toda clase de personas; (1) este principio lo hemos aprendido de la Edad Media, y jamás renunciaremos á él. En cuanto á nosotros, si es preciso decir una vez por todas la razón de porqué no podemos ocultar nuestra predilección por la Edad Media, á pesar de todos sus defectos, confesaremos que se debe precisamente á sus particularidades, ya que produce en nosotros la impresión de una época de originalidad y de carácter.

Sí, ciertamente; la Edad Media tiene también sus lados defectuosos; pero ninguna crítica verdadera podrá quitarle el mérito—y sus mismos enemigos lo confiesan—de que era una época de la más grande independencia. Jamás los hombres tuvieron más conciencia de sí mismos; jamás fueron menos capaces de igualarse con los esclavos; jamás manifestaron con más libertad sus pensamientos y su voluntad; jamás se comprendió mejor el modo de expresar al exterior lo que abrigaban de más vivo en el interior; jamás se poseyeron mejor interiormente, á pesar de todo trabajo externo; jamás, en una palabra, encontramos tantos caracteres particulares y notables como en la Edad Media. Si el sentimiento de la autoridad, y la prontitud de someterse á la comunidad, no hubiese estado tan fuertemen-

(1) *Winsbekin*, 15, 1 y sig. Dietmar von Ast, 5, 1 (Hagen, *Minnes.*, I, 99). Zingerle, *Die deutsch. Sprichw. in Mittelalter*, 46.

te arraigado en ella, la organización pública se hubiese arruinado ciertamente, á consecuencia de semejante espíritu de particularismo, como, por otra parte, se arruinó muy pronto, á la aparición del Humanismo, el antiguo espíritu cristiano de disciplina y subordinación.

No es preciso haber hecho largos y penosos estudios para persuadirse de la verdad que acabamos de indicar. ¿Quién no ha comprendido esto, al echar una rápida mirada sobre una de nuestras antiguas pinturas alemanas? No se sacia uno de contemplar hombres como nos los representan la escuela flamenca, la escuela de Colonia, y aun también la escuela suabia y franconia. Podrá suceder que los personajes estén torpemente representados, pero hay una cosa que nos atrae siempre ante esos cuadros, la expresión curiosa de los rasgos fisonómicos, en los cuales se revela el carácter. Y esta impresión es más fuerte en nosotros, si contemplamos los retratos de mujeres de los tiempos antiguos, y especialmente en los cuadros debidos al pincel de maestros hábiles, ó en retratos de venerables antepasados. Hoy día se considera como un atentado á la belleza femenina el expresar el carácter en los rasgos fisonómicos. Molicie, brillantez, elegancia, he aquí lo que ordinariamente se aprecia hoy. No es extraño que los retratos de mujeres célebres de otros tiempos casi nos choquen por la virilidad y la decisión de que están llenos. Pero no redunda en honra de nuestra época actual, si la mayoría sale desilusionada de una visita hecha á esos antiguos cuadros. Esos rasgos tan acentuados, tan enérgicos y al mismo tiempo tan profundos y apacibles, deberían decir á cada uno que aquella época tenía por lo menos una cualidad: el carácter.

8. Las tres cosas que se requieren para la formación del carácter.—Ahora bien, para aprender un arte, se prefiere ir á la escuela del que mejor sabe ejercerlo. Si tenemos empeño en aprender de nuevo lo que es el carácter, lo que mejor debemos hacer es, pues, dirigirnos á la Edad Media, á fin de saber los medios que es preciso emplear para obtener un buen éxito. Pero esta vez queremos hacer abstracción de los pedagogos eclesiásticos y grandes doctores de París ó de Colonia, para que nadie pueda creer que queremos hacer de él un monje, un sabio que no sirva para nada, ó siquiera un eclesiástico. Dirijámonos á uno de esos trovadores caballeros, á uno de esos numerosos maestros de la vida, que han dejado tantas poesías profanas, y roguémosle que nos enseñe el verdadero arte del cortesano de su época llena de carácter, y que nos ayude por este medio á ser nosotros verdaderos caracteres, ó lo que tenían costumbre de celebrar en sus cantos, como espejo de disciplina, como hombre leal, sólido en honor y fuerte en virtud. Por consiguiente, valor, atrás todas las prevenciones y vamos hacia nuestro caballero.

Lo primero que debemos esperar es que ponga su mano de hierro sobre nuestra cabeza, como el médico toma el pulso, y nos diga: «Amigo, ante todo es preciso que haya orden aquí dentro. Si la cabeza no está clara y firme, jamás podré hacer de ti un carácter. Primeramente debes saber lo que quieres, lo que debes hacer y de quién podrás aprenderlo. Es preciso que prescindas de la etiqueta, por no decir de la baja adulación, que habéis introducido en lugar de una convicción inmutable y de una fe sincera. Necesito principios claros, sólidos, inquebrantables; sin esto, jamás podré hacer de ti un carácter. Si no puedes prescindir de criticar toda certeza, si no tienes bastante rectitud para sostener sólidamente lo que una vez has creído y reconocido como bueno, aun cuando te vieres abandonado de todo el mundo; si te dejas convencer por tu época del desdichado principio de que dudar, siempre dudar, vale más que creer, basándose en motivos honrosos y en una autoridad segura, es inútil que empecemos nuestra educación del carácter. La razón por la cual no tenéis carácter es porque ya no tenéis fe ni convicciones inmutables. La duda es la causa de toda vuestra debilidad de carácter, [1]

(1) *Parzival*, 1, 1 y sig.; 350, 30 (Bartsch, 7, 390). Hartmann von Aue, 1 *Büchlein*, 1799 y sig.

el principio de todo pecado, (1) la ruina del espíritu popular. (2) Debéis, pues, huir de ella como del diablo. (3) Jamás construirá uno edificios sobre la duda, y el edificio de un carácter, mucho menos que cualquiera otro. Ningún poste puede plantarse en arena movediza. Jamás un hombre sensato dormirá bajo un techo que amenace ruina. El escéptico no puede obtener buen éxito, aun cuando fuese Dios mismo el que edificase en él. (4) Si quieres que haga de ti un carácter sólido y hermoso, (5) abandona toda duda. Jamás llegaremos á hacer un carácter con una cabeza ligera en la cual todo dé vueltas como si estuviese calenturienta ó embriagada. Por consiguiente, sin principios, sin convicciones sólidas, en una palabra, sin fe, no podemos siquiera comenzar la formación del carácter.»

No hay escapatoria posible á un dilema tan enérgico como el que proponen esos hombres de hierro de la Edad Media. No nos queda, pues, otro remedio que decir: «Pues bien, queremos creeros, queremos disponer nuestros principios según la dirección inmutable de la fe. ¿Pero qué debemos hacer además para llegar definitivamente al carácter?»—«¿Qué debéis hacer aún?—pregunta nuestro caballero extrañado.—Tener palabra, obrar seriamente, hacer lo que vuestra fe os dicte, permanecer fieles á vuestra convicción y á la palabra dada. Sabéis lo que habéis prometido. Habéis prometido dejar que la verdad del Señor os domine, y aun más, que os penetre. Con esto todo está ganado. Sí, es preciso que un hombre, que cualquiera que aspire á ser hombre de carácter, permanezca fiel á la verdad reconocida, fiel á su palabra y á sí mismo. Digo á *sí mismo*, pues si llega á separarse de la convicción que ha

(1) Meister Kelin, 3, 9 (Haen, *Minnesinger*, III, 24).
(2) *Kaiserchronick*, 429 y sig.
(3) *Parzival*, 119, 25 y sig. (Bartsch, 3, 112 y sig.). Walter von der Vogelweide, 78, 47 y sig. (Pfeiffer). Der arme Hartmann, *Vom Glauben*, 1137 y sig.
(4) «Zweifel Baumeister» von Reinmar von Zweter, 2, 173. (Hagen, *Minnesinger*, II, 208). Lindemann, *Blumenstrauss von geistl. Gedichten des Mittelalters*, 76. Cf. Hagen, III, 423, 4.
(5) Der Rubin, 8, 1 (Hagen, *Minnesinger*, I, 314).

adquirido ya una vez; si piensa y habla contra la fe que ha jurado, si obra contra Dios, ¿á quién se muestra infiel, sino á sí mismo? (1) Ahora bien, la infidelidad es la muerte de toda virtud (2) y de toda perfección de carácter. La fidelidad á la convicción es la condición fundamental del honor del hombre, (3) la madre de toda virtud, (4) el sello, la cerradura y el cerrojo para todo bien que se encuentre en el hombre. (5) La fidelidad y la verdad son inseparables la una de la otra. (6) Cuando hablamos de carácter, la fidelidad, es decir la sumisión á la verdad reconocida, á los principios sólidos de la fe inmutable, se deduce de tal manera, que toda palabra sobre este asunto es superflua. Sí, en vuestra época se ha hecho necesario recomendar la fidelidad; lo siento de todo corazón. Prefiero nuestros días. Entonces era costumbre decir con el proverbio: «No es posible que el que ha probado una vez lo que es la fidelidad, la abandone jamás». (7)

Menos objeciones pueden hacerse aún contra esta segunda exigencia, que contra la primera. Aquellos caballeros de otros tiempos no bromeaban menos con la lengua que con la lanza. Casi reducidos al silencio, y con la vergüenza en el fondo del alma por haber llegado á ser una raza tan distinta, preguntamos por tercera vez á nuestro maestro cubierto de hierro: «Pero, señor caballero, os hemos rogado que nos enseñéis cómo puede uno llegar á ser un carácter. Habéis hablado primeramente de principios, después de fidelidad á los mismos. Pero, con todo, no tenemos aún el carácter. ¿Cuándo llegaremos, pues, al carácter mismo?» ¡No deberíamos haber hecho esta pregunta!—«¡Ah! exclama el caballero, y una nube oscurece su fisonomía, sobre la

(1) Ulrich von Singenberg, 28, 1 (Hagen, I, 298).
(2) Joh. von Rinkenberk, 2 (Hagen, *Minnes.*, I, 339).
(3) Hermann Damen, 3, 7 (Hagen, *Minnes.*, III, 164).
(4) Walther von Breisach, I, 6 (Hagen, II, 141).
(5) Hugo von Langenstein, *Martina*, 25, 28 y sig. (Keller, 62). Cf. Joan. von Rinkenberk, 1.
(6) Friedr. von Sonnenberk, 1, 22 (Hagen, III, 72).
(7) Kuonrât, *Rolandlied*, 1975 y sig. Heinr. von Meissen *(Frauenlob) Spr.*, 205, 1 y sig. (Etmüller, 126). Boppe, 9 (Hagen, II, 386).

cual brilla el carácter.—¡Ahora veo cuán lejos estáis de lo que debo enseñaros! ¿No os lo he dicho todo? ¿Acaso debo aún deciros expresamente que debéis sosteneros en lo que habéis emprendido, no sólo por lo que se refiere al sentimiento, sino también á los actos? En medio de todas las dificultades, mientras haya un deber que cumplir, permaneced firmes hasta el fin; y, para decirlo todo con una sola palabra, con una palabra noble y excelente, con una palabra que, para nuestros antepasados, era tan querida y sagrada como la vida, permanecer *constantemente* firmes. ¿De qué sirve un buen comienzo, cuando no se persevera? (1) ¿Acaso, para la mayoría, no es la inconstancia en el bien, mucho más que la maldad, la razón por la cual falten al fin que se propusieron? (2) ¡Cuán poco necesitan algunos! ¡Cuán indiferentes son los dones que tenga y la profesión que ejerza, con tal que sea constante! Poco importa que lo que uno ejecute ó posea sea grande ó pequeño; todo depende de que sea constante en el bien y en el honor. (3) En nuestra época, la madre inculcaba ya á sus hijos desde la infancia, aun á los más pequeñitos, la constancia, como la mayor entre todas las virtudes. (4) Cualquiera que fuese la estimación que mostrásemos á las mujeres, no las estimábamos, sino cuando habían unido á la primera virtud de su sexo, la modestia, la virtud más grande de todo el género humano, (5) la constancia. (6) La mayor alabanza que se podía tributar á uno de aquellos caballeros profanos, cuando se le quería lisonjear, era ésta: «Tienes un valor constante.» (7)

«En aquel tiempo, se suponía entre los héroes cristia-

(1) Bernard., *Ep.* 129, 2. Titurel (Hahn), 529, 1 y sig.
(2) Thomasin von Zerklære, *Der wælsche Gast*, 1816 y sig., 2530 y sig., 4345 y sig. Marner, 15, 25 (Hagen, II, 253).
(3) Heinrich von Meissen *(Frauenlob) Spr.* 381 (Ettmüller, 215 y sig.).
(4) *Die Winsbekin*, 13, 3; 18, 3 y sig., 39, 2 (Haupt). Heinr. von Meissen *Spr.*, 44, 4 (Ettmüller, 53).
(5) Willehalm v. Heinzenburk, 4, 1 (Hagen, *Minnes.*, I, 304). Hugo von Langenstein, *Martina*, 22, 111 (Keller, 56). Thomasin, 1457.
(6) Thomasin, 990 1013, 1069, 1417.
(7) Kœnig Rother (Rückert, 1255).

nos, los cuales, por otra parte, debían poseer todas las virtudes, (1) la constancia, (2) puesto que, sin ella, ninguna virtud puede considerarse como completa. (3) Si la verdad y la certeza eran para nosotros la base fundamental sobre la cual todo reposaba, y la fidelidad á la convicción, el amparo y protección de todo bien en el alma, veíamos en la perfección de una vida virtuosa, á saber, en un carácter, en la solidez inmutable de sentimientos, (4) el reflejo de la inmutabilidad de Dios; (5) y esta perfección no puede adquirirse, sino con el tiempo, por la fidelidad constante á la verdad una vez reconocida, y por la tenacidad y el ejercicio de la voluntad en las buenas acciones.» (6)

«Ahora sabéis cómo nosotros comprendíamos el carácter en la Edad Media. Es lo que hemos querido enseñaros. Así, pues, imitadnos. Pero no os imaginéis que el carácter puede formarse en el intervalo de algunos días, y que algunos artificios de pensamientos y acciones basten para esto. Sabed que la formación del carácter es un trabajo de toda la vida, y que el carácter comprende todo lo que pertenece á la vida interna; en otros términos, es el hombre interno completo.»

9. Lo que pertenece á un carácter.—¡Un trabajo de toda la vida y el hombre interno completo! Esto es, propiamente hablando, la mayor dificultad para nosotros, y en ello es donde más podemos aprender de nuestros abuelos. Siempre y en todas partes donde echamos la sonda, descubrimos el mayor mal, en la formación moderna, en que apenas tiene principios, y en que, á pesar de los innumerables pesos con que carga á la inteligencia, no penetra sino un aspecto del hombre. Tan pronto excita á la imagina-

(1) *Kaiserchronik*, 15102 (Massmann, II, 394).
(2) *Kaiserchronik*, 15096 (Massmann, II, 394). Kuonrât, *Rolanslied*, 214 4522 y sig.
(3) Hugo von Langenstein, *Martina*, 23, 40 y sig. (Keller, 57). Zingerle, *Die deutscher Sprichwœrter im Mittelalter*, 450 y sig.
(4) Bernard, *De div.*, S. 41, 10. Hugo von Langenstein, *Martina*, 22, 23 y sig. (Keller, 57).
(5) Bernard., *De div.*, S. 111, 7; *De consider.*, 5, 14, 31.
(6) Thomasin, 4345 y sig.

ción de un modo exclusivo, como á la inteligencia y al sentimiento,—á la voluntad muy rara vez;—pero jamas á todas las facultades juntas, jamás al hombre completo. Así es como ha crecido una generación de hombres inteligentes, pero desprovistos de sentimientos; de críticos racionalistas, que, á fuerza de razonar y descomponer, se malogran ellos mismos la sola cosa que creían poder reivindicar, á saber, una razón sana; una generación de criaturas sentimentales, incapaces de voluntad, seres fantásticos, sin cabeza ni fuerzas, sin medida y dominio personal, sin gravedad ni profundidad; y algunas veces también, una generación que quiere hacer creer que la obstinación indomable y la arrogancia llevada á sus últimos límites, constituyen la fuerza de voluntad. Esta generación no contiene un carácter, porque no cuenta con un hombre completo. Esto, sin duda alguna, es el mayor mal que puede suceder á una época. En rigor, se pueden reparar más tarde otros defectos; pero una vez que la educación ha pecado de exclusivismo, lo sentirá toda su vida y hará inútiles casi todos los esfuerzos para la formación del carácter.

Desgraciadamente, es un hecho innegable que esta acusación contra la formación del carácter en nuestra época, descansa sobre la verdad, puesto que se ha llegado hasta exigir el exclusivismo como una de las condiciones para su formación. ¡Cuántas veces se repiten las palabras de un hombre medio loco, como si fuesen una verdad enteramente natural, esas palabras funestas, que hacen imposible poder conciliar la conciencia y la energía, la reflexión y el fuego del corazón, para hacer de ellos un todo en la vida y en la acción! Nos referimos á estos conocidos versos que no oímos jamás pronunciar sin sentirnos indignados:

«La conciencia hace poltrones de todos nosotros. Todo el fuego de la más determinada resolución se descolora y se extingue ante el pálido resplandor de esta idea. Los proyectos dados á luz con la mayor audacia y energía, retroceden en su curso ante ese aspecto, y vuelven á la nada de la imaginación.» [1] ¡Y en seguida se acusa á Dios, que está en el cielo, de haber suscitado otra vez el hierro, de haber amontonado las rocas para formar montañas, y de no enviarnos ya hombres ni caracteres! ¡Por Dios vivo, que esto es una gran injusticia! ¿Es acaso Dios la causa de que hayamos desechado su escuadra, y de que, por esta razón, no podamos ya construir ni edificar? ¿No podemos ya, bajo la dirección de su ley, llegar á ser, hoy como otras veces, hombres de carácter?

Echemos atentas miradas, y con intención de instruirnos, sobre los que, antes que nosotros, han llegado á ser caracteres tan completos, al formar su espíritu según las enseñanzas de Dios y al subordinar su voluntad á sus preceptos. Si ellos han tenido buen éxito, ¿por qué no llegaremos á crear en nosotros una vida de una sola pieza, á formar el hombre interno y externo según una misma ley? ¿Por qué no llegaremos nosotros á conciliar la fe con la vida, una inteligencia laboriosa con una voluntad que no retroceda ante ningún obstáculo; la inflexibilidad de la conciencia con la docilidad del espíritu; el cumplimiento de las más pequeñas obligaciones de aquí bajo con la adhesión á Dios con toda nuestra naturaleza; el cuidado de nuestra alma, el honor de Dios y el servicio de los que reclaman nuestro socorro, la renuncia de la gloria, de la estimación del mundo, la indiferencia por los juicios, las amenazas, las promesas, las burlas de los hombres, con una esperanza cierta en una recompensa celestial y eterna; la humilde confesión de nuestra indignidad, la rectitud, la verdad, la sencillez y la generosidad, la reflexión, la medida, la prudencia, con la fidelidad al deber conocido, á las resoluciones una vez tomadas y á las empresas comenzadas? Todo esto debe encontrarse en un acuerdo natural; sin esto, carecemos de carácter. Sin duda es difícil, pero el ejemplo de los millares de personas en que el Cristianismo ha llegado á ser una verdad, nos demuestra que no es imposible.

Ya lo vemos, el hombre debe llegar á ser mucho para ser

(1) Shakespeare, *Hamlet*, III, 1.

alguna cosa, y debe ser siempre y en todas partes lo que ha sido una vez. Aun más, el hombre debe serlo todo, y todo á la vez, todo en una magnífica unidad; y puede serlo, sino es más que una cosa y siempre esta misma cosa; él mismo. Y lo será siempre y en todas partes, si todo lo que es y todo lo que hace, lo saca de su interior, sin vaciarse él mismo y cambiar sin cesar. Ahora bien, esto no puede tener lugar, si no está basado sobre Dios de una manera tan sólida, que siempre y en todas partes beba en Él, viva en Él, y no le abandone jamás. He aquí el gran secreto del carácter.

10. La formación del carácter es un trabajo difícil y enojoso.—Ya hemos admitido que esto precisamente no es cosa fácil de adquirir. El carácter no es innato al hombre natural, ni un don que el cristiano encuentra en su cuna en el día de su bautismo. El carácter es un resultado de un trabajo largo y difícil, y aun de un trabajo de toda la vida. Hablar de un carácter acabado en un hombre viviente, no es más posible que hablar de una virtud perfecta. Si nos fuera permitido echar una mirada al corazón de un hombre que veneramos como un modelo de carácter bien templado, experimentaríamos el mismo sentimiento que si entrásemos en el taller de un gran maestro, en el momento en que va á dar la última mano á su obra. Allí donde nuestro ojo poco ejercitado cree deber admirar lo acabado, el artista encuentra que hay todavía pedazos enteros que es preciso quitar y añadir. Así es como no termina jamás de pulir las asperezas y hacer desaparecer las imperfecciones. De ahí esas luchas y suspiros interminables de nuestros más perfectos Santos. El espíritu desabrido de la crítica moderna cree poder dar como prueba contra su fe, su propia confesión sobre sus imperfecciones y medianías. No tiene idea del inmenso elogio que, por este mismo hecho, dirige á la fe cristiana, la cual ha abierto á sus fieles un campo tan vasto de sublimes virtudes, que aun los caracteres más perfectos aparecen ante su luz como informes y medio terminados.

11. Manera cristiana de formar el carácter.—Pero si tan importante es formar el carácter, todo depende de la respuesta á estas preguntas: ¿Cómo podrá lograrse esto? ¿Por dónde se ha de comenzar? ¿De qué principio partir? ¿Qué hay que desenvolver y formar? Sin duda alguna, la naturaleza del hombre debe formar el punto de partida. Lo que siempre hemos afirmado allí donde se trataba de la formación del hombre y del cristiano, se aplica también al carácter. El primer principio de toda formación consiste en que todo sano desenvolvimiento debe basarse en las disposiciones naturales y las inclinaciones innatas de cada uno. Esto es muy fácil de decir, pero muy difícil de realizar. ¿Quién puede decir á alguien, sin engañarse y sin engañar á otro, lo que es la naturaleza y la no naturaleza, una preferencia legítima, una disposición natural, una particularidad, una excrecencia peligrosa, una inclinación descuidada? El que quiera ser su propio consejero en estas materias, sigue á un ciego, puesto que un juez es siempre ciego en su propia causa. ¡Cuántas veces cultivamos con particular predilección una inclinación de nuestra alma que creemos es inofensiva y aún legítima! ¡Pero cuántas veces también un maestro ó un libro ha despertado en nuestro corazón, y nos ha representado como naturales, ciertos movimientos en los cuales no encontrábamos nada reprensible y que más tarde ha levantado en nosotros terribles tempestades! ¡Qué amarga decepción para nosotros! Hay, pues, necesidad, en estos casos, de un consejero seguro, que no pueda engañarse ni engañarnos. No hay más que una luz que dé más vivo resplandor que la razón humana; no hay más que una iluminación sobrenatural que alumbre, así nuestra corrupción innata, como el fin de nuestra más alta perfección, que pueda esclarecer, así los abismos del corazón y de la naturaleza, como el camino que conduce á la perfección, de tal manera que no podamos descarriarnos. No hay más que un guía incorruptible, extraño á todos los miramientos humanos, y completamente imparcial para con las exigencias de la naturaleza, que

pueda enseñarnos lo que es la verdadera naturaleza y lo que es pecado contra ella, las cualidades que es preciso desarrollar, los defectos que hay que suprimir y la manera de conducirse en este trabajo.

No obstante, no es con simples consejos, y con la mejor enseñanza, como se forma un carácter. Un profesor que no tenga sino bellas palabras en la boca, pero que carezca de fuerza para hacer pasar sus enseñanzas á la práctica, es la ruina del que debe formar. La razón por la cual encontramos tan pocos caracteres aquí bajo, consiste en que muy pocos han tenido la dicha de topar con un maestro que conozca á fondo el corazón, que no solamente le comprenda, sino que también posea la fuerza de perseguir, hasta en los repliegues más recónditos, y arrojar de ellos, toda la corrupción de la naturaleza que ha indicado con sus palabras. ¿Cómo un carácter recto podrá salir de la falsedad, que viene á ser como natural en nuestro corazón desde el momento en que se deja llevar, si una mano firme no nos hace el servicio de enderezarnos? ¿Cómo un carácter sólido podrá formarse sin una disciplina que le sea apropiada y sin una mano firme que le dirija hacia su fin, á pesar de todas sus tentativas para evitarlo?

No tenemos necesidad de preguntarnos largo tiempo quién nos hará este servicio. Todos conocen á ese Maestro infalible. Los que huyen de Él, por la razón de que su mano les parece demasiado severa, son en verdad los últimos que pueden hacer valer el falso pretexto de ignorarlo. La fe cristiana, con todos los medios que por sí sola posee para sondear nuestro corazón, la fe cuyo poder sobrepuja en mucho á nuestras medianías y debilidades humanas, es la mejor prueba de su origen sobrenatural. Frente á ella, la astucia insondable del amor propio y de la vanidad, la raíz propiamente dicha de todos los defectos del carácter, queda reducida á la impotencia. Posee, para formar el corazón, un medio que ningún otro maestro tiene á su disposición, un medio que le procura un conocimiento del corazón como jamás psicólogo alguno lo ha poseído, un medio que tiene aún entrada donde ningún poder penetra en los más secretos pensamientos, en los deseos y movimientos más ocultos del corazón, un medio que es el enemigo jurado de toda adulación, de toda hipocresía contra nosotros mismos, un medio, en fin, que es la muerte de la ambición, del egoísmo, de la ilusión personal; tal es la confesión.

Que no se extrañen que de nuevo repitamos esta palabra atrevida. Aun cuando la confesión no tuviese más importancia,—y tiene otras que son infinitamente superiores,—que ser el medio más poderoso é incorruptible, y á menudo el único que purifica el carácter, no daríamos por ello bastantes gracias á Dios. Aun aquellos que, para sí mismos, temen este medio, como el que sufre un cáncer teme el escalpelo del médico, saben apreciarlo, desde este punto de vista, cuando tienen en sus manos un niño sobre el que todos los ensayos de educación no dan resultado alguno. Es sin duda alguna singularmente injusto exigir del sacerdote que repara en cinco minutos, en un niño que le han llevado á confesar, como si hubieran querido afligirle con el mayor de los castigos, los crímenes que diez años de falsa educación, de trastorno calculado de todas las disposiciones del carácter, han producido en él. Sin embargo, hay por lo menos aquí la declaración de que la confesión posee, para formar el carácter, un poder que ofrece todavía algún resultado ventajoso, cuando los otros medios de disciplina no son ya suficientes.

Pero tres condiciones son necesarias para que la confesión alcance este fin. Sólo puede tener esta eficacia, en el caso de que no se la estime como una práctica al arbitrio de cada uno, sino como un carácter de un orden absoluto. Allí donde no se la reconozca como obligación, y como obligación santa y divina hacia Aquél que sondea los corazones, y como obligación de descubrir todo lo que pasa en nuestro interior, así la acción como la intención, lo que es manifiesto como lo que está oculto, produce un efecto más

funesto que si no se usara. Si se abusa de ella de este modo, —¿y de qué no abusa el hombre?—no puede producir sino perjuicio al carácter, favoreciendo el disimulo y la ilusión personal, en vez de la rectitud.

La tercera cosa, en fin, que se requiere para que la confesión sea un beneficio,—lo que puede llegar á ser en realidad,—es precisamente lo que el estrecho orgullo del corazón ve más humillante en ella; es la exigencia de que esté colocada bajo la salvaguardia de una autoridad superior. Acusarme á alguien, á quien abro mi corazón, como á un amigo que se interesa por mí, puede, es verdad, aligerar la carga que pesa sobre mi alma. Pero jamás semejante confesión podrá mejorar y curar. Solamente allí donde tiene lugar ante un poder que, en nombre de la justicia incorruptible, nos dice la verdad, censura lo que es censurable, castiga lo que merece ser castigado, y nos prescribe, en nombre de Dios, los medios de purificación y arrepentimiento de que tenemos necesidad, puede colmar las esperanzas que, con razón, se fundan en ella.

12. La vocación artística del cristiano consiste en la imitación de Jesucristo.—Á pesar de todo esto, poco adelantaríamos con tener, por medio de la fe, la instrucción más segura, y, por el Evangelio, el medio mejor para formar el carácter, si no pudiéramos contemplar, viviente ante nosotros, el carácter que en nosotros debemos formar. Para dicha nuestra, el Cristianismo es tan rico en caracteres completos, que todos podemos escoger modelos perfectos que nos hagan fácil la imitación de lo que ellos nos han enseñado. Porque ellos mismos son todos modelos de un ideal de carácter incomparable, de cuya perfección, á pesar de todos sus esfuerzos y de todas sus penas, no han podido apropiarse, sino una pequeñísima parte. Por lo que el medio más sencillo para formar el carácter es, para todos sin excepción, la imitación efectiva del Señor. Sin Dios, no hay hombre completo. Solamente en Jesucristo, y según Jesucristo, puede llegar á ser perfecto un carácter.

El mundo forma también caracteres honrosos, y, en muchas cosas, caracteres dignos de imitación, pero casi siempre caracteres inevitablemente exclusivos. Hace lo que puede, y del modo como ve realizados los principios inventados por los hombres. Pero, en la persona de su Redentor, el Cristianismo posee el modelo de la más alta perfección y de la más hermosa medida de desarrollo igual en todas las virtudes. De aquí que sea, para él, cuando ve esto, mucho más fácil desarrollarse armoniosamente que para otro cualquiera, que no ha tenido la dicha de conocer al Señor, ó que ha tenido la desgracia de perderle.

Pueden siempre alabarnos á los griegos como el pueblo del arte plástico. ¡Que les aproveche la alabanza! Aprendieron maravillosamente á tallar en una piedra preciosa una apariencia de vida rígida y sin inteligencia; pero, con esto, no quitaron nada al cristiano que conoce su misión, pues tiene una profesión mucho más noble que la de escultor. Su arte consiste en formar, con tierra y con un alma llena de pasiones y de imperfecciones, un carácter completo, un hombre completo. Ni los griegos ni los antiguos en general tuvieron buen éxito en hacer esto. Nadie se extrañará de ello. ¿Cómo puede esperarse, del que jamás ha visto un modelo de una perfección sin mancha, una copia sin defecto? El cristiano tiene la dicha de ver ante sus ojos tal modelo de perfección. Mientras que los sabios antiguos buscaban en vano un ideal, en el cual pudiesen ver enteramente y de una manera viviente lo que presentían sólo de una manera vaga y oscura, el cristiano tiene ante sus ojos, desde su juventud, en el momento en que su tierno corazón es aún accesible á las impresiones, la imagen incomparable de una grandeza, de una fuerza, de una gracia, de una plenitud, de una profundidad de carácter tal, que jamás desaparece de la memoria, aunque sólo la haya visto una vez, y que provoca á la imitación.

¡Dios quiera que ningún cristiano tenga jamás la desgracia de olvidar aquello á lo cual le obliga este modelo! ¡Qué todos puedan reconocer como misión de su vida la obligación

de honrar, con un trabajo incesante, el ennoblecimiento de su carácter, al modelo humano-divino, cuyo nombre lleva! La humanidad ha experimentado suficientemente lo que es capaz de hacer, cuando está abandonada á sus propias fuerzas. No es difícil convencernos de que el hombre, si quiere ser su propio original, acaba por llegar á ser una caricatura. Instruyámonos con las desgracias del mundo, con el ejemplo del pequeño número de los que han visto coronados sus esfuerzos con el éxito. El hombre llega á ser un carácter en la medida que se haya apropiado á Jesucristo. Por consiguiente, después de haber llevado la imagen del hombre terrenal, esforcémonos en llevar la imagen del hombre celestial. (1)

(1) I Cor., XV, 49.

CONFERENCIA XVI

LA EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO (GEMÜTH)

1. La más grande laguna de nuestra época.—En el último período del siglo XIX, algunas personas hallábanse reunidas en el estrecho departamento de un vagón del tren, y la conversación versó sobre la cuestión de saber de qué se tiene más necesidad en nuestra época, y cuáles son las llagas más difíciles de curar. Sin titubear, una señora, hija de una gran nación, respondió: «¡De hombres! Yo misma he oído esta terrible declaración de guerra que el más grande orador eclesiástico de los tiempos modernos lanzó desde lo alto del púlpito de San Roque, el 30 de Febrero de 1853, en vista de la desmoralización del Imperio. (1) Desde entonces mi convicción es que el mundo no llegará á mejorarse mientras no tengamos hombres. Ahora bien, se trata de saber quién nos los dará.» «¿Quién?—respondió con esa mezcla de finura y de flema inimitables, propias de su nación, su vecino de enfrente, oficial inglés retirado—¿Quién sino las mujeres? ¿No creéis, dignísima señora, que la única razón por la cual no tenemos hombres, es porque nos faltan las mujeres, las mujeres que indemnizan á los hombres en su casa de lo que la vida pública ha podido quitarles? Si tuviéramos mujeres, bien pronto tendríamos hombres. ¿Es que V. misma no ha notado á menudo que la mujer, cuando se apresura á presentarse en público, como está ahora de moda, degenera mucho más y se corrompe más que el hombre?» Y emprendieron entonces una de esas amables é interminables conversaciones que versan sobre el pasado y sobre

(1) *Année Dominicaine*, n. 189, París, Poussielgue (1876), 90 y sig.

de honrar, con un trabajo incesante, el ennoblecimiento de su carácter, al modelo humano-divino, cuyo nombre lleva! La humanidad ha experimentado suficientemente lo que es capaz de hacer, cuando está abandonada á sus propias fuerzas. No es difícil convencernos de que el hombre, si quiere ser su propio original, acaba por llegar á ser una caricatura. Instruyámonos con las desgracias del mundo, con el ejemplo del pequeño número de los que han visto coronados sus esfuerzos con el éxito. El hombre llega á ser un carácter en la medida que se haya apropiado á Jesucristo. Por consiguiente, después de haber llevado la imagen del hombre terrenal, esforcémonos en llevar la imagen del hombre celestial. [1]

(1) I Cor., XV, 49.

CONFERENCIA XVI

LA EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO (GEMÜTH)

1. La más grande laguna de nuestra época.—En el último período del siglo XIX, algunas personas hallábanse reunidas en el estrecho departamento de un vagón del tren, y la conversación versó sobre la cuestión de saber de qué se tiene más necesidad en nuestra época, y cuáles son las llagas más difíciles de curar. Sin titubear, una señora, hija de una gran nación, respondió: «¡De hombres! Yo misma he oído esta terrible declaración de guerra que el más grande orador eclesiástico de los tiempos modernos lanzó desde lo alto del púlpito de San Roque, el 30 de Febrero de 1853, en vista de la desmoralización del Imperio. [1] Desde entonces mi convicción es que el mundo no llegará á mejorarse mientras no tengamos hombres. Ahora bien, se trata de saber quién nos los dará.» «¿Quién?—respondió con esa mezcla de finura y de flema inimitables, propias de su nación, su vecino de enfrente, oficial inglés retirado—¿Quién sino las mujeres? ¿No creéis, dignísima señora, que la única razón por la cual no tenemos hombres, es porque nos faltan las mujeres, las mujeres que indemnizan á los hombres en su casa de lo que la vida pública ha podido quitarles? Si tuviéramos mujeres, bien pronto tendríamos hombres. ¿Es que V. misma no ha notado á menudo que la mujer, cuando se apresura á presentarse en público, como está ahora de moda, degenera mucho más y se corrompe más que el hombre?» Y emprendieron entonces una de esas amables é interminables conversaciones que versan sobre el pasado y sobre

(1) *Année Dominicaine*, n. 189, París, Poussielgue (1876), 90 y sig.

el presente, sobre el más y el menos, y que no es posible evitar cada vez que un hombre y una mujer se ponen á hablar de Adán y Eva, ó de alguna de esas parejas de sus descendientes que se llaman Paris y Helena, Tristán é Isolda, Romeo y Julieta.

Finalmente, un fraile, cuyo nombre y religión no hacen al caso, tomó la palabra y puso fin al debate diciendo:

«No me permitiré juzgar el valor de las razones que acabáis de exponer. Sin embargo, me parece que nuestra época carece de un bien mucho más importante aún é indispensable, mucho más difícil de reemplazar que el que Vds. han propuesto hasta ahora. Lo que más falta nos hace, según entiendo, son niños, es decir, infancia y sentimientos infantiles. Es un triste hecho, y una grave acusación contra los métodos de enseñanza y de educación que existen hoy día, que la juventud haya perdido ya la alegría de vivir antes de haber empezado á gozar de la vida. [1] ¿Habéis presenciado alguna vez, señora, la salida de las niñas del colegio? La diferencia entre ayer y hoy ¿no os ha sorprendido? ¿Dónde está la naturaleza franca y resuelta de esas niñas mofletudas de otros tiempos, que tan admirablemente se armonizaba con la petulancia de los adolescentes? ¿Se ríe V.? Antiguamente parecía, viendo los brillantes ojos y los rostros expansivos de esos niños, que querían volar hacia nosotros, por no decir, saltarnos al cuello. Nadie hallaba nada de reprensible en eso. Al contrario, más bien nos causaba risa ver esa petulancia alborozada, y con razón, ya que era evidente señal de ingenuidad y de contento interior. ¡Vea V. la generación de hoy día! ¿Qué niño, que conserve aún un resto de naturalidad, no mostrará su alegría al sonar la hora en que termina el estudio? ¿Qué conocedor de la naturaleza humana guardará rencor á un niño, que, después de haber estado encerrado horas enteras, vuelve á encontrar, con el aire y la libertad, el desbordamiento del placer de vivir y el aturdimiento infantil, ni más ni menos que como los jóvenes

(1) Masaryk, *Der Selbstmord*, 176.

animales que, al llegar la primavera, salen por primera vez del establo donde estuvieron encarcelados durante los largos meses del invierno? ¿Quién se extrañaría de cosa semejante? Pues bien, he aquí que nuestras jóvenes, al salir del colegio, se conducen como si hubiesen dejado su inteligencia y su corazón en los bancos que acaban de abandonar. ¿No sé si es disimulo por su parte, para pasar por personas mayores ante los transeuntes, ó si es señal de que en el colegio se han cansado de la vida y están como muertas; pero haced siquiera una vez esta observación, y ved si es natural que no se apresuren á volver á su casa, sino que, semejantes á profesores, anden de puntillas, dándose importancia, y se encaminen á la casa paterna, filosofando gravemente? ¿No podría creerse que, en su modo de andar rígido, en su cabeza inclinada hacia adelante y hundida entre los hombros, en la gravedad con que se dignan saludaros, quieren interpelar á todo transeunte y decir intencionadamente: ¡Ojo, soy yo la que paso? ¿No se pregunta uno involuntariamente: Quién hará salir el sol y crecer la hierba cuando faltéis vosotras? Hay algo de grave en nuestras jóvenes, pero nada de natural. Nosotros mismos, de tal manera hemos llegado á ser extraños á todo lo que es natural, que si alguna vez un capricho infantil y una ingenuidad traspasan esta coraza convencional, nos sentimos casi heridos, é inmediatamente los reprendemos, como si esto fuese una falta de educación. En vez de regocijarnos cuando una niña comete un ingenuo desliz, nos asustamos como si fuese la más grande de las inconveniencias, y la castigamos. Verdaderamente compadezco á esas pobres jóvenes.

«Tampoco exceptúo á los jóvenes. Tienen, verdad es, en su rudeza natural, una excelente protección para su infancia. Pero ¿pueden aún llamarse niños propiamente dichos, esos viejos maestros prudentes, y esos sabios precoces, de los cuales tenemos todos los días tantos modelos ante nuestros ojos? ¿Qué pueden llegar á ser esos pobres seres, sino muchachos pálidos, aniquilados, fantasmas ambulantes en

las calles de nuestras ciudades, chiquillos que, en la primavera de la vida, están hastiados de la existencia y llamando la tisis á gritos, jóvenes por el estilo de Leopardi, viejos antes de tiempo, no de esos antiguos viejos cuya vista nos rejuvenecía, sino ancianos que han llegado á hacerse insoportables á sí mismos y una carga para todo el mundo, porque están gastados, y han vivido ya demasiado? En los hermosos tiempos viejos se decía:

«La juventud debe cantar y saltar; la ancianidad velar por la antigua virtud.» (1)

»Hoy sucede todo lo contrario.

»No digo que estos fenómenos se presenten por vez primera en nuestros días. Conozco suficientemente la historia para saber que hechos semejantes tuvieron lugar en tiempos pasados. Pero esto no nos excusa, ni tampoco nos hace mejores. Ya á principios del siglo XIV, Hugo de Trimberg se condolía de que la juventud fuese damasiado precoz y tan prudente como la ancianidad; que no quisiese aprender nada, porque creía saberlo todo; que cuando un muchacho había aprendido dos ó tres frases que no valían un comino, se creyese ya dueño del mundo. (2) «En mi juventud—dice—me fijaba poco en lo que los ancianos decían. Cuando mis compañeros saltaban y cantaban conmigo, era dichoso, y esto me bastaba. Al presente muchos niños son linces de ojos y zorros de corazón. ¿Qué llegarán á ser en su ancianidad, cuando son ya tan viejos en su juventud?

»Me estremezco;—concluye:—me estremezco cuando los chiquillos hablan con tanta seriedad y prudencia.» (3) ¡Qué diría el rudo maestro de escuela de Bamberg, si viese nuestra juventud actual! Responded vos mismo. La piedad nos embarga, al ver un hombre que lleva en sus facciones las huellas de la lucha, una mujer cuya fisonomía revela la pena de su espíritu; ello nos incita á examinar su vida

(1) Freidank, 52, 4 y sig. (Bezzenberger, 114).
(2) Hugo von Trimberg, *Der Renner*, 16560 y sig.
(3) *Id.*, 14897-14913; cf. 6277 y sig. y 16364 y sig.

íntima para saber si es posible socorrerlos. Pero cuando vemos ante nosotros un muchacho con la boca arrugada por los pliegues de la indiferencia, cuyos ojos rodea lívido círculo; cuando vemos una joven con la vista hundida y apagada, con los labios contraídos y el aspecto fatigado, imagen de la súbita ruina de una vida floreciente, ¿no apresuramos involuntariamente el paso para perderlos de vista cuanto antes? Si conocéis un mal que os cause más pena, un mal más difícil de curar, hablad, os lo ruego. Para mí sería casi un consuelo, en mi dolor por la desgracia de nuestra juventud, si pudiese pensar que todavía hay otras cosas capaces de provocar nuestra piedad.»

Así habló el fraile. Y sus compañeros de viaje fueron de parecer que era severo, pero que tenía razón.

2. No se está ya á gusto en el mundo.—El religioso no exageraba. ¡Nos faltan tantas cosas! Nos faltan hombres, mujeres, familias; nos falta educación, caracteres sinceros, abnegación, contento, satisfacción. Nos detenemos aquí para no hacernos interminables. Pero no nos lamentaríamos tanto, si tuviésemos niños. Lo que nos falta á casi todos nosotros, es infancia. Los niños no tienen ya juventud, los jóvenes y las jóvenes han perdido su buen humor y su alegría. Apenas entran en la vida, cuando ya casi ninguno puede soportarla. El niño hace falta á todo el mundo. ¡Qué dichoso es el niño, qué amable, qué digno de envidia! La madre le coloca sobre el césped, le coge algunas flores del campo y prosigue su trabajo. El niño sabe entonces entretenerse solo. Tiene materia suficiente para conversar consigo mismo, y se divierte deliciosamente en la hierba con las mariposas y los insectos. Es más rico que cualquier rey, pues es dueño absoluto del mundo que está á su alcance. Se divierte alegremente con los seres que le rodean, pues se halla en paz consigo mismo. Si un perrito ó una cabrita se acercan á él, les da de su pan, mientras le quede un solo bocado, y se regocija más de que el animal lo encuentre bueno, que si él mismo pudiese sentarse á la mesa mejor servida.

Este es el niño que debemos estudiar á fondo, á fin de comprender poco á poco lo que nos falta. En nosotros mismos, no nos encontramos como en nuestra propia casa, no sabemos sacar provecho de nuestro mundo interno; no tenemos vida en nosotros mismos; por eso corremos hacia el mundo que nos rodea, no para darle lo que nos sobra, sino para buscar en él lo que nos falta. Él es el que debe darnos la casa propia que no encontramos en nosotros mismos. Ahora bien, esta situación que ocupamos frente al mundo es doblemente falsa. En vez de dominarlo, nos presentamos ante él como mendigos. Después de habernos hecho insoportables á nosotros mismos, creemos que debe ayudarnos de modo que en adelante podamos soportarnos. Cuando el sentimiento de nuestra propia vida se ha hecho para nosotros una carga, buscamos el modo de curarnos por medio de las distracciones, entregando así al mundo el último resto de nuestro *yo*. En vez de hacer esfuerzos sobre nosotros mismos y convertirnos en dueños de nosotros por el recogimiento, nos exponemos al peligro de perdernos completamente en las cosas exteriores. Como se desprende de esto, la naturaleza, que está tan por debajo de nosotros, no puede ofrecernos nada que sea digno de nosotros, si nosotros mismos no sabemos añadirle algo. De aquí que no debamos extrañarnos, si los que más se prodigan en el mundo no cesan de quejarse de él y de deplorar su propia suerte. De todos esos brindis y cumplimientos, de todo ese disimulo y adulación, de todo ese engaño, esos suspiros, y esos quebrantos amorosos del corazón, que millares de poemas nos cuentan hasta hastiarnos, pero que miles de personas se creen, sin embargo, en el deber de ensayar, el espiritu no saca ventaja alguna ni el corazón ningún provecho. Todo ello no deja más que heces amargas, resabios repugnantes y el sombrío desierto de un corazón destrozado y una cabeza deshecha, ó, para decirlo de una vez, no deja sino una vida completamente despilfarrada. ¿Qué puede decirse de semejante conducta? ¿No es esta la manera de obrar de un disipador hundido

que importuna en todas partes donde llama, pero que á su vez ha de contentarse con los desperdicios que le arrojan? Yo no conozco más que una palabra para expresar esto; la vida ya no es agradable, «gemüthlich». Nosotros mismos ya no tenemos nada en nosotros, no podemos ofrecer nada á nadie. En ninguna parte podemos encontrar cosa que nos contente; en todas partes falta la satisfacción, «Gemüthlichkit», y el sentimiento, «Gemüth».

3. Lo que no es el *Gemüth*.—¿Qué es, pues, el sentimiento «Gemüth»? «¡Singular pregunta!—pensará más de uno.—Estos sabios ociosos entienden admirablemente el arte de confabularse para proponer cuestiones sobre cosas que cualquier niño comprende. Pues bien, si lo sabéis, decídnoslo. Os quedaremos sumamente agradecidos.»-¿El sentimiento, «Gemüth»? ¿Qué queráis que sea? Es esa cualidad que todos deben poseer si quieren ser llamados hombres de sentimiento, gemüthlich. No somos demasiado exigentes con esta palabra. Ya es un signo que hace reflexionar mucho el que una cosa haya llegado á ser tan extraña al mundo, que se emplee con deplorable facilidad la palabra que la designa, sin poner siquiera cuidado en lo que esa palabra significa. Se llama también hombre gemüthlich, á un guasón inofensivo, que no puede dejar pasar ante sí á un niño sin gastar con él una inocentada, como igualmente á un charlatán, cuya compañia nos ahorra el ejercicio de la lengua, necesitando únicamente para vivir con él oídos y buena dosis de paciencia. Y, si en cualquier parte, en una sociedad, en una administración cualquiera, las cosas ocurren de tal suerte que nadie sabe quién es el director, y si en ella cada uno puede buscarse su propio derecho, porque todos hablan al mismo tiempo y todos hacen lo que quieren, se dice entonces que es «urgemüthlich». Pero ¿quién, pues, al hablar aquí de «Gemüth», y al recomendar, en nombre de la religión, la educación del «Gemüth», podrá creer que pensamos en algo parecido?

Está fuera de duda que debemos amar el «Gemüth» y

que debemos manifestarlo al exterior. Pero ¿en qué consiste esta cosa interior? Nuestra juventud,—nos dirigimos aquí especialmente á las jóvenes—que trabaja tan poco y tiene tanto tiempo para leer, y que tanto lee, que le queda muy poco tiempo para reflexionar, lee por casualidad, en una novela, una nota espiritual, según la cual, la melancolía del «Gemüth» parece ser propia de los grandes hombres. [1] ¡Qué consuelo para los jóvenes! ¡Qué descubrimiento! Una luz, completamente nueva, brilla de repente ante sus ojos. Hasta entonces, siempre se les había reñido y castigado, estaban descontentos de sí mismos, cuando se entregaban con indiferencia al trabajo, cuando se perdían en vanos pensamientos para ellos incomprensibles, cuando no querían hacer lo que otros mejores que ellos hacían. Todos los miraban como perezosos, como seres insoportables, presumiendo que, tras semejante conducta, debía haber alguna inclinación no muy partidaria de la luz. Estaban ya á punto de tomar á pechos esos eternos reproches, y cambiar de conducta, cuando, por dicha suya, dieron á tiempo con la clave del enigma. Lo que sus miopes padres tomaban como frivolidades é ineptitud, ofrécese ahora ante sus ojos como un abismo inmenso, como un nuevo mundo. Sí, desde largo tiempo presentían que había tras ellos algo más de lo que el mundo creía; pero ignoraban todavía con exactitud lo que era. La palabra para designar la cosa les faltaba. Ahora la han encontrado: es la profundidad del afecto, «Gemüthstiefe». ¡Hacía ya mucho tiempo que estaban en excelente camino para llegar á ser grandes espíritus, mujeres notables, y no se daban cuenta de ello!

Pero esta vez van á recuperar el tiempo perdido. Se devanan los sesos todo el santo día. Todos sus caprichos se analizan, toda nueva monomanía les llena de admiración. Cuanto más dudas muestran los padres y las institutrices, más seguros están de que una riqueza incomparable de vida oculta é incomprensible para el mundo, se ha desper-

(1) (Aristóteles) *Problem.* 30, 1.

tado en ellos. ¡Felices, sí, tras esto, se ponen á hacer versos! ¡Felices si llegan hasta redactar un periódico, ya que, por lo menos, habrán hallado en ello un derivativo que les preservará del extremo peligro y de una inmensa desgracia!

¡Vida afectiva! «Gemüthsleben». ¡Es curioso ver cuán poco comprende el mundo el «Gemüth»! ¿De qué modo ese completo egoísmo, esa pereza del espíritu,—pues la ociosidad atareada y el trabajo inútil, hecho á espaldas del deber, son cobardía y enervamiento—ese paso consciente é intencional á un estado en que uno se convierte en inútil y llega á ser una carga para los demás, pueden ser «Gemüth»? ¿Es posible imaginarse seres más alejados de la profundidad del afecto, «Gemüthstiefe», que semejantes ciegos y pobres corazones que no comprenden siquiera que la primera condición que para eso se requiere es la renuncia personal y el sacrificio?

Por tercera vez preguntamos: ¿Cuál es, pues, el dominio desconocido del «Gemüth»? ¿Puede un hombre esperar alcanzarlo? Sí, es posible, pero no fácil, y se necesita tiempo. Decimos que es un «Gemüth» infantil, cuando encontramos una persona cuya alma se refleja en sus miradas, y que tiene el corazón en los labios; una persona que no conoce la falsedad ni la hipocresía, una persona que se explaya tan fácilmente como se abre el capullo de la flor á los rayos del sol. Pero afirmamos que son éstas disposiciones que no se transformarían en un «Gemüth» completo, sino por la actividad, y que desgraciadamente no se transforman con frecuencia.

¡Cuántos hombres encontramos que tienen todas cuantas condiciones se requieren para atraerse la estimación y el respeto! Pero les falta una sola cosa, la renuncia personal, el don de humillarse ante los demás, de prescindir de sus propias ideas, para ocuparse en todo lo que interesa al corazón de los demás; en una palabra, lo que les falta es el «Gemüth». ¡Cuántas mujeres dan pruebas de poseer magníficas disposiciones para el «Gemüth» en toda su persona!

Y, sin embargo, lamentamos que, precisamente á causa de esas cualidades, estén sin «Gemüth». No les falta más que el olvido de sí mismas y el sacrificio. Piensan demasiado en ellas. Se consideran en demasía como el centro del círculo que las rodea. No necesitarían más que ser un poco menos suceptibles, ó, como ellas dicen, sentimentales, no subordinarlo todo á sí, é imitar á Aquél que vino, no hacerse servir, sino para servir Él mismo, y tendrían todo lo que pertenece al dominio del «Gemüth».

4. Lo que es el *Gemüth*.—En adelante, no será difícil comprender lo que es el «Gemüth». Si queréis aprender á conocerlo, buscadlo entre esos hombres dignos de veneración y de respeto, que han conservado bajo sus cabellos blancos como la nieve, bajo sus arrugas y achaques, la mirada brillante del niño, la belleza juvenil de la frente, el interés por todo lo que les rodea. Lo encontraréis en un anciano sacerdote, cuya más viva solicitud se ha dirigido siempre á los niños y á los enfermos; lo encontraréis en una religiosa que ha consagrado toda su vida á los sufrimientos de los pobres, en una madre que pasó por el yugo del matrimonio, por las pruebas del sacrificio y de la dulce abnegación; en los hombres que son capaces de olvidar sus propias miserias cuando ven sufrir á sus semejantes. El egoísmo es la muerte del «Gemüth». Todo lo que llamamos «ungemüthlith», tiene por base el egoísmo. Los razonamientos y las críticas importunas, la inclinación á creerse siempre mejor entendedor que los demás, á pronunciar la última palabra, á encontrar en todas partes algo que zaherir, todo esto es egoísmo, y por lo tanto «ungemüthlich». Es desagradable «ungemüthlich», sostener íntimas relaciones con personas á quienes es preciso hablar siempre de sus asuntos, pero que no se toman el más mínimo interés por los de los demás. Es desagradable «ungemüthlich», vivir con quien no puede olvidar que hayan omitido felicitarle su santo ó saludarle el primero, con alguien que sabe exactamente siempre quién le debe carta ó visita, ó que no hace más que hablar de sus trabajos, de sus sufrimientos, de sus esperanzas ó de sus buenos éxitos. Es desagradable, «ungemüthlich», el que un sujeto no sea afable más que con personas que se distinguen por su talento, nobleza, dinero ó hermosura; que uno sea la amabilidad personificada mientras podemos servirle, pero que un momento después cambie, si tenemos necesidad de sus servicios. Pero es agradable, «gemüthlich», tener relaciones con alguien que participa de nuestro parecer, que sabe ponerse en nuestro lugar, sentir con nosotros, sufrir con nosotros, tener paciencia con nosotros, estar alegre con nosotros, tener un corazón abierto para todo lo que sucede en bien ó en mal á los demás, un corazón siempre pronto á tratar á los otros como quiere ser tratado él mismo, un corazón que para los asuntos ajenos bate tan ardientemente como para los suyos propios: he aquí el «Gemüth.»

5. Relaciones entre el carácter y el *Gemüth*.—¡Ah, es sumamente grande y hermoso un carácter completo! Pero es un error funesto, y un error fundamental en los estoicos lo mismo que en los cínicos, y es y será siempre un grande error, buscar el hombre completo en el carácter, y juzgar el valor de un hombre, y su vida, exclusivamente por su carácter. Cada uno es para sí su primero y más próximo pariente; esto es justo. De ello resulta que cada cual debe pensar primeramente en perfeccionarse. Pero nadie vive exclusivamente para sí. [1] Lo que cada uno posee lo ha recibido de Aquel de quien proviene todo don excelente, toda gracia perfecta. [2] Ahora bien, Dios comunica á cada uno la capacidad que le corresponde para la edificación de la totalidad de que el individuo es parte. [3] Recibiendo su parte de capacidades de la mano de Dios, cada cual se somete también á la obligación de hacerla fructificar, tanto para su utilidad propia como para la de los demás. Cada uno se pertenece primero á sí mismo, y después al mundo. En primer lugar, vienen los de-

(1) Rom., XIV, 7.
(2) Jac., I, 17.
(3) Cf. Ephes., IV, 16.

beres y derechos propios; á continuación los de la totalidad. Si uno no quiere trabajar, sino para sí mismo, con los talentos que ha recibido, ó los oculta sin hacerlos fructificar, no solamente se ha frustrado él mismo y ha frustrado al mundo el magnífico desenvolvimiento de lo que en él se había depositado, sino lo que aun es peor, ha cometido la falta de haber descuidado una obligación que debe cumplir para con Dios, y esta negligencia será lo que más tendrá que expiar en su carácter. La formación del carácter que no marcha al unísono con la del «Gemüth», debe forzosamente ser incompleta. Un carácter sin «Gemüth» es la peor de las estrecheces, aquélla de que uno mismo es objeto. Su consecuencia inevitable es la obstinación, y después el retroceso. No podemos representarnos exceptuado de egoísmo al hombre que hace alarde de su carácter sin «Gemüth». Esto es fácil de comprender. El egoísmo es precisamente quien le conduce á querer servirse de sus dones, ó más bien de los dones de Dios, para sí solo. Y el egoísmo se venga, haciendo que el carácter se contraiga y degenere en rigidez y pequeñez de corazón. Así como todo hombre sin conexión con el mundo, y sin sacrificio, vejeta en sí mismo, así el carácter más noble, sin vida afectiva, «Gemüthsleben», se enpequeñece. El carácter debe servir de base y guía al «Gemüth»; pero éste es necesario para que el carácter se amplifique, se ennoblezca y se suavice.

6. Obligación de formar el *Gemüth* en el hombre y en la mujer.—Por lo tanto, es un grande error el afirmar tan á menudo que el carácter es la cualidad que conviene al hombre, y el «Gemüth» la que conviene á la mujer. ¡Como si los dos, hombre y mujer, no fuesen más que mitades de seres humanos, como si ambos no debieran ser personas completas! Según el conjunto de su naturaleza, el hombre es más propio para vivir retraído y rechazar al mundo lejos de sí. En cambio, la condición de la mujer es más propia para inclinarse hacia las cosas exteriores; tiene mayor necesidad de un apoyo situado fuera de sí; y le es casi natural vivir para los demás. Ambos extremos son exclusivas disposiciones naturales que necesitan ser niveladas. Sin duda se dice que ésta es la razón por la cual el hombre y la mujer están subordinados el uno al otro, á fin de completarse mutuamente; pero preguntamos, ¿es qué un hombre completo ha resultado alguna vez de la yuxtaposición de dos mitades de hombres, viviendo la una al lado de la otra? Para poder pasar juntos una vida entera, es preciso que los dos sean seres humanos enteros. Por consiguiente, cada uno debe llegar á ser completo en sí mismo.

No es ninguna cosa extraordinaria lo que puede hacernos completos. En cuanto al hombre, le es más fácil formarse un carácter; pero para esto le es preciso, si debe llegar á ser algo completo, prodigar mayores cuidados á lo que exige más dificultad y está más lejos de él, á saber, la formación del «Gemüth». La mujer tiene menos trabajo en vivir con el corazón, «Gemüthsleben», pero en cambio le es tanto más necesario, para el cultivo de la vida interior, merecer la alabanza con la cual la Sagrada Escritura exalta á la mujer, es decir, la fuerza de carácter. Sin «Gemüth», el hombre llega á ser duro é insoportable; sin vida interna, sin carácter, la mujer queda sin apoyo. Si queremos llegar á ser algo completo, debemos todos proponernos la doble empresa de formar aquello á que nuestras disposiciones nos inclinan particularmente, y rellenar las lagunas que encontramos en nuestra naturaleza.

7. Fuera del Cristianismo no hay camino que conduzca al *Gemüth*.—Ya hemos hecho notar [1] que se suele llamar al Cristianismo la religión del corazón, «Gemüth». Le conceden de propósito este elogio, á fin de tener mayor autoridad para oscurecer sus otros lados luminosos. Le llaman religión del corazón, «Gemüth», para oponerle una nueva civilización más elevada, la supuesta época de la inteligencia. No tenemos necesidad de responder á esto, puesto que ya lo hemos hecho. Estamos acordes sobre este punto, á saber, que, antes de Jesucristo, el corazón, «Gemüth», era casi desconocido en la tierra. Es fácil pronunciar y escu-

(1) *Tom.* VI, *Conf.* XV, 2.

char los panegíricos ordinarios acerca de la humanidad, la civilización, el arte de los griegos. Mas ¡cuán difícil sería á cada uno de nosotros, que hemos conocido cosas incomparablemente mejores, el tener que pasar solamente algún tiempo en su compañía y llevar exteriormente una vida llena de distinción, la cual interiormente no es más que una vida sin corazón, sin «Gemüth»!

Es un cuadro horroroso el que un gran espíritu, observador de los más perspicaces, hace de esos paganos, no obstante estar bien dispuesto en favor de los mismos, á consecuencia de una predilección verdaderamente apasionada por ellos. «Estaban saturados de toda especie de iniquidades,—dice—de malicia, de lujuria, de avaricia, de maldades; saturados de envidia, de pensamientos homicidas, de acometividad, de astucia, de malignidad; eran chismosos, calumniadores, aborrecedores de Dios, arrogantes, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para lo malo, rebeldes á sus padres, insensatos, traidores, implacables, sin amor ni piedad». [1] Este es un retrato tomado al vivo, y la historia lo confirma. [2]

¿Cómo podría ser de otro modo, puesto que, en aquella época tan desgraciada, faltó la primera base sobre la cual el corazón, «Gemth», hubiera podido desplegarse con todo su esplendor y brillo? ¿A cuántos antiguos filósofos se les ocurrió la idea de considerarse como una parte de la humanidad, cuyos miembros son iguales entre sí? Sin duda, en los últimos tiempos del Paganismo expirante, tomaron varias veces este principio—prueba evidente de que ellos mismos consideraban ya su causa como perdida, y buscaban algo mejor,—de las nuevas esferas de ideas que la Revelación acababa de extender por todo el mundo. [3] Pero aun así, les era imposible comprender la vida del corazón, «Gemüth», pues, para esto, hace falta la convicción de que lo que damos y sacrificamos de lo nuestro á la totalidad, no es la acción generosa de nuestro beneplácito libre

(1) Rom., I, 29-31.
(2) Séneca, *Ep.* 47, 95.—(3) V. tom. V, II, 12.

y personal, sino el cumplimiento de una obligación propiamente dicha. Aquel que no admite el principio: «Soy deudor de todos», [1] ¿cómo podrá vivir la vida del corazón, «Gemüthsleben?»

Mas nadie admitirá este principio, si no admite que, por causa de Dios, está obligado á servir á todos, porque Dios le ha dado lo que le pertenece, á fin de favorecer por este medio el bien común. Y suponiendo que lo admita, ¿de qué le servirá, si las circunstancias no le proveen de terreno á propósito para cultivar esta vida? Ahora bien, decidme, ¿dónde había en el Paganismo un lugar en el cual ésta hubiera podido desarrollarse, un lugar en el cual la vida no apareciese como un desierto, á nosotros cristianos actuales, y á los mismos que quieren aceptar solamente las ventajas de nuestra Revelación, sin sus obligaciones, es decir, sin el «Gemüth?» Si no existía la vida de familia, si la amistad reposaba solamente sobre la sensualidad ó el egoísmo, si la caridad compasiva y afectiva era desconocida, si, pues, los tres fundamentos principales sobre los cuales se asienta la vida afectiva, «Gemüthsleben», faltaban; ¿cómo hubiera podido desarrollarse en aquella época?

No negamos que haya en el Antiguo Testamento rasgos magníficos de afecto, «Gemüth». Esa vida de familia tan amable, y ese amor abnegado, que leemos en los libros de Ruth y Tobías, la descripción de la tierna amistad que unía á David y Jonatás, conmueven los corazones. Mas aquí estamos en presencia del pueblo de la Revelación, y la diferencia que, bajo este aspecto, existe entre los judíos y sus vecinos, nos muestra precisamente de la manera más sorprendente que la flor de la vida afectiva, «Gemüthsleben», no prospera sino en la tierra que la gracia sobrenatural ha cultivado y hecho fértil. [2]

Sin embargo, los más bellos espectáculos de este género que el Antiguo Testamento pone ante nuestra vista, no son sino la aurora que anuncia un espléndido día. El secreto del «Gemüth» no se ha manifestado en todo su esplen-

(1) Rom., I, 14.—(2) V. tom. I, IX, 24.

dor á los ojos del mundo, sino desde que la gracia de Dios apareció bajo una forma viviente y visible sobre la tierra. Cada rasgo de nuestro Maestro y Señor, es el destello de una profunda afección, «Gemüthstiefe», incomparable. Así se explica fácilmente cómo los tiempos y los hombres sin afecto, «Gemüth», se sienten tan alejados de Él, que casi creen que no existe para ellos ni ellos para Él. ¡Qué vida más sencilla y, sin embargo, tan maravillosa la del Hijo de Dios sobre la tierra, esa vida tan llena de sacrificios, tan transfigurada por la paz, tan tranquila, tan activa, tan distinta de nuestras agitaciones, y, sin embargo, tan amable!

8. **Cristo modelo de la vida del** *Gemüth.*—Durante treinta años, de los treinta y tres que le fueron asignados, en una época en que el mundo no conocía ya nada de la familia, comparte con los suyos el trabajo, la miseria, los cuidados de un pobre hogar. En medio de las ocupaciones de una vida pública de las más activas, y que no puede caracterizarse sino por estas palabras: «Pasó haciendo bien,» [1] la caridad le ofrece todavía ocasiones para colmar de testimonios de la más conmovedora amistad á la familia amada de Bethania. Aun la misma noche de su Pasión, cuando su corazón se estremecía ante los sufrimientos que le esperaban, y desbordaba de dolor y emoción, permite al discípulo amado reposar su cabeza sobre su pecho. Mientras habitó entre los hombres, jamás un corazón oprimido le dirigió un suspiro, jamás un alma afligida le envió una súplica muda, sin recibir de Él una mirada de ternura ó una palabra de energía y consuelo. Así como una gallina protege y calienta á sus pequeñuelos bajo sus alas, del mismo modo se sacrificó Él por los suyos, que no le reconocían. Las silenciosas lágrimas derramadas sobre la tumba de su amigo, las lamentaciones y ardiente lloro vertido sobre la ciudad sacrílega, nos demuestran que compartió las desgracias de sus enemigos en una medida quizá más grande que la miseria de sus más íntimos amigos. Y cuando, en su

(1) Act. Ap., X, 38.

última hora, se estremecía con los sufrimientos de la muerte; cuando la vergüenza y la hiel llenaban su alma y su boca divina, pensaba aún de tal manera en los otros, en sus verdugos, en el buen ladrón, en los blasfemadores que le rodeaban, en su Madre y en el amigo que estaba de pie junto á su cruz, en el mundo entero lleno de pecados, abrumado bajo el peso de sus culpas, que apenas encontraba tiempo para pensar en sus propios sufrimientos.

Esta es ciertamente una de las causas por las cuales el género humano se ha entregado á Él con tanta presteza y facilidad. Decimos el género humano. Los desgraciados que no han aprendido jamás á conocer que tienen necesidad de la gracia, los pobres que se creen bastante ricos por sí mismos, para poder prescindir de Él, sin duda no le conocen. Pero están bien lejos de ser considerados como los verdaderos representantes de la humanidad. El pequeño número de almas puras é inocentes y la masa inmensa de los que sufren, ved aquí los que forman la verdadera humanidad. Ésta no ha encontrado jamás dificultad en reconocerle como su Maestro y Salvador. Al contrario, se sintió atraída hacia Él, y le siguió sobre las aguas del lago de Tiberiades, y hasta el desierto. En todas partes donde se dejaba ver, los atribulados se agolpaban á su alrededor, en masas tan compactas, que apenas podía proseguir su camino. Ellos formaron su honorífico cortejo y lo forman aún en el día de hoy; son su gloria, y son para Él un testimonio que ninguna negación hará desaparecer. Y cuando éstos se retiraban de noche, glorificando á Dios por haber encontrado un corazón compasivo, otros, que seguramente, más que la inteligencia exclusivista de todos los filósofos, sienten en su puro corazón dónde se encuentran la verdad, el socorro y el consuelo, es decir, los niños, se acercaban familiarmente á Él. Su corazón se lanzaba hacia Él con un poder irresistible. Cuando podían reposar sobre su pecho, les parecía acercarse á un corazón semejante al suyo. Y así era. Los niños presienten esta verdad, á saber, que toda alma pura es pariente de la suya.

En medio de un mundo envejecido y gastado, Él se mantenía en una eterna juventud. Tan anciano según su divinidad, que Él mismo, en su sabiduría, no podía decir su edad ni cuánto había de vivir aún, [1] era, sin embargo, tan niño como cualquiera de ellos, y, aun en la edad madura, conservaba sus rasgos juveniles, que es la señal más cierta de que la virtud ha permanecido intacta. Este hombre no podía envejecer, y el corazón del niño le era adecuado. Aun cuando hubiera vivido mil años, [2] hubiera continuado siempre como cuando estaba en el pesebre, niño anciano, hombre joven, [3] viejo Dios. [4] Por eso el niño se inclinaba hacia Él como hacia su semejante.

Cerca de Él, los que estaban encorvados por el peso de la edad y de los sufrimientos encontraban un reconfortante. En Él, aquel que se entregaba á rudos combates por la pureza y la santidad, encontraba nuevo vigor para otras luchas más serias; el que acababa de sucumbir, encontraba valor y fuerza para emprender de nuevo la lucha por la existencia. Cualquiera que estuviese en contacto con Él, sentía pasar algo así como un soplo de primavera por su corazón; los muertos resucitaban á una nueva vida; todos estaban como rejuvenecidos.

9. Los sentimientos del niño en el cristiano.—De igual modo que siempre había empezado por obrar antes de enseñar, así su palabra respondía también á sus ejemplos. «En verdad,—decía—si no os convertís y no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» [1] Quizá es éste uno de los preceptos más difíciles; tan difícil de comprender por la inteligencia, tan difícil de practicar por el corazón, que ningún otro doctor, sino Dios, podía imponerlo. Y, sin embargo, este precepto responde de una manera tan exacta á nuestras necesidades, que no podía ocurrírsele á ningún otro, sino á un Dios, la idea de dárnoslo. Pero ¿qué quiere decir hacerse niños? No es desde el punto de vista de la inteligencia como debemos ser niños; [2] no debemos ser como los pequeños que se divierten con monadas; [3] no es tampoco desde el punto de vista de la voluntad como debemos asemejarnos al débil niño, de quien no puede esperarse mucho esfuerzo; en este caso, sería más bien un honor y una obligación llegar á ser hombre, [4] y hasta un anciano, que no experimenta placer sino en cosas serias, y de quien pueden esperarse sacrificios y esfuerzos. Pero lo que nuestra inteligencia y nuestra voluntad deben conservar de la infancia es la capacidad de ser formados, [5] la convicción de que estamos lejos aún de la perfección, la inclinación eternamente joven hacia lo mejor y lo más perfecto. [6] En esto consiste la infancia honrosa y el verdadero sentimiento de la infancia cristiana.

Mas lo que no debe jamás envejecer; lo que debe permanecer eternamente joven y niño, es el corazón del hombre. Cuando el Evangelio nos exige tener sentimientos de niños, impone una triple obligación al corazón, una triple empresa, que resumimos en una sola palabra: «Gemüth.» Ante todo, estar alerta sobre cuanto es noble y hermoso, aun cuando esto nos ponga en el último lugar á nosotros

(1) Konrat von Fussesbrun, *Kindheit Jesu* (Hahn, *G. des* 12 *und* 13 *Jahrh.*, 102, 39 sp.). Heinzelin von Konstanz se dirige igualmente á Dios en estos términos: Tú, el viejo joven (Hagen, *Minnes.*, III, 413. 70, Wackernagel, *Kirchenlied*, II, 191, n.º 319, 70.). Konrad von Würzburg dice: Jungherr weiss et Altherr jung (Leich 1, 3. Hagen, *Minnes.*, II, 310 y sig., 34, 2, *ibid.*, II, 330 Wackernagel, II, 135 sp., n.º 235, 3; n.º 292.). Reinmar von Zweter (Hagen, *Minnesing.*, II, 216). Des Knaben Wunderhorn, (2) I, 80.

(2) Esto se aplica únicamente á la juventud del corazón y del espíritu. Según el cuerpo, sin una muerte violenta, Cristo hubiera tenido una vejez y una muerte como los otros hombres, no porque fuese necesario, sino porque quería en todo ser semejante á nosotros. Augustin., *Peccat. merit. et rem.*, 2. 29, 48. Thomas, 3, q. 14, a, 2, 3, d. 16; q. 1, a. 2, 3. Bonaventura, 3; d. 16, a. 1, q. 3, Suárez, *De Incarnat.*, 32, s, 3, 3. Anton. a Vicetia, *In Breviloq. S. Bonav.*, 4, 8, n. 8, Salmantic., *De Incarn.*, d. 24, n. 10. Joan a S. Thoma, *Incarn.*, q. 14, a 4.

(3) Heinrich v. Meissen *(Frauenlob)*, *Unser frouwen Leich*, 7, 5.

(4) Walther von der Vogelweide, 88, 9 (Pfeiffer).

(1) Matth., XVIII, 3.
(2) I Cor., XIV, 20.
(3) Thom., *In psalm.*, 36, 25.
(4) I Cor., XIII, 11.
(5) Isidor. Pelus., *Ep.* 1, 440.
(6) *Phil.*, III, 13.

mismos y á nuestras obras, ó, para hablar de una manera más explícita, reconocer francamente todo lo que merece ser reconocido en la historia del mundo, en la vida del hombre, y en el reino de Dios. En segundo lugar, esa sencillez, [1] esa ingenuidad, ese desembarazo en la conducta y en las relaciones, tales como las practica solamente el niño que no conoce el disimulo.

Para imitar estas cualidades, hace falta más fuerza y talento de lo que la prudencia del mundo cree. [2] Éste las desprecia voluntariamente como nimiedades, y no admite otra manera de vivir y otra formación, que las que consisten en el disimulo y en las astutas intrigas. Pero el espíritu cristiano no titubea en recomendar en los adultos y en los sabios la sencillez, la rectitud y la sinceridad del niño, pues sabe que para esto hacen falta la moderación de una viril voluntad y la prudencia de un espíritu maduro. [3]

En fin, la tercera cosa que pertenece al «Gemüth,» es la simpatía, el carácter comunicativo y bueno del niño, quien en lo último que piensa siempre es en sí, cualidades que el hombre no adquiere, sino tras una lucha seria contra el egoísmo.

Nadie se negará á confesar que no es una bagatela apropiarse los sentimientos del niño, en otros términos, el «Gemüth,» y nadie se extrañará tampoco de la exigencia de la ley cristiana, que reclama de todos nosotros que seamos niños. No hay la más pequeña humillación en este precepto; no contiene más que una exhortación, á fin de que estemos alerta contra el último exclusivismo en el cual podríamos caer en el derrotero que conduce á nuestro fin. Nuestra fe, que no quiere ser causa de indignidad para un solo hombre, con mucha más razón no lo quiere para la humanidad entera. [4] Al contrario; si se quiere encontrar

(1) Victor Antiochen., *In March.*, 9, 36. Isidor Pelus., *Ep.* 1, 207. Bruno *In psalm.*, 112, 1.
(2) August., *Conf.* 1, 19, 30. Leo Magn., *Epiphan.*, s. 7, 3. Paschas. Radb., *In Matth.*, 9. (Bibl. Lugd., XIV, 584, d).
(3) Greg. Magn., *Mor.*, 1, 2; 8, 85; 86, 10, 48; *Evang. h.* 2, 30, 5.
(4) Clem. Alex., *Pæd.*, 1, 5, 6. Tertull., *Valent.*, 2.

personas que lleven aún andadores, hay que dirigirse al mundo. Por eso dice el Apóstol que el cristiano debe despojar al niño del mundo. [1] El que no tiene bastante fuerza para seguir su conciencia, aun cuando la opinión del día, el favor de los poderosos y la turba se vuelvan contra él; el que no posee bastante independencia para saber por sí mismo lo que es bueno y lo que tiene que hacer, [2] sin ocuparse en lo que las grandes masas piensan y alaban, este tal no llegará jamás á ser un completo cristiano. Lo que necesitamos es hombres por la voluntad, ancianos por la prudencia, pero niños por el corazón; [3] entonces habrá buenos cristianos. Decimos ancianos, porque cada uno debe tener su juicio propio é independiente, el cual no se forma sino según la ley de Dios, pero que no se deja sugestionar por el del mundo, [4] hombres que hacen su deber y permanecen fieles á su convicción.

He aquí lo que deben ser todos los que reivindiquen el nombre de cristianos, hombres, mujeres, jóvenes, pues todos debemos llegar á ser hombres formados en Jesucristo, [5] todos, como se dice hoy día, debemos ser caracteres. Pero para esto no hay el más mínimo obstáculo en que todos sean niños en Cristo, en otros términos, que tengan el «Gemüth.»

¡Quiera Dios que aquel que desee ser contado como uno de los nuestros, se asemeje á nuestro Pablo por el carácter, por el entusiasmo ardiente, por el valor intrépido, por la impetuosidad en el ataque, por las luchas infatigables que sostuvo para llegar á los más elevados fines! ¡Quiera Dios que también aprendan de él que no es una vergüenza para el hombre tener sentimientos de niño, de él, que, como una nodriza, se cuidaba de los ignorantes, [6] se compadecía de los débiles, como la madre del niño

(1) Gal., IV, 1 y sig.
(2) Luc., XII, 57.
(3) Sit senectus vestra puerilis et pueritia senilis. August., *In ps.* 112, *en.* 2.
(4) I Cor., II, 15; X, 15; XI, 13.
(5) Ephes., IV, 13, 2. Tim., III, 17. Col., I, 28.
(6) I Thess., II, 7.

que lleva en su seno; [1] se regocijaba con los que estaban alegres, lloraba con los que estaban afligidos, [2] se hacía en todo el servidor de todos para ganarlos todos á Jesucristo! [3] ¡Nada de partidos, todos unidos entre sí! Tal es la divisa del Cristianismo. La gravedad del anciano, el valor del hombre maduro, la abnegación de la madre, el entusiasmo del joven, la delicadeza de la virgen, la franqueza del niño, todo esto, reunido en una sola unidad natural, he aquí lo que hace al hombre según el corazón de Dios, he aquí lo que hace, no un anciano, un hombre, una mujer, un niño, pero sí un hombre completo y un verdadero cristiano.

10. El *Gemüth* es el límite supremo de los deberes del cristiano.—El que quiera merecer el nombre de cristiano en toda la extensión de la palabra, tiene que realizar una gran empresa. Á menudo es preciso considerar esto con toda la gravedad que le conviene, á fin de comprender bien el lugar y la eficacia del Cristianismo en el mundo. El funesto error de gran número consiste en que conciben la vida cristiana como una escuela filosófica. Quieren ser cristianos, y aun se jactan de poder decir que son buenos cristianos. Pero con todo el afecto que profesan al espíritu de la religión, creen poder distinguir siempre entre sus doctrinas y los preceptos que ella establece para la vida. Creen que se puede estimar perfectamente la fe y tener un gran respeto hacia ella, aun cuando no hagan todo lo que pide. Mucho se engañan estos tales. El Cristianismo es tan indivisible como cualquier ser viviente. Es acción y vida, pero no una demostración filosófica que hace solamente sobresalir el lado particular de una verdad, y no dirige el llamamiento, sino á una fuerza particular del hombre. Cualquiera puede adquirir el renombre de filósofo, aun cuando no haya pensado jamás en practicar lo que enseña, y aun cuando niegue con la

(1) Philem., XII, 20. II Cor., VI, 12; XI, 29.
(2) Rom., XII, 15.
(3) I Cor., IX, 19, 22.

voluntad lo que cree con la inteligencia. Por el contrario, aquel que cree poder dispensarse de vivir de conformidad con la fe por medio de simples especulaciones sobre esta virtud, por medio de piadosos discursos sobre Dios, sobre la religión, sobre la caridad, y por algunas buenas resoluciones, está aún muy lejos de haber comprendido el espíritu del Cristianismo. Un cristiano debe poseer todo lo que pertenece al hombre, y, además, el espíritu, la voluntad, la acción, el carácter, el «Gemüth», la gracia, la fe y la caridad; y todo esto debe estar reunido en un conjunto armonioso.

Para ser un verdadero griego, un romano de pura sangre, podía bastar que cualquiera se impusiese al mundo por medio de su elocuencia, su habilidad artística, su perspicacidad filosófica, sus talentos militares, ó por la rigidez de un carácter cínico ó estoico, suponiendo que esto pudiera llamarse carácter. La manifestación excesiva de tales cualidades aisladas produciría un efecto muy chocante entre cristianos. Pero esto es un gran testimonio en favor de nuestra fe. Un hombre en el cual no aparezca sino la inteligencia, un hombre en el cual parece vivir solamente una voluntad inflexible, un hombre que no quiere vivir sino para sí como carácter, no es más que una mitad de hombre según nuestras ideas cristianas, aun cuando los que disponen sus pensamientos según las ideas antiguas ó humanistas le feliciten como el ideal de un gran hombre. Desde que no hay ya *filosofema* humano exclusivo, sino que la religión divina revelada ha llegado á ser la base de nuestras concepciones, reclamamos alguna cosa completa por parte del hombre. Ahora bien, este todo no es difinitivamente completo, sino con lo que llamamos «Gemüth». Esperamos, es verdad, que el hombre interno, la inteligencia, la fuerza de voluntad, y particularmente el carácter, es decir, la unión de todas las potencias internas del espíritu y de la voluntad formando un todo completo, constituya el núcleo propiamente dicho del cristiano; pero lo que debe dar á ese todo el esplendor y santi-

dad, es el «Gemüth,» que es, por decirlo así, la piedra de toque de todo nuestro contenido interno.

De aquí que nuestro Maestro diga que, en el último día, basará su juicio sobre nuestro valor, examinando si hemos tenido corazón para las miserias del prójimo, y si hemos probado nuestra compasión por medio de actos, allí donde podíamos. No que el juicio entero se limite á esta sola cuestión, pues seremos también interrogados, y en primer lugar, sobre la fe, sobre la obediencia á sus mandamientos, sobre nuestra adhesión á su Iglesia, y sobre la conducta que hemos observado bajo la dirección de la misma. Pero la última cuestión que decidirá de todo será la de saber si esas convicciones interiores han penetrado igualmente nuestra vida exterior, y si lo que hemos hecho ha sido ejecutado de tal manera, que parezca ser el desbordamiento natural de nuestro interior y como una justificación efectiva de nuestra fe ante todos los que nos veían.

11. El ejercicio de la caridad efectiva para con el prójimo como deber del *Gemüth* en el Cristianismo.— Ahora bien, precisamente á causa de esto, podemos decir con seguridad que el Cristianismo no es un incentivo para ciertos aficionados á las singularidades, ó un campo cerrado reservado á algunos individuos dotados de relevantes cualidades, sino una religión para todos. Todos están obligados á someterse á él; todos encuentran en él alimento y ocupación intelectuales; todos pueden, si lealmente lo quieren, convencerse de que en él está la verdad, por diversas que sean sus inclinaciones y disposiciones naturales. El hombre de pensamiento y de especulación no encontrará ninguna filosofía que tanto le engrandezca; el psicólogo, en ninguna parte encontrará una sabiduría de la vida que le penetre más profundamente. El que aprecia la energía de la voluntad y el carácter, puede preguntar al mundo entero si encuentra una institución de vida que exija más valor, más inflexibilidad y solidez; y si alguno hace poco caso de esto, y no busca la señal característica de la verdadera y útil religión, sino en la vida activa, en la conducta

externa, con mucha mayor razón está obligado á atenerse á la fe cristiana. En verdad que no debemos temer el referirnos á la vida práctica; al contrario, podemos hacerlo con toda seguridad. Sin caridad efectiva para con el prójimo, sin actividad social viviente, fructuosa, Cristo, según sus propias palabras, no nos conoce y no podemos ser cristianos. (1)

Pero que todos se penetren bien de nuestro pensamiento. No nos referimos aquí casi exclusivamente al hecho de que el Cristianismo, y todo aquel que lleva en sí el verdadero espíritu cristiano, han llamado la atención del mundo, desde su origen hasta la hora presente, sobre la verdad y sobre la vida por medio de obras vivas de caridad. Este es también un testimonio en favor de nuestra fe, y quizá el solo hecho que nadie hasta el presente ha osado poner en duda, desde Juliano el Apóstata hasta nuestros días. Pero debemos examinar aquí otro aspecto de la cuestión. Podría ser un efecto de la casualidad el que el Cristianismo haya sobrepujado de hecho, en este terreno, á todas las demás instituciones de vida. Se trata, pues, de saber si nuestra religión, en armonía con su más íntima naturaleza, posee la fuerza y el poder suficientes para producir dicho resultado. Pues claro es que, si quiere ser la primera, la sola verdadera religión, está obligada á hacer todo lo posible, bajo este aspecto, y dejaría de parecer lo que quiere y debe ser, el día que dejase de cumplir esta obligación.

Bueno es insistir sobre esta obligación de la vida del «Gemüth», aun más que sobre el hecho honroso de que jamás hombre alguno nos haya disputado la preeminencia en este punto. Á nuestros días estaba reservado atacar esta cuestión como todas las que son innegables. No queremos decir que alguien se haya atrevido á negar que los cristianos y las épocas cristianas, en todo tiempo y lugar, hayan superado á sus rivales en este terreno, sino únicamente que se ha pretendido que se debe á una coincidencia puramente externa el que los cristianos y las épocas del

(1) Joan., XIII, 35. I Joan., III, 23; IV, 8, 20.

sentimiento cristiano más ardiente, se hayan distinguido sobre todo por la dulzura, que esto nada tiene que ver con la fe cristiana, y que, en la mayoría de los casos, otros motivos, y no los religiosos, es preciso buscar como base de la caridad cristiana. (1) En este caso, permítasenos preguntar qué es lo que esos críticos severos entienden por Cristianismo, y dónde han aprendido á conocer la doctrina y la vida cristianas. ¿Quién querría reconocer en nosotros al cristiano, si cerrásemos nuestro corazón á los pobres, (2) y si hiciésemos arrojar por la policía á los mendigos de las puertas de los templos, de este puesto de honor que ocupan desde tan largo tiempo? (3) Que un pequeño monasterio, que la habitación de un sacerdote estén tan alejados como se quiera; los pobres que llegan por primera vez al país, y los ricos que también tienen necesidad de la limosna del consuelo y de la oración, los descubrirán, aun cuando hasta entonces no los conozcan. ¿No es esto un testimonio en favor de nuestra religión? ¿Para alejar á los pobres y á los necesitados, ¿se necesita algo más que esta corta noticia: Se ha operado un cambio en la fe en este convento, en ese sacerdote? ¿Acaso cree el mundo que aumentaría la caridad, si disminuyese esta religión, cuya enseñanza es: La religión pura y sin tacha delante de Dios consiste en cuidar de los huérfanos y de las viudas, y en preservarse uno puro de las inmundicias de este mundo? (4)

Ya se ha hecho la prueba. Han suprimido los conventos é impedido las fundaciones piadosas. ¿Qué ha ocurrido con los pobres desde que la policía reemplaza al sacerdote? ¡Ah! ¡los pobres no escriben periódicos ni memorias! Mas hay una cosa que saben sin particular estudio, y es que encontrarán que comer mientras haya en el mundo un Cristianismo viviente; pero ¡qué tristes días amanecerán para ellos cuando se ataquen la libertad y las creaciones

(1) Lecky, *Sittengesch. Europa's.* von Jolowicz, II, 57.
(2) Joan., III, 17. Jac., II, 15, 17.
(3) Act. Ap., III, 2. Chrysost., *In 1 Thessal. hom.*, 11, 4. *De verbis Apost habentes*, 3, 11. (Chrysost.), *De negat. Petri*, 3. Gregor. Mag., *In Evang. hom* 15, 5. *Dialog.*, 4, 14.—(4) Jac., I, 27.

de esta Iglesia, que tiene por principio, que los pobres y los afligidos son el altar en que han de depositarse los dones que se quieren ofrecer á Dios en sacrificio de agradable aroma! (1)

Es, pues, innegable que la religión entra por mucho en la determinación de la justa manera de practicar la caridad; y tanto, que sólo ella enseña el gran arte de practicarla. No negamos que se haga mucho bien fuera de las esferas cristianas. El mundo antiguo ejerció la beneficencia, y algunas veces en alto grado, así como el Islám lo practica aun en el día de hoy; esto es incontestable. Y si en una acción, el aspecto externo es el que debe decidir, no hay duda de que nosotros los católicos no podemos dar mucho en comparación de las grandes sumas que ordinariamente son distribuídas en otras partes; pero la cosa cambia de aspecto si consideramos la manera como estas sumas son repartidas y el espíritu de que provienen. Si consideramos la forma con que la antigüedad ejercitó el reparto de la limosna, es cierto que siempre y en todas partes era ejercida en la forma que más rebajaba y desmoralizaba á los más pobres, que era la más gravosa para los propietarios, que extinguía más seguramente la caridad y el sentimiento de amor al hombre, es decir, en la forma de socorros organizados de un modo oficial por el Estado, con el fin de subvenir á las necesidades de los pobres inscritos en los registros públicos.

En aquel tiempo, el mundo no sabía lo que era la beneficencia voluntaria, practicada personalmente, ni los testimonios de caridad que brotan del corazón y producen en el mismo un efecto ennoblecedor, á no ser que llamen voluntario lo poco que se da para apartar de sí considerables inconvenientes y serios peligros. Así sucede por todas partes en el mundo. Allí donde el Cristianismo no reina, el cuidado de los pobres, suponiendo que se imite de él por motivo de envidia, es asunto político de una necesidad enfadosa, pero no humanidad y mucho menos religión. Só-

(1) Chrysost., *In 2 Cor. hom.*, 20, 3.

lo el Cristianismo ha hecho del auxilio de los pobres un medio de favorecer á la humanidad, elevándola á la categoría de religión, y de ésta un medio de desarrollar el «Gemüth»; y solamente de esta manera es como el cuidado de los pobres ha llegado á ser un beneficio. Podrá suceder que no podamos gastar la mitad de las sumas que un Graco, un César, un Augusto distribuían al pueblo ocioso de Roma, á fin de poder celebrar en paz las carreras de caballos y los juegos sangrientos de los gladiadores. Sin embargo, manos cristianas dan infinitamente más al pobre. Lo que el hombre oficial encargado de distribuir la limosna da, no es mucho en sí, sin contar que da una moneda muerta, que mata la caridad y la gratitud; todo corazón cristiano da más, porque tiene siempre algo que dar, aun cuando sus bolsillos estén vacíos, y en todo caso, da algo que vale más que el oro y la plata. Una palabra de amistad, un corazón ardiente, hacen más bien al pobre que cualquiera limosna material. Un servicio personal hecho á un enfermo, por pequeño que sea, y aun cuando no le cure, es para él de un valor inmenso. El más pequeño socorro hecho voluntaria y amigablemente, por el amor de Dios, y también por motivos religiosos, ofrece al pobre, con el don muerto, un corazón compasivo, y, con esto, lo que sólo le puede consolar y engrandecer en realidad. Lo que más oprime en la pobreza involuntaria, es la poca estimación, por no decir el desprecio, que la acompaña. Es duro ser pobre; pero verse tratado como un ser indigno por el prójimo, únicamente porque éste posea algunas pocas pesetas más, ved aquí lo que descorazona.

Si á más de esto, se llega á dar la limosna al pobre de una manera que le avergüence y arrebate su dignidad, es irritante para el que todavía conserva un resto de sentimiento de honor, y el pobre no carece de él. Mas el arte de dar, con el socorro material, consuelo, fuerza, honor y energía á un desgraciado; el secreto de inspirar al que sucumbe, con una pequeña moneda, una fuerza sobrenatural que le haga superior á sí mismo y le eleve hasta Dios, sólo es propio de la caridad cristiana, pues sólo ella posee tales cualidades; pero entiéndase bien, no toda beneficencia proviniente de cualquier cristiano y de cualquier asociación cristiana, sino sólo esa caridad que procede de un corazón cristiano, verdaderamente religioso.

El Cristianismo, pues, al hacer de la limosna una obligación religiosa, al elevar así una acción ordinaria á la categoría de una acción del «Gemüth,» no ha hecho sino transformarla en virtud y en medio de purificación moral, tanto para el que da la limosna como para el que la recibe.

¡Ojalá pueda el mundo, para su propia salvación, prescindir de esos prejuicios, y aprender precisamente de esta religión, á la cual dirige el reproche de no ser sino vana exterioridad, que todo lo que lleva en sí exteriormente la apariencia del bien y de la beneficencia no llegá á ser moralmente bueno y útil, sino por el espíritu de la caridad y de la religión, que ninguna otra filosofía ó religión, excepto el Cristianismo, ha osado establecer como ley.

12. Serenidad del *Gemüth* cristiano.—Quizá entonces no le fuera difícil al mundo deshacerse de otro prejuicio referente á otra cuestión que está estrechamente ligada al «Gemüth» cristiano, y llegar á comprender, en su propio provecho, una verdad, que, por lo menos hasta ahora, parece que ignora por completo.

En todo tiempo, el mundo ha estado acorde en decir, sin previo examen, que la vida del cristiano es una vida triste y aburrida. Ya los primeros cristianos soportaron este reproche, dirigido por los que no conocían su conducta más que por lo que habían oído decir. (1) Inútil probar que esto es enteramente falso. Todos los que conocen por experiencia propia á esos hombres en los cuales reina un cristianismo viviente, saben que en ninguna parte se encuentra tan cordial acogida, una hombría de bien tan franca y una serenidad tan inocente, como en ellos, desde el momento en que pueden encontrarse en relación exenta de violencia con espíritus verdaderamente cristianos.

(1) Minucius Felix, *Octav.*, 2.

Los más declarados adversarios confiesan por sí mismos este hecho. Tan cierto es esto, que esa piedad rígida y artificial, que es la verdadera señal característica de una falsa religión, [1] no encuentra boca suficiente para lamentarse de ello. En las esferas protestantes, casi ha pasado al estado de moda el censurar la ligereza de los pueblos católicos, [2] el gemir por la supuesta anomalía que existió en la Edad Media, cuando, en las guerras santas, en presencia de los paganos, se oraba y se ayunaba por la mañana, y, por la tarde, todo el mundo se divertía con fábulas, cantos y músicas. [3] No podemos responder otra cosa, á semejante interpretación de los hechos, que evidentemente proviene de falta de caridad cristiana, sino que, para nosotros, esos censores parece que no han aprendido á conocer el Cristianismo por su aspecto bueno, es decir, parece que no lo han practicado jamás seriamente; de otro modo, comprenderían mejor, sin duda alguna, de dónde proviene esa vida alegre, esa jovialidad infantil con la naturaleza, en una palabra, ese «Gemüth» franco, abierto, que distingue toda esfera verdaderamente cristiana y todo período de historia en la cual la fe ejerce su poder.

Otros han buscado á esto una explicación diferente, la cual es más equitativa, verdad es, pero que, sin embargo, difícilmente se comprende. Han atribuído este fenómeno á la influencia que el espíritu germánico ha ejercido sobre el desarrollo intelectual cristiano. Cierto es que semejante disposición de espíritu no nos impresiona tanto como en la Edad Media. Pero el que quisiese atribuir esto, ya al espíritu germánico, ya al espíritu de cualquier otro pueblo particular, se equivocaría notablemente. Mientras que los pueblos han vivido penetrados de un mismo sentimiento cristiano, se parecían, así en profundidad y en inferioridad, como en la alegría del «Gemüth».

No tenemos necesidad de encomiar el magnífico rayo

(1) Ambros., *Off.*, 3, 9, 58.
(2) Hertzog, *Real Encyclop. für protest. Theol. u. Kirche*, (1) VI, 542.
(3) Kuonrât, *Rolandslied*, 634 y sig., 650 y sig., 664 y sig.

de sol reconfortante que brilla en la mayor parte de nuestra literatura de la Edad Media. Si leemos, por ejemplo, en Wolfram, la historia del niño *Parzival* y de la pequeña *Obilot;* si leémos la *Infancia de Jesús* de Conrado de Fussesbrunn, ó la vida del bienaventurado *Enrique Susón* y la de la amable *Santa Isabel*, nos sentimos de nuevo transportados á los días de nuestra romántica juventud, cuando los pájaros conversaban con nosotros y encontrábamos placer en vivir. Una sola cosa impide que nuestro placer sea perfecto, á saber, el sentimiento de vernos tan alejados de esa profundidad de alma, de esa cordialidad tan pacífica, de esa ingenuidad y alegría infantil.

Ese mismo rasgo de «Gemüth» penetra también, en la Edad Media, toda otra literatura cristiana no germánica. ¿Quién no sentirá la misma impresión al leer las *Florecitas* de San Francisco de Asís, las *Anécdotas* de los primeros hermanos de Santo Domingo por el francés Gerardo de Frachet, la *Historia de San Luís* por Joinville, las predicaciones y obras ascéticas de sus compatriotas Humbertus a Romanis y Peraldus, las inimitables vidas de santos y las crónicas que la Edad Media posee en tan gran número?

En aquel tiempo, las nieblas del clima inglés, al que hoy quieren atribuir todos los aspectos defectuosos del carácter de ese pueblo insular, no eran un obstáculo á esa alegría que ha llegado á ser proverbial, que ha valido á dicho país el sobrenombre de *alegre (merry England)*, aun después que la Reforma y el Puritanismo le han convertido, desde hace mucho tiempo, en el país del esplín. [1] Es cosa deliciosa una relación hecha en una hermosa sociedad; es un placer cantar en la iglesia; tal es el resumen de lo que el inglés de la Edad Media se representaba como la cosa más satisfactoria. [2] La sola cuestión de inquirir la causa de la diferencia que hay entre ayer y hoy, daría materia á graves reflexiones.

(1) Hohoff, *Revolut.*, 259.
(2) Weismam, *Alexanderlied*, II, 478.

También en aquel tiempo, y aun mucho después, hasta nuestros días—como dice un hombre que conoce la materia á fondo, y no puede ser sospechoso de parcialidad—reinaba en España, según lo vemos en todas las antiguas descripciones de viajes, y según lo testifican todos los escritores españoles, desde el primero hasta el último, y á pesar de todos los supuestos terrores de la Inquisición, una satisfacción en vivir, tan alegre, tan franca, que apenas se comprende cómo han podido describir este país como la morada de la más sombría gravedad. [1]

Y como los españoles, eran los provenzales y los italianos, de los cuales se ha dicho que fueron, con los austriacos, el pueblo de la Edad Media más alegre en las fiestas. [2]

Aun el carácter tan rebelde á toda formación del egipcio, ha experimentado, como lo vemos en las vidas de los Hermitaños del desierto, por la aceptación del espíritu cristiano, la más saludable transformación, de tal manera, que el dominio de sí mismos y cierta moderación, hasta entonces desconocidos, así como una disposición de espíritu más alegre y verdaderamente atractiva, reemplazaron en aquel pueblo la melancolía innata en el mismo y su tradicional aspecto defectuoso: la sensualidad inaudita.

En una palabra, encontramos en todas partes confirmado el hecho de que la verdadera gravedad, medida en el servicio de Dios, recompensa siempre al hombre, dándole un corazón alegre y el don de disponer su vida de manera que pueda pasarla en constante tranquilidad. Esto es lo que San Crisóstomo ha observado en los fenicios y sirios, tan inclinados á la melancolía, [3] y lo que los Jesuítas cuentan de los terribles indios del Paraguay. [4] Y aun en el día de hoy, según afirma uno que conoce perfecta-

(1) Schak, *Gesch. der dramat. Lit. und Kunst in Span.*, (1) II, 37.
(2) Raumer, *Gesch. der Hohenstaufen*, (3) VI, 548. Cf. Hurter, Innocent. III, IV, p. 559 y sig.
(3) Chrysost., *Ad popul. Antiochen*, 18, 2.
(4) Charlevoix, *Paraguay*, 1, 51.

mente la condición humana, todos los viajeros de todas las confesiones dicen que, entre los chinos que han abrazado el Cristianismo, la expresión de la fisonomía ha cambiado por completo. Mientras que los chinos paganos manifiestan de la manera más desagradable el escepticismo, la ironía y una indiferencia desagradable, todos los que visitan una iglesia católica en China quedan agradablemente sorprendidos de la confianza, el respeto y la alegría que brilla en la fisonomía de los chinos cristianos. [1]

He aquí los hechos. Su explicación no puede ofrecer dificultad para el que no ha llegado á ser completamente extraño á la vida interna del alma. Jamás hombre alguno ha encontrado contento y alegría fuera de sí mismo. [2] Es preciso buscarlos en nosotros. Así como el motivo del descontento se encuentra en el propio corazón que no está en orden, [3] del mismo modo un sentimiento de alegría debe en todas partes apoderarse de las personas cuyo interior está en orden. [4]

Por consiguiente, en esta reflexiva y dulce alegría sólo podemos ver que un corazón cristiano no se desespera jamás, aun en los días de su mayor aflicción, antes al contrario, es una nueva prueba de que allí donde el espíritu cristiano ha llegado á dominar por completo, allí hay que buscar también la humanidad completa, sana y satisfecha. Que al lado de esto, la práctica de una caridad activa, que es inseparable del Cristianismo viviente, suscita siempre, como recompensa directa, un corazón alegre y sereno, es una cosa demasiado natural para que nos detengamos en demostrarla.

Sobre esta cuestión, no podemos añadir nada mejor que lo que uno de los poetas más excelentes de la Edad Media decía á su hijo, al recomendarle que llevase una vida verdaderamente cristiana: «Hijo mío, si quieres que haya

(1) Hubner. *Voyage autour du monde*, II, 242.
(2) Augustin., *In ps.* 4, *en.* 8. Chrysost., *In ps.*, 4, n. 10. *In Rom.*, *hom.* 1, 18. *Ad popul. Antioch.*, 18, 1.
(3) Augustin., *Confess.*, 1, 12, 19.
(4) Augustin., *In psalm.* 42, en. 5.

orden en tu casa, tres cosas necesitas: disciplina, dulzura y bondad. Con ello, todo marchará bien. Y si entonces uno está contento hasta el punto de mostrarse afable con todos, no habrá nadie que no acepte de él cualquier cosa, y juntos reirán.» [1]

13. **Los Santos como representantes de la vida del** *Gemüth*.—Si lo que acabamos de decir se aplica á la vida cristiana en general, podemos suponer que también se encontrará en grado eminente en la vida de los Santos cristianos, en los cuales debemos siempre hacer la prueba. [2] Esta palabra, no lo disimulamos, es á propósito para producir cierta extrañeza, y esto no solamente entre los que sostienen el prejuicio de que una vida cristiana y una vida triste son una misma y sola cosa, como si la santidad y la humanidad fuesen como el fuego y el agua el uno en relación con la otra, sino también entre los que un poco de experiencia les ha procurado ideas más exactas. No se puede uno imaginar un fraile de otros tiempos, sino con la cabeza inclinada hacia adelante, la mirada dura y sombría, las maneras bruscas, incapaz de todo entusiasmo por la belleza, inaccesible á todo sentimiento de ternura. Con mucha más razón, ¿cómo representarse un santo, sino como un hombre completamente extraño á todas las cosas de la tierra, muerto á todo lo que hace mal ó bien á los cristianos ordinarios, desde largo tiempo desacostumbrado á todos los sentimientos que hacen desbordar el corazón de los otros de esperanza, de tentaciones y de alegría? ¡Pobres insensatos! ¡Bien se ve que todavía no han visto santos! Si el mundo se forma sus ideas sobre la santidad según los santos del puritanismo y del jansenismo, según los iluminados y regenerados cuáqueros y metodistas, según los resucitados de los hermanos moravos y del pietismo, en este caso no nos extrañaremos de que no crea en un santo que á una legua de distancia no ofenda ya á la vista con su catadura agridulce, y con sus maneras

(1) *Der Winsbeke*, 49, 1 y sig.
(2) Digby, *Mores catholici or Ages of Faith*, 4, 2; I, 428.

repulsivas, si espera de todo personaje de esta especie que busque, con rigorismo cruel y con ataques violentos contra los pensamientos y las acciones del prójimo, una indemnización á los tormentos que se ha impuesto, y si piensa que basta echar una mirada sobre él para convencerse de que vive dentro de una camisa de fuerza, donde no puede moverse, sino artificialmente y con estremecimientos. Al hablar así, no pretendemos juzgar á los que están fuera de nuestras esferas; á sólo Dios pertenece juzgarlos; [1] pero, en verdad, debemos negarnos á poner esos santos al lado de los nuestros, por lo que decimos á la faz del mundo entero, y Dios sabe si decimos la verdad: «Nuestros Santos son de otra especie.»

La señal característica de todos los que han llegado al perfecto amor de Dios, dice Santo Tomás de Aquino, [2] es una alegría excepcional é inquebrantable, una seguridad tan sorprendente, tan duradera, tan natural, tan infantil, que los hijos de este mundo, que, llenos de preocupaciones, caen bajo la influencia de esas almas, se sienten como escandalizados. Excesivos en su alegría, no atemperada por el contrapeso de una profundidad interior, excesivos en su abatimiento, que, al primer choque del dolor exterior, derriba al alma que no ha encontrado su equilibrio en ella misma y en el verdadero centro de la vida, en Dios, los hombres del mundo dependen de la impresión momentánea de la exterioridad y se dejan inclinar como espigas, á derecha é izquierda, al menor soplo. Apenas sospechan que puede estar uno alegre en la gravedad y sereno en el dolor. Pero los que se han cimentado en Dios, y, por el mismo hecho, en sí mismos, experimentan serenidad y alegría, aun en medio de las persecuciones y sufrimientos. [3] En ellos se realizan las palabras: «Una alegría constante reina en su fisonomía.» [4] Quien

(1) I Cor., V, 12, 13.
(2) Thomas, 2, 2, q. 28.
(3) II Cor., VII. 4. Act. Ap., V, 41.
(4) Is., XXXV, 10.

los ve, reconoce, aun en su exterior, que no dependen del mundo que los rodea, sino de la profundidad de su «Gemüth», de un Gemüth», en cuya profundidad no se levanta fácilmente una tempestad, desde que han edificado su vida sobre una base tan inaccesible á los elementos, sobre Dios. [1] De Dios nada tienen que temer; sus asuntos propios están en orden; ¿por qué, pues, no estar alegres? [2] No temiendo desde largo tiempo más que una sola cosa, disgustar á Dios, y no teniendo sino un solo pensamiento, agradar á Dios, comprenden, sin larga reflexión, lo que Dios exige de nosotros con cada prueba y cada sacrificio: un dador alegre [3] y un servidor solícito. [4]

Si alguna vez el reino de Dios, con toda su plenitud, con esa abundancia de dones que aparecen como contradicciones inconciliables [5] al mundo de estrechas miras, ha llegado á ser una verdad, es ciertamente entre ellos. Ahora bien, el reino de Dios no es solamente penitencia, [6] sino que, precisamente porque exige penitencia y gravedad, —el que pueda comprender, que comprenda—es igualmente justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo. [7]

Podrá suceder que el mundo encuentre esto incomprensible é inconciliable; pero ello no impide que sea en realidad tal como lo decimos. La nota característica de la mayoría de los Santos es la alegría. [8] Entre algunos de ellos se manifiesta ésta de una manera particular. No hay nada de extraño en ello; cada uno posee sus dones particulares y su estilo propio; y así como cada noble facultad ha tenido sus héroes entre los Santos, del mismo modo los tiene el «Gemüth». Un héroe incomparable del «Gemüth»

(1) Antiochus, *Pandectes scriptur. hom.*, 118.
(2) Chrysostom., *In Matth. hom.*, 53 (54), 4. Bernard., *In Cant.*, 37, 3. Peraldus, *Summa virtut.*, 1, 1, 7, 10. Venet., 1571. I, 26 y sig. Ludov. Granat., *Dux peccat.*, II, c. 16-29.
(3) II Cor., IX, 7. Eccli., XXXV, 11.
(4) Psal., XCIX, 2.
(5) Danzas, *Etudes sur l'ordre de Saint Dominique*, I, 250 y sig.
(6) Matth., III, 2; IV, 17.
(7) Rom., XIV, 17.
(8) Lombez, *De la joie de l'âme chrétienne*, ch. 5.

fué nuestro Enrique Susón, quien, en lo tocante á plenitud y delicadeza de corazón, sólo tuvo por rival al seráfico Francisco de Asís. ¿Quién no se enternece viendo á ese Santo alemán, á la vez niño y caballero bajo el sayal, quejarse de Dios, con lenguaje lleno de amor, de haber sido seguido en todas partes de un corazón tierno, desde su nacimiento, de no haber visto jamás un hombre en la aflicción y en la pena sin experimentar una sincera compasión por él, de no haber podido jamás oir hablar de cosas que podían lastimar á alguien, y de hacer cuantos esfuerzos le eran posibles para contribuir en todo y en todas partes al honor del prójimo? «Me llamaban el padre de los pobres;—escribe de sí mismo—era el amigo particular de todos los amigos de Dios; todos los que venían á mí tristes y afligidos, encontraban consejos, y así podían volverse alegres y consolados. Por grande que fuese el dolor que algún hombre me causase, desaparecía prontamente si veía en él una sonrisa afable; todo lo borraba el nombre de Dios. Señor, no hablo de la humanidad, pero las necesidades y la tristeza de todos los animalitos, de todos los pajaritos y de todas las criaturitas de Dios, conmovían mi corazón desde que las veía y las oía; y si no podía socorrerlas, gemía y rogaba al Señor, dulce y caritativo, que lo hiciese por sí mismo. Todo lo que vive sobre la tierra ha encontrado gracia y dulzura en mí.» [1]

Pero aun cuando estas cualidades sólo se manifestaban de una manera particular en algunos Santos, son muy pocos los que no poseían algo de ellas. Y aun parece que se encontraban en grado extraordinario, precisamente entre los que el mundo las hubiera buscado menos. Si un joven santo, como el bienaventurado Berchmans, estaba poseído de una alegría tan excepcional que le llamaban el *Santo siempre alegre*, puede decirse, sin embargo, que es natural en un joven que para nada se cuida del mundo, que, en la inocencia de su corazón, ignora los remordimientos de la conciencia, y ve ante sí un porvenir risueño de es-

(1) *Heinrich Seuse, Exemplar* 31 (Denifle I, 121 y sig.).

peranzas juveniles. Mas esta explicación no tiene ciertamente ningún valor en Antonio, el padre de los ermitaños, que fué el primero que concibió el pensamiento sublime de arrojar los demonios y las bestias salvajes de los desiertos, para reemplazarlos por colonias de soldados de Dios. De él se dice precisamente que, cuando estaba entre sus hermanos, y de improviso llegaban extranjeros que no le conocían, le descubrían inmediatamente entre todos los otros, pues la serenidad luminosa que brillaba en su rastro era tan visible, que no podían equivocarse. [1]

El abad Apolo [2] no consentía en manera alguna que ninguno de sus discípulos manifestase melancolía. «Los paganos y los servidores del mundo bien pueden estar tristes,—les decía,—pues razón tienen para ello. Más los justos que conocen á Dios y saben lo que de Él pueden esperar, deben ser fieles á la exhortación del Apóstol y estar siempre alegres. [3] Santa Teresa, que siempre estaba muy alegre, [4] tenía costumbre de hablar del mismo modo. [5]

En el gran San Martín, en quien parecía revivir la fe y el don de milagros de Elíseo, la unión constante que tenía con su Dios no era un obstáculo que le impidiese aprovechar la ocasión exterior más insignificante para gastar una broma, pero una broma distinguida, alegre y edificante. [6] Santo Domingo conservaba tanta serenidad en medio de sus trabajos apostólicos, que todos creían ver brillar en su frente una aureola celestial. Consagraba el día á la alegría, y reservaba para la noche las lágrimas y las flagelaciones, por medio de las cuales lograba que el Señor mirase con piedad la miseria del mundo. [7] San Ro-

(1) Athanasius, *Vita Antonii Magni*, 16, 89 (Boll. Jan., I, 499).
(2) Palladius, *Histor. Lausiac.*, 52. Sozom., H. e. 6, 29. En Rufino (*Vitæ P. P.*, 2, 7) se llama Apolonio.
(3) Thessal., V, 16. Phil., IV, 4.
(4) Ribera, *Vita S. Theres.*, 4, 1, 6, 7 (Bolland. Oct., VII, 652).
(5) Ribera, *Vita S. Theres.*, 4, 12, 221, 225 (Bolland. Oct., VII, 700 y s.).
(6) Severus Sulpic., *Dialog.*, 2, 10.
(7) (Jordan. Saxon.) *Vita S. Domici*, 4, 75 y sig. (Bolland. August., I, 556). Humbert. a Romanis, *Vita S. Domin.*, n. 52. Mamachi, *Annal. ord. Prædic.*, I, 669, 678. *Append.* 294 y sig. Lacordaire, *Vie de S. Dominique*, c. 17, París, 1860 (6), 413 y sig.

mualdo, el fundador de la Orden tan severa de los Camaldulenses, y del cual los ciento veinte años que vivió son una prueba suficiente para demostrar que una vida mortificada y un alma libre de pasiones son un bien, aun para la salud del cuerpo, manifestaba en su ancianidad una alegría tan infantil y tan pura, que nadie, aun cuando tuviese el corazón lleno de amargura, podía verle sin sentirse él mismo dispuesto á la alegría. [1]

Lo mismo se dice de Santo Tomás de Aquino, ese profundo pensador, ese gran sabio, [2] lo mismo que de San Ignacio, [3] cuya gravedad apenas podría dar lugar á creer la realidad del hecho. San Pacomio conservó hasta los últimos momentos de su vida, tan rica en mortificaciones, el rostro resplandeciente y el aire fresco y alegre que le había caracterizado toda su vida. [4]

Y aun leemos de un ermitaño del desierto de Escitia que cuando sus hermanos le creían ya muerto, abrió los ojos y se echó á reir con toda su boca tres veces seguidas, satisfecho de haber vivido y de morir contento según la voluntad de Dios. [5] Encontramos igualmente escrito de una religiosa desconocida que, en el momento de morir, dijo á las compañeras que la rodeaban. «Y bien, hermanas mías, reid, reid tanto como podáis.»—«¿Y por qué hemos de reir?—respondieron éstas.—Ninguna gana tenemos de hacerlo.»—«Pues yo sí tengo;—añadió la moribunda,—y si me amáis, es preciso que me ayudéis á reir, pues, sola, no me es posible dar libre curso al júbilo de que mi corazón se halla inundado.» [6]

14. Deterioro de los espíritus por el mundo.—Es, pues, verdad, y tomada al vivo, lo que leemos escrito de la vida: Los adolescentes languidecen, se arrastran y caen marchitos cuando llegan á la juventud;

(1) Petr. Damian., *Vita S. Romualdi*, 53, 67.
(2) Guil. de Thoco, *Vita S. Thomæ*, 6, 37.
(3) Bartoli, *S. Ignazio*, 4, 26 (Firenze, 1831, II, 280).
(4) *Vita S. Pachomii* (*Vitæ P. P.*, I), c. 53.
(5) *Vitæ Patrum*, 3, 159; 5, 11, 52.
(6) V. numerosos ejemplos en Thom. Cantinipirat. Ap., 2, 50, 8 y sig.

«Encanecen en la infancia; casi toda alegría viene á ser para ellos un sufrimiento.» [1]

Mas los que han puesto su confianza en el Señor, renuevan su energía vital, y, como el fénix, se revisten de un nuevo adorno; marchan con paso rápido sin cansarse; avanzan é ignoran lo que es el enervamiento. [2] Hay verdaderamente una diferencia enorme entre el servicio de Dios y una vida consagrada al mundo y ajustada á sus principios.

Sin duda, las plantas crecen más precoces y vigorosas en un terreno pantanoso que en otro arenoso. Mientras que éste gime todavía bajo el esfuerzo de la azada y del arado, á su lado hay ya un rico tapiz de flores, que yerguen orgullosamente su cabeza, como para burlarse de la tierra fértil, tan perezosa y tardía. Pero ¡cuán pronto cambia la situación! Una ligera helada, una mañana de sol ardiente, basta para que este esplendor, demasiado precoz, y estas plantas pantanosas, llenas de agua, se marchiten. Y cuando el labrador va á buscar, para llevarlos á su casa, los dorados frutos, resultado de tantas penas y cuidados, sus ojos ven entonces, allí donde en la primavera había contemplado tras de su arado un esplendor tan lleno de esperanza, una muerte prematura y un árido desierto.

Así es como, muy á menudo también, esa cultura del mundo está encaminada á producir flores precoces, pero flores que se marchitan prontamente cuando menos se espera.

Pero hay algo que, más que cualquiera otra cosa,—pues en el hombre y en la humanidad nada queda al abrigo de un daño cualquiera,—sufre las consecuencias de ello, por el mayor perjuicio de los desgraciados que vienen á ser víctimas de esta educación y por la ruina irreparable de la época y de la generación, el «Gemüth.» Madurez prematura, pero sin consistencia, como todo lo que favorece de una manera exclusiva tal ó cual fuerza ó disposición; di-

(1) *Die Warnung*, 1751 y sig. *(Zeitschr. f. deutsch. Alterth.*, I, 486).
(2) Is., XL, 30 y sig. Cf. Ps., CIII, 5.

solución de uno mismo, enervamiento, desecación de jugos vitales, postración precoz y languidez por efecto de la tisis que á esto sigue bien pronto, ved, en pocas palabras, las etapas de toda vida á la cual falta la fuerza vital interior de un carácter y de un «Gemüth» fundamentado en base cristiana.

Así se explica que el servicio y la vida del mundo gasten tan pronto. Apenas su víctima ha empezado á llevar sus cadenas,—puesto que cadenas son, importando poco que estén hechas de oro ó flores,—cuando tiene que recurrir á todos los artificios para ocultar su decadencia, y disimular, por lo menos algunos años, una juventud que ha pasado más veloz que un sueño. [1] Uno de los más grandes poetas ha lanzado al mundo esta queja, que miles de personas han experimentado tan dolorosamente como él, pero que no la han sentido de una manera tan conmovedora. «¡Oh desgracia! ¿Dónde han ido á parar mis años? ¿Es cierto que mi vida es un sueño? Sin duda que he tenido muchas ilusiones; pero ¿qué era todo ello? Aun he perdido más en el sueño, y no sé qué. Ahora estoy despierto y no conozco lo que antes conocía como á mi mano. El país donde he nacido, las personas que me eran familiares, se me han hecho extraños, como si fuesen una mentira. Y si explayo mi pensamiento por los deliciosos días de mi vida, veo que han desaparecido como un golpe dado en el agua. ¡Oh desgracia y siempre desgracia! [2] ¡Oh mundo, he visto tu recompensa; lo que me has dado, tú mismo me lo quitas! ¡Avergüénzate, como yo me avergüenzo! El cuerpo, el alma misma,—¡es demasiado!—he arriesgado miles de veces por ti; y ahora que soy viejo, me ridiculizas, y si me enfado, te ríes de mí.» [3]

(1) «Der Guotaere», 1, 3 (Hagen, *Minnesinger*, III, 41).
(2) Walther von der Vogelweide, 188, 1 y sig. (Pfeiffer). Cf. Heinrich von Meissen *(Frauenlob)*, *Spruch*, 357 (Ettmüller, p. 204).
(3) Walther, 76, 25 y sig. (Pfeiffer). Cf. Ulrich von Singenberg, 28 (Hagen, *Minnesinger*, I, 298). Hardeger, 8 *(ibid.*, II, 135 y sig.). Johann von Rinkenberk, 8 *(ibid.*, I, 340). Reinmar von Zweter, 2, 243 *(ibid.*, II, 220). Petrarca, *Sonett* 311. Michel Angelo, *Sonett* 65; *Canzone* 3 (Hasenclever, 279, 417). Camoens, *Sonett*, 177, 253, 263.

15. Juventud eterna y madurez del *Gemüth*. — ¿Cuándo, ninguno de los que llevan el yugo de Jesucristo, ha dejado oir tales quejas? Dios no es el amo egoísta que agota á sus siervos tan pronto como puede y los despacha después. Es un preceptor que quiere favorecer con caridad y gravedad, miramiento y paciencia, á sus hijos, para hacerlos llegar con moderación á la madurez, y hacer de modo que conserven su energía juvenil y su primitiva frescura.

Es un hecho curioso que la mayoría de los verdaderos héroes del Cristianismo no han empezado á desplegar su actividad sino en una edad en que, hombres que han desempeñado un importante papel en el mundo, se han retirado ya de los asuntos. Esto solo prueba suficientemente que el servicio de Dios no arruina las fuerzas humanas, sino que, por el contrario, las conserva. Sin duda que el que ha evitado su formadora mano el primer día, en el momento en que quería enderezar el árbol torcido, es como el que se sustrae á los cuidados de la educación antes de haberla recibido por completo; éste no puede quejarse suficientemente de la dureza que reina en esa escuela, del peligro de ser anonadado por las exigencias desmesuradas de la vida cristiana. Pero el que se ha mostrado digno de su solicitud, siente muy pronto que una nueva vida circula por sus venas, la vida de la juventud y de la energía eterna. Nadie consume su vida en el servicio de Dios. En el campo de Dios, se llega más lentamente á la completa madurez que en el campo del mundo; pero, en cambio, tampoco se conoce en él la sequedad y la esterilidad. Los santos no envejecen. [1] Jamás ha caído un santo en la decrepitud. La mayoría de los servidores de Dios no han tenido su más hermosa primavera, sino en el otoño de su vida. Lo característico de toda plantación divina es que la primavera y el otoño reinan juntos en una eterna unión. En el jardín del alma, que Dios cultiva con sus propias manos, el tiempo de la siembra toca al de la recolección,

(1) Cf. Weiss, *Lebensweisheit* (5), 302 y sig.

como en tiempos pasados en el Paraíso, y la recolección empieza con la floración; [1] á cada instante se encuentran pequeños vástagos al lado de los frutos maduros. Dos cosas son eternamente desconocidas; la sequedad del estío y el entumecimiento del invierno.

De aquí que, en todas sus aspiraciones, la humanidad no tenga otra mira que lo que quiere el Cristiamismo; sólo que no se da cuenta de ello. Los dos deseos que nadie puede negar mientras tenga una gota de sangre pura en sus venas, á saber, llegar á ser alguna cosa completa y madura, y no envejecer jamás, no encuentran su perfecto cumplimiento sino en la vida cristiana. Todo el mundo sabe que, para despertar y templar el espíritu no formado aún, para fortificar el deprimido espíritu y las fuerzas que declinan, no hay mejor medio que el trabajo intelectual, el sufrimiento y el sacrificio. ¡Cuántos hace ya mucho tiempo que estarían muertos, si hubieran tenido tiempo de morir! Estaban ya á punto de sucumbir, cuando encontraron un nuevo medio de hacerse útiles, y esto les ha dado una nueva vida y les ha rejuvenecido. ¡Qué servicio haría á la humanidad, que perece tan despiadada é indignamente, aquel que pudiese asignarle un fin que exigiese todos sus esfuerzos, un fin que no pudiese jamás agotar completamente! Ahora bien, ¿no ha recibido semejante empresa por la gracia de Dios? ¿Qué es, pues, el Cristianismo, sino un medio dado por Dios para llegar á ser fuerte y permanecer joven? Si es verdad que todo se le niega á nuestra religión, verdad es también que jamás se le ha podido quitar la gloria de imponer más trabajo intelectual, más combates, más sacrificios, que los que podemos llevar á cabo. Pero, en cambio, puede también vanagloriarse, y no es un mediano título de gloria, de que ninguno de los que han comprendido bien su naturaleza, ha muerto de vejez intelectual y de hastío de la vida. Cuanto más debilitado tenían el cuerpo, tanto más vigoroso y fresco estaba su espíritu. Los Santos—dice uno de los más grandes de entre

(1) Levit., XXVI, 5.

ellos, Santo Tomás de Aquino—los Santos son siempre jóvenes. (1) Y cualquiera que disponga su vida según esta misma ley y haga de ella una vida que, desde el primero hasta el último momento, tenga todas sus fuerzas en ejercicio, una vida que reemplace con la actividad interna lo que se gasta con la actividad externa, una vida que no se alimente de la tierra, sino que beba en los manantiales sobrenaturales, ese, cualquiera que sea, previene todos los accidentes, importando poco que sea larga ó corta su carrera. Sobre cada tumba del cementerio en que verdaderos cristianos esperan el día de la resurrección eterna, podría grabarse esta inscripción: «Ha muerto pronto, llegó al estado de madurez, vivió largo tiempo y fué siempre joven.»

(1) Guil. de Thoco, *Vita S. Thomæ*, 5, 29 (Boll. Mart., I, 669 b).

CONFERENCIA XVII

LA DISCIPLINA, MEDIO DE EDUCACIÓN PARA EL HOMBRE Y PARA LA HUMANIDAD

1. La vida bajo la Inquisición española.—Para los que se ocupan continuamente en literatura moderna, ciertos asuntos pierden con el tiempo su carácter aterrador y llegan á ser fastidiosos, porque se recuerdan con demasiada frecuencia y uniformidad.

Las personas que se ocupan en libros y asuntos científicos tan sólo momentáneamente, como sucede en una fonda, reciben impresiones más profundas y permanentes. Entre esos cuentos horripilantes, hay que poner en primer término la historia de la Inquisición. Que un lector crédulo sienta esta impresión, no es de estrañar; porque literalmente se horroriza uno de lo que obras sabias y serias cuentan acerca del carácter sangriento (1) y cruel (2) de esta institución. Habría que ser un Nerón para leer con sangre fría que un solo hombre, el gran inquisidor Torquemada, entregó no menos de 114.401 desgraciados á la hoguera y al deshonor, (3) y que aquella horrible invención no haya devorado menos de 341.021 víctimas (4) según se afirma constantemente por los relatos de Llorente.

En manera alguna tenemos intención de convertirnos en panegiristas de la Inquisición española. Al contra-

(1) Hertzog, *Real-Encykl.*, (1) VI, 679.
(2) *Ibid.*, VI, 679, 680, 683.
(3) Llorente, *Hist. de l'Inquisition*, (2) París, 1818, I, 280. Cf. I, 360, 406 y sig. Hertzog, VI, 687, etc.
(4) Llorente, IV, 271. Buckle, *Gesch. der Civilisation*, trad. allem. de Ruge (4), I, I, 161.

ellos, Santo Tomás de Aquino—los Santos son siempre jóvenes. [1] Y cualquiera que disponga su vida según esta misma ley y haga de ella una vida que, desde el primero hasta el último momento, tenga todas sus fuerzas en ejercicio, una vida que reemplace con la actividad interna lo que se gasta con la actividad externa, una vida que no se alimente de la tierra, sino que beba en los manantiales sobrenaturales, ese, cualquiera que sea, previene todos los accidentes, importando poco que sea larga ó corta su carrera. Sobre cada tumba del cementerio en que verdaderos cristianos esperan el día de la resurrección eterna, podría grabarse esta inscripción: «Ha muerto pronto, llegó al estado de madurez, vivió largo tiempo y fué siempre joven.»

(1) Guil. de Thoco, *Vita S. Thomæ*, 5, 29 (Boll. Mart., I, 669 b).

CONFERENCIA XVII

LA DISCIPLINA, MEDIO DE EDUCACIÓN PARA EL HOMBRE Y PARA LA HUMANIDAD

1. La vida bajo la Inquisición española.—Para los que se ocupan continuamente en literatura moderna, ciertos asuntos pierden con el tiempo su carácter aterrador y llegan á ser fastidiosos, porque se recuerdan con demasiada frecuencia y uniformidad.

Las personas que se ocupan en libros y asuntos científicos tan sólo momentáneamente, como sucede en una fonda, reciben impresiones más profundas y permanentes. Entre esos cuentos horripilantes, hay que poner en primer término la historia de la Inquisición. Que un lector crédulo sienta esta impresión, no es de estrañar; porque literalmente se horroriza uno de lo que obras sabias y serias cuentan acerca del carácter sangriento [1] y cruel [2] de esta institución. Habría que ser un Nerón para leer con sangre fría que un solo hombre, el gran inquisidor Torquemada, entregó no menos de 114.401 desgraciados á la hoguera y al deshonor, [3] y que aquella horrible invención no haya devorado menos de 341.021 víctimas [4] según se afirma constantemente por los relatos de Llorente.

En manera alguna tenemos intención de convertirnos en panegiristas de la Inquisición española. Al contra-

(1) Hertzog, *Real-Encykl.*, (1) VI, 679.
(2) *Ibid.*, VI, 679, 680, 683.
(3) Llorente, *Hist. de l'Inquisition*, (2) París, 1818, I, 280. Cf. I, 360, 406 y sig. Hertzog, VI, 687, etc.
(4) Llorente, IV, 271. Buckle, *Gesch. der Civilisation*, trad. allem. de Ruge (4), I, I, 161.

rio, la juzgamos muy friamente. Muchos han creído que hay sencillamente que ver en ella una mera institución del Estado. Esto es tan falso como si quisieran atribuirla exclusivamente á la Iglesia.

Sin duda, en su origen, fué una institución eclesiástica, pero lo que demuestra cuánto se alejó más tarde de su forma primitiva es que la sola noticia de que España quería introducirla en Milán provocó una desaprobación general de parte de los Obispos reunidos en el Concilio de Trento. (1) Es que ya en aquel tiempo había adquirido un carácter que la Iglesia española manifestó más ó menos bajo todos los aspectos, es decir, el carácter bastardo, medio eclesiástico, medio laico, ó el carácter de un lacayo de la corte ó de un paje, vestidos con ricos hábitos eclesiásticos.

En la Inquisición española vemos la expresión fiel de una institución, en la cual no podemos jamás pensar sin pena y sin inquietud, es decir, un especial modelo de monopolización de las atribuciones de la Iglesia por el Estado. A nuestro entender, forma una parte notable del edificio del Particularismo, que tiende á la formación de iglesias nacionales, política que puede no ser peor que el Galicanismo, el Josefismo y sus próximos parientes, pero que, como ellos, difiere considerablemente de la verdadera Iglesia universal.

Como sucede en todas partes, el poder civil español sabía servir sus propios intereses. Al principio prestó, ciertamente por convicción de fe, su apoyo á las instituciones de la Iglesia. Pero si hubo alguna vez para la Iglesia el peligro de pagar cara esta protección, fué plenamente en España, por consecuencia de la situación particular de este país, cuyo poder civil no podía prosperar más que por el sostenimiento de la fe y de la Iglesia. Favoreciendo los fines de ésta, la política se aprovechaba de ello para favorecer sus propias miras, y tenía por esto mismo la ventaja, que no era de despreciar, de evitarse el lado odioso de me-

(1) Pallavicini, *Hist. Conc. Trid.*, 22, 8, 2-4.

didas poco agradables, para hacerlas recaer sobre la Iglesia, su sierva.

Esta mezcla de intereses varios explica cómo la Inquisición española, que, sin embargo, había sido instituída como un tribunal de fe, á menudo tuviera que ocuparse, en el transcurso de los tiempos, en cosas que ciertamente no concernían directamente á la fe. Citaba también á su tribunal la usura, los fraudes cometidos en las cosas sagradas, (1) la propaganda de usos supersticiosos y de devociones mal entendidas, (2) las faltas contra el matrimonio y contra las costumbres, los juramentos falsos y las blasfemias, la sedición, el homicidio y el contrabando. (3) Si bien en su origen fué un tribunal eclesiástico instituído para juzgar exclusivamente las cuestiones de fe, llegó á convertirse con frecuencia, por efecto de ciertas circunstancias, en una especie de polizonte de las costumbres, con traje eclesiástico, es verdad, pero frecuentemente al servicio del poder secular.

Es, pues, fácil de comprender que el número de los que estuvieron en contacto con ella debió ser crecido, por más que las cifras enormes citadas (4) por Llorente no ofrecen ninguna garantía de exactitud, por cuanto no puede uno fiarse más en el carácter personal de este hombre que en sus opiniones políticas. (5)

Si queremos formar de España, y también de la Edad Media, un juicio que se acerque algún tanto á la verdad, tenemos que resolvernos á hacer desaparecer, primeramente, numerosos prejuicios, y trazarnos luego un camino llano por estudios serios. Según las convicciones adquiridas en la escuela, parece que ya en aquella época pesaba sobre Es-

(1) Llorente, I, 361 y sig.; III, 44 y sig.; IV, 123 y sig.
(2) *Ibid.*, I, 491.
(3) Eymericus, *Director. inquis.*, 2, q. 41, ed. Pegna, Venet., 1607, p. 332 y sig. Limborch, *Hist. inquisit.*, 3, 15, p. 220 y sig. Llorente, I, 99 y sig. Hefele, *Ximenes*, (2) 325 y sig.
(4) Hefele, *ibid.*, 327 y sig., 339 y sig. Gams, *Kirchengesch. Spaniens*, III, II, 73.
(5) Gams, III, II, 68. Cf. *ibid.*, 60 y sig.

paña una noche, un terror y una esclavitud intelectual tan grandes, que debieron disgustar á este pueblo desgraciado de todo movimiento libre, de toda manifestación de vida exenta de temor. Ahora bien, ¿cómo es que los hombres más notables de aquella época, y que mejor podían conocer la Inquisición, hombres de cuyo carácter y grandeza de espíritu nadie duda, aprobasen esta institución? [1] ¿Cómo se explica que hasta un Beaumarchais, que fué á España armado de todos los prejuicios de un volteriano, y de todo el odio de un francés contra los españoles, emitiese un fallo favorable á la Inquisición? [2] ¿Cómo comprender que el pueblo, que sufría, según dicen, bajo esta opresión, no se quejase, sin embargo, más que muy rara vez? [3] ¿Cómo concordar con esto el hecho de que, precisamente en la época en que el poder de la Inquisición había llegado á su más alto grado, España atravesase una situación social y económica muy favorable, [4] y viese brillar su edad de oro en la política, en la táctica militar, en el arte y en la literatura?

En aquella época el español era la lengua de todas las personas instruídas, la lengua de la corte, de los diplomáticos. España imponía la moda en los trajes, la etiqueta y la literatura. Un viaje á España parecía casi indispensable para terminar la educación del que aspiraba al título de hombre distinguido. En aquellos tiempos llamados de oscurantismo, el entusiasmo por la bella literatura era tan grande en España, que las Universidades españolas se vieron en la necesidad de publicar un edicto, prescribiendo á los estudiantes que no pasasen más de cinco años en el estudio de la filosofía y de la poesía, y que se aplicasen después á los estudios que les permitiesen ganarse la vida. [5] ¡Cuántos

(1) El P. Grisar nos ofrece ejemplos muy numerosos, según Rodrigo, en la *Revue de theologie catholique*, 1879 (III, 569).
(2) J. Texte, *Revue des Cours et des Conférences*, IV, 614.
(3) Havemann, *Darstellungen aus der Geschichte Spaniens*, 237.
(4) Hansen, *Die drei Bevölkerungsstufen*, 266-277.
(5) Alvar. Gómez, *De rebus gest. Franc. Ximenes*, l. 5 (*Hispan., illustr.* Francof. 1603, I, 1066).

profesores de nuestras Universidades harían hoy con alegría la señal de la cruz, si pudiesen comprobar solamente la quinta parte de este entusiasmo en su auditorio! Además, ¡con qué libertad y con qué abandono proceden los autores españoles de aquella época! [1] Si hoy, en nuestro siglo de la libertad del pensamiento y de la libertad de la prensa, un poeta intentase entre nosotros imitar el amor por la crítica y la sátira del Prior de los Hermanos de la Misericordia, Tirso de Molina, [2]—en el supuesto de que un moderno disponga de una travesura infantil tan considerable,—¡qué experiencias no haría! El mismo Ticknor lo censura severamente. [3] Dohm lo encuentra también demasiado libre y demasiado escandaloso. [4] Pero en aquella época, la autoridad eclesiástica daba sin titubear el permiso para imprimir piezas que derramaban, contra el Rey y la Corte, contra los eclesiásticos y los conventos, la malicia más atrevida y más loca. Y estas piezas eran después representadas íntegramente, en presencia del Rey y de la Corte.

La libertad con que Mira de Mescua fustiga en escena á los eclesiásticos, en *el Ermitaño Galante*, [5] la manera con que Lope de Vega critica las Órdenes de Caballería, [6] en una trilogía que forma un *auto* que fué representado en Madrid el año de 1679, en presencia de la Corte, y en el cual maltrata fuertemente el orgullo ridículo de que estaba infatuada la poderosa Orden de Santiago, [7] á causa

(1) Cf. Gams, *Kirchengesch. Spaniens*, III, II, 81.
(2) Schack, *Gesch. der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien*, (1) II, 564 y sig., 570.
(3) Ticknor, *Gesch. d. schœnen Lit. in Spanien*, I, 671 y sig.
(4) Dom, *Spanische National Literatur*, 353.
(5) Schack, II, 457 y sig.
(6) *Id.*, II, 281 y sig.
(7) *Id.*, III, 21 y sig. Cristo solicita el favor de ser admitido en tan elevada Orden de Caballería. El embarazo es grande. Negarse á su petición, es difícil; recibirle en ella, á él, el hijo del carpintero, es imposible. El Salvador está á punto de perder la paciencia, en vista de lo mucho que duran las deliberaciones para tomar una resolución. Por fin, los caballeros encuentran un expediente que deja á salvo su honor, y no hiere demasiado al Señor. El expediente consiste en proponerle la fundación de una Orden particular; la Orden portuguesa de Cristo.

de sus ilustres antepasados y de su nobleza, sobrepuja todos los límites de lo que podemos representarnos como posible entre nosotros. Nadie se escandalizaba. Durante más de un siglo, el pueblo se divirtió con las innumerables representaciones de una obra que desbordaba de ingenio; el *Diablo predicador*, del cual hemos hablado ya en otra parte. [1]

Á ningún obispo ni inquisidor se le ocurría la idea de levantar la voz contra aquella obra. Esto sólo tuvo lugar durante el reinado de Fernando VII; cuando la *civilización* y la guerra hecha á la imágenes consiguieron su mayor triunfo, entonces se pensó en prohibir, como soberanamente peligrosa, la más inofensiva de todas las obras como una ofensa contra la religión.

Preguntamos á quienquiera que haya leído las proezas del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, si no se ha hecho nunca estas reflexiones: «Pero, por el amor de Dios, ¿dónde estaba la policía? ¿dónde la Santa Hermandad? ¡Tal escándalo en una carretera, y aun en las plazas públicas de los pueblos y de las ciudades, y no ver un solo guardia de orden público!... ¡Ah! si nuestra policía hubiera estado un solo día en el puesto de aquella Inquisición sin energía, qué pronto hubiera detenido á aquel caballero insensato!»

He aquí toda la diferencia entre aquella época y la de hoy. Nosotros, hijos del siglo XX, que hemos crecido en un Estado en que todo se hace por la policía; nosotros, que no encontramos nada más justo y equitativo que un misionero ó un fraile, que no ha nacido en nuestro país, sea conducido inmediatamente á la frontera, porque invita á las masas amenazadoras á obedecer á la autoridad y á sufrir pacientemente el desquiciamiento social; nosotros, que no podemos creer que pueda haber una civilización honrada sin soldados, sin agentes de policía y sin cárceles, nos representamos evidentemente lo pasado bajo los mismos colores que el presente, y creemos, por esta razón,

(1) Parte 2.ª, Conf. XIII, 2.

que, en aquella época, toda criatura viviente debió ser rodeada día y noche por numerosos agentes de la Inquisición. [1] Pero no hacemos más que transportar á lo pasado nuestras maneras de ver modernas. En realidad, en aquella época, el héroe loco se lanzaba, sin preocuparse de la Inquisición y de la policía, sobre benedictinos de viaje, sobre procesiones, y ningún inquisidor, ningún director de policía, acudía en ayuda de éstos, sino que habían de defenderse solos contra él. Algunas veces, sin embargo, cuando había cometido muchos desaguisados, el caballero desaparecía con su escudero para no caer en manos de la policía. Algunas veces también, sus amigos, para curarle de sus locuras, se permitían una broma que nos recuerda la Inquisición, pero solamente porque es una imitación pública, cómica y atrevida á la vez, de sus instituciones. [2] A partir de este hecho, no encontramos ya el menor vestigio de la Inquisición en toda la novela, en la que se encuentran, no obstante, las más mínimas manifestaciones de la vida real.

Las cadenas, pues, de la Inquisición española, ya que no hablamos más que de ella aquí, no debieron ser tan pesadas y estrechas como las pintan nuestras novelas.

2. Inquisición y policía, ó la vida pública de antes y la vida pública de ahora.—Ahora bien, las observaciones que hemos hecho aquí sobre España, en sus mejores días, se aplican en general á los tiempos más antiguos de este país. En la Edad Media, y allí donde el espíritu de esta época se ha conservado hasta nuestros días, la vida ha sido libre de una manera increíble, y libre de una manera intolerable para nuestra conciencia acostumbrada á vivir bajo el régimen de la policía. Si recorremos la historia de la literatura en la Edad Media, encontraremos una multitud de formas y de producciones que revelan un abandono y un desorden incomprensibles. Mencionaremos solamente, como ejemplo, las obras del arcipreste español de Hita, los *Carmina burana*, las obras de Bertrand de Born, de Ulrico de Lichtenstein, de Nithart, de Reuenthal, de Rute-

(1) Hertzog, (1), VI, 687.—(2) *Don Quijote*, 1, 46 y sig.; 2, 34 y sig.; 69.

beuf, de Froissart y de Villón, el *Avocat Patelin*, y *Pierre le laboureur* de William Langland, las de Salomón y de Markulf, las del cura Amis y docenas de semejantes libros de farsas.

La misma libertad se observa en la vida pública. Nos domina el asombro más profundo al ver lo que pasaba en plena calle; nos sentimos presa del vértigo ante la confusión que reinaba en las vías en la Edad Media: pisaverdes de ligeras cabezas, caballeros aventureros y ladrones, trovadores, juglares, bailarines, atletas, murguistas, titiriteros, tomadores, estudiantes sin estudios, sacerdotes sin misa, en una palabra, todo un populacho miserable y sin domicilio conocido. Se deja crecer y pulular todo aquello hasta que, por su número é intensidad, no deja dar un paso. Cada uno goza de la libertad de hacer lo que le place, con tal que no haga mal uso de ella y no cause perjuicio á los demás.

Bajo este concepto, el contraste entre hoy y ayer es mayor en esta materia que en cualquiera otra. Salvo algunos casos particulares, que se encuentran en la Iglesia, en la Edad Media nadie pensaba en una policía tomada en sentido estricto, es decir, en una justicia preventiva con medios que de antemano pusiesen límites á la libertad del individuo para impedir que pudiese molestar á los demás. (1) Cada uno hacía su negocio allí donde se hallaba, creyendo que nadie podía interceptar una vía común á todo el mundo. (2) Y cuando uno encontraba un camino á

(1) Sin duda que algunas leyes de las épocas merovingia y carlovingia muestran algunas semejanzas relativamente á la teoría de la prevención y de la corrección; pero á lo que ante todo se tiende es á aterrar, en interés del orden público (Zœpfl, *(Deutsche Rechtsgesch.*, 4. Aufl. III, 384 y sig.). En los castigos impuestos por la Iglesia, el fin propuesto ante todo consiste, con la satisfacción y restablecimiento del orden violado, en atemorizar á los otros, ó mejor, en consolidar la idea del derecho socavada en el corazón de los ciudadanos (Gregor. Mag., *Ep.* 11, 71. Innoc., III, c. 2. *cum dilectus X de calumn.*, V, 2), y luego, en hacer desaparecer el mal ejemplo y el contagio (c. *sed illud*, 17, d. 45; c. *corripiatur*, 17, c. 24, q. 3, en Augustin., *Corrept. et grat.*, 15, 46), y finalmente, el mejoramiento del que ha cometido faltas (Innoc. III, C. *super his*, 16. X *de accusat.*, V, 11).

(2) Kœrte, *Sprichwœrter der Deutschen*, (2) 8206. Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichw.*, 509 (9, 165).

su gusto, seguía por él, hasta que hallaba un límite, donde era preciso detenerse ó estrellarse contra él. Pero antes de detenerse ó de volver atrás, sacudía fuertemente la barrera para saber si era ciertamente un obstáculo insuperable.

De esto puede deducirse que, en tal estado de cosas, la justicia represiva, por consiguiente, el castigo, era mucho más severo. Pues allí donde la libertad es grande, es preciso que los castigos sean ejemplares, para asustar á los que abusan de ella. Por esto es que en aquellos tiempos procedían conforme á este principio: El que castiga á uno, castiga á ciento. (1) Esto, evidentemente, no da lugar á muchas objeciones, pues el que se muestra indigno de la confianza que en su probidad se ha puesto, merece un castigo mayor que aquel cuya falta es atenuada y digna de ser excusada por el estado de sujeción en que se encuentra. Hoy se experimenta, casi siempre, cierto sentimiento de compasión hacia el malhechor; porque no puede uno disimular que se ha dejado arrastrar al mal únicamente por consecuencia de la irritante presión de las cadenas que inútilmente le han impuesto. Antiguamente esto no podía suceder. Por esta razón los castigos eran severos, y con razón. Sin duda que algunas veces eran demasiado severos, mas no por crueldad, sino únicamente para proteger la libertad.

Como es natural, era preciso dejar entonces un camino mucho más libre á la iniciativa del individuo, y este es el tercer rasgo característico de las situaciones de otros tiempos. Hoy, nuestra gran sabiduría consiste en limitar á cada uno cuanto sea posible para impedir que los unos toquen demasiado cerca á los otros. En aquella época, cada cual obraba á su manera, y cuando algún individuo se encontraba atascado en plena calle, se contentaban con decirle: Ayúdate tú mismo. Estaban persuadidos de que si el ángel Rafael creyó deber dar este consejo á Tobías, (2) no

(1) Grat und Dietherr, 370 (7, 330).
(2) Tob., VI, 3, 4.

había porqué querer mal á los hombres si obraban según el mismo principio. Esto está evidentemente en contradicción completa con nuestra manera de pensar y de obrar. Hoy día, tal consejo atraería sobre el Arcángel reprensiones, multas y la prisión, en el caso de que no pudiese pagar las multas. En cuanto al pobre Tobías, se encontraría en la más enfadosa situación. Si quería coger el pez, y sobre todo comerlo, sin un permiso de pesca, sin papeleta del mercado y sin haber pagado en consumos, ¡quién sabe lo que hubiera tenido que sacrificar de la hermosa dote de su Sara! Pero, ¿no perdería por completo la fortuna de ésta, si, como un ciudadano pacífico y leal, quisiera advertir primeramente á la policía del peligro que le amenazaba y esperar después tranquilamente á que la ley viniese en su socorro? Lo que antiguamente parecía inseparable de la libertad del hombre, es decir, el derecho á su auxilio personal, ha venido á ser inconciliable con el orden público actual. Para que el individuo puesto en la imposibilidad de ayudarse por sí mismo no perezca por completo, ha sido preciso que todos hayan sido arrojados igualmente á ese estado de impotencia que las expresiones «estado de policía», «estado de tutela», «estado de nodrizas», traducen tan bien.

Actualmente se encuentra realizado el principio que un Rabbi Schammai podía solamente expresar en tiempos pasados desde lo alto de la cátedra, como su deseo y su ideal: «Todo lo que no está expresamente permitido, está prohibido.» La clausura con que soñaban los fariseós, existe en realidad. La célebre inscripción que Riehl descubrió en alguna parte: «Está permitido seguir este camino»,—una burla de la libertad humana, que no se encontraría jamás en la Edad Media—se encuentra quizá en más de un Estado moderno. Allí donde las cosas han llegado á este extremo, no hay, naturalmente, medida alguna en los límites puestos á la libertad personal.

Ahora bien, cuanto más tutelas hay, más considerables son los impuestos y los gastos, sin que las ventajas les

sean proporcionadas. Esta es la cuarta diferencia entre antiguamente y hoy. Sin duda que el antiguo sistema era capaz de muchas mejoras. Debía ser un consuelo extraño el saber que aquél ofrecía poca protección contra los bandidos, pero, por otra parte, hacía colgar á estos holgazanes en el lugar del crimen,—suponiendo que se les pudiese echar mano—para mayor consuelo de la familia de la víctima, como expresa el derecho. (1)

Pero hoy también es un gran consuelo dejarse sangrar para sostener un cuerpo de agentes de policía y de guardias, y hacer en seguida la experiencia de que estas medidas de precaución tan costosas no impiden los crímenes, como los emisarios militares, enviados á un país en seguimiento de los malhechores, tampoco los descubren, aun cuando estos emisarios usen de su derecho de poner tal lugar en estado de sitio, y aunque nuestra justicia preventiva pese tan rudamente sobre las gentes pacíficas; en cambio, la justicia penal, dando pruebas de una humanidad mal comprendida, suelta á los asesinos mismos, después de haberlos albergado cómodamente durante algunos años.

Por fin, el quinto inconveniente, no menos grande, de nuestras instituciones, es que son para el individuo el manantial de esta falta de autonomía que se puede notar en él. La frase de un eminente jurisconsulto, con la que pretende que el carácter del pueblo y de la nación ha sufrido con ello grandes ataques, es quizá exagerada; (2) sin embargo, es verdadera en cierto modo.

Nadie creerá razonablemente que somos enemigos de la alta policía, bajo cuya protección descansamos con toda seguridad. Pero lo que podemos decir también es que la ayuda que nos dispensa puede ir demasiado lejos, tan lejos, que, por consecuencia de esta protección, nosotros mismos no sabemos salir de los más pequeños atolladeros. He aquí, por ejemplo, una teja que acaba de

(1) Digest., 48, *tit.* 19, 28, § 15.
(2) Zachariæ, *Vierzig Bücher vom Staat*, (2) IV, 297.

romperse, y que deja penetrar el agua en una casa. El propietario, apenas hecho este descubrimiento desagradable, se apresura á tomar el sombrero y á correr para rogar á la policía que ponga remedio. Al día siguiente, un organillo le molesta durante la siesta que tiene la costumbre de hacer después de comer. Excitado con las continuas molestias que le causa, á él, hombre honrado y que paga los impuestos, no sabe qué postura tomar en su sillón. Pero después de haberlo reflexionado bien, no encuentra más que una solución, y es la de dar un corto rodeo, al dirigirse á su oficina ó á su mostrador, para pasar por el cuartelillo de policía, á fin de asegurarse de si no tiene nada que hacer contra el organillo. Al volver, pasa imprudentemente por frente á una casa en reparación; los albañiles, que están en el tejado, dejan caer sobre sus espaldas algunos fragmentos de piedra. Su primer cuidado es el de llamar á la policía. No piensa en llamar al médico, sino después de haber informado á ésta del mal que le han causado. Un mendigo, poco satisfecho de la limosna que ha recibido, prorrumpe en murmuraciones que desdicen de un cristiano; en el silencio de la noche, los gatos de la vecina han vuelto á sus antiguas costumbres paganas y han manifestado abiertamente su veneración por la luna: en los dos casos, el hombre distinguido no tiene más que un medio para defenderse; tranquilizar su conciencia de cristiano ante el delegado del barrio. Contra los miasmas, contra los espectros, contra los ratones y los saltones, contra la poca limpieza de las calles y contra la falsificación de la leche, no tenemos más que un sólo remedio: la honorable policía.

En estos casos, ¿dónde está el hombre, dónde la reflexión, la libertad, la energía, el carácter?

Vamos á cuentas. Nuestra manera de obrar actualmente, es, sin duda, muy leal y moderna; es igualmente muy cómoda; pero permítasenos decir también que es un descrédito del poder de la autoridad y al mismo tiempo una renuncia de su propio honor. Es tan cara como complicada, é inútil en miles de casos, en que la intervención personal bastaría para arreglar las cosas sin largos rodeos. Además, éste proceder es indigno de hombres libres; es una esclavitud intelectual imperdonable, á pesar de los eternos discursos sobre la libertad y la independencia. En tercer lugar, es un completo trastorno del derecho. Mientras que antiguamente todos estaban contentos cuando el orden y la obediencia reinaban en la asamblea, y cuando se dejaba á cada uno saludar á su manera, hoy, en los detalles, hemos invertido completamente el orden de las cosas. Se dicen, se escriben las cosas más increíbles contra el Estado, contra la autoridad y la ley—por no hablar de la Iglesia;—se llama á los príncipes, tiranos, y á los propietarios, ladrones; se les amenaza públicamente con hacerlos saltar y cogerlos, y nadie tiene el derecho de oponerse á esto. La libertad es la que nos lo proporciona. Pero si por casualidad sucede que alguien olvida echar arena en el empedrado, ó deja caer una manzana podrida á la calle, le es preciso, mal que os pese, comparecer ante la justicia, y gracias, si con facilidad puede salir bien del asunto. Todo el mundo tiene derecho á blasfemar y renegar de Dios; pero si un desgraciado cura enciende solamente una velita más de las previstas, sin haber obtenido de antemano la autorización del ministro, la cantidad de papel que se emplea para este efecto y las críticas ó censuras que se hacen, no pueden calcularse.

Sabemos que, á los ojos de nuestra generación, estas apreciaciones pasarán por herejías espantosas. Esperamos que nos digan que los principios observados por la Edad Media, relativamente á la libertad y á la independencia de la persona, son peligrosos para el Estado é inaplicables en nuestra época, porque esto supondría que no hay más que hombres perfectos. No nos extrañaría que la aplicación de estos principios hiciese temer la ruina de toda la sociedad moderna. De hecho, es justo. Tales principios suponen hombres con cuya buena voluntad pueda contarse, hombres de quienes se tenga

derecho á esperar que serán capaces de hacer buen uso de su libertad. Pero nuestra generación no está ciertamente madura para que tales principios tengan aplicación; tiene necesidad de una disciplina más severa. Estamos acordes sobre este punto; pero creo que no se nos querrá mal porque deseemos ver los hombres y los tiempos en un estado que permita de nuevo implantar aquellas maneras de ver de la Edad Media—que á menudo eran demasiado ideales para los hombres de esta época,—porque prueban mayor respeto por la libertad humana y más grande confianza en la honradez del pueblo, en general, que las medidas de rigor y de prudencia más que desconfiadas de nuestros tiempos. Admitimos voluntariamente que un burocratismo, un estado de policía arbitrario, como el de Metternich y de Hassenpflug, sea algunas veces necerio, y que un tal sistema no haya salido de la cabeza de un funcionario poseído de ideas tiránicas, sino que es el resultado de la situación moral de nuestra época. Pero no podemos ver en esto un ideal. Hemos confesado ya que, á nuestro parecer, pueden suscitarse críticas muy graves y difíciles de refutar contra las instituciones de la Edad Media y las instituciones españolas, por lo que no deseamos de ninguna manera verlas introducir de nuevo, ya que, en realidad, no estaban exentas de graves inconvenientes. Tal es la suerte de todas las cosas humanas; pero no puede decirse tampoco que las imitaciones modernas de la policía de Atenas y Esparta [1] no tengan igualmente sus inconvenientes, pues no era, en efecto, muy agradable aquella policía con sus denunciadores y calumniadores, con su rigorismo, que sometía hasta el corte del pelo [2] y de la barba [3] á la vigilancia del Estado, y que hacía comparecer, cada diez días, ante el éforo á los jóvenes ciudadanos para comprobar, si, según las medidas impuestas por el Estado, tenían

(1) Fustel de Coulanges, *La cité antique*, (2) 281 y sig.
(2) Xenoph., *Laced. rep.*, 11, 3. Plutarch., *Lycurg.*, 22, 1.
(3) Plutarch., *Sera num. vindicta*, 4. Aristot., *Frag.*, 531 (Heitz). Par. IV, II, 271.

disposiciones para la obesidad ó para un exceso de peso, crimen que, no solamente era castigado con una reprensión pública, sino también con el destierro mismo. [1]

Es evidente que muchas objeciones pueden hacerse á los dos sistemas, al antiguo como al moderno, pero también es evidente que muchas cosas pueden decirse en favor de ellos. Con todo, no son tales discusiones sobre las ventajas y los inconvenientes exteriores las que deciden la cuestión. Es necesario penetrar un poco más á fondo en el asunto.

3. Los medios externos de coacción son indispensables á toda autoridad.—No sabría uno cómo representarse el ejercicio del poder temporal absoluto, sin el desenvolvimiento de los medios externos de disciplina y de poder. Á pesar de esto, no pueden sustraerse las antiguas instituciones de Estado y las leyes de policía modernas al reproche de que no tienen medida sobre este particular. Todos hablan más ó menos del principio de que el tercer emperador romano hacía su divisa: *Oderint dum metuant* [2] (*poco importa que me detesten con tal que me teman*). «Poco nos importa lo que los pueblos quieran y puedan en su interior, con tal que obedezcan al exterior»; tal es su último principio. Con tal que paguen, que hagan sacrificios y viertan su sangre, pueden murmurar y maldecir tanto como gusten. Evidentemente, es esta una forma de gobierno muy imperfecta. Semejante sistema de Estado no está seguramente calculado para hombres dotados de inteligencia y de voluntad; en una palabra, para hombres libres. ¿Quién se inquieta aquí de saber si el sistema se conforma con la manera de ser de la humanidad, si conviene á hombres que tengan corazón y que sientan? Esta es justamente la razón por la cual la violencia reemplaza á la conciencia, y la razón por la cual buscan todos los días el modo de aumentar esta violencia. Quieren obtener

(1) Ælian., *Var. hist.*, 14, 7. Agatharchid., *Frag.*, 6 (Müller, *Hist. frag. Græc.*, III, 193).
(2) Sueton., *Caligula*, 40.

actos por un exceso de poder, al cual el individuo no puede ni se atreve á sustraerse, aun cuando estos actos sean contrarios á sus convicciones, y aun cuando su corazón y su voluntad se resistan á ejecutarlos.

Pero aun cuando el exceso sea evidente, no es una razón para impedirnos el confesar que todo poder absoluto, puramente humano, no puede alcanzar al hombre sino exteriormente. Ningún juicio, ninguna violencia hace presa sobre el hombre interior. Doblegar la voluntad, traspasa la esfera de acción de la violencia. Ésta no tiene acceso directo sobre el pensamiento y sobre la voluntad, sobre la conciencia y sobre el corazón. (1) Su misión consiste en reinar sobre ciudadanos, pero no en formar hombres. Si quiere cumplir su deber, es decir, el orden y la disciplina externos, en miles de casos, no puede ejecutarlo, sino forzan-

(1) Difícil es decir dónde se encuentra la supuesta «regla de derecho»: *De internis non judicat (ó non curat) prætor.* El Derecho Romano sólo dice: *Cogitationis pœnam nemo patitur* (l. 18, D. 48, 49). Lo mismo el Derecho Canónico (c. *Cogitationis* 14, pœn. d. 1). En otra parte dice: *Nobis datum est de manifestis tantummodo iudicare* (c. *Tua* 34, X, V, 2; cf. c. *Sicut* 6 ib). En sentido general, se comprende en seguida la sentencia; hasta Catón tenía que aprobarla (Aul. Gell., 7, 3, 38, 39). Pero examinándola más de cerca ofrece más dificultades (Engel, *Ius. Can.*, I, 2, 14). La cosa no es tan fácil como refiriéndose al proverbio «los pensamientos son libres» (Graf y Dietherr, *Rechtssprichwörter*, 292 [7, 65 y sig.] Eisenhart, *Grundsätze des deutschen Rechts in Sprichw.* [3], 449 y sig.), y de muchos proverbios análogos (Wander, *Sphichw.=Lex.*, I, 1395, n. 44). Cualquier pensamiento manifestado no está, en todo caso, exento de castigo. Hay, pues, que distinguir entre puras faltas internas y faltas ocultas (Lehmkuhl, *Theol. mor.*, II, n. 864); las ocultas pueden y deben ser perseguidas. Además, no se ha de olvidar que la Iglesia tiene, por lo menos, un tribunal que, *forum internum*, falla también las faltas ocultas. (Brabandère, *Ius. eccl.*, [3] 1, 79). La cuestión de si la justicia civil y la externa eclesiástica, por consiguiente, el *forum externum*, pueden juzgar faltas puramente espirituales, que no han trascendido al público, fué resuelta afirmativamente por antiguos canonistas (ultimamente por Schmier, I, tr. 1, c. 2, 102 y sig.; V, tr. 1, c. 3, 134 y sig.); pero la mayor parte lo negaron (Pichler, I, 2, 8 y sig. Schmalzgrueber, I, 1, 21; V, 39, 61 y sig. Engel, V, 39, 6). Pero, indirectamente, tanto el tribunal civil como el eclesiástico, tienen que tener en cuenta la intención, mientras esté relacionada con la acción externa y pueda servir para el exacto juicio de ésta (1, 2, q. 100, a. 9). Los diferentes pasajes del *Corpus iuris civilis* están coleccionados en las notas de Gothofredus en 1, 18, D. 48, 19 y Nov. 134, c. 10. Weiske, *Rechtslex.*, III, 83 y sig., 466 y sig., XV, 510 y sig. Barón, *Pandekten* (7), 130 y sig. Sintenis, *Civilrecht* (2), II, 316 y sig., 331 y sig. Cf. Liszt, *Strafrecht* (4), 129, 159-189.

do á los hombres á hacer aquello á que están obligados relativamente á la vida pública.

4. No se puede obrar sobre la voluntad sin tener en cuenta la conciencia.—De aquí que ningún hombre que reflexione censurará á la autoridad, si algunas veces emplea medios enérgicos para mantener el orden externo. Siendo los hombres como son, es imposible prescindir de estos medios. No emplearlos, equivaldría á comprometer por completo la vida pública.

Pero ahora se presenta otra cuestión, y es la de saber si la autoridad debe servirse de tales medios, y si puede alcanzar al hombre interior. Ahora bien, debemos sentar dos principios sobre este asunto.

En primer lugar, no puede dudarse que una coacción puramente externa es tan indigna del hombre como inútil en la mayor parte de los casos. Es preciso, pues, que la autoridad busque el modo de ganar la voluntad de sus súbditos para el cumplimiento de sus prescripciones. Sin esto, no puede jamás estar segura ni de la exacta ejecución de sus órdenes, ni de su estabilidad.

En segundo lugar, es igualmente claro que un poder puramente terrenal no podría violentar la voluntad como tal. Ningún poder exterior, ningún castigo, ninguna violencia puede determinar la voluntad á obrar. (1) Puédese obligarla á ejecutar un acto externo, pero jamás se la puede doblegar á hacer alguna cosa sin que ella quiera. (2) Á la voluntad se aplica siempre el principio: «Ser obligado, significa no querer.» (3) Ahora bien, sin la voluntad, no hay acto alguno que merezca el nombre de acto humano. (4) ¿De qué sirven todas las ligaduras, los más estrechos calabozos, si la voluntad propia no guarda al prisionero? (5) ¿De qué sirve sujetar el cuerpo, si la voluntad no está en el estado que debe? No hay cadena que pueda ligar la volun-

(1) Thomas, 1, q. 82, a. 1; 106, a. 2. *Contra gent.*, 3, 88.
(2) Thomas, 1, 2, q. 6, a. 4; a. 5, ad 1. Augustin., *In Joan.*, 26, 3.
(3) Augustin., *Op. imperf.*, 1, 101.
(4) Thomas., 1, 2, q. 1, a. 1.
(5) *Die Winsbekin*, 28, 10; 29 1 y sig.

tad. Sin la voluntad, el cuerpo no es más que un débil lazo. (1) Tales son los principios de la Edad Media. Luego, no hay más que la voluntad que pueda violentar la voluntad. (2) El que quiera gobernar á los hombres, debe respetar la libertad de la voluntad, y admitir, como primera regla de conducta en la educación, que sus esfuerzos no tendrán buen éxito, sino determinando á la voluntad á unirse ella misma al bien, libre y espontáneamente. Ahora bien, no conseguirá este fin, si no se une él mismo á esta potencia, única que tiene poder sobre la voluntad humana, es decir, la voluntad divina, (3) y si no dispone sus prescripciones de tal suerte que la voluntad encuentre en ellas la expresión de una ley suprema, divina, ley única, á la cual él se someta por motivos de conciencia interior propios, y, por consiguiente, humanos. (4)

5. No puede obrarse sobre la voluntad sin iluminar la inteligencia.—Resulta de esto, que toda autoridad humana debe mirar ante todo por la conciencia de los que le están confiados, si quiere ejercer su poder de un modo humano; sólo que, como trata con hombres que piensan, no debe descuidar la inteligencia de sus súbditos. Sólo obedece como hombre, es decir, libremente, aquel cuya voluntad no se determina á obrar por un impulso externo, sino por propia é interna convicción.

El mundo entiende generalmente esta palabra en el sentido de que el hombre sólo obedece libre y racionalmente cuando comprende lo que de él se exige, ó bien, que una autoridad no puede exigir la obediencia del hombre, si no le explica el porqué de ella, á fin de que obre independientemente de aquélla, no por su mandato, sino por su propia convicción. Así comprende Fichte la obediencia digna del hombre.

Pero una cosa es la autonomía de Fichte, (5) y otra la

(1) Thomasin von Zerklære, *Der wælsche Gast*, 1206 y sig.
(2) Bernard., *Gratia et lib. arb.*, 12, 39. *In cont.*, 81, 8.
(3) Thomas, 1, q. 105, a. 4, q. 106, a. 2.
(4) Thomas, 1, 2, q. 33, a. 3; q. 95, a. 2; q. 96, a, 4.
(5) Cf. Parte 1.ª, III,4.

obediencia ilustrada del cristiano. (1) El joven inexperto y el maduro *super-homo* de Nietzche consideran el acto de la voluntad como una fe no ciega y una obediencia ilustrada, cuando la razón se apodera de la cosa misma á la que deben someter la voluntad. Pero los hombres sensatos y los cristianos que piensan, creen y obedecen, es decir, someten su voluntad á la verdad y á la autoridad, aun cuando no penetren la verdad ni pesen los fundamentos de la orden; y, en el supuesto de que los comprenda, no por esta compresión, no porque con su razón comprendan todo esto, sino porque reconocen voluntariamente la supremacía de la verdad y de la autoridad. Tanto es así, que la verdadera fe y la verdadera obediencia, aun en el cristiano más ilustrado, permanece siempre ciega, porque su voluntad nunca obedece á su propia comprensión, sino al peso más elevado de la verdad y del poder que manda. Sin embargo, esto se halla en perfecto acuerdo con una fe ilustrada y una obediencia no ciega. Iluminada se llama la fe, no cuando la inteligencia comprende lo que enseña la fe—pues esto se llama *saber*, no *creer*—sino cuando la razón le dice lo que la voluntad tiene que creer y la manera como debe creerlo. Mas la obediencia no ve, porque uno comprenda el porqué de lo que debe hacer, sino porque la inteligencia ilumina á la voluntad, á fin de que vea la manera de ejecutar lo mandado del modo mejor que corresponda á la intención y al objeto de lo mandado.

Así proceden la pedagogía y la ascética cristiana, y así la sana filosofía. Y esta perfecta obediencia, es obediencia de hombres libres, de mayores de edad, de reyes; y los que así obedecen no son esclavos malhumorados, ni hombres afligidos, ni ciegos animales de carga, sino nobles cooperadores del que manda. Formar tales hombres, es la empresa más noble de la educación.

De aquí que toda autoridad deba procurar formar el espíritu del inferior de modo tal que siempre se halle dispuesto á cumplir su misión inteligente, libre y aun alegre-

(1) Cf. Parte 5.ª VIII, 20.

mente. Debe despertar el espíritu, para que, por este espíritu, se haga libre la voluntad, [1] no libre de la fe, de la ley y de la obediencia, sino libre para cumplir del modo más perfecto lo mandado, y para creer y obedecer.

En todos tiempos, la Iglesia ha dado pruebas de ser la mejor directora y educadora de los hombres, al no conceder derecho á las más apremiantes demandas para ser admitidos en su seno, sin haber primeramente probado la voluntad, preguntando al suplicante cuáles eran sus intenciones. [2] Cuando éste, con toda seguridad, estaba libre y suficientemente probado, le era preciso aún esperar largo tiempo antes de ser definitivamente admitido. Era preciso primeramente darle la instrucción, que tenía por objeto ennoblecer su propia y libre voluntad, con la exposición de motivos elevados y sublimes; [3] después de esto, venía aún un tiempo de prueba, algunas veces dos ó tres años completos, [4] durante los cuales se podía comprobar si el primer ímpetu de la voluntad era verdadero y permanente. Ninguno podía hacerse cristiano, sino cuando quería serlo por convicción.

6. La educación por la disciplina.—Pero con todo esto no queremos decir que la disciplina y la educación, y sobre todo la educación moral y religiosa, no deban consistir más que en la instrucción. Nada puede sernos más extraño que un tal error, que concuerda perfectamente con el sistema de Rousseau, esta ruina de toda autoridad, y con la filantropía racionalista de Basedow y de Pestalozzi, pero que dista mucho de la justa concepción del poder y de sus deberes, así como de la naturaleza del hombre. Está igualmente muy distante de la autoridad bien com-

(1) Augustin., *Ep.* 185, 6, 21. Gregor. Magn., *Ep.* 1, 35, 47.
(2) Constitut. apostol., 8, 32. Dionys. Areop., *Ecles. hierarch.*, 2, 2, 4, 5; Augustin., *Cat. rud.*, 5, 9, 26, 50. Concil. Neocesar., c. 6; Arausican., I, c. 6; Arelat., II, c. 38; Carthag., III, c. 34.
(3) Augustin., *Cat. rud.*, 4, 7 y sig.; 5, 9 y sig., 16, 24.
(4) Concil. Illiberit., c. 4. Constit. apost., 8, 32. Origen., *In Matth.*, hom. 15, 36. Palladius, *Vita S. Joann. Chrysost.*, Opp. ed. Montfaucon, XIII, 16 y sig.

prendida, pues ¡valiente obediencia sería, si esta autoridad no pudiese mandar sino lo que los súbditos comprenden por sí mismos! Tampoco concuerda con el hombre como es en realidad, puesto que no se compone exclusivamente de inteligencia. ¿De qué sirve al maestro la inteligencia del discípulo, de qué sirve al superior la inteligencia del súbdito, si el primero no quiere aprender, y el segundo no quiere someterse? Nadie aprende, nadie comprende, nadie cree, cuando no quiere. [1] Con el corazón se cree, [2] con la voluntad se comprende. El corazón obra más pronto que la inteligencia. Pero lo que no entra en la inteligencia por el corazón, ordinariamente no entra de ningún modo. El corazón es el asiento propiamente dicho del desorden. Si el corazón fuese como debería ser, no tendríamos mucho que objetar á los que todo lo esperan de la instrucción. El hombre no es en su nacimiento lo que debe ser más tarde; á menudo es lo contrario de lo que la instrucción debe hacer de él. La naturaleza de cada uno no está solamente corrompida por defectos personales cometidos en el transcurso de la vida; lo está desde su nacimiento, bien que no esté corrompida sin esperanza de salvación. Puede ser mejorada, esto no admite duda; pero no lo puede ser más que por el medio de una disciplina seria y constante.

Como ya lo hemos hecho notar en varias ocasiones, toda la esperanza de la humanidad descansa en la adhesión á esta verdad. Desde que se niega el dogma de la corrupción original, se atribuye la causa de todos los males á los defectos de la educación, al Estado y á la situación social. Evidentemente, éstos son culpables, y la educación en primer lugar. Pero ¿por qué la educación es tan falsa? Es porque ha desechado la fe cristiana en el pecado original, porque se cree poder educar á la juventud, no mediante principios morales, pero sí únicamente por la instrucción, porque no se quiere reconocer que la sociedad tiene

(1) Cf. Augustin., *In Ioan. tr.*, 26, 2.
(2) Rom., X, 10.

que temer, del corazón y de la voluntad corrompidos de cada niño que entra en su seno, una nueva invasión de barbarie y de corrupción moral. [1] Rousseau es ante todo el autor del círculo de pensamientos en los cuales el mundo se mueve aún actualmente. La falsedad de esta tendencia se demuestra por el consejo de Gœthe: «Basta dejar obrar á la juventud, y no se aficionará largo tiempo á las falsas máximas; pronto la realidad de la vida la instruirá sobre este punto.» [2] Tales palabras bastan evidentemente para abrir los ojos al hombre más ciego. La madre más débil que tenga por su hijo el menor interés, no querrá educarle según este principio. Todo preceptor, aun aquel que ponga la formación de la inteligencia por encima de todo, admitirá que la disciplina es lo más necesario de la educación, y que es tan necesaria, precisamente para que la instrucción encuentre un terreno propicio y dé frutos. «¡Dios mío,—exclama un padre, que ha llegado á ser célebre en la historia de la educación, por sus maravillosos resultados,—cuán difícil es formar un hombre!» [3] Sí, ciertamente, es un trabajo muy largo y difícil. La educación debe comenzar mucho tiempo antes de que el niño comprenda una palabra; de otro modo, será demasiado tarde. Debe desde luego ser en él un efecto de la costumbre, actos repetidos; solamente entonces la instrucción encontrará un terreno fecundo. En todo tiempo, la disciplina y la instrucción deben correr parejas. Con profunda sabiduría, dice el proverbio: La instrucción es una buena medicina; pero es demasiado débil para nuestra naturaleza. [4] Por lo que una disciplina severa debe preceder á la instrucción, acompañarla siempre, y, en caso de necesidad, completar lo que ésta no puede hacer, si se quiere formar con buen éxito la voluntad para el bien. Hay tan poca contradicción en esto, que deberíamos más bien acusar á

(1) Le Play, *L'organisation de la famille*, 109. *La réforme sociale*, (5) I, 430 y sig., 446 y sig.
(2) Gœthe, *Aus meinem Leben*, 6 *Buch*, XXV, 12.
(3) Ribbe, *Le livre de famille*, 139 y sig., 145.
(4) Sailer, *Weisheit auf d. Gasse* (G. W. 1819, XX, I, 134).

los que se extrañan de ello. Es evidentemente una debilidad deplorable de la inteligencia, como del carácter, y que produce los peores resultados en la educación, el que uno no sepa distinguir entre la severidad y la cólera. [1] Ahora bien, esto es un error análogo al que se deja ver aquí. Se puede ser duro, y, sin embargo, no ser injusto. Podrá suceder que se ejerza una disciplina inexorable, severa, sin reportar por eso el menor perjuicio á los derechos de la noción y de la independencia de la voluntad libre. Nadie llama libertad á la libertad del desatino, pero sí le llama languidez en un sombrío calabozo. La libertad para el mal no es un derecho, sino únicamente una debilidad del hombre. [2] Aprender á conocer y á estimar, por un ejercicio forzado, [3] la coacción al bien, la obligación, el deber, con los cuales no quiere uno familiarizarse espontáneamente, no significa perjudicar á una libertad autorizada y razonable. Toda coacción no es, pues, una violación de libertad. Todo depende de la manera como es ejercida y de aquello á que obliga. [4] En los principios, cuando se tiene mayor necesidad de la disciplina, se queja uno evidentemente de su dureza intolerable. Careciendo de luz y de educación, no comprende uno todavía que el que odia la disciplina, odia á su propia alma. [5] Pero á medida que, por ella, la inteligencia se hace más clara, y la voluntad más recta y sólida, aprende uno á glorificarla como la causa de su salvación. [6] ¡Cuántos se hubieran quedado sin educación y sin instrucción, si una

(1) Cf. *tom.* IV, *conf.* 19, 5.
(2) Joan., VIII, 34. Rom., VI, 20. II Petr., II, 19. Seneca, *Benef.*, 6, 30. (Aristot.) *Magna moral.*, 1, 5, 3, 4. Boetius, *Consol.*, 4, pr. 2. Bernard., *Gratia et lib arb.*, 6, 18; 10, 35. Particularmente Augustín, *Op. imperf.*, 1, 100, 102; 5, 38; 6, 11. Thomas, *Mal.*, q. 1, a. 3. *Verit.*, q. 22, a. 6 etc... Estius, *Comm. in Sentent.*, 2, d. 24, § 5 y sig.; d. 40, § 1. Gonet, *Clypeus, de beatitud.*, d. 5, 92 y sig.; *de incarn.*, d. 21, a. 3, § 3. Sylvius, 1, q. 19, a. 10. Müller, *Ethica*, (2) I, 317 y sig. De aquí que san Agustín diga (C. D. 12, 7; 14, 13), que para el pecado no hay causa eficiente, sino solamente una causa *deficiente*. Cf. Thomas, 1, q. 49, a. S. C. G. 3, 10 y más arriba, VII, 5.
(3) Cf. Augustin., *S.* 112, 8. *Ep.* 185, 6, 21 y sig.
(4) Augustin., *Ep.* 93, 5, 16.
(5) Prov., XV 32.
(6) Hebr., XII, 11. Valerian. Cemel., *Hom.* 1, *de bono discipl.* Franco abbas, *De gratia Dei*, lib. 11.

mano misericordiosa no los hubiera arrancado por fuerza del atolladero en que se corrompían! En aquel momento no comprendían sin duda que era la caridad la que los despertaba tan bruscamente. (1) Pero cuando, á consecuencia de este terror saludable, abrieron los ojos á la luz, y empezaron á amar la verdad en su corazón, no sabían agradecer bastante la misericordia que los había asido tan vigorosamente, antes que fuese demasiado tarde. (2)

7. **Los beneficios de una fuerte disciplina.**—Precisamente porque la sabiduría de la Revelación tiene atenciones tan maternales con los derechos intangibles de la libertad humana, no se cansa de dirigirnos esta exortación: No ahorres la vara al niño, cuando aún es tiempo. (3) Cuanto más funesta es esa violencia desmesurada que busca su propia venganza, en vez de la mejoría del que ha cometido una falta,—pues la animosidad despierta la animosidad (4)—tanto más indispensable es una severidad moderada y justa, si se quiere hacer de la planta humana corrompida un árbol santo.

No hablamos aquí de la severidad, en cuanto es necesaria, para castigar las faltas cometidas, y como medida preventiva contra el mal eventual. La severidad en la educación tiene una importancia mucho más elevada aún y mucho más noble. En cada uno de nosotros habita un enemigo, sobre cuyo carácter peligroso nos complacemos en hacernos demasiadas ilusiones. Es la pereza, la cobardía. Al aproximarse un peligro, el primer sentimiento que se apodera de nosotros es el de huir. Si una tempestad de mal humor, de cólera, de impacencia, se levanta en nosotros, creemos haber hecho algo grande, cuando evitamos esta piedra con la cual hubiéramos podido chocar. ¡Mas si solamente esta perpetua huída, esta constante retirada, nos hiciese mejores en realidad! Quizá por esta

(1) Eccli., XXX, 1. Hebr., XII, 6. Prov., XIII, 24. Sap., XII, 22.
(2) Augustin., *Ep.* 93, 173. *Contra Gaudentium Donat.*, 1, 25, 28. C. literas Petiliani, 2, 94, 217.
(3) Prov., XXIII, 13, XXIX, 15 y sig. Eccli., VII, 25; XXX, 1, 8 y sig.
(4) Ephes., VI, 4. Col., III, 31. Vegius, *Liberor. educ.*, 1, 16, 17.

vez el mal no triunfe de nosotros; pero, en cambio, no lo hemos vencido, y la próxima nos atacará con redoblado empuje, y esto con tanta más facilidad cuanto que hemos dejado ver nuestra debilidad. Por consiguiente, no es desertando de las banderas, sino manteniéndose firme, y luchando seriamente contra el mal, como el hombre llega á ser mejor. (1) Contra las tentaciones de los sentidos, que son demasiado peligrosas para entrar en lucha con ellas, no hay otro medio de salvación que una vigilancia excesiva y la huída inmediata. (2) Pero en todos los otros peligros, el camino más corto, para el que quiere vencer ó llegar á ser mejor, es tomar la ofensiva. Sólo así es como, en la lucha diaria contra adversarios sin piedad, aprende uno á conocer sus flaquezas, se deshace de sus imperfecciones, purifica sus inclinaciones defectuosas, templa sus fuerzas, y llega á ser un hombre completo. El que vive y crece sin sentir los beneficios de esta lucha, no triunfará jamás enteramente de cierta debilidad intelectual y de cierto exclusivismo moral. (3) Pero ¿cuántos hay que tengan valor para aplicar por sí mismos este remedio? Si desde nuestra primera juventud no hubiéramos tenido una mano despiadada que nos sumergiese en el agua helada, ¿habría uno solo entre nosotros que hubiera aprendido el endurecimiento y el arte de la natación, del cual tenemos tanta necesidad en medio de esta vida tempestuosa? En aquel momento temblábamos, es verdad, pedíamos que nos tratasen con más miramiento; hoy nos suscribimos alegremente á la palabra del noble Freidank:

«Sin disciplina ni maestro, todo honor se desvanece. Jamás un hombre ha perecido por la disciplina. Pero los mi-

(1) Cassian., *coll.*, 18, 8, 13. Nilus, *Ep.* 1, 22, 147. Isidor. Pelus., 1, *Ep.* 373, 5; *Ep.* 39, 226, 270, 313. Bruno Astens., *Sent.*, 2, 8. Philip. Solitar. *Dioptra*, 1, 5. David de Aug., *Forma novit. Theol.*, *Satisburg.*, tr. 6, d. 21ᶜ a. 6. Alfons. Lig., *Moral.*, l. 2, 6 y sig., l. 5, 23 y sig. Schram, *Theol. myst.*, § 143 y sig. Scupoli, *Certam. spirit.*, 13, 38. Pinamonti, *Dux spirit.*, 26.
(2) (Augustín.), *Append.* S. 293, 2. Scupoli, 13, 19, *append.* 30, 32. David de Aug., *Form. novit.*, 2, 7; 3, 7. Smaragdus, *Diadema monach.*, 99. Cornel. a Lap., *in Gen.*, 39, 10; *I Cor.*, VI, 18.
(3) Dupanloup, *L'education*, II, 597 y sig.

ramientos, han causado á menudo grandes perjuicios. (1) Aquél cuya educación no se ha hecho sin temor, será privado de cierto número de virtudes.» (2)

Según este principio, se educaba en tiempos pasados á los hombres y á la humanidad. «La vara debe castigar los defectos de los niños, hasta que aprendan á ser modestos»--decían antiguamente; ahora—diríamos nosotros, hasta que den muestras de inteligencia personal. Y aun en este último caso, la severidad es siempre una buena cosa, pues una ley sin castigo es una campana sin badajo. (3) Los antiguos no temían que una disciplina severa bien entendida causase perjuicio á los niños. Preferible es que, en la mano vigorosa del preceptor, el niño deje un pedazo de la piel ruda y sin curtir que ha traído al nacer, antes que dejarle crecer sin disciplina. (4) ¿Para que sirve un niño (5) que no puede sufrir la más mínima contrariedad? (6) Los golpes hacen sabio á uno. (7) Una buena vara, hace á los niños buenos. (8) Cuanto más se emplea la vara, mejores son los niños. (9) Ningún golpe se pierde, sino el que se da en falso. (10) La vara no rompe jamás una pierna. (11) Así hablaban y obraban nuestros padres.

No negamos que quizá eran muy superiores á nuestra sensibilidad y sentimentalidad actual. Compadecemos á ese joven paje, que más tarde llegó á ser tan célebre con el nombre de Guiberto de Nogent, porque durante todo el año no le concedían un solo día de vacaciones, porque durante las grandes fiestas le obligaban despiadadamente

(1) Freidank, 53, 23 y sig.
(2) *Ibid.*, 53, 19 y sig.
(3) Graf und Dietherr. *Rechtssprichw.*, 165 (4, 152); 286 (7, 20).
(4) Schwabenspiegel, § 185, 247 (Laszberg, p. 88, 110). Sachsenspiegel, 2, 65, 2 (Homeyer, 293). Zingerle, *Deutsche Sprichw. des Mittelalters*, 81 y sig. Schultz, *Das hœfische Leben*, I, 125 y sig. Pfeiffer, *Germania*, I, 134 y s.
(5) V. *infra*, XV, 5.
(6) *Der Winsbeke.* 42, 5 y sig. (Haupt).
(7) Wander, *Sprichwœrter Lexikon*, IV, 207, 48.
(8) *Ibid.*, IV, 1779, 10, 13.
(9) *Ibid.*, III, 1779, 33.
(10) Kœrte, *Sprichwœrter der Deutsch.* (2 6674).
(11) Wander, III, 1779, 11, 15.

á estudiar, porque su maestro le abrumaba cada día con una lluvia de palos y casi le apedreaba con palabras llenas de cólera. (1) Sentimos enternecerse nuestro corazón, cuando, en una ingenua poesía de la Edad Media, leemos de cierta admirable imagen de la Virgen, á la cual los niños, en su ansiedad y angustia, dirigían con tanto fervor sus súplicas, en el camino que conducía á la escuela:

«¡Cuantas veces el niño poco inteligente ha rogado, llorando, á Nuestra Señora que velase por él, durante el día, en la escuela, y que le protegiese contra los golpes!» (2)

Pero debemos admitir también que aquella época educó con esta severa disciplina una raza capaz de sacrificio y de acción, una raza que, aun en el día de hoy, nos inspira respeto por la solidez del carácter que poseía. Hoy castigamos á los niños dulcemente, sólo para salvar las apariencias. En cambio, los castigos á las personas mayores no acaban nunca, y las prisiones no están jamás vacías. En aquel tiempo, se castigaba pronta y severamente, pero también se castigaba menos, y el castigo alcanzaba su fin. (3) Guiberto, el mismo que acabamos de citar, recuerda con agradecimiento á su maestro, duro, aunque poco sabio, y confiesa que, bajo su dirección, hizo grandes progresos en todas las virtudes, y adquirió maneras distinguidas.

8. Diferencia en la aplicación de los principios cristianos acerca de la educación y la disciplina.—Ahora bien, en la antigüedad encontramos siempre realizada la misma manera de ver relativamente á la vida religiosa y pública. A nadie se le ocurre negar que la aplicación de estos principios tomó también antiguamente, bajo este concepto y entre las manos de una raza más vigorosa, una forma que, vista la debilidad actual de nuestra fe y de nuestros nervios, así como el carácter blando y afeminado de nuestros sentimientos, es propia para inspi-

(1) Guibert de Novigendo, *De vita sua*, 1, 5, 6.
(2) Das Jüdel (Hahn), *Gedichte des XII und XIII Jahrh.*, 129, 68 y sig.
(3) Justus Mœser, *Patriotische Phantasien*, IV, 141 y sig.; II, 313.

rarnos un profundo hastío. Con las mejores intenciones, se han cometido á menudo excesos en el bien, sin hablar del abuso que de él se ha hecho; esto es incontestable. Pero lo que tampoco se puede negar es que se han cometido graves errores al formular este juicio y que se cometen aún, no solamente entre los enemigos declarados del Cristianismo, sino también entre los que osan excusar ó defender los tiempos pasados. Se fijan muy poco en por quién y contra quién se ha dado, en materia de fe, un ejemplo de severidad que concuerda poco con nuestro gusto. Por consiguiente, si no se tiene en cuenta esto, es inevitable que se acuse injustamente á la Iglesia. No tenemos necesidad de reflexionar largamente para confesar que el celo violento de Clodoveo, quien, en el momento de su bautismo, desenvainaba la espada contra los verdugos de Cristo, hubiera hecho mejor en desenvainarla contra sus propios defectos. Nadie se ha opuesto más que la Iglesia á aquella rabia brutal con la cual los reyes visigodos, [1] recientemente entrados en el seno de la Iglesia, querían imponer, [2] por fuerza, á los judíos de España, la dicha de la fe. [3] Si ella no ha aprobado esta conducta, nosotros tampoco tenemos necesidad de defenderla. Si ella censura á los príncipes que, por exceso de celo, quieren hacerse convertidores por fuerza, nadie tiene derecho á censurarla por lo que se ha producido contra sus órdenes.

No desconocemos que fueron motivos sinceramente religiosos los que guiaron á Carlomagno en su terrible proceder contra los sajones; pero que motivos políticos considerables levantaron igualmente la voz en su consejo, es tan fácil de ver, como difícil de decir si los primeros se manifestaron más enérgicamente en su cabeza y en su corazón que los segundos en su mano. No queremos, pues,

(1) *Leges Wisigothorum*, l. 12, tit. 2, 3 y sig.; tit. 3, 3 y sig.
(2) V. ejemplos en Greg. Mag., *Opp.*, II, 542 y sig. Ed. París, 1705.
(3) Concil. Toletan., 4, c. 57 (56). Cf. Gregor. Mag., *Ep.* 35, 47. Nicol. I, *Resp. ad Bulgar.*, c. 41, 102. Clemens III, c. 9, sicut Judæi, X, *de Judæis*, 5, 6. Innocent. III, c. 3. majores, X, de baptismo, 3, 42. Philipps, *Kirchenrecht*, II, 400 y sig.

otorgarle elogios sin reservas. Sin embargo, no osamos tampoco censurarle á causa de su severidad. Podría suceder que hubiese obrado por buenos motivos y que hubiese ejecutado lo que le sugerían sus convicciones. En todo caso, el éxito le justificó de una manera brillante, pues ya al término de una generación, aquellos á quienes antiguamente había forzado á abrazar el Cristianismo, vivían en su seno con un entusiasmo tal, que sin duda alguna provenía de la más íntima convicción, y, un siglo más tarde, dirigían, por sus Otones, al mundo cristiano, con un poder que no era menor y con un esplendor de civilización más elevado aún, que los de sus antiguos adversarios, los francos, en el reinado de Carlomagno.

Dejamos á Aquél que conoce todas las cosas, el cuidado de juzgar ésta.

Ahora bien, si ya es imposible formular un juicio general sobre la manera de obrar del poder secular en los principios de fe, hay que ser mucho más circunspectos tratándose de juzgar á la Iglesia. Una era la conducta de la Inquisición española y otra la de la Inquisición italiana. Uno era el castigo de los crímenes contra la religión y otro el de los cometidos contra las costumbres. Una era la conducta de la Iglesia cuando obraba sola, y otro era su proceder allí donde la Iglesia y el Estado estaban de tal manera unidos, que un crimen cometido contra uno de estos poderes, era también considerado como un crimen cometido contra el otro.

En conjunto, podemos distinguir tres clases diferentes de procedimientos. Los judíos fueron tratados con la mayor dulzura hasta que, por su falta, perdieron la protección de que eran objeto por su habilidad innata en explotar á los cristianos, protección de que gozaron en la Edad Media tan á menudo, á expensas y con el mayor descontento de los pueblos cristianos. [1]

Dulce era igualmente su manera de defenderse contra los peligros que le proporcionaban los herejes ordinarios.

(1) Fehr, *Staat und Kirche im frænkischen Reiche*, 507.

Mientras que fanáticos entusiastas y sabios herejes no perjudicaban sino á las cabezas,—y en aquel tiempo, en que cada pensamiento encendía un verdadero fuego griego, esta desgracia era mucho más grande de lo que hoy nos podemos figurar—se contentaban casi siempre con poner los espíritus alerta contra ellos por la excomunión; todo lo más que se hacía era encerrarlos, para impedirles que esparciesen sus perniciosas doctrinas. (1) Mencionemos solamente á Gottschalk, Abelardo, Gilberto de la Porée, Tanchem y Con de Stella, David de Dinant, Enrique de Lausana, Berenguer, Molinos, los Pelagianos, los Valdenses, los hermanos y hermanas del libre pensamiento.

Se procedía severamente, y algunas veces en demasía, contra la tercera clase de adversarios, contra los herejes que turbaban con sus ataques el orden público. Tales fueron los donatistas, los dignos antepasados de los husitas. Alguien se extrañará de encontrar al más dulce de los santos, San Agustín, al lado de los que reclaman con todo su poder la severidad é intervención del poder secular contra estos herejes. Pero también es preciso saber qué herejes eran aquéllos. Se paseaban con hondas y bastones, aquellos terribles bastones á los cuales daban ellos por ironía el nombre de Israel, porque los consideraban como los instrumentos de conversión que su celo insensato les movía á emplear. (2)

Cuantos los encontraban, temían más su saludo que el rugido de un león. (3) El que caía entre sus manos, era arrojado por ellos al fuego, ó en el primer precipicio que encontraban, (4) después de haber ejercido en él su favorita y heroica hazaña, es decir, después de haber derramado en los huecos de los ojos, que acababan de arrancarles, cal y vinagre. (5) ¿Era injusto, dice San Agustín, (6) in-

(1) Humbertus a Romanis, *Erudit prædicat.*, 2, 2, 61 y sig.
(2) Augustin., *In ps.*, 10, *en.* 5.—(3) Id., *In ps.*, 132, *en.* 6.
(4) Id., *Unit. eccles.*, 19, 50. *C. lit. Petil.*, 2, 88, 195. *Ep.* 88, 6.
(5) Id., *Brevic. collat. cum Donat.*, 11, 22. *Ep.* 111, 1.
(6) Id., *C. ep. Parmen.*, 1, 10, 16. *C. lit. Petil.*, 2, 83, 184. Bernard., *Ep.* 363, 7. Joan. Saresb., *Polycr.*, 6, 13.

vocar, contra estos enemigos de toda seguridad, el poder de los emperadores, ó se hubiera debido dejarlos obrar libremente, dejar que oprimiesen á los católicos y obligar á éstos á represalias personales y privadas? ¿Quién no comprenderá que, en circunstancias parecidas, la autoridad secular debe intervenir con la fuerza, para impedir que sus súbditos sean entregados á tales gentes, como las ovejas al lobo? Nada, pues, más justo que la Iglesia, después de haber empleado inútilmente todos los otros medios, (1) hiciese un llamamiento, en el tercer Concilio de Letrán, al poder de las armas, para protegerla contra los albigenses, que se arrojaban sobre las iglesias y los conventos, y que no tenían piedad ni de la edad, ni de los niños, ni de las mujeres. (2) Si Arnaldo de Brescia, los Hermanos Apóstoles, los Husitas, los Stedingers, renaciesen hoy día, serían tratados con la misma severidad que en los pasados tiempos. No hay duda de que en aquella época se procedía duramente algunas veces; pero ¿quién obraba de este modo? El derecho canónico no conoce la pena de muerte. Un emperador, personalmente incrédulo, como Federico II, únicamente preocupado de la unidad y del orden en su imperio, procedía sin ningún miramiento, sin admitir ninguna circunstancia atenuante, ó ninguna distinción; pero los señores seculares que estaban penetrados del espíritu de la Iglesia procedían con dulzura y miramientos.

Claro está que algunas veces se dejaron arrastrar de la dureza en aquel combate á muerte; pero cuando volvían en sí y oían de nuevo la voz de la Iglesia y de la fe, hacían al punto penitencia y expiaban sus excesos con actos de humildad y caridad mucho más sublimes. (3)

9. La infiltración progresiva de la civilización cristiana.—No queremos omitir en esta ocasión que, en lo referente á la manera de tratar á los herejes, lo mismo que

(1) Humbert., *Erud. præd.*, 3, 2, 64.
(2) Concil. Lateran., c. 27. Cf. sobre esto á Hefele, *Ximenes*, (2) 245. Hergenrœther, *Kathol Kirche und christlicher Staat*, (1) 561 y sig.
(3) Guil. Tyr., 8, 21. Guibert. Novigent., *Gesta Dei per Francos*, 7, 4, 9.

en otras materias, el código penal de la Edad Media se fué haciendo más humano, á medida que los espíritus se familiarizaban más con la vida cristiana. [1] Lo mismo puede decirse de la influencia de la Iglesia en la dulcificación de las costumbres. Nosotros, que gozamos hoy de los frutos de un trabajo de civilización de más de dos mil años; nosotros, que estamos aún bien lejos de haber realizado las exigencias del Cristianismo en nuestra vida privada y pública; nosotros, que atribuímos con demasiada facilidad á nuestra propia civilización lo que en realidad es debido á la penetración de las ideas cristianas, formulamos sobre este particular juicios que, de ordinario, son tan injustos como contrarios á la psicología y á la historia. Porque el árbol plantado por nuestros padres da hoy sus frutos, les reprochamos á ellos y á su fe no haber realizado la cultura cristiana en el más alto grado posible. Mas esto no es asunto de algunos días. El Cristianismo, como ya lo hemos visto, no es un brevaje encantador que da á los hombres otra naturaleza. Obra más bien lentamente, de una manera humana, y por medios que se adaptan á la naturaleza del hombre. Fácil le sería á Dios arrancar súbitamente al hombre de su imperfección, y colocarle en el estado de perfección que exige del cristiano, como hizo con Habacuc, ordenando á un ángel que le llevase por los cabellos á Babilonia; pero prefiere, dejar esta transformación al tiempo y á la buena fe del hombre, aun á riesgo de ser censurado por espíritus de cortas miras. Si esta buena fe fuese más grande, sus designios estarían ya ejecutados desde largo tiempo; pero, dado lo que es, no acierta á menudo á cumplirlos, sino muy tarde y de una manera incompleta.

Sin embargo, sería injusto no reconocer que, á pesar de la pobreza humana, tarde ó temprano ha realizado sus planes. Hemos probado esto en otra parte con un ejemplo sorprendente, en un paralelo entre la *Chanson de Roland* en francés y el *Rolandslied* en alemán. [2] La primera es

(1) Cf. tom. V, 4, 15.
(2) *Histor. Jahrbuch der Gœrres Gesellschaft*, 1880, I, 114 y sig.

la más grande epopeya de los franceses, epopeya de la cual se vanaglorian con tanto derecho como nosotros los alemanes nos gloriamos de los *Nibelungen*.

Esta *Chanson de Roland* fué compuesta poco tiempo después del año 1000. Este poema magnífico nació en Normandía, provincia que acababa de convertirse al Cristianismo. En esta epopeya, naturalmente, los héroes piensan y obran absolutamente como los caballeros del pueblo de cuyo ambiente salió. Los campeones de Dios obran como cristianos honrados, convencidos; pero les sucede con el Cristianismo lo que le sucedió á David con la armadura de Saúl. No podría decirse si no se adaptaba exactamente á ellos, ó si ellos no habían penetrado aún en la nueva vida. Creen en Dios y quieren servirle, [1] pero, sin duda, á su manera, y algunas veces esta manera es muy amarga y muy dura, y recuerda que antes, hace poco tiempo, era germano-pagana. Entre otras cosas, esto se manifiesta sobre todo por la violencia con que ofenden á sus adversarios paganos con palabras y actos. Como cristianos, han perdido por lo menos la costumbre guerrera de sus padres paganos, de anonadar, después de la conquista, á hierro y fuego, todo lo que había caído en su poder; ciudades, pueblos, guerreros armados, mujeres, ancianos, niños, sin miramiento ni distinción. [2] No desbordan ya su cólera insaciable, sino sobre los ídolos y templos de los vencidos, [3] y perdonan la vida á los paganos, con la condición de que se harán bautizar; de otro modo, su vida corría grandes peligros. [4]

En relación con los antiguos tiempos paganos, esto es, á no dudarlo, un progreso, aun cuando no considerable, debiendo tener en cuenta que se trata de normandos nuevamente convertidos, que no habían tenido aún tiempo para familiarizarse con la fe que acababan de abrazar.

(1) *Chanson de Roland*, 3666. En Dieu creit Carles, faire voelt son servise.
(2) Cf. Lamprecht, *Alexanderlied*, 805 y sig., 1234 y sig., 3417 y sig. (Weismann). Ortnit, 326, 1 y sig., 330, 2 y sig. (Amelung).
(3) *Chanson de Roland*, 3660 y sig. (4) *Ibid.*, 101 y sig., 3670.

Muy diferentes son los héroes del *Rolandslied* alemán. Éste fué compuesto poco más ó menos un siglo más tarde por el cura Conrado, y el Cristianismo reinaba hacía mucho tiempo en Alemania. Debemos, pues, ser más severos en nuestras exigencias relativamente á la penetración de los espíritus por las ideas cristianas, y podemos serlo sin temor. (1) Lo que aun nos choca entre los normandos ha desaparecido aquí. (2) No se encuentran ya huellas de pillaje de ciudades conquistadas; no se obliga á nadie á hacerse bautizar; ni siquiera se ve la destrucción de altares paganos. Los héroes de los dos poemas son cristianos, pero los de la *Chanson de Roland* no son sino principiantes, y los del *Rolandslied* han hecho ya progresos en la vida cristiana. Podemos creer en la palabra de esos terribles gigantes normandos, justamente á causa de la rudeza de su carácter, cuando afirman, con el celo de nuevos convertidos, que, en sus terribles degollaciones, no tienen más que un fin: exponer su vida como mártires, (3) únicamente para llevar los hombres á Dios. (1) Pero en realidad, tienen poco cuidado de ver por dónde cogen á los infieles, con su puño de hierro siempre medio pagano, para arrastrarlos por fuerza á Jesucristo. Podrá ser que un tal sistema de conversión proceda de buenas intenciones, pero en sí no es bueno. Por lo que nos regocijamos de todo corazón, tanto en nombre de la humanidad como en nombre del Cristianismo, de ver reinar pensamientos más dulces en el poema alemán. Creemos que aquellos caballeros, que eran más humanos porque se habían hecho cristianos, tuvieron mejor éxito en la intención con que afirman obrar, es decir, trabajar por Cristo y ganarle muchas almas santas. (2)

(1) Los historiadores no se cansan de relatar las crueldades de las guerras de la Edad Media. Alwin Schultz, quien, como tantos otros, padecía de la enfermedad de convertir los hechos aislados en leyes generales, acababa por preguntarse á sí mismo cómo podían existir en aquella época hombres que pudiesen aguantar aquella situación, tal como él la pinta. Pero no sólo se ha de tener en cuenta lo que la literatura profana contiene en materia de crueldades,—que por cierto, no deja de exagerar—sino también no perder de vista lo que la Iglesia hizo para suavizarlas. Verdad es que la Iglesia no logró convertir la guerra en una diversión pública ó en un medio de mejorar las costumbres; pero, aunque la Iglesia se vanaglorie de haber transformado al militar y la guerra en un medio de virtud, no por ello puede censurarla nuestra época (véase tomo VIII, conf. XXVI, 8). En todo caso, la Iglesia contribuyó en gran manera á la paz con sus leyes sobre la *Tregua de Dios* (Zöpfl, *Deutsche Rechtsgeschichte* [4], II, 305, 320 y sig. Schröder, *Deutsche Rechstg.*, 615 y sig.), con la prohibición de las armas crueles, con el severo castigo de las crueldades cometidas en la guerra, como, por ejemplo, lo hizo Inocencio III con los cruzados en Constantinopla. Y que sus esfuerzos no fueron inútiles, lo prueban, no sólo algunos actos aislados, v. g., la noble conducta del Príncipe Negro después de la batalla de Poitiers, sino aún más los principios sobre la manera caballerosa como se debía llevar la guerra, los cuales se encuentran en el *Parzival* (171, 25 y s.; 198, 1 y sig.; 200, 4 y sig.; 207, 19 y sig. [Bartsch, 3, 1672 y sig.; 4, 559 y s.; 624 y sig., 849 y sig.]). Cf. Kenelmo Digby, *Mores catholici or Ages of Faith*. b., 7, ch. 5 (II, 357 y sig.); cf. II, 399 y sig., III, 138 y sig., 159 y sig.

(2) Cf. Kuonrât, *Kolandslied*, 351 y sig., 8631 y sig. (Bartsch).

(3) *Chanson de Roland*, 1134.

10. La disciplina de la Iglesia.—Como aquí, la civilización cristiana ha hecho, en todos los dominios, progresos lentos, pero, en cambio, mucho más sólidos. Sin duda, se censura á la Iglesia por no haber renunciado á la aplicación de la severidad, es decir, á toda disciplina. Mas esto no fué jamás el fin en que ella pensó, ni jamás pensará en él. Hace falta la disciplina, allí donde se quiere educar hombres seriamente para el bien. Sin disciplina, no hay purificación de parte del individuo, y, sin disciplina, no hay orden en la sociedad. La disciplina es precisamente la condición preliminar de la civilización.

Por el resultado que ella produce, más bien depende del que es educado que del que educa. Con el tiempo, la obediencia de un hijo puede ablandar al más duro de los padres. El mismo corazón de una madre no sabe demostrar su amor á un hijo rebelde, sino con lágrimas, ruegos y castigos. El amor no cambia jamás; mas si aquel sobre quien él vela con celoso cuidado, cesa de ser amable, se transforma entonces en castigo, para hacer de nuevo un objeto digno de él. El amor que no sabe castigar cuando es preciso, es todo lo más ese instinto ciego que se encuentra en los mismos animales; pero no es esa vir-

(1) *Chanson de Roland*, 2252 y sig.

(2) Kuonrât, *Rolandslied*, 364 y sig., 8638 y sig., cf. 1532 y sig., 2250.

tud que se espera del hombre y del cristiano, y que ante todo debe exigirse de un superior.

Quejarse de la disciplina, significa, pues, ó acusarse á causa de su propia indisciplina, ó confesar que uno mismo tiene necesidad de ella. Por esta razón, nadie debería censurar tan fácilmente la aplicación de este medio. Hay en cada hombre, es verdad, más ó menos disposición á suponer que la autoridad abusa de su poder, y á tomar partido por el que no se armoniza con la autoridad que le es propuesta; [1] mas el carácter leal y honrado experimenta siempre vergüenza en obrar así. Siente allá en su interior algo de degradante, sin duda, con razón, pues también el animal empieza á manifestar su indignación por medio de aullidos y ladridos, desde el momento en que una ejecución tiene lugar en la casa vecina. Se siente atacado en esta víctima, y cree deber advertirlo, puesto que no es mejor que el ser desgraciado que se castiga, demostrando con ello que, si alguna vez llega el castigo para él, es éste el que deben aplicarle.

No vemos, por consiguiente, porqué la Iglesia habría de avergonzarse de haber manejado siempre la disciplina. Si esto no dependiese sino de ella, es cierto que no se encargaría de este papel desagradable. [2] No hay madre que experimente tanta repugnancia en servirse de la vara, como la Iglesia de la severidad. Ella no ha ahorrado jamás ni las oraciones, ni las lágrimas, ni las enseñanzas. Á menudo tiene que oir á corazones duros é impacientes reprocharle sus eternos miramientos y su condescendencia sin fin. Muchas sectas se han separado de ella únicamente porque estaban descontentas de su demasiada dulzura. Por consiguiente, si tiene que usar por casualidad alguna vez de rigor, pueden estar ciertos que lo hace solamente forzada por los hombres y por el deber, así como por caridad para con los suyos y por obediencia á Dios. A ella le será reclamada la sangre [3] de aquel á quien no inculque sus obliga-

(1) Plutarch., *Præcepta reipubl. gerendæ*, 16.—(2) Jerem., XX, 7 y sig.
(3) Ezech., III, 17 y sig. XXXIII, 6 y sig.

ciones. Ella es la que ha recibido del Señor de las almas, esta orden: «Apremiales á entrar, á fin de que mi casa se llene.» [1] ¡Desgraciada de ella si no cumple su misión! [2] No es por medio de golpes como obtiene la fe. [3] No obliga á nadie á creer contra su convicción. [4] Quiere solamente enseñar la fe á los que tienen el deber de aceptarla. Mas no es culpa suya si no puede cumplir su deber como educadora, sin añadir una severa disciplina. No es culpa suya si el hombre, además de la obligación que le ha sido impuesta por Dios de enseñar, de suplicar, de conjurar, [5] la obliga aún por su parte á usar de severidad con él. En vez de lamentarse de ella, que se lamente más bien con ella del cobarde respeto humano, de los prejuicios, de la pereza, de la inercia, en una palabra, de todo el mal que la pone, en defensa propia, en la necesidad de cambiar, á costa de considerables pérdidas de tiempo y en detrimento de empresas más elevadas, el papel de maestro y jefe de espíritus independientes y sensibles, en el de un vigilante de niños tercos. Nadie desea más ardientemente que ella no verse en la dolorosa necesidad de cumplir su deber con severidad. Pero no puede evitarlo. Hace falta primeramente que, en todos los corazones, un sentimiento elevado y una inteligencia para la verdadera libertad de espíritu, reemplacen la estrechez y ese sentimiento infantil que desgraciadamente reina casi en todas partes. Entonces podrá sin inquietud dejar la vara á un lado, y le será fácil dar libre curso á las inclinaciones de su corazón.

Como Madre de los redimidos, no ejerce jamás la severidad sin añadir á ella la compasión, [6] y aplica el castigo como verdadera limosna de caridad. [7] Mas ella se tendría

(1) Luc., XIV, 23.
(2) I Cor., IX, 16.
(3) Tertullian., *Ad scapul.*, 2. Lactant., *Institut.*, 5, 20. Gregor. Mag., 13, *ep.* 12; 9, *ep.* 6. Athan., *Histor. Arian.* ad monach., 67. Cassiodor., *Var.*, 2, 27. Bernard., *Cat.*, S. 66, 12.
(4) Augustin., *C. liter. Petilian.*, 2, 83, 184; 94, 217.
(5) II Cor., VII, 20.
(6) Gregor. Magn., *Mor.*, 19, n. 30; 20, n. 14. Augustin., *Ps.* XXXIII, 2, 20, S. 87, 15. (7) Augustin., *Enchirid.*, 19, 72.

por dichosa si pudiese ejercer la misericordia sin severidad y la caridad sin castigo; en otros términos, prescindir completamente de la disciplina. Con gran sentimiento suyo, se limita ahora su actividad casi exclusivamente á extirpar del campo de la verdad divina los numerosos errores, que, como malas yerbas, pululan, y á tomar las precauciones necesarias en tiempo oportuno, para impedir, por medio del azadón y de la podadera, que plantas peligrosas invadan el jardín de Dios. Si su más ardiente deseo se cumple, podría entonces consagrarse en paz al servicio de la sabiduría celestial, á la cultura de toda perfección, para la santificación de los que le son confiados, para el mayor bien del género humano, para el cumplimiento del reino de Dios.

En cuanto á nosotros, sabemos que somos hombres. De aquí que no repliquemos contra la disciplina, que, después de todo, es necesaria. Conociendo nuestra debilidad, hacemos nuestro el deseo del salmista: Que el justo me reprenda y corrija con caridad. (1) Si llega alguna vez el momento de escoger entre lo serio de la verdad, que no nos halaga, y la adulación que acabaría por perdernos completamente, nosotros, pobres hombres pecadores, no vacilaremos mucho en confesar que las heridas que nos son hechas por los que nos aman, valen más que los besos de los que nos odian. (2)

(1) Ps. CLX, 5.
(2) Prov. XXVII, 6.

CONFERENCIA XVIII

CRISTIANISMO Y HUMANIDAD

1. La mayor pena del Maestro durante su peregrinación terrenal.—No es necesario admitir como artículo de fe, pero puede por lo menos aceptarse como digno de crédito, lo que tantos libros de edificación cuentan sobre la dolorosa marcha de Nuestro Señor, desde el tribunal de Pilatos hasta el Gólgota. Mientras atravesó las calles habitadas por las personas de más distinción, como suele decirse, recogió la amargura de una indiferencia distinguida, de un desprecio orgulloso y de una burla mal disimulada.

Mas cuando entró en el barrio pobre, habitado por gente de baja condición, un dolor más grande le esperaba. Vivían allí aquellos de quienes se había hecho semejante por el exceso de su amor, aquellos á quienes había curado de la lepra, á quienes había saciado con un pan milagrosamente multiplicado. Algunos días antes, le habían recibido con transportes de júbilo, como al enviado de Dios; pero ahora que su estrella ha palidecido, no le escatiman ni maldiciones ni burlas. Cuanto más difícilmente aceptan la verdad los que parecen ser algo en el mundo, tanto más voluble y fácilmente seducible es el pueblo, tanto más excesivo es, desde el momento en que se ha alejado del buen camino. Ahora no les basta ya colmarle de blasfemias, sino que envían á sus hijos á la calle para que le arrojen fragmentos de vasos y basura ante sus pies.

Sin duda alguna, fué esta la mayor pena que afligió su corazón. En su majestad divina, el Maestro no se ha-

por dichosa si pudiese ejercer la misericordia sin severidad y la caridad sin castigo; en otros términos, prescindir completamente de la disciplina. Con gran sentimiento suyo, se limita ahora su actividad casi exclusivamente á extirpar del campo de la verdad divina los numerosos errores, que, como malas yerbas, pululan, y á tomar las precauciones necesarias en tiempo oportuno, para impedir, por medio del azadón y de la podadera, que plantas peligrosas invadan el jardín de Dios. Si su más ardiente deseo se cumple, podría entonces consagrarse en paz al servicio de la sabiduría celestial, á la cultura de toda perfección, para la santificación de los que le son confiados, para el mayor bien del género humano, para el cumplimiento del reino de Dios.

En cuanto á nosotros, sabemos que somos hombres. De aquí que no repliquemos contra la disciplina, que, después de todo, es necesaria. Conociendo nuestra debilidad, hacemos nuestro el deseo del salmista: Que el justo me reprenda y corrija con caridad. (1) Si llega alguna vez el momento de escoger entre lo serio de la verdad, que no nos halaga, y la adulación que acabaría por perdernos completamente, nosotros, pobres hombres pecadores, no vacilaremos mucho en confesar que las heridas que nos son hechas por los que nos aman, valen más que los besos de los que nos odian. (2)

(1) Ps. CLX, 5.
(2) Prov. XXVII, 6.

CONFERENCIA XVIII

CRISTIANISMO Y HUMANIDAD

1. La mayor pena del Maestro durante su peregrinación terrenal.—No es necesario admitir como artículo de fe, pero puede por lo menos aceptarse como digno de crédito, lo que tantos libros de edificación cuentan sobre la dolorosa marcha de Nuestro Señor, desde el tribunal de Pilatos hasta el Gólgota. Mientras atravesó las calles habitadas por las personas de más distinción, como suele decirse, recogió la amargura de una indiferencia distinguida, de un desprecio orgulloso y de una burla mal disimulada.

Mas cuando entró en el barrio pobre, habitado por gente de baja condición, un dolor más grande le esperaba. Vivían allí aquellos de quienes se había hecho semejante por el exceso de su amor, aquellos á quienes había curado de la lepra, á quienes había saciado con un pan milagrosamente multiplicado. Algunos días antes, le habían recibido con transportes de júbilo, como al enviado de Dios; pero ahora que su estrella ha palidecido, no le escatiman ni maldiciones ni burlas. Cuanto más difícilmente aceptan la verdad los que parecen ser algo en el mundo, tanto más voluble y fácilmente seducible es el pueblo, tanto más excesivo es, desde el momento en que se ha alejado del buen camino. Ahora no les basta ya colmarle de blasfemias, sino que envían á sus hijos á la calle para que le arrojen fragmentos de vasos y basura ante sus pies.

Sin duda alguna, fué esta la mayor pena que afligió su corazón. En su majestad divina, el Maestro no se ha-

bía quejado nunca, y ni siquiera había dejado escapar un suspiro en medio de las vergüenzas y sufrimientos de que había sido colmado. Mas esta vez las lágrimas llenan sus enrojecidos párpados. ¡Los niños que había dado á aquellos ingratos, que había bendecido con particular amor, alejados de Él por sus propios padres y aun sublevados contra Él! He aquí la causa del mayor dolor de su corazón. Sabía, verdad es, que hay hombres á quienes basta hacer bien para recoger seguramente el mal por parte suya, hombres para quienes el recuerdo de los beneficios recibidos es motivo suficiente de una hostilidad que no se borra nunca. Pero contemplar cómo la bondad, con la cual podía esperar ver enternecidos los más duros corazones, se volvía como un arma contra su propio amor, y contemplar tan cruelmente destruído el fruto de tantos sacrificios, he aquí lo que no podía soportar, sin sentirse profundamente conmovido.

2. Ingratitud de la humanidad por la guerra que hace al Cristianismo en nombre de la humanidad.— Examinando á los hombres de cerca, no parece sino que se han impuesto la misión de continuar los sufrimientos que el Señor soportó por ellos, y renovar sin cesar todas las fases del martirio que en aquel entonces sufrió. El gran enfermo, el género humano, yacía sin socorro y sin esperanza de salvación en medio de los animales de los desiertos. Ya había perdido toda esperanza de recobrar la salud, cuando el Amigo de los hombres bajó del cielo con peligro de su propia vida, y humedeció sus cerrados labios con un licor vivificante. Mas apenas el desgraciado hubo recobrado el conocimiento, cuando limpió su boca, todavía húmeda, y exclamó en un arranque de orgullo: «Yo mismo me he salvado»; y he aquí lo que repitió viendo á su Salvador morir á su lado.

¡Aun más! Negar que se ha recibido un beneficio, es una ingratitud, pero volver el beneficio recibido contra el mismo bienhechor, é introducir un arma en su corazón, es más que ingratitud; es inhumanidad.

Y, sin embargo, en estas pocas palabras hemos descrito la historia de la palabra *humanidad* desde millares de años. Que el Cristianismo haya devuelto al mundo la humanidad que había perdido y olvidado desde largo tiempo; que se haya preocupado de la humanidad pisoteada en los días de Tiberio y de Calígula, cuando la tierra entera gemía bajo el yugo de la tiranía; que la hubiese salvado más fácilmente de una caverna de tigres, y con menos derramamiento de sangre, que de las manos de un Nerón y de un Domiciano, he aquí lo que inmediatamente se ha olvidado, lo que de intento se ha negado, tan pronto como la humanidad ha podido respirar libremente.

En vez de mostrársele agradecida por la vida que de nuevo le había dado, el mundo vió á menudo, en el simple hecho de su existencia, un reproche á su ingratitud, é hizo todo lo posible por hacerlo desaparecer, y hasta para persuadirse de que la religión cristiana era enemiga hereditaria de la humanidad, y que ésta no estaría en seguridad mientras la fe pudiese levantar la voz. La palabra *humanidad* fué precisamente el acero con que se atravesó el corazón del generoso Bienhechor que había salvado á la humanidad al precio de penosísimos sacrificios. El Cristianismo—se decía en todas partes—es el obstáculo infranqueable y el enemigo irreconciliable de toda civilización humana. El Cristianismo,—ha dicho cien veces Voltaire, y el mundo lo ha repetido á menudo después de él,—el Cristianismo ha ahogado durante siglos enteros á la humanidad en la barbarie y en el absurdo; á nuestra época estaba reservado el honor de descubrir la verdadera humanidad. [1]

No es posible imaginar una oposición más irreconciliable que entre lo que los representantes de la humanidad moderna comprenden por pura humanidad y por Cristianismo. La humanidad—hacemos aún notar aquí que esta palabra encierra en sí una deplorable confusión de ideas, y que debería decirse, propiamente hablando, Humanis-

(1) Ellissen, *Der Geist der Gesetze von Montesquieu*, I, 79 y sig.

mo; pero, entre tanto, atengámonos á ella—la humanidad, pues—dice el primer principio de todas estas tendencias —es incompatible con el Cristianismo y el Cristianismo con la humanidad. El Cristianismo es la muerte de la humanidad. El que debe hacerse cristiano, debe primeramente despojarse del hombre, despojarse de todo lo que es verdaderamente humano, y renunciar á ello. Por el solo hecho de que la fe cristiana quiere obligarnos á vivir sometidos á un Dios que está por encima de la humanidad, no es posible la humanidad. Un Dios puramente espiritual, no podría ser un modelo para los hombres. Otra cosa sucedía en el Paganismo: «En sus divinidades llenas de encantos,—dice Schiller—los griegos tuvieron constantemente ante sus ojos el modelo de la humanidad libre. ¡Qué bello era todo en aquel tiempo! La naturaleza poseía entonces una nobleza elevada, y nada era santo, sino lo bello. Todo eso ha desaparecido ya. Todas las flores han caído. Todas aquellas hermosas divinidades nos han dejado y se han llevado consigo todo lo que la naturaleza poseía de hermoso y sublime. Ninguna divinidad aparece ya á nuestros ojos.» [1] «Lo que adoramos—continúa Gœthe—es un hombre invisible en los cielos, sin duda también un hombre visible sobre la cruz; [2] mas ¿qué es lo que el hombre puede aprender de sublime y engrandecedor—repetimos estas blasfemias con dolor—de esa imagen que da lástima mirar, adelgazada por el hambre y abrumada por el dolor, de un Hombre-Dios, de miembros dislocados y elevado en la cruz? [2] ¿Cómo queréis que el que se ha acostumbrado desde su juventud á temer la sensualidad como un peligro para el alma, á cerrar los ojos ante todo lo que es bello y á violentar la naturaleza, pueda llegar á ser un hombre verdadero? ¿Acaso una gravedad sombría y una abnegación triste, pueden jamás hacernos dichosos? Sin duda al-

(1) Schiller, *Die Gœtter Griechenlands* (G. W., 1835, I, 108 y sig.
(2) Gœthe, *Die Braut von Korinth* (G. W., 1827, I, 244).
(3) *Ibid.* (Ausg. 1827-1832), XLIV, 27; XXXIII, 172; cf. III, 125. Renán, *Etudes d'histoire religieuse*, (3) 412.

guna, vale más decirlo francamente: ¡Apresurémonos á volver á los antiguos dioses!»

3. Abuso de la palabra *humanidad;* verdadera significación de la palabra humanidad en boca del mundo.—Principios malísimos son estos, semejantes á los clamores: «Quita; crucifícale», con que los judíos recompensaron, el Viernes Santo, los beneficios del Señor.

Pero lo peor es que estos principios están evidentemente calculados para minar el Cristianismo, y esto de una manera tanto más decisiva, cuanto que los creen dignos de ser expresados públicamente. Lo que además tienen de malo es que, para lograr este fin, se sirven de la palabra *humanidad*, palabra que debe ser considerada como sagrada por todo hombre que no esté despojado de su naturaleza. El mayor de estos males consiste en que se abusa de esta palabra, hasta el punto de que la más indómita de las pasiones, la que soporta menos el yugo de la disciplina, la que, una vez libre de las cadenas que la retienen, escucha menos la razón y las advertencias, es decir, la sensualidad, los instintos de la carne, es arrastrada por el mismo hecho á la lucha contra el Cristianismo.

De ordinario, los apóstoles de la humanidad se muestran disgustadísimos de este reproche. Mas si alguno duda de que esté legítimamente fundado, es fácil aclararlo; no hay más que leer al primer autor que venga á mano que represente la tendencia indicada; la impresión que sentirá será siempre ésta, á saber, que las bellas palabras sobre la simple humanidad libre, no significan en realidad otra cosa que el culto de la sensualidad. Basta fijarse únicamente en la razón por la cual Gœthe y Schiller lamentan tan amargamente la desaparición de la antigua y bella humanidad. «¡Cuán diferente era todo esto, cuando brillaba el culto delicioso de aquellos seres encantadores!—dicen sin avergonzarse.—Cuando se adornaban tus templos con guirnaldas, ¡oh Venus Amatusia!, cuando el templo de Afrodita estaba en pie, entonces florecía la verdadera humanidad. ¿Qué son, al lado de esto, los cantos adormecidos de

nuestros sacerdotes, y sus funciones? Su sal y su agua no tienen ningún valor allí donde la juventud experimenta ardientes deseos; no apagan el fuego del amor.» Esto es hablar más que suficientemente claro.

El mismo Herder, evangelista de esta supuesta humanidad, no pudo encontrarle ninguna otra significación en la árida disertación filosófica que le consagró. De aquí que, según él, los indos son los primeros modelos de inhumanidad, verdaderos monstruos, porque, en lugar de dirigir, según la manera griega,—para hablar como Schiller—en lugar de dirigir súplicas mudas á la diosa de Citera y á las Gracias, han hecho, por lo contrario, insensible su piel á las picaduras de los insectos, al rigor del aire, y al ardor del fuego; por consiguiente, han endurecido su naturaleza sensible. (1)

Admitimos que no todos tengan tan malas intenciones, que algunos crean luchar seriamente contra el Cristianismo, viendo en él el opresor y el enemigo de la humanidad; pero éstos son raras excepciones, y aun este reducido número no tiene derecho á servirse de la palabra *humanidad*, pues, según su interpretación, esta hermosa palabra, tan en contradicción está con la humanidad como con el Cristianismo. Es increíble la confusión de ideas que la palabra humanidad puede producir aun entre los buenos espíritus. Así, J. H. Jacobi ha escrito una novela, *Waldemar*, cuyo héroe, deliberadamente, no se casa con la estrella que su corazón adora, sino con una persona que no ama. Obrando así, se pone en un estado enteramente consciente para toda su vida, en un estado de discordia entre su conciencia y su pasión, entre su cabeza y su corazón, entre la inclinación y el deber, únicamente para que la dura eficacia del sacramento cristiano no ponga fin al dulce sueño de una estética consunción sensual. Y un espíritu del cual se tenía derecho á esperar más inteligencia en lo que es verdaderamente humano, Guillermo de Humboldt, ha llamado á esta desunión y monstruosidad el *todo* de la humanidad.

(1) Herder, *Ideen zur Gesch. der Menschheit*, 8, 1 (S. W. *Zur Philosophie und Geschichte*, 1827, V, 106 y sig.).

Aquí no cabe la duda; la monstruosidad y el odio á la religión están comprendidos en la palabra humanidad. Aquí, evidentemente, se llama á la estupidez humanidad, únicamente porque está en oposición con el Cristianismo.

Federico Schlegel respondió á Humboldt, con fina ironía y amarga verdad, diciéndole que no quería discutir con él, si era aquella la verdadera humanidad, pero que, en realidad, sólo era una *Jacobinería*. Esta broma entraña la expresión que mejor conviene á la verdad. Tantas cabezas, tantas humanidades; sólo que no se ve por ninguna parte á la humanidad. Hay humanidades para dar y vender, pero no hay humanidad.

He aquí cómo debería uno expresarse siempre que tales hombres quieren hacer de guías: «Hablad de Humanismo tanto como queráis, pero callaos con vuestra humanidad. Quedaos con las ideas de Gœthe, de Humboldt, de Darwin, pero perdonad á la humanidad, no la toquéis ni con la lengua ni con las manos. Enorgulleceos de vuestro protoplasma, de vuestro gorilismo; pero avergonzaos de alabar vuestra pura humanidad. Creemos perfectamente que, con semejante humanidad, no os es posible ser benévolos para con el Cristianismo. Mas lo que os pedimos, es que no importunéis con equivalentes dudosos, por lo menos, á los que desean la humanidad íntegra.»

Preguntad á cuantos lo han visto por sus propios ojos lo que llega á ser la humanidad cuando se revela contra el Cristianismo. Preguntad á todos los que saludaron á la Revolución con gritos de júbilo, en nombre de la humanidad, á Mirabeau, á Madama Roland, á Forster, á Chamfort, á Klopstock y á Schiller; sus unánimes suspiros os dirán: «Si uno rompe, como yugo indigno, la alianza con lo sobrenatural y la moral, porque detesta la subordinación que este vínculo entraña ordinariamente, no se sobrepondrá á sí mismo, sino que caerá tan bajo, que llegará

á ser capaz de rechazar todo lo que el hombre puede perder.»

4. Relación que existe entre humanidad y Cristianismo.—Pero, uniéndonos de todo corazón á los que luchan con todas sus fuerzas para hacer admitir el principio de que la humanidad y el Cristianismo son inseparables, no queremos—para evitar todo equívoco—dejar de notar de antemano que no tenemos intención de afirmar que los dos son una misma y sola cosa. De que la humanidad no se oponga al Cristianismo, no resulta necesariamente que forme una sola cosa con él. En este sentido, es muy justo decir: «El Cristianismo no es la humanidad.» Este lenguaje en nuestra boca tiene sin duda un sentido muy diferente que en la de los adversarios. Afirman éstos que lo natural y lo sobrenatural son, no sólo muy distintos entre sí, sino aun hostiles el uno al otro, de tal manera que el uno debe llegar á ser la muerte del otro. Estamos convencidos, y haremos todo cuanto sea posible para que el mundo crea que los dos dominios difieren esencialmente entre sí, pero que no existe contradicción entre ellos, antes bien que lo sobrenatural se inclina hacia lo natural para elevarlo y perfeccionarlo.

Hubo un tiempo en que se explicaban todas las doctrinas y todos los preceptos de la Revelación, únicamente desde el punto de vista de la nacionalidad y de la utilidad terrenal. No se prohibía ya el precepto del ayuno porque era un medio de mortificarse y de fortificar al alma, sino solamente porque era bueno para la salud física. Se justificaban las peregrinaciones porque tenían para las gentes vulgares el mismo fin recreativo que el veraneo para los ricos. Ya no era cuestión de puntos de vista sobrenaturales más elevados. Se avergonzaban de lo sobrenatural; apenas tenían de ello el más pequeño conocimiento.

Aquellos duros tiempos pasaron ya; hoy día nos alabamos de lo que en otros tiempos pasaban en silencio, y con razón. Así como los cielos envuelven á nuestro planeta con

su esfera ilimitada, así también lo sobrenatural sobrepuja mucho á lo natural. Mas, á pesar de esto, estamos rodeados por todas partes de lo sobrenatural. Así como el aire penetra y vivifica todo lo que tiene vida, así también lo sobrenatural anima todo lo que es verdaderamente natural y humano. No es aquél un desorden ni un trastorno de lo natural, sino más bien la purificación y el perfeccionamiento de lo que es verdaderamente humano. ¿Qué hombre ha temido jamás que la planta ó la sangre puedan sufrir perjuicio de que el aire penetre en ellas? Del mismo modo, el orden sobrenatural es ese elemento en el cual la verdad humana crece y prospera. Pero de que lo natural tenga necesidad de lo sobrenatural para perfeccionarse, no se sigue que los dos no sean esencialmente diferentes entre sí. Nadie busca la tierra en otra parte sino en el mundo, pero nadie creerá por esto que el mundo no es otra cosa que la tierra y nada más que ella. Por consiguiente, no es contradictorio que digamos que, aunque el Cristianismo es más que la simple humanidad, ésta, no obstante, no prospera sino en la atmósfera de lo sobrenatural, y que la verdadera humanidad no puede encontrarse en ninguna otra parte más que en el Cristianismo.

De aquí se deducen dos principios que forman la base de la religión cristiana. Ningún cristiano puede vanagloriarse de haber cumplido sus deberes de tal, mientras no pueda ofrecer el testimonio de que se ha apropiado la humanidad completa; tal es el primero de estos dos principios. Ningún hombre que aspire seriamente á vivir de una manera humana, puede esperar resolver esta empresa sin el socorro del Cristianismo, es decir, sin llevar una vida verdaderamente cristiana.

5. La humanidad no es en manera alguna una cultura puramente externa.—Mas, para disipar todas las dudas sobre estas verdades y hacer desaparecer todos los equívocos, es necesario que nos pongamos de acuerdo sobre la cuestión de saber lo que es la verdadera humanidad. En el mundo—hablamos del mundo que no juzga sino

según las opiniones dominantes del día—apenas podría encontrarse un solo hombre que no comprendiese por la palabra *humanidad* otra cosa que un exterior noble.

Un maestro que conoce á fondo esta cuestión, nos dice expresamente esto del antiguo mundo, (1) y nosotros mismos nos hemos convencido de ello á menudo. Es por lo menos dudoso saber si el mundo nuevo, cansado del Cristianismo, se elevará, bajo este concepto, á una manera de ver más elevada. Porque cuando el mismo Herder no titubea en decir que el progreso inaudito realizado desde la armadía hasta el acorazado; que la principal comodidad de las ciudades y de las viviendas, como de las cavernas de otras veces; que la vida más agradable con los dones de Ceres, como con la carne humana y las bellotas; que la imprenta, como el arte de afilar cuchillos, así como otras cosas semejantes, son el resumen de la inteligencia y del arte, los cuales, asociándose á la justicia, constituyen la humanidad, (2) se ve fácilmente lo que se puede esperar de la leña seca.

En verdad que podrían encontrarse millares de panegiristas de los progresos de nuestra civilización actual, los cuales conciben la palabra humanidad, que tienen siempre en la boca, de un modo mucho más externo y material que los mismos antiguos. Por ejemplo, el principio de que nuestras grandes ciudades modernas son el centro de la civilización de la humanidad, de tal modo es cierto para la mayoría de los hombres, que sería peligroso levantar los hombros al oirlos afirmarlo con tanta seguridad. Pero si les preguntamos el porqué, nos responderán que porque todos los medios de instrucción se encuentran en ellas reunidos; las colecciones de toda especie, los teatros, los conciertos, etc.

He aquí expresada de una manera evidente la prueba de que teníamos necesidad. ¿Habremos de censurarnos á

(1) Lactant., *Instit.*, 3, 9.
(2) Herder, *Ideen*, 15, 3, 4; 4, 3 (S. W. *Zur Gesch. und Philos.*, 1827, VI, 306, 319 y sig.).

nosotros mismos, si nos pronunciamos contra esa manera de ver de unos hombres que no saben siquiera distinguir entre la apariencia y la realidad en la cuestión referente á saber lo que es la verdadera humanidad? Todas las experiencias de los tiempos, así antiguos como modernos, confirman unánimemente que la vida de esas ciudades que se han engrandecido con exceso, que esos hogares de la decadencia intelectual, (1) son la muerte de la humanidad. Sin duda que se encuentran en ellas profusamente los medios externos de instruccion y cierto oropel aparente, pero cuanto más grandes son aquéllos, más evidente es que no ofrecen la verdadera humanidad.

El hombre de Estado más poderoso de nuestros día ha llamado á nuestras gigantescas ciudades *cloacas* del país. Sin duda no sabía que los romanos se habían servido de la misma expresión. (2) Las experiencias que un espíritu profundo ha hecho sobre este particular son constantemente las mismas. (3) Esos centros desmesuradamente grandes de la vida política y social, que, con la médula del país, absorben también todos los gérmenes de las enfermedades, (4) contienen tres males tan obstinados como ocultos, males que ningún poder externo ni perspicacia alguna de la policía podrán hacer desaparecer, porque son internos por su naturaleza. Se encuentra primeramente una grosería tal en las clases bajas del pueblo, que no es posible hallarla, ni aun parecida, en el más mísero cortijo. En

(1) V. Masaryk, *Der Selbstmord*, 111.
(2) Sallust., *Catil.*, 37. Cicero, *Attic.*, 1, 19. *Catil.*, 2, 4: Sentina urbis. *Catil.*, 1, 5: Sentina reipublicæ. Lucan., 7, 405: Romam mundi fæce repletam. Cf. Aristot., *Polit.*, 7, 4. Thom. Aq. *Regim. princ.*, 2, 3.
(3) Cf., p. ej., sobre Alexand., á Polyb., 34, 14, 3 y sig.; Stahr, *Kleopatra*, 26 y sig.; Friedlænder, *Sittengesch. Roms*, (1) II, 74 y sig.; sobre Corinto, Strabo, 8, 6, 20; sobre Comana, *ibid.*, 12, 3. 36; sobre Atenas, Andocides, *De myster.*, 149; Isocrates, *De pace*, 44; Areopagit., 83. Plato, *Gorg.*, 44, p. 489. C. (συργετος); sobre la antigua Roma, Champagny, *Les Cesars*, (5) IV, 6 y sig. Friedlænder, I, 17 y sig. Dante, *Inf.* 16, 67 y sig. En este sentido, Napoleón I llamaba á los parisienses *los primeros galopines del mundo.*
(4) Sallust., *Catil.*, 37. Tacitus, *Ann.*, 15, 44. Cf. Roscher, *Volkswirthschaft*, III, (1) 41. Muy curiosa es sobre este punto la visión de Catalina Emmerich, en Schmager, *Emmerich*, (2) II, 135 y sig.

segundo lugar, reina en todas las clases sociales una sed insaciable de goces y una sensualidad tan baja y refinada, que corrompen el cuerpo y el alma, y diezman la población de un modo tan terrible, que produce un estado de oscilación difícil de calcular. Finalmente, el mal principal, que es la muerte de la verdadera civilización, y, por consiguiente, también de la humanidad, consiste en el imperio de la apariencia y de la mentira, de la agudeza de ingenio y de la falsa conducta, que rebaja á este ser, exteriormente distinguido, hasta el punto de hacer de él una máscara, y corrompe el corazón hasta sumergirlo en la consciente é incorregible hipocresía. (1)

Esto no es más que un ejemplo, pero basta para demostrar que, ordinariamente, las palabras orden, civilización y humanidad son comprendidas de una manera superficial por los hombres, y que pocas esperanzas hay de que la verdadera humanidad llegue jamás á reinar, mientras dé el tono semejante tendencia.

Mas así sucede en casi todas partes. ¿Cómo juzgar á los maestros del pueblo, que no se cansan de recomendar el teatro como la escuela propiamente dicha de la formación de la vida, y á las autoridades escolares, que, con este objeto, organizan representaciones expresas para sus queridos niños? ¿Qué pensar de los reformadores de la religión, que predican, con Strauss, que la música será la religión del porvenir, y quieren hacer creer al mundo que la humanidad será un hecho, cuando se hayan transformado los templos en teatros? Sin duda, admitimos que de esto puede resultar una humanidad de nihilistas, una civilización de dinamita ó de máquinas infernales, y una civilización de la carne, y aun que puede florecer esta civilización hasta el punto de que sus apóstoles tengan quizás que aprender á santiguarse ante ella; pero ¿es esto acaso humanidad?

Todo el mundo sabe que, á la manía del teatro, de las

(1) Cf. Hellwald, *Die Erde und ihre Vœlker*, II, 226 y sig. Bodichon, *De l'humanité*, I, 206 y sig. Riehl, *Land und Leute*, (2) 91 y sig. Wichern, *Die innere Mission*, (2) 118 y sig., 151.

artes y de la música, se une á menudo una inhumanidad rebuscada, así como una grosería y una crueldad enteramente irracionales. ¿Quién se extrañará de esto, conociendo al hombre? ¿De qué modo semejante educación, que consiste en la cultura de un aspecto exclusivo del hombre, la sensualidad y la imaginación, y que tiene además como consecuencia inevitable el trastorno en la vida nerviosa, puede manifestarse de otra manera sino por una destrucción completa de la inteligencia, de la vida y del corazón? Los autores están acordes en decir que Nerón tenía propensión al bien por temperamento, pero que lo que causó su desgracia y la del mundo fué que el teatro llegó á ser su templo y la música su religión. Desde el momento en que un hombre ó una sociedad adopta esta falsa idea como civilización y como medio de instrucción, la humanidad declina, como sucedió en Atenas y en Roma, por nobles y apacibles que sean las disposiciones naturales, y por grandes que aparezcan la erudición y los progresos científicos.

Periandro de Corinto era ciertamente un hombre de los más distinguidos en asuntos de instrucción; era el Mecenas de todos los poetas, (1) el amigo de los filósofos, (2) y muchos le cuentan entre los siete sabios de Grecia. Pero esto no le impidió cometer atrocidades imposibles de contar.

El rey Alejandro de Pheres, tan propio para ser considerado como el protector de esta nueva moral y de esta nueva religión de teatro, era tan tierno por naturaleza, que dejaba su sitio cuando se representaban las *Troyanas* de Eurípides, por grato que le fuese este placer, pues la emoción le impedía dominar sus lágrimas. (1) Ahora bien, este mismo personaje ordenó enterrar á dos hombres vivos, é hizo coser á otros en pieles de animales y mandó

(1) Herodot., 1, 24, 1.
(2) Plutarch., *Solon*, 4, 1. Diogenes Laert., 1, 64, 73. Müllach, *Fragm. philos. Græc.*, I, 210.
(3) Plutarch., *Pelopid.*, 29, 4. Alexandri magni fortuna, 2, 1. Ælian., *Var.*, 14, 40.

que los arrojasen á sus perros. Este mismo, después de su comida, cuando la caza faltaba en su parque, mataba á sus súbditos para reemplazarla, y se alababa de no haber experimentado jamás sentimientos de piedad para con sus víctimas. [1]

La historia de numerosas épocas, en particular la de los moros en España, [2]—recuérdese el califa Al Motadid Billah—y la de las cortes italianas [3] de la época del Renacimiento, nos proveen de ejemplos análogos de dureza inhumana, unida á una civilización de las más distinguidas, pero simplemente externa, sabia ó artificial.

Hoy día ocurre lo mismo, y el mal irá siempre en aumento, á medida que ese proyecto de una religión del porvenir vaya realizándose cada vez más.—¡Dios quiera preservarnos de ello!—Es el secreto á voces, el que los que más frecuentan los teatros y el que esas tiernas almas que mojan siempre algunos pañuelos en las representaciones en que domina la emoción, son, en su casa y en sus asuntos, tiranos tan crueles para con sus subordinados, como los imitadores del amor de Buda para con los animales. Entre los que inducen con fría sangre diabólica al pobre pueblo engañado á levantar barricadas y á cometer atentados, hay también muchos no inferiores en modo alguno á los verdaderos sabios en materia de ciencia; y aun no falta quien afirma que entre ellos hay algunos que ocupan con esplendor cátedras universitarias.

En una palabra, esta civilización superficial externa no es, ni mucho menos, la humanidad.

Ningún hombre reflexivo negará que sea deseable y hasta cierto punto necesaria; nadie creerá que la falta de limpieza ó una conducta repugnante pueda ser signo distintivo de un alma elevada. Lo hemos dicho suficientemente, y lo repetiremos todavía con frecuencia; la formación y la humanidad cristianas exigen también distinción en las maneras y en las formas, como también algo de artístico y modesto á la vez. Pero contra lo que debemos protestar en nombre de la humanidad es contra el prejuicio de que estas exterioridades constituyen lo principal.

(1) Pausanias, 6, 5, 2. Diodor., 15, 75, 1. Plutarch., *Pelopid.*, 28, 2; 29, 3.
(2) Schack, *Poesie und Kunst der Araber in Spanien und Sicilien*, I, 248 y sig.
(3) Kœrting. *Gesch. der italienisch. Literat.*, I, 307. Voigt, *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums*, (2) I, 450 y sig.

6. La humanidad es la purificación moral por el trabajo interior realizado en sí, y por la disciplina externa.—No hay, pues, duda alguna posible; la humanidad debe ser cultivada en el interior del hombre, y es necesario buscarla en la verdadera formación del espíritu. En cuanto á saber de qué modo comprendemos este principio, nosotros todos los que tomamos á pechos la formación real y no la formación aparente ó falsa, ya lo hemos dicho suficientemente. Hemos visto que, si no se cuenta con la corrupción que nos es innata, nos veremos arrastrados á las más perniciosas consecuencias. Todos los hombres sin excepción se encuentran en un estado tal de decadencia, que, si bien es verdad que no entraña una destrucción completa, origina, por lo menos, suficiente oscuridad en las disposiciones intelectuales, para que la formación de la inteligencia pueda prosperar sin una seria dirección. Esto se aplica, en grado mucho mayor, á la voluntad, la cual, de tal modo se ve atacada por la corrupción, que no es posible formarla sin ejercer sobre ella un dominio serio y una purificación constante.

Lo mismo ocurre cuando examinamos las condiciones necesarias para la formación del carácter ó del «Gemüth». Luego la humanidad, que debe ser el resultado final de esta cuádruple formación, no puede jamás ser cultivada con éxito, si no se admite el primer principio de la fe cristiana, á saber, que el hombre no es como debe ser, y que no puede ser conducido á la pureza y á la perfección, sino por una lucha seria contra sí mismo y una severa disciplina. Para convencerse de esto, no hay más que echar una mirada á su propio interior.

Si después de haber trabajado durante diez años para extirpar del campo de su corazón las malas hierbas de

que estaba lleno, cree uno poder reposar, le bastarán algunos meses de descanso para dar de nuevo aire y vida en su interior á cosas de las cuales creía verse libre para siempre.

Por consiguiente, no tenemos objeción alguna que hacer contra el principio de que la humanidad no es otra cosa que lo que hace al hombre humano. Sólo que para que esto no pueda aplicarse falsamente, debemos admitir este otro principio, á saber: la humanidad, tal como se encuentra en nosotros mismos, no es pura; por consiguiente, hay que purificarla ante todo. Ahora bien, esto no puede hacerse, sino luchando contra nosotros mismos. Pero esta lucha no es empresa de sólo unos días; debe durar toda nuestra vida.

La humanidad, pues, no es el estado en el cual el hombre se encuentra ya por naturaleza, sino la perfección á la cual debe primeramente aspirar. Por consiguiente, practicar la humanidad, quiere decir manifestar respeto á la dignidad de la naturaleza humana, procurándole la perfección á la cual está destinada por Dios, su Criador y su fin. (1) Ahora bien, nuestra naturaleza se compone de dos partes, el cuerpo y el alma. Así, pues, el ejercicio de la humanidad tiene una doble empresa que cumplir, una principal, y otra secundaria. La empresa principal consiste en la perfección del alma. La humanidad es, pues, ante todo la aspiración á la justicia, en toda la extensión de la palabra, á la verdad, al sincero servicio de Dios por medio de un corazón puro y franco. (2) Los cuidados del cuerpo y de los intereses temporales, que pueden dar á la vida física una distinción y comodidad más grandes, no vienen sino en segundo lugar, (3) pues lo que debemos al cuerpo es primeramente la salud, para que llegue á ser un instrumento del cual el espíritu pueda servirse. (4) De ello se de-

(1) Cf. Lactant., 3, 12.
(2) Lactant., 3, 9. Bernard., *De div. serm.*, 16, 2.
(3) Lactant., 6, 11.
(4) Bernard., *De div.*, s. 16, 2.

duce que, no solamente no llegará á ser lo dicho, si lo mimamos con excesiva condescendencia para con sus propias concupiscencias sensuales, sino que, antes bien, se convertirá, por este medio, en un grande obstáculo para el alma; por consiguiente, que no puede ser conducido á la verdadera humanidad, sino por una severa disciplina. (1)

Por el contrario, debemos más al alma: la pureza, la libertad, la semejanza con Dios.

7. La humanidad es el ennoblecimiento del espíritu.—De esto se sigue, que la cultura de la humanidad debe comenzar dentro de nosotros mismos. Aquí también pensamos casi siempre únicamente en nuestra conducta para con los demás. Pero todos debemos practicarla, aun cuando viviésemos solos sobre la tierra. El que no respeta en sí mismo la dignidad humana, tampoco la respetará en los demás. Por consiguiente, también aquí la primera condición es que cada cual aspire primeramente á su propia perfección. En nosotros mismos debemos aprender lo que debemos á los demás. Los esfuerzos, pues, para llegar á la propia perfección moral é intelectual son el motivo y la medida de la humanidad. Cada uno llega á ser humano, en toda la extensión de la palabra, en la medida en que aprecia seriamente la cosa en lo que á él le concierne. Sin humildad, sin caridad y sin espíritu de sacrificio, no hay humanidad. El más desinteresado es también siempre el más humano. Sólo los que aspiran á la virtud sin pensar en sí mismos, comprenden lo que es provechoso ó perjudicial á nuestra naturaleza. Sólo ellos conocen las debilidades humanas, y saben de qué faltas somos capaces, lo que causa al hombre pena ó alegría, dónde están los mayores peligros y dónde se encuentra su verdadera salvación.

De aquí que nuestros santos sean los primeros en favorecer á la humanidad, no solamente los que, en virtud de un encanto irresistible, han arrebatado como por asalto todos los corazones, un Ambrosio, un Bernardo, un Domingo, un Francisco de Asís, un Francisco de Sales, sino

(1) Bernard., *De div.*, 16, 2, 5,

también los mismos ermitaños del desierto y esos monjes de vida austera y retirada, en quien nadie puede pensar sin estremecerse: un Simeón Estilita, un Bruno, con toda su tropa de vivientes muertos. Muchos, sin duda, consideran la austeridad de su vida como una grosería, su abstinencia como una cosa contraria á la naturaleza, su mortificación de los deseos sensuales como una falta de libertad y una humillación; muchos llaman á sus luchas para conservar la castidad y la pureza una estupidez, y á esa vida suya, que se supone tan monótona y sombría, una vergüenza y una degradación de la humanidad. (1) Querer defender la humanidad y sus héroes contra semejantes ideas, sería rebajarlos. Concedemos que gran número de nuestros santos fueron poco instruídos, que no comprendieron apenas lo que se llama arte, y que harían un papel ridículo en nuestra distinguida sociedad. Sin embargo, para aprender lo que es la humanidad, preferimos su escuela á la de los adalides de las esferas letradas de nuestras grandes ciudades.

Sí, sólo á ellos nos acercaremos. Ese ansioso cuidado de nuestros Santos en limitar la medida de sus necesidades; el silencio con el cual hacen sabia su lengua, dulces sus arrebatos, visible su espíritu; sus disciplinas, ayunos y mortificaciones, por medio de los cuales educan su alma para que llegue á ser libre y victoriosa, son para nosotros la prueba de que mejor podemos aprender en torno suyo la humanidad verdaderamente noble, que en todos nuestros centros de cultura, con sus templos de las artes y sus exposiciones, los cuales, con pretexto de instruir, pudren el corazón, cuando no lo matan, y hacen groseras sus costumbres. Que piensen de nuestros Santos lo que quieran; no se trata ahora de esto. Pero hay cuatro cosas que de ellos puede aprender el que tome á pechos la verdadera humanidad, cuatro artes difíciles, que muchos de los héroes de la humanidad quizás no sospechen que incumben á la misma. Estas cuatro cosas son: no decir todo aquello

(1) Renan, *Etudes d'histoire religieuse*, (3) 310 y sig.

que se piensa, no ver todo lo que se nos pone delante, no seguir el primer impulso, no hacer todo lo que pasa por la cabeza. Esto forma la sensibilidad para la modestia, el espíritu para el vuelo hacia Dios, la voluntad para la fuerza, el hombre completo para la libertad moral.

Que estas cuatro cosas son exigibles para la verdadera humanidad, no admite duda alguna; contra esto no permitiremos jamás la más mínima contradicción.

8. La humanidad es el respeto de la dignidad humana en todo, en el hombre, en las clases, en los pueblos.—El hombre no vive para sí solo. Lo que se debe primeramente á sí mismo, lo debe también á los demás en la medida de sus fuerzas. De aquí que aprenda en sí mismo la humanidad para practicarla después con los demás. Así como no nos perfeccionamos sin ningún socorro extraño, del mismo modo debemos obrar de suerte que la humanidad se perfeccione con nuestro concurso.

Los antiguos expresaron esto ya de una manera bastante extraña con el nombre de *derecho de naturaleza*, y los sabios más modernos, paganos ellos mismos, lo llaman de un modo tan bárbaro como contradictorio, *estado de naturaleza*, cuando todos se oponen á todos, como enemigos constantemente en pie de guerra. Seguíase de aquí naturalmente que sólo existían deberes para con los que formaban parte del mismo Estado y podían reivindicar un derecho. Sólo para ellos el poder público había abolido el derecho á una violencia arbitraria. Con relación á los demás, el derecho del más fuerte continuó existiendo después como antes. (1) Con esto borraron, de hecho, de la lista de aquéllos, como un bárbaro al cual no era debido ningún miramiento, á todo el que no hablaba su lengua y no seguía sus leyes. Por su parte, la ciencia moderna, con su enseñanza sobre el hombre de naturaleza y sobre los pueblos de naturaleza,—enseñanza que no tiene más fundamento en el campo de la historia que en el religioso,—con

(1) Schmidt, *Ueber den Unterschied zwischen rœm. und germ. Rechte*, I 33, 34, 80. Mommsen, *Rœm. Gesch.*, (6) 1, 154.

sus teorías sobre las razas, aun más dignas de ser desechadas, limitan casi tan estrechamente el círculo de aquellos en quienes creemos poder encontrar humanidad ó estarles reconocidos por ella. Mas ambas tendencias están en contradicción completa con las doctrinas del Cristianismo, y, por el hecho mismo, con la verdadera humanidad.

Si tomamos de nuevo aquí, como ya lo hemos hecho á menudo, el Cristianismo y la humanidad como idénticos, más que nunca nos creemos autorizados para hacerlo. Sólo la doctrina cristiana puede decirnos que, por naturaleza, somos todos oriundos de un solo tronco, (1) y que, por la Redención en la sangre del Hijo de Dios y el destino á un mismo fin, estamos aun más íntimamente unidos los unos á los otros. Sólo la religión católica ha tenido espíritu y valor para obligar á todos los hombres, como miembros solidariamente unidos los unos á los otros, á una misma vida, á prestar juramento sobre una moral y sobre un dogma internacionales, sobrenaturales, cualidades que sólo ella posee, y que, por consiguiente, la hacen humanitaria. Ahora bien, según ella, tenemos todos la misma alma y los mismos sentimientos. Lo que obliga á uno obliga á todo el mundo; lo que produce la alegría y el dolor de uno, produce también la alegría y el dolor de otro. Lo que es justo para el uno, lo es para el otro. (2) Dios, sin cuya aprobación nadie es nada, no conoce distinción de categoría ni de color. (3) Pero todo el que le teme y se conduce bien, le es agradable, cualquiera que sea la clase ó raza á que pertenezca. (4) Nadie le ha dado cosa alguna, (5) á menos que quieran considerar como tal las faltas cometidas contra Él y la ingratitud con que pagan sus dones. Nadie tiene mérito propio por el cual se distinga de los otros. (6)

(1) Act. Ap., XVII, 26.
(2) Cf. Lactant., 6, 10, 11.
(3) Deut., X; 17. Job, XXXIV, 19. Sap., VI, 8. Eccli., XXXV, 15. Act. Ap., X, 34; XV, 9. Rom., II, 11. Gal., II, 6. Eph., VI, 9. Col., III, 25. I Petr. I, 17.
(4) Act. Ap., X, 35.
(5) Job, XLI, 2. Rom., XI, 35.
(6) Act. Ap., XV, 9. I Cor., IV, 7.

Todo lo que uno posee, lo ha recibido de Aquél que distribuye todos los dones excelentes. (1)

Esta es la razón por la cual todos se parecen en que todos han pecado y están privados de la gloria de Dios; (2) todos son deudores obligados á pagar lo que deben, vasallos de Dios, todos entre sí, por consiguiente, son, como lo dicen estas hermosas palabras, desgraciadamente perdidas, de la Edad Media, *Ebenchristen* (cristianos que tienen los mismos derechos y los mismos deberes), (3) y *Ebenmenschen* (4) (hombres que tienen los mismos derechos y los mismos deberes).

Si, pues, todos son iguales entre sí en derechos y en obligaciones humanas, todos forman también una unidad indivisible. Todos deben, en cierto modo, aprovecharse de lo que pertenece á uno de ellos, y nadie tiene derecho á considerar como inútil para sí mismo lo que es perjudicial á la totalidad. Todos son iguales en derechos personales y en independencia. Cada uno tiene necesidad de todos y nadie es útil para el conjunto. ¡Que jamás persona alguna pronuncie estas palabras irreflexivas: «¿Qué me importa eso?» ¡Que jamás nadie diga estas palabras tan poco agradables al oído: «¡Poco me importan los demás!» Porque cada uno tiene obligaciones para con todos, y todos para con cada uno. Ninguno vive tan completamente oculto, que la totalidad no pueda experimentar utilidad ó perjuicio de su parte. Toda obra, toda palabra, como la piedra arrojada á un estanque, describe círculos, de los cuales nadie conoce la extensión. Nadie sufre en secreto ó en público, sin que sus sufrimientos puedan ser indiferentes á los demás. Cada nacionalidad tiene el derecho de afirmar su

(1) I Paral., XXIX, 14. I Cor., IV, 7. Jac., I, 17.
(2) Rom., III, 23.
(3) Dietmar der Sezzer, 2 (Hagen, *Minnesinger*, II, 174). Stolle, 21 (*Ib.*. III, 7). Helbling, 2, 282, 1106; 8, 335. Hugo von Trimberg, *Renner*, 6800, 7370, 10432, 15, 275, 17, 817. Hugo von Langenstein, *Martina*, 129, 11 (Keller, 325).
(4) Pfeiffer, *Deutsche Myst.*, II, 486, 15; 616, 35. Haupt, *Zeitschr. f, deutsch. Alterth.*, IV, 575.

personalidad y de conservar sus particularidades; pero una debe respetar á la otra, protegerla en sus derechos, y todas deben aprender á vivir en buena armonía en interés del bien común.

Así, cada vocación y cada carácter puede reivindicar un derecho á ser reconocido. Ni siquiera titubeamos en decir que una simple fantasía puede también existir, suponiendo que todos los detalles permanezcan en el cuadro del conjunto, que ningún derecho sea violado y que ninguna persona sea dañada.

9. La humanidad como equidad en el derecho.— Mas no debemos callar que esta última condición es más importante de lo que á menudo se cree. Si en realidad todos los hombres fuesen completamente iguales; si cada uno dispusiese de tanto poder para hacer valer su derecho, como títulos tiene á la reivindicación y al derecho, habría entonces pocas dificultades. Pero como los derechos están distribuídos de una manera tan desigual, y como á menudo las fuerzas más grandes se encuentran del lado del derecho más pequeño, una organización de la sociedad establecida simplemente sobre la base del derecho muerto, debe conducir al abuso del derecho. Allí donde existen dos derechos en espacio reducido, cada uno debe limitarse; sin esto, el derecho que dispone de poder mayor, oprime al más débil, ó bien la guerra es inevitable.

Esto se aplica particularmente á las relaciones de las clases sociales entre sí. Que el rico que obra como si no tuviese necesidad del pobre, que el fuerte que olvida que el débil también tiene derechos, reflexionen detenidamente que, en este caso, la reacción de la resistencia ó la violencia se hace inevitable por su culpa.

El Paganismo, que no conocía la solidaridad de la humanidad entera, el mismo derecho para todas las condiciones y todos los individuos, dejó que cada uno se arreglase como pudiese con relación al derecho privado. Mientras que, en el derecho público, se le arrebataba todo al individuo, en las relaciones con los particulares, le trasmitía

la explotación de su poder, sin contrapeso alguno, por su creencia en un poder más elevado, al cual estaba obligado, en conciencia, á rendir cuentas. En la antigüedad, la vida pública estaba, sin duda, establecida sobre la justicia, pero sólo de un modo nominal, pues, en realidad, una tal justicia vana no es otra cosa que el derecho exclusivo del más fuerte, (1) un egoísmo grandioso, establecido sistemáticamente. (2) De aquí que esta justicia pagana tan rígida, que tuvo su mayor esplendor en el derecho romano, no procediese sino como si el hombre no existiese más que para hacer experiencias con la idea muerta del derecho. Según esta manera de ver, la ley no se ha dado para el hombre, sino que el hombre está hecho para que se pueda estudiar en él la aplicación de las leyes. Poco importa que el mundo perezca, con tal que el legislador tenga el honor de ver realizados sus principios. Inútil tratar de saber si esto es ó no justicia. Si, como toda virtud natural, la justicia ocupa el término medio, (3) un exceso tan exclusivo debe necesariamente degenerar en corrupción.

De aquí que el espíritu cristiano haya dispuesto, desde el principio, toda práctica de la justicia. (4) Lo que este espíritu tiene de particular, comparado con el pagano, relativamente á la cultura de la justicia, es que siempre, á la exigencia del derecho, la exhortación á la justicia y á la dulzura, ó, como ahora decimos, á la humanidad. (5) Lo que con frecuencia y ante todo se propone obtener el Humanismo, es el supuesto derecho formal, es decir, para expresarnos de una manera psicológica y popular, la gloria de un pensamiento consecuente. El espíritu cristiano prefiere renunciar á esta alabanza halagadora, únicamente para salvar la gloria de la acción humana. (6) Exige, pues,

(1) Ihering, *Geist. des rœmischen Rechtes*, (3) I, 107 y sig.
(2) *Ibid.*, I, 319 y sig. Ahrens, *Jurist. Encyklop.*, 365 y sig. Rœder, *Grundgedanken des rœmischen und germanischen Rechtes*, 71, 122.
(3) Aristot., *Eth.*, 5, 4, 5 (7, 8). Thomas, 2, 2, q. 58, a. 10.
(4) Eccl., VII, 17. Isidor. Polus., 3, ep. 320. Ambros., *De poenit.*, 1, 1. Fulgentius Ferrandus, *Ad Rheginum comitem parænet.*, c. 18.
(5) I Cor., VI, 12; X, 22. Lactant., 5, 14.
(6) Haulleville, *Definition du droit*, 342-360.

ante todo, que todos y, naturalmente en primer lugar, todos los que, fuera del derecho, poseen aún el poder, hagan uso de su propio derecho, considerando que todos tienen el mismo derecho, es decir, que otros también tienen, al lado de ellos, su sitio y valor.

Las leyes anglo-sajonas, que fueron establecidas bajo la influencia de los monjes, y en las cuales la realización de esta manera de ver se manifiesta del modo más evidente, exigen, ya en la redacción de las leyes, que se considere, en primer lugar y ante todo, la utilidad del pueblo, de tal suerte, que quede asegurado el Cristianismo, toda injusticia suprimida, y que el país entero se aproveche de ello. (1) Que se establezca únicamente el derecho de Dios, y con sólo esto, ricos y pobres participarán del derecho del pueblo. (2) Mas por lo que concierne á la ejecución de las leyes, el primer principio según el cual todo lo demás debe reglamentarse, es el siguiente: Que cada uno empiece por pensar en sí mismo; es decir, que antes de impedir la injusticia ajena, corrija su propia injusticia, y haga á los demás la justicia que quisiera que ellos le hiciesen á él. (3) Pero los que tienen más fuerza y poder deben poner un freno al ejercicio de su derecho, lo mismo que á sus exigencias para con los hombres débiles, pues el hombre poderoso y el hombre débil no son iguales, y, por consiguiente, no pueden soportar la misma carga. (4) Aun más; aunque el débil lleve una carga más pequeña que el fuerte, es, no obstante, con frecuencia más pesada que la de este último. Hágase, pues, de modo que las exigencias, el juicio y el castigo sean siempre justos, y que, por temor á Dios, se atemperen de tal modo, que de ellos se pueda siempre responder ante Dios, que el mundo pueda soportarlos, que el pueblo se aproveche de ellos, y que un gran bien no se pierda por causa de otro más pequeño, ya que todos tene-

(1) Æthelreds, *Gesetze*, IV, 40 (Concil. Ænham.). Schmidt, *Gesetze der Angelsachsen*, 2 Auflage, s. 232, 270. Knuts, *Gesetze*, II, 11, p. 276.
(2) Knuts, *Gesetze*, II, 1, p. 234.
(3) Æthelreds, *Gesetze*, IV, 42, 49, p. 270.
(4) *Ibid.*, IV, 52, p. 234.

mos necesidad de la gracia. Que el poderoso piense bien lo que desea para sí mismo, cuando dice: «Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido.» (1)

Con estos principios tan humanos como cristianos, por medio de los cuales todo peligro de una sublevación política y social queda conjurada en germen, no se ataca á ningún derecho, pues el Cristianismo no reconoce ningún derecho que no haya germinado en el terreno de la justicia. Pero al lado de cada derecho y de cada práctica de justicia, pone la equidad, y después coloca las dos bajo la protección de la religión, (2) única, según el juicio de la mayoría, que es capaz de conciliar cualidades tan opuestas.

El que quiera ver claro, que mire si aquí la religión y lo sobrenatural causan perjuicio á la vida natural, ó si, antes bien, la perfeccionan. Precisamente es esta la concepción religiosa del derecho que, en las leyes cristianas de la Edad Media, produjo la idea sublime de la piedad en el derecho. (3) No hay necesidad de cortar el árbol porque algunas orugas lo roan, ni se arranca un manzano porque un gusano se haya introducido en unos de sus frutos. (4) Estos proverbios recuerdan al dueño del jardín y del campo del Evangelio, el cual concede tiempo á la higuera y conserva la cizaña por amor al grano. Pues, según la fe cristiana, no es solamente la vida religiosa la que constituye el culto de Dios, sino que también la práctica del derecho es una imitación de Dios. Dios es el derecho, y todo derecho viene de Él; así, pues, la gracia está por encima del derecho, y éste no puede jamás subsistir sin aquélla.

Por consiguiente, jamás será censurado nadie por haber hecho uso de su derecho, pero tampoco jamás ninguno se-

(1) Knuts, *Gesetze*, II, 2, p. 270, 272. Æthelreds, *Gesetze*, IV, 53, p. 234. Wilhelms, *Gesetce*, I, 39, p. 344.
(2) Cf. Thomasin von Zerclaere, *Der Wælsche Gast*, 13, 599 y sig. Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichw.*, 1, 57 y sig.; 7, 596 y sig. p. 4, 397.
(3) Graf und Diether, p. 398 y sig.
(4) Düringsfeed, *Sprichwœrt. der german. und roman. Sprachen*, II, 133 y sig., n. 341.

rá exento de censura, si explota su mismo derecho sin consideración á Dios, autor y conservador del derecho, y sin miramientos para con el prójimo. Puédese muy bien tener razón y cometer injusticias. No es muy fácil hacer uso del derecho y obrar siempre bien. Esto no es posible sin los principios cristianos, los cuales, no sólo deben estar en la cabeza, sino también en el corazón. La justicia es ya una virtud que puede hacer á un hombre completo. (1) Mas no es fácil practicar la verdadera justicia y saber sostenerse sin exageración en el término medio. En cuanto á la unión de la justicia y de la caridad, es cosa que no se encuentra realizada sino en un pequeño número, y que nadie realizará, á menos de imitar á Dios, en quien esta unión se realiza de la manera más perfecta.

10. La Religión como protección de la humanidad.—¿Por qué teme, pues, el hombre arrojarse sin reserva en los brazos de Dios? Abandonémosle sin inquietud el cuidado de nuestro honor, nuestro derecho, lo mejor que hay en nosotros; pero estemos también penetrados de un santo respeto por el honor, el derecho, el bien de cada individuo, pues el Señor tiene por todo esto una solicitud tan grande como si se tratase de Él mismo. «Quien os tocare á vosotros—dice—toca en las niñas de mis ojos.» (2) Lo sobrenatural no destruye lo natural, sino que lo eleva y lo consolida. ¡Cuán poco vale el hombre, allí donde no reina el Cristianismo! ¡Cuán sagrada es su dignidad para aquél en cuyo corazón reina la fe! El cristiano no oprime al criado como si estuviese hecho de barro distinto; es verdad que exige de él que le sirva, pero le deja vivir de una manera digna del hombre, y le manda con dulzura y afabilidad lo que de él exige, porque respeta en él á Dios, acordándose de la humanidad que ha hecho con su propia mano, y á la cual ha dado una prenda inestimable de amor; su propio Hijo. (3) El cristiano no arroja con desdén un pedazo de pan al que está en la indigencia, para que cese de importunarle, pues se considera como el servidor de los pobres y de los débiles, porque reconoce á éstos como los compañeros de Aquél que se hizo su igual para hacerlos fuertes y ricos. El cristiano no se une á la mujer para dominarla y hacer de ella su dócil esclava; la respeta y la rodea de cuidados, y esto tanto más voluntariamente cuanto que más abandonada está, cuanto menos posee lo que es preciso para atraerse las gracias del mundo, y esto en homenaje á Aquella que es honor y ornamento de las mujeres y que nos ha dado á Aquél que es nuestro honor. (1)

(1) Cf. Parte 1.ª, conf. XXIV, 3.
(2) Zach., II, 8.
(3) Thomasin von Zerclaere, *Der Wælsche Gast*, 7865-7870.

No es ni homenaje, ni adulación, ni culto de los sentidos, lo que el culto cristiano de la familia encierra en sí; es incomparablemente mucho más; es la verdad, la gravedad, el honor, y, por encima de todo esto, una consagración religiosa. Elevando á la mujer á tanta altura, el Cristianismo tuvo por objeto devolverle el honor perdido, poner su virtud y su acción social bajo una protección cierta, es decir, religiosa. Y lo ha conseguido, predicando en su fe el principio de humanidad que obliga al fuerte á prestar al más débil cuidados más grandes, y á abandonar algo de su poder en favor de aquel que es igual en derecho, pero desigual en poder.

Así es como, bajo todos los aspectos, se puede ver que la verdadera religión y el verdadero Cristianismo no son, no ya un obstáculo para la humanidad, sino el manantial, así como la base cierta y durable, de ella. El que ama á Dios, ama tambien su imagen. Los hombres que no quieren servir á Dios, jamás saben dónde deben colocar al hombre. Hoy le colocan sobre un altar, de cuya altura han derribado á Aquél que ocupaba el primer lugar; mañana le pisotearán. Le prodigan incienso, mientras puede satisfacer su orgullo, su avaricia, su pasión.

Pero una vez explotado, debe reflexionar y ver quiénes han tenido intenciones más rectas acerca de él, si los hom-

(1) Heinrich Seuse, *Leben*, 20 *Cap.* (Denifle, I, 72 y sig.).

bres ó el Verbo de Dios. Se conoce al hombre verdadero, no cuando se le examina con una luz artificial, sino cuando se le mira á la luz del cielo. Allí donde las cosas humanas se juzgan según Dios, no es posible errar. El que adora á Dios, no exagera el valor de las cosas humanas en detrimento de la justicia, sino que teme también, si quisiese quitar al hombre algo de su verdadero valor, herir á Aquél que le ha creado y le lleva siempre de su mano. Unicamente respeta á la humanidad el que ama á Dios con todo su corazón, á Dios, á quien la humanidad debe doblemente su verdadero y único honor.

Esta es la razón por la cual toda la humanidad se mantiene en pie ó cae, con los dos preceptos en los cuales se encuentra comprendida la perfección cristiana. El uno es la base fundamental, eterna, sólida, de la humanidad, y está comprendido en estas cortas palabras: «Amarás á Dios con todo tu corazón.» El segundo es el resumen más corto de la doctrina de la humanidad, y se expresa en estos términos: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo en Dios.» [1]

(1) Augustin, *Ep.* 258, 2, 4.

Apéndice

LAS BELLAS ARTES AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD Y DEL CRISTIANISMO

1. Gran importancia de lo sensible.—Los hijos del mundo son, en su clase, más prudentes que los de la luz, [1] pues saben apreciar muy bien la manera como el hombre, y no solo el hombre ordinario, sino también el más instruído, experimenta la influencia de la naturaleza sensible. De aquí que, cuando quieren propagar sus maneras de ver y sus tendencias, jamás se descuidan de vestirse ese hábito con el cual tienen más fácil y seguro acceso en los corazones. Bajo este concepto, podríamos recibir lecciones de muchos de ellos.

Sin duda que la Iglesia no tiene necesidad de esto; en todo tiempo ha apreciado las bellas artes, y de ellas ha hecho uso para abrir á sus principios el camino de los corazones, probando muy bien con esto que, no sólo es una institución sobrenatural, sino que tiene al mismo tiempo el poder y la vocación de perfeccionar la naturaleza y la humanidad.

Pero cuanto más influencia ejerce en este campo y cuanta más seguridad tiene de ser invencible, mientras no se le arroje de él, con mayor tesón las tendencias que desean quebrantar el poder del Cristianismo procuran unirse para conmover el puesto que ocupa. Y como no parece prudente manifestar en público el fin de estas tendencias, también aquí prefiere el enemigo transformarse en ángel de luz, el cual, bajo la apariencia de un piadoso celo, tiende á suplantar á los Santos. De aquí provienen esos piado-

(1) Luc., XVI, 8.

bres ó el Verbo de Dios. Se conoce al hombre verdadero, no cuando se le examina con una luz artificial, sino cuando se le mira á la luz del cielo. Allí donde las cosas humanas se juzgan según Dios, no es posible errar. El que adora á Dios, no exagera el valor de las cosas humanas en detrimento de la justicia, sino que teme también, si quisiese quitar al hombre algo de su verdadero valor, herir á Aquél que le ha creado y le lleva siempre de su mano. Unicamente respeta á la humanidad el que ama á Dios con todo su corazón, á Dios, á quien la humanidad debe doblemente su verdadero y único honor.

Esta es la razón por la cual toda la humanidad se mantiene en pie ó cae, con los dos preceptos en los cuales se encuentra comprendida la perfección cristiana. El uno es la base fundamental, eterna, sólida, de la humanidad, y está comprendido en estas cortas palabras: «Amarás á Dios con todo tu corazón.» El segundo es el resumen más corto de la doctrina de la humanidad, y se expresa en estos términos: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo en Dios.» [1]

(1) Augustin, *Ep.* 258, 2, 4.

Apéndice

LAS BELLAS ARTES AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD Y DEL CRISTIANISMO

1. Gran importancia de lo sensible.—Los hijos del mundo son, en su clase, más prudentes que los de la luz, [1] pues saben apreciar muy bien la manera como el hombre, y no solo el hombre ordinario, sino también el más instruído, experimenta la influencia de la naturaleza sensible. De aquí que, cuando quieren propagar sus maneras de ver y sus tendencias, jamás se descuidan de vestirse ese hábito con el cual tienen más fácil y seguro acceso en los corazones. Bajo este concepto, podríamos recibir lecciones de muchos de ellos.

Sin duda que la Iglesia no tiene necesidad de esto; en todo tiempo ha apreciado las bellas artes, y de ellas ha hecho uso para abrir á sus principios el camino de los corazones, probando muy bien con esto que, no sólo es una institución sobrenatural, sino que tiene al mismo tiempo el poder y la vocación de perfeccionar la naturaleza y la humanidad.

Pero cuanto más influencia ejerce en este campo y cuanta más seguridad tiene de ser invencible, mientras no se le arroje de él, con mayor tesón las tendencias que desean quebrantar el poder del Cristianismo procuran unirse para conmover el puesto que ocupa. Y como no parece prudente manifestar en público el fin de estas tendencias, también aquí prefiere el enemigo transformarse en ángel de luz, el cual, bajo la apariencia de un piadoso celo, tiende á suplantar á los Santos. De aquí provienen esos piado-

(1) Luc., XVI, 8.

sos suspiros sobre la sensualidad y el espíritu mundano, á cuyo empuje, según ellos, debió sucumbir el Cristianismo entre las manos de la Iglesia, esas erupciones de cólera que todo lo condenan, esas vigorosas sentencias bíblicas contra el espíritu de la Edad Media, que debió atraer sobre sí la maldición divina á causa de su sensualidad.

Sonreímos á veces cuando contemplamos los diversos campos en que se manifiestan estas tendencias, y la manera como los novelistas, los historiadores, los estetas, los teólogos protestantes, los literatos, en una palabra, los humanistas de toda especie, se ayudan fraternalmente en esta lucha solapada. Todos ellos continúan en este punto lo que comenzó la gran herejía del siglo XVI. (1) Si se llegara á imponer como espíritu común de los pueblos cristianos el espíritu que en aquella época dominó en tantas esferas, muy pronto se daría buena cuenta del mismo Cristianismo.

En efecto, en aquellos tiempos, regiones enteras arrojaban como lastre inútil, y aun perjudicial, el elemento externo de la Iglesia, la liturgia, los Sacramentos, desplegándose un celo extraordinario contra todo ornamento artístico de las iglesias, contra toda pompa del culto divino, de tal modo, que la destrucción de las estatuas y de los edificios sagrados era considerada como el signo más seguro de un puro sentimiento evangélico. Y entre tanto los enemigos de la fe contemplaban aquella devastación inactivos y burlones, contentándose únicamente con deslizar de vez en cuando, en los oídos de aquellos celadores, una pequeña palabra de aliento, demostrando con ello que comprendían muy bien las necesidades de la época y su *sublime* empresa, como servidores de una religión verdadera y purificada, á fin de que no se hartasen de su vandalismo. Preveían que las cosas llegarían al punto á que han llegado, y veían que una religión que se ha evaporado de tal modo, que sólo posee ya algunos elementos espirituales, los cuales, por otra parte, han sido escogidos arbi-

(1) V. *supra*, IX; XI, 11, 12.

trariamente, ya no produce efecto alguno sobre el hombre, cuya naturaleza espiritual sólo es accesible por la naturaleza sensible. Desgraciadamente, no se engañaron; los reformadores de la Iglesia eran más prudentes que sus ciegos instrumentos.

Sin duda que nadie es tan imprudente, tan antievangélico y anticristiano, que no abrigue todavía en sí un resto de adhesión á la Iglesia. Pero, sin embargo, tampoco es con frecuencia bien comprendida, por nuestra parte, la importancia de lo sensible para el cumplimiento de la empresa moral y religiosa del hombre. No obstante, lo sensible es parte esencial de la naturaleza humana. Jamás podrá prescindir el espíritu de su colaboración, si quiere cumplir sus obligaciones. Imposible es reaccionar contra él, formarlo y ennoblecerlo, si no se sirve uno de medios sensibles, ya que sólo por ellos se puede influir sobre él. Esta es la razón por la cual Jesucristo, que, como Dios y como hombre, ha traído la religión perfecta del cielo á la tierra, de Dios á los hombres, establecióla como religión divina y humana á la vez, natural y sobrenatural, es decir, bajo la forma de una comunidad humana, que es una asociación externa, que produce acciones externas, en una palabra, bajo la forma de una Iglesia visible, que posee medios de salvación sensible. (1)

Pero es de la más alta importancia conocer la manera y la forma como el mundo físico externo obra sobre el hombre. De aquí que no baste á la Iglesia de Jesucristo revestir de formas sensibles su culto divino, y representar al hombre sus doctrinas con simbolismo externo; sino que, por lo contrario, ha procurado dar á esta exterioridad la forma más conveniente y atractiva.

Y no sin razón. Porque el espíritu del hombre está tan estrechamente unido á la naturaleza sensible, que, á pesar de su sublimidad, no puede evitar cierta dependencia con respecto á ella. Ahora bien, puesto que esto es así, preciso es tener gran cuidado con el mundo externo y con la sensi

(1) Cf. *supra*, X, 5 y sig. XI, 8, 10.

bilidad, cuando se trata de educación, de moral, de ascetismo y de religión. No queremos decir con esto que no sean posibles ciertos excesos en estas materias; como ocurre en todas partes, también cabe aquí la exageración, y, de hecho, se ha exagerado. Hubo un tiempo en que la ornamentación de las iglesias estaba sobrecargada, y en que la pompa en las solemnidades públicas, particularmente la música, de tal modo era abusiva, que, lejos de fomentar, turbaba la devoción y la piedad. Personas hay que no pueden orar sin arreglar de un modo pintoresco los pliegues de su vestido, sin disponer su rostro y sus manos como si quisieran fotografiarse. Aquí es donde lo accesorio perjudica á lo esencial. Estamos muy lejos de defender esto; pero por causa de tales defectos, que se encuentran aislados en muchos cristianos, no queremos conceder al mundo el derecho de condenar á la Iglesia, y sobre todo al mundo actual, ya que la educación moderna pone precisamente la estética por encima de la transformación interior moral y religiosa, y aun en lugar de lo que es bueno y ordenado, y cree que las reglas de la compostura y de las buenas formas externas pueden reemplazar á la religión. Esto equivale á convertir el medio en fin, y á postergar al hombre, considerando únicamente el vestido.

Pero, por otra parte, no podemos negar que este extremo reconoce por causa, con más frecuencia de lo que muchos se figuran, esa disposición á querer considerar al cristiano como un ser sobrehumano, sin que se piense en purificarlo exteriormente, de modo que se le haga digno del hombre por una confianza mal fundada en Dios y en la gracia, que tiende á alcanzar directamente los más elevados fines, sin emplear los medios naturales correspondientes. De aquí que no nos asombremos de que el éxito de tantos loables esfuerzos no sea mayor, y que podamos familiarizarnos tan difícilmente con una época á la cual hemos llegado á ser extraños, y que, por formación, no entiende, por decirlo así, otra cosa que el refinamiento externo, si la piedad cree deber prescindir de las reglas de

las relaciones distinguidas, y libertarse la virtud de las leyes de la belleza, de la dignidad y de la amabilidad. Sabemos muy bien que el hábito no hace al monje, pero, á pesar de esto, es de mucha importancia saber si lleva este hábito y cuál es este hábito, especialmente cuando debe ganar un mundo convencido de que todo lo hace el hábito.

Ciertamente, deploramos en el alma que, bajo nobles formas externas, se oculte un espíritu vulgar, egoísta, inmoral; pero, ¿debemos creer por esto que un espíritu deba conducirse de un modo repugnante, si quiere permanecer noble? ¡Cuántas veces hemos notado que el espíritu que ha creído poder prescindir de formas externas, adopta, sin que se aperciba de ello, un natural grosero, precisamente porque prescinde de ellas! El que conoce al hombre, sabe que no puede ennoblecerse al espíritu más que con una severa disciplina externa. Así, pues, el que quiere realizar el ideal de un hombre completo y de un mundo perfecto —y este es el fin que se propone el Cristianismo—debe procurar fundir en una sola pieza una nueva criatura, y esto por medio de lo interior y de lo exterior, de lo natural y de lo sobrenatural, de lo sensible y de lo moral. (1)

2. Lo bello desde el punto de vista de la estética natural y de la humanidad. ¿Tiene el arte finalidad por sí mismo? Moral y estética.—Esta unión armoniosa de lo sensible y de lo espiritual constituye la belleza. Que nadie se asombre si en una obra que trata de las costumbres y de la civilización cristiana, hablamos también de la legitimidad y necesidad de la cultura de la belleza. Precisamente es éste el lugar adecuado para ello. El perfeccionamiento moral del hombre y de la humanidad es inseparable de cierto refinamiento artístico. Jamás alcanzará su objeto la educación moral sin cierta educación estética, y menos lo logrará el arte sin ennoblecimiento moral. El arte y la moral van siempre estrechamente unidos. Tal es el arte de una época, tales sus costumbres;

(1) Cf. Conf. XXI, 4 y sig. y XX, 7.

tal la moral de un pueblo, tal su arte. Toda la historia de la civilización prueba este principio.

Entre los artistas y los críticos está de moda afirmar que, según la expresión de Schiller, el arte lleva su fin en sí mismo; [1] en otros términos, que no hay necesidad de ocuparse en las leyes de la moral, antes bien, que el arte tiene libertad completa para formular por sí mismo sus leyes sobre la belleza, sin consideración alguna á la virtud y á las conveniencias. Y aun se permiten decir que hablar de obligación moral en el arte, es un lenguaje propio de pedantes. [2] La belleza es completamente independiente de la moral; buscar la edificación en un poema, aun cuando sea la *Mesiada*, sería tan insípido, como si uno quisiese escandalizarse de la lectura de algunos versos arriesgados de un poeta corrompido. [3] Pero, desgraciadamente,—exclaman—hay pocos hombres que tengan la virtud de distinguir el juicio estético del juicio moral. [4] ¡Como si fuese necesario para ello una virtud intelectual especialísima! ¡Como si todos los malbaratadores de la literatura y del arte, todos los forjadores de hemistiquios y todos los pintores de brocha gorda no procurasen precisamente indemnizarse de su falta de inteligencia, especulando con el modo de excitar la sensibilidad, y no procurasen dar relieve á las cosas horribles, con tanto mayor afán cuanto que más nula es su aptitud para la belleza!

Pero refutar á fondo semejantes enormidades,—ya que así debe calificarlas todo hombre serio que no ignore la bajeza y la corrupción que engendran—sería perder el tiempo, ya que evidentemente son prueba de la verdad de que la moral es el juez del arte. Únicamente para garantirse contra el juicio aplastador de la ley moral, y al propio tiempo contra el de la conciencia, que no puede dejar de aprobarlo,

(1) Schiller an Gœthe, *Brief*, 354, I, 343.
(2) Carrière, *Æsthetik*, (1) I, 97.
(3) Schiller, *Ueber die æsthetische Erziehung*, 26 *und* 22 *Brief.* Stuttgart, 1836, XII, 134, 112.
(4) Lemke, *Populære Æthetik*, (3) 48.

se ha inventado el horrible principio, según el cual la moral y la estética nada tienen de común.

Así, pues, es inútil perder el tiempo para decir que la belleza no puede ser separada de la verdad y del bien. Para dar nuestro asentimiento á este principio, no tenemos necesidad de una Revelación sobrenatural. Lo que no se oscureció á los paganos, [1] á saber, que la belleza, el bien y la verdad debían constituir una sola cosa según su naturaleza, deben comprenderlo todos en cualquier tiempo y lugar. Tal es el dogma fundamental de toda verdadera estética. Nada puede ser bello, si no es verdadero y bueno. Sólo cuando una idea, á la vez verdadera y moral, se reviste de una envoltura sensible, que á ella responda de modo *adecuado*, tenemos lo bello. La expresión sensible debe necesariamente, para nosotros, formar parte de la belleza, ya que no somos capaces de comprender la belleza puramente espiritual. [2] Pero también es completamente necesario que la envoltura externa responda en absoluto al contenido espiritual que se oculta en ella. Cuanto más la forma externa sea adecuada expresión de la verdad y del bien que se manifiestan de lo interior á lo exterior, mejor se realiza la idea de la belleza. De aquí que pueda ocurrir que una cosa sea verdadera y buena, pero no bella, porque la forma externa no está, por lo menos completamente, en armonía con su valor interno. Ahora bien, una cosa á la cual falten la verdad y la bondad internas, jamás podrá ser bella exteriormente.

No sin motivo, decimos la *verdad interna*, la *verdad moral*. La simple imitación de la realidad no es, ni mucho menos, ni el arte ni la realidad, ya que en este caso, el esqueleto de una obra maestra, ó la fotografía de un sapo ó de un cadáver roído de gusanos, también serían bellos. Reproducción fiel de la naturaleza y belleza son ideas tan diferentes como las palabras agradable, seductor, encan-

(1) Cf. Parte II, XIX, 2, 3.
(2) Thomas, 1, q. 5, a. 4, ad 1; 1, 2, q. 27, a. 1, ad 3. Cf. *Exposit. in Dionys. de div. nom.*, c. 4, l. 5.

tador, subyugador, son completamente diferentes de la de belleza. Pertenece á lo bello, si no una perfección moral, por lo menos serios esfuerzos para llegar á ella; por consiguiente, un conocimiento claro y preciso de lo que es bien y bondad, de lo que es lícito y obligatorio. Añádese á esto la voluntad decidida de cumplir los deberes relativos á la verdad reconocida, rechazando resueltamente los atractivos de una sensualidad corrompida y de un corazón inclinado al mal, y, finalmente, el orden, la armonía, la justa medida en la representación externa, cosas todas por las cuales aparece expresado, por modo digno y agradable, el fondo, de tal suerte, que también los sentidos externos queden satisfechos.

Es, pues, un signo lamentable de ignorancia el querer referir simplemente la belleza á sentimientos vagos é indefinibles. Esta confusión engendra esa atmósfera tibia, semioscura, en que la sensualidad corrompida se encuentra á sus anchas, pudiendo proseguir sus malas acciones.

De lo que acabamos de decir, se deduce que el campo de la belleza admite, no sólo la más rigurosa claridad, sino que hasta la exige. La belleza, según su fondo, se confunde con la verdad y el bien; así, pues, está sometida á todas las leyes que rigen á éstos, es decir, á las reglas de la lógica y de la moral. La forma externa está sometida á las mismas leyes que cada una de nuestras acciones y nuestras palabras en la vida pública y privada.

Que los poetas, los pintores y los críticos se asombren ó se disgusten, si les place, á causa de esto; que se lamenten diciendo que esto es profanar el arte con mano grosera, que es arrancarle las alas, despojarle de lo que tiene de más hermoso, de su perfume delicado, que hace de él el arte; que digan que únicamente puede hablar así un bárbaro extraño á las musas desde su infancia; á nosotros semejante erupción de mal humor no nos turba en manera alguna, ya que no daríamos un céntimo por todo lo que el arte produce, por todas las sentencias autoritarias y por todas las frases retumbantes de la estética, si no se

justifican por las más severas reglas de la verdad y el bien. Que se hable de transubstanciación del arte, de obra maestra del porvenir, ó de todo lo que se quiera; todo ello nos es igual; pero que se confiese que lo que no resiste la prueba de las leyes de la lógica, es falso, y lo que no resiste á los diez mandamientos, es inmoral.

Desde el punto de vista de la estética y de la humanidad, sólo es bello, lo que, en sí mismo, es lógicamente verdadero y moral, y lo que, considerado en su forma externa, es capaz, de acuerdo con las leyes matemáticas, geométricas, gramaticales, ópticas y métricas, de expresar este pensamiento verdadero y bueno, (1) de tal suerte que, por los sentidos y la imaginación, penetre en el espíritu de aquél que debe gozar de él, en la misma medida en que ha brotado de la inteligencia de aquél que lo realiza.

3. Las reglas fundamentales de la estética cristiana.—No es, pues, de extrañar que la verdadera belleza sea tan escasamente realizada por manera pura y completamente satisfactoria. En efecto, son necesarias numerosísimas condiciones para que algo pueda llamarse bello sin restricción. Si esto se aplica ya á la belleza natural, con mayor razón lo es cuando se trata de revestir las verdades sobrenaturales de un vestido natural, verdad es, pero que les cae perfectamente. Pues tal es la misión del arte cristiano.

Como el natural, el arte cristiano debe representar igualmente las ideas de lo verdadero y de lo bueno. Pero no es menos cierto que las verdades de la fe no excluyen una sola verdad de la razón, y que la perfección sobrenatural supone la virtud puramente natural, y aun la contiene. Así, pues, nada de lo que es admisible en el arte natural queda excluído del sobrenatural. El Cristianismo sólo considera como pecado y mentira lo que ya lo es tal por naturaleza. Si, pues, hay que condenar algo desde el punto de vista del arte cristiano como falso y malo, este

(1) Aristotel., *Metaph.*, 12, 3, 11.

algo tampoco puede ser aprobado por la estética natural; y, recíprocamente, lo que resiste al juicio de ésta, no puede ser ordinariamente prohibido al artista cristiano. Claro está que el lugar y las circunstancias limitan á éste. Cuando el arte deba ser puesto al servicio de lo que es santo y sagrado, ha de ser comprendido y ejecutado de modo distinto que si se trata únicamente de fines profanos. El artista encargado de representar en bronce, en una plaza pública de su ciudad natal, un santo que fué al propio tiempo un gran sabio, debe naturalmente representarlo de un modo completamente distinto que si lo esculpiese en piedra sobre su tumba ó en madera sobre un altar.

Vemos por esto que el arte cristiano tiene la misma doble misión que la ciencia sagrada y la vida cristiana en general. El sabio cristiano tiene el derecho de cultivar todas las ramas de un estudio humano legítimo; el cristiano puede aceptar todo empleo y todo trabajo que se concilie con el honor y la virtud del hombre. Pero hay también un segundo campo más elevado, el cual nos ha sido abierto únicamente por la Revelación, y comprende las verdades sobrenaturales de la fe y las virtudes cristianas y sobrenaturales propiamente dichas. Éstas constituyen el objeto propio de la doctrina referente á Dios. Si las verdades naturales son aquí proclamadas, é inculcadas las virtudes de la vida ordinaria, debe hacerse esto siempre de un modo especial, es decir, teniendo en cuenta la empresa sobrenatural del cristiano.

Lo mismo se aplica exactamente al arte. En ninguna época ha limitado jamás la Iglesia á este último, aun cuando se tratase de su culto, en tal forma, que le haya prohibido todo lo que mira á la estética profana; pero con razón exige que nadie use de esta libertad sin tener en cuenta los miramientos debidos á la dignidad de la casa de Dios, al culto de Dios y al fin de la vida cristiana. Por eso debe insistir, como es completamente natural, en que el arte, allí donde debe y quiere manifestarse como arte cristiano propiamente dicho, tenga en cuenta el aspecto

cristiano, es decir, el aspecto sobrenatural de la religión; por consiguiente, para que elija, como objeto, la representación de las doctrinas y hechos de la Revelación, así como los modelos de la vida cristiana.

La primera empresa del arte cristiano consiste, pues, en procurar apropiarse el contenido dogmático y moral de la Revelación, empapando en él su espíritu y su corazón en el mayor grado que le sea posible. Hablamos del artista cristiano. Grave error es pensar que los preceptos del Cristianismo conciernen únicamente al cristiano, y no al artista como tal, siendo una gran ilusión pretender que el Cristianismo tiene por exclusivo dominio la religión y la moral, y que no se refiere para nada á lo estético. Desgraciadamente, de tal modo se halla difundida esta manera de ver, que uno de nuestros autores más populares, el cual ciertamente no ha escrito una línea sin que fuesen puras sus intenciones, ha llegado á atacar así, de un modo soberanamente injusto, toda la vida artística de la Iglesia, llegando hasta el extremo de dejarse arrastrar á una afirmación que, si se tomase en serio y se desarrollase lógicamente, arrebataría todo el campo de la civilización al Cristianismo para entregárselo al mundo profano. «Es—afirma Alban Stolz, pues á él nos referimos — una invención mentirosa, inspirada por un celo ciego por la Iglesia, el pretender que el Cristianismo ha elevado el arte y aun lo ha perfeccionado. El arte es un bien puramente temporal al alcance de los buenos y de los malos. Los santos se han ocupado siempre muy poco en estética. Ninguna obra maestra de arte cristiano, sin exceptuar de ellas la más hermosa catedral gótica, puede compararse con un templo pagano como el Parthenon, y los clásicos paganos Schiller y Gœthe son, sin duda alguna, poetas más grandes que Geibel y el autor de *Amaranto* y de la *Mesiada* —¡como si estos fuesen los más grandes artistas cristianos!—Así, pues,—concluye—el arte no pertenece á la naturaleza de la Iglesia, como tampoco Jesucristo sobre la cruz, objeto de nuestra mayor veneración, es bello, esté-

ticamente hablando; es, pues, soberanamente superfluo que hombres pertenecientes á la Iglesia aspiren á convertirse en artistas.» [1]

Esta declaración, hecha en el tono contradictorio y paradójico propio de este autor, encuentra una explicación y una excusa en la lucha legítima contra esas exageraciones que quisieran hacer evaporar el Cristianismo en lo romántico y en la pedantería elegante. Ciertamente, la religión es algo más que la estética, y el artista en manera alguna es un pontífice. Sin embargo, la estética forma parte de la vida cristiana, y el artista tiene la misión de ayudar al sacerdote en su enseñanza y en los esfuerzos que hace para ennoblecer y purificar el corazón y las costumbres. Ahora bien, para que pueda hacer esto, debe atesorar la misma fe y el mismo espíritu que aquéllos por los cuales el sacerdote enseña y obra.

Acabamos de tocar con esto un punto que nos descubre la segunda misión del arte cristiano. El arte es igualmente un medio, y no el último, del cual se sirve la Iglesia para desempeñar su papel de educadora del género humano. Nadie afirmará en serio que el arte forma parte de la naturaleza de la Iglesia, y que el Cristianismo no puede existir sin este sostén; esto equivaldría á confundir el medio y el fin, la materia y el ornamento; pero se trata de algo muy distinto.

Sabemos que no puede bastar á la religión cristiana ejercer su poder sólo en el interior del hombre, sino que debe también penetrar de su espíritu al mundo de los sentidos y la conducta externa del ser humano. Con demasiada frecuencia hemos dicho que, aun para ennoblecer al espíritu humano, no puede prescindirse de medios sensibles. Pero es imposible perfeccionar por modo igual al hombre completo, es decir, al hombre interno y al externo, si no se vale uno de todos los medios con los cuales pueda obrar sobre el corazón, la imaginación y la sensibilidad, lo mismo que sobre el espíritu y la voluntad. Ahora bien, sin

(1) Alban Stolz, *Besuch bei Sem, Cham und Japhet*, (4) 43 y sig.

duda alguna, el culto de lo bello tiene su importancia entre estos medios. Si, pues, las costumbres externas, las instituciones de la vida y la civilización entera de la humanidad deben ser penetradas del espíritu cristiano, el arte no puede ser suprimido del número de los medios de educación cristiana. Si el Cristianismo no ha resuelto por completo su misión mientras no se haya apoderado del hombre completo, y lo haya ennoblecido, lo que entraña, por consiguiente, el aspecto sensible de éste, el espíritu cristiano tiene el sagrado derecho de recurrir al arte en el campo de su actividad. Pero tambien, en este caso, es deber del arte cristiano obrar de modo que se convierta en medio para obtener los fines de la educación y de la religión.

Si, con esto, hemos señalado la segunda empresa de la estética cristiana, existe todavía otra tercera, y es la más difícil.

Que existe una contradicción, y una contradicción profunda, entre el idealismo y el realismo, entre el espíritu y la sensualidad, entre lo que atrae al hombre y aquello á que aspira, y que es muy difícil de nivelar todo esto, he aquí lo que no negará nadie que haya reflexionado en cosas de arte. Si hay un hombre—hablamos de un hombre de aspiraciones elevadas—que pueda darse cuenta de la corrupción profunda que se ha arraigado en nosotros, es ciertamente el artista. Con suma frecuencia, sin duda, se apaga la discordia que existe en nosotros, sacrificando el espíritu á la carne, y la tendencia á la purificación y á la elevación, á las inclinaciones de los bajos apetitos. Á esto se le llama reconciliar el espíritu y la naturaleza; pero saber si la misión del arte queda realizada con esto, y tranquila la conciencia, y satisfecho el espíritu, y amable y perfecto el hombre, he aquí cuestiones á las cuales es fácil responder.

¡No! Si el espíritu y la sensibilidad quieren celebrar la verdadera fiesta de la reconciliación, preciso es que lo bajo se someta á lo más elevado, que la carne se subyugue al mandamiento del espíritu. Inútil ofrecer largas pruebas de que esta empresa tan difícil jamás ha sido suficientemente

realizada por medios puramente naturales. La mayor parte no quieren reconocer este medio, y, con mayor razón, hacer uso de él, y el corto número de los que caminan seriamente por esta vía es para nosotros la mejor prueba de que, con medios simplemente naturales, la perfección no es posible.

Como frecuentemente sucede, también aquí el camino más elevado es al mismo tiempo el más seguro y más fácil. Considerada la cosa en sí misma, nada parecerá más difícil que revestir lo natural y lo sobrenatural, las verdades y los preceptos, no sólo de la razón, sino también de la fe, de formas externas tan bellas, que el espíritu natural del hombre, lo mismo que las exigencias sobrenaturales y las doctrinas de la Revelación, así como la vida de los sentidos, queden completamente satisfechos y en perfecta armonía. Pero esto, aunque difícil, se realizará, no obstante, más fácilmente que la obra, más sencilla en sí misma, de asociar ideas naturalmente verdaderas y nobles á formas naturales de artes.

La razón es clara. En ninguna parte la corrupción que ha penetrado en nuestra naturaleza se manifiesta en mayor grado que en el dominio de la sensibilidad. Con frecuencia asignamos justamente mala significación á la palabra sensibilidad. El hombre, cuya naturaleza sensible debe desde luego estar sometida al espíritu,—lo que, como todo el mundo sabe, no se consigue sin luchas muy serias—quizás pueda defenderse de los ataques ordinarios de una grosera sensualidad; pero si ésta se le muestra en forma refinada, el peligro es grande, por no decir excesivo. (1) Pues bien, esto es lo que con mucha frecuencia ocurre en el arte, y de aquí que tantos nobles espíritus caigan en este lazo, y se forjen la ilusión de creer que esto no es una caída, sino antes bien una elevación del espíritu. Así es como el hermoso nombre de arte se convierte desgraciadamente con mucha frecuencia, para innumerables almas, en tumba de la que jamás resucitan.

(1) Cf. Parte II, VIII, 8.

Sólo hay un remedio para este gran mal. El arte natural y la estética del Humanismo no ofrecen protección alguna contra él, no sólo porque no pueden oponer un contrapeso á la sensualidad desenfrenada, sino porque, en general, ni siquiera lo quieren, se mofan de toda tentativa de esta especie, como de un prejuicio estúpido, y la proscriben como un obstáculo al arte. Por esta razón, pues, no hay arte sin peligro, ni hay arte que verdaderamente ennoblezca al hombre, y lo eleve por encima de sí, excepto el que está verdaderamente animado del espíritu cristiano.

Hay dos verdades fundamentales en el Cristianismo, sin cuya aceptación y consideración jamás se obtendrá un arte cristiano. Primeramente la doctrina que el Humanismo considera como más odiosa, la doctrina, ó mejor, el hecho, de que la sensibilidad del hombre está corrompida, y no puede mejorarse más que por una disciplina y una limitación severas; y en segundo lugar, el principio de que nada es natural, verdadero, bello y bueno, si está en contradicción con la verdad, la bondad y la belleza sobrenaturales, de suerte que todo arte debe sacar, sin perjudicar á su independencia natural, sus últimas reglas de la Revelación y de la legislación sobrenaturales.

Sólo cuando estas dos doctrinas fundamentales son aceptadas, es verdadero el cuarto y último precepto de los relativos al arte cristiano, precepto que, por otra parte, no es una nueva empresa para él, sino una consecuencia de lo que ya se ha dicho. El fondo y la forma, por opuestos que sean, deben unirse, de tal suerte, que el conjunto, el todo, se nos ofrezca como una obra animada y viviente, como una obra en la cual un espíritu sobrenatural más elevado nos hable en forma natural, conforme con la naturaleza y respondiendo á ella.

No hay que decir que, desde este punto de vista, el espíritu es lo que hay siempre de más importante. La estética natural concede demasiada importancia á la forma externa, y olvida con demasiada facilidad la naturaleza

interna, al prodigarle semejante admiración. No es difícil encontrar pruebas de esto en muchas obras maestras muy admiradas. Tomemos, por ejemplo, algunos discursos griegos y algunas poesías francesas, y leámoslos diez veces; nos encantan lo mismo la décima que la primera vez; pero traduzcámoslos con todo el cuidado posible á nuestra lengua, y hallaremos que no significan nada. Esto es fácil de comprender: lo que nos encantaba era el esplendor y armonía de la forma griega, la delicadeza inimitable de la forma francesa, y en esto consistía casi todo; pero, evaporado este aroma, lo que resta no dice casi nada. Mas si traducimos un pasaje de un Padre de la Iglesia, ó de un poeta de la Edad Media, que desde luego nos ha parecido mediano; si lo retocamos, dándole una forma más elegante y más en armonía con nuestro gusto, con frecuencia no podemos dejar de asombrarnos de la manera cómo de repente ha conquistado nuestra simpatía. Esto es muy claro; se trataba de una materia de las más compactas, que no podíamos apreciar á causa de su forma amanerada ó descuidada; pero desde el momento en que lo exterior responde mejor á lo interior, este trozo se nos ofrece en toda su belleza.

Desgraciadamente, los artistas cristianos no siempre han caído en la cuenta de que la mejor naturaleza tiene necesidad de una forma que se armonice perfectamente con ella, para producir debidamente su efecto; de lo contrario, hubieran obtenido aún éxitos mayores que los que han conquistado. Con toda razón puede decirse que la forma es cosa secundaria, puesto que sólo es un medio para llegar al fin, del mismo modo que es justo decir que, si uno no puede dominarlos suficientemente, hará bien en dar la preferencia al espíritu, en vez de cultivar la forma por modo superficial, como lo hace el mundo, y descuidar el fondo. Pero si es cierto también que las ideas cristianas tienen derecho á exigir de nuestra parte que las revistamos de una forma que encante y convenza, es igualmente cierto que el arte cristiano—el cual, ciertamente, no es el

menor entre los medios de predicación y de defensa del Cristianismo—no cumple su misión, sino cuando ha llenado esta última obligación.

4. ¿Ha cumplido ya su misión el arte cristiano?— ¿Pero ha realizado esta empresa? Responderemos á esta pregunta con tres principios. Desde luego puede dar pruebas de que ha aspirado sinceramente á la realización de esta empresa, pero en manera alguna puede gloriarse de haber alcanzado su objeto. En segundo lugar, ha logrado más ó menos su fin en muchos dominios, singularmente en la arquitectura, en la música, en la lírica; pero en los demás, está muy distante todavía de haberlo alcanzado. Finalmente, y en tercer lugar, allí donde ha realizado obras perfectas, con frecuencia ha retrocedido, al distanciarse de la pureza y de la severidad de los principios de la Iglesia, y al dejarse imponer por la estética profana puntos de vista que le han sido más funestos que á aquélla.

Difícil es encontrar un campo donde los éxitos aparentes y momentáneos de tendencias perversas obren por manera más sugestiva, donde la burla, la fanfarronada orgullosa, el menosprecio del Humanismo, de la crítica y de la opinión pública, de que dispone, sean más aplastantes, donde la cuestión execrable del dinero, y el efecto todavía más deplorable del viejo Adán, es decir, de la carne, paralicen y enerven en mayor grado las más nobles tendencias, que en el nuestro.

Pero no siempre es falta de los artistas si el arte cristiano no alcanza la elevación debida, ó no se mantiene en ella. Si los que pueden con sus esfuerzos personales restablecer una crítica más justa y una opinión pública mejor, se callan por falta de interés y de estudio, y llegan hasta el extremo de fomentar la difusión de los principios del Humanismo; si los que deben sostener el arte, lo oprimen por mal gusto ó por indiferencia; si los que tienen todo lo que es preciso para purificar el gusto del pueblo cristiano, no hacen más que corromperlo aún en mayor escala, no hay

que asombrarse de contemplar tan tristes acontecimientos.

No acusamos particularmente á nadie, antes confesamos que todos tenemos la culpa, si el arte cristiano no ha llegado todavía á la altura que debe alcanzar, si no es tan perfecto como podría y debería serlo. Démonos, pues, todos la mano, para prometer hacer sobre este punto nuevos esfuerzos, y para proseguir con redoblado celo el cumplimiento de nuestras obligaciones.

5. La música.—Si entramos en detalles, podemos decir que en el dominio de la música es donde el arte cristiano ha realizado mejor su empresa.

Si esto es cierto, no resulta de ello poco honor para el espíritu del Cristianismo y de la Iglesia, porque, entre todas las bellas artes, la música es la más difícil de dominar, ya que es la más difícil de libertar de las cadenas de la fantasía y de la pasión, y la más difícil de sujetar al yugo de la razón.

La prueba de ello nos la da el arte mismo; y así, un ilustrado crítico dice que nadie puede discutir sobre este arte, por cuanto no ofrece puntos de vista que puedan ser aceptados por todos. La historia de la estética musical es una verdadera historia de miseria; disputas continuas, pero casi ningún resultado positivo. (1)

Pero precisamente esto alivia el trabajo del estético y del crítico, pues le ahorra muchas consideraciones inútiles y le pone de manifiesto la duda sobre la existencia de una indiscutible ortodoxia musical.

La música es el arte más antiguo y primitivo, (2) el primero que se despierta en el hombre, aquél cuya influencia se hace sentir aun en los hombres y pueblos más groseros; pero es, sin disputa, el más peligroso de todos. Ningún arte ejerce, por naturaleza, una influencia tan considerable sobre nuestra parte sensible; ninguno excita tanto los bajos instintos del cuerpo y del espíritu; (3) ninguno ejerce

(1) Riehl. *Culturstudien*, 391.
(2) Genes., IV, 21.
(3) Thomas, 2, 2, q. 91, a. 2, ad 4.

sobre el carácter una influencia tan enervante y corruptora; ninguno produce tan fácilmente efectos desmoralizadores, porque—cosa que muchos parece que ignoran—hay también una música inmoral; (1) ninguno conduce con tanta facilidad á crearse un mundo imaginario y á descuidar el mundo real; ninguno induce tan á menudo al desorden, al olvido del deber, al delirio; ninguno hace á los hombres tan irritables, tan rebeldes á toda enseñanza, tan presuntuosos, tan caprichosos, tan ambiciosos, tan insoportables. (2) En todo caso, se puede afirmar de la música moderna que su desenfreno, su excitación, su inquietud, sus saltos continuos de un extremo á otro, su agitación en los sonidos más groseros, producen la misma enfermiza nervosidad que la lectura de las novelas sensacionales. (3)

La música conviene perfectamente á la primera educación de los hombres y de los pueblos, pero con la condición de que se use con moderación y prudencia, (4) ya que, empleada sin medida y sin gravedad, es perniciosa.

La música es un ensayo para hablar; es el oportuno auxilio allí donde un pensamiento no está todavía bien desarrollado, y allí donde falta la capacidad para darle la expresión conveniente.

Ante todo, despierta la imaginación, y esto es lo que constituye su fuerza y su mayor peligro. Así, pues, cuanto más formado está el hombre, el carácter, el pensador, más frío se muestra con relación á ella. (5) Á lo más, se sirve de ella para disipar su fastidio, como distracción para reposar de un trabajo intelectual fatigoso. Pero desde que da un paso de más en el goce de este placer, siente inmediatamente que ha perdido todo gusto y toda energía

(1) Plato, *Rep.*, 3, p. 399, c. Aristot., *Polit.*, 8, 5, 8; 6, 5; 7, 9. Diodor., 1, 81, 7. Quintil., 1, 10. Clem. Alex., *Pædagog.*, 2, 4. Basilius, *De legendis libris* c. 7. Hieron., *In Amos*, 65. Augustin., *Doctr. christ.*, 4, 7, 19. Joannes Saresber, *Polycrat.*, 1, 6. V. más arriba XIV, 15, 1.
(2) Antonin., 3, l. 8, c. 4, § 12.
(3) Klassert, *Die Musik als Erziehungsmittel*, 28.
(4) Aristot., *Polit.*, 8, 5, 10; 6, 4. Chrysostom., *In ps.* 150. Thomas, *Polit.* l. 8, l. 1, § 1; 1, 2, § a. y sig.
(5) Aristot., *Polit.*, 8, 6, 2. Augustin., *Musica*, 1, 4, 5.

para el trabajo, todo valor para la lucha y los sufrimientos, toda perspicacia, toda calma y todo recogimiento.

Síguese de aquí que, si hay un arte que necesite moderación, es el de la música. Y cosa curiosa es que, entre todas las artes, el que más difícilmente halla moderación sea aquel que no es más que la aplicación del número y de la medida. ¿No es esto nueva prueba de que la naturaleza caída no puede conservar el orden y el justo equilibrio, sin una vigorosa dirección más elevada? Sin duda que la pintura y la escultura tienen necesidad de una severa disciplina, para evitar los lazos de la más baja sensualidad que las amenaza, pero es aun mucho más necesario que una autoridad sólida se apodere de la música y oponga á su ejercicio barreras infranqueables, porque, desgraciadamente, y con demasiada frecuencia, carecen sus discípulos de dominación y disciplina personales.

Si es verdad que nunca se predicará suficientemente la seriedad, la sencillez y la dignidad en el arte, doblemente cierto es de la música, á fin de que no conduzca al desorden y á la licencia. No es difícil dar con la causa de esto, aun en el caso de que existan razones de peso para no decirlo con franqueza. El efecto de la música se nota especialmente por impresiones fisiológicas; por no decir patológicas; pero sólo una parte de estas impresiones obra sobre el sistema nervioso sensitivo. La mayor parte de ellas afecta al sistema simpático ó ganglionar, y aun, en muchos casos, parece que ejerce sus efectos en las regiones más bajas de este último. (1) De aquí proviene, como ya lo notaron los griegos, la gran diferencia que los diversos instrumentos producen en el hombre. El tártaro, el aldeano, sólo tienen necesidad de platillos, de una trompeta, de un tambor, de una plancha golpeada cadenciosamente, para experimentar una sensación agradable. Los pueblos refinados recurren á instrumentos más complicados, pero no menos bárbaros, para

(1) Hanslik, *Vom musikalisch. Schœnen*, (2) 80 y sig. Ricardo Wagner, *Oper und Drama*, I, 84; III, 109.

proporcionarse esa mezcla de placer y de excitación, de que su naturaleza, hastiada de los goces, tiene necesidad. Los medios violentos, dignos del horrísono fragor del trueno, que se emplean para obtener un efecto, muestran que el mundo actual carece de formación para sacar de un trozo de música una verdadera utilidad y un verdadero goce intelectual—suponemos, con todo, que el trozo pueda ofrecerlos.—Basta pensar en Héctor Berlioz, al que Fernando Hiller ha comparado á un torrente devastador salido de madre, llamando á su música una intoxicación de opio, un furor, un gruñido, un aullido, golpes, una tempestad, más un degüello que una orgía. (1)

Naturalmente, no toda la música es así, pero la moderna lo es en su mayor parte. Si los hombres supiesen en donde se halla la fuente de la sensación que experimentan al saborear esta música, se avergonzarían de confesar haber experimentado este placer.

Que los padres, los educadores y los mismos jóvenes examinen con más detención aún lo que acabamos de decir, y quizás se expliquen cómo tantos serios esfuerzos contra el pecado manifiesto de la época, pecado que se insinúa en secreto y que no queremos nombrar, logra tan escasos resultados.

Sin embargo, aunque nuestra música no entrañe siempre efectos tan perniciosos, puédesele aplicar lo que un historiador, evidentemente imparcial, dice de la civilización humanista de los tiempos modernos: «Exteriormente ha hecho grandes cosas, pero jamás ha producido grandes caracteres.» (2)

Si no se logra encaminar el mundo á una mayor gravedad y á una disciplina más severa sobre este punto, pocas esperanzas tenemos de que aparezca una generación más moral y más enérgica.

Por su naturaleza, es la música, como hemos dicho más arriba, un ensayo del lenguaje y un auxiliar del pensa-

(1) Westermanns, *Illustriste Monatshefte*, 45, 558, 576 y sig.
(2) Kœrting, *Gesch. der Liter. Italiens in d. Renaiss.*, I, 299.

miento y la expresión. (1) Esto muestra claramente su significación, y da la respuesta exacta á cuestiones que han originado numerosas discusiones en los tiempos modernos. De un lado, pregúntanse unos si puede la música producir pensamientos. En cuanto á nosotros, no podemos comprender cómo se pueden manifestar dudas sobre este punto. Si no es capaz de esto, ó no tiene intención de hacerlo, no está hecha para hombres pensadores. En este caso, releguémosla á los pájaros, ya que no tiene derecho á ocupar un puesto en la sociedad humana.

Pero, con ello, no queremos aprobar el otro extremo, al cual, desde Berlioz, Liszt y Ricardo Wagner, parece que quiere rendir homenaje la moda. Una tendencia, que recuerda el espíritu de Piton en la Sagrada Escritura y la mística de los consumidores de opio, quisiera hacer de la música un combate de penitencia pietista para el espíritu y la felicidad. Á creer á los derviches del wagnerismo y de la música de programa, veríase uno seriamente obligado á admitir que la música engendra ideas, reemplaza á la reflexión, y aun es la especie más ideal del pensamiento, una elocuencia progresiva, la más elevada poesía, la única verdadera metafísica, la única verdadera piedad y la única verdadera religión, en una palabra, el tibio invernadero intelectual de los tiempos presentes, el gran altar de la religión del porvenir.

No queremos discutir si el mundo que habla á tontas y á locas sobre estas materias, se ha dado nunca mucho trabajo para pensar seriamente en lo que dice. En todo caso, muestra que está harto de todo esto. De esta sed del pensamiento provienen esas romanzas sin palabras, esos trozos sin textos, que duran horas enteras, esas fantasías, esos *capriccios*, esos *potpourris* innumerables. Toda esta categoría de trozos de música es una verdadera llaga para la sociedad culta. Después de pasar el día sin hacer nada, si no es bailar, jugar, leer novelas y periódicos, reúnense los hombres por la noche, y se divierten con pensamientos sin

(1) Bernard., *Ep.* 398, 2.

palabras y palabras sin pensamientos, hasta quedar rendidos. Vuelven entonces á sus casas con un orgulloso sentimiento de desprecio contra el sabio que vela aun en hora intempestiva. ¡Cómo se tortura la cabeza ese pobre hombre—dicen—para encontrar algunos pensamientos! Y las alondras caen asadas en la boca de estos hijos del mundo, como las semicorcheas. Sin duda, basta observarlos en semejante ejecución, y oirlos hablar sobre esta materia, para saber suficientemente cuál es la naturaleza de sus pensamientos de perro chico.

Pero necesario es que las cosas lleguen á este extremo, cuando se hace de la música un medio para reemplazar en las masas el pensamiento, el cual, sin esto, les sería demasiado difícil, é infundirles algunas gotas de espíritu religioso que no pueda inquietar su cobardía.

Sí, la música es el medio peor escogido para aprender á pensar. Puede sugerir pensamientos, pero no darlos; puede desarrollar pensamientos sugeridos, pero no hacerlos nacer; puede proporcionarnos un auxilio cómodo cuando reflexionamos despacio sobre un pensamiento que nos complace, hacerlo pasar repetidas veces por nuestro espíritu, conducirlo á nuestro corazón y hacerle producir un efecto sobre él. He aquí su objeto, pero no tiene otro; todo lo demás es pura invención.

Preciso es tener todo esto ante la vista, para apreciar la superioridad y la dulce sabiduría que la Iglesia ha manifestado en la manera de utilizar la música. No ha querido ella privarse de este auxiliar humano, ni privar de este consuelo á los fieles; pero se ha servido de ella, no como si le fuera imprescindible,—los que se dedican á la música sagrada deben fijarse mucho en esto—sino como de una autoridad poderosa, como de un poder superior, que emplea en lo que juzga apto para favorecer sus fines, como sabia educación, que no prohibe ninguna alegría legítima á sus discípulos, y sumamente cuidadosa de que el placer pierda el peligro que entraña, y se convierta en verdadero medio de educación para el corazón.

Si uno quiere aprender mesura, gravedad y dignidad, que vaya á la escuela de música sagrada, no sólo con la cabeza, sino como hombre completo, y experimentará su influencia ennoblecedora. El que no aprenda aquí la disciplina del pensamiento y la limitación personal,—en el supuesto de que quiera aprender, y no enseñar con temeraria presunción, de que quiera someterse á una autoridad y reglamentarse á sí mismo de conformidad con un modelo más elevado—no la aprenderá jamás en parte alguna. Por lo contrario, el que es inaccesible al espíritu de dominación personal, jamás podrá familiarizarse por completo con este arte. Éste ha reducido el elemento sensible á su más mínima expresión. Descansa su armonía en los más sencillos principios matemáticos. Lo que siempre domina en él es la claridad en el desarrollo del pensamiento. Toda forma artística no es más que un medio secundario para imprimir profundamente el texto. De aquí su maravillosa claridad, el acuerdo perfecto de la forma con el fondo, y de aquí también la gran dificultad de comprender y apreciar esta música. Sin la inteligencia del texto, del espíritu de la liturgia, y del fin para que se ha establecido el culto divino; por consiguiente, sin la inteligencia del espíritu de la Iglesia, jamás nadie encontrará gusto en ella.

Para obtener estas condiciones preliminares, la sola destreza en el arte es bien poca cosa. Toda atención prestada á la forma externa, sin tener en cuenta el fondo espiritual y de edificación, aun de una edificación que se busque sencillamente en el sentimiento subjetivo, y no en la adhesión desinteresada á las instituciones de la Iglesia, es un obstáculo inmenso. Casi no hay arte más difícil que el de componer música sagrada. La dificultad consiste en poseer por completo la técnica de este arte, para poder entregarse en cuerpo y alma al fondo, y, por consigiente, realizar el arte para conseguir el objeto. Por esto la ejecución lo es todo aquí. Para conseguir este objeto, el ritmo es mucho más importante que la melodía, si, con todo, es permitido hablar de melodía en la música sagrada. En el fondo, lo que ordinariamente se llama melodía son variaciones sobre una base fundamental, una meditación, una aplicación, una interpretación del pensamiento principal, sobre el que se vuelve constantemente para hacerlo entrar con limpidez en la inteligencia y con calor en el corazón, y que se interrumpe á veces por breves instantes, con gritos de alegría. Y todo esto se logra con medios tan sencillos, que apenas se comprende cómo es posible semejante efecto. Preciso es haber gozado de la audición de una obra maestra moderna, de un *Kyrie* de Palestrina, de un *Credo* de Haydn ó un *Ofertorio* de Hændel; preciso es haberse penetrado de ellos, para entusiasmarse, cuando, de repente, como transportado por manos de ángeles á un mundo extraño y sublime, entona el sacerdote en el altar el *Gloria* ó el *Prefacio*. Encontramos aquí un arte que, no sólo nos inspira respeto como introducción grosera, sino que nos convence de que, en materia de poder, de dignidad y de pureza, es muy superior al arte moderno más perfecto.

No es esto una razón para despreciar á este último; desdeñando á su discípulo, que poco á poco se ha convertido en rival suyo, no es como se favorece á la música sagrada. Por lo contrario, concedemos también á la música profana moderna grandes cualidades, no obstante sus defectos. Pero cuanto más, por modo imparcial, reconocemos su valor, más verdaderamente sublime encontramos la verdadera música sagrada.

Tampoco queremos pronunciarnos categóricamente contra todo empleo de nuevas formas y de nuevos medios de arte en los templos, como lo hacen muchos, con una severidad á veces exagerada, ya que la Iglesia se muestra también llena de tolerancia y de moderación sobre esta materia; (1) y aun confesamos que, en muchas misas llamadas clásicas, encontramos, no obstante su exterior profa-

(1) Benedict. XIV, *Synod. Diœc.*, 11, 7, 6. Joan., XXII (*Extr. comm.*, 3, 1). Dom. Soto, *Just. et jud.*, l. 10, q. 5, a. 2. Kühne, *P. Gall Morel*, 187 y sig.

no, más solidez de carácter y más calma que en obras exclusivamente religiosas, y que fugas ejecutadas con moderación y claridad, nos disponen más á la meditación y al recogimiento que la obra maestra de un puritano, cuyo excesivo celo se manifiesta en cada línea para tormento de los iniciados en el arte y para distracción de los piadosos asistentes.

¡Ojalá que los rigoristas comprendan su empresa y tengan consideración de la humana flaqueza!

Ningún arte, ni siquiera la música religiosa, es su propio objeto. ¿Cuál es el objeto de la música religiosa? ¿Fomentar la gloria de Dios, y nada más? Esto, en verdad, es demasiado poco y, al propio tiempo, demasiado mucho.

Si el honor de Dios dependiese de la música, muy mal parado quedaría, lo mismo si se tocaba con un viejo instrumento, que con un organo de salón americano.

Contribuir con sus facultades á la gloria de Dios y á la edificación del pueblo cristiano, debe bastar al músico; pero también debe tener en cuenta la comprensión y el espíritu del pueblo cristiano. ¿De qué sirve el libro más sabio, si no es legible? ¿De qué sirve la lógica más obstinada en la música, qué valor tiene para el técnico un problema de cálculo de contrapuntos, si con ello obliga al pueblo, al cual ha dado Dios un gusto irresistible para la armonía, á abandonar la iglesia para dirigirse al baile ó al café cantante? (1)

Naturalmente, que esto no se refiere al canto litúrgico de la Iglesia. Éste es otra cosa que música ejecutada en la iglesia; sirve á Dios directamente, en tanto que ésta debe edificar al pueblo. ¡Qué los entusiastas de la música de iglesia lo tengan muy presente! Luchan ellos por una música seria dentro de la iglesia. ¡Muy bien, pero con su cuenta y razón! Luchan sólo para defender el canto religioso. Pero la Iglesia ha dado á éste leyes generales y fijas. Ningún arte de la tierra puede reemplazar al canto

(1) Cf. al Cardenal Bartolini en Mayrhofer, *Bedingungen einer gefunden Reform der Kirchenmusik*, 16.

religioso. Sólo la música sagrada es digna de reemplazar á los ángeles para celebrar la más sublime elevación del pueblo hacia Dios y la humillación profunda de Dios hasta su pueblo.

6. El drama y el teatro.—En lo referente al arte declamatorio, la historia del drama nos ofrece ante todo la prueba de que los hombres no se elevan sobre lo vulgar más que cuando saben que pisan en terreno firme, y cuando interiormente se sienten penetrados de un verdadero ardor religioso. Considerados desde el primer punto de vista, los trágicos griegos son incontestablemente grandes, pero su manera de concebir el mundo adolece de dos defectos que se manifiestan especialmente cuando oponemos á sus obras la tragedia hebraica modelo: *El libro de Job.* Desde luego, la divinidad ofendida aparece allí ante ellos como un vengador irreconciliable, como una suerte muerta, rígida, inexorable, que llega al colmo de la alegría, cuando contempla la ruina de los mortales y las desgracias de los que viven contentos y realizan grandes cosas. En segundo lugar, los pobres, á quienes nadie ha enseñado cómo el hombre puede ennoblecerse y purificarse interiormente, no ven la fuerza y la independencia de éste más que en la rebelión contra la divinidad y en los actos de violencia cometidos contra la humanidad.

Si sus imitadores cristianos no hubiesen tenido otra cosa que hacer que corregirlos desde estos dos puntos de vista, es decir, representar únicamente el destino natural religioso y moral del hombre, fácilmente los hubieran superado. Pero es el caso que tenían que realizar una empresa mucho más complicada. El que quiere componer un drama según las ideas cristianas, debe mostrar desde el primer momento la posibilidad de establecer—aunque esto no se hace sin sacrificios y sin luchas—la armonía entre las obligaciones y exigencias de la vida natural del género humano, por un lado, y, por otro, las de su destino sobrenatural. En segundo lugar, el drama cristiano debe mostrar que la justicia, la sabiduría y la caridad divinas,

no obstante todas las medianías y rebeliones inherentes á la criatura, realizan en el individuo, lo mismo que en la humanidad entera, los planes de Dios relativos al tiempo y á la eternidad.

En realidad, es éste un trabajo que casi se siente uno tentado á calificar de sobrehumano. No hay, pues, para asombrarse de que todavía no lo hayamos visto realizado como lo desearíamos. No hablamos aqui de las grandes obras francesas y alemanas de esta especie. Salvo algunas excepciones,—citamos aquí con el mayor respeto el *Poliucto* de Corneille y la *Atalía* de Racine—no pertenecen á las obras maestras cristianas propiamente dichas, ya que, por lo mismo que en su fondo y en su forma son la mayor parte de ellas imitaciones de las antiguas, tienen los mismos defectos que éstas, sin poseer sus cualidades, es decir, la popularidad y el sentimiento religioso y nacional. Tomados en conjunto los antiguos y los modernos, Shakespeare es sin duda alguna el más grande de los trágicos; desgraciadamente, no ha representado el elemento cristiano, y, sobre todo, el elemento sobrenatural en toda su fuerza y pureza.

Si, pues, queremos conocer las producciones del arte dramático cristiano propiamente dicho, casi siempre nos vemos obligados á dirigirnos á España. Desde el punto de vista artístico, evidente es que ningún maestro español puede compararse con el maestro inglés; pero, á pesar de esto, España no es inferior al Norte, desde el punto de vista en que nos colocamos. Inglaterra sólo tiene un Shakespeare, pero España posee dos estrellas de primera magnitud: Lope de Vega y Calderón. Además, cuenta con una verdadera serie de autores trágicos de segundo orden: Guillén de Castro, Alarcón, Luís Vélez de Guevara, Rojas, Moreto, Tirso de Molina, los cuales pueden fácilmente medirse con sus émulos ingleses Ben Johnson, Beaumont y Fletcher. El gran trágico francés, el mismo Corneille, no creía rebajarse imitándolos. Ninguno de estos españoles ha realizado perfectamente su empresa como poeta cristiano,

verdad es; casi siempre hacen intervenir, por manera demasiado violenta y brusca, lo sobrenatural en la gran marcha de los acontecimientos. Pero preciso es concederles que se encuentran tan á sus anchas en lo sobrenatural como en su patria terrestre. Son en verdad poderosos idealistas y excelentes realistas. Pisan en terreno firme, se entregan en cuerpo y alma á su pueblo y á su patria, y, no obstante, viven con toda su alma para un fin eternal infinito. Pero éste es incapaz de oscurecer y encoger su vida terrena. Por lo contrario, al lanzar una mirada sobre ella, se sienten perfectamente aquí bajo.

Nuestros trágicos modernos, especialmente los maestros franceses Corneille y Racine, pero también Schiller y Gœthe, hablan con demasiada solemnidad; sus personajes están demasiado poseídos de sí mismos, demasiado estudiados, y son demasiado presuntuosos; se presentan en escena con mucha solemnidad, y, como si dijéramos, oficialmente, después de haberse acicalado con sumo cuidado ante un espejo. Recuérdase uno involuntariamente aquí de Hortensio, (1) arreglándose los pliegues de la toga, y de los cortesanos del clasicismo académico en Poussin y Lebrun, y algunas veces también del tono forzado y de la exagerada gravedad de moda en tantos púlpitos del Norte protestante. Pero todos comprenden que estos personajes no pueden vivir largo tiempo, y que la conducta que observan en público no es natural.

Por lo contrario, los héroes españoles se nos ofrecen como de ordinario, y hacen pocos esfuerzos para fingir; y aun con demasiada frecuencia se olvidan de que están en público, como se comprueba tan á menudo en el clero de los países del Mediodía, que no siempre establece la debida diferencia entre iglesia, casa y calle. Sin embargo, vemos que ellos proceden con todo desembarazo, que no abrigan en su interior nada que no pueda y deba ver el mundo, y que, á pesar de sus aspiraciones supraterrenas, son hombres completamente naturales, hombres de conciencia lim-

(1) Macrob., *Saturn*, 2, 9.

pia, hombres estrechamente ligados á su patria, á la vida popular y á cuanto los rodea. Con esto, los poetas españoles han resuelto por lo menos, de un modo satisfactorio, una de sus principales obligaciones: la unión de lo natural y de lo sobrenatural en el carácter y en el corazón del hombre.

La otra, la más difícil, á saber, la conciliación de lo divino y lo humano en los acontecimientos y en la manera de atar y desatar la acción, hace mucho tiempo que estaría resuelta, si la funesta ruptura de la Reforma no hubiese interrumpido aquí también el desarrollo de un principio que tanto prometía. Entre nosotros, en Alemania, hay más disposiciones y más medios para triunfar en esta materia, que para realizar la simple tragedia de carácter, la cual, no obstante, no es más que una parte secundaria del género dramático. De ella se han conservado algunos vestigios hasta en nuestros días, y el juicio de los especialistas, así como el interés siempre nuevo que atrae cada diez años millares de personas, aún del otro lado de los mares, á Oberammergau, prueban que el espíritu de esta humilde forma artística, es incomparablemente superior á esa distinción dramática, que, no obstante, su exagerado aparato en toda especie de medios de seducción en nuestros teatros, lucha en vano con ella para conseguir la victoria; y quizás probaría mejor aún su superioridad, si, en la manera de tratar el asunto y de representarlo, se renunciase á muchas cosas que, copiadas exclusivamente del teatro profano, antes disminuyen que realzan la impresión. Debemos decir aquí que la principal razón por la cual tenemos tan pocos dramas perfectos debe buscarse en el fin inmediato que se proponen estos dramas. Casi ningún poeta tiene la intención de crear una obra maestra literaria, sino que más ó menos se propone hacer una pieza de teatro, un drama. La mayor parte de las veces ocurre que un drama que no se ha escrito para representarlo debe ante todo arreglarse para la ejecución. Pero sabido es cómo se procede en esto, siendo muy característico el que se diga

que el poema ha sido arreglado *para la representación.* Así, pues, se escribe para los ojos y no para el espíritu, para divertir y no para instruir, para obtener, por medio de la representación, un éxito momentáneo, y no para realizar el arte dramático. Pero con esto se ha postergado evidentemente el fin y la posibilidad de crear una obra maestra literaria perfecta.

Por consiguiente, mientras no se distinga entre obra maestra y pieza de teatro, entre fin literario y ejecución teatral, jamás habrá un drama perfecto que ofrezca una real emoción estética y un verdadero medio de instrucción.

Esta distinción que entraña la mayor importancia, tanto desde el punto de vista artístico como del moral, nos conduce por sí misma á la cuestión de la importancia estética del teatro, así como á la de su valor moral.

Tiempo es ya de esclarecer todo esto; pero no puede hacerse, sino dando pruebas de firmeza, y prescindiendo de los prejuicios corrientes y de arraigadas opiniones favoritas. Digámoslo con las menos palabras posibles; la cuestión de la admisibilidad del teatro nada tiene que ver con la literatura y el arte dramáticos. Como las cosas ocurren en la vida real, el teatro es un asunto de puro divertimiento, y de los más vanos divertimientos. Pero aun haciendo abstracción completa de la insulsez y de la nulidad del teatro real, debemos establecer una separación bien definida entre la obra dramática en sí, como obra maestra, y la ejecución, es decir, el espectáculo ó el teatro como tal. Lo que hemos dicho más arriba en alabanza del arte dramático se aplica únicamente al drama, á la obra maestra literaria. En cuanto al teatro, no hemos hablado todavía, pero vamos á hacerlo.

Todos saben cómo los Santos Padres de la Iglesia han hablado del teatro de su época, y todo el que conozca el estado de las cosas de su tiempo, no pensará de distinta manera que ellos. Todos saben igualmente que los que tan sólo se fijan en los hechos, no juzgan hoy el teatro de manera distinta que los Santos Padres. Y no les falta razón.

En este punto no podemos hacer otra cosa que repetir las palabras de Séneca: «El que tenga prudencia, que evite el teatro.» [1] «Nada ofrece tanto peligro para la moral como los espectáculos.» [2]

Pero hagamos abstracción de esta triste realidad, realidad que no puede ser más funesta, ya por la representación de los más equívocos asuntos, ya por el carácter de los autores, ora por la reunión y el contacto de los más peligrosos elementos en un espacio reducido, ora por una música que no podría ser más perniciosa, bien por los más premeditados medios de seducción en el baile y en los trajes, bien por el aparato de una pompa tan brutal como subyugadora. Todo esto hace del teatro una verdadera escuela de disolución de costumbres. Suprimamos con el pensamiento todos estos peligros, á fin de poder juzgar de un modo imparcial. Admitamos que el asunto sea irreprochable, los actores verdaderos ángeles y que los espectadores estén divididos por sexos como en las iglesias; ¿cuál será entonces nuestra opinión? La misma que antes.

Es un mal, y no puede producir más que mal, el rebajar una obra maestra dramática hasta convertirla en un espectáculo.

Aun desde el punto de vista artístico y ético, es un mal. Unas son las exigencias de una obra maestra y otras las de un público que tiene necesidad de diversiones, que está saturado, y que, aunque accesible á cosas elevadas y capaz de apreciar una obra seria,—lo que es patrimonio de un corto número—no podrá jamás apreciarla, aunque quisiera, en semejante lugar y disposición de espíritu. Pero el caso es que no quiere dar muestras de esta elevación. Para eso va al teatro, para no tomar en serio la obra artística. El que quiere estudiar y saborear los *Horacios* ó *Ifigenia*, mejor lo hace en casa; se va al teatro únicamente para ver cómo representa la Rachel el papel de Camila y Clara Ziegler el de Ifigenia. Nadie negará esto—dice

(1) Séneca, *Ep.* 74, 7.
(2) *Ibid.*, 7, 2.

Arsenio Alexander—cuando se trata de una pieza clásica. [1] En cuanto á la demás mercancía teatral, nadie la toma en serio, ni en su casa ni en el teatro.

En tales circunstancias, el poeta dramático está perdido para el arte, pues sabe que depende del humor del público, y cuando escribe para el público, ha de proponerse, no asegurar el valor de la obra, sino el éxito, y el éxito de un público en parte incompetente.

Pero en segundo lugar, esto es un mal desde el punto de vista moral. Sin duda que Aristóteles dice que el drama representa acontecimientos sin intención moral. [2] Si esto fuese así, una pieza de teatro no produciría, por lo menos, un efecto inmoral; pero, en realidad, no hay nada indiferente desde el punto de vista moral. Una cosa cualquiera ofrece siempre un efecto bueno ó malo para la moral. Una tercera hipótesis no es posible. [3] Así, pues, por el solo hecho de que una pieza excluya el punto de vista moral, en otros términos, que quiera separar la moral de la estética, produce ya un efecto inmoral. Ahora bien, no es posible imaginar que un autor que escribe para la representación, renuncie á producir un efecto moral, ya que debe proponerse este efecto si quiere ejercer influencia sobre los hombres, y realmente la ejerce. Pero desde el momento en que se represente el público á que tendrá que dirigirse, un público que no quiere instruirse, sino divertirse, [4] un público á cuya merced está, inevitable es, aunque no lo quiera, que persiga como objeto una moral falsa, ó una simple moral aparente. ¿Debe predicar al oyente? ¿Se pueden censurar sus faltas? ¿Puede recomendarle incómodas virtudes? Se guardará muy bien de hacerlo, [5] ya que debe proponerse agradar, divertir y encantar al espectador; [6] de otro modo, su fracaso sería irremediable. Pero si esto

(1) *Revue Encyclopèdique*, 1896, 33.
(2) Aristot., *Poet.*, 6, 12, 15.
(3) Thomas, 1, 2, q. 18, a. 19.
(4) Seneca, *Ep.* 108, 6.
(5) Cf. Weiss, *Lebensweisheit* (5), 127 y sig.
(6) Plato, *Gorgias*, 57, p. 502, b. c.

es así, no puede representarle la verdad, sino sólo representarle y decirle lo que le agrade; [1] por consiguiente, en los mejores casos, representarle á lo más una moral mundana libre, una moral egoísta y utilitaria.

Además, debe ahorrarle el trabajo de reflexionar. Nadie quiere pensar mucho á las altas horas de la noche, sobre todo cuando ha reflexionado mucho durante la jornada. Así, pues, el poeta debe llamar la atención del espectador—ya que es difícil decir del oyente—sobre lo único que es capaz de proporcionarle el éxito. Ahora bien, completamente diferente sería si escribiese para lectores. En este caso, puede contar con que éstos estudiarán lenta y repetidamente lo que constituye el valor de su obra; pero al trabajar para una representación pasajera, para hombres que están allí para encantarse ó entusiasmarse, y no para hacer ciertos esfuerzos, debe procurar que resalte á son de bombo y platillos lo que hay de más importante en su obra. De aquí que sea inevitable en el espectáculo la exageración formidable del bien y del mal, [2] de tal suerte, que no se representen más que sentimientos falsos en vez de la verdad. [3] El mismo Butthaupt, por otra parte, adversario de los poemas dramáticos, tiene que confesar que ciertas bellezas del drama siempre se pierden en la representación, tales como la delicadeza del carácter y del discurso y la profundidad del pensamiento. [4]

En una palabra, esta unión de poesía y representación es un escollo para el poeta, y conduce á la ruina moral y estética de la poesía.

Comprendemos, pues, la razón que tuvo Solón para prohibir la representación de los dramas, tanto desde el punto de vista estético como en interés de la moral. Estaba convencido de que sería rebajarlos á una charla estéril y hacer de ellos una escuela de mentira y de corrupción

(1) Isocrates, *Nicocles*, (2) 48.
(2) Plato, *Republ.*, 6, p. 492, b. c.
(3) *Scholia in Demosthen. Mid.*, 150 (Müller, *Orat. Attici*, ed. Didot, II 686, a).
(4) Bulthaupt. *Dramaturgia*, (4) II, XLIII.

para nosotros. [1] Los más ilustres espíritus de todos los tiempos se han expresado de la misma manera con relación á esta materia; [2] pero nadie lo ha hecho por modo tan exacto como Stolberg, el cual expone admirablemente lo que el teatro tiene de funesto para los niños, hasta el punto de que nunca se recomendará suficientemente que se tome en consideración lo que dice sobre este punto. [3]

Sin embargo, no hay que creer que sea menor el perjuicio que se hace á las personas mayores. Todo ese mundo de ficción, con el cual acaba uno por familiarizarse, debe, abstracción hecha de lo que ejerce siempre un encanto sensible y funesto, [4] sobreexcitar la imaginación en la medida en que se adormece la reflexión. El espectador tiene siempre ante los ojos ó ángeles ó demonios, pero nunca hombres á quienes pueda imitar. De aquí que se extravíe en un mundo ilusorio, no viva más que para situaciones paradisíacas imaginarias, y acabe por hacerse inaccesible é insoportable al mundo real, en el que son tan grandes los sacrificios, en el que las decepciones son la regla general, y los frutos de buenas obras la excepción. Exactamente ha visto lo contrario en el teatro. [5] De aquí proviene su acritud. El solo hecho de frecuentar el teatro, es signo de pereza y de falta de vida intelectual. El que con más asiduidad frecuenta el teatro, es el que no sabe interesarse ni por sí mismo ni por los demás, el que encuentra que, aun el trabajo de leer, cuesta extraordinarios esfuerzos. [6] Pero la manera como es tratado en él, es perfectamente adecuada, ó para aumentar su molicie, ó para suscitarla de nuevo en un estado de sobreexcitación antinatural; [7] en todo caso, ello está admirablemente

(1) Diogen. Laert., 1, 59.
(2) *Messager des Fidèles* (Maredsous, 1885), 143 y sig., 283 y sig.
(3) Janssen, *Fried. Leop. Stolberg*, 236-246.
(4) Cf. Plato, *Republ.*, 3, p. 395, d. e.
(5) Cf. *supra*, XVIII, 5.
(6) Mœlher, *Simbolik*, (6) 514 y sig. Stolberg, *loc. cit.*, 242.
(7) Basilius, *Ep.* 42, 4.

dispuesto para corromper completamente su carácter. (1)

En una palabra, no se puede hablar del teatro en términos mejores y más concisos de lo que lo hizo Plutarco. «Puédesele aplicar—dice—lo que un poeta ha dicho del Egipto: Posible es que tenga algo de bueno, pero tiene mucho más de malo. Allí oye uno hablar de amor y de sufrimiento, de extraordinaria felicidad. El mismo sabio no llega á conocerse allí.»

Sí, ejerce tantas seducciones, que llega á aturdir, aun á los hombres más excelentes. De aquí que diga Gorgias que el teatro es un verdadero aparato de engaños, que el que de él se sirve para engañar á los otros, es más justo que el que no lo hace, y que el que se deja engañar por él, será más sabio que el que no haya sido engañado. Más justo, quizás porque—por lo menos según lo que quiere hacer creer, y quizás también según su buena fe—espera ser útil á los demás, y más sabio, porque nadie arranca la creencia, á quien frecuenta el teatro, de que ha aprendido en él una enormidad de cosas. Sin embargo—continúa Plutarco—pregunto: ¿Qué provecho ha obtenido Atenas de las obras dramáticas? Los grandes héroes que la han salvado, Milcíades y Temístocles, no conocían el teatro. Pero si fuese verdad que las obras de Sófocles y Eurípides impidieron la ruina de Atenas é hicieron prosperar la ciudad, ¿no deberíamos honrar con el mismo respeto que ellos el teatro de la Acrópolis, con su ciudadela y su templo? (2) Así habla el escritor griego.

No envidiamos, pues, al Humanismo la gloria de haber creado mejores espectáculos que nosotros, y esperamos que tendremos dramas de superior calidad cuando nuestros poetas reconozcan la necesidad de trabajar por la verdad, por la seriedad de la vida, por la eternidad, y no por los aplausos pasajeros de una velada de teatro.

7. La epopeya.—Con verdadera alegría y entusiasmo, nos referimos á otro género poético, la poesía épica. La epopeya que ha florecido fuera del Cristianismo, nos ofrece cuatro obras de la más elevada perfección: *La Ilíada*, la *Odisea*, los *Nibelungen* y el *Schahnameh* de Firdusi. Á las tres epopeyas heroicas que contiene esta nomenclatura, la literatura cristiana sólo puede oponer una de una grandeza perfecta, *La Chanson de Roland*, del trovador normando. Pero ésta las supera por completo en fuerza y frescura, ó mejor, para hablar con más exactitud, en lo referente á estas cualidades, sólo el *Schahnameh* le es igual; pero, en unidad, es superior á todas sus rivales. Al lado de la Odisea, la única novela perfecta de viajes de los antiguos y el primer relato de aventuras, la poesía cristiana ha producido dos obras maestras del mismo género: *Parcival*, que no le iguala por completo desde el punto de vista artístico, y *La Divina Comedia*, que por la forma y el fondo le es extraordinariamente superior. Pero la cuarta, ó mejor, la primera de las epopeyas cristianas, *Heliand*, no tiene rival en grandeza, (1) ya que ni siquiera pueden comparársele los mismos magníficos poemas anglo-sajones. Mientras poseamos el *Heliand* y *La Divina Comedia*, no abrigaremos el menor temor de que, en la epopeya, la literatura no cristiana dispute la palma á la nuestra. Si los pueblos cristianos hubiesen permanecido más fieles á su fe, ciertamente hubiéramos poseído otras obras maestras épicas. ¡Cuán grande es la llaga que la apostasía de nuestra fe ha abierto en nosotros!

(1) Stolberg, *loc. cit.*, 239.
(2) Plutarch., *De audiendis poetis*, 1. *Gloria Athen.*, 5.

Si hubo alguien capaz de producir una obra comparable á la de *Heliand* y aun superior á ella, fué ciertamente Milton. ¡Qué vigor poético puso Dios en su espíritu! Con medios relativamente mezquinos, produjo efectos como no lo ha hecho jamás poeta alguno. Pero ¡cuántas veces se abate repentinamente como un enfermo! ¡Cuántas veces cae de la más elevada altura al más profundo abismo, como si se hubiese roto las alas! No obstante estos grandes defec-

(1) Cf. *supra*, VI, 1.

tos, compuso un poema admirable. Lo colocamos en el quinto lugar de las epopeyas cristianas, y lo leemos con tanto gusto como *La Divina Comedia*. Pero ¿en qué se hubiera convertido su autor, y que hubiera hecho, si hubiese concebido el mundo como Dante, si se hubiese podido instruir en la *Summa* de Santo Tomás de Aquino, y no en la Reforma, que no podía satisfacer á semejante espíritu, sino únicamente llenarlo de dudas y descontento? De aquí que una hueca sensiblería mitológica haya venido á llenar las lagunas que una fe sana hubiera poblado de seres vivientes, y que un tono de predicador fingido nos arranque de repente, con dolorosa decepción, de la fruición de un éxtasis sublime, casi profético. Si uno quiere comprender el perjuicio irreparable que la pérdida de la fe produce en un hombre dotado de talento superior, basta que estudie el *Paraíso Perdido*.

Los Lusiadas de Camoens ofrecen igualmente una triste prueba de que el hombre mejor puede hacer indigesta la más soberbia idea cristiana, sazonándola con elementos humanistas. En todo caso, miramos este poema como la última de nuestras grandes epopeyas. Todas las demás son obras de segundo orden, suficientemente bellas para sostener la competencia con las obras del mismo género celebradas por el Humanismo, pero no sin defectos.

Sin duda el *Cid* y la *Jerusalén libertada* del Tasso, el *Rolandslied* alemán, de Conrado, el *Alexanderlied* del cura Lamprecht, son obras de segundo orden. Pero pueden rivalizar con las dos celebradas epopeyas humanistas de la misma categoría, es decir, la *Eneida* de Virgilio y el *Hermannn* y *Dorotea* de Gœthe. También podemos decir lo mismo del *Dreizehnlinden* de Werber, si bien no es una verdadera epopeya. El *Jesús Mesías* de Helle es demasiado vasto, demasiado erudito y demasiado débil, para elevarse á la altura del asunto.

La *Mesiada* de Klopftock, inspira compasión, estima y veneración al propio tiempo. El autor vivía en circunstancias tales, que no le hicieron posible la tranquila pose-

sión de la fe, sino que se vió obligado á amoldarse á ellas. Aunque se celebra con entusiasmo al Salvador y se hacen violentos esfuerzos para alcanzar la fe y el amor, de lo cual da testimonio en todas partes el magnífico poema, no queda el alma completamente satisfecha.

Por otra parte, en esta ocasión, no podemos asombrarnos suficientemente de la fecundidad de los tiempos cristianos en materia de asuntos épicos. Compruébase esto del modo más notable precisamente en ese pueblo que hoy no posee nada épico, el pueblo francés. En el siglo XVII, el siglo del olvido, como lo llama León Gautier, [1] Malezieu dijo que los franceses no tenían cabeza épica. Voltaire repitió la frase, y la probó escribiendo la *Henriada*. Esta salida se aplica evidentemente á los franceses posteriores, que habían rechazado las primeras condiciones para hacer una epopeya, es decir, la calma y la sólida manera de considerar el mundo. Pero en otro tiempo, en las épocas de fe, poseían estas cualidades. [2] De aquí ese número notable de epopeyas de que inundaron el mundo en la Edad Media. Se cuentan ochenta, sólo de leyendas carlovingias, y entre ellas se encuentra la obra maestra citada más arriba. Al total, se evalúa en 800 el número de las epopeyas francesas. [3] Los germanos han producido igualmente numerosas epopeyas, lo que autoriza á llamar grandiosa epopeya épica á la epopeya de la fe.

8. El lirismo.—Así como, en la epopeya, la poesía animada por el espíritu de la Revelación ha obtenido la victoria sobre el arte profano, así también le ha conseguido en la lírica.

Tan natural es esto en este campo, que no perderíamos el tiempo en gloriarnos de ello, si el Humanismo, en vez de batirse en retirada honrosa y abandonar el campo de batalla, no emplease sus viejos ardides de guerra en dis-

(1) Gautier, *Les épopées françaises*. (2) I, 457.
(2) Lanson, *Hist. de la lit. franç.*, (3), 19.
(3) Aubertin., *Hist. de la lit. franç.*, I, 119 y sig., 150.

putarnos la victoria. Pero esto no le impedirá ser derrotado y cubierto de vergüenza, reportando todavía nosotros la ventaja de que nadie pueda decir que esta vez hemos vencido sin lucha seria y sin adversario peligroso. El medio de que se sirve es el mismo que emplea en casi todas las cuestiones de arte; la excitación al placer sensual, y la especulación sobre la dificultad de domar y dirigir las bajas inclinaciones. Cuando se trata del lirismo, empléase precisamente con preferencia este pérfido artificio. Poco falta para que se haga jurar al mundo que ningún lirismo verdadero es posible sin el desencadenamiento de la sensualidad. Cuando nuestros estéticos han pronunciado su última palabra, casi podríamos creer que el lirismo no es otra cosa que un divertimiento con la sensualidad, y que lo primero que debe proponerse esta poesía es enseñar á los hombres que la felicidad celeste consiste en la excitación de las pasiones más peligrosas. (1) Gœthe cree que, si el poeta quiere ser hombre y hacer también á los demás hombres, sólo debe pensar en una cosa, á saber, que el mundo entero no constituya más que un sólo templo de amor, porque, sin amor, el mundo no sería mundo. (2)

¡Ah pobre mundo, si fuese ese el cemento que mantiene unidas tus partes! ¡Pobre poesía, si debes engrasar tus ruedas con semejante aceite! Si no protestamos de esto con energía, muy pronto parecerá que no hay otro aceite para la poesía que este ungüento de brujas de que habla Gœthe en estos términos muy poco velados: «Esto me corre por la médula hasta el dedo gordo del pie; estoy tan débil, estoy tan fuerte, me siento bien, me siento mal.» (3)

Un historiador tan seco y tan desprovisto de sentimiento poético como Sybel, niega á la Edad Media aun la posibilidad de una poesia, porque, en aquella época, el suelo y las fuentes, únicos que podían alimentarla y apagar su sed, eran atribuídos á los pecados de este mundo. Pero

(1) Duboc, *Hundert Jahre Zeitgeist*, I, 132 y sig.
(2) Gœthe, *Rœm. Elegien*, I (G. W., 1827, I, 259).
(3) *Ibid.*, «*Christel*» (G. W., 1827, I, 20).

¿cuál es este suelo, cuáles son estas fuentes, únicas que deben producir la verdadera poesía? He aquí la respuesta: Una sensualidad sana y vigorosa. (1) Así podemos formarnos una idea de la charca en que abreva sus camellos el que adopta este principio. ¡Con qué animales tan feos sería preciso viajar! Sí, si alguien quiere atravesar, con peligro de su vida, los desiertos arenosos en que sopla el viento abrasador, obligado está á servirse de ellos; pero el que quiere elevarse al puro cielo de la poesía, necesita un animal más noble, necesita ese corcel alado de que nos hablan las leyendas antiguas. Para extinguir su sed, necesita otra cosa que agua cenagosa; de lo contrario, el vértigo se apodera de él, cae en el delirio, y pierde el vigor necesario para remontarse á lo alto.

Se dice que el amor es la fuente del lirismo. Esto es ya la primera mentira, fuente de otras mentiras y de numerosos engaños. Este supuesto amor que los poetas nos machacan siempre en el mismo tono, no es otra cosa que el encanto de la sensualidad propia que quiere inflamarse al contacto de una sensualidad extraña. Si no se nos cree, que se crea al menos á los que deben saberlo. ¿Qué quieren decir los hermanos en la canción de las logias de Gœthe, cuando cantan: «Hoy el amor debe estar en todas partes cerca del amor?» (2) La explicación nos la dan otros versos: «Todos los hermanos se preguntan qué serían sin hermanas.» (3) ¡He aquí la explicación! Porque los hermanos no pueden vivir sin amor al lado del amor, tal como ellos lo comprenden, sino que tienen necesidad de hermanas; por eso se desbordan en seguridades de amor. Pero cuán bajo sea su amor y cuán insensatos son aquellos que confían en sus más sagrados juramentos, lo muestra Gœthe en estos términos vulgares: «Permaneced, pues, únicamente hasta que conozcáis algo mejor. (4) Sí, os lo confesa-

(1) Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzuges*, (1) 106.
(2) Gœthe *Zur Logenfeir*, 3 set. 1825 (III, 75).
(3) *Ibid.*, *Gegentoast der Schwestern* (III, 72).
(4) *Ibid.*, Ergo bibamus (I, 159).

mos de buen grado; nuestro culto, nuestras cuotidianas oraciones están especialmente consagradas á una diosa que se llama la *Ocasión;* aprended á conocerla. Siempre os aparece en forma diferente.» (1) Así, pues, ese supuesto amor está al servicio de la ocasión; sólo sirve para un premio, y no sirve más que á esta hermana de la que se puede decir: Hace todo lo posible para agradarme. (2) Si no obra ya de este modo, y si se presenta otra ocasión, entonces se dice simplemente: Nuevo amor, nueva vida. (3) Tal es—dice Gœthe—el que ha consagrado su vida y su lira á este género de amor; tal es el más seguro paliativo.

Cuando nos describe su propia manera de obrar, he aquí lo que nos dice: «Yo mismo me forjaba ilusiones ante todos los rostros hermosos, y tenía la ventaja de creer siempre en lo que decía en el acto.» (4) ¡Valiente ventaja! Pero quienes salían perjudicados eran los lindos rostros, los cuales, á pesar de las advertencias de sus padres, á pesar de los millares de víctimas de que ellos se habían burlado, y á pesar de los avisos de su conciencia, creían, sin embargo, que el que había jurado por el amor, quería esta vez servirlo desinteresadamente, y no servir su sensualidad. De este modo, aquel amor eternamente embustero mentía y las engañaba, y por la cienmilésima vez se verificaba en ellos, con palabras de amor, el principio del poeta, único que no era falso: «Jóvenes, vosotras sois las víctimas del engaño.» (5)

Que todo aquel que ame el honor y la verdad diga ahora si la poseía puede fluir de semejante fuente. Y si no, ¿á qué viene atacarnos, porque no admitimos como poesía esta salvaje tempestad de versos, que la palabra amor levanta como el *simún*, y porque no queremos que estos cantos de amor ataquen á las almas puras para corromperlas

(1) Gœthe, *Röm Eleg.*, 4 (I, 263).
(2) *Ibid.*, *Gewohnt, gethan*, I, 137.
(3) *Ibid.*, (I, 77).
(4) Gœthe an Fr. von Stein (Düntzer, *Charlotte von Stein*, I, 41. Baumgartner, *Gœthe's Lehr-und Wanderjahre*, 74).
(5) Gœthe, *Rœm. Eleg.*, 6 (I, 268).

con su aliento envenenado? «Hace ya mucho tiempo—dice Sócrates—que existe sobre esta materia una gran desunión entre los poetas y la sana filosofía.» (1) ¿Y ha de permitir la religión lo que condena la razón? ¡Arrancad, pues, de la poesía ese maldito veneno, arrancadlo sobre todo de las lecturas de la juventud! ¡No os dejéis engañar, jóvenes, grandes y pequeños; con dulces y cortos brevajes, se prepara el veneno, y entonces todos lo toman de buen grado! ¡Vosotros, padres, vosotros en particular, educadores, no olvidéis vuestra obligación! Ya comprendió el pagano que sólo con disciplina y vigilancia severas, no podía convertirse en peligro para la juventud la lectura de poesías. (2) Nadie se fíe en esta materia de afirmaciones ajenas. Todos sabemos con cuánta irreflexión, con cuán poca conciencia y con qué parcialidad obra el mundo, al tributar alabanzas á semejantes obras. Todos deben estar sobre aviso, porque todos deben dar cuenta de sí mismos.

Con esto no queremos decir que el amor no pueda ofrecer materia á la poesía y que deba rechazarse toda poesía que glorifique al amor. No condenamos al amor, pero marcamos con sello ignominioso á la hipocresía que quiere hacer pasar, con el nombre de amor, la vulgar sensualidad ó el egoísmo. El que pisotea el amor, violenta el corazón; pero es preciso que ante todo sea un amor que se atreva á presentarse ante Dios y ante el mundo entero, por consiguiente, un amor que no se obtenga por la mentira, un amor puro. Sí, si todos los poetas quieren cantar el amor, que lo hagan como el antiguo caballero:

«Por Dios he tomado la cruz y hago mi peregrinación para expiar mis faltas. ¿Volveré? Esto depende de Él. Dejo una mujer que llora mi ausencia; mi único anhelo consiste en volver á verla honesta y fiel. Este es el único motivo que me hace desear volver, porque, si ella hubiese de cambiar de vida, la muerte sería una dicha para mí. Mi

(1) Plato, *Republ.* 10, p. 607, b.
(2) Plutarch., *De audiendis poetis*, 14.

primer amor debe serme el más caro. Verdad es que he arrostrado luchas y penas, pero siempre he permamanecido fiel. Sería una vergüenza para mí, si tuviese que amar á más de una mujer; en este caso, preferiría no amar á ninguna. Pero, desgraciadamente, ¡cuántos hay que no obran como yo!» (1)

Establecemos en seguida, como segunda condición, que este amor debe manifestarse con la mayor circunspección y los más delicados miramientos. El corazón humano es tan débil y tan sensible bajo este concepto, que, cosas permitidas, pueden ser un peligro para millares de personas. Lo que no hace mal á uno, puede ser causa de ruina para muchos. Lo que deja á uno frío noventa y nueve veces quizás, le devora la centésima. Todo lector, viejo ó joven, debe abrir con prudencia todo libro, porque no sabe si encontrará en él la vida ó la muerte. ¡Con qué cuidado, pues, debe el poeta escribir cada uno de sus versos! Sabe que se dirige á millares de lectores; pero no sabe nunca cuáles son, ni lo que pueden soportar sin inconvenientes.

Síguese de aquí que la primera condición para ofrecer una obra maestra lírica completa es la verdad, y la segunda la pureza. Aunque una descripción sea verdadera en sí misma, si hiere la pureza del corazón, se convierte en la seducción más criminal, y deja de ser obra maestra, por admirables que sean sus versos.

Pero como este género de poesía no debe ser una simple descripción como la epopeya, pide, en tercer lugar, una materia que se apodere del hombre por completo, que penetre los más profundos repliegues de su corazón, purificándolos, ó le enseñe á sacrificarse por la comunidad; en otros términos, una materia que le eleve por encima de sí mismo, para alcanzar sus más altos destinos.

La religión y lo sobrenatural son, y continuarán siéndolo siempre, el objeto más digno de la lírica. El hombre, con su pequeñez y con su impotencia, con el cumplimiento de sus deberes y con su lucha con el mundo, por consiguien-

(1) Der von Joannsdorf, 1, 2 (Hagen, *Minnesinger*, I, 321).

te, el campo de la historia entera y de la vida externa bajo todos sus aspectos, constituye el primer tema. Los acontecimientos del pequeño mundo estrecho, las tempestades, los sufrimientos, las alegrías del propio corazón, no están excluídos de él por completo; pero los peligros de la mentira, de la ilusión, de la vanidad, del egoísmo, que hacen girar todo el mundo alrededor de este tan estimado pequeño *yo*, como los satélites en torno de su centro, de tal modo son aquí inminentes, que es preciso precaverse contra la elección de esta tercera materia, con tanto cuidado como contra la posesión de un periódico.

Finalmente, estos asuntos deben, en cuarto lugar, ser comprendidos y expuestos por el hombre completo. La simple poesía sentimental no basta; la lírica reclama igualmente la más completa claridad de espíritu, la firmeza de la voluntad y el verdadero calor del corazón.

Pero si esto es así, no hay duda alguna de que entre los numerosos poetas líricos que gimen, gruñen y truenan á cada arruga de la tierra, á cada rayo de luna, á cada brizna de hierba, á la vista de un ojo centelleante ó de un hermoso rostro, sólo puede contarse un corto número de poetas y obras de mérito.

Desde luego, preciso es dejar á un lado á un Anacreonte y á un Hafis, cuya poesía alimentábase únicamente de vino, de rosas y de todo lo que hay de malo en materia de amor.

En Gœthe, en vano es también que busquemos—exceptuadas algunas imitaciones de cantos populares—puntos de vista más amplios, fuera del bien de la patria ó un movimiento de compasión sobre la miseria de la humanidad. Lo que le hace obrar es solamente el perenne Gœthe, con su dicha ó su desgracia, y particularmente su amor equívoco que ya conocemos. Ahora bien, un lírico semejante no debe contarse entre los grandes líricos.

Comparado con él, el mismo débil Petrarca ofrece un golpe de vista mucho más vasto y elevado. Sin duda que también él disipó la más bella parte de su vida al servi-

cio de una pasión bastarda, pero acabó por avergonzarse de sus indignos y fríos sonetos. De aquí que, al final de su vida por lo menos, dirigió sus miradas al gran desenvolvimiento de la historia universal. Pero era ya demasiado viejo, y estaba extinguido su ardor. Así, pues, en lugar de las efusiones líricas, no trazó más que catálogos de antigüedades. He aquí la razón por la que no podemos colocarle entre los líricos de primer orden.

¿Dónde, pues, debemos buscar los grandes líricos? ¿En la tan elogiada civilización árabe? Sin duda que ha producido más líricos que sabios, pero en esto consiste casi toda su riqueza. Nada de pintura, ni de escultura, ni de música, ni de epopeya, ni de drama encontramos en ella. Sólo la arquitectura, una poesía árida llena de proverbios y de parábolas, y especialmente el lirismo han florecido en ella. Pero ¡qué lirismo! Un lirismo de hermosas palabras, de juegos de imaginación, de acento silábico, de lexicografía. Aquellos poetas gemían hasta exhalar el último aliento por una esclava, una lanza, un camello, una aguja perdida. Mas esto no es peligroso, ya que sólo se trata de algunos juegos fantásticos de palabras, de algunas rimas brillantes; en cuanto á la seriedad, al calor, á la profundidad, á las ideas elevadas, no hay en ellos la menor traza.

Mucho más elevados son los persas. Si en lugar de ese vano *todo* y *uno* que llena de obsequios á cada uno para hacerle suspirar tras él, y que recompensa todo ardiente deseo, dándose á sí mismo la paz y dándola á los demás, Djelet Eddín hubiese visto ante sí al verdadero Dios, al Dios viviente, ¡qué poeta hubiera podido ser! ¡Qué desgracia tan grande es, pues, no poseer la gracia de la fe! ¡Cuán pequeño y pobre es un espíritu, por grande que sea, al que la fe no eleva por encima de la bajeza del propio *yo!*

En lo referente á la piedad, verdad es que no está exento de ella Píndaro, el más grande de los líricos griegos. Él fué quien dijo esta sublime frase: «Insultar á los dioses, es odiosa sabiduría.» [1] Además de esto tiene también hermosas

(1) Pindar., *Ol.*, 9, 40 y sig. (Thiersch, I, 100).

cualidades: gravedad profunda, lenguaje enérgico, amor á la patria; pero aun así, no podemos considerarlo como lírico consumado. Siempre se le ha estimado por encima de su valor real. Uno es el puesto que ocupa como escritor griego, y otro el que tiene asignado en la literatura universal. Este no es extraordinariamente elevado. Inútil hablar de su moral, tal como lo expone en su *Himno á las sirvientas de Venus en Corinto*. ¡Moral griega al fin! [1] Por otra parte, como verdadero griego que era, no hay que empeñarse en encontrar en él la profundidad del corazón, la verdad y la sinceridad del sentimiento. Ahora bien, esto es ya una imposibilidad para hacer algo perfecto en el género lírico. Ya chocaba á los antiguos el que los atenienses no llegasen á la epopeya y al lirismo. [2] Para la epopeya, faltábales la calma, y para el lirismo la profundidad y el corazón. De este último carecía tambien Píndaro. Por otra parte, si bien tenía sentimientos religiosos, era un verdadero hombre de mundo. Fáltales elevación á los asuntos tratados por él. Es él prueba palpable de cuán diferentes son las apreciaciones del mundo. Si uno de los maestros cantores laicos de fines de la Edad Media hubiese inventado, en el espacio de medio siglo, ditirambos tan largos sobre los corredores y los boxeadores alemanes; si hasta hubiese escrito un libro sobre los torneos caballerescos ó poéticos, se exclamaría: «¡Vaya unos prejuicios!» Pero que lo haga un griego, y ya es completamente diferente. No preguntamos quién es el que habla, sino cómo habla. Ahora bien, he aquí que Píndaro hace descender sobre la tierra todo el Olimpo y todo el aparato mitológico, no para que el hombre se eleve de la tierra al cielo, sino para que el ejército de los dioses glorifique los rápidos pies de un egineta y de un corcel siciliano, ó los puños de un valeroso adolescente. Lo que conoce de más elevado es, además de

(1) Valerius Maxim., 9, 12, 7. Hesychius Miles., *Frag.*, 72 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, IV, 172): V. además un fragm. del mismo Píndaro. (Athen., 13, p. 601, c.) en Thiersch, II, 225.
(2) Plutarch., *De gloria Atheniens.*, 5.

los días joviales, [1] la gloria que su canto esparce sobre la tierra. [2] Nunca sabe uno si el mayor elogio es atribuído á aquel que es alabado ó á aquel que alaba. [3] Además de esto, reina tal oscuridad y tal dificultad en la expresión, que aun sus más entusiastas admiradores jamás han podido absolverle de este defecto. Difícil sería sostener que uno sólo se haya conmovido con sus pesadas y embarazosas frases.

Horacio, y su hermano de leche Walther de Vogelweide, son de un género completamente distinto. ¡Qué limpidez, qué transparencia clara como el cristal! ¡Qué amplitud de miras, sobre el mundo terrestre, por supuesto! ¡Ah, si tan sólo su desorden genial, sus bajas adulaciones y su importuno pordioseo no descubriesen tan claramente en ellos la miseria humana! ¡Ah, si tan sólo el último no abusase, como Bertrand de Born, su émulo, de la poesía para difundir la duda y la discordia! En cuanto á los otros *minnesængern* ó *trobadores*, sólo nos han dejado algunas obras de mérito en asuntos exclusivamente religiosos.

Fuera de esto, al lado de tantos cantos populares verdaderamente notables en este género, sólo podemos citar, en toda esa masa de poesías líricas, algunos himnos del *Rigveda* que merezcan, de nuestra parte, completa aprobación. No son profundos, pero rebosan de sentimiento sensible y sinceramente religioso.

Prueba esto que, precisamente en ese campo de la poesía que se cultiva con el mayor cuidado, y en el que todo alumno de retórica espera ya alcanzar el primer premio, las grandes producciones son muy raras; y del mismo modo, muestra esto cuán exacto es el juicio de Stolberg sobre la lírica, á saber, que lo santo es, no sólo el objeto más elevado de la poesía, sino también su objeto propio. [4]

(1) *Fragm.*, (apud Athen., 12, p. 512, d.) en Thiersch, II, 214, 3.
(2) Pindar., *Nem.*, 3, 72 y sig., 4, 1 y sig.; 7, 16; 8, 40 y sig. *Ist.*, 1, 45 y sig.; 3, 1 y sig.; 5, 13 y sig.; 6, 1 y sig.
(3) *Ol.*, 7, 7 y sig. *Nem.*, 9, 54 y sig. Pyth, 3, 107 y sig.
(4) Janssen, *Stolberg, sein Entwiklungsgang und Wirken*, 250.

De aquí que, como ya lo hemos dicho al principio, es completamente natural en el fondo que, en esta rama de la literatura, el arte de la Revelación haya obtenido la victoria sobre el mundo.

Aplícase esto ya á la poesía del Antiguo Testamento. Desde que Herder ha hecho apreciar de nuevo su grandeza, se admite generalmente que ninguna lírica humana puede comparársele, ni siquiera desde el punto de vista de la perfección poética.

Pero la lírica sagrada de la Iglesia tampoco puede temer un rival serio en la poesía profana del género más elevado—desde luego no entra en lucha con la baja poesía.—Este juicio, que podemos dar como unánime y universal, [1] lo formulamos sin intentar rebajar la literatura profana, y sin querer elevar desmesuradamente la sagrada. Allí donde apreciamos las grandes obras de la literatura universal, desde el punto de vista estético, no se nos ocurre poner á tontas y á locas la poesía religiosa por encima de la literatura humanista, sino que reconocemos que contiene mucho de mediano y mucho de inferior á la medianía. También en ella, como en las obras líricas profanas, sólo aisladamente se encuentran obras maestras perfectas. Sin embargo, no vacilamos en afirmar que, en cuanto al número é importancia, sus poesías líricas cantadas ocupan el primer puesto. Himnos como el *Gloria*, el *Te Deum* el *Exultet*, el *Victimæ paschali*, el *Vexilla regis*, el *Quem terra pontus*; el *A solis ortu cardine*, el *Ad perennis vitæ fontem*, el *Cœlestis Urbs Jerusalem*, el *Media vita*, el *Adoro te*, el *Pange lingua*, el *Lauda Sion*, el *Jesu dulcis memoria*, el *O Deus, ego amo te*, el *Dies iræ* y el *Stabat Mater;* cantos de alabanzas y de oraciones, como tantos cantos sagrados y populares que nos ha legado la Edad Media, pertenecen, sin duda alguna, á lo más perfecto que ha producido la literatura.

Muchos de estos cantos, los mejores y más populares, han llegado hasta nosotros bajo el velo del anónimo, co-

(1) Cf. Alzog, *Patrologie*, (3) 526.

mo ocurre también en lo profano. Entre los poetas más notables hay que contar á los Padres sirios Efrén y Cirilo, que se elevan á veces á lo verdaderamente grandioso; entre los griegos, que, por otra parte, y bajo este concepto, no igualan á los otros pueblos, Gregorio Nacianceno y Juan Damasceno; entre los latinos, el clásico Ambrosio, Fortunato, Prudencio, Paulino, el más delicado de sus poetas, Sedulio, Gregorio el Grande, Notker, Tomás de Celado, Jacoponi y Adán de San Víctor. La lírica erudita ulterior, la cual ha encontrado dignos representantes en Balde y Sarbiewski, desgraciadamente depende casi por completo de Horacio, estando en la misma relación con éste, que los sabios filólogos de aquél tiempo, Erasmo, Muret y Lipsius, con Cicerón y Tácito. En parte, puede decirse lo mismo de Luís de León, el primero de los líricos españoles.

No hay duda en que la poesía religiosa alcanzó su mayor altura en Santo Tomás de Aquino. Para apreciar exactamente su grandeza, no hay medio mejor que colocarlo al lado de Píndaro. De un lado, se encuentran las cosas más triviales expresadas en el más oscuro lenguaje, un trabajo de gigantes para nada, palabras como peñascos y frases sin concluir. Del otro, una materia sin igual en dificultad y profundidad dogmática, y á la vez, una exposición que no puede ser más clara, más sobria, y al propio tiempo inflamada de un calor y una serenidad, que recuerdan los Santos de Fra Angélico, un lenguaje tan natural, que todos creen que debe ser así, y que no es posible expresarse de otro modo, y tan sencillo que á todos—y este es el mejor testimonio en favor de la perfección de esta poesía—parece que podrían hacer otro tanto.

9. La elocuencia.—En cuanto al arte oratorio propiamente dicho, poco podemos decir. También en este terreno no tiene por qué temer la comparación la civilización cristiana. Considerado desde el punto de vista artístico, Crisóstomo está ciertamente á la altura de Demóstenes. Gregorio, el teólogo, supera á Platón en penetración y en

perspicacia, y quizás también en pureza de estilo; desgraciadamente no le iguala en claridad de exposición. Pero nosotros colocamos por encima de esos cuatro personajes á Basilio, desde luego por su dignidad verdaderamente real, por su pujanza majestuosa, por su nerviosa concisión, y luego porque, más que los dos indicados grandes oradores cristianos, supo desligarse del clasicismo.

Entre los latinos, Lactancio ha sido con frecuencia colocado al nivel de Cicerón. [1] Sin duda alguna, es también, entre los escritores cristianos, el que tiene mejor estilo. Por lo contrario, desde el punto de vista del fondo, sus obras lo colocan en segundo lugar. Muy al revés de lo que ocurría en la civilización profana, que concedía suma importancia á la forma externa, los latinos han insistido mucho más en el fondo, y, por consiguiente, no han prestado con frecuencia la debida atención á la exposición. Pero no hay duda de que, en el campo de la elocuencia, León el Grande, quien, por la unión tan rara de la concisión con la limpidez, de la sencillez con la majestad, es superior á Basilio; Bernardo, en quien vemos, con Justo Lipso, Enrique de Valois y Mabillon, al más grande de los oradores latinos, y Bossuet y Bourdaloue han demostrado la superioridad de nuestro arte oratorio sobre el del Humanismo. [2]

10. La escultura.—Entre las artes plásticas, la escultura es la que hizo mayores progresos en la antigüedad. No hay duda sobre este punto; pero tampoco la hay de parte de los que tienen el valor de rendir testimonio al derecho, á la verdad y á la moral, sobre el hecho de que este arte ha sido roído por la podredumbre, por lo menos

(1) Bibliografía apud Bæhr, *Die chrislich. rœmische Theologie*, 83 y sig. Al lado de él está Minucio Félix, (*Ibid.*, 43 y sig.), Arnobio (69 y sig.), Cipriano (63 y sig.). Bæhr coloca también muy alto á S. Ambrosio (161). Otros consideran á Sulpicio Severo como el mejor estilista (apud Fessler, *Institut. Patrolog.*, II, 217 y sig. Cf. Ebert, *Christli. latein. Litteratur*, 1, 313, 316 y sig., 319.

(2) La Harpe, *Cours de littérature*, 1840, II, 17 y sig., pone á Bossuet al lado de Demóstenes, á Massillón al lado de Cicerón y á Flechier al lado de Isócrates.

en los últimos tiempos del arte clásico. Ahora bien, el veneno se encontraba en la concepción absolutamente falsa del ideal de la belleza humana, concepción que todavía hoy se nos quiere imponer por fuerza. De aquí que sea indispensable, aunque penoso, decir algunas palabras sobre esta materia.

En sí misma, no hay divergencia alguna entre la manera de ver cristiana y la humanista, según la cual, el coronamiento de la creación, la ciencia visible, es la obra en que puso manos el mismo Divino Maestro. [1] Ahora bien, esta obra no es otra que el hombre, tal como salió de sus manos en el último día de la creación, sano de cuerpo, pura el alma, inundado y transfigurado por la gracia divina, adornado de todas las virtudes, resplandeciente de la santidad que su espíritu difundía por sus ojos y su rostro, dueño de todos sus miembros y regido por la influencia libre de Dios, que permanecía en su corazón.

Pero, perdida aquella vestidura de santidad, desaparecido aquel encanto sobrenatural, como desgraciadamente ocurrió, cesó de ser el hombre el centro de toda belleza. Entonces se produjo lo que nos dicen la experiencia y la Escritura: «El hombre tiene vergüenza de sí, y el mundo también.» Porque ¿qué aspecto ofrece sin el vestido de santidad, sino el de la no santidad? Profanado, mancillado por el pecado, nada tiene ya en sí, ó, para hablar con más exactitud, casi no tiene más que lo que existe, aturdido y corrompido. Lo sobrenatural se ha alejado de él, y sólo conserva la grosera sensualidad. Despiértanse en él impulsos que son el mayor peligro para la pureza del corazón, la fidelidad á la voz de la conciencia, el ennoblecimiento personal, el vuelo del alma hacia lo sublime. El espíritu ha perdido su influencia sobre los bárbaros instintos, y con demasiada frecuencia sobre la voluntad, sobre los vulgares deseos que de ella se elevan, y de aquí que sea incapaz de oponerles vigorosa resistencia.

Ahora bien, habiéndose convertido este cuerpo en una

(1) Ambros, *Hexaem*, 6, 9, 54. Lactant., *Opific.*, 7, 8. Cassiod., *Anima*, 9.

excitación al mal, en una cadena, en una tumba para el espíritu que le anima, ¿cómo puede obrar sobre los sentidos extraños, sino convirtiéndose en excitación, en seducción, en tumba para el espíritu ajeno? Á nadie se le ocurre decir que el cuerpo del hombre se haya maleado por el pecado, y que él mismo sea pecado; pero la doctrina cristiana no tiene necesidad de demostrar que actualmente está convertido en asiento de la concupiscencia y en un peligro real. ¿Quién osará negar esto? Sólo una roca ó un ángel. [1] Pero el que es hombre, sabe hasta qué punto es verdadero lo que sobre esta delicada materia dijo el poeta:

«En estas cosas, todos tenemos nuestro lado flaco.» [2]

Y sin duda alguna, los que tienen el lado más flaco son precisamente los que se muestran llenos de celo por la supuesta inocuidad de un arte desvergonzado. Si no experimentasen el encanto de lo que con tanto ardor defienden, si no se viesen obligados á confesar, al hablar de sí mismos, con el poeta—en el supuesto de que sean sinceros:—«Desgraciadamente me faltan el valor y las fuerzas para luchar», [3] no buscarían con tanto ahinco una excusa á su debilidad, al querer hacer culpables, como ellos lo son, [4] á aquellos cuya viril resistencia es su mayor condenación.

Pero si aun los hombres más groseros no pueden ocultar los sentimientos de pudor que se apoderan de ellos al despertamiento involuntario de la sensualidad, y si, según Aristóteles, el pudor no es siquiera una virtud, sino un instinto natural de miedo ante una infamia ó un acto vergonzoso que va á cometerse, [5] ¿debemos ver la señal de una educación más elevada en que el arte procure excitar intencionadamente la sensualidad y abrir á sabien-

(1) Chrysost., *C. ludos et theatra no.*, 2 (VI, 274 y sig.).
(2) Petrarca, *Trionfo d'amore*, 3, 99.
(3) *Ibid.*, 3, 127.
(4) Tacitus, *Annal.*, 14, 14.
(5) Aristotel., *Ethic.*, 4, 9 (15), 1 y sig. Cf. Thomas, 2, 2, q. 144, a. 1; q. 116, a. 2, ad 2.

das las puertas á la infamia y á la vergüenza, y minar por principio el pudor? (1) Pues esto es lo que hacen en realidad. De aquí que protestemos enérgicamente de semejante estrago de la naturaleza, de semejante confusión de ideas, de semejante decadencia de costumbres.

¿Por qué la humanidad civilizada cree deber ocultar con un velo la morada de la inteligencia? ¿No es ello una prueba en pro de la doctrina cristiana sobre la caída del hombre, una protesta real contra este dogma fundamental del Humanismo: «Preciso es tomar al hombre tal como es?» Sí, hace ya mucho tiempo que el hombre no es lo que debe ser, y de aquí que no deba atreverse á aparecer en su verdadera forma; si lo hiciese, debería conformarse con que se le contase entre los salvajes ó entre los desechos de la humanidad.

De aquí que consideremos con razón al arte que no tiene en cuenta estos miramientos como el signo de una decadencia moral y de una época que vuelve á la barbarie. Tampoco los griegos levantaron el velo que sobre sí había arrojado la humanidad por espíritu de penitencia, sino cuando marchaban ya á su ruina, y había empezado á hacerse proverbial en el mundo entero la corrupción de sus costumbres. En los tiempos antiguos y, en cierto modo, mejores días, era su arte serio, hasta severo. Trataron á la naturaleza y al cuerpo con veneración, dignidad y modestia; y de aquí que hiciesen más justicia al interior y á la religiosidad. (2) Probablemente, en esto consiste que nuestros estéticos no den á la antigua escultura griega la consideración que se merece. Mientras vivieron en una altura relativamente elevada, en los días de Pericles y de Sócrates, Fidias no conocía ideal más elevado que Júpiter y Minerva. Cuando declinaron hasta el punto de hacer del cinismo una filosofía, Praxiteles dióles el golpe de gracia con la Afrodita Pandemos. Ahora bien, lo que muestra de qué modo la creencia en la corrupción del hombre, y, por

(1) Cf. Plato, *Republ.*, 8, p. 560, c. d.
(2) Keppler, *Wanderfahrten im Orient*, 463 y sig.

el mismo hecho, el sentimiento del pudor, ha penetrado aun en el corazón del hombre más malvado, es que aquella conducta escandalizó á algunos griegos, por profunda que fuese su decadencia. (1)

Sin embargo, la sensualidad artificialmente excitada, y, sobre todo, la violación del pudor públicamente tolerada, ahoga muy pronto los últimos impulsos de la conciencia, y la inmoralidad hace ostentación de sí misma á los ojos de todo el mundo. (2)

He aquí precisamente el peligro que amenaza en todas partes, y singularmente en esta materia, á la moral cristiana, de parte del Humanismo. Y lo que principalmente es para él una fuerza, de la que se sirve admirablemente, es que tiene á su servicio á la más violenta de todas las pasiones, la que todo adulador sabe explotar, y que persigue con odio feroz toda tentativa para refrenarla: el placer de los sentidos. Compréndese así que un arte se haya desenvuelto con desprecio de toda moral, y que sea difícil hacerlo desaparecer, un arte que desafía, con tanta astucia como arrogancia, todos los modos sanos de ver del hombre y el testimonio de todo corazón sincero. Lo que la moral rechaza como pecado, es representado como inofensivo, y como prueba de inocencia, por una estética que afecta cierta honradez; lo que todo el mundo considera como una vergüenza, se convierte en asunto de honra, desde que un arte infame lo pregona sin pudor; lo que vela como asqueroso el sentimiento más natural del hombre, es precisamente lo que debe constituir el secreto de la belleza.

Que esta doctrina haya podido ganar terreno; que haya sido alabada en lo sucesivo, en centenares de escritos, como condición preliminar de la educación de los pueblos para alcanzar la verdadera civilización; que sea ya inculcada en el corazón de la juventud en establecimientos de instrucción, es una de las pruebas más tristes que de-

(1) Plinius, 36, 4 (5), 9.
(2) Tacitus, *Annal.*, 14, 14.

muestra el disimulo hipócrita de que es capaz el mal y el poder que ejerce sobre la tierra. Predicar abiertamente el placer sensual, sublevaría quizás contradicciones en la mayoría, pero, bajo el nombre inofensivo de arte, se alcanza con más seguridad el fin propuesto.

Jamás protestaremos con la debida energía contra semejante abuso. Al considerar las consecuencias que han de resultar, cuando, en la educación de generaciones enteras, se excita la más refinada sensualidad con el pretexto de educar en la belleza, exponiendo ante la vista el testimonio de los hechos, quedamos como atacados de mutismo. Sólo podemos repetir con el poeta: «Sé sólo uno de mil casos, pero lo que yo sé daría ya mucho que hablar.» (1)

Ahora bien, cuando llegan á desconocerse la verdad y el bien, ó siquiera cambiados deliberadamente en sus contrarios, el sentimiento de la belleza, y el gusto por ella, deben sufrir necesariamente. En ninguna parte se ve mejor esto que en el arte de que hemos comenzado á hablar. Si la plástica no reprodujese otra cosa que el hombre, tal como puede y se atreve á mostrarse sin chocar con los demás, ¿qué estético se atrevería á declarar como la más sublime de todas las artes, un arte que no puede ser otra cosa que una imitación muerta? Ahora bien, la escultura —se dice—es esto, porque tiene por objeto el más elevado de todos los objetos de arte, el hombre.

Seguramente es del todo exacto que el objeto de un arte constituye la grandeza de este arte, pero precisamente por esta razón la plástica no podría apellidarse el arte más sublime, ya que lo que constituye el objeto de su representación está muy lejos de ser lo que existe de más noble y elevado en el hombre, el hombre completo. Cuando uno oye á nuestros estéticos, podría creer que conciben al hombre únicamente como una masa de carne voluptuosa, recubierta de una piel delicada surcada por músculos y tendones, en una palabra, como todo aquello en que un alma noble no puede pensar sin avergonzarse. ¿Es que el

(1) Petrarca, *Trionfo d'amore*, 2, 140 y sig.

ojo, es que la expresión que el espíritu se crea sobre su espejo, el rostro, no forman también parte del hombre? ¿Qué hay de más noble, el hombre no verdadero, en esos años en que los jugos demasiado abundantes de su cuerpo, amenazan sumergir al alma, ó el pensador en su plena madurez, la matrona venerable, el anciano prudente y experimentado, á los cuales los disgustos, los dolores, los sacrificios, las pruebas han enflaquecido, verdad es, pero cuyos rostros han transfigurado de suerte tal, que nadie puede mirarlos sin respeto?

¿Por qué, pues, la escultura, cuando quiere representar el más noble objeto, escoge precisamente por modelo al hombre incompleto? ¿Por qué, pues, los maestros del arte nos dicen que la expresión de la inteligencia no es asunto de la escultura? (1) ¿Por qué, pues,—parece que se ríen, como los harúspices romanos, de todos los que creen en sus palabras—por qué, pues, procuran justificar debidamente aun los más evidentes absurdos? Lo que preocupaba á los antiguos era lo sensible y no lo intelectual. De aquí que trabajasen con tanta solicitud la parte sensible del cuerpo y dejasen casi siempre el ojo muerto, ó, como niños, procurasen darle su esplendor por medio de piedras preciosas; de aquí que en sus manos—por lo menos desde Lysippo—resultase casi siempre demasiado pequeña la cabeza. ¿Quién no comprende la causa de esto? (2) ¡Y nuestros estéticos nos hablan todavía de imperiosas necesidades artísticas! ¡Basta!

Sin duda, el Humanismo ha obtenido victorias sobre este terreno, pero son victorias falsas y seductoras. Consideramos como una dicha que, bajo este concepto, el arte cristiano no haya igualado al antiguo. La razón por la cual el arte moderno se quede atrás, no es porque los artistas no hayan logrado imitar á los clásicos, sino porque han logrado con exceso renegar del espíritu cristiano, é imitar de un modo mecánico las antiguas formas externas.

(1) Vischer, *Æsthetik*, III, 435 y sig.
(2) Plinius, 34, 19 (8), 15.

Poseían el arte de los antiguos, pero no su espíritu. El justo castigo del abuso de los dones más grandes consiste en que el que usa mal de las cualidades intelectuales y morales que posee en grado elevado, cae más bajo que el que está peor dotado. Los dones de Dios no son de tal naturaleza que uno pueda despreciarlos ó abusar de ellos impunemente. En la materia que nos ocupa, vemos los más elocuentes ejemplos sobre este punto. El desprecio de la verdad y de la belleza vengóse también en el arte antiguo, pero, en el arte cristiano, la aceptación de los principios humanistas ha producido consecuencias mucho más perjudiciales. Aunque esos maestros de la discusión hagan lo imposible para conciliar maneras de ver tan opuestas entre sí como el agua y el fuego, jamás llegarán á la altura á que llegaron los antiguos; [1] jamás se logrará por este medio superar al arte antiguo.

Decimos por este medio. No podemos comprender que la antigüedad no pueda ser superada ó igualada en el campo de la escultura; antes bien estamos convencidos de que la plástica, si hubiese permanecido completamente cristiana, hace mucho tiempo que hubiese superado á la antigüedad desde el punto de vista técnico. Miguel Ángel, que de ordinario en sus estatuas imitadas del arte antiguo no iguala á ninguno de los grandes maestros de la antigüedad, lo logra fácilmente, cuando, apartándose de ésta, toma como asunto al gran jefe de Israel. Si, con su genio, se hubiese fundamentalmente penetrado del espíritu cristiano, cierto es que, bajo su mano poderosa, se hubieran fundido las piedras como la cera, y hubieran hablado el verdadero lenguaje cristiano, lo que jamás harán en el arte ordinario. Y lo que acabamos de decir de Miguel Ángel se aplica igualmente á Donatello. Ambos pueden perfectamente rivalizar con los antiguos. Pero no son ellos los únicos de quien el arte cristiano puede gloriarse. Nadie se atreverá á igualar con los grandes maestros á Verrochio, Leopardo, Niccolo dell' Arca, Alfonso Lombardo, Andrés

(1) Cf. Ezech., XX, 32.

Sansovino, pero nadie negará tampoco que sean autores de obras maestras que pueden perfectamente rivalizar con los antiguos, y, ciertamente, no nos avergonzaremos en manera alguna de nuestro gusto al confesar que, si tuviésemos que elegir entre todas las obras de la antigüedad de un lado, y del otro, el ángel que decora la tumba de Santo Domingo debido al cincel de Niccolo dell' Arca, los numerosos asuntos de Luca della Robbia, las tumbas de prelados de Sansovino, rechazaríamos sin vacilar las primeras. En nuestro concepto, la escultura de la primera época del Renacimiento, como también su arquitectura, está animada de un espíritu de libertad, de nobleza, de alegría, tan distinguida y tan verdadera, que difícilmente podrá negarse que este arte hubiese podido alcanzar la mayor perfección, con sólo declararse independiente de la antigüedad. [1] Pero no ha seguido siendo lo que era, sino que ha vuelto á la antigüedad y de aquí su gran caída.

Tal es la razón por la que el arte cristiano ha estado tan lejos de realizar su empresa en este terreno. ¡Qué sus discípulos puedan siquiera ver que no es posible esperar un éxito completo, si no rompen resueltamente con toda medianía, y traducen á la vida los principios de la verdad y de la virtud sin respetos humanos, con esa fuerza de carácter que tan necesaria es á toda especie de arte, pero singularmente á la escultura.

11. La pintura.—El pintor está, bajo este concepto, en situación más fácil, pero también llena de responsabilidades. Desde luego, el antiguo arte pagano no le hace una concurrencia tan seductora como al escultor; sabe desde el principio que, con su arte, no le queda más que una elección, ó favorecer directa y expresamente la sensualidad, ó elevarse con resolución por encima de ella. Aun esos estéticos que, colocándose en el punto de vista de los caribes y de los polinesios, cantan siempre á la plástica las alabanzas de la carne humana, vense obligados á confesar que, si la pintura procede según los principios que predi-

(1) Cf. Burckhardt, *Cicerone*, (4 ed. de Bode), II, 326 y sig.

can, el peligro de la seducción es doblemente próximo, ya que puede imitar, por manera mucho más real que la escultura, los colores de la vida. (1) Además, y felizmente para el pintor, siempre es la Iglesia, la madre propiamente dicha de su arte, la que le hace los mayores encargos. Si la pintura se ha convertido en rama especial del arte, á la Iglesia Católica se lo debe, si no exclusivamente, por lo menos de un modo muy especial.

Así, aquél en quien la pintura religiosa ha alcanzado el grado más alto, (2) y casi nos atrevemos á decir, el más alto que puede alcanzar, es un servidor de la Iglesia, un fraile, el bienaventurado Fra Angélico de Fiesole. En lo referente á la empresa principal del arte cristiano, la vivificación de la forma externa por el espíritu cristiano, es imposible superar á Fra Angélico. Todo lo que el corazón del hombre creyente y piadoso, en lucha con la debilidad de la carne, puede recibir en sí de sobrenatural, y expresar dándole una forma sencilla, ha sido realizado aquí. Sus cuadros son por esta razón documentos de primer orden desde el punto de vista artístico; pero también son producciones á las cuales nada puede compararse en todo el campo del arte, por más que el arte italiano de que inmediatamente van precedidas, (3) y la pintura alemana de la Edad Media, tengan numerosas obras maestras que no temen la comparación con ellas.

En cuanto á la otra cuestión referente á saber si Fra Angélico ha satisfecho á la forma externa, como es completamente natural, siempre se responderá de un modo diferente, según los puntos de vista en que uno se coloque. Por otra parte, aun críticos, cuyo juicio hace autoridad, como Crowe y Cavalcaselle, afirman que, en cuanto á la representación externa, Fra Angélico está á la altura de Rafael y Miguel Angel. (4) Todos pueden convencerse de

(1) Vischer, *Æsthetik*, III, 520 y sig. Carriere, *Æst.*, (1) II, 213 y sig.
(2) Burckhardt, *Cicerone* (2 ed. de Zahn), 792.
(3) *Ibid.*, *Cicerone* (4 ed. de Bode), II, 531.
(4) Crowe y Cavalcaselle, *Hist. de la pint. ital.*, II, 171.

que no es exagerado este juicio, si comparan, en la colección de la Academia de Florencia, tan importante para la historia del desenvolvimiento de la pintura italiana, los esfuerzos que tantos espíritus á él parecidos han hecho para llegar á resultados análogos.

Con esto no queremos decir que el arte cristiano no deba conceder más importancia al aspecto sensible externo de lo que le concedió Fra Angélico. Entre los que particularmente lo han hecho resaltar, ha habido ciertamente muchos que han comprendido su misión en el verdadero espíritu cristiano, y que no han sacrificado el espíritu á la belleza de la forma. De aquí que admitamos de buen grado que Francisco Francia, Giambellini, y, en grado menor, Pinturicchio, Perugino, Luís Vivarini y Cima da Conegliano, hayan tocado igualmente de cerca el ideal del arte cristiano, y que con frecuencia lo encontremos casi realizado en Fra Bartolommeo, el hermano de Fra Angélico.

Y, cuando se nos plantea la cuestión más delicada que puede suscitarse en este terreno, es decir, cuando se nos pregunta nuestra opinión sobre Rafael, no vacilamos un punto en tributar á gran número de sus creaciones las mismas alabanzas que á su maestro y amigo, Fra Bartolommeo. Por otra parte, la influencia de éste último fué por largo tiempo muy considerable, signo de que, en su época de fermentación y de separación, el espíritu del bien ejercía siempre un poder muy grande. Un espíritu tan indisciplinado como Albertinelli muestra, cada vez que vuelve á Bartolommeo, una pureza, una elevación y una armonía tal, que es capaz de producir las obras más perfectas. Esto no es menos notable en Rafael, hasta el extremo de que se hayan suscitado no pocas discusiones para saber si tal obra era suya ó de Fra Bartolommeo. Rafael era un espíritu demasiado noble y dotado de condiciones demasiado rectas para desconocer la perfección de un arte cuya cumbre está en Fra Angélico y cuya decadencia en Fra Bartolommeo. De aquí que muchas de sus producciones, si se quiere hablar sinceramente, están mucho más cerca de la

Edad Media que de los tiempos modernos. Por lo menos, nos parece que el que no encuentre á Fra Angélico en la *Disputa del Sacramento*, no ve claro ni en la Edad Media ni en los tiempos modernos. Pero hay como dos almas en Rafael, y no puede decirse que su lucha no se deje sentir dolorosamente, sobre todo á partir del momento en que se mide con Miguel Ángel. Con su alma muy impresionable, era hijo de su tiempo, si bien uno de los más ilustres; admiramos su perfección de forma y de técnica, progresando siempre; pero lo que nos produce mala impresión, es que la ternura y cordialidad de los viejos italianos y de los viejos alemanes no hablen ya en esas soberbias fisonomías.

Unir ambas de nuevo, tal es la empresa del arte del porvenir. Ciertamente no es necesario que, para hacer triunfar el espíritu, haya que volver al estilo de las catacumbas, ó á las maneras duras y á las contorsiones de los maestros alemanes. Si el espíritu no tiene suficiente poder para ejecutar una bella forma que le responda, y para penetrarse de ella, no es tan poderoso como debería ser; pero no hay duda de que es preciso que sea un espíritu viril, lleno de fe viva y de franca piedad, como tantos maestros españoles y alemanes lo poseyeron más tarde, sobre todo el célebre Overbeck. Si la pintura sigue el camino indicado por estos maestros, no dudamos que llegará á realizar lo que de ella debe esperarse. Si la pintura sigue las vías trazadas por estos jefes, no dudamos que realizará lo que tenemos derecho á esperar de ella.

Pero actualmente, la pintura casi está en situación peor que las demás artes.

La pintura religiosa se muestra, salvo algunas excepciones honrosas, poco menos que incapaz de comprender su misión, y mucho menos de ejecutarla. Vémosla, por un lado, como si se avergonzase de confesar abiertamente á Jesucristo y su adhesión á la Iglesia, y muestra, por otro, que está dominada en todas partes por las malsanas, oscuras y violentas ideas modernas.

Que nadie se queje de que el arte religioso apenas llame en el día la atención, ni menos se le considere. ¿Acaso merece otra cosa? ¿Quién ha de admirar un arte que ofrece de la religión tan pálido y débil retrato, y que ni siquiera se atreve á romper con el mundo? Debía suceder lo que ha sucedido, que apenas se habla de otra cosa que de los trabajos que despojan á lo religioso de su carácter sobrenatural, que democratizan la santidad, y utilizan lo divino como medio para predicar las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. ¡En todas partes la democracia, aun en el altar! Jesucristo llega á ser un hombre popular, Pablo un demócrata social, y María una obrera. El ideal de Cristo de Uhde—dice con razón Pecht—es un obrero fatigado, para el cual la muerte es la salvación, pero del cual nadie podrá creer que su muerte sea su salvación. (1) Los santos de Gebhardt son gente de la madera del pueblo, cuya rudeza natural apenas acierta á encubrir una devoción artificial. El Santo Cristo de Augusto Préault era tan grosero, que el párroco que se lo había encargado lo rechazó diciendo: «¡Este es el mal ladrón que ha bebido vitriolo!» (2) Y el Crucificado de León Bonnat es llamado por el pueblo *el Cristo condenado á trabajos forzados*. (3)

Pero esto es lo que debe suceder, si el pensador ó artista cristiano se encariña con el espíritu del tiempo. Entonces se producen caricaturas como las de Böcklin, hombres-caballos, sirenas, vírgenes con orejas de burro y hocicos de perro, los cuales son sus mejores símbolos. Esta es nuestra justa recompensa por faltarnos valor y espíritu para hacer frente al progreso moderno, tan insano y desnaturalizado.

Hoy nos muestra claramente la pintura cuán desnaturalizada y cadavérica es nuestra civilización. En la pintura, más fácilmente que en las demás artes, sin excluir la literatura, se puede estudiar el espíritu de nuestra época. La pintura romántica nos conduce á un hospital de senti-

(1) Pecht, *Die Kunst für alle*, VI, 154.
(2) Rosenberg, *Geschichte der neuern Kunst*, I, 439.
(3) *Le Christ des forçats* (*ibid.*, I, 212).

mentalistas; la moderna, á un manicomio de poseídos ó de enfurecidos anarquistas. Es el punto en que se da cita el ejército salvaje de las pasiones; en ella no tienen sitio propio las huestes tranquilas de la virtud; sólo son apreciados por él los hombres del mundo. Ó pinta el arte con entusiasmo bacanalesco, para que nos entusiasmemos por ella, ó con la bárbara fidelidad de un Aristófanes y un Juvenal, lo cual nos hace dudar de si la aparente intención de horrorizarnos no es un pretexto hipócrita para poder entregarse con más libertad al placer del mal.

Déjese engañar en este punto el que quiera; nosotros no nos contamos en el número de los ciegos, ni nos gusta que otros dirijan nuestra inteligencia ni nuestros ojos. Mientras nuestra vista no se perturbe por causa de esas manchas, de esos garabatos, de esos charcos de los impresionistas y de los pintores de la luz libre, creeremos que el dibujo no es cosa secundaria y que el espíritu falta aquí. Lo único que queda es, ya una lubricidad afeminada, como en Kaulbach y Canón, ya una exuberante obscenidad, como en Makart, ya una provocación al vicio y una grosería repugnante, como en Courbet, en Gérôme y Bastien-Lepage, ya el desorden en lo horrible y en lo ordinario, como en Wiertz, en Wereschtschagin y en Delacroix, de quien se ha dicho que arroja barriles de colores sobre la tela y los esparce con escobas embriagadas.

No conviene extenderse demasiado sobre esta materia, pues está uno en peligro de juzgar nuestra época con demasiada severidad; pero bueno y necesario es que, los que tienen el deber de dirigir los espíritus, fijen sus ojos en estos horribles extravíos, á fin de que entiendan la difícil obligación que sobre este punto incumbe á los artistas cristianos. Francamente, no podemos comprender cómo, ante el peligro que corre la moral, el arte y la cultura, se cruzan de brazos y no hacen titánicos esfuerzos en honor de su vocación y para socorrer al mundo.

En vez de esto, nos vemos obligados á contemplar un llamado arte cristiano, sobre el cual tenemos que implorar la misericordia de Dios: estatuas de yeso y pasta adornadas con encajes y galones; colores de imprenta tapizados de estrellas de oro y perlas falsas, una falta de gusto en los colores que honraría á los salvajes, y una cantidad inagotable de imágenes capaces de ahogar en el pueblo cristiano todo sentimiento de belleza y de inducirlo á una insípida y superficial piedad. Hay aquí muchos abusos que abolir y severas obligaciones que cumplir.

12. La arquitectura.—Acabamos de pronunciarnos contra una opinión de la estética moderna de la que se ha hecho casi un dogma, á saber, la afirmación tan repetida de que la escultura es la primera de las artes plásticas. Por poco que reflexionemos, no tardaremos en convencernos de que tenemos razón al asignar á este arte, que debe limitarse á la imitación de creaciones aisladas, el último puesto entre sus hermanos. Más elevada es la pintura, la cual supone una independencia, una libertad, una sublimidad de espíritu creador mucho más grande. De aquí que el arte cristiano se haya dedicado, de mucho mejor grado, á esta rama del arte que á la plástica. Pero la arquitectura es ciertamente la que ocupa el primer puesto entre todas las artes. Sin duda que el que, por arquitectura, no entiende otra cosa que el arte de elevar un montón de piedras en varias direcciones, en cuyas paredes se abra con una escuadra cierto número de agujeros, se horrorizará con razón de este principio. Pero el que se dé cuenta de la suma de cálculos, de reflexión y de fuerza intelectual que entraña la construcción de un edificio digno de este nombre, no encontrará exagerado este juicio. Con razón pues, dijo Platen: «La bella naturaleza casi todo se lo da hecho al pintor; pero la arquitectura exige mucha más inteligencia. Un verdadero edificio es un ritmo en piedra, y de aquí que sea tan raro como un poema.» [1]

Sin vacilación alguna podemos decir que el modo de considerar la arquitectura como sobrepujando en dignidad á todas las artes plásticas, es el mismo de toda la antigüe-

(1) Platen, *G. W.*, II, 279.

dad. [1] Sabido es que la Edad Media adhirióse por completo á este parecer; y también los árabes, que, por decirlo así, no han cultivado más que este arte, participan de esta misma convicción, como, por otra parte, lo canta su rey poeta: «Un príncipe que aspire á la gloria, debe levantar edificios que proclamen, aun después de su muerte, sus alabanzas. Las pirámides se elevan constantemente hasta el cielo, no obstante hacer ya mucho tiempo que ha muerto el rey que las levantó. Un gran edificio elevado sobre base sólida, testifica que su fundador abrigó grandes pensamientos.» [2]

Pues bien, si esto es cierto, es causa suficiente para asegurar y consolidar la gloria del Cristianismo con relación al arte.

Los griegos construyeron obras maestras más brillantes, los romanos obras maestras más magníficas, los egipcios y los indos monumentos más gigantescos, los moros obras más finas y graciosas; pero los cristianos, con menores medios, pero con espíritu más elevado, han realizado obras mucho más perfectas.

Los griegos son maestros en la representación y en la oportuna elección del sitio conveniente; siempre fueron niños vanidosos. [3] Todo en ellos debe presentarse con perfección, todo en la mejor luz; dirección, imagen, edificio. El griego no vive más que del exterior y nada más que para lo exterior; quiere figurar, figurar en su conducta y en su arte. Su producción propiamente dicha es la plástica; las estatuas son sus libros, un frontón esculpido, un friso es su enciclopedia; su mismo templo es una figura y no un edificio. Lo único que se propone obtener es la luz, la ornamentación, la forma. Pinta de azul y rojo chillones los mármoles más soberbios, y deja en la sombra y sin ornamentación lo interior. Elegancia por fuera, negligencia

(2) Plato, *Philebus*, 34, p. 56, b y sig. Aristotel., *Nat. auscult.*, 2, 2. 9; *Metaph.*, 4, 1, 2. Vitruv., 1, 1. Cassiodor., *Var.*, 7, 5.
(3) Abderrahman III (Schak, *Poesie und Kunst der Araber in Spanien und Sicilien*, II, 202).
(1) V. *supra*, II, 10.

por dentro, apariencia en la cumbre y falta de solidez en la base; he aquí el griego.

También el romano tiene temperamento de coleccionador. Nada inventó, sino que todo lo tomó y todo lo reunió; civilización, arte, poder, dioses y dinero. Hacer acopio de todo; tal era su ambición. Su arte consistía en construir carreteras y puentes, no como vías de comunicación, sino como redes destinadas á enlazar el globo para someterlo á su poder. Las estatuas aisladas no le dicen nada; prefiere el grupo. Si edificaba, y edificaba sin cesar, prefería el edificio cerrado, sin junturas, casi podría decirse, sin aberturas, rígido, imponente, macizo al exterior, más rico que agradable en lo interior. Amontona dentro como fuera todo lo que puede encontrar en materia de ornamentación y de magnificencia. No se preocupa de la belleza, ni siquiera de la comodidad, sino que quiere únicamente inspirar asombro, temor, y provocar la afirmación de que el mundo entero no es capaz de obrar como él. La delicadeza y el gusto son considerados por él como faltas de carácter, y como cosas tan indignas y vulgares como el filosofar. [1]

Nosotros, por lo contrario, somos el pueblo de la construcción. La empresa del cristiano consiste en construir y edificar. Los griegos y los romanos nada crearon de nuevo; aquéllos afinan, y éstos aplican en la práctica lo que han hecho los demás. Tampoco la cultura del cristiano renuncia á esto; pero aun allí donde se ha apropiado elementos extraños, hace poco á poco de ellos algo independiente, como en las basílicas. El cristiano es heredero universal del mundo, no por vía de conquista y rapiña, sino por herencia legítima. Con todo, no está restringido en manera alguna á lo que le lega el mundo, ni ligado á su marcha tradicional, sino que necesita un terreno sólido en que apoyarse y un espacio ilimitado para dirigir su vuelo á la celestial altura. No necesita nada más. Aporta con su nacimiento un alma vivificante, casi podría decirse un espíritu creador, y

(1) Seneca, *Ep.* 20, 3.

apenas ha encontrado una base sólida, por pequeña que sea, un poco de aire libre y los materiales más precisos, eleva bóveda sobre bóveda y aguja sobre aguja. Su arquitectura no se arrastra como una fría belleza muerta, como la de los griegos; no se eleva pesadamente, como las pirámides, sino que aspira á lo alto, como una planta viviente homogénea, vigorosa, ligera, y, no obstante, completamente natural. No hay que asombrarse de esto, pues surge de la naturaleza propia del Cristianismo. De aquí que sepa adaptarse á todos los climas, á todas las exigencias de los hombres, y aprovecharse de todos los medios para acomodarse al humilde que vive en ignorado villorrio, y satisfacer la dignidad de los grandes; de aquí que se amolde á elevarnos en lo exterior y hacer al mismo tiempo que penetremos en nuestro interior; de aquí que, en él, lo interior y lo exterior aparezcan como fundidos en un solo molde. No desdeña la ornamentación, pero la aplica con medida, y jamás como simple ornamento, sino siempre al servicio de un fin más elevado. En él no es la masa la que constituye la solidez, ni la prodigalidad la belleza, sino el orden, la medida y la conformidad de los medios con el fin. Lo que desde luego nos llama la atención, es esa tendencia hacia lo alto que se manifiesta en todas las partes, después esa serena seguridad, la medida y el cálculo prudente, y por fin, la unidad completa.

El edificio griego es menos arquitectónico que maravillosamente calculado para la impresión. El romano es constructivo y sólido, verdad es, pero no es arquitectónico, porque no es orgánico. La más sencilla muralla romana ofrece ese notable amor al orden, esa estricta exactitud, esa maravillosa conformidad de los medios con el fin del pueblo pedantesco y fanfarrón que la ha construído; pero, por otro lado, indica también una profusión de materiales que demuestra que en ella el conjunto ha sido sacrificado á los detalles. El romano no se preocupaba de si era preciso esquilmar países enteros para conseguir su fin. Ante todo, quería mostrar su poder, y de aquí que reuniese to-

do lo que podía hacer y lo expusiese en conjunto. Así, pues, aunque esto no es correcto desde el punto de vista arquitectónico, es muy propio para probar su riqueza. El espíritu cristiano une el arte constructivo del romano á la poesía del griego, la solidez romana á la delicadeza griega, añadiéndoles además el arte arquitectónico, la fusión orgánica que le es peculiar. Edifica para la eternidad. Hemos visto casos en que la base de un pilar de iglesia ha cedido sin que éste haya sufrido lo más mínimo; de tal modo era sólido el ajustamiento de las piedras en el arco. Y, cosa notable, se obtiene esta solidez con medios relativamente exiguos, precisamente por el encabestramiento orgánico de los materiales, por el reparto igual de todas las cargas y el mutuo sostén de todas las partes.

El templo griego siempre ofrece al exterior un aspecto bello, pero en lo interior no presenta más que un espacio sombrío ó una estrecha celda de dioses. Es exacta expresión de esa religión sentimental estética, que, de lejos, muestra bellísima apariencia, pero que, en lo interior, está vacía, sombría y desierta. Lo exterior y lo interior—allí donde, con todo, hay un interior—son, en esta supuesta religión, dos cosas completamente distintas, tan distintas como la luz y las tinieblas, y que hacen su propio camino sin preocuparse la una de la otra, y gracias de que se eviten sin hostilidad, y de que no se tiroteen mutuamente. En oposición completa con él, está el templo romano, el cual más se parece á una fortaleza que á un templo, siendo el digno símbolo del racionalismo, de esa religión de los hombres de honor y de los hombres de mundo, que se presenta con dignidad y se inspira en el respeto, pero que también sabe mantener los hombres á distancia para no verse importunada por ellos. El templo cristiano es, desde luego, un edificio interior como toda vida cristiana. Cuanto más orientado está este espíritu hacia lo interior, más se manifiesta hacia lo exterior por modo vigoroso, enérgico y sensible. Pero lo exterior resulta siempre de lo interior, le responde y lo expresa. Así como en un cuerpo delicado se distinguen

las venas á través de la piel transparente; así como en la fisonomía y en los gestos de un hombre experimentado, el espíritu y los músculos despliegan en perfecta unión su actividad; así como cada uno de sus movimientos refleja los impulsos de su corazón; así como se reconoce en la posición de las manos y de todo el cuerpo, en la manera de regular su lengua y en la movilidad de los ojos, el interior de un hombre perfecto, así también se nos presenta el edificio gótico. El que no es perito en el arte, se encuentra involuntariamente satisfecho, contemplándolo; el que profundiza más las cosas, descubre, allí donde ofrece desde el primer momento un conjunto maravilloso, tal abundancia de partes, que no podría comprender cómo están tan unidas, si cada una de ellas no le condujese, ó hacia lo alto, ó hacia el punto del todo en que el cielo tiene su representación sobre la tierra: el altar.

El antiguo edificio pagano se ofrece sobre la tierra en toda su longitud, vasto y cómodo. Allí está á sus anchas; ningún deseo de elevación mayor le hace abandonar su calma; hermoso á la vista en los griegos, y magnífico en los romanos, muéstrase satisfecho cuando ha conseguido su fin. Las columnas se asientan inmediatamente en el suelo. El potente arquitrabe carga sobre ellas con peso enorme, y las hunde en tierra, como temiendo que puedan salir de ella. Esta es la verdadera expresión que conviene al Humanismo. Comodidad terrena; he aquí su única aspiración; ha vencido, ha trabajado, y ahora quiere reposar, gozar, dormir, olvidar por siempre jamás. El edificio gótico es como la encina; mejor, como el bosque de encinas. En todas partes hacia donde dirigimos nuestra vista, ábrense, ante nosotros, profundidades y lontananzas, y, si las seguimos, encontramos otras de nuevo, como si hubiésemos entrado en el mundo de lo insondable; tan inagotable es su fecundidad. Por todas partes movimiento, crecimiento, vida. Allí donde hay lugar, crecen vástagos, por medio de los cuales se rejuvenece el todo por sí mismo. Pero al propio tiempo que todo este mundo lucha para llegar á la luz, su sombra nos envuelve de un claro-oscuro que dilata nuestro corazón, dándole el presentimiento del misterio, que aviva nuestra imaginación con el encanto de lo infinito, y ofrece á nuestros sentidos una acuidad inaudita, y luego, por encima de las cumbres, reina una agitación tal, como si el Todopoderoso caminase sobre nuestras cabezas, de suerte que, aun el corazón impuro, experimenta ese indescriptible sentimiento de dolor, que, signo de la vecindad de lo divino, nos llena de disgusto por nuestras propias imperfecciones, pero nos eleva, sin embargo, llenos de esperanza y de consuelo, hasta un Ser Todopoderoso capaz de socorrernos. En verdad que el espíritu de nuestra fe ha encontrado aquí su justa expresión.

Los griegos construían para los sentidos; los romanos edificaban llenos de arrogante confianza en sí mismos; los moros con una fantasía sin freno; los cristianos como hombres completos que han recibido su fuerza y su todo del cielo, y que lo devuelven de nuevo al cielo jovialmente agradecidos.

Con esto, no reniegan nunca de ese rasgo característico de la religión, que, en la unidad y en el conjunto, da á cada particularidad autorizada el derecho á la existencia. Los griegos construían en todas partes de la misma manera, en Atenas, en Sicilia, en Asia; el que ha visto uno de sus templos, los ha visto todos. Un número restringido de ornamentos y de motivos; he aquí todo cuanto tienen á su disposición, y todo lo que se transmiten por tradición. El arte cristiano tiene una variedad tal y tal inclinación á la originalidad, que precisamente este exceso le ha preparado su ruina. Su estilo difiere según los países. Uno es el gótico español, otro el italiano, otro el inglés, otro el alemán. El suelo, el clima, las produccionos del país y la fantasía de sus habitantes tienen libertad completa para ejercer su influencia en la formación del individuo. La abundancia de ideas es sencillamente incomprensible, sobre todo en el período romano. En la arquitectura griega y romana, fatiga la uniformidad siempre igual de los capite-

les. En la catedral románica, cada columna tiene una forma particular, cada puerta un capitel particular, cada ventana distinto encuadramiento, cada abertura diferente ornamento ó festón. En la cripta de Freising, cada cara de los pilares tiene formas diferentes. En la catedral de Ratisbona, ningún lado responde á su opuesto en altura de las ventanas, en medida y en ornamentos. En resumen, una libertad, una independencia, una multiplicidad, que inspira al Humanismo un asombro que llega hasta la desesperación. Admitimos que con frecuencia se ha tenido la intención de obrar muy bien; pero lo que debemos criticar aquí, como de ordinario, no es la dependencia, sino antes bien el exceso de libertad de las partes aisladas.

Así, pues, no pretendemos, como se ve, que la arquitectura sagrada haya resuelto su más elevada empresa; á veces ha llevado demasiado lejos la libertad, la independencia y el deseo de la originalidad en el detalle, á expensas del todo. No siempre ha alcanzado el fin de una armoniosa unidad. Con frecuencia, en su intención de ser viviente, ha perturbado, con saltos desordenados, la calma que tanto conviene á la casa de Dios, modelo de la habitación de Dios en el alma del hombre. Pequeños defectos son éstos, pero siempre defectos, que es preciso hacer desaparecer, dada la sublimidad de este arte.

13. **La expansión del gusto bajo la influencia del arte eclesiástico.**—No comprendemos por qué no habríamos de confesar públicamente que el arte cristiano, hijo del Cristianismo, del mismo modo que su padre, no ha realizado enteramente su fin completo y último aquí bajo. Sólo puede temer semejante declaración el que ha sentido desaparecer de él la fuerza para realizar lo que existe de más elevado, ó el que no está resuelto á prescindir de todo reposo antes de haber cumplido su misión.

El Cristianismo puede ofrecerse sin temor alguno este testimonio. Porque, por un lado, ha resuelto ya gloriosamente la mayor parte de su misión en todos los terrenos, y, por consiguiente, también en aquél de que ahora tratamos; y, por otro, está muy distante, como toda actividad que se arraiga en su seno, de ese funesto contentamiento personal que cree poder ahorrarse nuevos esfuerzos, invocando las hazañas de los antepasados. En todas partes en que ese espíritu tan altivo y tan perezoso—casi podríamos decir este espíritu de la nobleza degenerada—se ha arraigado una vez, no hay duda alguna de que, no sólo las conquistas pasadas, de que tanto se vanagloría uno, se pierden, si es que no han desaparecido ya, sino que, á consecuencia de este error, es imposible alcanzar el fin último y supremo.

Lo decimos con profundo dolor; este espíritu de paralización y de retroceso se encuentra, no sólo en el campo del arte, sino también en muchos otros, y á veces también en la historia de la Iglesia, tanto en la pasada como en la actual. Sin embargo, lo que constituye nuestro consuelo en medio de las penas que nos rodean, es el poder decir que, sin duda, la Iglesia ha visto desarrollarse en su seno, y lo verá siempre, hechos semejantes, pero de los cuales no es ella la causa, y que hace todo lo que puede para mejorarlos y hacerlos imposibles.

Innegable es que toda satisfacción personal, así como sus compañeras ordinarias, la envidia y la hostilidad, contra aspiraciones extrañas, del mismo modo que sus consecuencias inevitables, el estancamiento ó el retroceso en la ciencia, en el arte, en la vida eclesiástica, en el sostenimiento de la disciplina de la Iglesia y de las Órdenes religiosas, están íntimamente unidas á la decadencia del espíritu de la Iglesia.

Por lo contrario, al sentimiento eclesiástico le basta fortalecerse de nuevo, para que inmediatamente se vea crecer á ojos vistas toda la actividad que se alimenta del amor de Dios y de la Iglesia, y para que los éxitos respondan á esta nueva actividad.

No hay que asombrarnos, pues, de encontrar en esas épocas y en esas generaciones tan vivamente penetradas del espíritu de la Iglesia, el sentimiento artístico tan pro-

fundamente arraigado, que parece ser, por decirlo así, un patrimonio común. (1) Los hombres que hoy día fundan en todas partes asociaciones para perfeccionar el gusto del pueblo, y que cada año gastan sumas considerables con este objeto, deberían fijarse en el mísero resultado que obtienen, con medios tales como academias, asociaciones artísticas, escuelas de bellas artes, exposiciones, etc. Las masas que se proponen atraer, se alejan tanto más de ellos cuanto que más dinero gastan en semejante empresa. ¿Es que en realidad son rebeldes á toda instrucción, ó sólo reconoce esto por causa la extraña instrucción que se intenta defundir hoy día, y el método empleado para inculcarla? Creemos que es superfluo decir que la verdadera causa está en esto último. Pero estemos bien persuadidos de que hoy el pueblo no es menos apto para ser instruído que otras veces; lo contrario sería un detestable testimonio para nuestra sociedad y para su educación.

Ahora bien, cierto es que esta instrucción, á la que hoy en vano se aspira, fué realizada en la Edad Media. Sólo que en aquellos tiempos, asociaciones sospechosas con fines equívocos, ó por lo menos, poco claros, no eran necesarias, sino que bastaba una asociación que, por otra parte, existe todavía. Sus estatutos son públicos; todos pueden entrar en ella sin gasto alguno, y el fin que persigue está claramente expresado, pues consiste en difundir por todas partes una instrucción viviente y verdadera.

Esta asociación es la Iglesia de Jesucristo. (2) Cada uno de sus edificios era un establecimiento de instrucción en el sentido más amplio de la palabra. Hoy, ni siquiera tenemos una idea de la influencia que ejercía en aquella época. Por otra parte, ¿qué puede hacer con los pocos recursos que todavía posee, después de las innumerables rapiñas de que ha sido víctima? Pero, por lo menos, no deberían burlarse de que ya no produzca su antiguo efecto sobre las masas. Si poseyese todavía los medios de que disponía

(1) Burckhardt, *Cicerone*, (4 ed. de Bade), II,156.
(2) Cf. Führich, *Briefe aus Italien*, 122 y sig.

en aquella época; si, en medio de su pobreza, no se viera paralizada en sus movimientos, habríamos de ver si no confundía los esfuerzos de sus concurrentes laicos.

Consideremos tan sólo las colecciones que actualmente se hallan reunidas en los museos de nuestras grandes ciudades y que provienen de nuestras iglesias saqueadas. Ahora están como perdidas para el pueblo. En verdad que no podía escogerse medio mejor para robarle el gusto y la instrucción. Se arrebatan las obras maestras de las iglesias, y se las reemplaza por cosas que nada significan, por cosas que predican el mal gusto siempre que uno las contempla, y se halla extraño que el pueblo carezca de gusto, y se censura á los curas,—que naturalmente son la causa de todo esto—de que no impidan la vuelta á la barbarie.

En aquellos tiempos, estos tesoros y otros mil, que una rabia insensata ha destruído, eran expuestos todos los años á la vista del pueblo. La Iglesia los encomendaba, y el pueblo le ayudaba alegremente á pagarlos. Diariamente los contemplaba con devoción, podía estudiarlos á sus anchas, formaba su gusto contemplándolos, y aprendía á imitarlos. Muchas iglesias contenían más obras maestras de arte y más modelos para el pueblo, que muchos museos actuales. (1) Que se piense únicamente en las tres magníficas iglesias de Nurenberga. ¿En qué museo encuentra nadie reunido con tanto arte las estatuas, las esculturas en madera y piedra, los tapices, las vidrieras, los sepulcros, los retablos de altar, los cuadros, los órganos, los objetos diversos, las obras de Roritzer, de Pedro Vischer, de Alberto Durero, de Lucas Cranach, de Veit Stoss, de Adam Kraft, de Wohlgemuth, de Holbein, de Culmbach, al lado de las copias de Rafael y de Rubens? Entonces, no sólo se aprovechaban de ellas algunos profesores, sino también el cerrajero, el ebanista, el tejedor, el tornero, el marmolista, el metalúrgico, el escolar, el maestro de escuela, en una palabra, todo el pueblo, y así el arte verdadero salió del pueblo y vivió estrechamente unido al pueblo.

1) Germain, *Histoire de Montpellier*, III, 166 y sig.

Así se explica fácilmente de dónde provenía el gusto por el arte, el cual estaba tan generalmente difundido.

Cuando examinamos hoy nuestras habitaciones, no debemos extrañarnos de la falta de gusto que en ellas se advierte. Los colores son chillones, las diferentes piezas del mobiliario no se armonizan entre sí, y, con mayor razón, con el conjunto. Los muebles construídos con planchas planas y trozos de madera cortados en escuadra, todo lo más curbados, según los peores modelos del estilo churrigueresco; allí donde se quiere hacer ostentación de riquezas; los marcos de los cuadros hechos de varillas rectas, los cristales sin forma alguna, los vasos tales como el alfarero ha logrado hacerlos; he aquí el mueblaje artístico.

¡Cómo debemos avergonzarnos, si nos comparamos con los antiguos! Entre ellos, cada utensilio de cocina, cada pote, cada vasija, tenía una forma y una ornamentación eminentemente artísticas; cada pieza de madera estaba trabajada con arte, cada marco de ventana pertenecía al estilo correspondiente, y esparcía la luz y la sombra por una abertura tan sencilla como llena de gusto; sartenes, cerraduras, herrajes, llaves, veletas, cerrojos, cofres, alacenas, camas, asadores, todo era tan gracioso, tan práctico, que se encuentra verdadero placer en su estudio. ¡Con qué gusto, con qué sencillez, con qué fuerza, están trabajados los antiguos armarios, los sellos, los estandartes, las armaduras! Esta delicadeza y esta perspicacia se han perdido ya sin remedio, como lo confiesan con sentimiento todos los que se ocupan en el arte heráldico.

La misma reflexión se nos ocurre cuando examinamos las vidrieras, las cinceladuras, los esmaltes antiguos. Todo libro viejo tiene sus iluminaciones, su encuadernación, su estuche, de conformidad con su estilo propio; cada casa, sus imágenes de santos y sus cuadros. En Viena, en el siglo XV, se pintaban todas las casas, y todavía encontramos esta costumbre en el campo y en las montañas de Baviera y del Tyrol. Nótese bien que, precisamente en las casas pobres, es donde los amantes de las antigüedades

van á buscar las piezas más preciosas de sus colecciones. ¡Cuántos esfuerzos habría que hacer para que el pueblo actual adquiriese un gusto semejante! Desde hace algún tiempo, se realizan notables progresos en la formación del gusto en general, por medio de asociaciones, exposiciones, colecciones, escuelas industriales, etc.; pero estamos todavía muy lejos del grado de perfección alcanzado en aquella época, y esto sin los medios actuales, sino exclusivamente por la influencia del arte cristiano.

Éste se aplica aun más á la cultura poética y musical del pueblo.

Seguros estamos de que todo el mundo comprenderá que sería trabajo perdido el querer hacer populares á Lessing, Schiller, Gœthe y las melodías del *Tannhäuser* y del *Lohengrin*. Y, sin embargo, el pueblo encuentra siempre una alegría increíble en la rima, en los versos y en la música. Los antiguos cantos y melodías de la Iglesia, tan graves, tan conmovedores, eran sumamente gratos al pueblo, que los cantaba en todas partes. Según ellos, componía otros nuevos, y ellos le enseñaban á ser poeta. Componiéndolos, se desarrollaba en el pueblo el gusto por nuestras grandes poesías nacionales, en grado tal, que nos es difícil formarnos de ello una idea exacta actualmente. Los que creen que existía una diferencia considerable entre la poesía elevada y la poesía popular en la Edad Media, conciben esta época de conformidad con sus ideas actuales. (1) Los ministriles y los flautistas, no sólo propagaban la poesía caballeresca y la cortesana, sino también toda descripción de la vida popular. El antiguo derecho germano ordena, aun por medio de ciertos estatutos, que se satisfaga, en épocas determinadas, el gusto del pueblo por estas especies de diversiones. (2) El pueblo inventaba y cantaba, con verdadero entusiasmo, romances sagrados y profanos, de los cuales sólo poseemos un número muy corto. (3)

(1) Koberstein, *Gesch. der deutschen Nationallit.*, (5) I, 133-135.
(2) Grimm, *Weisthümer*, 1, 666; II, 22.
(3) Gautier, *Les épopées françaises*, (2) I, 38 y sig. Vilmar, *Deutsche Lite-*

Sin duda que sus producciones no eran dignas de sus grandes maestros; contenían muchas cosas crudas y malas, pero también otras muy excelentes. Sólo á fines del siglo XV, cuando el antiguo espíritu de la Iglesia estaba á punto de extinguirse, cuando se entreveía ya lo que el siglo XVI llevaría consigo, se manifiesta con suma frecuencia una grosería y una vulgaridad horripilantes. Felizmente para la poesía, este desorden pasó con la Reforma al campo de la prosa, especialmente al de la polémica y sátira religiosas. Pero se había dado buena cuenta de la poesía, y particularmente de la poesía popular. (1) La decadencia religiosa, unida al terrible sacudimiento social que produjo la Reforma, impidió que se manifestase en nuestro país todo noble sentimiento.

En la España católica, que por mucho tiempo fué preservada de tal desgracia, mantúvose el gusto artístico entre las masas, en grado tal, que no lo creeríamos, de no tener de ello pruebas perentorias. En el teatro, un defecto en la acentuación, la omisión de una sílaba que cambiase la medida del verso, producía un disgusto tal, que se manifestaba inmediatamente en alta voz. Entre nosotros, ocurre á veces que las personas más delicadas no distinguen si una pieza está escrita en prosa ó en verso. Pero al pueblo español de aquel tiempo, le bastaba que se omitiese un verso que rompiera la continuidad de la asonancia, para que silbase al culpable. Con sólo oir una vez una de aquellas piezas, en cuya confusa red apenas podría orientarse uno de nuestros sabios, la sabía de memoria; escuchaba con sostenida atención piezas tan delicadas, que nosotros únicamente podemos representarlas ante un público

raturgesch., (12) 44 y sig., 258 y sig. Lindemann, *Literaturgesch.*, (5) 54, 55, 258 y sig. Bæhr, *Gesch. der rœm. Lit. im karoling. Zeitalter*, 70, 76. Gærtner, *Te Deum laudumus*, I, p. XII y sig.; II, p. III y sig. Kehrein, *Kathol. Kirchenlieder*, I, 4 y sig. Hoffmann v. Fallersleben, *Gesch. d. deutsch. Kirchenliedes*, (3) 25.

(1) Cf. Gervinus, *Deutsche Dichtung*, (4) II, 276. Janssen, *An meine Kritiker*, 211 y sig. Con tendencia poco favorable, Gœdeke, *Mittelalterliche Dichtung*, (2) 825 y sig.

escogido, y, después de su representación, iba todavía á comprar el texto, para poder gozar de ellas en el retiro de su hogar. (1)

Lo mismo ocurría en Italia, y ocurre todavía. El italiano de vieja cepa puede prescindir de pan y aun de vestidos, pero no de poesía y de canto. En los alrededores de Siena, encuéntranse en el campo pobres gentes que no saben leer, pero que saben adornar sus improvisadas poesías de bellezas tales, que difícilmente sabría imitar un académico. (2)

Pero, en todo esto, tiene la Iglesia honrosa participación. Es pura fantasía sostener que los sacerdotes sólo pensasen y hablasen en latín, y predicasen al pueblo en esta lengua. Muy al contrario; ellos fueron los que cultivaron y fomentaron el idioma del pueblo. ¿A quién sino al clero debemos los alemanes nuestras mejores obras literarias, v. g., los *Nibelungen*, el *Rolandslied*, el *Alexanderlied*, el *Edelstein*, sin mencionar la poesía espiritual de Otfried, de Martina, el *Annolied* y el *Passional*? ¿Quién habló y escribió la mejor prosa alemana que el hermano Bertoldo, Susón y Tauler? No desechamos á Lutero, pero también hay que poner á su lado á Martín de Cochem. España cuenta entre sus mejores estilistas á Luís de Granada, Luís de León, Juan de Ávila, Santa Teresa y San Juan de la Cruz. No es necesario hablar de Bossuet, Fenelón, Massillón, Santa Catalina de Sena, Savonarola y Segneri. El que quiera dar testimonio de la verdad, debe confesar que precisamente debemos á los predicadores y místicos la formación de nuestro idioma.

14. El Renacimiento.—Bien consideradas las cosas, tenemos derecho á mostrarnos satisfechos de lo que la Iglesia ha hecho en el terreno del arte, allí donde ha podido ejercer libremente su influencia, y allí donde los maestros del arte no se convirtieron en tránsfugos ó incapaces. Ahora bien, esto es lo que con frecuencia ocurre, lo

(1) Schack, *Gesch. der dram. Liter. in Spanien*, (1) II, 659 y sig.
(2) Ozanam, *Italiens Franziskanerdichter*, 29.

mismo en los tiempos antiguos, que á partir de la época del Renacimiento.

De intento no decimos por el Renacimiento, porque condenar á éste, con todo lo que se refiere á su arte, ni es útil ni permitido. No queremos insistir de un modo particular en el hecho, que exige siempre determinada reflexión, de que precisamente fué la contra-Reforma la que cultivó este arte con gran celo, de tal suerte, que, hombres como Carlos Borromeo, fueron los que alentaron la creación de obras maestras ante las cuales meneamos la cabeza actualmente. Sin embargo, llamamos la atención sobre este punto, para que tengamos presente que, en las cosas de arte y de gusto, hay que conceder gran expansión á la libertad y á la convicción personal.

Sin duda alguna que Ignacio de Loyola, Pío V y Felipe Neri tenían, con relación á la pureza y dignidad del arte cristiano, un modo de ver tan honroso, una buena voluntad y una gravedad moral quizás tan considerable, como los que demuestran entre nosotros el mayor celo por semejante asunto. Si hombres tan santos y tan notables tuvieron y ejecutaron miras con frecuencia muy opuestas á las nuestras, prueba es para nosotros de que es preciso admitir una diferencia muy grande entre el fin y los medios, entre lo principal y lo accesorio, lo cierto y lo dudoso, prueba de que no debemos olvidar que el gusto más puro y la tendencia más autorizada de una época, no son en manera alguna regla inmutable para todas las demás épocas, del mismo modo que no son una sola y misma cosa con la naturaleza propiamente dicha del arte. Tenemos nuestra manera de ver, y la sostenemos enérgicamente, porque la consideramos como la mejor. También otros tienen la suya; pero, mientras las consideren como justas, y mientras modos de ver secundarios libres no ocupen en ellos el lugar de las concepciones principales y ciertas, preciso es concederles la libertad que reivindicamos para nosotros.

Pero esto no debe impedirnos trabajar seriamente para hacer triunfar lo que nos parece mejor; sólo que, en semejante materia, hay que guardarse de ver herejías en todas partes, manía que se manifiesta con la mayor facilidad, allí donde debería existir la más amplia libertad, allí donde hay casi tantas opiniones como cabezas, donde una no puede refutar completamente á la otra, donde ninguna puede transigir, y donde, en la mayoría de los casos, el encarnizamiento reemplaza á la falta de razón. Desgraciadamente, el campo del arte es uno de aquellos en los cuales se manifiestan con suma facilidad semejantes miserias. Procuremos, pues, ponernos en guardia contra semejantes desvaríos, pues de este modo serviremos mejor la causa que representamos. Sí, la caridad, los miramientos y la gravedad son los mejores medios para asegurar el triunfo de la verdad. En materias libres, sólo son admisibles las afirmaciones, si van acompañadas de pruebas.

En razón de esto, decimos que, condenar el Renacimiento de un modo tan categórico como lo hacen muchos de nuestros compañeros de armas, y esto sin vacilación alguna, por plena convicción, sería una conducta injustificable. Indiscutible es que el arte gótico todavía no ha realizado por completo su misión; por consiguiente, también en este terreno puede aún haber progreso. Pero—se dice—este progreso debería verificarse precisamente en el terreno ya empezado. Así pensamos también nosotros, si bien no queremos decir con esto que haya que condenar toda forma aislada que no se encuentre en el estilo románico ó en el gótico. Mas, si los maestros de la Edad Media sabían apropiarse é idealizar formas extrañas, formas árabes, por ejemplo, y crear con ellas nuevos géneros de estilo cristiano, ¿por qué no sería posible dar nacimiento á un nuevo estilo cristiano, sirviéndose para ello de modelos antiguos? Por punto general, nuestra convicción es que hubiera valido más que los talentos extraordinarios que produjo el Renacimiento hubiesen empleado su capacidad, no en romper con el pasado cristiano,—porque, dígase lo que se quiera, se produjo un verdadero rompimiento—sino en edificar sobre las bases sólidas que ya se poseían.

Ahora bien, admitir esto, ¿no equivale á fustigar al Renacimiento entero?

He aquí la verdad: no hay ni ha habido nunca, en materia de arquitectura y de arte, un estilo oficial de la Iglesia. Hay un arte en la Iglesia, pero no un arte de la Iglesia. Por importante que sea para la Iglesia, en interés pedagógico, la forma artística externa, no está tan estrechamente ligada al espíritu del Cristianismo, al dogma y á la moral, que pueda decirse nunca que tal ó cual forma, y esto de una manera exclusiva, sea cristiana y eclesiástica.

Considerando, pues, la naturaleza de la religión cristiana, es imposible dar prescripciones positivas en lo que al arte concierne. Todo lo que puede decirse sobre esta materia, y bajo este concepto, es que hay que atenerse á esta regla negativa: El arte no debe admitir nada que no esté de acuerdo con la fe y la moral. Todo lo que no vaya contra éstas, no debe llamarse no cristiano.

En lo referente á la empresa pedagógica que el arte debe realizar de concierto con la Iglesia, no es posible decir de un modo cierto qué estilo es, propiamente hablando, el estilo de la Iglesia. Sin duda alguna que éste debe responder del mejor modo posible al fin de la edificación, de la elevación hacia Dios, y á la misión propia de la Iglesia. Pero tampoco es dudoso que, según esta consideración, el estilo general debe someterse á muchos cambios, de conformidad con los países, los tiempos y las costumbres. Desde el punto de vista pedagógico, en lo referente al estilo de la Iglesia, la regla es, pues, poco más ó menos la siguiente: El estilo que mejor responderá á la misión de la Iglesia es aquel que, habida cuenta de las circunstancias de lugar, tiempo y persona, esté más conforme con los fines de la Iglesia.

No hay, pues, duda posible en que, según su naturaleza, el cuadrilóbulo no es más cristiano que el triglifo pagano; pero es fácil de comprender que el acanto sea más agradable á los habitantes del mediodía que la hoja de encina ó

de zarzal. Por el contrario, el más frío habitante del norte no podrá negar que una columna corintia de pórfido, y un sarcófago antiguo de mármol de Numidia, sean capaces de constituir ornamentos del todo convenientes á la casa de Dios. Finalmente, en lo relativo á la cuestión más delicada, creemos deber decir que la opinión según la cual la ojiva, y no el arco redondo, es la verdadera expresión del pensamiento cristiano, no puede, por lo menos, querer imponer esto como un principio absoluto de fe.

Por consiguiente, tampoco podemos censurar á los introductores y defensores del Renacimiento, por haber tomado los estilos antiguos como base de sus esfuerzos. Sin duda que con esto no queremos alabarlos por haber proscrito, llevados de su amor á las formas que eran familiares en Grecia, las que el norte les ofrecía por modo completamente natural, y por haber sustituído así el idealismo y el simbolismo, rico en pensamientos, con una repetición muerta y á veces incomprensible. Pero si hubiesen logrado fundir estas formas con el espíritu cristiano, ó mejor, para expresarnos con toda exactitud, si hubieran podido animarlas del espíritu cristiano, y de tal suerte, que se hubiesen convertido por completo en cristianas, y no se hubiesen limitado á imitarlas, no tendríamos una palabra de desaprobación contra ellos.

Por otra parte, estamos convencidos de que este proceso de transformación, si se hubiese continuado con la lógica de pensamientos de la Edad Media, y con la seriedad cristiana de aquella época, hubiese producido un estilo no muy diferente del de la Edad Media clásica. Porque el arte cristiano—fíjense bien en esto los apasionados admiradores del Renacimiento—no ha salido de la nada, sino que ha tenido su origen en la apropiación independiente y en la imitación del arte antiguo. Ahora bien, suponiendo que se infunda á la misma materia la misma fuerza vital, se obtendrá el mismo resultado.

Con esto tocamos ya el lado flaco del Renacimiento. Ningún hombre reflexivo discutirá la forma externa; no

hay rostro gótico ni rostro antiguo, ni mano cristiana ni mano pagana; pero sí hay un tipo cristiano y un tipo clásico, ó mejor, un tipo humanista. La misma fisonomía tiene una expresión completamente diferente, según que el alma que habla por ella sea la de la Magdalena del Humanismo ó la de la Magdalena del Cristianismo. La misma fisonomía puede excitar el placer sensual en el más alto grado posible, pero también puede hacer que se cubra de confusión el espectador libertino y exhortarle á entrar en sí mismo: esto depende enteramente del espíritu de que está penetrada y animada.

Decimos *penetrada* y *animada*, y con ello queda dicho todo, porque en esto consiste la dificultad; aquí es donde se bifurcan los caminos.

Los antiguos grandes maestros cristianos, quizás hubieran podido dar más exactitud á la forma externa, por lo menos en la pintura; pero jamás se ha dudado de que hubieran querido hacer predominar la inteligencia, y de que en esto vieran su verdadera misión. Por lo contrario, los que vinieron más tarde, procuraron ante todo dar á la forme externa la más alta perfección posible. Sin duda que, al lado de esto, procuraban también expresar el espíritu, pero, aun en los mejores casos, apenas si pensaban que tenía derecho á la existencia al lado de la forma. Según la manera de ver de los mejores de ellos, espíritu y forma son dos cosas que habitan la misma casa, con los mismos derechos que dos hermanos. Inútil perder el tiempo para probar que esto responde muy poco á la verdad y al ideal. El espíritu natural domina, anima y mueve al cuerpo. ¡Con cuánta mayor razón, pues, el espíritu que Dios ha puesto en nosotros, el espíritu de gracia y santidad, precisamente el mismo que el arte cristiano ha de glorificar, debe velar, dominar y transfigurar á la sensualidad!

Ahora bien, que se nos diga francamente cuántas veces el arte del Renacimiento ha pensado en la importancia de esta empresa, y cuántas veces se ha dado tan sólo cuenta de la elevación de su ideal. La imitación de la forma ha

sido siempre su primero y último fin, y aun puede decirse, su único fin en la mayoría de los casos. El epitafio del mismo Fra Bartolommeo parece atribuirle, como elogio supremo, el haber sabido dar, á cada una de sus formas, carne, huesos, piel, espíritu y vida. (1) De este modo, ya no era posible hablar de unidad, de triunfo sobre la materia grosera, de transfiguración, de transformación, de purificación de la forma por el espíritu de la fe, de la caridad, del sacrificio y de la adhesión á Dios.

Sin duda que se nos dirá que rebajamos demasiado el ideal y el fin del Renacimiento. Pero lo que decimos, ¿lo decimos por nuestra propia autoridad? ¿Acaso afirmamos algo que no hayan afirmado ya los panegiristas del Renacimiento? Cuando críticos de esta tendencia, que llevan hábito eclesiástico y predican el idealismo en el arte, no admiten la belleza en la representación artística de una idea cristiana, sino á condición de que esté revestida de las formas de la antigüedad, (2) ¿cómo sostener que nos equivocamos?

¡Formas de la antigüedad! ¿Cuáles son estas formas? Sólo conocemos formas humanas. No sabríamos distinguir en qué se distinguen de las formas humanas las formas de la *Niobe* y de la *Juno Ludovisi*. Conocemos bien las formas de la antigüedad, que difieren mucho de las formas generalmente admitidas. Nos referimos á las que expresan el orgullo, la arrogancia, la sensualidad del hombre libertino é impío. Si se les quiere dar el nombre de forma de la humanidad, protestamos de ello en nombre de la humanidad y de la antigüedad. Estas son formas del Humanismo, no de la antigüedad.

Ahora bien, allí donde el Humanismo ha llegado á apoderarse de una forma, el espíritu cristiano no se une ya á ella, á menos que ella no rompa previamente su unión ilegítima. Ni siquiera acepta como signo una forma del Huma-

(1) Marchese, *Memorie dei pittori, scultori e architetti domenicani*, (4) II, 165.

(2) J. Schrrott (*Ausg. Allg. Zeit.*, 1882, *Beilage* 21, 307).

nismo; pero si le es preciso emplear una forma para representar su ideal, debe ser una forma puramente humana. Por otra parte, jamás admite que deba servirse de una forma ya empleada, como de un vestido medio usado que se compra á un prendero. No acepta, como hábito fabricado según una moda prescrita, la forma que se le ofrece, sino como materia para hacer lo que le plazca, ó mejor, lo que se le ha indicado.

La misión del Cristianismo consiste en apropiarse toda forma externa, en penetrarse de ella y en transformarla, como el alma penetra y transforma al cuerpo. Del mismo modo que el alma descompone en sus partes simples, naturales, todo lo que se le ofrece por el cuerpo, pan, vino, agua, y se lo apropia en seguida por modo viviente, así también, en el arte cristiano, toda forma externa debe subordinarse al espíritu de la fe, como medio dócil, y formar de este modo, dirigida por su fuerza superior, organizadora y creadora, una unidad viviente.

Que el arte del Renacimiento haya comprendido su misión en este sentido, ni siquiera puede discutirse. Seguramente, ha sido el primero que ha protestado contra esta concepción del arte, y el primero que la ha condenado como una opresión de la forma y un idealismo exclusivo. No entraremos en más amplios detalles sobre esta materia, porque sabemos perfectamente que jamás habrá acuerdo sobre este punto. Aquí, y solamente aquí, se separan nuestras vías.

En general, no son, pues, las formas externas las que constituyen el punto litigioso relativamente al arte del Renacimiento, por lo menos, las formas que son verdaderas é incontestables formas artísticas. En cuanto á las formas tomadas del Humanismo que no admiten jamás una unión fructífera con el espíritu cristiano, las rechazamos en absoluto, porque ni siquiera son formas puramente humanas, sino, antes bien, formas tomadas de un espíritu que indica ya la apostasía de la verdadera humanidad. Desgraciadamente, el Renacimiento se aferró particularmente á ellas.

Sobre este punto, empieza la crítica moderna á juzgar con más libertad y sinceridad, que el gusto artístico inculto por la antigüedad introducido por Palladio, Lessing y Winckelmann. Ahora vemos cómo los primeros maestros del Renacimiento, no sólo retrogradaron sin crítica hacia la antigüedad, sino que se precipitaron sobre ella. Con tal que algo tuviese carácter antiguo, poco les importaba que fuese griego ó romano, que se refiriese al período clásico ó al de decadencia, que fuese independiente ó mezcla de todas las cosas posibles. Su ciego entusiasmo por la antigüedad les nubló la vista hasta el punto de no comprender el hecho palpable de que—para hablar con Pecht—hasta los dioses del arte clásico griego tenían tanta sensibilidad como los parisienses modernos, y que la floración del arte romano había sacado su intuición del teatro y del circo. (1)

Así se comprende fácilmente cómo el arte del Renacimiento padecía de hinchazón y de amaneramiento. No se inspiraba en la naturaleza, sino en el artificioso arte de la antigüedad. Bajo este concepto, el arte de la Edad Media se adapta más á la naturaleza, v. g., en la ornamentación del gótico. La Edad Media consideraba al mundo con cierta reserva, pero con serio y modesto amor á la naturaleza. (2) En cambio, el Renacimiento contempló la naturaleza con los ojos de la antigüedad, y nunca tal como ella es en realidad.

Por lo contrario, allí donde ha tomado á la antigüedad modelos que se combinan con la verdad natural y la bondad moral, y, por consiguiente, con la humanidad, ha creado numerosas obras en las cuales podemos encontrar más ó menos resuelta la misión del arte.

Si, pues, uno se refiere siempre á la técnica del Renacimiento, se evita el punto litigioso propiamente dicho.

En las cosas en que la forma externa es el todo, el Renacimiento ha producido, sin duda alguna, resultados excelentes. ¿Quién negaría que es digno de toda alabanza en la

(1) Pecht, *Allg. Zeitung*, 23 de Julio de 1895, n. 202.
(2) Frantz, *Gesch. der christl. Malerei*, II, 231 y sig.

especialidad del retrato, en la imitación de la naturaleza, por ejemplo, en la pintura de las flores, en el paisaje, en la representación de los animales, en la ornamentación, y, en general, en los pequeños géneros? Por otra parte, jamás ha habido discusión en el hecho de que, en la representación de las escenas de la vida ordinaria, en lo que se llama pintura de género, haya dado pruebas de gran destreza en la imitación.

Ahora bien, si esto constituye el arte, la fotografía es sin contradicción la primera de las artes.

Pero ¿qué ocurre cuando consideramos esa rama del arte en la cual se trata de la forma, el arte histórico, y, sobre todo, el arte religioso?

Bajo este concepto, también el Renacimiento—no vacilamos en afirmarlo—no es otra cosa que un progreso hacia el fin del arte; sólo que no ha hecho más que dar un paso hacia adelante, para caer al punto en un abismo profundo.

Observamos desde luego que sólo admitimos esto tratándose de la pintura y de la escultura, y no de la arquitectura, porque está fuera de duda que la arquitectura del Renacimiento, á pesar de su efecto seductor, grandioso y pintoresco,—sólo la cúpula de San Pedro bastaría á probarlo—no podría sostener la comparación ni con la de la Edad Media ni con la de Grecia. La perfección de un edificio no consiste ni en la grandeza de las dimensiones, ni en lo pintoresco de los efectos, ni en la elección de lo que es más agradable, ni en la composición de lo que hay de más hermoso, sino en una estructura arquitectónica y en una forma independiente, homogénea, de un solo espíritu y de una sola pieza. Ahora bien, bajo estos tres aspectos, la superioridad del estilo gótico sobre el del Renacimiento es tan incontestable, que sería perder el tiempo tratar de probarlo. Posible es que otras veces se haya discutido esto, cuando, por prejuicio, no se dignaban siquiera echar una ojeada sobre el gótico, y cuando, de la arquitectura antigua, sólo se conocía la romana. Pero hoy, no encontramos

dificultad alguna en confesar que la arquitectura del Renacimiento es superior á la romana, la del primer Renacimiento, por su encanto pintoresco, y la del segundo, por su imponente pujanza; pero que en manera alguna es superior á la de las otras épocas artísticas.

Si comparamos la catedral de Milán con la de Friburgo, habremos de confesar que, al principio, cree uno ver en Friburgo un ejemplo de cálculo en piedra, cada vez más vasto, pero de una belleza verdaderamente clásica, en tanto que en Milán se nos ofrece un edificio de una impresión maravillosa de pintura, sin que propiamente pueda llamarse un edificio. El que encuentre demasiado dura esta comparación, acabará por convencerse de la exactitud de nuestro juicio, si le hacemos contemplar la catedral de Florencia. Sólo después de la terminación de lo exterior, se ven claramente sus efectos majestuosos. Una corteza gigantesca del más precioso azúcar petrificado, y, superando el todo, una cúpula tosca, que nos interesa tan sólo porque podemos estudiar en ella todo lo que un hombre célebre, como Miguel Ángel, pudo aprender de los defectos de sus grandes predecesores, y todo ello hinchado y rellenado por un andamio verdaderamente increíble.

En lo referente á las dos ramas del arte indicadas más arriba, la escultura y la pintura, admitimos sin vacilar que el verdadero y puro Renacimiento se ha elevado muy por encima del arte de la Edad Media.

Decimos el *verdadero* y *puro* Renacimiento. Ahora bien, este Renacimiento—y aquí queremos hablar de Italia, su patria,—no es el del siglo XVI, [1] sino el del XV. También en aquella época no careció de defectos, pero el espíritu cristiano reinaba todavía en él, de suerte que, en suma, no era posible prescindir de estar de acuerdo con él.

Cimabue, Duccio, Orcagna y los Pisanos lo habían introducido ya. Propiamente hablando, nació este Renacimiento el mismo día en que el Pontificado volvió á Italia.

(1) Marchese, *Memorie*, (4) I, 313 y sig.

Los grandes maestros del Renacimiento, Brunellesco, Donatello, Ghiberti y Fiesole, florecieron veinte años después, y los hermanos Eyck, mucho más tarde.

Preciso es ver en Niccolo Pisano y en Giotto el punto de partida del Renacimiento, en Fiesole, su punto culminante, y en Savonarola y su escuela, el punto final. Porque se reconoce ahora de un modo suficiente que Savonarola no luchó contra el arte, sino por su honor y su pureza, y contra la decadencia que le amenazaba, y que sólo después de su muerte, comenzó á invadirlo esta decadencia. (1) El más grande de sus discípulos, el último astro puro del Renacimiento, Fra Bartolommeo, fué enterrado el mismo día que Lutero pegaba sus tesis en Wittenberg. Lo que siguió después, sólo en parte pertenece al Renacimiento; todo lo demás es decadencia.

Si se quiere contar con exactitud, el Renacimiento duró 150 años, de 1367 á 1517. En Rafael, en Leonardo y especialmente en Pedro Vischer, predominaba todavía la buena influencia de la época precedente. Casi podría decirse de Alberto Durero que, no obstante todas las influencias del espíritu del tiempo, pertenece á la Edad Media propiamente dicha.

Pero, con Miguel Ángel, la decadencia penetró en el santuario. Formular un juicio exacto sobre este espíritu gigante y sobre su influencia formidable, no es fácil. Sus contemporáneos apellidáronlo el inventor de las indecencias; (2) mas ciertamente es éste un lenguaje demasiado duro. No obstante, lo que hay de cierto es que abrió la puerta é indicó el camino á la corrupción del arte. No quería jugar con la sensualidad, porque era demasiado salvaje, brusco y altivo para esto; pero, poseído del sentimiento de su propia fuerza y de desprecio del mundo,

(1) Rio ha consagrado ya un capítulo á este asunto. V. también á Marchese en su excelente obra: *Memorie dei pittori, scultori e architteti dom.*, (4), I, 488-513; pero muy especialmente á Gruyer, *Les illustrations des écrits de Jèr. Savonarole publiées en Italie aux XV et XVI siècles, et les paroles de S. sur l'art; avec 33 illustr.* París, Didot, Cf. *Année Dominic.*, 1880 y 1881, 245, 497 y sig.; 249, 122 y sig.; 253, 360 y sig.; 256, 452 y sig.

(2) Marchese, II, 9.

quiso convertirse en titán y dominarlo todo: tradición, costumbres, disciplina, orden, simetría, armonía, lo divino y lo humano; quiso demostrar que era de hierro contra todas las emociones, que era superior á todo límite, que todo debía doblegarse ante él. Cuando representa el desnudo, con decidida predilección, no lo hace para excitar la sensualidad, sino para arrebatarle toda apariencia de belleza, todo rasgo de idealismo. De aquí proviene esa dureza repelente, cuya huella ofrecen sus estatuas, la violencia con que se doblegan para producir el efecto, la grosería y la pasión indomable que muestran. El espíritu que animaba á Miguel Angel era una sobreestimación de la fuerza humana, por lo menos, de la fuerza personal, y la natural consecuencia de todo esto fué, en él, el desprecio del mundo y de los hombres, el pesimismo. Él arrebató al arte la estimación que le profesaban los hombres, y él reemplazó la modestia con el orgullo titánico, y la delicadeza y el pudor con el placer por lo que es bajo y odioso.

Espíritus vulgares, cultivan naturalmente la vulgaridad. Ya aquella chusma de pintores de brocha gorda y de escultores impíos y sin disciplina, que formaba la vanguardia del ejército salvaje de los reformadores, saqueándolo y quemândolo todo, y luego su retaguardia, como lacayos y rufianes, se lisonjeaban de asombrar al populacho, exponiendo ante sus ojos lo que hay de más bajo.

Los otros maestros que procuraban obtener la aprobación de las esferas distinguidas, eran, verdad es, menos groseros, pero daban á sus producciones tal refinamiento de sensualidad, que causaban ruinas todavía más considerables. Marcha á su cabeza el maestro de lo vago, que no moja su pincel más que en ungüentos y perfumes, el muelle Corregio. Sin embargo, hay uno que los supera á todos, el Ticiano, el cual es digno de ser llamado el pintor de la corte en la montaña de Venus.

Ninguna lengua humana podría pintar el mal que han hecho estos hombres y otros semejantes. Mientras que, en

Alemania, se contentaba el arte con tomar todo lo que hay de más malo en el arte gótico degenerado y en el Renacimiento decadente, arte que prestó un concurso fiel á los reformadores con las caricaturas más abominables del «Pontificado infernal y toda su pandilla espiritual», [1] los artistas italianos no conocían casi otro fin de la vida que la glorificación del Olimpo pagano y la representación de las más sucias leyendas que la imaginación mancillada de los antiguos había inventado. Sólo vemos en ellos Ledas, Danaos, Ios, Venus, Ninfas y Vacantes. Cuando, por casualidad, trataban asuntos bíblicos ó cristianos, entonces todo eran Evas, Bethsabees, Susanas, absolutamente como si hubiese sido culpable Magdalena, no la penitente, sino la pecadora, ó también Loth y sus hijas. Una verdadera embriaguez sensual se había apoderado de los corazones, como en otro tiempo en las orgías dionisianas ó en las fiestas de Isis y de la gran Madre. Poníanse, en los lugares santos, cuadros que un padre no hubiera querido ciertamente exponer en su casa. [2]

Que nadie excuse este arte con el pretexto de que lo produjo el espíritu del tiempo. Este espíritu no excusaría nada, aunque fuese esto cierto; pero ni siquiera es verdad. Aunque el habitante del mediodía sea menos sensible á semejantes cosas que el del norte, no impidió esto que, en aquella época, la mejor parte del pueblo italiano condenase un arte semejante, considerándolo como burla de la fe y de las costumbres. [3] Paulo III y Gregorio XIII fueron los que más se esforzaron en detener la corrupción; [4] pero ocurrió entonces lo de siempre; los buenos suspiraban en silencio, y los que hubieran podido detener el torrente con la pluma y con la acción, no querían perder su reputación de espíritus límpidos, y se callaron por amor propio y por respeto humano, cuando debieron haber ha-

(1) Janssen, *An meine Kritiker*, 211. *Gesch. des deutsch. Volkes*, III, 533.
(2) Marchese, *Memorie*, (4) II, 9.
(3) Antonin., IV, t. 8, c. 4, § 11. Marchese, *Memorie*, (4) II, 9.
(4) Marchese, II, 372 y sig.

blado. Los débiles se convirtieron en víctimas del placer sensual, é intentaron apaciguar su conciencia, diciendo que los primeros aprobaban aquel arte que ellos miraban con desconfianza. Por lo contrario, los pocos espíritus audaces que no habían hecho más que ensayar al principio hasta dónde podían llegar, se despojaban ahora de todo pudor, y transformaban triunfalmente en opinión pública á su manera, aquel espíritu del tiempo que, según decían, reclamaba semejantes abominaciones. «Ocurrió entonces—dice el mismo Gœthe, hablando de este mal—lo mismo que cuando los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres, esto es, que de ello resultaron monstruos. Con semejante arte, no puede uno deshacerse de la anatomía, por no decir de cosas aún peores.» [1] Hubiera podido añadir lo que Dios dijo en otro tiempo: «Mi espíritu no permanecerá ya en el hombre, porque se ha convertido en carne.» [2]

Ya no se podía pintar el nacimiento de Cristo ó la Santísima Virgen sin muchas piernas desnudas cayendo del cielo,—el espíritu popular apellidó á esto *guisado de ranas*—y sin colocar á derecha é izquierda amorcillos que llamaban ángeles, del mismo modo que se saludaba á Dios con el nombre de Júpiter y á la Virgen con el de Diana ó de la casta Lucina. Con relación al niño Jesús, sus miserables mantillas se pintaban siempre con lujo imperdonable. Apenas si se le evitaba al Salvador sobre la cruz la peor de las vergüenzas. Allí donde un ser humano tenía todavía algunos restos de vestidos, éstos, sobre todo en las mujeres, tomaban la forma de vendajes quirúrgicos, ó de velos húmedos, muy propios para hacer resaltar lo que debían ocultar. Puédese, pues, decir de aquellos maestros italianos, sobre todo de los venecianos, lo que Lecky dice del Ticiano, que jamás un cincel griego fomentó en el mismo grado el placer sensual. [3] No obstante, todos ellos

(1) Gœthe, *Ital. Reise*, G. W., 1829, XXVII, 166 y sig.
(2) Gen., VI, 3.
(3) Lecky, *Gesch. der Aufklærung*, I, 191 y sig.

observaron cierto pudor artístico; pero los neerlandeses, Rubens y Van Dyck en particular, llevaron el emponzoñamiento del arte hasta el hastío, ya que exponían á las miradas de los espectadores las pasiones más horribles, el placer sensual más voluptuoso, los apetitos más ardientes, con alegría manifiesta y verdaderamente cínica. (1) Cascadas de carne humana—¡y qué carne!—se ofrecen á nuestros ojos, como venenos que uno vierte de un cubo, y esto en cuadros llamados religiosos. En verdad que el que puede acercarse á ellos con sentimientos religiosos debe tener un gusto extraño ó poseer una virtud angélica. (2) El arte moderno, en su debilidad sin carácter, ni siquiera ha podido, con toda su insolencia, superar semejante degeneración.

Si, pues, de un lado, hemos admitido en el arte del Renacimiento lo que debe admitirse, tenemos perfecto derecho á condenar, por otro, con la mayor energía, lo que es digno de censura. No pretendemos que los artistas del Renacimiento posterior hayan querido poner su talento exclusivamente al servicio de la sensualidad; pero, de hecho, lo hicieron con demasiada frecuencia. Por otra parte, es ya un mal muy grande que casi todos desconociesen más ó menos la responsabilidad y la elevada misión del arte cristiano.

Bajo este concepto, preciso es que lleguemos á formarnos un juicio independiente. Por algo dice el proverbio: «El que tiene una cabeza, no necesita alquilar otra.» (3) ¿Hemos, pues, de estar siempre sometidos á críticos de arte, cuyo único fin consiste en presentar al Cristianismo como enemigo de la civilización, y á la belleza como inconciliable con sus preceptos? ¿Es que su conocimiento del arte es tan grande, que nada pueda oponérseles? Pero si todo lo que saben decir se limita á la carnación, al claro oscuro, al escorzo y á la perspectiva; si, á propósito de cada huesecito mal dibujado, de cada efecto de luz mal distribuído, expresan un disgusto mayor que el que les produce la grosería moral de la cosa representada; si, en el *Isaías de Rafael* y en el *Moisés* de la tumba de Julio II, nada sumerge tanto en éxtasis como la rodilla maravillosa; si, en el *Cristo* de Miguel Ángel, su principal admiración procede de que se balancee graciosamente sobre sus caderas, ¿por qué ese temor supersticioso á sus decisiones soberanas y absolutas? En verdad que es tiempo de que empecemos á confiar en nuestros propios ojos y en nuestra propia inteligencia.

(1) Vischer, *Æsthetik*, III, 743.
(2) Herm. Grimm, *Michel Angelo*, II, 521 y sig.
(3) Kœrte, *Sprichwœrter der Deutschen*, (2) 4380.

Más necesario es aún que tengamos el valor—porque ya es preciso para esto—de atribuir de nuevo á los principios inmutables de la religión y de la moral cristiana el lugar que les corresponde en las cosas artísticas. Una mirada imparcial sobre el mismo Renacimiento, será precisamente nuestro mejor apoyo en esta empresa.

Una vidente cristiana de nuestros días ha dicho con gravedad terrible: «Los que tiemblan cobardemente ante las imágenes conmovedoras de nuestros antiguos calvarios y ponen en su lugar formas paganas bellas y atractivas; los que representan á los santos de un modo seductor y voluptuoso, han sido vistos por mí unidos á aquéllos que elevaron sobre el Calvario un templo á Venus, hicieron todavía cosas más abominables en el establo de Belén.» (1) ¡Qué hubiera dicho del arte que ha escogido las más horribles deformidades de la inmoralidad y de las supersticiones paganas como modelos ejemplares para representar lo que es santo!

Últimamente, un sabio alemán ha pretendido que los restauradores del arte clásico han considerado como un hecho cierto que la antigüedad ha dado todo lo que podía, y que Cristianismo y antigüedad les han parecido absolutamente inconciliables. (2) Casi se siente uno tentado á decir que hubiera valido más que, en realidad, hubiesen pen-

(1) *Leben Jesu Christi nach. A. K. Emmerich*, (1) III, 483.
(2) Kœrting, *Geschichte der Literat. Italiens*, I, 192.

sado así. Porque, de este modo, han intentado servir á Dios y á Belial al mismo tiempo, y han abusado del Paganismo para hacer una mascarada cristiana. Han querido robar á los egipcios, y emplear sus tesoros en la construcción del Arca de la Alianza; pero como no habían recibido para esto ninguna orden de Dios, les faltó su bendición. Sin percatarse de ello, se contaminaron con el Paganismo, é introdujeron en seguida la forma pagana en la civilización cristiana, es decir, el espíritu pagano humanista, ya que lo que querían representar era efectivamente la forma pagana, esto es, humanista, y no la forma humana en general.

La consecuencia de esto fué una estimación fanática de la antigüedad, la cual no se armonizaba ya con el espíritu viviente cristiano. (1) En las esferas en que dominaba esta tendencia, reinaba ordinariamente la indiferencia en lo relativo á la fe, á la Iglesia y á la teología, (2) y con la victoria de este nuevo Humanismo, las bases del Cristianismo quedaron con frecuencia completamente minadas. (3)

No, no; no se burla uno impunemente ni de lo malo, ni de lo santo. Aquí tenemos la prueba ocular de ello. Muchos de estos maestros creyeron—queremos suponerlo indulgentemente—que podían indicar los peligros de la sensualidad mediante la representación de lo que excita á los sentidos. Con esta intención, se aplicaron á estudiar la carne y sus caminos; pero antes de apercibirse de que se habían equivocado de medio y de objeto, hicieron de la carne, si no el único, por lo menos el principal objeto del arte. Primeramente quisieron hacer atractivas y comprensibles las verdades sobrenaturales por medio de representaciones naturales; y, sin darse cuenta de ello, llegaron hasta el punto de que los objetos religiosos eran tan sólo ocasión para implantar la sensualidad en el mundo cristiano.

Aquellos pintores tenían siempre en su estudio una imagen de un santo oculto en un rincón, y, en plena luz, una aventura de Júpiter, como J. B. Rousseau, quien, David en

(1) Voigt, *Wiederbelebung des klass. Altherth.*, (2) II, 479.
(2) *Ibid.*, II, 472 y sig.—(3) *Ibid.*, II, 213.

la corte y Petronio en la ciudad, componía, á la vez que himnos piadosos para el viejo Luís XIV, coplillas indecentes para divertir al gran prior Vendôme y á sus compañeros de desórdenes, coplillas que éste apellidaba cínicamente el *Gloria Patri* de sus salmos.

Claro está que, en semejantes medios, el Cristianismo se convirtió en pura fórmula; ni siquiera podían tratarse en ellos cuestiones serias. Para convencerse de ello, bastará ver tan sólo una vez el *Cristo con su cruz*, de Correggio: éste no es más que un joven muelle, delicado,—seguramente un favorito del pintor—de rasgos finos y sin energía, de lánguidos ojos, de fisonomía sin vigor estudiada ante un espejo; lleva la cruz con tanta elegancia y nos mira con tanta insistencia, que fácilmente se ve que busca nuestra aprobación. Lo que quiere es mostrarnos su mano de maravillosa finura, demasiado hermosa para llevar una cruz.

Este cuadro es la expresión verdadera del lugar que ocupa el Renacimiento con relación al Cristianismo. Testimoniábasele entonces, como por gracia, cierta benevolencia; se descendía hasta él únicamente por agradar, porque así se hallaba la ocasión de hacer brillar sus cualidades artísticas. (1) Representábase lo que era santo, no porque fuese santo, sino para dibujar una bella forma; (2) de ello es ejemplo notable la *Santa Justina* de Moretto. Se salvaban las apariencias con relación á la religión y á la moral; pero allí donde se encontraba provecho y honor, servíase sin escrúpulo á la impiedad y á la inmoralidad. (3) Todo lo noble debió entonces sufrir mucho. Sin duda que aumentó la técnica, pero declinaron el carácter, la moral y la religión. (4) Hasta el sentimiento de la propia conveniencia y del buen gusto, desapareció en aterradora medida; (5) basta recordar las tumbas de los Médicis. El temor de he-

(1) Lübke, *Grundriss der Kunstgeschichte*, (6) II, 85.
(2) Pecht, *Venedigs Kunstschætze*, 6.
(3) Voigt, II, 373.
(4) Kœrting, I, 190; II, 243.
(5) Frantz, *Fra Bartolommeo della Porta*, 83.

rir el pudor parecía haber desaparecido de los maestros, lo mismo que del público capaz de apreciar el arte, (1) ya que precisamente contra la más delicada de las virtudes portóse este arte con la mayor indiferencia y ligereza. Aumentaba cada vez más en grosería, y, lo que todavía es peor, convirtióse en encantador, casi en demoníaco. (2) Cuanto más perfecta era la representación externa sensible, más seductor aparecía el fondo. (3) Sin duda alguna, la disolución de la moral pública y la decadencia religiosa provienen en gran parte de este arte. (4)

Con esto, hemos hecho ver suficientemente la diferencia que existe entre el verdadero y el falso Renacimiento, ó entre lo que debe aprobarse y rechazarse en esta tendencia. No discutiremos con los panegiristas del Renacimiento, que todavía hoy quieren defenderlo contra viento y marea; pero otros hay que condenan, con no menos decisión que nosotros, los errores que acabamos de censurar, y que, sin embargo, son partidarios del Renacimiento. Hasta cierto punto, estamos conformes con éstos, ya que consideramos como un deber el observar la más estricta imparcialidad con relación á todas las tendencias que la Iglesia tolera; en este caso, no serían tan difíciles una inteligencia y un juicio definitivos.

Por otra parte, no discutimos las formas externas como tales, siempre que concuerden con las leyes de la belleza y de la moral. Ya hemos indicado esto más arriba; pero no encontramos superfluo insistir aún sobre este punto.

En cuanto al espíritu interno, toda la cuestión puede resumirse en dos puntos principales.

Desde luego, el referente al contraste entre el *Idealismo* y el *Realismo*. Estamos tan lejos de condenar ciegamente á este último, que, por lo contrario, pedimos como condición fundamental de todo arte verdadero un realis-

(1) Rio, *Michel Ange et Raphaël*, 244.
(2) Voigt, II, 468 y sig.
(3) Kœrting, II, 243.
(4) Marchese, (4) II, 8; cf. I, 246.

mo sano y vigoroso. Del mismo modo que la fe no excluye á la razón, el cristiano no debe despojarse del hombre, ni el arte puede estar en oposición con la imitación de la naturaleza. Sólo que no debe limitarse á la simple reproducción de lo exterior, pues esto sería un realismo bajo y vituperable, sino que debe poner algo de noble y elevado en la envoltura sensible, ó, como ordinariamente se dice, idealizarla, transfigurarla. Sólo así realiza su misión.

Ahora bien, hay un doble idealismo, del mismo modo que hay una doble serie de ideas, un idealismo natural y un idealismo sobrenatural.

Claro está que rara vez se trata de este último en el Renacimiento, pero mucho tememos que tampoco haya realizado su misión con relación á las justas exigencias del idealismo natural. Y no se crea que, al expresarnos así, pensamos únicamente en esas tendencias que impulsan al idealismo vulgar hasta renegar de lo que hay de más elevado, hasta el naturalismo feo y puerco. No; hablamos de tendencias mejores, de las supuestas tendencias idealistas. Éstas quizás puedan merecer este nombre, si las oponemos á las tendencias realistas extremas; pero, según las exigencias estrictas de la palabra, sólo rara vez lo merecen. El idealismo es únicamente esa tendencia del arte, en la cual, el ideal, es decir, el espíritu, domina en realidad y por completo á la materia. Si el ideal se pone en igual pie que lo material; si se atribuye á los dos el mismo valor, tenemos el realismo autorizado, pero un realismo falso. Ahora bien, tememos fundadamente que, en todo el Renacimiento posterior, se encuentren muy pocas obras en las cuales lo ideal pueda únicamente sostener la igualdad de derechos con lo real.

Casi siempre, aun en las mejores obras, es considerada la forma como lo principal, y el espíritu como lo secundario. De aquí proviene, en la arquitectura, la ensambladura y la yuxtaposición de elementos completamente discordantes; de aquí proviene ese carácter macizo y forzado que se nota en la escultura y en la pintura del primer Renacimien-

to, de aquellos artífices que aparecían ya de una manera evidente en la época en que no se luchaba, sin embargo, precisamente contra el espíritu cristiano, pero que degeneraron muy pronto en hinchazón y en carencia de natural, á medida que el arte antiguo se convertía intencionalmente en objeto de odio. Riehl dice con razón que ningún período artístico ha tenido una época de floración tan corta como el Renacimiento. Esto es fácil de comprender, ya que, cuando el Renacimiento vió la luz, llevaba ya sobre su frente el estigma del amaneramiento. (1)

El segundo punto de que aquí se trata es el contraste entre la humanidad y el Humanismo, contraste que reaparece continuamente. El Humanismo, que toma al hombre y á la naturaleza tales como son, no admite otra ley que la de la verdad natural. Pero ya hemos dicho más arriba, al hablar de la escultura, que se imponen límites al arte relativamente á la representación de ciertas formas y de ciertas acciones, dada la corrupción lamentable que existe en lo sensible, límites que no puede franquear sin dañarse á sí misma y á las demás artes. La verdad de los objetos y de las acciones sensibles no justifica su representación por el arte, sino únicamente el acuerdo de la cosa efectiva con lo que es verdadero y bueno ante la razón y la conciencia; por consiguiente, sólo la verdad moral. Un cuadro ó un libro pueden representar fielmente una inmoralidad. Entonces representan una inmoralidad verdadera, tal como existe en la realidad; pero no se encuentra en el fondo más que ese espíritu de mentira y de maldad que ha producido el hecho ó la misma cosa pintada. Ahora bien, ésta ciertamente no ennoblecería, ni con mayor razón justificaría su exterior inmoral. Según esto, es sumamente claro que la misión del arte y la legitimidad de su ejercicio no deben ser juzgadas según las leyes de la simple verdad natural, sino según los preceptos de la belleza intelectual moral y religiosa; por consiguiente, no según

(1) Riehl, *Culturstudien aus drei Jahrhunderten*, 129. Cf. Burckhardt, *Cicerone*, (4) II, 743, 755.

la manera de ver del Humanismo, sino según la de la humanidad, es decir, del Cristianismo.

Si los representantes y defensores del Renacimiento quieren reconocer estos dos principios, encontrarán siempre en la Iglesia una amiga de sus tendencias, del mismo modo que Ignacio de Loyola y Carlos Borromeo le eran favorables, por cuanto esperaban ver al espíritu cristiano transformarlo un día en instrumento útil. Sin embargo, y para decirlo de una vez, preciso es que de antemano estemos completamente de acuerdo sobre este punto, á saber, que el pleno dominio sobre todas las formas artísticas y sobre todo ejercicio de arte conviene al espíritu cristiano. Ahora bien, el espíritu cristiano del arte es, desde el primer momento, el espíritu de la fe viviente sobrenatural, y, en segundo lugar, el espíritu de castidad, no de esa castidad de que hablan á veces los estéticos del Humanismo, á propósito del pudor de la *Megera* de Medicis, y de las formas púdicas del Ticiano, poco más ó menos como un hombre colérico habla de su paciencia y un avaro de su generosidad, sino de aquella castidad, fuera de la cual no hay otra, de la santa, púdica y pura castidad cristiana.

15. Misión del arte cristiano.—¡Plegue á Dios que muy pronto veamos el día en que no discutamos ya palabras, sino que realicemos de común acuerdo bellas acciones, regocijándonos cordialmente de todo lo que se ha hecho de grande y noble, y trabajando todos, con la vista fija en el ideal de la verdadera belleza, para informar nuestra conducta en la santidad de la vida cristiana!

Pero si un artista quiere seguir el camino que conduce á este fin,—y todos somos llamados á ser artistas de la vida —no debe jamás olvidar las palabras del gran historiador del arte: «Todos los que representan asuntos eclesiásticos y religiosos deben estar animados del espíritu de los santos, y aun ser también santos. Esto es evidente. Si semejantes asuntos son representados por artistas de poca fe, que no observen su religión, con frecuencia no producen en el corazón otra cosa que sentimientos inconvenientes y mal-

vados deseos. Esto no quiere decir, con todo, que la representación externa de santos deba ser menos bella; por lo contrario, su belleza debería superar á la belleza profana en el mismo grado que la belleza celestial supera á la terrena. Lo que debe dominar en esta belleza es siempre el pudor y la expresión que convienen al lugar santo y al espectador que quiere edificarse y elevar su alma hacia Dios. Fra Angélico ha pintado santos que se parecen á los santos más que todos los demás, porque él mismo se parecía á ellos más que todos los otros. Un talento artístico tan perfecto sólo podía encontrarse en un hombre tan santo como él. Fra Angélico era, en efecto, un hombre justo y recto, un santo completo. Á propósito de su arte, tenía costumbre de decir estas palabras: «El que quiera hacer obras que tengan relación con Jesucristo, debe vivir en íntimo comercio con Jesucristo.» (1)

(1) Vasari, *Vita de' pittori*, etc. Florencia, 1568, I, 362.

CUARTA PARTE

LA VIDA CRISTIANA

CONFERENCIA XIX

LA REGENERACIÓN

1. Honorabilidad y dificultad del cambio y de la renovación.—A principios del siglo XIII, vivía en Siena un joven, que, aun para la Edad Media, que tantos grandiosos ejemplos de pecados y de penitencias ofreció, llevaba una vida extraordinaria. Ya antes de su nacimiento, tuvo su madre una visión, según la cual daría á luz un monstruo horrible, que poco á poco tomaría forma humana. Y así fué en efecto. Desde la infancia, de tal modo se adelantó Franco á su edad en materia de vicios, que bien pronto llenó de desolación á su madre. Estudiante primero, luego soldado y finalmente ladrón de caminos, llevó una vida difícil de describir con palabras humanas. Robar y asesinar no tenían para él encanto alguno, si no podía cometer el crimen de modo que hiciese sentir su superioridad de espíritu á aquel que caía al golpe de su puñal; y si no podía jugar con Dios y con la muerte, no valía la pena de cometer un crimen.

¿Quién hubiera podido creer que, aun un monstruo semejante, era caro al corazón de Dios? ¡Cuantas veces los avances de la gracia debieron ser rechazados por aquel corazón de tigre! Pero Dios conoce su hora, y conocía también aquélla en que aquel corazón debía dulcificarse. Franco lo había perdido todo en el juego, hasta sus vestidos; sólo le quedaba el odio contra Dios. Un día rebelóse contra

vados deseos. Esto no quiere decir, con todo, que la representación externa de santos deba ser menos bella; por lo contrario, su belleza debería superar á la belleza profana en el mismo grado que la belleza celestial supera á la terrena. Lo que debe dominar en esta belleza es siempre el pudor y la expresión que convienen al lugar santo y al espectador que quiere edificarse y elevar su alma hacia Dios. Fra Angélico ha pintado santos que se parecen á los santos más que todos los demás, porque él mismo se parecía á ellos más que todos los otros. Un talento artístico tan perfecto sólo podía encontrarse en un hombre tan santo como él. Fra Angélico era, en efecto, un hombre justo y recto, un santo completo. Á propósito de su arte, tenía costumbre de decir estas palabras: «El que quiera hacer obras que tengan relación con Jesucristo, debe vivir en íntimo comercio con Jesucristo.» (1)

(1) Vasari, *Vita de' pittori*, etc. Florencia, 1568, I, 362.

CUARTA PARTE

LA VIDA CRISTIANA

CONFERENCIA XIX

LA REGENERACIÓN

1. Honorabilidad y dificultad del cambio y de la renovación.—A principios del siglo XIII, vivía en Siena un joven, que, aun para la Edad Media, que tantos grandiosos ejemplos de pecados y de penitencias ofreció, llevaba una vida extraordinaria. Ya antes de su nacimiento, tuvo su madre una visión, según la cual daría á luz un monstruo horrible, que poco á poco tomaría forma humana. Y así fué en efecto. Desde la infancia, de tal modo se adelantó Franco á su edad en materia de vicios, que bien pronto llenó de desolación á su madre. Estudiante primero, luego soldado y finalmente ladrón de caminos, llevó una vida difícil de describir con palabras humanas. Robar y asesinar no tenían para él encanto alguno, si no podía cometer el crimen de modo que hiciese sentir su superioridad de espíritu á aquel que caía al golpe de su puñal; y si no podía jugar con Dios y con la muerte, no valía la pena de cometer un crimen.

¡Quién hubiera podido creer que, aun un monstruo semejante, era caro al corazón de Dios? ¡Cuantas veces los avances de la gracia debieron ser rechazados por aquel corazón de tigre! Pero Dios conoce su hora, y conocía también aquélla en que aquel corazón debía dulcificarse. Franco lo había perdido todo en el juego, hasta sus vestidos; sólo le quedaba el odio contra Dios. Un día rebelóse contra

Dios, profiriendo una blasfemia horrible. (1) Pero apenas hubo salido de sus labios esta palabra, cuando un fuego terrible fulguró ante sus ojos, algo, por decirlo así, como un sabor anticipado del lugar que mil veces había merecido. Casi ciego, se vió rechazado de todo el mundo, que huía de él como de un condenado. Entonces se ablandó su corazón, y, una vez enternecido, comenzó igualmente á comprender su inteligencia la importancia de los crímenes que había cometido. Entonces su voluntad de hierro, como ocurre ordinariamente con semejantes hombres, lo impulsó á la penitencia, con una fuerza tan grande como la que antes le había inducido al vicio.

Franco comenzó por ponerse en regla con Dios, y enseguida procuró reparar el daño que había hecho al mundo. Después de penosa peregrinación á todos los santuarios, después de obras de penitencia, realizadas en tal número y con tal austeridad en el retiro en que vivió como eremita durante varios años, que el pueblo lo consideraba como un santo, creyó, con todo, que nada había hecho aún. Entonces entró en la Orden del Carmen, y comenzó una nueva vida de expiación. Apoderóse de él una sed inextinguible de hacerse útil á los demás, pues quería por lo menos hacer felices y reconciliar con Dios á tantos criminales, como hombres había muerto y almas asesinado. Dios bendijo esta conmovedora penitencia. (2)

Podría creerse que sería difícil encontrar alguien á quien semejante ejemplo no conmoviese hasta el fondo del alma. Sin embargo, un crítico, de ordinario no injusto, califica á este hecho profundamente trágico, de una de las más abominables y extrañas comedias de santos. (3)

Si semejante espectáculo no es para el mundo más que una comedia, y si una penitencia tan severa no es más que una aventura extraña, en manera alguna podremos

(1) Hos tuum in despectum, qui dedisti, Deus, ludo depono, *Specul. Carmel.*, II, IV, n. 2742.

(2) Daniel a Virgine Maria, *Specul. Carmel.*, Antwerp. 1680, II, IV, p. 798-832.

(3) Schack, *Gesch. d. dram. Lit. und Kunst in Span.*, (1) III, 345.

ponernos de acuerdo con él, y preciso es que haya perdido la inteligencia para todo lo que es grande, emocionante y sublime.

Fácil es, en una sociedad de bebedores de equívoca conducta, burlarse de la blusa del aldeano y de las ampollas que el viñador muestra en sus manos; pero á nadie conviene menos la burla que á aquél que se aprovecha de los frutos del trabajo que desprecia. Esta conducta repugnante, que, no obstante, quiere todavía parecer distinguida, calificando de exageración á las penitencias católicas y á los santos, produce en nosotros un efecto muy penoso, por no decir descorazonador.

¿Quién sabe si estos desdeñosos no deben precisamente á la penitencia y al exceso de méritos de esos insensatos de que se mofan, el que no les haya alcanzado hace ya mucho tiempo el castigo de Dios, que tantas veces han merecido? Y aun en el supuesto de que no tengamos razón alguna para herir nuestro pecho con los publicanos, ¿es que todo aquél que ve más lejos no debe considerar como una acción verdaderamente grande el trabajo serio de penitencia y los esfuerzos hechos para conseguir la transformación interior?

Si el penitente no piensa en nada más que en reparar los extravíos que sus faltas han producido en su propia alma, ya ha hecho algo de grande y de admirable, algo que, en nuestra época, según parece, ya no es posible. ¿De dónde proviene, pues, esa baja peste de suicidio? Mientras que antiguamente los criminales terminaban una vida de vergüenza á tiempo todavía para comenzar una nueva vida de honor y de justicia, proponiéndose el restablecimiento del orden criminalmente violado, hoy el criminal huye cobardemente del teatro en que ha realizado sus estragos y devastaciones, y deja al mundo el cuidado de soportar las consecuencias de sus crímenes. Y una sociedad que comete esta infamia y la defiende, ¿tiene valor para burlarse maliciosamente del penitente?

«Pues bien;—dice uno de estos burlones—¡si siquiera

estas almas cobardes, hastiadas, gastadas, no se encerrasen indolentemente en las celdas de los conventos, huyendo así del mundo! ¡Atrás semejantes seres! En medio del mundo tenéis que expiar lo que en él habéis hecho.» [1]

Perfectamente, nos complacemos en contarnos entre estos penitentes, y aceptamos la indicación. Pero ¿no han obrado así los grandes penitentes hasta Pablo? ¿Y no es esto un nuevo motivo de vergüenza para el mundo? Mientras que los antiguos penitentes, después de haberse reconciliado con Dios, no se daban punto de reposo hasta volver al buen camino á centenares de descarriados por una sola persona seducida por ellos, el criminal de hoy día arrastra consigo hasta la muerte á la víctima que ha corrompido, ó llega hasta el extremo de imprimir á su huída de la penitencia el sello de lo grandioso, condenando á centenares de inocentes á la corrupción.

Sin embargo, el mejoramiento ó la acción de hacer á uno feliz no es concedido á todos, y, á nadie, el principio de su mejoramiento.

Primeramente, tiene uno que poner orden en sus cosas; sólo entonces, puede ayudar á los demás. Antes que practique la justicia para con los otros, debe procurar la reparación de ella en su propia persona.

Los que hablan aquí de comedias y de exageraciones de santos no tienen la menor idea de la fuerza admirable que se necesita para esto. Aun los hombres fuertes se espantan cuando se les dice: «Paga lo que debes; repara los crímenes que has cometido.» Pero esto no es más que el primer paso que debe dar un penitente. Después, viene el segundo, que consiste en reparar sus negligencias con relación al tiempo, á la gracia, al deber, á las buenas obras. Sólo entonces puede pensar en continuar su camino, á partir del punto en que antes se habia parado en sus extravíos. Pero, después de transcurridos muchos años, quizás al borde de la tumba, volver á empezar y tener

(1) *Laienpredichten* (Halle, 1884), 313.

que cumplir en la mitad, quizás en la décima parte del tiempo, aquello mismo para lo cual Dios le había dado toda una larga vida, he aquí lo que ciertamente no es una comedia. El que puede hacer esto, es digno de todo honor, y merece el calificativo de caráter fuerte, si jamás hombre alguno lo ha merecido.

2. La ley fundamental de la sabiduría cristiana.—No queremos decir con esto que el camino de la renovación moral deba partir del rompimiento con un pasado perdido; pero aun para aquellos que no han tenido un principio tan duro y tan penoso, hay sus dificultades y sus enojos, pues aun el que de nada ha de corregirse, siempre tendrá que acostumbrarse y habituarse.

De esta manera se renueva uno. [1] Y así deben renovarse todos, ya que no hay nadie á quien no alcancen estas palabras: «Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento, y vestíos del hombre nuevo, que fué creado según Dios en justicia y en santidad de verdad.» [2] Esperamos que nadie encontrará molesta semejante exhortación, nadie por lo menos de los que son accesibles á la verdad cristiana. Esta religión no es para los despreciadores del publicano que quieren hacer creer que son justificados. Nuestro Señor, el Redentor del mundo, no vino á llamar á los justos, sino á los pecadores. [3] Por esto es el Salvador de todos, ya que nadie es justo; todos han pecado y están privados de la gloria de Dios. [4]

Estos principios son el punto de partida de la obra de salvación para el cristiano. El que no quiera contarse entre los pobres pecadores y confesar que no es justo, jamás será justo, jamás será verdadero cristiano. Los justos empiezan siempre por confesar que son culpables, [5] pero nadie los considera, por esta razón, como profundamente corrompidos; mas todos se dicen que están muy lejos de

(1) Cf. Cassian., *Collatio*, 2.
(2) Ephes., IV, 23, 24.
(3) Matth., IX, 13. Marc., II, 17.
(4) Rom., III, 10, 23.
(5) Prov., XVIII, 17.

ser lo que deberían ser, y que deben trabajar con el mayor ahinco si quieren conseguir la perfección á que aspiran.

Sabemos muy bien que, precisamente, en esto consiste la piedra de escándalo de la fe cristiana. ¿A qué conduciría ocultarlo ó atenuarlo? En definitiva, todo depende de que el mundo acepte este principio: la empresa de cada uno consiste en convertirse, de grado ó por fuerza, de pobre pecador en hombre. Tales como somos por nosotros mismos, nadie es hombre completo y verdadero, pero nadie lo será si no se convierte en cristiano completo y verdadero.

Por lo demás, ¿á qué defender por más tiempo al Cristianismo de una doctrina que constituye la gloria de esta religión, y ciertamente de ella sola? Quien busque una religión que prometa placeres, que lisonjee las comodidades, que ceda á las inclinaciones del hombre, una religión que se contente con algunos buenos impulsos y con obras á medias, no encontrará una sola, sino centenares de ellas. Pero el que busque una religión digna de Dios y útil al hombre, por consiguiente, una religión que se proponga seriamente hablar á la conciencia del hombre, y aun más, intervenir en los asuntos de esta conciencia, y conducirle luego á Dios, sólo encontrará una.

Entre todas las notas de la verdadera religión, ésta es sin duda una de las más ciertas. Sólo la religión cristiana se atreve á edificar sobre el esfuerzo personal para vencerse, en lugar de adular al hombre; sólo ella se atreve á exigir la acción, el esfuerzo serio, no según el capricho de cada uno, sino según las prescripciones de la ley; sólo ella se atreve á reclamar una regeneración completa.

Toda invención humana tiene de particular que, desde luego, pone de relieve lo que es agradable, y oculta cuidadosamente lo amargo; sólo que esta amargura reaparece con demasiada frecuencia, sin que se la busque.

Pero el Evangelio nos recuerda, en cada página, que debemos marchar por un camino estrecho y difícil, que debemos luchar sin descanso, y con razón se gloría de habernos indicado esto por adelantado. [1]

Y esto con sobra de razón. No quiere espantarnos, ni aplastarnos con amarga severidad. La amargura y la opresión no existen en el espíritu de este Maestro, cuyo yugo es dulce y cuya carga ligera. [2] Pero tampoco quiere engañarnos ni extraviarnos. Debemos saber que es preciso un trabajo constante y serio para convertirnos en hombres y en cristianos, un trabajo que nadie puede hacer por nosotros, un trabajo cuyo dolor no podemos descargar sobre los demás, como los dolores de nuestro nacimiento ha debido soportarlos nuestra madre, un trabajo que absorberá todas nuestras fuerzas y toda nuestra vida.

Aquí se ofrecen á cada uno combates numerosos y esfuerzos personales considerables; pero, á diferencia de las vías del mundo, los caminos de Dios tienen de particular que sólo son penosos al principio, y que, á medida que por ellos se avanza, se hacen más fáciles. [3] El que entra en lucha valerosa y seriamente, gana tiempo y disminuye la amargura del combate; el que lucha con cobardía y á medias, tiene siempre que soportar doble carga. Pero nadie será coronado, si no lucha hasta el fin según las reglas, [4] y sólo resucitará con Cristo, quien haya muerto con Él. [5] Tal es la ley fundamental de la vida cristiana.

3. Hacerse cristiano es difícil, porque es difícil hacerse hombre.—Si es una ley penosa de cumplir, una ley de la que el corazón pueda en justicia lamentarse, preciso es, sin embargo, guardarse de acusar de ella á la fe cristiana. La verdadera causa de la dificultad propiamente dicha no depende del aspecto de nuestra empresa como cristianos, sino del de nuestras obligaciones como hombres. Ya hemos insistido repetidas veces sobre esta verdad, pero su importancia es tal, que todo lo que de-

(1) Joan., XIII, 16; XV, 20; XVI, 33. Matth., VII, 13; X, 24.
(2) Matt., XI, 30.
(3) Gregor. Magn., *In Ez.*, II, 5, 13.
(4) II Timoth., II, 5; IV, 7.
(5) Rom., VI, 8.

ella se diga, es poco. De aquí que la repitamos y digamos con toda la energía posible: «El yugo de Jesucristo es ligero, pero es muy duro el que pesa sobre los hijos de Adán desde su nacimiento.» [1]

Con esto, no quiere decirse que sea fácil convertirse uno en cristiano perfecto, ya que esto es más difícil de lo que muchos creen. Pero una de las causas principales de la dificultad consiste en que es difícil convertirse en hombre completo, y que nadie es un cristiano completo, si al propio tiempo no es un hombre completo. El cristiano es igualmente hombre como todos los hombres, y tal continúa siendo; ó mejor, para expresarnos con más claridad, cuando se exige de uno que sea cristiano completo, esta exigencia entraña también la de ser hombre completo.

No es superflua esta observación, ya que casi podría creerse que es éste un principio que el mundo no ha comprendido nunca, y que, en todo caso, apenas puede creer. Parece que muchos creen que la exigencia de ser cristiano es sinónima de la de despojarse del hombre. Lo que ordinariamente se considera como una injusticia con relación á los demás hombres, preciso nos es aceptarlo sin pestañear. En todo servidor del mundo, se excusa fácilmente lo que se censura en otro que lleva el nombre de Jesucristo, sobre todo si está revestido del hábito eclesiástico ó religioso. Se cree que estamos dotados de una insensibilidad, por no decir de una estupidez, que ni siquiera se supondría en un animal. El cristiano, el sacerdote, deben renunciar á toda especie de satisfacción; el religioso no debe comer, ni fatigarse, ni estar triste, y todo debe hacerlo gratis. [2] Pues bien, hermanos míos, cometéis una gran injusticia, tanto con respecto á nosotros, como con relación á vosotros. No tenéis el derecho de exigirnos nada más que la simple humanidad, ya que no queréis admitir más que el hombre y únicamente el hombre. Por otra

(1) Eccli., XL, 1.
(2) Sta. Teresa, *Vita*, cap. 31.

parte, os concedemos de buen grado el derecho de exigir de nosotros más que de simples humanistas; pero tened en cuenta que, por el hecho mismo, no pronunciéis nuestro propio juicio.

Con todo, esto es puramente accesorio. Pero ¿con qué derecho nos rehusáis algo de lo que es verdaderamente humano? ¿Es que, porque tenemos una empresa más vasta que realizar, no debemos tener ya derecho alguno á los miramientos y á la indulgencia que todo hombre debe á sus semejantes? Ó bien, ¿tan poco habéis trabajado sobre vosotros mismos, que no sabéis cuán difícil le es al hombre formarse? No nos avergonzamos de confesar que esas mismas pasiones que, como vosotros, hemos aportado á nuestra entrada en la vida, aceptan difícilmente el yugo que tratamos de imponerles.

Es ésta una verdad amarga; pero, por lo menos, no neguemos que, en nosotros, el hombre se somete difícilmente á una disciplina, se revela con terquedad contra todo ennoblecimiento moral, se sustrae fácilmente á la menor negligencia y á la menor severidad. La gracia de Jesucristo no nos ha eximido de todo esto, no quiere ahorrarnos el trabajo de que nos convirtamos en dueños de nosotros mismos por nuestro propio esfuerzo. [1] Era un santo, y ciertamente un gran santo, el que confundió á los hombres que le atormentaban con estas notables palabras: «He sido formado del mismo limo que vosotros; también tengo yo un corazón tan bueno como el vuestro. Mi fuerza no es de mármol, ni mi corazón de bronce.» [2] ¿Por qué nos avergonzaremos de hacer esta misma confesión? Quizás la codicia no exista en el mismo grado en el cristiano que en el pagano, que desprecia al primero á causa de sus luchas, de sus caídas, de sus suspiros y de su penitencia; pero el cristiano se duele más de su peso, porque concede más importancia á la pureza del corazón, y tiene que sufrir más de sus ataques, porque le hace una guerra encarnizada.

(1) Concil. Trident., *s.* 5, *c.* 5.
(2) Job, XXXIII, 6; XII, 3; VI, 12.

No inquirimos aquí si otros encuentran igualmente dificultades, cuando tratan de convertirse en hombres. Nos bastan dos verdades irrefutables. La primera consiste en que es imposible ser verdadero hombre sin largo y penoso trabajo de purificación personal; la segunda es que no tendríamos que sufrir tan duros asaltos, si nuestra ley cristiana no nos obligase á probarlo todo para convertirnos en hombres.

4. Cómo debe uno comportarse con la naturaleza para hacerse hombre.—Esta comprobación no es más que el primer paso para la renovación moral. Antes que la teoría se convierta en práctica, preciso será responder con claridad á una segunda cuestión, la de saber cómo puede tener lugar esto; en otros términos, cómo debemos tratar á la naturaleza humana, si queremos ennoblecerla y perfeccionarla.

Ahora bien, nos encontramos aquí entre dos grandes extremos: el Humanismo y la pura humanidad. He aquí la respuesta del primero: «Lo que constituye al hombre, consiste en cultivar todo lo que es verdaderamente humano, en desarrollarse á sí mismo. Violentar un instinto, querer imponer límites á los impulsos humanos, le parece á la humanidad tan injusto como imposible.»

La otra tendencia es la gnóstica, maniquea, protestante y jansenista, la cual, en la filosofía moderna, está representada por Kant, Hegel y Schopenhauer. Llamámosle abreviadamente escuela de la inhumanidad, pues no sabe hablar del hombre más que con cólera, burla ó menosprecio. Según ella, el hombre está corrompido hasta la médula de sus huesos. Para mejorarse, debe comenzar por blasfemar de la naturaleza, despojarse de la humanidad y pisotear todo lo que es humano.

Fácil es comprender que, desde estos dos puntos de vista, es imposible el ennoblecimiento. El Humanismo ahoga al hombre con un exceso de humanidad; la inhumanidad lo deja perecer, ó le hace perder toda su sangre. En el Humanismo, debe volver al estado salvaje; en la inhumanidad, es pisoteado; pero en ninguna parte es mejorado.

Vemos con esto que nuestra empresa exige gran circunspección y mucha mesura. No debe alhagarse á la naturaleza, pero tampoco dañarla. Descuidándola, no se obtiene mejor resultado que exagerándola. Pero encontrar el justo medio, no es tan fácil como se cree. Pongamos un ejemplo, que cada uno puede observar en sí. No hay nadie que no haya pecado con la lengua, ó traspasado la justa medida en el recreo, ó aprendido, en sus relaciones con el mundo, cuan fácilmente se pierde el hombre, desde que se mezcla con otros hombres. Fácil es decir entonces, en el primer despecho de la impaciencia irritada, ó en el arrebato del orgullo de la virtud herida: «Jamás volveré á esta sociedad; en adelante, sabré contener mi lengua; me aparto de todo.» Sí, ¡si tan sólo se mejorase obrando así! ¡Si tan sólo pudiese sostener su resolución! Pero esto no tiene más importancia que si dijere: «Continúo siendo lo que soy.» Ahora bien, no se trata de no tener ya relaciones con los hombres, sino de aprender á tratarlos como es debido; no se trata de imitar á los peces, sino de decir en tiempo oportuno lo que conviene, de hablar lo que convenga, sin dañar á los otros, en una palabra, de hablar como hombre perfecto. Esto vale mucho más que no hablar de todo, pero es también mucho más difícil. Sin duda que el siguiente es un buen principio: «El silencio es una gran virtud, lo mismo en el viejo que en el joven»; [1] pero es un consejo tan justo y tan útil este otro: «No conviene tampoco guardar demasiado silencio, porque un mutismo exagerado produce con frecuencia lo que una interminable charlatanería sin sustancia. De aquí que siempre sea preciso guardar la debida mesura.» [2]

Lo que se dice con relación á esto, se dice con relación á todo, excepto á ciertos peligros, á los cuales sería una locura y un pecado exponerse deliberadamente, aunque sólo fuese á la más mínima tentación. El exceso es siem-

(1) *Der deusche Cato*, 129 y sig. (Zarncke, 34).
(2) Thomasin, *Der welsche Gast*, 719 y sig.

pre dañino. Nuestra empresa no consiste ni en destruir la naturaleza, ni en proceder con ella con culpable negligencia, sino en trabajarla y en ennoblecerla.

He aquí lo que quiere decir esta expresión tan mal comprendida: mortificación. Todo el secreto de la perfección humana se encuentra en la exacta inteligencia de esta palabra. No decimos que sea necesario aniquilar la naturaleza, porque no es acogotándola á mazazos como se la mejora; tampoco decimos que haya que renegar de la naturaleza, sino que es preciso hacernos violencia. Obrando así, emprendemos una empresa múltiple. Desde luego, debemos desprendernos de todas esas inclinaciones que hemos dejado arraigar en nosotros, como de malas yerbas. Después, debemos moderar y limitar los sanos y legítimos impulsos, como se cortan las ramas y los sarmientos. Finalmente, debemos suprimir sin piedad alguna la resistencia contra esa disciplina del espíritu, que no es más que la señal de una inclinación enfermiza.

He aquí el triple sentido de esta palabra tan temida, una de las más necesarias y más conformes á la naturaleza que posee la más noble de todas las lenguas, la lengua del ascetismo, es decir, de la formación moral.

En efecto, la mortificación no es otra cosa que los primeros pasos que se dan hacia la perfección, al intentar despojar seriamente á nuestra verdadera naturaleza de todas las malas inclinaciones que contiene. Por consiguiente, el deber de la mortificación no pertenece al yugo que Dios nos ha impuesto, sino al que la humanidad nos da en la persona de su primer tronco, y que cada hombre se ha impuesto por su propia falta. Para vivir como hombres y de un modo conforme á la naturaleza, debemos aprender á renegar de nosotros, á hacernos violencia y á mortificarnos.

5. Unión de lo natural y de lo sobrenatural, del cristiano y del hombre.—Desde luego, no puede incluirse la obligación de la conversión en el número de las cosas á que estamos obligados por la ley sobrenatural de Jesucristo. No es el cristiano el que debe ser transformado, sino el hombre caído en el grado en que lo está. El pecador ha rechazado la gracia de Dios, y, de este modo, no ha quedado más que el hombre, pero el hombre despojado de su dignidad, el hombre asolado. Este hombre se ha separado de Dios, se ha inclinado al mal y ha corrompido su propia naturaleza. Hay que reparar esta triple desgracia. El hombre debe separarse del mal y volver de nuevo á Dios, á fin de que su gracia caiga sobre él, cure su naturaleza y lo conduzca al camino de la vida sobrenatural. Todo esto comprende esta breve palabra, *conversión*. Claro es que el que está pervertido es el hombre que ha dirigido un pensamiento hacia la tierra, el hombre que sólo piensa en las cosas terrenales. El hombre sobrenatural, hijo de Dios, hace y debe sin duda facilitar este trabajo al hombre natural. Sin embargo, al hacer esto, no hace más que cargar con la obligación que incumbe á este último, pero que es muy difícil para él solo.

Precisamente esta obligación de conjunto es la que hace tan difícil la regeneración. El camino de la salvación tiene justamente de particular que, desde el principio, atrae nuestra atención sobre las dificultades que ofrece, para ahorrarnos decepciones. Pero se trata de armonizar lo natural y lo sobrenatural, de tal modo que el uno no perjudique al otro, que lo natural se subordine á lo sobrenatural, que lo sobrenatural pueda reinar sin empequeñecer al uno y sin sacrificar al otro, sin producir lagunas entre ambos. Preciso es que jamás pueda decirse: «Aquí el cristiano ha puesto de relieve al hombre, y allí lo ha olvidado por completo.» Siempre y en todas partes debe ser á la vez hombre y cristiano en una sola persona, sin que el hombre enpequeñezca al cristiano, ó el cristiano al hombre, de cualquier manera que sea, absolutamente como ocurre con la naturaleza humana y la divina en Jesucristo, nuestro jefe y nuestro modelo. He aquí una cosa que jamás se aprenderá demasiado pronto; este trabajo debe comenzar con la regeneración.

Si tan sólo tuviese el mundo una idea de la grandeza de esta empresa, sin duda alguna que no hablaría con tanto orgullo y amargura de las diferentes desavenencias que se producen en la vida del cristiano. También lo lamentamos nosotros, y con frecuencia el supuesto culpable es el que se siente lleno de confusión, cuando la preocupación de cumplir un deber religioso le ha hecho descuidar un deber civil ó profesional, le ha impedido hacer un servicio, ó cuando, por lo contrario, el placer que ha encontrado en las alegrías profanas, le ha impulsado á descuidar un deber religioso. Pero ¿es que semejantes omisiones, con frecuencia muy inofensivas, deben ser inmediatamente estigmatizadas con las malvadas palabras de gazmoñería, clericalismo ó hipocresía? Preciso es que se juzgue todo con aquel sentimiento rudo, que llegó hasta interpretar mal la amabilidad del Salvador, y lanzarle al rostro, cuando, por condescendencia, aceptó una invitación, estas odiosas palabras: «He aquí un hombre glotón y bebedor de vino.» [1] ¿No puede uno, pues, pensar también en faltas cometidas por debilidad? ¿Se deberá lanzar inmediatamente la falta contra la cosa misma, y burlarse de la incompatibilidad entre lo profano y lo divino, en vez de considerar la cosa seriamente y tratar á las personas con caridad? ¿Es que nuestros críticos nos juzgarían con tanta severidad, si ellos mismos se hubiesen aplicado á la empresa, que ciertamente no es fácil, de la renovación y de la regeneración?

Únicamente decimos esto para obtener alguna indulgencia de parte de nuestros acusadores. No queremos excusarnos cuando nos hacemos culpables de una falta, y desgraciadamente tenemos muchas que deplorar, aun allí donde el ojo más perspicaz de nuestros adversarios no distinguiría ninguna; á cada momento nos decimos que estamos muy lejos de haber cumplido todas las obligaciones de nuestra vocación.

¡Ah, ciertamente, si las cumpliésemos, cuán distinta, sería la suerte de nuestra fe en el mundo! ¡Cuántas censuras se callarían, si las virtudes religiosas y eclesiásticas estuviesen siempre al mismo nivel que el cumplimiento de los deberes naturales! Si la piedad pudiera forzar la estimación con la armonía completa de la firmeza de carácter y del cumplimiento de los deberes sociales; si la servicialidad más simpática caracterizara siempre á las gentes de iglesia; si todos los que vemos acercarse con el mayor celo á los Sacramentos se distinguiesen por la delicadeza de sus costumbres, por una exactitud y una fidelidad exentas de censura en la vida ordinaria, ¡cuántas obras apologéticas se harían superfluas por este solo hecho!

(1) Matth., XI, 19.

Pero esto es tan difícil de ejecutar, como hermoso de pregonar y hermoso de ver, allí donde lo encontramos realizado—y, gracias á Dios, no es todavía muy raro.—La religión no ha arrebatado al cristiano ninguna de las debilidades que comparte con los hijos de Adán; no le ha suprimido ninguna obligación natural; no le ha prohibido ninguna alegría humana lícita, ningun goce aprobado por la ley natural, ninguna libertad que el hombre natural se atreva á permitirse. Lo que es naturalmente un derecho y un deber, no se le ha arrebatado, siquiera la ley natural le haya impuesto deberes más elevados.

Así, pues, la religión sobrenatural nada ha cambiado en la vida natural, sino que ha consolidado las barreras ya levantadas por las leyes naturales, y ha prohibido con más severidad el abuso de la fuerza, y ha puesto á la arbitrariedad un freno más potente, y ha dirigido la práctica del bien natural hacia un fin más elevado.

Así, pues, puede permitirse el cristiano todos los placeres que la razón y la conciencia autorizan en el hombre. Lo que la fe se ha contentado con añadir á esto, es el arte de buscar en ello, no su propio recreo, sino el honor de Dios, con un dominio personal mayor, con la caridad y con la santidad de la intención. [1] Pero estar obligado á aceptar una invitación y frecuentar la sociedad, como hombre, lo

(1) I Cor., X, 31. Col., III, 17. Phil., IV, 4. 1 Thessal., V, 16.

mismo que como cristiano; no olvidar, en medio de todas las alegrías, ni el dominio personal natural, ni la dignidad humana de Aquél que lleva en su corazón como regenerado, y volver mejor que no fué, he aquí lo que exige de él un esfuerzo más difícil que al hijo del mundo.

Lo mismo exactamente ocurre con el honor. Nada más erróneo que la opinión de que el verdadero cristiano debe renunciar á los sentimientos de honor y al pundonor. El hombre de mundo considera el honor como un derecho; el cristiano lo considera como un deber, y aun como un deber cristiano. Aquél cree que puede hacer lo que quiera de su honor; éste está convencido de que debe cuidarse de él como de una cosa que se debe, no sólo á sí mismo, sino también á Dios. Allí donde otros quieren solamente gozar de su honor, sabe el cristiano que no está destinado á reposar aquí bajo sobre laureles, sino que debe sembrar acciones que únicamente hagan germinar el honor, la justicia y la verdadera virtud interna. (1) Si otros, al oir la palabra honor, sólo piensan en ellos, sabe el cristiano que su propio honor no es más que un medio para fomentar el honor de Dios.

Lo mismo ocurre con el trabajo. El cristiano ha nacido para trabajar, lo mismo que el hombre; pero hay una diferencia enorme entre el trabajo cristiano y el no cristiano. El hombre, sin la fe que le obliga, en nombre de Dios, á trabajar por Dios, trabaja gimiendo, con inquieta precipitación, y aun con cólera, porque lo necesita ó porque busca el lucro. El cristiano trabaja por deber, y esto para satisfacer su doble obligación para con Dios y para con su vocación, pero también con la idea sublime de que una bendición más elevada ó una fuerza sobrenatural ayudan á su debilidad. Esto le fortalece, de tal suerte que trabaja tanto como puede, pero nunca más allá de sus fuerzas, y de tal modo, que no pierde, en la pena y en el fracaso, la tranquilidad que le presta la certeza de una recompensa, si no temporal, por lo menos eterna.

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 5, 12, 3. Bernard., *In nat. S. Bened.*, 11. Thomas, 1, 2, q. 129, a. 4, ad 1; q. 131, a. 1.

Si, pues, hay temor sin fundamento, aplícase precisamente esto á que la vida cristiana pueda perjudicar los derechos y deberes del hombre. No quiere decir esto que, en los cristianos y en las sociedades cristianas, esté siempre el cristiano á la altura de su misión como hombre, ya que desgraciadamente ocurre esto con demasiada frecuencia, y nosotros somos los últimos en creer que el negarlo equivalga á hacer un servicio á nuestra causa. Pero lo que decimos es que sólo ocurre esto allí donde la vida del cristiano no se armoniza con sus leyes. De aquí que encontremos, como repetidamente lo hemos dicho, en toda falta seria, cometida contra las obligaciones naturales del hombre, es decir, en toda violación de la justicia, del deber, de la formación moral y de la equidad, y en toda infracción notable de las conveniencias naturales, una prueba de que todavía no se ha realizado en el infractor la vida cristiana de un modo perfecto.

6. Apropiación libre de lo sobrenatural según la naturaleza del hombre.—Pero si confesamos francamente que consideramos semejantes defectos como debilidades censurables en el cristiano como individuo, debemos dirigirnos con mayor decisión aún á aquellos que quieren hacer de esto un reproche contra el Cristianismo. Más bien hay en ello tres especies de defectos que redundan en honor de éste, porque prueban la reserva con que trata las particularidades de sus adeptos en la regeneración.

Nuestra religión no es un lecho de Procusto; la educación que da, nada tiene de común con la de cuartel; preferiría ofrecer un blanco á la crítica poco benévola, á violentar el carácter de sus discípulos. Casi podría decirse que posee cierta ansiosa timidez, que engendra en ella el temor de perjudicar á la libertad personal y á las particularidades de los individuos y de los pueblos.

Así, pues, allí donde reina un resto de sentimiento verdadero cristiano, se encuentran algunos fragmentos de esos caracteres naturales, que, como sellos particulares, son propios de todos los tiempos y de todas las sociedades

cristianas. Cuando el habitante del Norte, al que sus predicadores han habituado desde su más tierna infancia á no tener relaciones con Dios más que con sujeción á la etiqueta más tiesa, y con una fraseología penosa y enfática, baja á las regiones meridionales y observa en ellas la familiaridad con que los niños, y con frecuencia también las personas de edad, tratan á la Virgen, al Niño Jesús, y aun al mismo Padre Eterno que está en el cielo, queda completamente desorientado con relación á lo que hasta entonces había entendido por piedad y religión. Si permanece algún tiempo en estos países, y observa las devociones y fiestas particulares de una aldea, y que cada una tiene sus santos propios y sus prácticas religiosas especiales, llega hasta sentirse tentado á dudar de la unidad católica. En la vida civil, las antiguas costumbres, tan fuertes, tan vigorosas, casi en todas partes han sido sustituídas por un barniz superficial que nada significa; pero, en los países católicos, la antigua originalidad hace siempre crecer algunos nuevos retoños en las iglesias, en las capillas y en las devociones domésticas. ¡Demos gracias á Dios por este beneficio! Lo mismo ocurría, [1] pero de un modo completamente particular en la Edad Media, y lo mismo ocurre todavía allí donde hay algo del verdadero espíritu cristiano, con cuya protección, toda particularidad autorizada de la naturaleza, está tan seguramente salvaguardada. [2]

Precisamente en esto reconocemos uno de los signos característicos que distinguen tan esencialmente, uno de otro, el espíritu del Cristianismo y el supuesto espíritu moderno. El ideal de este último es la uniformidad, hasta el punto de que lograría su objeto, si pudiese transformar el mundo entero en un gran cuartel. Empieza su tarea tratando despiadadamente á la juventud escolar; y no es falta suya, si los pequeños domésticos no son maravillas de ciencia tan grandes como los profesores y los académicos.

(1) V. más arriba, XI, 17.
(2) Cf. primera parte, XVII, 7 y sig.

Y como ha comenzado, continúa. Vestirse según una moda única, saludar de la misma manera, tener el mismo carácter de escritura de un polo al otro, así como los mismos rasgos fisonómicos, enseñar á todos á pensar, á obrar, á votar, según la orden de algún jefe visible, he aquí lo que se proponen todas las instituciones y todas las leyes. Fácil es comprender que de aquí proviene esa desconfianza contra el orden cristiano, refugio seguro de la libertad. Porque mientras exista en la tierra una institución que persiga ante todo el fin de conservar á los hombres su vida moral y religiosa, y, por consiguiente, aquello que más de relieve pone su propia personalidad, es decir, sus propias particularidades, ¿cómo queréis que puedan triunfar los efectos de un trabajo de civilización tan nivelador?

Por lo contrario, bajo la dirección del espíritu cristiano, cada uno puede emprender con seguridad sobre sí mismo la obra de civilización más elevada y necesaria, á saber, la transformación moral interior. Sólo que deberá confiar en que la fe le recuerde sus deberes con gravedad inquebrantable, y le indique con firmeza su fin y el único camino que á él conduce; pero no se le impondrá mayor violencia. Libre es de cumplir el mandamiento de un modo ó de otro, de conformidad con su situación, con sus inclinaciones, con sus preferencias. [1] Muchos espíritus estrechos se escandalizan de esto, creyendo que se debería tirar más de las riendas á las mujeres y á gran número de personas un poco excéntricas; pero la Iglesia prefiere una censura, á proceder mal con alguno á propósito de una cosa que no se opone á su salvación y que no inutiliza los bienes de Dios.

¿Dónde existe una ley, fuera de la cristiana, que quiera poner tan generosamente en litigio su propia causa por la libertad del individuo? Para comprender bien esto, basta pensar el gran peligro que corre al obrar así. ¡Ah! ¡cuán fácil sería su empresa, si quisiere contentarse con una suma determinada de ciertas exterioridades uniformes, cortadas

(1) Rom., XIV, 5. Véase especialmente sobre este pasaje á S. Ambrosio.

por el mismo patrón! Centenares de ataques se ahorraría, ataques dirigidos actualmente contra la Providencia de Dios y contra la fe, si hiciese más violencia á la libertad personal. Pero al establecer únicamente las reglas generales, y al conceder en todo lo demás la mayor libertad de acción posible al capricho, y casi podría decirse á la arbitrariedad, expone constantemente de nuevo su causa á la incertidumbre y á la censura de estrechez de corazón.

El hombre censura á la vida cristiana, porque no arrebata á la mujer, de un solo golpe, como por encantamiento, sus debilidades naturales. El alemán del norte, grave y solemne, la censura porque no ha arrebatado todavía al italiano y al español la negligencia de su naturaleza. El francés cree que la Iglesia debería prohibir al alemán, con gran severidad, sus singularidades, en tanto que el alemán está convencido de que muestra demasiada indulgencia con las debilidades del francés. Pero entre tanto, la Iglesia cristiana soporta pacientemente las debilidades de unos y otros y fomenta el bien con discreción entre ellos, sin la menor violencia.

Pero tampoco obra ella de tal suerte, que cualquiera crea haber satisfecho suficientemente á sus exigencias, aunque no se haya apropiado su espíritu, aunque no haya purificado su propia naturaleza, y no la haya perfeccionado, al convencerse íntimamente de su empresa sobrenatural, y al desplegar su actividad personal.

7. Noción de la regeneración.—En resumen, la regeneración sólo exige, pues, de nuestra parte tres cosas. Lo que contribuye á hacer de nosotros hombres nuevos no consiste en despojarnos de nuestra naturaleza humana, en vituperar y condenar todo lo que nos ha dado nuestro primer nacimiento; sino que la renovación sobrenatural consiste en ingertar el nuevo vástago en el árbol natural. [1] Nuestra naturaleza puede continuar existiendo, y la primera parte de nuestra vocación consiste precisamente en dar nuevo curso al bien que entraña aquélla, suprimiendo

(1) Rom., XI, 24.

de ella el mal. Pero esto no puede tener lugar más que dando completo acceso á lo sobrenatural en nuestro corazón, y dirigiendo todos nuestros esfuerzos de tal suerte, que lo natural y lo sobrenatural no hagan en nosotros más que una sola y misma cosa.

8. La regeneración, obra momentánea, tiene importancia eterna.—Sólo cuando esta triple empresa esté resuelta, puede decir uno que la obra de su regeneración está realizada. De aquí que la regeneración sea un trabajo que nunca se comenzará demasiado pronto, ni se emprenderá con la debida seriedad, ni se continuará por demasiado tiempo. Pero este trabajo rara vez se obtiene con perfección, porque su éxito depende de tres condiciones. La mayor parte vacilan en emprenderlo, hasta que ya es demasiado tarde. Al corto número de los que lo empiezan les falta, ora la seriedad, ora la perseverancia hasta el fin: ¡triste prueba de cuán mal comprende el hombre su situación, y de cuán poco se aprecia! Porque, si reflexionase, debería decirse que una obra que hace al hombre completo y completo al cristiano, una obra que determina por siempre jamás su destino, tanto aquí bajo como en la eternidad, exige toda la fuerza y toda la seriedad de que uno es capaz, exige toda la vida.

Y, sin embargo, es preciso saber escoger el momento oportuno. Es una verdad formal que nuestra suerte está en nuestras manos, que nuestra vida, nuestra eternidad, dependen de ciertos momentos, y de ninguno más que del de la regeneración espiritual. Si falta el nacimiento, falta también la vida. Cada uno de nosotros ha tenido sus momentos,—¡Dios sabe cuántos!—en los cuales le decía su corazón que, en adelante, debían decidirse su vida y su eternidad, y á nada se decidía. Estaba el niño á punto de nacer, pero faltaba la fuerza para darlo á luz. [1] No se quería recurrir á la gracia; debería ella haberse alejado por siempre jamás de nuestra puerta y llamar á otra; mas, no obstante y por lo menos, permaneció allí, esperando el

(1) Is., XXXVII, 3.

momento favorable y pidiendo con insistencia ser recibida. Pero el momento en que debemos vivir ó morir, debe decidirse. De aquí que esté escrito: «Si oís hoy la voz del Señor, no cerréis vuestro corazón.» [1]

Todo depende de ese *hoy*, de este momento de la regeneración, no sólo nuestra propia vida, sino la vida de muchos otros, el tiempo y la eternidad, el cielo y el mundo. Sí, el cielo, el tiempo y el mundo. Cuando decimos la eternidad y el cielo, cada uno piensa que esto se da por supuesto, y no ve más allá, porque el cielo está demasiado alto, y la eternidad muy lejos; por lo menos así lo creemos. Pero el tiempo y el mundo ¿qué tienen que ver con esto? Mucho. Cada uno de nosotros concurre á formar el mundo; cada uno de nosotros compone el tiempo, y puede, según que esté ó no regenerado, ser la vida y la muerte de centenares y millares de personas. No es en manera alguna indiferente que uno permanezca en la muerte, ó séa regenerado en la vida. Cierto es que, para él, es esto una cuestión de vida ó muerte; pero sólo Aquél que nada ignora, sabe para cuántos es importante esta cuestión. Que no se olvide que nadie vive únicamente para sí. Lo que uno hace y dice en un momento de olvido, lo que uno hace ú omite en el rincón más apartado, puede ser la vida ó la muerte de centenares ó millares de personas en tiempos muy lejanos. De aquí que nadie pueda decir: «Mi influencia no es muy importante.» En todo caso, lo que depende de cada uno es su vida y su suerte eterna, y esto ya es suficiente.

Tal es el poder terrible, misterioso, que Dios ha depositado en las manos del hombre. A la verdad, Dios es todo en todo, todo depende de su providencia y de la gracia; pero todo depende también del hombre; la regeneración personal, la del mundo, la vida, la muerte, el tiempo y la eternidad. Si el hombre se diese cuenta en todo momento de lo que depende de su decisión, con frecuencia sucumbiría á la conciencia de su responsabilidad. Pero no, no debe

(1) Psalm. XCIV, 8; Hebr., III, 7.

sucumbir; mas sí hay una verdad que debe grabarse en su corazón, verdad de cuya observancia todo depende. Ahora bien, ésta dice: Nuestro todo, nuestro comienzo y nuestro fin dependen de un momento; el comienzo depende del momento en que aceptemos la gracia ofrecida, y el fin, de que permanezcamos fieles á la primera decisión para la vida, hasta el momento en que el tiempo se convierta en eternidad.

CONFERENCIA XX

LA VIDA SOBRENATURAL

1. Es difícil responder á la cuestión: ¿Qué es la vida? y raras veces se responde de un modo justo.—Los poetas saben cantar admirablemente todas las cosas. Tienen una colección inagotable de poemas sobre cada flor y cada árbol. El zarzal, la víbora y el sapo mismos han tenido sus cantores. Sólo hay una criatura de la cual los poetas y los pensadores han dicho más mal que bien, el hombre.

Sin duda que no es posible aplaudirlos cuando hablan de él con tanta amargura y burla, pero, por lo menos, aprende uno á comprender cómo han llegado á tal desdén, cuando se observa atentamente la vida de la mayor parte de ellos.

Palabras fuertes, terribles, son las que vemos escritas en la Biblia: «El hombre perece como el animal; ambos comparten la misma suerte»; (1) pero desgraciadamente, hay muchos de ellos que la justifican en cierto sentido. Los unos se consumen, y mueren estúpidamente, bajo el peso del trabajo; los otros no tienen más que un pensamiento, el de que no hay nada mejor bajo el sol que comer, beber y obrar con entera libertad, pues esto es lo único que resta al hombre en medio de las miserias de que está llena esta vida. (2) Sólo una pequeña parte de la humanidad se eleva por encima de este bajo modo de obrar, y comprende que, correr tras el orgullo y atesorar los bienes de la tierra, no merece llamarse vida. Lánzanse entonces con avidez á la ciencia y á la literatura, á menudo con un celo

(1) Eccl., III, 19.
(2) Eccl., VIII, 15.

tal, que olvidan el mundo real y sus propias necesidades. Ciertamente, es esto algo más noble que las ocupaciones precedentes; pero ¿consiste en ello el fin de la vida? ¿llena esto la vida? Y aunque uno pueda decir de sí, como el sabio de antaño: «He inquirido lo nuevo, he intentado profundizar todo lo que hay debajo del sol», (1) ¿podrá decir que ha vencido? No tenemos necesidad de responder nosotros mismos; el mismo sabio que describe su vida, nos informa de lo que sacará de ello: «Es la más penosa de todas las ocupaciones que haya dado Dios á los hijos de los hombres.» (2)

Después de haber examinado, en sí mismo y en su prójimo, las diferentes ocupaciones en que de ordinario se emplea el tiempo de la existencia humana, acaba Salomón por formular el juicio siguiente, á saber, que necesita el hombre inquirir lo que está por encima de él, ya que ignora aún lo que le es ventajoso durante los días de su peregrinación en la tierra. (3)

Este juicio es duro; pero el espíritu más profundo y el más experimentado conocedor del mundo es el que nos asegura aquí que la mayor parte de los hombres no comprenden lo que, propiamente hablando, significa vivir.

2. La vida como actividad.—Y de hecho, no es tan fácil responder exactamente á estas preguntas: ¿Qué es la vida? ¿qué es un ser viviente? El agua que se corrompe en los pantanos nos parece muerta, y llamamos viva á la que brota de las fuentes. Todas las lenguas han dado al mercurio el nombre de *azogue*. El francés llama *vivo* al aire que pica, al frío penetrante. Una casa, en la que no se oye ruido alguno, se llama *muerta;* si todo en ella se pone en movimiento, decimos que está llena de vida. Calificamos de *muerte* á la oscuridad de la noche, al frío del invierno. Un hombre, al que nada puede calentar, un hombre, al que con ninguna excitación podemos obligar á que mar-

(1) Eccl., I, 13.
(2) *Ibid.*, I, 13.
(3) *Ibid.*, VII, 1.

che con mayor rapidez, nos irrita, porque, según la expresión admitida, nada hay que hacer con un hombre *muerto*. Por lo contrario, nos aterramos cuando sentimos la vivacidad de nuestros nervios, y nos declaramos culpables, cuando, tras una ofensa recibida, en una tentación, se despierta de repente nuestra sangre y se convierte en viva.

Esto nos muestra suficientemente lo que es la vida y lo que pertenece á la vida. Lo que exigimos en primer lugar, exteriormente, para que la vida prospere, es la luz. Ninguna vida digna de este nombre puede desarrollarse en la oscuridad; apenas puede hacerlo una vida pálida, lánguida, miserable. Interiormente, el calor es para nosotros el signo de una verdadera vida. La tibia brisa de la primavera engendra inmediatamente en nuestro corazón la esperanza de un mundo nuevo que florece. Mientras la mano cree descubrir todavía una sombra de calor en el cuerpo, que empieza á ponerse rígido, de los que nos son queridos, no perdemos la esperanza de que todavía hay vida en ellos; pero cuando oímos que se escapa de su pecho un ligero suspiro, nuestra confianza se cambia en certeza. Así, pues, la luz es la condición primera de la vida, el calor su nota característica, ó, por lo menos, el signo de una vida más desarrollada, y la voz la prueba de una fuerza que obra por sí misma. Cuando el niño saluda al mundo lanzando un grito, vemos en ello el signo de que está lleno de vida. Sin duda, la voz no es para nosotros más que un signo de la vida y un precursor de otras manifestaciones más poderosas de la vida; pero, sea de ello lo que se quiera, este primer efecto sobre el mundo externo nos atestigua que existe en él la vida. Por consiguiente, la vida es la actividad propia de un ser, es decir, el movimiento que procede de él mismo, del interior.

Por consiguiente, sólo es vivo lo que tiene movimiento propio, ó, por lo menos, lo que es capaz de moverse á sí mismo, ó de manifestar una actividad. [1]

(1) Plato, *Leg.*, 10, p. 895, c. Bernard., *Gratia et lib. arb.*, 2, 3. Thomas, 1, q. 18, a. 1, 2.

3. La vida digna del hombre, natural, como actividad intelectual y moral.—Por consiguiente, por las palabras *vida humana, ó vida digna del hombre*, no podemos comprender otra cosa que el movimiento y la actividad. Para que podamos decir de alguien que vive como hombre, ¿será preciso que vaya de un lado á otro, de distracción en distracción? Ó bien, ¿es qué la vida humana consiste en que, desde el primero hasta el último día del año, ponga en movimiento, sin un minuto de reposo, sin un día de descanso, sin un pensamiento más elevado, la máquina de sus fuerzas físicas, hasta que se descomponga? ¿Quién admitirá esto? Esta vida puede ser buena para el pájaro, que revolotea sin pensar en nada, y para la bestia de carga agobiada de fardos; pero el hombre, si quiere llevar una vida conveniente, debe desplegar una actividad más elevada.

Para esto lo destinó Dios, al dotarle de inteligencia, por cuyo medio puede elevarse, por sobre todas las criaturas terrestres, hasta la vecindad de Dios. ¿Para qué, pues, vive el hombre que no se eleva, por encima de las cosas terrestres, hasta las espirituales? [1] En el animal, una actividad sensible, ver, sentir, gozar, basta para que digamos que vive según su naturaleza; pero esto no es suficiente para el hombre. Como ser dotado de inteligencia, debe ante todo añadir, á la actividad física y sensible, la actividad intelectual. Sólo es viviente de nombre, si no se eleva por encima de las criaturas privadas de razón, con un ejercicio intelectual que responda á su naturaleza. [2]

Pero el hombre no sólo está dotado de razón, sino también de voluntad libre. No basta, pues, que dé pruebas de ser un ser pensante, sino que debe probar también que posee una naturaleza moral. Dios no lo ha dotado de razón más que para que ennoblezca su corazón y su voluntad según la ley divina. Sólo con esta especie de actividad, realiza su misión. Si no trabaja en su ennoblecimiento mo-

(1) Cf. Aristot., *Part. animal.*, 4, 10.
(2) Aristot., *Mor.*, 9, 9, 7.

ral, todas sus facultades intelectuales y su existencia entera son inútiles.

Así, pues, no nos cansaremos de repetir: Si uno quiere vivir de un modo digno del hombre, debe ante todo consagrarse á la perfección del corazón. Llenar la inteligencia de una ciencia muerta, no es, ni con mucho, la verdad y la vida. Es ciertamente una vida más elevada la que se consagra al culto de la ciencia; pero no es la vida que constituye nuestra verdadera empresa. Si sólo en esto consistiese la actividad humana digna del hombre, la mayor parte de la humanidad debería considerarse como condenada, desde su nacimiento, á una existencia indigna del hombre.

Sí, estamos dispuestos á apreciar en mucho los esfuerzos científicos; consideramos como muy hermoso el destino de aquél que puede consagrar su vida entera á las bellas artes y al estudio; pero no podemos negar que el fin de la vida es incomparablemente más elevado y más universal. Así, la empresa del hombre es tan elevada y tan vasta, que aun aquél que siempre ha vivido para la ciencia—siquiera sea ésta la más elevada, la de las cosas divinas,—no ha respondido á su existencia, porque es una vida incompleta.

Ha vivido, pues, inútilmente. Y aunque supiese uno discurrir con Salomón sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en las murallas, sobre los animales, los pájaros y los peces; (1) aunque supiese trazar sus vías á los más lejanos cometas, y los países más lejanos se admirasen de sus discursos y soluciones; (2) aunque poseyese todas las lenguas y fuese capaz de escribir libros sobre la historia de la civilización de los tiempos antiguos y modernos, todo ello sería demasiado estrecho y pequeño, ya que todo ello no es más que un trabajo exclusivamente para la cabeza, en tanto que el corazón permanece vacío, y con demasiada frecuencia, por desgracia, se

(1) III Reg., IV, 33.
(2) Eccli., XLVII, 17 y sig.

arruina lamentablemente, á consecuencia de estas ocupaciones. Mas lo que hay de peor es que toda esa actividad y sabiduría se limita á las criaturas, al mundo sensible, y no va más allá de los estrechos límites de esta corta vida. Ahora bien, la vida del hombre durará eternamente, y el espíritu continuará viviendo, aun después de traspasar los límites de este pequeño mundo visible. ¿Qué ocurrirá, pues, si uno no extiende su actividad á ese mundo que el simple ojo no ve, ni puede tocar la mano, si uno no ha vivido aquí bajo para ese mundo, que será su patria eterna y verdadera? Pues que dejará todo lo que haya hecho y todo lo que haya sido aquí bajo, todo lo que ha compuesto su vida, á las puertas de la eternidad, y entrará en el otro mundo para vivir en él eternamente, sin haber aprendido á tiempo á vivir en él. Entonces verá su existencia separada por un abismo que nadie puede franquear, ni hacia adelante, ni hacia atrás, en dos partes desiguales, de las cuales, la una, corta, ha sido una vida incompleta, en tanto que la otra, sin fin, será una continuación sin vida, y, por consiguiente, una muerte eterna.

¡Pobre hombre perdido! Entonces verás claramente que la vida digna del hombre no es una vida para fines pasajeros, terrestres, y de corta duración, sino para Aquél que es nuestro primer principio y nuestro último fin; una vida que nos oriente hacia nuestro destino eterno, la única vida en que el hombre completo encuentra su perfección, y, felizmente también, una vida que todos pueden llevar con sólo quererlo.

4. Base de la vida sobrenatural.—Pero nótese bien que, hasta el presente, hemos hablado exclusivamente de la obligación de vivir según nuestra naturaleza y de la empresa que debemos realizar como hombres.

Es un gran error, muy extendido por desgracia, el creer que, desde que se habla de Dios, de religión, de vida eterna, se trata de cuestiones sobrenaturales que miran al cristiano y no al hombre. No; son estas cuestiones puramente naturales, para cuya solución no necesita el hombre ni de

Jesucristo ni de la Revelación, ya que la razón y la conciencia le ilustran suficientemente sobre esta materia. [1]

Pero, por encima de ellas, hay un campo más vasto que no conoceríamos sin la Revelación; tal es el dominio de la vida sobrenatural. La vida intelectual natural difiere tanto de ella, como la vida sensitiva, que los animales poseen igualmente, difiere de la primera. El alma que mora en nosotros es la causa de que tengamos una vida humana; pero Dios, viviendo en nosotros, es el principio de la vida sobrenatural. [2] La base de la vida natural es la inteligencia creada por Dios, con las potencias que posee; la base de la vida sobrenatural es la gracia difundida en nosotros, la participación en la naturaleza divina, [3] la elevación á la adopción de hijos de Dios, [4] con todos los dones que son su consecuencia. La empresa de nuestra vida natural consiste en cumplir la ley impresa en nuestra conciencia, por modo tal, que podamos mirar con calma nuestra responsabilidad ante Dios y nuestro porvenir eterno; la empresa de vida sobrenatural consiste en que, con la ayuda de la gracia, honremos nuestra dignidad de hijos adoptivos de Dios, y que, como coherederos de su Hijo, nos hagamos igualmente dignos de poseer el reino eterno que nos ha preparado.

Á este fin, Dios ha puesto en nuestra alma una base nueva, dotándola además de dones soberanamente perfectos. Esta base es la gracia santificante, que transforma, ennoblece y eleva al alma. En el mismo grado en que el alma racional es superior al alma animal, lo es también, sobre sí misma, y aun mucho más, el alma que participa de la gracia; es tan elevada, que la expresión «participación de la naturaleza divina», debe ser tomada al pie de la letra. [5]

Los dones que acompañan á la gracia, son de dos especies, como las potencias del alma. Á la facultad de pensar

(1) Cf. tom. I, *conf.* 2, 9. Tom. II, *conf.* 24.
(2) Joan., XIV, 23. II Cor., VI, 16.—(3) II Petr., I, 4.
(4) Rom., VIII, 17. I Joan., III, 1.
(5) Thomas, 1, 2, q. 110, a. 3; 3, q. 2, a. 10, ad 1; q. 3, a. 4, ad 3. Scheeben-Weiss, *Herrlichk. d. Gnade*, (6) 35 y sig., 43, 59 y sig.

responde la iluminación por el Espíritu Santo, ó la infusión de la luz de la fe. La facultad natural de querer está perfeccionada de un modo sobrenatural por las aptitudes infusas para practicar las virtudes que convienen á un hijo de Dios. [1]

De este modo, hállase equipado el hombre para realizar su nueva empresa, de la misma manera que lo está por la creación para realizar su destino natural. Así, pues, á él corresponde hacer buen uso de sus dones sobrenaturales, en otros términos, de llevar una vida sobrenatural.

No sin razón decimos: «llevar una vida sobrenatural», ya que tener vida y saber vivir son dos cosas completamente diferentes. El niño que acaba de nacer está en posesión de la vida; pero sólo lleva una vida conforme á sus disposiciones el que emplea éstas libremente y como debe hacerlo. Del mismo modo, no basta que hayamos recibido la vida sobrenatural por la gracia de Dios, sino que debemos fortalecerla y hacerla fecunda con nuestra propia cooperación libre. No hemos recibido los dones de Dios para enterrarlos, sino para hacerlos fructificar del mejor modo posible; no para dejar que se seque la simiente que ha arrojado en nosotros, sino para plantarla y hacerla crecer.

5. Conservación de la vida sobrenatural.—Primeramente, tenemos obligación de conservar este don de la vida sobrenatural. Nadie tiene derecho á disponer á su antojo de un bien que debe, no á sí mismo, sino á un favor extraño. Nadie puede disponer como le parezca, ni siquiera de esta vida corporal mortal que hemos recibido de la sangre y de la voluntad de la carne. ¿Con cuánta mayor razón, pues, debe uno tener obligaciones para con una vida que Dios le ha conquistado al precio de su sangre, para con una vida que es una participación de la vida misma de Dios? «Porque ninguno de nosotros para sí vive, y ninguno para sí muere, porque, si vivimos, para el Señor vi-

(1) Thomas, 1, 2, q. 63, a. 3.

vimos, y si morimos, para el Señor morimos.» [1] El sarmiento que muere, es perdido para la cepa que le daba la vida; ahora bien, el Señor es la cepa de nuestra verdadera vida. [2] Convertidos en participantes de la naturaleza divina, [3] en el momento en que Dios nos elevó por su gracia á su propia vida, perdemos, al perderla, no ya la vida humana y terrestre, sino una vida mucho más preciosa, la vida divina. La gracia de Dios es el mayor tesoro que podemos poseer en la tierra; la mayor pérdida que podemos experimentar, es la de la vida sobrenatural.

Pero, al propio tiempo, es ella una vida excesivamente delicada. Cuanto más perfecta es una vida, más peligro corre. Entre los animalillos helados sobre un témpano, hay algunos que, expuestos á un calor ardiente, conservan su vida con increíble tenacidad, aunque sean mutilados, cortados, desgarrados. [4] Por lo contrario, poco se necesita, una ligera sacudida, una caída insignificante, para acabar con una vida humana, por cuya salud sacrificaríamos de buen grado todo un mundo. ¿Qué de extraño, pues, que el precioso tesoro de la vida sobrenatural, que llevamos en frágiles vasos, [5] esté expuesto á tan numerosos peligros? De aquí que sea siempre poca nuestra vigilancia y nuestra circunspección con relación á ella, de aquí que no podamos ponernos con suficiente solicitud bajo la protección de Aquél que nos la ha dado.

La sabiduría del Creador ha dispuesto las cosas de tal suerte, que la madre protege la vida de su hijo con peligro de su propia vida; que ella vive de esta vida, en tanto que aquél no es capaz de vivir de su propia vida, ni es suficientemente fuerte para defenderse de los peligros. Bajo esta guardia tutelar, él crece y prospera, aunque sea muy débil por sí mismo. Del mismo modo, la vida

(1) Rom., VI, 10; XIV, 7 y sig.
(2) Joan., XV, 1. Augustin., *S.* 62, 2; 65, 3; 156, 6; 161, 6; 180, 3; 212, 1; 297, 8 etc... Bernard., *In Psalm.*, XC, 10, 4.
(3) II Petr., 1, 4.
(4) Autenrieth, *Ansichten über Natur und Seelenleben*, 18 y sig., 265 y s. Theophrast., *Fragm.* 171, 8 y sig.—(5) II Cor., IV, 7.

sobrenatural encuentra en Dios su mayor seguridad, hasta que hayamos abandonado esta vida mortal, y evitado los peligros de los numerosos enemigos que nos acechan, y llegado á nuestro último destino en la patria celestial, y alcanzado en Jesucristo la medida completa de nuestro desenvolvimiento. [1] Entonces, la vida sobrenatural, antes oculta á los sentidos, se manifestará á la faz del mundo entero, en la transfiguración del espíritu, y finalmente, después de la resurrección, en la transfiguración del cuerpo. [2] Pero hasta entonces, todo depende de que permanezcamos ocultos en Dios por la humildad, la huída del mundo y la vida interna. Con ello nos será fácil conservar esta vida, que es una manifestación de Dios. El mejor medio para conservar una cosa consiste en mantenerla en el ambiente en que ha nacido. Ahora bien, si uno pasa del seno de Dios al mundo, sea por impaciencia, sea por confianza en lo que él llama su independencia, sin motivo que le obligue á hacerlo, su vida está seguramente más perdida que la del pajarillo aturdido, á quien el abrigo del nido ha parecido demasiado pronto una prisión indigna. [3]

6. Aumento de la vida sobrenatural.—Pero sería una ilusión funesta el creer que Dios, porque ha plantado el árbol de la vida sobrenatural, tendrá cuidado de que fructifique sin nuestra propia cooperación. ¿Acaso el Señor de la viña no ha plantado la higuera para amenazarle con arrancarla, después que, durante tres años, haya en vano buscado frutos en ella? [4] Así, pues, un juicio de reprobación ha sido proclamado contra todo el que no dé frutos, y excelentes frutos. [5] Pero nadie dará frutos, hasta que la savia vital, resultante de su unión con la gracia de Dios, corra en él. Si ésta no obra al mismo tiempo que nosotros, si, todavía más, no constituye la fuerza propia-

(1) Ephes., IV, 13.
(2) II Corinth., IV, 10.
(3) Cf. Is., XVI, 2.
(4) Luc., XIII, 6 y sig.
(5) Matth., III, 10; VII, 19.

mente dicha de que proceden nuestras obras, vano será todo lo que edifiquemos para nuestra vida eterna. Pero esto no impide que debamos cumplir nuestro deber. Adán había sido ya colocado en el Paraíso, no para vivir en él á sus anchas, sino para cultivarlo. (1) Esta misma ley se aplica también á nosotros. El que no se aprovecha por sí mismo de la gracia, el que no trabaja por sí mismo su propia persona, se parece al que duerme. Ciertamente, la vida está en él, pero difiere poco de un muerto; y, si permanece demasiado tiempo en este estado de sueño, no tarda en llegar la muerte.

La vida debe fomentarse con el alimento y fortalecerse con la actividad. El alimento del alma es la gracia, que debemos aumentar en nosotros. Ahora bien, precisamente la aumentamos con nuestra actividad. (2) Del mismo modo que el trabajo refrigera las fuerzas del cuerpo, al despertar en nosotros la necesidad y la capacidad de tomar alimento, así la gracia se renueva por todo esfuerzo con el cual hacemos fecundos los dones depositados en nosotros, ora fortificando la fe con la oración y la meditación, ora ejercitándonos en virtudes, cuyo poder para realizarlas debemos á la gracia. Pero, si omitimos esto, no sólo no avanzamos, sino que retrocedemos, y acabamos por morir. (3) Nadie es tan perfecto, que no tenga necesidad de esta exhortación: «Que el justo practique todavía la justicia, y el santo se santifique. He aquí que llegaré muy pronto, llevando conmigo mi retribución, para premiar á cada uno según sus obras.» (4)

Pero, en una vida como la de que aquí se trata, divina en su origen, inmensa por su valor, eterna por su fin, no basta que se le presten únicamente los cuidados ordinarios que uno tiene con todo otro bien, cuya guarda le ha sido encomendada. Nada puede ser comparado al trabajo,

(1) Gen., II, 15.
(2) Concil. Trid., 6, cap. 10, c. 32. Thomas, 1, 2, q. 114, a. 8. Hieronym., *Advers. Jovin.*, 2, c. 18.
(3) Ezech., XXXIII, 12 y sig.—(4) Apoc., XXII, 11 y sig.

á la circunspección, que debemos emplear para conservar y aumentar la vida sobrenatural. Jamás debemos creer haberla garantido y perfeccionado suficientemente. Preciso es hacer de ella una vida sólida, una vida que pueda desafiar los peligros, para que Dios reconozca en ella su plantación. Con frío, en medio de la tempestad, bajo los ardores del sol, no debe sólo vegetar, sino crecer y dar excelentes frutos. Preciso es que sea una vida fresca, que se desarrolle alegremente y que produzca siempre nuevos vástagos. Una existencia enfermiza, incompleta, que hace que gimamos á cada sacrificio, bajo el peso de toda carga, y que reposemos inmediatamente después de haber atraído sobre nosotros desgracias inevitables, no puede, ni satisfacer á Dios, ni dar á nuestro corazón consuelo y calor.

Finalmente, preciso es que sea una vida que crezca siempre hacia arriba, no como esas débiles plantas parásitas que se inclinan tan fácilmente hacia la tierra en donde se debilitan y mueren. En una empresa tan múltiple, toda detención es nefasta, y toda interrupción peligrosa. Si uno tiene miedo de llegar á ser demasiado rico en obras de fe, de virtud y de piedad, de temer es que se convierta un día en muy pobre, si, con todo, no lo es ya.

7. Unión de la vida natural y de la vida sobrenatural.—Además de todo esto, debe ser al mismo tiempo esta vida una vida natural, si quiere demostrar que es una vida verdaderamente sobrenatural. Verdad es que viene del cielo y aspira al cielo; pero, aunque sobrenatural, debe, no obstante, obrar de un modo tan natural como el Hijo Unico de Dios, que vivía en la tierra como cualquier hombre; como Él, cuya persona es la fuente de la vida sobrenatural, como Él, cuya vida es la regla de conducta que debemos seguir en esta misma vida. Y es aún la piedra de toque más segura, si no la única, por medio de la cual puede uno asegurarse de si la vida sobrenatural se manifiesta en alguna parte tal como debe ser en realidad.

Con esto, no queremos exagerar nada, sino ser modestos y justos. También el cristiano es hombre, y de aquí

que no podamos exigir que se desprenda inmediatamente de todo lo que es humano, ni imputarle como un crimen una debilidad que encontramos comprensible en los demás. Soberanamente injusto es condenar á un cristiano, porque no ha satisfecho igualmente, y de un modo irreprochable, á los dos aspectos de su inmensa empresa, á sus deberes de hombre y á sus deberes de cristiano. Nadie puede exigir de otro su repentina perfección; pero esto, no obstante la clemencia de que damos pruebas al juzgar á cada individuo, no nos impide proclamar enérgicamente para todos el principio de que la vida sobrenatural debe manifestarse por un aumento de perfección natural. Ambas están estrechamente ligadas, y de aquí la certeza de que la vida sobrenatural no es perfecta, mientras uno no encuentre la vida natural sin escorias, y que allí donde la vida sobrenatural se manifiesta con perfecta pureza, aparece también como transfigurada la vida natural.

Desgraciadamente, los mismos cristianos no siempre tienen una idea bien exacta de estos principios tan importantes. De otro modo, ¿cómo podría ocurrir que hubiese siempre entre ellos cierto número que creen haber demostrado sus sentimientos, cuando no estiman en su justo valor la naturaleza con sus obligaciones? Esto es un grave mal. Por otra parte, circula como moneda corriente en el mundo que un cristiano piadoso y fiel es menos útil para las cosas temporales que aquél que no se halla impedido por ningún lazo para hacerse útil de un modo general. Sin duda que se nos dirige millares de veces, sin motivo alguno, este odioso reproche, ora por prejuicio, ora por malvada intención; pero cuando un cristiano da pie una sola vez para semejante acusación, centenares de correligionarios suyos, á quienes nada se puede censurar, apenas si pueden borrar la impresión producida.

Que todos, pues, consideren como su deber más sagrado mostrar al mundo que es un error el pretender que la aspiración á la virtud y á la perfección sobrenatural conduce necesariamente á la grosería; que es inseparable de la

negligencia de las cosas externas y de la falta de educación; que hace á uno insoportable, imprudente, torpe é indiferente con relación á las obligaciones terrenas y á los bienes temporales. Al que esto crea, le responderemos que no conoce todavía la verdadera vida sobrenatural. Pero que todo aquél que dé pie á semejantes quejas, reflexione que una piedad ó una santidad que no satisfaga toda exigencia justa relativa á las conveniencias, á las relaciones, á la vocación, en la vida natural, despierta siempre serias dudas sobre si puede sostener la prueba como sobrenatural. La gracia no es enemiga de la naturaleza, sino su ornamento y su perfección. La empresa propiamente dicha de la vida cristiana, es decir, de la vida sobrenatural, consiste en unir sin violencia lo natural y lo sobrenatural; y el arte de conseguir esto, es su obra maestra.

No sólo la naturaleza y la gracia deben obrar de concierto, sin que haya intermediario entre ellas, sino que deben obrar unidas en armoniosa é indivisible unión. No es de mucho provecho el que uno cumpla puntualmente sus deberes de cristiano, y piense ya demasiado tarde que hubiera debido ser también un administrador fiel, un padre de familia, un servidor atento, en el cumplimiento de sus deberes. Pero que nadie arroje por esto la primera piedra al Cristianismo. Ciertamente, bueno es que la conciencia cristiana descubra al pecador, por lo menos después de la acción, el conocimiento de una falta, en la que quizás volvería á caer, si quisiese representar el papel de espíritu fuerte, de hombre no cristiano. Pero lo que no ofrece ninguna duda es que no será un cristiano perfecto, mientras no aprenda á ser un cristiano completo y un hombre completo, al mismo tiempo y en una sola persona. Si uno no encuentra en su fe y en su piedad, así el impulso como la fuerza para contener su lengua, domar sus pasiones, hacer sacrificios, ser más fiel á sus deberes, más amable, más condescendiente, menos presuntuoso, entonces mucho hay que temer que su vida sobrenatural no sea más ó menos una pura apariencia. (1) No nos cansaremos de repetir que

(1) Jac., I, 26.

no condenamos á nadie á causa de las debilidades humanas. De nadie exigimos que sea superior á toda medianía, á todo temor y á toda miseria humana. No condenamos á aquél que se ve arrastrado por una precipitación importuna, á aquél que se ve atacado repetidamente por una pasión, demasiado tiempo descuidada anteriormente, aunque se imponga muchos esfuerzos para hacerla desaparecer. Tampoco exigimos que uno realice actos grandiosos y extraordinarios. Jamás hemos reclamado de nadie que pase todo el día orando en la Iglesia, ni que imite en toda su severidad las obras de los santos. Experimentamos una alegría sincera cuando vemos moverse una vida en el círculo de los ejercicios cuotidianos de un cristiano y de las pequeñas virtudes ordinarias de todas las personas honradas. Y aun concedemos más importancia á éstas, que á acciones extraordinarias, suponiendo, con todo, que sean virtudes sólidas y verdaderas. [1] Pero á riesgo de hacernos importunos, no cesaremos de repetir la exortación—una de las enseñanzas más importante de la vida cristiana—de que el cristiano debe aspirar muy seriamente, no sólo á observar con sinceridad los mandamientos de la Iglesia, sino á convertirse al mismo tiempo en el hombre mejor, en el más fiel y más seguro cumplidor de sus deberes. Nos faltan caracteres sencillos, piadosos, rectos, naturales, hombres que practiquen fielmente sus deberes de cristianos, cristianos que sean hombres sin tacha, enteros, responsables, fieles á sus deberes, observadores de las conveniencias, no sólo por respeto al mundo, sino por espíritu cristiano. De aquí que diga con razón un obispo de la Edad Media: «Posible es que se mire esto como profano; pero yo no puedo separar la religión, como alma, del conjunto de las formas externas de la vida y de las relaciones. Para mí, la observancia de las conveniencias es también un ejercicio de religión y de virtud.» [2]

8. Medio para vivir una vida sobrenatural.—Cierto, no es esto una exigencia que pueda calificarse de exagerada ó imposible de cumplir. Sin embargo, cuando examinamos al hombre, parece que hay en él una dificultad tan insuperable, que uno puede decir atrevidamente que esta religión, que nos solicita y nos hace capaces de ejecutar esta empresa, da pruebas, sólo por esto, de ser la religión más perfecta. En efecto, entre todos los sistemas de religión, no hay ninguno, que, bajo este concepto, pueda luchar con el Catolicismo. Lejos de aspirar á la unión entre lo natural y lo sobrenatural, todas las demás religiones ni siquiera creen que sea posible unir las fuerzas aisladas del hombre ordinario para formar con ellas un conjunto semejante. Desde que la Reforma divorció el santo matrimonio de la naturaleza con la gracia, en todas partes ha perdido el hombre natural su justo equilibrio. Las diferentes actividades del hombre, que hasta entonces habían llevado, bajo la protección de la gracia, una vida homogénea, sobrenatural y natural, se dispersaron, y aun están en oposición las unas con las otras. Cada una de ellas, por poco exclusiva que puede ser en sí misma, reivindica el derecho de ser ella misma la vida verdaderamente humana y cristiana. Para el Pietismo, la religión sólo tiene valor, si se preocupa del corazón; poco le importa si el espíritu encuentra ó no en ella su alimento y el medio de desplegar su actividad. La vida natural está en él reemplazada por la languidez y los suspiros quejumbrosos, apenas interrumpidos por las escenas violentas y las erupciones volcánicas de pasiones ha largo tiempo cultivadas. Frente á él, el Racionalismo, ese niño mal educado de la ortodoxia protestante, ha envuelto la elevación religiosa en un Cristianismo árido. El desecamiento del corazón, la hiel de la razón razonante, las más audaces especulaciones para llegar directamente al lucro, son consideradas en él como la única religión digna del hombre. Una meditación suntuosa sobre la manera admirable como está construída la casa de un caracol, ó sobre el instinto emigrador de las aves, tiene más valor para él que centenares de con-

(1) Cf. *tom.* II, *conf.* 23.
(2) Ioannes Saresber., *Polycrat.*, 8, 9.

ventos, con las oraciones, las obras de penitencia, y los sacrificios de sus moradores para el bien común de los pobres y enfermos, de los esclavos cristianos y de los muertos que todavía no han acabado de expiar sus faltas. Aquí y allá, sólo encontramos medio hombres y una vida natural á trozos, pero apenas si es posible dar con un rayo de vida sobrenatural. Exigir una vida entera, poner al hombre en estado de desplegar toda su actividad y procurar producir en él, por encima de todo esto, la elevación sobrenatural, he aquí lo que ninguna de estas tendencias se ha atrevido á hacer. Todo esto lo abandonaban ellas sin envidia á la vieja Iglesia, y aun se mofaban de ella, sin ver que, al obrar así, se juzgaban á sí mismas y concedían el premio á su despreciada adversaria. Ésta, en efecto, no podría reivindicar más hermosa gloria que la que le ofrece el testimonio de sus acusadores, al proclamar que sólo ella, con sus prescripciones relativas á la vida, abarca el cielo y la tierra, la naturaleza y la gracia, y que sólo ella persigue el fin de crear, en una sola persona, hijos de Dios y hombres completos.

La objeción corriente contra la doctrina de lo sobrenatural demuestra cuán mal comprendido es este misterio fuera de la Iglesia. No vemos en el cristiano otra cosa que al hombre natural ordinario. Puede ser verdad que sirva á Dios, pero esto no modifica nuestra convicción de que su actividad es puramente humana. Practica sus deberes de cristiano con los mismos medios con que todos los hombres del mundo practican los suyos; sus pensamientos, sus palabras, son igualmente pensamientos y palabras humanas. ¿En qué consiste, pues, la vida sobrenatural? La respuesta no es difícil. Es absolutamente verdadero, y de ello nos vanagloriamos, que toda obra realizada por el cristiano, siquiera la haga con espíritu de fe y al impulso de la gracia, es obra de sus potencias humanas; desde el punto de vista externo, hay en ello una obra natural. Cuando consuela caritativamente al que sufre, la acción de juntar las manos, de doblar las rodillas, de ha-

blar, es una acción de hombre. Así, pues, la obra, como tal, es natural por su base fundamental.

Sin embargo, la misma acción es al propio tiempo sobrenatural. ¿Qué es lo que le mueve, pues, á hacer esta obra? Quizás no quiera pedir nada con su oración; no se propone con ella hacer una gran obra; no obedece á ningún impulso natural, ni persigue fin alguno de la misma especie; quiere únicamente servir á Dios y tributarle el honor que se le debe. Innumerables personas no se resolverían jamás á hacer esto, ya que verían en ello una humillación, una locura. Pero el cristiano ve en esto un honor y el cumplimiento del deber. Experimenta goces que él mismo no comprende; se siente involuntariamente impulsado por una fuerza bajo la cual casi se doblega, parécele que es irresistible, y, sin embargo, no puede negar que obra libre y jovialmente. ¿Cómo explicar esto? Es la fuerza de Aquél que vive y obra en él, de Aquél al que está ligado tan estrechamente como los miembros al cuerpo y el cuerpo al alma; [1] en otros términos, es la gracia. De ella parte el impulso para realizar toda buena obra. Nosotros no hacemos más que seguirla con nuestra actividad humana; de aquí que todas nuestras acciones que realizamos en la gracia y con la gracia, sean acciones propias nuestras, y, no obstante, sobrenaturales.

Para que la obra sea completa, preciso es añadirle una segunda cosa; preciso es que la realicemos, no con intención puramente natural, [2] sino con intención sobrenatural. Ahora bien, entre todas las doctrinas del Cristianismo, precisamente ésta es la que parece más extraña al mundo. ¿Quién ignora las odiosas acusaciones que amontona sobre nosotros? Pero precisamente por esta razón decimos todavía más expresamente: la intención es la que hace la obra y le da su valor y su importancia, como el alma da la vida al cuerpo. [3] ¿Es que en realidad es esto tan di-

(1) Cf. más arriba, X, 4; XVIII, 7.
(2) Cf. más arriba, VIII, 8.
(3) Cf. Augustin., *Conf.*, 13, 26, 41. Gregor. Mag., *Moral.*, 28, 30. Thomas,

fícil de comprender? Tomemos tres hombres que dan limosna á un pobre niño; uno la hace, porque la vista de la miseria le produce una impresión desagradable, el segundo, por compasión natural, y el tercero, porque ve en el pequeño niño abandonado al divino Infante de Belén, ó porque quiere imponerse una obra de satisfacción por sus pecados. Tres veces se ha repetido la acción, y, sin embargo, jamás ha sido la misma, porque la intención era distinta cada vez. Sin duda alguna, el primero no ha hecho una obra que pueda llamarse buena, el segundo ha realizado una acción que es buena por su naturaleza; el tercero, ha practicado igualmente la compasión natural; seguramente, no ha sido menos compasivo que el segundo; por consiguiente, su acción, desde el punto de vista natural, era tan buena como la de éste, pero hay en ella una intención más elevada, y, por el hecho mismo, su obra, aunque sea verdaderamente natural, se ha convertido en sobrenatural por su naturaleza. Nadie puede suponer que se haya perjudicado en lo más mínimo á la bondad natural de la obra con la intención sobrenatural. Continúa siendo lo que era; evidentemente ha sido purificada y perfeccionada por la intención cristiana. Pero en tanto que lo que es natural y verdaderamente humano continúa existiendo, se le añade una bondad nueva, la bondad sobrenatural cristiana. Así es como el que vive en la gracia y obra con ella, practica en una sola y misma acción, cuando la realiza con intención sobrenatural, una buena obra virtuosa, una obra perfectamente humana, y, al mismo tiempo, divina; permanece, en verdad, hombre, ó mejor, se convierte en tal sólo con aspirar á ser cristiano sincero.

Así, pues, la vida sobrenatural, no deja de ser una vida humana completa, por más que sea de Dios mismo y muy superior á la vida natural. Dios quiere elevarnos hacia Él, grado á grado, no con repentinos milagros, que

1, 2, q. 19, a. 7, 8. Rainer a Pisis, *Pantheologia*, v. intentio. c. 2 (Nicolai, 1655, II, 618 y sig.). Rodríguez, *Práctica de la perfección cristiana*, I, 3. Faber, *Todo por Jesús*, 198 y sig., 202 y sig.

nos ahorren todo esfuerzo, no por Él mismo, sino por nuestra propia cooperación; por consiguiente, por vías puramente humanas, no obstante todo auxilio sobrenatural. Dios y hombre, gracia y libertad, deben obrar siempre de consuno. [1] Dios comienza, el hombre responde, lo sobrenatural marcha delante y lo natural le sigue. La gracia es la que se encarga de la intimación, de la reconciliación de la fe. El consentimiento depende de la libertad. Al primer obsequio proveniente de Dios, debe responder otro por parte del hombre, obsequio humano, que es seguido inmediatamente de un segundo paso de la gracia, el cual reclama al punto otro segundo paso por parte nuestra, y así del tercero, del cuarto, etc., hasta el último.

Preciso es, pues, que toda la vida sobrenatural esté exenta de turbaciones y alcance su objeto; que sea una alternativa continua, ó, por mejor decir, una compenetración continua de la gracia y de la naturaleza. Una gracia nueva responde á toda cooperación de la libertad á la primera gracia, y una nueva iluminación, á toda subordinación á la inspiración primera. Si el hombre rehusa responder á los impulsos de la gracia, si se niega á obedecer á la exhortación que siente en su interior, rompe la cadena, y si la gracia se retira, ó si, por lo menos, se produce un enfriamiento y una debilitación, á él hay que atribuirlo.

Haz, pues, hoy aquello á que te impulse hoy el espíritu, y está convencido de que mañana llamará con mayor insistencia todavía á la puerta de tu corazón, y de que te conducirá más lejos aún; y si al día siguiente continúas en esta misma fidelidad, puedes estar cierto de un auxilio mayor y de una perfección llena de felicidad.

¡Feliz el hombre que espera de Dios el auxilio que necesita, y que, en este valle de lágrimas, medita en su corazón los medios de elevarse, porque el divino Legislador, que ha dado la ley que á Él conduce, dará también su bendición á todos los que desean seguirla; y así, ellos avan-

(1) Cf. *supra* V, 7; XVII, 7; XIX, 7.

zarán de virtud en virtud, y verán finalmente al Dios de los dioses en la celestial Sión! [1]

9. Los tres grados para llegar á una vida sobrenatural.—Sin duda que son estos puros misterios. Nadie ha visto con los ojos del cuerpo como aquél, cuya alma estaba muerta, ha resucitado á la vida del espíritu. Sentimos profundamente lo que significa todo paso hacia atrás en el difícil y peligroso camino de la vida sobrenatural, pero nos es imposible expresarlo convenientemente. Todos podemos comprobar esto en nosotros mismos; todos podemos verlo con los ojos de la fe, pero es imposible explicarlo. Sin embargo, sería un error el creer que esta vida sobrenatural está oculta. Puede ocurrir que, en realidad, haya vida todavía en uno que no pueda dar de ella pruebas externas. Verdad es; sin embargo, jamás podremos borrar la inquietud de que pueda extinguirse. No es posible una vida vigorosa interna, sin que se manifieste al exterior. De esta manera, puede ocurrir también que la vida sobrenatural exista en un alma, sin que, no obstante, se manifieste al exterior. Ni siquiera es necesario, ni bueno, que se muestre siempre y en todas partes de un modo evidente. Importuno é imprudente sería que uno quisiese confesar ante el primero que se le presentase, y en todo momento, su fe de cristiano, de un modo oportuno ó no, aun allí donde no se le ofrece ocasión propicia para ello. Así, pues, no queremos condenar á nadie porque no veamos en él algunos signos de la fe cristiana. Pero tampoco queremos disimular que le consideramos con inquietud, cuando habla siempre únicamente del interior de su pequeño gabinete en donde vive solo con Dios. Allí donde hay vida vigorosa y salud floreciente, preciso es que se manifiesten al exterior por la energía y la alegría de hacer algo. [2] «Conozco tus obras; —dice el Señor—llevas el nombre de vivo, pero estás muerto.» [2] «Muéstrame tu fe sin las obras, y yo te mostraré mi fe con mis obras.» [4]

(1) Psalm., LXXXIII, 6 y sig.—(2) Timoth., IV, 15; V, 25. II Cor., V, 11. (3) Apocal., III, 1, 2.– (4) Jac., II, 18.

Se dice que el Cristianismo debe vivir en el corazón. Nada más verdadero que este principio. La vida reposa en el corazón. Si no existe en el corazón, no puede aparecer en la obra. Pero ¿qué vida es esa que se muestra incapaz de realizar una obra, de pronunciar una palabra? ¿Acaso no debemos inquietarnos por la vida allí donde no vemos ningún movimiento, ningún signo, por el cual se manifieste?

No, nadie buscará una vida celestial en un pecho donde jamás sonido alguno se eleve al cielo, en una lengua que permanece muda, cuando tiene obligación de confesar su fe, en las manos, en las rodillas, que hace ya mucho tiempo han olvidado lo que es una oración completa, en el corazón que no es capaz de sacrificio alguno por Dios, en los miembros que se muestran ineptos para toda práctica de piedad, para todo esfuerzo, para toda caridad, en la cabeza que evita todo pensamiento serio con relación á Dios y á las cosas externas; en una palabra, en una existencia en que, todo lo más en ciertas fiestas, penetra por fuerza un recuerdo de las obligaciones cristianas, cual perturbadora interrupción.

Pero ¿qué se necesita para la existencia de la vida sobrenatural, y cuáles son las notas por las cuales podemos reconocerla? El primer elemento necesario á la vida es la luz; su primer signo característico, el calor; su primer efecto sobre el mundo externo, la voz. Así, pues, la primera condición, sin la cual es imposible la vida sobrenatural, es la luz para la inteligencia. Ahora bien, he aquí que el mismo Dios, que en otro tiempo hizo brotar la luz de las tinieblas, ha iluminado nuestros corazones con la Revelación, y ha hecho brotar en ellos la luz que les permite conocerle. [1]

Por consiguiente, la aceptación de la fe es la luz de que depende la vida del alma. La fe nos muestra desde luego, por lo menos, el fin único que vale la pena de ser perseguido, y nos indica la vía que conduce á este fin tan elevado, su-

(1) II Cor., IV, 6.

perior á nosotros y al mundo. Una vez alcanzado este fin, se levanta la estrella de la mañana y llega el día, [1] en que no tendremos necesidad de antorchas, porque Dios mismo será nuestra luz eterna y nuestra glorificación, [2] y porque, de este modo, la fe no será ya necesaria, por cuanto será transformada en visión. Entre tanto, la luz temperada de la fe, debe proteger nuestra débil vida, hasta que seamos suficientemente fuertes para soportar el resplandor de la luz divina, que todavía no podemos sostener. [3]

Nadie expone una planta joven á una luz muy viva. La vida delicada de un débil vástago, prospera segura y constantemente en una luz temperada. Así, Dios, por precaución, ha puesto nuestra vida, tan delicada, en la luz crepuscular de la fe, y así es como ella germina en nuestro corazón. Por consiguiente, sin la luz de la fe, no puede desarrollarse la vida sobrenatural, como no puede hacerlo la vida terrena, sin una luz dulcificada. Una luz más viva que la de la fe, sería un obstáculo á su desenvolvimiento. Todo está dispuesto con la más alta sabiduría, de suerte tal, que el germen que la mano del jardinero ha depositado en nuestra alma, pueda lograr una vida vigorosa.

Pero es fácil reconocer las primeras manifestaciones de la vida. El primer signo que nos indica que comienza, es el calor. Lo mismo ocurre con el alma. ¿Quién no recuerda el fuego que nos penetró en aquellos felices primeros tiempos en que tan bien sentíamos en el fondo de nuestro corazón la diferencia entre la vida de los sentidos, que se desvanecía, y la celestial primavera, que empezaba á nacer? ¡Con qué gravedad cumplíamos entonces nuestros deberes! ¡Qué ardorosa devoción nos inflamaba, desde que uno de nuestros pensamientos se dirigía hacia Dios, y desde que un soplo de Él aleteaba en nuestro corazón! ¡Sí, eran demasiado hermosos aquellos días de bendición para

(1) II Petr., I, 19.
(2) Apocal., XXI, 23; XXII, 5. Is., LX, 19.
(3) Cf. Augustin., *Sermo*, 212, 1.

que no se acabasen nunca! De aquí nuestro dolor continuo por verlos desvanecidos. ¡Quiera Dios que no hayan terminado antes de tiempo por nuestra propia falta! [1]

Pero ellos deben hacer puesto á un grado más elevado de la vida. La madre no puede eternamente calentar á su hijo contra su seno. Para que llegue á ser vigoroso, debe alejarlo de sí y exponerlo á las influencias externas. Sin duda, el niño gemirá, pero esto será ya el comienzo de una nueva actividad de vida. Sus suspiros y sus llamamientos se cambiarán en balbuceos, y sus balbuceos en palabras. En lugar de calentarse con un calor extraño, el pequeño ser aprenderá con sus gritos, con sus movimientos, á producir calor por sí mismo. De este modo nos rechaza, por decirlo así, Dios igualmente de sí, al arrebatarnos el primero de los bienes; pero ello es necesario para que prospere nuestra vida. Gemimos y reclamamos el bien perdido en apariencia, y con esto damos el paso decisivo en la vida completa. El grito es la primera actividad de la vida llegada á su completo desenvolvimiento; el llamamiento á Dios, la oración, es la primera prueba de que la vida sobrenatural se ha desarrollado en nosotros para llegar á la autonomía.

Tras este comienzo tan rico en promesas, abrigamos la esperanza de que los otros signos de la vida se manifestarán poco á poco.

Ahora bien, la vida es el movimiento y la actividad; no una actividad obtenida exteriormente por la violencia, no una actividad consistente en movimientos convulsivos súbitos, sino una actividad tranquila, constante, que naturalmente proviene del interior.

La aplicación de esto á la vida sobrenatural se supone

(1) Un error relativo á la vida espiritual, particularmente difundido por Molinos, consiste en que esta piedad sensible no significa nada. Cierto que no es la devoción misma, pero sí un medio que facilita la práctica de ella, y, por consiguiente, debémosla estimar bajo este concepto. Alvarez de Paz, *De vita spir.*, III, l. 2, p. 3, c. 2. Scaramelli, *Myst. direct.*, p. 3, tr. 6, c. 3, n. 8, 9. Schram, *Theolog. myst.*, § 69. Rogacci, *De uno necessario*, 3, 30. Bernard., *De circumcis.*, s. 3, 10. Thomas, 2, 2, q. 82, a. 4.

fácilmente. Lo que constituye la vida sobrenatural no es la preferencia por las singularidades, ni la erupción de un entusiasmo pasajero, ni la sabia discusión. Perseverar en la oración en medio de todas las frialdades; no omitir deberes ni prácticas ordinarias, aunque uno se crea abandonado de Dios; cumplir fielmente todas sus obligaciones, sólo por agradarle, sin confiar en la gratitud de los hombres, sin desear la recompensa divina; ser desconocido, odiado, perseguido; he aquí lo que es superior á hacer milagros y leer en lo porvenir, he aquí lo que constituye una vida verdaderamente espiritual y sobrenatural.

Cuando vemos un cristiano que sirve á Dios libre y alegremente, como un hijo amante, no como un esclavo que gime; cuando vemos un cristiano que vivifica, con su amor á Dios, al que siempre tiene presente, toda la práctica de sus deberes, como hombre, como ciudadano, como esposo, como padre, como dueño, como dependiente; cuando vemos un cristiano que trabaja en la perfección de su alma y en el cumplimiento de su obligación de orar, no preguntamos ya donde reina la vida sobrenatural; la hemos visto con nuestros propios ojos. Hemos visto la fe que obra en el amor, [1] lo que equivale á describir en una palabra esta vida sobrenatural de que aquí se trata.

Así, pues, en resumen, está vida tiene su raíz en la fe, germina en la devoción, obra desde luego en la oración, y se perfecciona en las obras, en los sufrimientos, en los sacrificios, que, según la ley de la fe, se practican con el espíritu de la caridad.

10. Los tres grados de la vida humana en general. —Preciso es exclamar aquí con el profeta: «¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán inmenso el lugar de sus posesiones! ¡Es grande y no tiene fin; habita en el más alto de los cielos, y es inmenso.» [2] Y esta morada es tu morada; esta posesión te está destinada como herencia eterna. En verdad que no te conoces á ti mismo,

(1) Gal., V, 6.
(2) Bar., III, 24, 25.

ni comprendes tu grandeza, si tu vida tiene tan poco valor á tus ojos, y si tu esfera de acción te parece tan estrecha. Alza, pues, los ojos hacia arriba, mira en torno tuyo y dí si hay algo más grande que el destino que Dios te ha preparado, ese destino que consiste en vivir para Dios y para ti al mismo tiempo, en trabajar para el tiempo y para la eternidad, en trabajar para conquistar el cielo y la tierra.

La empresa del hombre ordinario es ya grande y difícil. ¿Qué es preciso, pues, para fundar, consolidar y completar la vida sobrenatural? Aun cuando uno dispusiese de la edad de Matusalén, no debería perder un minuto, si quisiera proseguir todas sus obligaciones hasta el fin. Sólo entonces empezaría para él una vida nueva aun más sublime, una vida sin defectos y sin ilusiones, una vida en el seno de la luz, una vida en la fuente del bien, á saber, la vida verdadera, la vida eterna. En comparación de esta vida futura, la vida de aquí bajo, la misma vida de la fe y de la gracia, no es más que una sombra. Y, sin embargo, no es más que la preparación de aquélla; y, sin embargo, el cielo no es más que la última etapa del camino que estamos recorriendo. Del mismo modo que actualmente empezamos en la carne la vida natural y la vida sobrenatural, así también celebraremos un día en el espíritu el complemento de esta vida.

Así es como todo se sostiene mutuamente. La naturaleza es la base fundamental; la gracia, el establecimiento y elevación de la naturaleza; la felicidad eterna, la trasfiguración y complemento de lo natural y de lo sobrenatural. La vida terrena es un refugio en nuestro viaje aquí bajo; la vida sobrenatural es el viaje penoso por el puente admirable que Dios ha construído con su propia mano para ir de aquí al cielo; la vida eterna es la toma de posesión de la patria en la casa de Dios. La existencia terrena se parece á la noche ó al crepúsculo; caminar en la fe se asemeja á la aurora, que tanto consuelo y dulce esperanza nos ofrece; en el cielo, caminamos en una luz que hace super-

fluos el sol y la luna. (1) ¡Cuán felices debemos considerarnos, si logramos vivir bajo la dirección de Dios y según su voluntad! Como cristianos, vivimos por Dios, con Dios y en Dios; pero cuando entremos en la vida eterna, como ciudadanos, como hijos y como herederos de este reino, el mismo Dios será nuestro todo en todo, nuestra vida. (2)

(1) Apocal., XXI, 23.
(2) Cf. Augustin., S. 297, 8.

CONFERENCIA XXI

LA VIDA DE LA FE

1. Felicidad que encuentra un niño católico en su fe.—El ser más feliz de la tierra es el que no conoce cuán feliz es. De aquí que envidiemos á todo niño católico. En verdad, no sospecha la felicidad que le envuelve. La luz de la fe se refleja en su frente y atrae sobre ella todas las miradas. El joven corazón que vive bajo las alas del amor materno, en un contento celestial, sabe todavía muy poco de la aldea que ha nacido, pero ya eleva su vuelo, lleno de infantil alegría, á la región de lo infinito, su patria definitiva. Juega tan familiarmente con los ángeles, como si fuesen sus hermanos. Como la abeja revolotea de flor en flor, así vuela el pequeño ser por los espacios celestiales, como por su propia casa, pregunta á todos sus habitantes ó les cuenta alguna cosa. Cuando ha terminado con los santos, corre hacia su Madre, la Reina del cielo y de la tierra, y cuando ha charlado hasta fatigarse, se duerme lleno de abandono á los pies de Dios, su Padre, en cuya vecindad se encuentra muy á gusto su corazón. ¡Cuán á sus anchas se siente allí! ¡Con cuánta buena voluntad quiere hacerlo todo, sufrirlo todo, con tal que un día pueda tan sólo reposar cerca de Él!

¡Oh edad feliz en que la fe vive y reina en el corazón! ¡Ah si jamás desapareciese, si todos pudiesen conocerla! Paz de la conciencia y felicidad del corazón; he aquí todo lo que el niño conoce en el candor de su fe. No tiene idea alguna de la reparación, de la disputa, de la división que en el corazón engendra la duda. Nuestros niños, nuestros

fluos el sol y la luna. [1] ¡Cuán felices debemos considerarnos, si logramos vivir bajo la dirección de Dios y según su voluntad! Como cristianos, vivimos por Dios, con Dios y en Dios; pero cuando entremos en la vida eterna, como ciudadanos, como hijos y como herederos de este reino, el mismo Dios será nuestro todo en todo, nuestra vida. [2]

(1) Apocal., XXI, 23.
(2) Cf. Augustin., S. 297, 8.

CONFERENCIA XXI

LA VIDA DE LA FE

1. Felicidad que encuentra un niño católico en su fe.—El ser más feliz de la tierra es el que no conoce cuán feliz es. De aquí que envidiemos á todo niño católico. En verdad, no sospecha la felicidad que le envuelve. La luz de la fe se refleja en su frente y atrae sobre ella todas las miradas. El joven corazón que vive bajo las alas del amor materno, en un contento celestial, sabe todavía muy poco de la aldea que ha nacido, pero ya eleva su vuelo, lleno de infantil alegría, á la región de lo infinito, su patria definitiva. Juega tan familiarmente con los ángeles, como si fuesen sus hermanos. Como la abeja revolotea de flor en flor, así vuela el pequeño ser por los espacios celestiales, como por su propia casa, pregunta á todos sus habitantes ó les cuenta alguna cosa. Cuando ha terminado con los santos, corre hacia su Madre, la Reina del cielo y de la tierra, y cuando ha charlado hasta fatigarse, se duerme lleno de abandono á los pies de Dios, su Padre, en cuya vecindad se encuentra muy á gusto su corazón. ¡Cuán á sus anchas se siente allí! ¡Con cuánta buena voluntad quiere hacerlo todo, sufrirlo todo, con tal que un día pueda tan sólo reposar cerca de Él!

¡Oh edad feliz en que la fe vive y reina en el corazón! ¡Ah si jamás desapareciese, si todos pudiesen conocerla! Paz de la conciencia y felicidad del corazón; he aquí todo lo que el niño conoce en el candor de su fe. No tiene idea alguna de la reparación, de la disputa, de la división que en el corazón engendra la duda. Nuestros niños, nuestros

jóvenes, que tienen la dicha de crecer al amparo de una vida verdaderamente católica, no conocen esas sombras tenebrosas, esa amargura, con que el Protestantismo, con su enseñanza sobre la confirmación, y sus doctrinas llenas de distingos, turba la sinceridad silenciosa de la fe en los jóvenes corazones. Puédense encontrar entre nosotros hombres que han terminado su educación y su instrucción y que no temen un examen severo sobre lo que están obligados á saber; pero si se les preguntase en qué los protestantes se distinguen de los católicos, se verían muy embarazados para contestar, y quizás dirían que no pueden comprender cómo nuestros hermanos separados son tan duros para con ellos, y para con los que les son queridos, para negar la doctrina del purgatorio. Quizás expresarían su asombro al encontrar tan poco corazón y amor en ellos y en nuestro Señor Jesucristo, para vivir en el error relativamente al amor para con su Madre amadísima. ¿Estarían entonces al cabo de su ciencia? No; todavía sentirían algún peso sobre su corazón, á menos que no fuesen iluminados de tal modo, que sonriesen ahora de lo que miraban antes como uno de los agravios principales contra ellos. Cuando éramos niños, nos fijábamos en que considerábamos como la más grande, si no como la única diferencia entre los protestantes y nosotros, el hecho de que, como ordinariamente ocurre entre los paganos, [1] celebran el aniversario de su nacimiento, mientras nosotros celebramos la fiesta del santo, cuyo nombre nos impusieron en el bautismo.

2. La fe en la inteligencia: amplitud de miras, ideal, sabiduría.—Quizás sea este un pensamiento muy infantil por nuestra parte; pero los niños aprecian la verdad, están todavía muy poco familiarizados con la mentira. Así, pues, por insignificante que la cosa parezca, encuentran en realidad en esto un punto, sobre el cual, la diferencia entre el pensamiento de aquél que está animado de miras terrenales y el del que se siente penetrado del espíritu de la fe, se manifiesta de una manera evidente. Allí donde no se piensa más que en el mundo, se celebra el cumpleaños como un día de alegría. Allí donde uno ha sido juguete de numerosas ilusiones, está de duelo cuando nace un hombre, y de fiesta cuando muere. [1] Así obraba el Paganismo en su pesimismo. La mayor desgracia para un hombre consistía en nacer; la mayor dicha era la de no nacer, y la dicha que le seguía inmediatamente consistía en morir cuanto antes.

(1) Así los persas (Herodot., 1, 133; 9, 110. Xenoph., *Cyrop.*, 1, 3, 10); los egipcios (Genes., 40, 20; Cf. Herodot., 2, 82); los griegos (Plato, *Leg.*, 6, 784, d. Diogen. Laert., 4, 41; 10, 18), y muy particularmente los romanos (Plin., 10, *Ep.* 89. Horat., *Ep.* 2, 2, 210), cosa que imitó también el rey Herodes (Matth., 14, 6).

Ambos errores son extraños al Cristianismo. La vida y la muerte causan al cristiano exactamente tanta dicha como dolor. [2] Para él, la vida natural es igualmente un gran bien, por el cual debe á Dios infinitas gracias. La fe no le ofrece razón alguna para despreciar su vida. Sin embargo, no podemos regocijarnos por completo del día en que la empezamos. Sabemos que hemos visto la luz bajo la opresión de la desgracia de Dios. La vida no se convierte para nosotros en ocasión de pura alegría más que en el momento en que la gracia de Dios nos ha regenerado. Así es como el juicio sobre la cosa más natural cambia, según el punto de vista terrenal y el punto de vista de la fe. Si uno lleva la antorcha de la fe á los enigmas más oscuros de la existencia, ve en el menor acontecimiento cosas completamente distintas y mucho más elevadas que antes, en tanto que el débil resplandor de su razón ilumina únicamente la superficie de las mismas. Evalúa la entrada en el tiempo según la medida de la eternidad, y todo lo que se le ofrece en el mundo, sea grande ó pequeño, es pesado por él en la balanza del santuario, la cual atribuye, aun á lo que hay de

(1) Así muchos pueblos tracios (Herodot., 5, 4, 2; Mela, 2, 2; Valer. Max. 2, 6, 12). Los gaditanos (Philostratus, *Vita Apollon.*, 5, 4), ib., los gymnosophitas y los brahamanes (Strabo, 15, 1, 59). Cf. Plutarch, *Quaest Rom.*, 26; Statius Sylv, 3, 3, 3.

(2) Bernard., *Ep.* 100.

más pequeño, un valor eterno, y á lo que hay de más grande, su verdadero valor.

Pero, bajo este concepto, el espíritu de la fe tiene una empresa muy grande que cumplir, por cuanto los juicios y la manera de ver de los hombres, son con frecuencia muy extraños. Aun en las cuestiones puramente científicas, hácense á veces experiencias que asombran. ¡Cuán estrecha es en ocasiones la esfera de las concepciones de los hombres de letras y de los sabios! No es raro encontrar un investigador, para el cual, el mundo entero se encierra en una pequeña ciudad, en la cual estudia él historia desde hace treinta años. Para él, fuera de este rincón, la vida es como una barricada. Un motín en un hotel, un banquete á la salida de un bautismo, de un siglo de fecha, son mucho más importantes para él que la destrucción de Jerusalén, ó de la biblioteca de Alejandría. La astronomía, las ciencias naturales y la lingüística, en una palabra, toda ciencia que no pertenezca á su especialidad, no existe para él, ni comprende cómo un hombre razonable puede ocuparse en semejantes niñerías. Todos se burlan de él y le llaman pedante; pero ¿acaso ese profesor es el único de su especie, para que se burlen de él? ¡Cuántos nombres ilustres podríamos citar que no son más que una variación de este pedante! Sólo ven lo que acometen de frente; sólo sienten lo que tocan; y si una bagatela traspasa un ápice el modelo que se han formado, todo da vueltas en su cabeza, como si un terremoto lo hubiese todo destruído.

Si el espíritu humano es tan miope en las cosas del mundo, ¿cuánto más no lo será en las cosas en que sólo la fe puede dar fuerza y luz? ¡Qué diferencia, cuando comparamos los espíritus del mundo con los de la fe! Para esto, no necesitamos que se presenten sucesos extraordinarios ó actos heroicos, ya que precisamente vemos al hombre tal cual es en las pequeñas cosas, y en las ordinarias es donde despliega su verdadera naturaleza. He aquí, por ejemplo, un pequeño incendio que ha estallado en la cocina ó en el cuarto de la criada. No es de ésta la falta, sino de su

amo, hombre distinguido, bien considerado, pero de sórdida avaricia. El daño no vale la pena de mencionarse, pero el amo pierde la cabeza, se pone furioso, y á los tres días, aún no se ha serenado, y continúa amenazando á la criada con la policía, con la indemnización de los perjuicios y con el despido. Pero la pobre joven ha perdido todo lo que poseía, sus vestidos, sus pequeñas economías; sólo le resta una cosa, ella misma, y con esto no necesita buscar consuelos artificiales ni auxilio, en medio de todas las injurias que recibe en recompensa de las pérdidas que ha sufrido, sino que encuentra su amparo en sí misma, en su fe, en la Providencia divina. La fe le enseña que aquella desgracia no le hubiese sucedido, si Dios no la hubiese permitido. La fe la tranquiliza con la certeza de que Dios, en todo caso, habrá logrado sus propósitos, y esto basta para consolarla en medio de sus dolores.

Tenemos en esto uno de esos contrastes que se ven centenares de veces: el contraste entre el espíritu del mundo y el de la fe.

Para examinar la materia bajo otro aspecto, tomemos al jefe de un gran partido, del cual hablan á toda hora los periódicos de su país y del extranjero; tomemos un sabio de primer orden, una autoridad europea en el campo de la estadística. Sabe todo lo que hay bajo la capa del sol en materia de informes de policía, de obras, de viajes, de cuadros estadísticos. Pero lo que no se puede contar ni pesar, no existe para él. Por otra parte, las cosas que no entran en su especialidad le interesan menos que lo que interesa á un aldeano el cometa que ha perdido de vista un astrónomo. A sus pies juega, con la cándida inocencia de la temprana edad creyente, el más pequeño de sus hijos. Sin duda que este no tiene la menor idea de la ciencia que roba á su padre tantas noches, pero sus pensamientos van mucho mas lejos que los del sabio. Piensa en los pobres niños paganos de la China y del Japón con más amor que en sus hermosos juguetes. Cuando comienza á orar, casi tiene más reclamaciones que hacer á Dios, que un religioso

á quien todo el mundo acaba de confiar sus miserias. Pero ya más entrado en años, apenas sabe por dónde comenzar y por dónde terminar su oración; tan numerosos son los intereses de que se ha encargado como si fuesen los suyos propios. Los que languidecen en las tinieblas de la incredulidad, los que están ligados con las cadenas del pecado, los que luchan con la muerte, los príncipes, los pueblos, los mensajeros de la fe y los mensajeros de la Iglesia, son para él tan dignos de interés como él mismo. Los sufrimientos de los que han abandonado la tierra antes de haber terminado su purificación, le enternecen más profundamente que sus propios dolores. Sufre con alegría para testimoniarles su amor. Está en relación tan íntima con todos los grandes héroes del sacrificio y de la energía, con todas las hermosas almas que en el transcurso de los siglos han sido, con sus virtudes, ornamento de la tierra, como con su propia madre. Ignora los límites del tiempo y del lugar; vive y siente con la eternidad.

Tal es el horizonte que la fe le ha abierto en su infancia y que se dilatará cada vez más con los años, mientras ella permanezca viviente en él, horizonte que precede de mucho á sus disposiciones intelectuales y á su desenvolvimiento.

Del mismo modo que Dios, desde lo alto de su trono, ve de un solo golpe de vista el encadenamiento y curso de las cosas, que, semejantes á montañas elevadas y á océanos inmensos, quitan al hombre toda vista más vasta, así también el ojo de la fe abarca con sorprendente rapidez la marcha é importancia de los acontecimientos. Muchos han visto ya, para su mayor vergüenza, cómo hombres sencillos distinguen fácil y seguramente el fondo de una cosa que ellos, tras largos y serios estudios, están en disposición de explicar menos que antes. El hecho se había producido antes que ellos pudieran salir de su sorpresa. Aquellos hombres no se habían dejado engañar ni por la alegría exagerada ni por el desdén; conocían exactamente el valor de la cosa y el resultado que produciría; y muy pronto

los que lo contemplaban viéronse obligados á darle la razón y á confesar que su inteligencia y erudición no les habría proporcionado, aun desde el punto de vista natural, lo que la luz de la fe á aquellas almas sencillas. Al elevarse por la fe hasta Dios, ven ellos las cosas desde la altura de Dios, por no decir con la luz de Dios.

He aquí la recompensa de la fe, una elevación, una profundidad, una extensión, una penetración, una claridad de vista y una exactitud de concepción tales como no las puede dar ninguna ciencia natural. No es ciertamente la erudición y la ciencia lo que da la fe, sino algo más elevado, la prudencia y la sabiduría divina. (1)

3. La fe en el corazón: magnanimidad, generosidad, entusiasmo.—Ahora bien, como juzga y piensa el hombre, así obra de ordinario. Una manera de pensar verdaderamente sublime debe producir un gran corazón; una esfera de concepciones estrechas, produce, por lo contrario, la estrechez del corazón. Con esto hemos hallado la razón propiamente dicha por la cual tienen tantos hombres limitadas concepciones y son tan vacilantes, tan débiles en la fe, desde que se trata de soportar algo, de sacrificar, de olvidar, de atreverse á una acción insignificante por Dios y por la salud de su alma. ¿Debemos suponer que no comprenden lo que es el bien? ¿No son, pues, capaces de entusiasmarse por lo que es noble? ¿Acaso creen que Dios puede exigir demasiado de ellos? ¿Temen que les quite lo que les ha dado? No; en el caso presente, no se trata de comprensión, sino de valor. No depende esto de la cabeza, sino del corazón; éste es el que hace al hombre tan estrecho y tan pequeño. Así, pues, del corazón debe partir éste, si quiere mostrarse grande y sublime.

¿Queremos decir con esto que puede y debe pasar por alto todas las dificultades, como si no existiesen? Abandonamos tales expresiones á los estoicos. Sí, los sacrificios que la vida exige son numerosos, grandes y penosos. Sí,

(1) Cf. Thomas, 1, 2, q. 57, a. 2, 5, 6; q. 66, a. 5.—2, 2, q. 19, a. 7; q. 45, a. 1, ad 3; a. 6, ad 3.

la vida no es un chiste, la vida es seria, á veces, terriblemente seria. Fuerza se necesita para soportarla hasta el fin y apurar hasta las heces el cáliz de amargura. El que pueda hacer esto, sin perder el valor y sin murmurar, es un héroe digno del honor del martirio. Un hombre paciente vale más que un hombre valeroso, y el que sabe dominarse, vale más que el que toma por asalto las ciudades. [1] Por todas partes se encuentran temerarios que se lanzan ciegamente hacia adelante, cuando se ven arrastrados por la tormenta mugidora; pero es sumamente raro encontrar héroes que sigan haciendo fuego con los ojos abiertos, sin avanzar ni retroceder, y que permanezcan así, aun cuando ningún socorro se acerque ni les aguarde honor alguno. Pero saber si el mundo—hablamos del mundo sin Dios—ha producido desde su principio hasta la hora actual muchos de esos hombres que consumen su vida en un sufrimiento que no llama la atención de nadie, que perseveran en medio de las vejaciones, que soportan la persecución y el olvido, sin defenderse, sin compensación alguna, y esto, no por jactancia, no por orgulloso desprecio, sino con calma modesta, con humilde sentimiento de penitencia, con miras caritativas para con sus enemigos, he aquí lo que le dejamos para que él mismo lo decida.

Pero mientras no logre poner fin á este exceso de cobardía, con el que se ha deshonrado en todo tiempo, tanto en los antiguos como en los modernos,—hablamos del suicidio practicado por principio—hará bien en no intentar responder á esta cuestión. Mientras que el heroísmo de los guerreros romanos é indos, mientras que toda la civilización de los vividores griegos y modernos, mientras que todo el orgullo de la filosofía estoica no se encaminen más que á hacer abandonar cobardemente el teatro de la vida, á la primera prueba seria, sostendremos que el mundo ni siquiera posee la fuerza de soportar la existencia, ni, con mayor razón todavía, la de vivir dignamente.

(1) Prov., XVI, 32.

Ahora bien, la fe cifra su gloria, no sólo en inspirar á sus adeptos la fuerza para llegar á esto, sino la alegría de realizarlo; y sólo con esto, prueba ella su superioridad sobre el mundo y su sobrenaturalidad. A este fin, impone Dios á sus servidores, muchas pruebas particulares, y no los hace insensibles al dolor; por lo contrario, les hace sentir éste con más intensidad, á fin de demostrarles, á ellos y al mundo, que si acaban por vencer, no lo hacen con sus propias fuerzas, sino con las de Él.

Tenemos uno de estos ejemplos en Adela de Blois y en su esposo Esteban. Éste había tomado con gran fe la cruz para conquistar la Tierra Santa con Godofredo de Bouillón; pero el amor de aquélla que le había demostrado más cariño que el mundo entero, le movió á volver á sus Estados, antes que la santa cruz resplandeciese sobre los muros de Jerusalén. Pero conocía ella muy bien los grandes sacrificios que el guerrero había hecho para renunciar á este honor, por lo que le hizo volver á la Cruzada, sin darle siquiera un abrazo. Mostróse él digno de su grandeza de alma; volvió á Tierra Santa, sacó de nuevo la espada, y encontró la más heroica muerte que pueda darse, la muerte por la fe de Jesucristo. [1] Aplicaré aquí á la letra esta sentencia: «Nuestra fe es la victoria que vence al mundo.» [2]

Con la fuerza de esta fe, han sacrificado y han sufrido los santos lo que Dios les ha impuesto, y se han impuesto á sí mismos libremente inagotables sufrimientos para más asemejarse á Jesucristo. En virtud de esta fuerza, burlóse Lorenzo de sus verdugos, diciendo á Tiburcio que los carbones encendidos le parecían rosas. En virtud de esta fuerza, lanzaba Andrés gritos de júbilo al ser clavado en la cruz, y exclamaba: ¡«Oh cruz querida, cuánto tiempo te he deseado! ¡Por fin te poseo; hazme semejante á mi Señor!» En virtud de esta fuerza, Catalina de Sena rechazó la corona de oro, tomó la corona de espinas y la colocó sobre su cabeza.

(1) Ivo Carnot., *Ep.* 86 (Migne, 162, 455).—(2) I Joan, V, 4.

Todos ellos habían recibido, con la fe, el espíritu de Jesucristo, el espíritu de Aquél que había rehusado la alegría á que tenía derecho, y que, en cambio, había aceptado la cruz y considerado la vergüenza como nada. (1) De aquí que no experimentasen dificultad alguna en repetir las palabras del Apóstol: «Y aun nos glorificamos en la tribulación.» (2) De aquí que todos pensasen lo que dice San Bernardo: «¡Oh Señor, aun las aflicciones sufro con alegría, si tú estás cerca de mí. Sí, las prefiero á reinar sin ti, á sentarme á una mesa en que tú no estés, á gozar de un honor que tú ignores.» (3)

Vemos en esto el primer fruto de la fe, un entusiasmo del corazón, que, con frecuencia, considera el mundo como fanatismo, como locura. De la fe proviene ese impulso que nos obliga á tomar el partido de Dios, sin preocuparnos de nosotros mismos, y esto en casos en que es cierta para nosotros la vergüenza. La fe es la que nos impulsa al puesto en que el honor y la majestad de Dios están en mayor litigio, aunque nos encontremos solos. La fe es esa prudencia que hace de nosotros insensatos á los ojos del mundo, insensatos que esperan contra toda esperanza, que aman sin que se responda á su amor, que consideran todo sufrimiento como cosa baladí, con tal que puedan impedir que se produzca el único mal que conocemos, el pecado. En la fe, los deberes más difíciles se convierten en derechos y en santos privilegios de honor; la penitencia en consuelo y los sufrimientos en alegría. La fe hace que cubramos nuestros hombros con el manto irrisorio del Salvador, con tanta alegría, como si nos hubiese prestado un manto de victoria. La fe nos da la fuerza de pedir como un favor la copa de hiel que nuestro Redentor llevó á sus labios. ¡Que el que sufre con nosotros, viendo que el entusiasmo ha desaparecido de la vida, aprenda de nuevo á vivir en la fe, y bien pronto será reparado este perjuicio!

(1) Hebr., XII, 2.
(2) Rom., V, 2.
(3) Bernard., *In ps.* XC. *Sermo* 17, 4.

4. La fe en la voluntad; la fuerza en la voluntad.—Pero el entusiasmo y los ideales elevados suelen durar poco, y son poco provechosos, si no purifican la voluntad y no despiertan en ella un apoyo duradero para sostenerla. De ello tenemos una prueba muy notable en todos los movimientos que han sido inspirados por la sabiduría y por la imaginación humanas, especialmente en los referentes á la vida moral y religiosa. El Islam no ha carecido de entusiasmo salvaje, y los herejes de la Edad Media, los husitas y los discípulos de la incredulidad francesa durante la gran Revolución, quizás los han superado en este punto. ¿Pero es que todas esas erupciones de una pasión volcánica han mejorado á un sólo hombre desde el punto de vista moral? ¿No tenemos suficientes ejemplos de que, á pesar de todos los arranques hacia un ideal elevado, puede uno ser muy vulgar, desde el punto de vista moral, cobarde y débil hasta el desprecio? ¿Es que los períodos de esplendor de la civilización griega, del Humanismo y del Renacimiento no lo prueban suficientemente? Sólo y únicamente la fe puede resolver la cuestión. Sólo ella posee á un tiempo mismo ideales para la inteligencia, calor para el corazón, fuerza para la voluntad. Pero lo que constantemente procura obtener, es la actividad de la voluntad. Así lo ha demostrado, por ejemplo, en las Cruzadas. Éstas representan la época de más nobles transportes de la fe, pero también la época del más bello desarrollo artístico, de la más elevada floración de todos los ideales poéticos, del sentimiento religioso más puro, y muy especialmente, de una energía caballeresca asombrosa y de un amor increíble para el sacrificio. Aunque la fe sólo hubiese producido este hecho, bastaría á probar que inspira á la voluntad una fuerza tal, que la inteligencia humana ordinaria no puede concebir, y que todo lo más puede criticar por envidia ó dominada por el sentimiento de su impotencia.

Sin embargo, no vemos en esto únicamente la prueba de su mayor fuerza. El martirio cristiano y las misiones

católicas ofrecen de ella un testimonio incomparablemente más brillante. Las luchas caballerescas por la fe duraron varios siglos, pero la fe ha producido siempre, y produce aún todos los días, á Dios gracias, numerosos misioneros. El caballero cubierto de hierro y armado de su lanza, que se precipita en medio de sus enemigos para encontrar allí una muerte gloriosa, ó para conquistar la victoria, no es el prototipo del más elevado valor, ni mucho menos. Pero cuando un hombre robusto y vigoroso, cuando una virgen ilustre, sacrifican por la virtud su libertad y su vida; cuando permanecen inquebrantables en su vocación, aunque puedan abandonarla; cuando sufren sin lamentarse, aunque sepan que sólo el odio de un miserable denunciador, la pasión de un innoble pervertido, los entrega al perseguidor, que les arrebata la protección de las leyes, á la que todo el mundo tiene derecho, excepto ellos, que acogota los sentimientos de humanidad, que á nadie se rehusan, sino á ellos, he aquí un heroísmo cuya grandeza podemos decir sin vacilación que ni siquiera es capaz de apreciar el mundo. Cuando un hombre de talento, cumplidor, honrado, al que todo el mundo designa como capaz de ocupar un puesto importante, se ve constantemente postergado y entregado con los suyos á la miseria; cuando en su lugar ve elevarse á gentes indignas, incapaces, sin carácter, únicamente porque no oculta su fe; cuando un noble carácter vese obligado á soportar las burlas de los pilletes, porque no quiere ser infiel á la fe jurada á su Dios y Señor, vemos en ello igualmente un martirio incruento, verdad es, pero más terrible, más largo, más humillante, más amargo, que si los dientes de un león pusiesen rápidamente fin á su vida; también es esto, en favor de la fuerza de la fe, una gloria que el mundo no nos disputará jamás.

Finalmente, aquel que considere los sacrificios y sufrimientos de nuestros misioneros, no hallará dificultad alguna en confesar que la fe ha dado en ellos una gran prueba de su poder. No es nada de extraordinario el que la gloria atractiva de los descubrimientos ó el cebo de la ganancia impulsen á uno á expatriarse durante algún tiempo. Pero abandonar todo lo que el hombre ama más aquí bajo, patria, civilización, costumbres, amigos, familia, lengua, para proporcionar á hombres salvajes beneficios que no comprenden, y con la perspectiva de perder en definitiva, sin resultado alguno, una vida llena de los más terribles trabajos y de las más humillantes privaciones, y esto sin gratitud, sin recompensa y sin gloria, he aquí un acto que debe parecer irrealizable á la mayor parte, y aun insensato; y ciertamente lo es para la fuerza humana ordinaria; sólo la fe puede infundir heroísmo semejante.

Por otra parte, en cierto sentido, la fe adquiere esta gloria en todo cristiano en el cual obra por modo viviente. Todos aquellos á quienes Jesucristo ha tomado á su servicio, tenemos ante nuestra vista una empresa semejante y una dificultad análoga; pero, á Dios gracias, no ha habido una época en que hayan faltado hombres para realizar esta empresa. Ningún misionero se ha embarcado todavía para un país tan lejano y tan desconocido, donde sea tan incierto llegar, como el país hacia el cual bogamos con la fe. Nadie ha vuelto todavía de ese país que pueda decirnos lo que es. Desde el día en que ponemos el pie en el navío que debe transportarnos á él, ese navío, cuyo timón ha confiado Dios á San Pedro, sabemos que nuestra patria se ha convertido para nosotros en país extraño, y toda la tierra en un rincón en que nadie quiere (1) tolerarnos, porque nos hemos hecho enemigos á nuestros propios compatriotas. (2) Pero no sabemos si alcanzaremos nuestro objeto, ó si naufragaremos. Sentimos únicamente que hemos provocado millares de tempestades, y muy pronto veremos también que nos será preciso arrojar por la borda muchas cosas que nos son queridas, para facilitar nuestra travesía. Si la fe no viene en nuestro auxilio en este momento, quedaremos privados de socorro, y nos asemejaremos á San Pedro, el primer piloto: cuando vaciló en su fe, comenzó

(1) Hebr., XIII, 4.
(2) Matth., X, 36.

á hundirse, y sólo fortificándose en la fe, volvió á encontrar fuerza y un punto de apoyo estable bajo sus pies. [1]

5. Triple naturaleza de la fe.—Así es como la fe abarca al hombre completo, con su cabeza, su corazón y su voluntad. Ninguna medianía es compatible con ella; todo lo que pertenece á una vida completa se halla comprendido en ella; el entusiasmo y el ideal de la juventud, el valor paciente de la mujer, la energía tenaz del hombre. La fe es la que dirige hacia el cielo la inteligencia del hombre, le renueva interiormente y le transforma también exteriormente. Por la fe vive el justo, por ella obra en la caridad. Fácil es, pues, de comprender que el Espíritu de Dios, cuando quiere resumir toda la historia del cristiano en una palabra, se sirva con predilección del término *fe*. [2]

Sin duda se ha pretendido que, con esto, nada se dice ni nada se mejora. Si el Cristianismo—se dice—no sabe recomendar otra cosa que la fe, se ha juzgado á sí mismo ante el mundo, como una religión que no es práctica, como una árida especulación intelectual. Todo depende de la vida, y si una religión no obra sobre la vida, no es más que una filosofía estéril y muerta, pero no una religión, ni mucho menos una religión verdadera y única.

Pero á éstos contestamos: Si una religión es capaz de encontrar como base de todo un edificio un principio, una palabra, que transforme y realce la inteligencia, la voluntad, el sentimiento, la acción, la vida entera, constituye esto un testimonio de su superioridad; ella ha de superar á todas las filosofías y á todas las religiones, de tal modo, que debe ser la única que baste al hombre. Pues bien, esto es lo que hace la religión cristiana, y precisamente porque todo lo hace en la fe y todo lo produce por la fe.

Por la única razón de que la fe contiene en sí muchas cosas, es propia, más que cualquier otra cosa, para convertirse en base de un edificio tan vasto. Enuncia particular-

(1) Hebr., X, 38. Gal., III, 11.
(2) Gal., V, 6.

mente tres principios, á saber, que creer en la existencia de Dios, creer á Dios y creer en Dios, son cosas diferentes. [1]

Creer que Dios existe, significa solamente no prohibir á la razón humana la primera y más natural manifestación de su actividad. Esto no es un mérito. Nadie pedirá una recompensa por haber hecho uso de su razón. Ni siquiera entre los demonios hay uno que no crea esto, aunque lo haga temblando. [2] Casi se siente uno tentado á decir igualmente, que el animal presiente y confiesa que hay un Dios. Así, pues, esta fe jamás será suficiente. En el fondo, ni siquiera se trata de la fe, cuando uno dice que cree que hay un Dios, pues ya la razón le dicta esto. En este caso, se somete á su propia inteligencia; esto no es fe, es ciencia.

Creer quiere decir someterse á un espíritu extraño superior. Cuando uno cree simplemente en la palabra de un hombre, sólo hay en ello una fe puramente humana; pero cuando uno cree á Dios únicamente porque Dios, la verdad misma, incapaz de engañarle ni engañarse, así lo quiere, posee la fe divina.

Creer á Dios, es pues, algo más elevado que creer que hay un Dios. Creer á Dios, no sólo quiere decir creer que Dios existe, sino que quiere decir aceptar todo lo que Él ordena creer y pensar, no porque nuestra inteligencia lo comprenda, sino porque Dios nos lo dice y nos ordena aceptarlo. Creer á Dios, quiere decir, pues, hacerle el sacrificio de nuestra propia inteligencia y someternos en espíritu de sacrificio á toda palabra de la Revelación, por respeto á la veracidad de Dios, por obediencia á sus mandamientos. Pero, ciertamente, no es poco ofrecerse uno mismo en sacrificio á Dios, con todo su pensamiento y toda su voluntad. Ahora bien, el que cree á Dios hace esto, se sacrifica él mismo á Dios, y esto precisamente con lo que es más que-

(1) Thomas, 2, 2, q. 2, a. 3. Credere Deum, Deo, in Deum. Paschas., *De Spirit. S.*, l. 1, *præf.* Remig., *In ps.* 77, 8.
(2) Jac., II, 19.

rido al hombre, su sentimiento propio y su voluntad propia.

Todavía hay una tercera especie de fe y más elevada que las precedentes. Si no es practicada de una manera perfecta, incluye, no obstante, por sí misma la perfección de la vida cristiana. Es esa especie de fe á que uno se refiere cuando habla de la fe en Dios. Cuando creo la palabra de Dios, no hago nada de aquello por lo cual le distingo de los hombres, porque creo también las palabras de éstos. Ahora bien, si no consagro á Dios nada de lo que debería sacrificarle á Él solo, y, fuera de Él, á nadie más, ¿qué tiene de particular mi sumisión á Él? ¿Por qué entonces me ilusiono con el error de que hago más como cristiano que como hombre? En realidad, no hago esto más que cuando creo en Dios. Creer en los hombres es posible, pero creer á los hombres es insensato. ¡Desdichado el hombre que cree á los hombres! Por sí mismo se ha entregado á criaturas, ha fundado su vida en hombres, y esto es por su parte tan irreflexivo como injusto. Esto es algo que sólo es legítimo con relación á Dios. Creer en Dios, quiere decir hacer de Él nuestro último y soberano fin. Creer en Dios, quiere decir hacernos dependientes de Él con toda nuestra vida, aspirar á Él con toda nuestra inteligencia, con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad, en una palabra, como hombres completos. (1) Creer en Dios, quiere decir entregarse á Dios con todo lo que el hombre es. (2) Creer en Dios, es, pues, tributar á Dios un culto que sólo á Él es debido, (3) pero es también tributarle un culto

(1) Augustin., *In Joan.*, *tr.* 29, 6.
(2) Id., *In psalm.* 77, *en.* 8, Ps. 139, en. 1.
(3) Rufino, *Expos. in Symb.*, n. 36 (Migne, 21, 373) y (Agustín) Sermo 242, 4 (Append. V, 398) remiten á estos pasajes del Símbolo: *In Deum*, *in Spr. Sanct.*, pero *Ecclesiam* sin *in*. De hecho, la mayor parte de los símbolos occidentales observan esta diferencia; así Máximo de Turín (Hom. 83 [Migne, 57, 437], Cesáreo de Arles (August., Append., Sermo 244, 1; V, 400), Fausto de Riez (Bäumer, *Das apostl. Glaubensbekenntniss*, 30 y sig. Blume, *Das ap. Glaubensbek*, 171), Fulgencio de Ruspe (Bäumer, loc. cit., 42), el *Psalterium regis Anthelstom*, es decir, Ethelstan (Bäumer, loc. cit., 86; Blume, loc. cit., 97), el *symbolo* del *Codex Laudianus* (Bäumer, loc. cit., 79; Blume, loc. cit., 103 y sig.) Los símbolos orientales conceden á este punto menos importancia. Sin embargo, *La profesión de fe* de Marcelo de Ancyra

único que le satisface. Nadie puede creer en Dios, sino aquél que posee la fe cristiana, pero todo aquél que quiere satisfacer á las exigencias de la fe cristiana, debe también creer en Él. ¡Si siquiera todo cristiano pudiera vanagloriarse, en la completa acepción de la palabra, de que forma parte de los que creen en Dios! (1)

6. Triple naturaleza de la vida de la fe.—No es, pues, pequeño negocio el que uno pueda decir de sí con confianza que cree en Dios. Sin embargo, esto no debe satisfacerle á uno. La fe en Dios admite todavía muchos otros grados. Cada una de las virtudes cristianas —y su número es considerable—comprende tan gran número de ellos, que el que quisiera practicarlas todas por modo perfecto, no lo lograría nunca, aun cuando no descuidara una sola hora de su larga vida.

Lo mismo ocurre con la fe. Mucho tiempo y trabajo se necesita para que uno llegue á poseer la fe en Dios. Y, sin embargo, esto no es más que un hermoso principio, una base sólida, sobre la que puede edificar con toda seguridad. Pero todavía no es esto lo que hay de más elevado. ¿De qué sirve que uno tenga fe, si no la practica? ¿Acaso la fe sola le hará bienaventurado? (2) Es que aquél que conoce la voluntad del Señor, pero no la cumple, aquél que tiene el nombre del Señor en los labios, pero no le adora en realidad, ¿no se atraerá mayor castigo que el que jamás ha sabido nada de la fe? (3) De aquí que no baste para la sal-

se armoniza por completo sobre este punto con la romana (Epist. Marcelli Ancyr. ad Iul. Papam, n. 4, [Migne, Patr. lat., 8, 918]). Epiphan. haer., 72 [al. 52], n.º 3. [Migne, Patr. gr., 42, 285]). El llamado Símbolo Ambrosiano tiene *in Ecclesiam* (Mai, Scrip. nova Coll., VII, 158, a [Migne, Patr. lat., 17, 1195, b.]; Cf. Maxim Taurin. [Migne, Patr. lat., 57, 856, b.]; Bruni, Append., 29-34). Completamente especial es Nicetas Aquil., *Explan. Symb.*, n. 10; *Sanctam Ecclesiam Catholicam, in remissionem peccatorum, carnis resurrectionem et in vitam æternam* (Migne, Patr. lat., 52, 871. Mai, l. c. VII, 337). Pedrus Chrysologus tiene siempre (Hom. 57, 58, 59, 60, 61) *Sanctam Ecclesiam*, y solamente una vez *in Sanctum Ecclesiam* (Hom. 62 [Migne, 52, 375]).

(1) Báñez, et Sylvius in 2, 2, q. 2, a. 2.
(2) Jac., II, 14.
(3) Luc., XII, 47. Matth., VII, 21.

vación, ni siquiera la fe en Dios, es decir, reconocer únicamente con la inteligencia el dominio de Dios sobre nosotros y nuestra obligación de servirle, sino que es indispensable que uno exprese esta condición con actos; en otros términos, preciso es que obre para la fe y practique la fe.

Pero tampoco esto es suficiente. Bella cosa es que uno viva así según la fe, pero es mucho más noble todavía vivir en la fe. El que se arrastra penosamente tras las exigencias de la fe, todavía no se ha despojado por completo del espíritu de servidumbre, y permanecerá infaliblemente más ó menos por debajo de la perfección cristiana. Pero el que vive en la fe, como el hijo en la casa de su padre, como el hombre libre en su propia morada, no experimenta ya la carga que pesa tan opresoramente sobre las almas esclavas, se siente como en su propia casa en el país de los vivos, hacia el cual aquéllos que tienen intenciones mundanas no miran más que con disgusto ó amargura, con desabrimiento y pereza.

Cualquiera creería haber llegado, después de haber obrado así, al último límite de sus obligaciones, y, sin embargo, todavía no habrá comprendido toda la empresa del cristiano. Seguramente, gran cosa es que haya llegado uno al punto en que la fe, con sus exigencias, se haya convertido para él en una patria donde se instale por modo cómodo como en su propia casa. Pero es más grande todavía el prepararle su corazón como morada. Un hombre semejante no vive ya en la fe, sino que la fe vive en él, y él vive por la fe. Ahora bien, y como lo dice la Escritura, esto es la verdadera justicia. [1] Todos deben decir de sí mismos: «Quiero hacer tu voluntad, ¡oh Dios mío! y guardar tu fe en mi corazón.» [2] Es lo que el profeta vió como ideal, en su visión de los tiempos cristianos: «Días llegarán en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la de Judá. Inscribiré mi ley en lo más profundo de su corazón; seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Entonces ya

(1) Hebr., X, 38. Gal., III, 11.
(2) Psalm., XXXIX, 9.

no habrá hombres que enseñen á sus semejantes y á sus hermanos, diciéndoles: «Conoced al Señor»; porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande.» [1] Trátase evidentemente aquí de todos los que poseen la fe y viven de la fe. No tienen necesidad de buscar penosamente lo que Dios exige de ellos, y de aquí que su honor sea el más favorecido. No necesitan mucho tiempo para ver en cada acontecimiento, sea agradable ó amargo, la propia obra de Dios, en cada disposición del prójimo la más alta disposición de Dios, en cada criatura, aun en la más insoportable, la imagen de Dios. No necesitan acercarse á Dios por medios violentos y con solemnidad completamente artificial, cuando quieren orar; se sienten en presencia de Dios, aun en sus más penosos trabajos, y no pierden el sentimiento de su presencia, aunque se vean obligados á morar en medio del tumulto distraedor del mundo. Cuando comen y beben, continúan sirviendo á Dios, y quizás en su sueño, practican el amor de Dios mucho más perfectamente que otros que viven solamente según la fe en las raras horas en que se recogen á medias. Todo esto les es tan natural, y se hace de un modo tan excelente y tan sencillo, que todos los que lo ven creen que debe ser así. En ellos, la fe se ha convertido en vida y la vida en fe. La fe es como su alma; viven de ella, como respiran con sus pulmones.

Tal es la vida de los santos. No hay entre ellos uno solo que no haya procurado al menos realizar en su especie esta vida por la fe, y jamás ha habido épocas tan muertas y tan débiles en que la fe de Jesucristo no haya inspirado á algunas almas la fuerza y el valor de impulsarlas al grado más elevado. Los verdaderos cristianos, los verdaderos perfectos, que velan por el honor de la fe, son los que, sólidamente fundamentados en ella, no descansan un momento antes de realizar la última exigencia y el último consejo, por medio de los cuales procura ella despertar nuestro amor y nuestra generosidad. Si todos se apresu-

(1) Jerem., XXXI, 31 y sig.

rasen á llevar esta vida de la fe, no tendría ésta necesidad de ninguna otra justificación ante los hombres.

7. El espíritu de la fe.—El habitante de la ciudad que sólo ha visto la llanura sin fin, que no respira otro aire que las brumas de la hondonada cargadas de vapor y de humo, no comprende el espíritu del habitante de los Alpes. ¿Cómo este hombre, que no posee más que su cabaña construída en alturas estériles, puede considerar tan desdeñosamente como lo hace las magnificencias de la capital? ¿De dónde proviene esa rigidez en su carácter, esa reserva, por no decir esa desconfianza, para con los extraños? No es ni orgullo ni menosprecio por su parte, y, sin embargo, el ciudadano siente cierta repugnancia por él. Pero que ponga el pie en los Alpes, y al punto todo se esclarecerá para él. Entonces comprenderá de dónde proviene ese espíritu particular del hijo de la montaña; entonces se dará cuenta de que no es esto orgullo, sino antes bien el sentimiento de la verdadera grandeza. Ya no siente repugnancia alguna; en su corazón se despierta algo parecido á la envidia, y, sin embargo, sólo se ha formado una idea superficial del mundo sobre el cual ha lanzado una mirada. Si lo viese en todas las estaciones, si se familiarizase con sus sublimidades y sus terrores, su envidia se cambiaría en asombro y en admiración, y sentiría pena de vivir en otra parte.

Lo mismo absolutamente ocurre con el creyente en este mundo terrenal. El mundo se escandaliza de él, porque no comprende su espíritu, ni lo comprenderá, hasta que no aprenda á conocer su patria. La patria del cristiano es la fe, y ésta no se encuentra en el país de los que viven una vida cómoda. (1) Este país alpestre de la fe puede muy bien inspirar á un corazón muelle, por cortos instantes, un entusiasmo lleno de exaltación, cuando ve por primera vez los rayos del sol, invisible para él, iluminar las cumbres de las montañas. Pero permanecer en ellas, sentirse satisfecho en ellas, sólo es propio de un corazón habituado á las

(1) Job, XXVIII, 13.

inclemencias. El hijo del país, el verdadero cristiano, que ha aprendido á caminar en la fe y á vivir de la fe, ama tanto sus alturas y sus precipicios, sus aludes y sus tormentas, como sus lagos brillantes y sus cimas cubiertas de nieve, doradas por los últimos rayos del sol poniente.

Con sus trabajos y sus luchas, templa sus miembros en el aire puro de la fe y aguza sus sentidos. Animado por la fe, marcha por las alturas vertiginosas que dominan los precipicios, con tanta calma y seguridad, como por terreno llano. Las cimas que se ocultan en las nieves le son tan familiares como las flores que cultiva en su ventana. Los juegos pueriles con que se pierde el tiempo en el valle, la vida en el mundo, no interesan á su corazón, y si le ocurre poner el pie en un país ó en una casa donde no aletee el espíritu de la fe, un deseo ardiente le impulsa de nuevo á su patria que acaba de dejar, la fe. Sólo en la atmósfera donde reina la fe por modo viviente, encuentra la verdadera seriedad de la vida, aquél para uienq la vida según la fe se ha convertido en una segunda naturaleza. Sólo en la vida de la fe, ve el mundo casi de un modo evidente la majestad de las cosas eternas. En ninguna parte ve tan claramente el espíritu la bajeza de las cosas terrestres, el valor de las cosas celestes y la poca distancia que separa las cosas del cielo, como allí donde la fe se ha convertido en vida.

CONFERENCIA XXII

LA VIDA SEGÚN LA IGLESIA

1. Educación y vida.—Ningún ser es perfecto á su entrada en la vida. Preciso le es desde luego nacer, después crecer, y, para su crecimiento, servirse de medios conformes á su naturaleza. El mismo reino de Dios no ha venido del cielo á la tierra en toda su perfección. Antes que exigir de los hombres y de la humanidad que sigan, para llegar á su perfección, una vía no conforme con la naturaleza humana, se ha desarrollado lentamente y en medio de todos los peligros de una vida natural en apariencia.

Muchos seres tienen quizás necesidad, para llegar á su perfección, de un tiempo más largo que el que necesita el hombre, pero ninguno está más desprovisto de auxilio que él, ninguno reclama más una asistencia extraña. Si esto se aplica á la vida física, con mayor razón tiene aplicación á la vida intelectual. La educación es más necesaria al hombre que el aire y los alimentos. De aquí proviene también su influencia. La educación es el mayor de los beneficios, la empresa más pesada desde el punto de vista de las responsabilidades, aquélla cuyos efectos sobre la vida son más duraderos. Apenas si los esfuerzos más nobles pueden borrar por completo los perjuicios causados por una falsa educación. Una madre que mime á su hijo, ó que no le eduque, no piensa sin duda en las luchas y vergüenzas que esto le prepara para el porvenir. ¡De qué abundantes bendiciones es, por lo contrario, fuente una excelente edu-

cación! Aun aquél mismo que de ella se aprovecha, quizás no la aprecie en su justo valor, ya que pertenece á todos los grandes y verdaderos bienes que el hombre, á causa de su pequeñez, es incapaz de apreciar debidamente. Mientras tiene necesidad de educación, se siente molestado por ella; cuando ha terminado, muéstrase contento de verse libre de sus cadenas. Rara vez se encuentran personas que comprendan el precioso capital que han recibido con ello, y el rico interés que les dará para el tiempo y para la eternidad. Tal educación, tal vida; sin educación no hay perfección.

2. Toda educación se realiza por medios externos. —La primera educación es la de la madre. Nada, en la tierra, puede ser comparado al beneficio de la educación materna. Siempre faltará algo al que no ha tenido la dicha de ser educado por una madre. Toda educación que quiera obtener algún resultado, debe unirse á la dada por la madre, pues entre las manos de las madres descansa la suerte de los hombres y de los pueblos. El que cuente con el porvenir, el que quiera atraerse á los hombres, debe llenar de su espíritu á las madres.

Ahora bien, el Dios que ha dispuesto así la naturaleza, ha establecido la misma ley para lo sobrenatural. Dios sabía perfectamente lo que hacía al entregar á la Iglesia, para educarlo, ese género humano que tantos trabajos le ha costado conquistar. No lo ha confiado á la idea muerta de una Iglesia invisible, no, sino que lo ha entregado al corazón viviente de una verdadera madre, en cuyo seno se refugia el hombre perseguido por todas partes, á una madre, cuya mano siente el hijo recalcitrante, á una madre, en cuyo corazón puede encontrar calor y vida el que languidece. Sólo en el establecimiento de la Iglesia divina, de una Iglesia visible y activa, ha recibido su coronamiento difinitivo la obra de Dios relativa á nuestra redención.

Ahora bien, es difícil encontrar una madre que no quiera encaminar á su hijo hacia la perfección. ¿De dónde pro-

vienen entonces tantos fracasos en la educación ordinaria? No es muy difícil encontrar la causa. No es la buena voluntad lo que falta, sino la verdadera inteligencia de la cosa. Todos quisieran conseguir el fin, pero no se piensa en los medios adecuados.

Ahora bien, el medio más indispensable para esto es la disciplina. Tener buen corazón, ser dulce, caritativo, es excelente; pero lo que vale más todavía es una buena educación, y lo mejor de todo, una disciplina seria. Nada tan deplorable en la educación como mandar una cosa y no insistir en la ejecución de lo mandado. ¡Cuán injusto es, pues, el amor, cuando dice: «No puedo pegar siempre, no puedo atormentar continuamente á este niño. Por otra parte, ¿que importancia tienen estas cosas externas? Mi angelito tiene un corazón de oro!» Posible es que á la hora presente sea todavía bueno; pero si toda la educación no consistiese más que en afecto y amor; si no se convirtiese en acción externa y no insistiese seriamente sobre este último punto, ciertamente que entonces este ángel no tardaría en dejar de ser bueno y muy pronto no sería ya un ángel. Esto no es educar; es mimar. Si con tales procedimientos no se logra una buena educación, fácil es comprender la causa.

Nadie exigirá de la Iglesia que únicamente cumpla á medias la empresa de la educación sobrenatural que se le ha confiado. De Dios ha recibido su gran misión, y á Dios debe dar cuenta de ella. Comprensible es que aquéllos que más necesitan de su disciplina sean con frecuencia los que más se lamentan de ella y califican de importuna su caridad. Pero ella no hace más que redoblar su solicitud para con ellos, teniendo, como tiene, conciencia de sus deberes; y precisamente aquéllos que son los más débiles y que más rechazan los medios de salvación, es á los que ella debe imponérselos con la mayor energía. Puesto que debe educar á los hombres para la eternidad, á hombres enfermos, sin educación, querer curarlos y educarlos, cuando tanta necesidad tienen de disciplina, con corazón

débil, con algunas palabras caritativas ó severas, sería sencillamente intentar lo imposible ó exigir milagros. La Iglesia está muy distante de semejante error. El hecho de que trate de realizar su misión con medios humanos sensibles y terrenales, imponiéndonos mandamientos externos, y exigiendo de nosotros la acción y la obediencia, es una prueba de la exactitud con que Aquél que le ha confiado nuestra educación y le ha enseñado el arte de educar á los hombres, conoce nuestras necesidades y sabe tratar nuestra naturaleza.

3. ¿Hacen los muros á los cristianos?—En la historia de sus extravíos y de su conversión, habla San Agustín del célebre retórico romano Victorino, cuyo trato no contribuyó poco á que la gracia obtuviese sobre él la victoria. Vanas fueron por mucho tiempo todas las tentativas que el santo y sabio Simpliciano, maestro, amigo y sucesor de San Ambrosio, hizo para atraerlo al Cristianismo. ¿De qué sirven las exhortaciones de los otros, de qué utilidad la propia convicción, allí donde el corazón no está en orden? Lo que era un peligro para Victorino, no consistía en las razones que tenía para dudar, sino en su gloria y en la veneración entusiasta que le profesaba la juventud noble de la capital. Por fin, protegido por las tinieblas de la noche, entró en casa de Simpliciano, como, en otro tiempo, Nicodemus fué á encontrar á Jesús.—«Y bien, —díjole — he estudiado suficientemente, y ahora comprendo que tu doctrina es la verdadera. Créeme; ya soy cristiano.»—«No—replicó Simpliciano—todavía no eres cristiano; no te contaré entre los nuestros, hasta que no te vea en la iglesia de Jesucristo.»—«¡Ah—replicó Victorino riéndose.—¿Es que son los muros los que hacen al cristiano?» Esta fría burla constituyó por mucho tiempo el único escudo que el gran doctor supo oponer al venerable servidor de Dios, cada vez que éste le exhortaba á convertirse en cristiano completo, y á mostrar un interés viviente por el Cristianismo; y esto, porque no osaba decir el verdadero motivo de su resistencia. En el fondo, temía

perder el favor de los que le habían adulado hasta entonces; y sólo mucho después que la gracia se apoderó de él con tal fuerza, que tuvo vergüenza de su debilidad y de su lenguaje indigno, osó tomar en serio su convicción. [1] Pero, convertido en verdadero cristiano, no tuvo necesidad de reflexionar mucho para darse cuenta de que los muros de la Iglesia forman también parte de la vida cristiana.

¿Hacen los muros cristianos? Tal es la cuestión que nos proponen también, en son de burla, gran número de personas que no creen á la Iglesia, ó que no quieren confesar que, sin la vida de la Iglesia, no es posible la vida cristiana.

Esta cuestión nos tiene sin cuidado. Sí, tenéis razón en dirigírnosla. Nadie sabría responder á ella mejor que nosotros, y, bajo este concepto, nadie merece más crédito que nosotros. Verdad es que desde nuestra infancia hemos sido educados en la persuación de que debemos considerar nuestro corazón como el templo de Dios, [2] que las murallas solas no hacen cristiano á aquél que no posee ya á Dios, [3] que se puede orar en cualquier sitio, que se puede y se debe elevar las manos puras hacia el cielo. [4] Sin embargo, no vacilamos en decir que no reconocemos como cristiano completo al que huye de los muros de la Iglesia. Los muros no hacen al cristiano, pero forman parte de la Iglesia, y los templos pertenecen á la Iglesia, y la Iglesia es el Cristianismo.

De aquí que no haya duda alguna en que los muros entran también en línea de combate. Basta conocer algo á los hombres para saber que ordinariamente no son los principales modelos de piedad aquéllos que más alaban las oraciones hechas bajo la bóveda del cielo y en medio de los campos, y que siempre encomian como su fuerte el

(1) Augustin., *Confess.*, 8, 2, 3-5.
(2) Cor., III, 19; VI, 19; Cor., VI, 16.
(3) Peraldus, *Summa vit. et virt.*, 1, 5, 5, 7. Ven., 1571, I, 467. Ebrard., *C. Wald.*, 4. Bernard. Fontis cal., *C. Wald.*, c. 12.
(4) I Timoth., II, 8.

culto de Dios en el corazón y en el espíritu. No creemos faltar á nadie cuando afirmamos que, en éstos, el culto de Dios no pasa de los labios, y que con frecuencia el espíritu y el corazón lo ignoran por completo. Por lo contrario, podemos afirmar con la mayor seguridad que los que honran más la casa de Dios construída por los hombres, oran más y mejor en el gran templo de la naturaleza construído por Dios y en el silencio de su pequeño aposento, que los que quieren hacer creer que sólo pueden hacer hablar á Dios allí donde estan solos con Él.

¿Quién se familiarizará también más fácilmente con el pensamiento de considerar á toda la tierra como un santuario del Todopoderoso, aquél que no admite ningún santuario terrestre, ó aquél que entra con santo temblor en los lugares que Dios se ha consagrado por las manos de los hombres? ¡Cuántos hay que han franqueado el umbral de estos edificios, los unos por curiosidad, los otros con intenciones todavía peores, no teniendo, en todo caso, voluntad de adorar á Dios! Pero de repente una especie de escalofrío celestial se ha apoderado de ellos, los ha aterrado, los ha hecho ocultarse en un rincón. No sabían ellos de dónde procedía esto; salieron del sagrado recinto; el sol les parecía más resplandeciente, sus pies más ligeros, su corazón experimenta delicias indecibles. ¿Por qué esto? Es que se habían atrevido á hacer una cosa considerada por ellos hasta entonces como imposible, es decir, habían descargado á su alma en el tribunal de la penitencia del peso que por largo tiempo amenazaba aplastarlos. Como Jacob, habían llegado al lugar santo sin darse cuenta de ello. Allí los ángeles suben y bajan transportando al cielo las miserias de la tierra y trayendo en su lugar la gracia de Dios; los millares de devotos y penitentes, que hace ya diez siglos, habían hecho descender el cielo sobre la tierra, habían saturado el aire y los muros de sus buenas obras y oraciones. Apenas penetramos en una Iglesia pobre, experimentamos un sentimiento completamente distinto del que se apodera de nosotros en un templo gran-

dioso resplandeciente de oro. Apenas ponemos el pie en ella, cuando sentimos inmediatamente que allí es donde más se ora, donde se derraman las más abundantes gracias, donde lo sobrenatural se encuentra mejor. ¡Ah, es una gran verdad; no son los muros los que hacen al cristiano, pero tienen importancia considerable!

4. El Cristianismo y la Iglesia, la religión y la adhesión á la Iglesia, la vida religiosa y la vida según la Iglesia.—Más que los muros, lo que ellos contienen contribuye á infundir la fe y á perfeccionar al cristiano. Precisamente esta es la razón por la cual la planta que se llama vida cristiana no prospera fuera de los templos, no podría vivir sin la atmósfera que contienen estos edificios. De ello son pruebas nuestros santos.

En el aprendizaje de todo arte, es cosa excelente informarse de los medios necesarios para elevarlo á su mayor grado. Ahora bien, los maestros de la perfección son los santos, y podemos considerar como un signo cierto, como la verdadera piedra de toque de su santidad, el hecho de que sus devociones, sus consuelos, sus sufrimientos, hayan ido siempre estrechamente unidos al ciclo eclesiástico y á la vida externa de la Iglesia. [1] El que ha lanzado una mirada á los escritos de Santa Brígida, [2] de Santa Gertrudis y de Santa Mechtilde, ó del bienaventurado Enrique Susón, sabe cuán estrechamente se relacionan sus visiones y éxtasis con el ciclo de las fiestas de la Iglesia. María de Oignies distinguía, aunque no supiese en qué día se encontraba, un día de fiesta de otro ordinario, á causa de un cierto sabor interior. [3] Si el Salvador se le aparecía entonces, veíale ella la mayor parte de las veces como la fiesta lo recordaba; por ejemplo, en Navidad, sobre las rodillas de su Madre, en la Candelaria en los brazos de Simeón, en la Pasión en el estado doloroso que precedió á

(1) Gœrres, *Mystik*, (1) II, 300 y sig.
(2) Cf. *Vida de santa Brígida*, Mainz, 1875, 160 y sig.
(3) Jac. de Vitriaco, *Vita B. Mariæ Oigniacens.*, 2, 10, 89 (Boll. Jun. V, 567, c. ed. Palmé).

su muerte. [1] María Bagnesia, [2] la bienaventurada Dorotea, [3] Santa Juana de Orvieto, [4] Santa Coleta, [5] hasta llegaron á participar de los dolores del Salvador y de sus Santos, como el curso del año los recuerda sucesivamente á los fieles. Parecía que estaban purificados por el fuego en el día de San Lorenzo, y crucificados en el de San Pedro. Veíaseles morir con el Salvador el Viernes Santo, y elevarse con Él al cielo el día de la Ascensión. El amable Hermano José estaba persuadido de que una fiesta particular era también para él una gracia particular, es decir, que debía entrañar una prueba de sufrimiento especial. De aquí que tuviese costumbre de decir, bromeándose: «A grandes fiestas, grandes dolores». [6] Santa Catalina de Génova experimentaba los mismos sentimientos. [7] Para San José de Cupertino, todo lo que se refería á la Iglesia, aun el sonido de las campanas, era como un lazo cuya fuerza irresistible lo arrastraba hacia Dios. Desde el momento en que un signo, una palabra, que le recordase la Iglesia ó sus medios de gracia, penetraba en su alma por sus sentidos, elevábase inmediatamente por el aire y en él se cernía, transfigurado á los ojos de millares de espectadores. [8]

Un cristiano que no lleve en sí algo de análogo, da pruebas de que el espíritu de los santos no le es todavía propio. San Felipe Neri, uno de los más grandes conocedores de las almas, inclinábase siempre á creer que se encontraba en un estado de alma inquietante, si las grandes fiestas de la Iglesia no despertaban en él un celo religioso más grande. El dulce San Francisco de Sales no escribe

(1) Iac de Vitriaco, 2, 10, 88 (Jun., V, 567, ed. Palmé).
(2) Campi, *Vita B. Mart. Bartol. Bagnes.*, 3, 21 (Boll. Mai VI, *Append.* 111. Palmé).
(3) Ioan. Marienwerder, *Vita 2. B. Doroth.*, 1, 28 (Boll. Oct. XIII, 509).
(4) Gœrres, *Mystik*, I, 390; II, 493.
(5) Stephan. Juliac., *Vita S. Coletæ*, 14, 121, 122, 124 (Boll., *Mart.*, I, 566 y sig.).
(6) Festa sunt mihi infesta. *Vita S. Hermani Ios.*, 4, 28 (Boll. *Acta S. S.* April, I, 697).
(7) *Vita S. Cathar. Fliscæ Adurnæ*, 8, 91 (Boll. Sept. V, 171, e. f. Palmé).
(8) Pastrovicchio, *Vita S. Ios. Cup.*, 3, 24 y sig. (*Acta S.S.* Sept. V, 1020).

ciertamente para los santos, sino para las personas que quieren vivir en el mundo como simples cristianos. De aquí precisamente que muchos le consideren como falto de profundidad y elevación; pero también exige que, en los días de fiesta, vivan todos más para Dios, y que el que reivindique el nombre de verdadero cristiano, debe atender más al culto público de Dios y á las prácticas comunes de devoción, que al aspecto externo de la piedad. (1) San Bernardo no deja de censurar igualmente á los que prefieren de buen grado una piedad caprichosa á las prácticas de devoción comunes en la Iglesia, (2) creyendo (3) que esa piedad se parece demasiado á la del fariseo, el cual se figuraba que no era como los demás hombres. (4) En todo caso, sabemos que, al distinguirnos así de los demás hombres, nos exponemos al peligro de perder al Señor de la Iglesia, quien, por otra parte, nos ha advertido expresamente que no le busquemos exclusivamente fuera, en el desierto, ni exclusivamente en el interior de nuestra pequeña cámara. No que no esté también allí, sino porque aquellos que le buscan únicamente allí donde ellos y Él están solos, no le encontrarán. (5)

Dios pertenece en común á todos los que forman parte de su familia. Aquél que se separe de ésta, se separa también del Padre cuya sola presencia la une. Pero allí donde dos ó tres se reunen en su nombre, dispuestos á ejecutar dignamente sus órdenes, y penetrados del espíritu de su familia, la Iglesia, allí está Él en medio de ellos. (6) Buena es la soledad, y jamás será recomendada suficientemente; pero si no está bajo la protección y dirección de la comunidad, es perniciosa para el hombre. (7) El hombre ha sido

(1) Franc. de Sales, *Filotea*, II, 15.
(2) Bernard., *In Cant. Cant.* XXXIII, 10. *In Purificat.*, 2, 2. *In dom*, 6 *post Pent.*, 1, 3.
(3) Id., *De gradib. superb.*, XIV, 42.
(4) Luc., XVIII, 11.
(5) Matth., XXIV, 26.
(6) Matth., XVIII, 20.
(7) Basilius, *Regul. fus.* J. Cassian., *Coll.*, 18, 8; 19, 3, 6, 10 y sig. *Vitæ Patrum*, 5, 10, 110. Bernard., *Ep.* 115. Thomas, 2, 2, q. 188, a. 8.

creado para vivir en sociedad; no es bueno que esté solo. (1) Lo que hace cuando se separa de la comunidad á que pertenece, lo hace para sí, pero no para Aquél que le ha destinado á convertirse en miembro de su comunidad. (2) Nuestro Señor está de parte de los que se agregan á su cuerpo como miembros vivientes, porque es el alma de su Iglesia. El que separa de ésta, pierde la vida. (3)

Conocemos á muchos que creen decir una profunda sentencia cuando separan al Cristianismo de la Iglesia, á la religión de la unión á la Iglesia. No piensan que, por el mismo hecho, se separan de Jesucristo, y, por consiguiente, también del Cristianismo. Sin Iglesia, no hay Cristianismo, ni verdadera religión sin Cristianismo. Religión, Cristianismo, Iglesia, son una sola y misma cosa, y la única verdadera vida cristiana es la vida de la Iglesia. Que nadie se forje ilusiones, ni se deje engañar á este propósito. ¿Acaso aquél, cuya prometida le muestra indiferencia, puede experimentar un sentimiento vivo por la prometida? ¿Es que aquél que no se preocupa del bien ó del mal que el cuerpo experimenta, puede interesarse por la cabeza? Pues el que sirve á Jesucristo, debe también servir á su Iglesia. El que rechaza á la Iglesia, se separa de Jesucristo. Pero si se adhiere á la Iglesia, debe aceptar también sus prácticas. Sin duda que se responde á esto: ¿Acaso esas ceremonias y sacramentos de la Iglesia nos hacen mejores? ¿Honran á Dios en lugar nuestro? ¿Acaso no es necesario que nos amemos á nosotros mismos y busquemos á Dios, prescindiendo de todos los medios de salvación?

Verdad es que debemos servir á Dios, pero de la manera que nos lo ha prescrito. Si despreciamos esta manera, en vano será que busquemos á Dios, pues no lo encontraremos; serviremos á Dios á nuestra manera, pero no á la suya. Mas si queremos servirle, preferible es cumplir sus mandamientos, que seguir nuestras inclinaciones. Las co-

(1) Genes., II, 18.
(2) Cf. Bernard., *In Cant.*, 19, 7.
(3) Cf. Bernard., *In Nativ. B. M. V.*, n. 17.

sas externas no nos dispensan de servir á Dios, pero nos ayudan á servirle bien. Mas no le serviremos bien, si no le servimos de la manera que nos ha prescrito.

Claro es, pues, que, sólo sirviéndonos de los medios de salvación de la Iglesia, serviremos mejor á Dios y trabajaremos con más seguridad en nuestra salvación.

5. El tesoro de Cristo y de los cristianos.—Ahora bien, esto no debe sernos difícil, cuando consideramos lo que debemos á nuestra adhesión á la Iglesia. Bajo este concepto, formamos todos parte de los que van á ganarlo todo y nada á perder. Cada uno sabe por múltiples experiencias lo que es él mismo. El que cree ser algo, se engaña. [1] Si lo que cree que existe no es pura apariencia, es por lo menos algo de instable, algo de más perecedor que la vida, expuesto á peligros muy numerosos.

Sólo las obras y los dones de Dios pueden ser llamados por el hombre su verdadera propiedad, propiedad que ningún poder podrá arrebatarle, á menos que él mismo la rechace. Así, pues, si creemos que Dios nos ha dado á su único Hijo, [2] y que con Él nos lo ha dado todo, ¿cómo dudar que nos pertenecen inmensos tesoros, desde el momento en que nos ponemos en relación con Él? ¿Por quién, sino por nosotros, ha derramado sus lágrimas y su sangre el Hijo de Dios? Nos pertenecen su humanidad, su pobreza, su vida oculta, sus milagros, sus sufrimientos, su glorificación, y todo lo que ha producido de grande en sus santos. «Porque todas las cosas son vuestras, sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean por venir; todo es vuestro. Y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.» [3] La sangre de los mártires, las fatigas de los misioneros, las prácticas de penitencia de los religiosos, las luchas de las vírgenes, las lágrimas de las viudas, los ejemplos, las limosnas, las fundaciones de los fieles, los servicios prestados á los enfermos, todo

(1) Gal., VI, 3.
(2) Rom., VIII, 32.
(3) I Cor., III, 22, 23.

esto nos pertenece. La superabundancia de los méritos de los justos, la intercesión de los santos, el poder inmenso de la Madre de nuestro Salvador, todo nos pertenece, porque somos de Cristo y Cristo es Dios.

Todo nos pertenece, pero sólo si somos de Cristo. [1] Ahora bien, no somos de Cristo, si no estamos unidos á su cuerpo como miembros vivientes. La vía que conduce de los miembros á la cabeza y de la cabeza á los miembros, pasa siempre por el cuerpo. [2] Cristo, nuestro jefe, se ha formado en la Iglesia un cuerpo terrestre santo, [3] tan verdadero y tan viviente, que el que forma parte de esta Iglesia es carne de sus carnes y hueso de sus huesos. [4] Por Él, todo el cuerpo, con sus diferentes miembros, forman una unidad; por Él, cada miembro contribuye, según sus dones, al crecimiento y perfección del conjunto. [5] Con este cuerpo completó San Pablo lo que faltaba á la pasión de Cristo. [6] Cada uno hace todo lo que realiza para bien de toda esta Iglesia y de cada uno de sus miembros. Si un miembro sufre, sufren todos los demás, y si un miembro es honrado, todos los demás se regocijan de ello con él. [7]

Ahora bien, todo esto no se aplica más que á los que son miembros vivientes del cuerpo de Cristo. La cabeza piensa, quiere y manda únicamente por medio de los miembros que pertenecen al cuerpo. El miembro que está separado de éste, no recibe del alma, por el corazón, ni alimento ni calor. Sólo por la Iglesia, las gracias de Dios se derraman sobre nosotros. El que no le está incorporado, es privado de la gracia. Los medios de salvación de la Iglesia

(1) Rom., VIII, 32.
(2) La formula que se quiere hacer pasar con mucha frecuencia por una idea genial de Schleiermacher, idea según la cual los protestantes buscan á la Iglesia por Jesucristo, en tanto que los católicos buscan á Jesucristo por la Iglesia, es, cuando se la examina detenidamente, una pura imposibilidad, aun haciendo abstracción de que pone á Jesucristo por debajo de la Iglesia, y le convierte en mero instrumento y en medio para hallar la Iglesia.
(3) Ef. V, 23 y sig.
(4) Ef. V, 30.
(5) Ef. IV, 16.
(6) Col., I, 24.
(7) I Cor., XII, 26.

son para el alma lo que las venas para el cuerpo. Allí donde éstas se agotan, desaparecen la fuerza y la vida. Tesoros inmensos son éstos que el cristiano llama suyos. Ahora bien, la Iglesia es el tesoro de Jesucristo, como el del cristiano. En su seno ha depositado el Salvador todas las gracias de su corazón, todos los méritos de su humanidad, el socorro recíproco de todos los que viven unidos con Él en el cielo y en la tierra. De ella recibe cada uno abundantemente lo que necesita. A ella le confía lo que ha hecho para los otros, vivos y muertos. En los primeros días de fervor del Cristianismo, se hubiera considerado como un insulto al fuero de la caridad, si alguien hubiese llamado suyos una parte cualquiera de los bienes temporales. Esto ha cambiado en el curso de los tiempos; pero lo que ha quedado á la Iglesia como signo distintivo de honor, por el cual se distingue de todas las sociedades humanas, es que, por lo menos los bienes espirituales de sus hijos, son comunes á todos, y que todos los cristianos reconocen un tesoro general de gracias. De ella saca cada uno lo que necesita para su salvación; en ella deposita cada uno sus méritos; por ella, la abundancia del uno aprovecha á la indigencia del otro. Por ella, uno de los miembros de Jesucristo procura á otro salvación y bendición, sin que se conozcan recíprocamente, y sin que sepan lo que mutuamente se han dado, antes del día del gran arreglo de cuentas. Por la Iglesia envían los fieles á las extremidades de la tierra, á los pobres caníbales alejados de la verdad, misioneros, oraciones y limosnas penosamente recolectadas. Por ella, envían los nuevos convertidos sus gracias, al transmitir á sus bienhechores, por sus manos, las oraciones que elevan al Padre de las misericordias, regenerados ya por una vida nueva, bienhechores que, quizás sorprendidos por la muerte en el intervalo, tienen doble necesidad de este socorro.

6. La adhesión á la Iglesia, como práctica de las virtudes sociales, morales y sobrenaturales.—Vese, pues, que la adhesión á la Iglesia no es un obstáculo para la religión. Al contrario, la piedad, el temor de Dios, la moral pública y la moral privada, jamás prosperarán sin esta adhesión. Bajo todos conceptos, la vida de la Iglesia es la flor del sentimiento cristiano, aun humano.

Ante todo, produce ciertas virtudes sociales, sin las cuales no podría existir la humanidad. Vosotros, ¡oh ricos!, no tenéis la menor idea de las tentaciones que se apoderan de las personas honradas, cuando os ven organizar vuestras partidas de caza, vuestros conciertos, vuestros bailes. Las puertas que se abren, si vale la expresión, por sí solas ante vosotros, se cierran ante ellos. ¡Ah, los pobres experimentan un sentimiento muy singular, cuando ven vuestra ociosa magnificencia y miran sus callosas manos! ¡Ah, si supieseis qué ideas cruzan entonces por la cabeza de un desgraciado! Pero si os ve arrodillaros humildemente ante el mismo confesonario en que también él se acusa de ser un pobre pecador al ministro de Jesucristo; si, como él, acudís también á recibir la ceniza sobre vuestras frentes en señal de penitencia; si ve que no os consideráis demasiado sabios para escuchar la doctrina de la salvación desde lo alto del púlpito, de la boca de un sacerdote, entonces desaparecen todas sus tentaciones.

Creednos, no os podéis imaginar la grande y saludable influencia que podéis ejercer sobre el mundo que se hunde, dando ejemplo de humildad, de caridad y de fraternidad, ejemplo que dais participando por modo activo de la vida de la Iglesia. El que conoce la situación del mundo, veráse obligado á confesar que la virtud más conforme con la época consiste en cumplir, bajo este concepto, lo que la fe exige.

Además, la vida de la Iglesia contiene una multitud de virtudes internas que son soberanamente necesarias á cada uno para su propia persona. No podemos comprender cómo hay personas que condenan la adhesión á la Iglesia como la muerte del trabajo moral personal. Esto nos parece tan irracional, como si se quisiese exigir de todos los que han de atravesar el mar, que lo atraviesen á nado, porque

muchos se han ahogado atravesándolo en barcos. Puede ocurrir que uno interprete mal las exigencias de la adhesión á la Iglesia y trate de persuadirse de que puede ahorrarse todo trabajo personal, porque forma parte de esta sociedad; pero ¿hay que destruir por esta razón el navío de la Iglesia, y aniquilarlo, porque algunos no quieran aprovecharse de él? Que todos se sometan á la disciplina que reina en este navío, y muy pronto se convencerán de que, adhiriéndose á la Iglesia, deben practicar más virtudes de lo que en un principio se figuraban.

Si uno toma en serio la obediencia á la Iglesia y quiere ordenar su vida según su espíritu, debemos esperar hallar en él, sólo ya por esta razón, esfuerzos vigorosos y sinceros para llegar á la verdadera virtud. Nadie se somete á la Iglesia sin practicar la penitencia, la humildad y la obediencia. Poco es que uno se declare pobre pecador; mucho más es conducirse como pobre pecador, porque esto es más difícil; pero lo que más cuesta es dejarse tratar como pobre pecador, es decir, someterse al tratamiento de un hombre que prescribe al pecador, con autoridad divina, el ayuno y la penitencia.

Ahora bien, precisamente esta es la condición de su vuelta á Dios. El pecador, por el hecho de serlo, carece del derecho de tener relaciones con Dios; si esto le es de nuevo permitido, se debe á una gracia. Pero Dios pone á este favor la condición de que se sirva de la mediación de un hombre, al que ha trasmitido todos sus poderes. Si el hombre no hubiese caído, él mismo sería su sacerdote y podría dirigirse con toda seguridad directamente á Dios. Unicamente el pecado es el que ha hecho necesario un mediador entre él y Dios. Evidente es que la exigencia de adherirse á la Iglesia es dura para el hombre, que con tanto ahinco procura su glorificación personal. Contiene ella una confesión de nuestra propia culpabilidad; pero precisamente por esta razón es una de las bases más fundamentales de nuestra regeneración, porque la confesión de la falta es la condición preliminar de la curación.

La adhesión á la Iglesia no es, pues, otra cosa que la renuncia á la propia actividad moral. Atacar en uno la raíz del pecado, es decir, el orgullo, ya es ciertamente algo; someterse á la Iglesia, reconocer que sólo ella tiene el derecho de conducirnos á Dios, cumplir sus exigencias, á pesar de todos los ejemplos de desprecio que vemos en torno nuestro, no significa otra cosa que suprimir la especie de orgullo más refinado, á saber, la ilusión de la suficencia personal. Esta es la única razón por la cual la adhesión á la Iglesia tiene tan gran valor.

Pero hay otra más importante por su aspecto sobrenatural. La actividad de la Iglesia es la misma que la de la gracia. Por consiguiente, no se contenta con facilitarnos la práctica de las virtudes humanas. Su empresa principal consiste ante todo en ayudarnos á conseguir nuestro fin sobrenatural. Nadie, sino la Iglesia, es capaz, ni nadie tiene el derecho de instruirnos sobre este punto, ni menos servirnos de guía y de sostén en esta materia. Sólo ella ha sido establecida por el Señor como guardadora y dispensadora de su doctrina revelada; sólo ella puede iluminar nuestra marcha en este camino. Á ella le ha confiado la gracia y los medios de la gracia, sin los cuales jamás seremos capaces de seguir el camino que se nos ha trazado. Adhiriéndonos á ella, nos elevamos por encima de la ceguera y de la debilidad de nuestra naturaleza. De aquí proviene ese sentimiento particular que experimentan todos los que se entregan por completo á ella. Es el sentimiento del prisionero, al que una mano firme y sólida arranca de su prisión y pone en libertad; es la arrogancia del excursionista, que, conducido por un guía experimentado, asciende á la cima de las más soberbias montañas; es la seguridad del soldado que combate bajo la dirección de un general invencible. La mano de la Iglesia nos conduce á la libertad, á las cumbres, á la victoria. Sólo en su escuela se aprende el arte difícil de sortear los peligros del mundo, para llegar al término supremo, que es la felicidad de los hijos de Dios.

7. La Iglesia, escuela para la vida terrestre.—Por otra parte, la Iglesia es, no sólo la escuela en que uno aprende á conocer el camino del cielo, sino también una escuela en que uno aprende á orientarse en esta vida. No basta que uno quiera únicamente el cielo. ¿Á quién, pues, debe ella conducir al cielo, sino á los que viven en la tierra? ¿Y cómo les abrirá las puertas de la eternidad, si rehusan seguir su dirección aquí bajo?

Parece que hoy más que nunca importa encargar por completo á la Iglesia la educación de este mundo. Un alejamiento tremendo de Dios domina hoy en la vida privada del mayor número, y aun más en la vida pública. Seguramente, menos es causa de él la maldad que quisiera arrojar del mundo todo lo que es divino, que la medianía y la tibieza. Seguramente que los que difunden el mal y destruyen el bien deliberadamente son el menor número. Muchos más son los que quieren el bien, por lo menos á medias, y que se dan por satisfechos si pueden hacerlo y moverse en la esfera de los hombres de rectas intenciones, entre los cuales encuentran, por lo menos, ejemplos, estímulos y aprobación. Pero desde que se encuentran en medio de la muchedumbre, empiezan á aullar como los lobos, y se arrojan con ellos sobre los corderos. En casa, desean tener criados cristianos, y se complacen en ver que sus mujeres y sus hijos siguen los preceptos de la fe. En la vida pública, ora se trate de cuestiones sociales ó políticas, ora de la enseñanza, de la educación, del arte, de la ciencia y de la Iglesia, hacen cuanto pueden para arrebatar al Cristianismo su influencia sobre el mundo. ¿Quién podrá llenar ese funesto abismo, en el cual amenaza caer la humanidad? Admitimos todavía que, en la vida privada del individuo, la devoción privada puede reparar muchas desgracias; pero, en la vida social y pública, sólo hay una curación posible, la vida de la Iglesia. Sólo cuando los espíritus, tan divididos entre sí, se asocien bajo la dirección de una autoridad reconocida como divina, será posible salvar la sociedad de una ruina completa.

Los contrastes que hoy sufre nuestra época han existido siempre en la tierra. No eran menores que hoy en la Edad Media; pero lo que entonces estrechaba la distancia que separaba del pueblo á la caballería, era la vida según el espíritu de la Iglesia. Todo estaba estrechamente unido á ella, caballería, asociaciones, fiesta, vida doméstica. En ella se encontraba reunido la que estaba separado. En ella todos aquellos cuyos intereses eran opuestos, encontraban un campo en el cual latía siempre el corazón al unísono. En ella, los pobres y los oprimidos tenían ocasión de ver que sus opresores no se consideraban mejores y más grandes que ellos, por lo menos en las cosas de que todo en definitiva depende.

Preciso es volver á ella, si se quiere que reine de nuevo la unión en la sociedad. Preciso es que la Iglesia vuelva á convertirse en el lazo que una los contrastes violentos de que el mundo es testigo. Preciso es que la vida de la Iglesia vuelva á convertirse en la escuela en que aprendamos á renovar la tierra y hacer de ella el vestíbulo del cielo. En la vida de la Iglesia, es donde debemos aprender cómo debemos vivir en la tierra de un modo verdaderamente viviente, á la vez divino y humano, para vivir un día con Dios.

8. La Iglesia, escuela para el tiempo y para la eternidad.—Pero el estudio de esta ciencia constituye la empresa de la vida entera. El gran error de muchos consiste en creer que puede uno considerar terminada la educación tras cierto número de años rigurosamente fijos. Casi siempre la educación comienza tarde, y termina ordinariamente en el momento en que debería comenzar su mayor influencia. Entonces es cuando encuentran su aplicación con mayor frecuencia las palabras del poeta:

«Si el niño, como el pájaro, quiere abandonar demasiado pronto el nido, conviértese fácilmente en juguete de sus semejantes.» [1]

(1) *Der Winsbeke*, 32, 1 y sig. (Haupt 13); cf. 50, 9 (19); *id.*, *die Winsbekin*, 9, 5.

La educación debería continuar toda la vida. La vida consiste en crecer y aprender. Inclínase hacia la muerte, cuando cesa el crecimiento. Sin duda que el niño disipado espera con impaciencia el momento en que recobrará toda su libertad, como el alumno perezoso la hora en que habrá terminado sus estudios; pero el anciano instruído por la experiencia de la vida, sabe que la educación debe comenzar en la cuna para terminar en la tumba. Ahora bien, todo esto se aplica, no sólo á la educación que es necesaria para ganarse la vida y para adquirir una formación terrena, sino, en grado mucho más elevado, á la educación para la vida eterna. Sin embargo, esta educación no puede continuarse indefinidamente. Toda educación debe tener su fin y terminar cuando uno llega á la mayor edad. Lo mismo ocurre con la educación dada por la Iglesia. La Iglesia tiene la satisfacción de poder enviar cada día gran número de sus hijos, por las puertas de la muerte, al Padre que está en los cielos, con el testimonio de que están bien educados y son dignos de la mayor edad para la eternidad. Triunfo es éste que los indemniza de muchas amarguras. Pronto están contados los que en el mundo han aprendido á convertirse en dueños de sí mismos. La Iglesia puede glorificarse de poseer millares de hijos, á los que puede presentar á Dios, que sondea los corazones, como mayores de edad, mayores de edad en el reino de la virtud, mayores para consigo mismos, mayores á los ojos de Dios. Son precisamente aquéllos que, en esta vida mortal, se han sometido con la mayor constancia á la educación de la Iglesia, aquéllos que mejor han adaptado su vida á la suya. En verdad que no es demasiado largo y penoso dejarse educar, durante una vida corta y perecedera, para conseguir la vida eterna.

CONFERENCIA XXIII

LA VIDA DE ORACIÓN

1. El misterio del lenguaje.—Uno de los principales beneficios que el hombre ha recibido de la liberalidad del Creador, es el don de la palabra, la cual es el signo de una vida más elevada, una manifestación de la inteligencia, y por esta razón, uno de los misterios más impenetrables. Con ella vertemos, en corazones compasivos, los sentimientos que tratan de ahogar el nuestro, y así dulcificamos nuestros dolores, al propio tiempo que aumentamos nuestra alegría. Con ella formamos nuestra inteligencia; con ella ilustramos á los ignorantes, consolamos á las almas angustiadas, y les indicamos el camino que conduce á la paz. Ella abre un abismo infranqueable entre el hombre y todos los otros seres, que en la serie de la Creación, se encuentran solamente un grado más bajo que él.

Después de haber creado ya millones de mundos, la Omnipotencia del Creador comenzó por establecer todo un nuevo orden de cosas en la vida perfumada de la planta. Pero, por superior que fuese á los soles y á las estrellas el mundo que comenzó por una brizna de yerba, el Creador no lo juzgó suficientemente bello para adornarlo con el don de la palabra. Después de la creación de la planta, creó otros seres más elevados; pero tampoco les concedió este favor. También este mundo, el mundo henchido de mariposas y de insectos, está condenado á una vida incompleta y triste, porque carece de lenguaje.

Sólo en los pájaros se encuentra, por primera vez en la escala de los seres creados, la voz, para anunciar, según

La educación debería continuar toda la vida. La vida consiste en crecer y aprender. Inclínase hacia la muerte, cuando cesa el crecimiento. Sin duda que el niño disipado espera con impaciencia el momento en que recobrará toda su libertad, como el alumno perezoso la hora en que habrá terminado sus estudios; pero el anciano instruído por la experiencia de la vida, sabe que la educación debe comenzar en la cuna para terminar en la tumba. Ahora bien, todo esto se aplica, no sólo á la educación que es necesaria para ganarse la vida y para adquirir una formación terrena, sino, en grado mucho más elevado, á la educación para la vida eterna. Sin embargo, esta educación no puede continuarse indefinidamente. Toda educación debe tener su fin y terminar cuando uno llega á la mayor edad. Lo mismo ocurre con la educación dada por la Iglesia. La Iglesia tiene la satisfacción de poder enviar cada día gran número de sus hijos, por las puertas de la muerte, al Padre que está en los cielos, con el testimonio de que están bien educados y son dignos de la mayor edad para la eternidad. Triunfo es éste que los indemniza de muchas amarguras. Pronto están contados los que en el mundo han aprendido á convertirse en dueños de sí mismos. La Iglesia puede glorificarse de poseer millares de hijos, á los que puede presentar á Dios, que sondea los corazones, como mayores de edad, mayores de edad en el reino de la virtud, mayores para consigo mismos, mayores á los ojos de Dios. Son precisamente aquéllos que, en esta vida mortal, se han sometido con la mayor constancia á la educación de la Iglesia, aquéllos que mejor han adaptado su vida á la suya. En verdad que no es demasiado largo y penoso dejarse educar, durante una vida corta y perecedera, para conseguir la vida eterna.

CONFERENCIA XXIII

LA VIDA DE ORACIÓN

1. El misterio del lenguaje.—Uno de los principales beneficios que el hombre ha recibido de la liberalidad del Creador, es el don de la palabra, la cual es el signo de una vida más elevada, una manifestación de la inteligencia, y por esta razón, uno de los misterios más impenetrables. Con ella vertemos, en corazones compasivos, los sentimientos que tratan de ahogar el nuestro, y así dulcificamos nuestros dolores, al propio tiempo que aumentamos nuestra alegría. Con ella formamos nuestra inteligencia; con ella ilustramos á los ignorantes, consolamos á las almas angustiadas, y les indicamos el camino que conduce á la paz. Ella abre un abismo infranqueable entre el hombre y todos los otros seres, que en la serie de la Creación, se encuentran solamente un grado más bajo que él.

Después de haber creado ya millones de mundos, la Omnipotencia del Creador comenzó por establecer todo un nuevo orden de cosas en la vida perfumada de la planta. Pero, por superior que fuese á los soles y á las estrellas el mundo que comenzó por una brizna de yerba, el Creador no lo juzgó suficientemente bello para adornarlo con el don de la palabra. Después de la creación de la planta, creó otros seres más elevados; pero tampoco les concedió este favor. También este mundo, el mundo henchido de mariposas y de insectos, está condenado á una vida incompleta y triste, porque carece de lenguaje.

Sólo en los pájaros se encuentra, por primera vez en la escala de los seres creados, la voz, para anunciar, según

parece, otros organismos más perfectos, como anuncian de lejos al navegante la proximidad de una nueva tierra.

Pero todo falta todavía para que el hombre pueda hablar aquí de lenguaje. ¡Siempre el mismo canto insignificante y monótono, sin libertad, sin sentimiento, sin expresión! En sus cantos, en los que no hay el menor pensamiento, ni siquiera puede el pájaro expresar el temor ó el dolor; sólo un peligro inminente despierta su atención, y, cosa curiosa, cambia inmediatamente su voz en esos gritos que lanzan el topo y la víbora cuando manifiestan su ansiedad ó su dolor. Sólo las especies de animales superiores hacen brotar del pecho sonidos que se parecen á la expresión de una emoción interna, y gozan del privilegio de manifestar, por cierta especie de voz, el dolor, la alegría, el temor, el deseo. Pero, en ellos, todo esto se limita á gemidos, á mugidos, á aullidos, ó á otros sonidos análogos; expresarse y discurrir les está prohibido.

Crea, pues, quien quiera, con Darwin, que un saltón, cuyas patas y antenas se han desarrollado en un período de millares de años, ha podido convertirse en un ciervo, ó que un gorila, que ha acabado por hacer desaparecer su pelo á fuerza de trepar á los árboles, ha podido tomar la forma humana. ¿Pero se querrá también hacernos creer que bastarían millares de años para que el ruiseñor se apropiase el canto de la Catalani, y para que el chimpancé aprendiese el sánscrito ó el griego? Jamás un hombre inteligente hará semejante milagro, porque un milagro sería. La piedra inmóvil no está tan distanciada del pájaro, que revolotea de un lado para otro, como lo está el hombre de todo el mundo inferior, por el solo privilegio de la palabra. Sólo hay palabra donde existe un alma racional. (1) Palabra y razón son inseparables, porque las dos son signos de un espíritu inmortal y pensante. Allí donde la palabra encuentra trabas, allí también se retrasa más ó menos el desenvolvimiento de la razón. En la palabra es donde hay que ver lo que puede la inteligencia del hom-

(1) Aristot., *Anima*, 2, 8, 9.

bre. El estudio de las lenguas, hecho con inteligencia, será siempre el guía más seguro para penetrar en los lugares más recónditos del taller intelectual; una expresión creada por las lenguas, ofrece con frecuencia la clave para resolver las cuestiones más difíciles.

La primera de todas las artes, la más grande de todas las habilidadades, la que sólo poseen corto número de hombres, es la habilidad de la palabra. Entre las facultades que el hombre posee en la tierra, ninguna es comparable en influencia al poder de la palabra humana. Una sola palabra basta para disponer de la vida y de la muerte de millares de personas; la tempestad que no sabría apaciguar un ejército de bayonetas, se calma en el momento en que una palabra oportuna penetra en los corazones irritados. Sin lenguaje, no sería posible la sociedad humana; sin lenguaje, el Estado y la familia se convertirían en hordas salvajes; sin lenguaje, la historia sería imposible; sin lenguaje, estaríamos privados de educación y de progreso. En el reino animal, no hay progreso, porque no hay lenguaje. Aunque el animal pudiera aprender, sólo él se aprovecharía de ello, y no su especie, puesto que le falta el medio de comunicar su ciencia á sus semejantes.

2. La oración, lenguaje del cristiano.—Si la lengua es nota esencial de la inteligencia dotada de razón, el signo por el cual el Creador ha distinguido al hombre de todas las otras criaturas; si es el medio de que le ha dotado para que se una á sus semejantes y constituya la sociedad, entonces esta unión que Dios ha creado entre los hombres, para que su espíritu reine en ellos, para que vivan eternamente con Él, en otros términos, la sociedad, no puede existir sin lenguaje.

La cuestión del lenguaje es siempre importantísima para la vida de toda comunidad. Allí donde no existe la misma lengua, es difícil entenderse y concertarse. ¿Qué ocurriría, si faltase el lenguaje? ¿quién gobernaría? ¿cómo la unión, y aun la existencia, serían posibles?

Si, pues, el reino de Dios debe existir y durar entre los hombres, si debe ser un campo en que reinen la concordia y la unión, la primera cosa que necesita es que se hable en él un lenguaje común. Este lenguaje debe ser el signo característico, el medio por el cual los miembros de este reino entren en relación con Dios, y el lazo que entre sí los una. Conocemos este lenguaje del reino de Dios; es la oración. La oración es la lengua por medio de la cual los hijos de Dios se comprenden, porque es la lengua por medio de la cual se ponen en comunicación con su Padre.

Jamás podremos comprender mejor lo que esto quiere decir, que cuando aquel espíritu, que cree hacer un servicio al mismo Dios, nos arrebate de la tierra;[1] que cuando el espíritu de intolerancia contra la conciencia y contra la Iglesia nos arroje de nuestros hogares, de nuestras propiedades y de nuestra patria, negándonos el agua y el fuego. Como criminales condenados á muerte, erramos fugitivos por tierra extraña; de repente distinguimos un templo de Dios; de lo alto de una de sus torres, habla la campana á nuestro corazón, con fuerza tan conmovedora como en otro tiempo, cuando vivíamos en paz en nuestra querida patria. Un poder irresistible nos atrae á la casa de nuestro Dios. Entramos en ella con ese sentimiento inexplicable de abandono, de abatimiento, que ignora todo corazón, hasta que lo ha perdido todo en la tierra. Las vidrieras de vivos colores nos dicen que el espíritu de la fe y de la caridad reina allí hace ya muchos siglos, y allí ha producido frutos soberanos. La voz solemne del órgano penetra en nuestro corazón quebrantado por la pena, y brotan de nuestros ojos lágrimas más abundantes que las que corrieron otras veces en días más felices. Un escalofrío conmueve nuestro ser, al sordo fragor de esos truenos precursores del juicio final; ó bien, una dulce alegría se apodera de nuestra alma, al oir en lontananza los coros de ángeles que nos dan un sabor anticipado de las delicias de aquella patria, donde no existen ni lágrimas ni sufrimientos. En aquel

(1) Joan., XVI, 2.

momento nos sentimos más cerca del cielo, y vemos que la tierra, con todo su poder, no puede arrebatarnos una cosa que es muy superior á todos sus bienes, á saber, la paz de Dios en el corazón.

Sin embargo, el hombre permanece hombre, aunque el cielo lo atraiga á sí. ¡Ah, qué felices seríamos, si tras una larga permanencia en suelo extraño, pudiéramos decirnos que, en la tierra, no debemos sentirnos extranjeros! Involuntariamente paseamos nuestras miradas por las naves de la Iglesia, y vemos que la muchedumbre piadosa de fieles la llena por completo, hasta la puerta de entrada; no oímos una sola palabra; nadie nos da la bienvenida, pero, al verlos golpearse el pecho y rezar el rosario, nos basta una ojeada para comprender que rezan. En el altar hay un sacerdote, el cual ofrece, en lugar de ellos, el sacrificio de alabanza y propiciación. Entonces sabemos donde nos hallamos; quizás no conozcamos la lengua que se habla en aquel país; no estamos habituados á sus costumbres; pero ¿qué importa? Allí se conoce al Padre que adoramos, y todos le hablan en la misma lengua que en nuestro país. ¡Gracias sean dadas á Dios, por cuanto, desterrados por nuestros hermanos, nos encontramos de nuevo entre hermanos, y por cuanto, arrojados de nuestra patria, no nos hallamos sin patria! En aquel momento comprendemos—quizás no lo habíamos hecho nunca, hasta que la necesidad no nos había obligado á penetrar el misterio de la oración—que la oración es el medio único y, no obstante, sencillísimo para encaminar, á la unión del espíritu y á la fraternidad de los corazones, á los hombres que no pueden ya entenderse desde la construcción de la torre de Babel.

En verdad, que es preciso haber atravesado momentos en que el suelo flaquease bajo nuestros pies, en que todos nuestros apoyos se derrumbasen, para poder apreciar cuán verdadero es que la oración es la escala por la cual subimos de la tierra al cielo, y por la cual los mensajeros de Dios descienden hasta nosotros para consolarnos. Empeza-

mos ya á formarnos una pequeña idea de la fuerza que debe haber en la oración, cuando el fugitivo soplo de una piadosa disposición de espíritu nos hace olvidar todo el dolor que desola nuestro corazón, y nos eleva hacia la morada eterna de la paz. Entonces es cuando comprendemos el honor inmenso que la gracia de la oración presta al cristiano, al capacitarlo para hablar sin intérprete con el Dios de majestad, para traducir todos los suspiros de su corazón y todos los pensamientos de su espíritu al lenguaje de la eternidad, á ese lenguaje que, al través de la inmensidad del espacio y del tiempo, continuará resonando, en los coros de espíritus transfigurados, como sacrificio de alabanza y adoración.

3. La oración, algo nuevo en el mundo: el muro de separación entre el Cristianismo y el mundo.—Si esto ocurre con la oración, la cual, nosotros, hijos de la oración, no podemos comprender, sino con el mayor trabajo, y cuya sublimidad quizás no apreciemos nunca por completo, no tenemos por qué asombrarnos de que la primera impresión que los cristianos, este pueblo de orantes, produjeron sobre el mundo, fuese tan inaudita, nueva y extraña.

En los tiempos más remotos, en días mejores, el Paganismo conservaba aún hermosos vestigios de oración, pero, en los últimos tiempos, apenas si sabía lo que era. De aquí provino el asombro con que fueron mirados los cristianos.

Este carácter de orantes, no sólo sorprendió á los paganos, sino que también hoy conserva la misma apariencia de singularidad. Todo ello nos muestra claramente que tenemos en la oración, no sólo algo de nuevo, sino un bien que es de especie muy diferente de todo lo que contiene la civilización profana.

En efecto, la oración es un nuevo grado de progreso intelectual y moral. Jamás la humanidad se hubiera atrevido á practicar por sí misma la oración, si Dios no hubiese descendido hasta ella y no la hubiese elevado hasta Él.

Con esto no queremos decir que la oración haya sido introducida únicamente por la Revelación y el orden sobrenatural. La oración es una de esas obligaciones que se fundan en la naturaleza del hombre, y que se predican por la razón natural y por la conciencia. (1) Pero es ya algo tan sublime, y casi nos atreveríamos á decir tan peligroso, que Dios mismo tiene que ir delante del hombre, alentarle y fortificarle, para que éste pueda servirle.

Aplícase esto especialmente á la oración sobrenatural, á la oración de los hijos que se dirigen á su Padre. La oración cristiana es una gracia de Dios, un don del Espíritu Santo. (2) El cristiano ha recibido del Padre el derecho, del Hijo el ejemplo, del Espíritu Santo la fuerza para orar. De aquí que se comprenda fácilmente que el mundo mire la oración con santo respeto. En la oración es donde se expresa con mayor claridad el espíritu cristiano, la elevación hacia Dios, el desprendimiento del mundo. La oración es el límite infranqueable ante el cual se detiene el espíritu del mundo como herido de estupor. La oración es el muro que separa del mundo al cristiano. Aunque nos viésemos rodeados de un ejército de burlones, podríamos imponerles silencio y obligarles á huir más que de prisa, con sólo sacar nuestro rosario y empezar á rezar. El mundo no comprende la oración; por esto no la ama, ni la practica; por esto huye de ella, le tiene miedo, siquiera no se canse de afirmar que no la necesita. Aunque los hombres digan millares de veces que pueden prescindir de la oración, no hay que creerlos: mienten. Mejor que nadie saben ellos que, al decir esto, no hablan sinceramente. Del mismo modo hablan de todo lo que estiman en el fondo de su corazón, de todo lo que desean poseer, pero cuya adquisición exige de ellos demasiado esfuerzo.

El animal puede vivir sin orar. Esto es completamente natural, y en ello no encuentra mal alguno, porque carece

(1) Cf. *tomo* I, *conf.* II, 5.
(2) Rom., VIII, 26. Gal., IV, 6. August., *Ep.* 194, 3, 10; 4, 16 y sig. *In ps.* 118, 14, 2. Gregor. Mag., *In Evang. hom.*, 2, 30, 3.

de razón y de lenguaje. Puede ocurrir que el hombre, que, por desesperación, ha rechazado lo que tiene más valor para él, huya de la oración, porque le recuerda aquellos hermosos días que ha perdido por su propia falta; pero sabe muy bien que, si hay alguien que tenga necesidad de la oración, es precisamente él. Así como el corazón no puede existir sin amor, ni la inteligencia sin verdad, así también la lengua no puede permanecer muda, mientras posea un átomo de fuerza. ¿Cómo el hombre, que, en una lucha penosa contra sus pasiones, aspira á librarse de sí mismo y desea su ennoblecimiento moral; cómo el hombre, á quien un rayo de lo alto ha mostrado la oscuridad del calabozo en que vive; cómo el hombre que suspira por algo mejor que lo que constituye la felicidad del animal, podría vivir sin orar? Bien puede decirnos: Siento que mi corazón es tan duro como la piedra, y carezco de fuerza para orar. [1] Queremos creerlo; pero lo que nadie puede decirnos es que no experimente la necesidad de orar. Lo único que hay de verdad en ello es que es demasiado débil para orar, y que el desaliento le aleja de la oración.

4. La oración, lenguaje de la vida, enseñada por el mismo Verbo de Dios.—Pero si todos los hombres deben orar, y si ninguno puede orar con sus propias fuerzas, ¿á dónde dirigirnos, pues, en nuesta angustia?

La respuesta se nos ofrece por sí misma. Los discípulos que se dirigían al Señor y le rogaban con toda sencillez que les enseñase á orar, [2] hablaban en nombre de la humanidad entera, que tenía necesidad de redención y de estímulo para emprender un nuevo vuelo. Y la Sabiduría divina, que hacía hablar á los mudos y llenaba de elocuencia la lengua de los niños, supo inmediatamente apreciar todo lo que hay de apremiante y de serio en ésta oración; era el llamamiento á la salvación y á la vida lo que la humanidad enviaba hacia el cielo por boca de sus apóstoles.

De aquí que no bastase al Hombre-Dios orar él mismo,

(1) Rom., VIII, 26.
(2) Luc., XI, 1.

aunque la oración hecha por la cabeza lo sea por todo el cuerpo y todos los miembros.[1] Tampoco le bastó enseñarnos á orar con su ejemplo. [2] Verdad es que cada una de sus acciones es una verdad y un ejemplo para nosotros, [3] y que nos enseñó numerosas verdades concernientes á la salvación sin decir una palabra; pero en esta cuestión, que es verdaderamente una cuestión de vida para el mundo entero, no le bastó darnos el ejemplo, sino que quiso ser Él mismo, en persona, el maestro que nos enseñase á orar; tan grande es á sus ojos la importancia de la oración. Con mucha frecuencia y variadas maneras, ha hecho decir á los hombres, [4] por sus servidores los profetas, lo que debían creer, hacer y omitir; pero se reservó el derecho de enseñarnos Él mismo, Él, el Verbo de Dios, [5] el lenguaje que debemos hablar como hijos de Dios en presencia de nuestro Padre.

Y con razón. Si el lenguaje es el signo de la vida, convenía que Aquél que es la vida, y que da la vida, nos enseñase igualmente la oración. [6] Si la vida que nos trajo era una nueva vida, muy justo era que aportase también una nueva lengua que respondiese á esta nueva vida. [7] Por esto, yo mismo—dice—quiero estar en tu boca, y enseñarte cómo debes hablar. [8] Y abrió la boca, nos desató la lengua y dijo: Hablaréis así: Padre nuestro que estás en los cielos.[9] Y desde entonces, el corazón del que no es sabio, aprende la sabiduría, y la lengua que hasta entonces ha tartamudeado, habla rápida y distintamente: [10] la humanidad ha-

(1) August., *Ps.* 85, 1. *S.* 217, 1. Bern., *Pentec.*, S. 2, 5.
(2) Cyprian., *Orat. Domin.*, 29 (21). Augustin., *In ps.* 56, en. 5. Thomas, 3, q. 21, a. 1, ad 1; a. 3.
(3) Gregor. Mag., *Dial.*, 1, 9; 3, 21. Basilius, *Constit. mon.*, 1, 1. Augustin., *S.* 75, 2.
(4) Hebr., I, 1.
(5) Cyprian., *Orat. Dom.*, 1, 2.
(6) Quid fecit vivere, docuit et orare. Cyprian., *Or. Dom.*, 2.
(7) Tertullian, *Orat.*, 1.
(8) Exod., VI, 12.
(9) Luc, XI, 2
(10) Is., XXXII, 4.

bla una nueva lengua, que ha aprendido de Dios; el lenguaje del cielo, el lenguaje de la oración.

5. La oración y la vida interior.—Hemos dicho que el lenguaje es un signo de la vida; pero solamente de una vida bien desarrollada, libre, que tiene conciencia de sí misma, en una palabra, de una vida intelectual. Sólo allí donde un espíritu reflexivo da pruebas de su vida, puede uno encontrar el lenguaje. Del mismo modo, no sabe uno apreciar y practicar verdaderamente la oración más que allí donde se vive verdaderamente según el espíritu. La ruina de la vida sobrenatural interna comienza casi siempre con la negligencia y el desprecio de la oración, y su regeneración es inherente al despertamiento del celo por la oración.

¡Qué espíritu debe hablar por la boca de esas gentes que no saben juzgar la oración con suficiente desprecio, que—preciso es creerlo, puesto que lo dicen—no han aprendido á conocerla bajo otra forma que la de un movimiento mecánico de los labios y de fórmulas muertas é insípidas! [1] No podemos dejar de expresar nuestro asombro, al ver cuán poco se estiman ellos mismos, manifestando públicamente semejante ignorancia en lo referente al lenguaje, y, en primer término, al lenguaje de la oración. Sin duda hay también un lenguaje interno que no se oye desde fuera; pero ¿acaso cesa uno de pensar y de sentir, porque manifieste sus pensamientos y sentimientos al exterior? [2] ¿No es precisamente la voz la mejor prueba de los sentimientos del corazón, tan fuertes que no pueden permanecer ocultos? ¿De dónde queréis que proceda la oración, sino del espíritu y del corazón? Ahora bien, el que ora de corazón, ora también en su corazón.

La oración que Dios mismo nos ha puesto en los labios y nos ha enseñado, la oración sobrenatural, la oración cris-

(1) Cf. Hertzog, *Real-Encyklop. für protest. Theol. und Kirche* (1. Aufl), IV, 687 (Ebrard); XVIII, 397 (Lange); XV, 147 (Jacobi). Hase, *Polemik*, XXI, y 392 (3 Aufl).
(2) Aristotel., *Anima*, 2, 8, 11.

tiana, no es una excepción. El Espíritu Santo ha hecho del corazón su templo y el altar de su oración; [1] de Jesucristo ha aprendido el cristiano á orar á Jesucristo, por Jesucristo y con Jesucristo; [2] ¿y habrá necesidad de añadir que semejante oración deba venir del interior y penetrar el interior?

No hablamos aquí de las especies de oración más elevadas, en las cuales no toman parte las palabras y los labios; [3] no hablamos de la oración que es un suspiro interior, de la oración ardiente, inflamada, de la oración con sus diferentes categorías; la quietud, la contemplación, la unión. [4] Apenas si el mundo conoce estos grados de tan sublime oración; pero suponemos que todo cristiano conoce, por lo menos, por haber oído hablar de ella, la palabra *oración interior*. Todos los autores, todos los maestros de la vida espiritual, que, con el espíritu de Dios, tienden la mano al hombre para purificarle y ennoblecerle, [5] están completamente de acuerdo sobre este principio, á saber, que no es precisamente la oración vocal la que, propiamente hablando, es el medio para llegar á la perfección, sino antes bien la oración interior, contemplativa; [6] y con es-

(1) Rom., VIII, 26. Gregor. Mag., *In Evang. hom.*, 2, 39, 7. Augustin., *De div. quæst. ad Simplician.*, l. 2, q. 4.
(2) Augustin., S. 382, 2. *In ps.*, 85, en. 1.
(3) I Reg., I, 13. Cassian., *Coll.*, 9, 25.
(4) Thomas a Jesu, *De contemplat.* Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 2. Schram, *Myst.*, § 238 y sig. Godínez, *Myst.*, I, 4-6. Phil. a Trin., *Myst.*, II, tr. 3; III, tr. 1. Ribet, *La mystique* (2), I, 180 y sig. Surin, *Cat. spir*, 3, 4.
(5) Álvarez de Paz es el autor que ha tratado más ricamente la materia de la oración. Luís de Granada ha merecido las recomendaciones de los Santos Carlos Borromeo y Francisco de Sales, y Brancatus de Laurea las de Benedicto XIV (*Sev. Dei Canonis*, 3, 26, 8). Entre las obras de menos importancia, ocupan el primer lugar las de San Pedro de Alcántara y San Alfonso de Ligorio. Sin embargo, ninguna de estas obras supera en plenitud de sabiduría y de experiencia á lo que Cassiano (*Collatio* 9 y 10) recogió de de boca de los antiguos Padres. En el fondo, una buena dirección espiritual y la práctica personal es lo que hay de mejor para aprender la más elevada ciencia y el arte de la oración.
(6) Bened, XIV, *Serv. Dei Canonis.*, 3 29, 2, 3. Schram, *Theol. Myst.*, § 49, *schol.* 1 y § 47, *coroll.* 4; cf. *ibid.*, § 33. Rafael de la Torre, *De virt. relig.*, q. 83, a. 2, d. 2, 3. Gregor. a Valentia, III, d. 6, q. 2, p. 3.

to, no hacen más que decir lo que cada uno comprueba en sí mismo. Esto arrojaría una luz singular sobre la vida de nuestra alma, si no supiésemos por experiencia que ésta apenas puede existir, y con mayor razón, aumetar, sin la vida interna. Así, se encontrará difícilmente un director de almas que con frecuencia no haya notado cuán fácil es encaminar á la vida interior aun á personas sencillas, pero que aspiran sinceramente á la perfección, y cuán rápidos y sorprendentes progresos hacen, así en el camino de la virtud, como en el conocimiento de Dios y de sus propios deberes, desde que se ejercitan en esta oración.

Está muy extendida la creencia de que esta especie de oración, llamada ordinariamente *meditación*, no es buena más que para aquellos que ya han alcanzado un grado suficientemente elevado de la vida espiritual. Pero no es así. Todos pueden convencerse de que muchos comprenden esto sin gran trabajo, y que aquéllos á quienes no se ha podido hacer adelantar en el bien hasta entonces, hacen en poco tiempo grandes progresos, desde que se les ha familiarizado con esta práctica. Admitimos, sin embargo, que hay personas que no tienen gran aptitud para la meditación en el estricto sentido de la palabra. ¡Que pueden siquiera ejercitarse con la mayor seriedad posible en la oración vocal! Obrando así, comenzarán igualmente á convertirse en hombres totalmente diferentes; bien pronto perderán la distracción y la superficialidad, sabrán ocuparse en sí mismos, mirarán las cosas con más seriedad; en una palabra, llegarán á ser más *interiores*. Oración y vida interior son dos cosas unidas del modo más estrecho.

6. La oración y la vida religiosa.—En este caso, inútil es decir que la oración y la vida de religión son inseparables. Desgraciadamente, esto no es superfluo. Preciso sería que la pereza humana y el amor á las comodidades no fuesen tan grandes como lo son en realidad, para que la oración agradase mucho más. De aquí que se recurra siempre á los antiguos pretextos, á saber, que uno puede perfectamente tener religión sin oración, que hay muchas personas que recitan sus oraciones de un modo puramente mecánico, sin ser por esto personas religiosas. No tenemos necesidad de contestar á esta última objeción, pues ya hemos demostrado [1] que, además de la oración, hay muchas cosas que deben formar parte de la religión. Pero la primera afirmación es completamente falsa y debe rechazarse. No hay religión sin oración. El que no quiere orar, niega que el hombre dependa de Dios; el que la omite, echa por tierra la única escala que conduce á Dios; el que desprecia la oración, niega al mismo Dios.

Una prueba de que esto es completamente verdadero, son las palabras insípidas con que Kant ha creído hacer ridícula la oración. La oración—dice el célebre pensador—es una cosa de que todos deben avergonzarse, porque, de ordinario, cuando uno ve un hombre que habla solo, sospecha que hay en él un principio de locura. Sólo en la oración no se avergüenza uno de hablar solo. [2]

En su ciega sabiduría, se burla el filósofo del que ora; pero, al obrar así, se mofa también de Aquél á quien se dirige la oración. Para hacer despreciable la oración, no vacila en tratar á Dios como si no existiese, y aun en arrojarlo de su propiedad; porque ¿qué puede reivindicar Dios con mayor derecho que la oración? Á todo podría renunciar antes que á ella. Dios entrega su honor á los burlones, deja blasfemar su justicia por los escépticos; pero lo que no abandonará jamás á nadie, son los homenajes y adoraciones que sólo á Él le son debidos.

La oración es la propiedad de Dios, el tributo que la criatura debe al Criador y el súbdito á su Dueño supremo, la confesión pública de que somos incapaces de bastarnos á nosotros mismos, de que dependemos de la gracia de Dios. El que no ora, no cree en Dios, ó bien ha olvidado sus deberes para con Él. Todos los niños que conocen el cate-

(1) V. más arriba, *conf.* 6.
(2) Kant, *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft.* 4 Stück 2. Th., § 4, *Allgem. Anm.* 1. Note.

cismo, saben darse cuenta de esto. Ellos nos dirán que la oración es una conversación de la boca y del corazón con Dios; en otros términos, un culto que la criatura debe al Criador.

Esta es la razón principal por la que debe considerarse la oración como expresión de la religión conforme á la naturaleza, y necesaria por parte de la naturaleza. Pero con esto á nadie se le ocurre negar que el que ora, sobre todo el que medita, hable también consigo mismo. Ahora bien, por esta razón también, pertenece la oración, por modo esencial, á la religión. La religión no es sólo un culto á Dios, sino también el medio más poderoso para elevarnos nosotros mismos, y para transformarnos interiormente. Es también un culto á nosotros mismos.

Así, pues, por el mismo hecho, de que el que ora habla á Dios, habla también consigo mismo. Al elevar sus ojos á la pureza de Dios, penetra también los oscuros repliegues de su corazón. Examina todos sus defectos á la luz que ha tomado de Dios; y dirige también sus miradas, á las que ha acostumbrado á contemplar espacios inmensos, á sus propias debilidades, que tan fácilmente se ocultan á una vista no ejercitada. Lo que ha aprendido hablando con Dios, en los momentos en que se elevaba por encima de sí mismo, se lo enseña á sí mismo, hasta que se grabe profundamente en su espíritu. Tiene siempre ante sus ojos el reflejo de las perfecciones que ha contemplado en Dios, á fin de que su corazón arda siempre en el deseo de imitar este modelo.

Esto es lo que se llama orar, esto es lo que se llama meditar. De aquí que el que ora, no se avergüence de hablar consigo mismo, porque ha aprendido á avergonzarse de ocultarse á sí mismo sus debilidades. De aquí que nadie hable tan á menudo y con tanta insistencia consigo mismo como el que más alto se eleva hacia Dios. Y precisamente por cuanto la oración es una conversación entre Dios y nosotros, forma parte de la religión. El que verdaderamente ora, es verdaderamente religioso. Luego el que ora bien, y es verdaderamente religioso, está en buen camino para perfeccionarse.

7. La oración y la vida espiritual.—¿Cómo debemos juzgar, pues, la afirmación que dice que la oración es algo extraño al hombre, y que la religión nada tiene que ver con la moral? Con frecuencia se dice que la oración puede ser necesaria como culto tributado á Dios, pero que no se refiere para nada á la salvación del hombre. Esto es una calumnia contra Dios, un desconocimiento de lo que es el hombre, y una blasfemia sin igual contra la oración. ¡Como si Dios tuviese necesidad del culto de los hombres, y como si no fuese el hombre el que más necesidad tiene del culto de Dios! ¡Como si alguien pudiese dar á Dios algo que ya no poseyese! ¡Como si Dios exigiese de nosotros un culto que no fuese un culto todavía más grande para nosotros mismos! ¿Por ventura puede elevarse el hombre hacia el Altísimo sin engrandecerse él mismo? Sus relaciones continuas con Dios ¿pueden tener otro efecto que el de ennoblecerle? Ninguna ocupación, por externa que sea, deja de ejercer influencia en el espíritu. ¡Cómo, en este caso, la acción más interna posible, la más espiritual, á saber, la práctica de la religión por la oración, deberá influir sobre él!

Con profunda sabiduría, pues, el lenguaje cristiano ha llamado *vida espiritual* á los sentimientos religiosos penetrados del espíritu de la oración. Ahora bien, la vida, como lo hemos visto con tanta frecuencia, es actividad y trabajo; por consiguiente, la vida espiritual no es otra cosa que un trabajo espiritual. La vida espiritual no consiste en emociones piadosas, en dulces sentimientos estériles, en una vana convicción de la inteligencia, sino en un trabajo espiritual. No decimos trabajo del espíritu, ni vida del espíritu, sino vida espiritual. Hermosa es la vida del espíritu, pero la vida espiritual es incomparablemente más elevada. La actividad del espíritu que reflexiona, que, por ejemplo, se ocupa en las ciencias, es también una vida, y una vida muy elevada, pero no la más elevada de todas.

Sabido es que la formación del espíritu no es incompatible con una grosería profunda del corazón, con la perversidad de la voluntad, y aun con cierta destreza en el vicio; el espíritu no se compone solamente de la fuerza de pensar, sino que comprende también la facultad de amar. Puede, pues, ocurrir muy bien que uno haya habituado su espíritu á las más altas empresas del pensamiento y de la investigación, que su perspicacia se haya ejercitado en todo lo que, en la tierra y por encima de la tierra, sea accesible á los sentidos, y que con todo esto, apenas tenga una idea del gran misterio, de cómo puede desplegar su actividad por el espíritu y en el espíritu. Y, sin embargo, este trabajo, ó, en otros términos, la vida espiritual, es la más elevada actividad humana, la única digna del hombre, aquella sin la cual todos los demás resultados son estériles y aun contraproducentes. ¿De qué le servirá al espíritu adquirir tantas cosas y perderse á sí mismo? De este modo, con toda su formación, permanece inculto y grosero. Del mismo modo que el oro no se convierte en puro, ni se bruñe el acero, sin el auxilio del martillo y del fuego, también el espíritu no se purifica y se ennoblece sin su propio trabajo.

Ahora bien, este trabajo intelectual de la purificación y perfección de nuestro corazón y de nuestra voluntad, es inseparable de la oración. Aquí, menos hablamos de que, sin la oración, no obtendremos jamás la fuerza necesaria para realizar tan difícil empresa, que de su misma eficacia. La oración es también un trabajo del espíritu, y un trabajo que penetra hasta en lo más íntimo de nuestro ser. Si alguien no comprende lo que esto significa, no tiene más que darse al ejercicio de la oración, y lo sabrá en seguida. La oración será desde luego un espejo que le mostrará sus defectos; después, una lima que pulirá las rugosidades de su alma; más tarde, perseguirá los defectos y la falta de sinceridad hasta en los repliegues más ocultos de su corazón; y finalmente, será el fuego que hará desaparecer las últimas escorias. No hay poder alguno tan penetrante y tan inexorable para el mal como la oración. El que ha empezado á orar, debe, si quiere encontrar la paz, ó romper con sus defectos, ó con la oración. En esto se reconoce de un modo infalible el caso que es preciso hacer de nuestra oración. Toda oración verdadera tiende á exterminar el mal y á introducir la virtud. [1] Thomasin dice por modo admirable:

«Cuando uno ha comenzado á orar, es mi voluntad y mi consejo que se eleve hasta las obras. Cuando uno puede orar y se abstiene de las obras, profana su oración, ya que el que ora debidamente, debe hacerlo ver por sus obras.» [2]

Sólo, pues, un sentimiento religioso mediano puede creer dispensarse, con algunas breves fórmulas, ó aun con la oración hecha con labios distraídos, de la lucha contra las tentaciones que le asaltan, del trabajo necesario para domar sus pasiones; en una palabra, sólo este tal puede creer que se evitará todo esfuerzo propio. La oración no es más que una preparación para la guerra; es la escuela en que se aprende el manejo de las armas para las santas luchas, el alistamiento de aliados contra los enemigos, y el descanso para una nueva campaña en pro de nuestra verdadera vida; pero no es la lucha misma. En la medida en que uno ruega, entrevé la perspectiva de que lo sostenga la gracia, y la esperanza de vencer, así como en la medida en que lucha, obtendrá socorros y conseguirá victorias. Se aplica igualmente aquí el dicho: «Ora y trabaja.» Sin oración, todo trabajo es estéril; pero, sin trabajo sobre nuestra propia alma, la oración no es más que un juego.

8. El poder de la oración en la opresión de la vida. —El espíritu de incredulidad de nuestra época dice con frecuencia: «¿Qué bienes me reporta la oración? No es ella la que me hace vivir.»

¡Pobre generación que no conoce otro bien que lo que

(1) Cassian., *Coll.*, 9, 2; 10, 8 y sig. *Vitæ Patrum*, 5, 12, 12. Nilus, *De orat.*, c. 79.
(2) Thomasin von Zerklære, *Der welsche Gast*, 10, 249 y sig.

se bebe y se come, ni otra vida, que la que nos es común con el animal! ¡Qué vergüenza para nosotros mismos, cuando oímos hablar así á gentes que no tienen idea de los bienes intelectuales ni de los bienes que favorecen al alma, á gentes que ignoran que hay un trabajo cuyo provecho será eterno!

Por el momento, no hablamos de las bendiciones que de Dios obtenemos por la oración, aun para las cosas temporales. Quizás trataremos esta cuestión, pero lo que estimamos infinitamente más es que la oración nos liberta del peso de nuestros pecados, y nos eleva, como sobre alas de águila, por encima de las vulgares ocupaciones de la vida ordinaria, por encima de nosotros mismos y de las miserias de la tierra. Sólo considerada bajo este aspecto, ofrece la oración la prueba de que es un verdadero beneficio para el mundo, y un medio de salvación para un tiempo que se desliza de un modo tan poco ideal bajo el peso de prosaicos cuidados y de un grosero trabajo que no se acaba nunca. La miseria propiamente dicha no es la que procede del exterior, sino la que reconoce por causa la fatiga interna. Mientras el espíritu permanece recto, soporta con dignidad el hombre todas las cosas penosas, aun la pobreza y la miseria más dura; pero si aquel se debilita, no tarda en derrumbarse.

De aquí que veamos una de las causas principales de la corrupción moral en esta funesta manera actual de educar á las masas, en ese error que consiste en creer que uno es rico si tiene la bolsa llena y el estómago satisfecho, y que la designemos como una fuente de la miseria social. Difícil es ya luchar contra ese espíritu pernicioso en sí mismo, por cuanto la dura presión de la vida cuotidiana lo despierta y fortifica. ¡Con cuánta mayor razón es difícil luchar contra él, cuando deliberadamente se predica como ahora! Así, pues, el que pueda encontrar un contrapeso á este espíritu, será sin duda alguna un amigo y un bienhechor de la humanidad.

Ahora bien, este contrapeso hace ya mucho tiempo que

se ha encontrado; es la oración. Mientras uno rece todavía un Padre Nuestro, está en seguridad contra ese rebajamiento del espíritu, contra esa fuente terrible de descontento, con todas sus consecuencias morales y sociales.

Tomemos un obrero cristiano, que gana penosamente su triste pedazo de pan en una fábrica. Sabe lo que es luchar contra las miserias de la vida, y también lo sabe el que le ve durante la semana; de tal modo anda encorvado por el peso de su gran carga. Pero dispone del séptimo día, y el que lo encuentra el domingo, apenas lo reconoce. Quizás no tenga vestido más hermoso que el de los días de trabajo, pero lleva más erguida la cabeza, aparece menos encorvado, y su fisonomía es la de un hombre libre, la de un señor, porque también es él dueño de un día, sí, lo repetimos, de un día, en el que su espíritu se eleva libre y fácilmente hacia el Dios que está en el cielo. Y aun durante la semana, en la que no tiene, por decirlo así, un momento de descanso, encuentra diariamente algunos instantes para consagrarlos á Dios solo, ó mejor, no á Dios solo, sino instantes que son suyos, precisamente porque los ha consagrado á Dios. Entonces es cuando se eleva por encima de sí mismo, por encima de la estrecha manera de ver en que ordinariamente vive, por encima de este mundo lleno de polvo, lleno de hollín y de estruendo, en el que acaba por perder el oído y el pensamiento. Esto le impide por algún tiempo hundirse en la tierra y sucumbir á la presión externa.

Mientras que el trabajo intelectual en el cual no entra oración alguna embota con tanta frecuencia á la inteligencia, haciéndola insensible, fría, ridícula y aun inútil, la dura lucha por la vida no es un obstáculo para conservar la frescura y el vigor del espíritu, en el supuesto de que no se omita la oración. No hay duda en que si uno quiere encontrar persona que, no obstante hallarse en lucha con la vida, se cierna sobre ella; si se quieren encontrar realizados ideales verdaderos y durables, ideales que, no sólo entusiasmen al hombre en sus horas de esparcimiento, sino

que le sostengan también en sus momentos difíciles, preciso es buscarlos allí donde prospera la verdadera vida de oración.

9. La oración y las súplicas de la vida terrenal.—Pero si la oración eleva el espíritu hacia Dios, es también un medio para atraer el auxilio de Dios sobre él. Si un hombre se separa de Dios con las manos vacías, á sí mismo debe atribuírselo. La oración practicada con confianza [1] y perseverancia, [2] alcanza todo lo que hay de mejor para nosotros. Tenemos en prueba de ello la promesa del mismo Dios. Así como la palabra de Dios, una vez pronunciada por Él, no vuelve á Él sin haber producido su efecto, sino que realiza lo que Él ha resuelto, [3] así también una oración que el hombre dirija á Dios, por mediación de su Verbo viviente [4] y por su Espíritu, [5] no puede hacer otra cosa que atravesar las nubes y ser escuchada junto al trono de Dios. [6] Llenos de esta certeza, ninguna situación penosa, ninguna angustia del corazón debe quebrantarnos. Puesto que el Señor dice que todo se puede obtener por la oración, no hay en esto excepción alguna. Sería una falta de confianza dudar de poder remediar por la oración las necesidades de la vida externa y de la vida pública, por cuanto nuestro deber de cristianos nos ordena pedir nuestro pan cuotidiano. No tenemos la garantía de recibir cosas inútiles; sabemos igualmente que la oración, en las cosas temporales, no nos dispensa el trabajo propio, como tampoco en las referentes á la salvación; pero tenemos la seguridad de que la oración sirve para todo, así en las cosas terrenas como en las eternas. [7]

(1) Jac., I, 6.
(2) Matth., VII, 7; XXI, 22; Marc. XI, 24; Luc. XI, 9; Joan., XIV, 13, 14; XVI, 23; I Joan., III, 22; V, 14.
(3) Is., LV, 11.
(4) Hebr., VII, 25.
(5) Rom., VII, 26. Gal., IV, 6.
(6) Eccli., XXXV, 21.
(7) I Tim., IV, 8.

Si la humanidad creyese siempre en estas promesas, la miseria sería menos grande de lo que es, y las bendiciones de Dios más abundantes; pero como no es esto lo que ocurre, el hombre se siente naturalmente abandonado, porque cuenta únicamente consigo mismo. Sin embargo, podría convertirse en todopoderoso entre las manos de Aquél que todo lo puede y aun mandar á Dios por la oración. Demasiado débil para bastarse á sí mismo, es, no obstante, demasiado fuerte para que Dios le haga la afrenta de venir en su auxilio sin que se lo pida, como se trata á un loco, de quien ya no puede esperarse una cooperación razonable. Podemos reconocer nuestro mal y nuestra debilidad; podemos declarar nuestra enfermedad al médico, y testimoniarle nuestra confianza; podemos, por lo menos, aceptar los medios de auxilio que se nos ofrecen. Sin duda, esto no es mucho, pero, cuanto más pequeño es, más nos obliga.

Hay tres cosas que siempre podemos hacer. La primera, que es al propio tiempo el primer paso que nos conduce á la salvación, consiste en darnos cuenta de lo que nos falta; la segunda, en saber cómo y dónde podemos encontrar auxilio; [1] la tercera, en seguir las prescripciones del médico.

Ahora bien, cada uno cumple con esta exigencia cuando ora. En realidad, no es este un gran trabajo, pero lo es para nuestra debilidad, un trabajo que, como todo trabajo, exige esfuerzos personales, un trabajo que nos pide humildad y sumisión, un trabajo que, por otra parte, es suficiente para ofrecernos un abrigo en las angustias de la vida y para procurarnos la seguridad aquí bajo y en la eternidad.

10. La oración como actividad social.—Por consiguiente, en realidad, nada hay que no pueda obtener la oración, y de aquí la confianza que en ella tienen los que la practican asiduamente. Mientras que el espíritu escéptico del mundo cierra la boca al necesitado, y oprime el co-

(1) Augustin., *Serm.*, 80, 1.

razón del suplicante, de tal suerte, que la mano liberal de Dios no encuentra sitio para derramar sus dones, los corazones cristianos más sencillos se elevan á una confianza tal en la oración, y piden á veces tantas cosas, que hasta parece una falta de modestia por su parte. Pero cuanto más piden, más obtienen. De aquí que no se contenten únicamente con orar para ellos, sino que abarquen el mundo entero en su oración. Precisamente bajo este aspecto, muestra el espíritu de la fe toda su grandeza y toda su extensión. El cristiano, que reconoce que Dios lo ha preparado todo para su servicio, (1) se consideraría como un ingrato para con su Padre, si no hiciese todo lo que de él depende para encaminarlo todo á su culto; y se consideraría como cruel para con su prójimo, si no obrase de modo que lo que él mismo ha recibido, aproveche á los demás. Mientras que el pagano, cuando ora, da constantes vueltas en torno de su persona, orar para sí, es con frecuencia la última cosa que se propone el cristiano en su pensamiento y en su vida entera.

En la oración, trabajamos desde luego por la causa de Dios en el mundo y en nuestro propio corazón. Sólo en la cuarta petición del Padre nuestro llamamos nuestra atención sobre nuestros propios asuntos, pero siempre de tal modo, que, al orar por nosotros, oramos por los demás. Sólo un miembro enfermo piensa únicamente en sí y absorve toda la savia del cuerpo. Pero un miembro sano de la Iglesia, vive en la totalidad y para ella, (2) y trabaja aun para aquellos que no lo hacen para sí.

El signo característico de la vida espiritual es, por consiguiente, el sentimiento de la comunidad. Un cristiano que no se preocupara de la salvación de su prójimo, demostraría que carece de espíritu y de vida. (3) Pero allí donde florece una vida sobrenatural, allí también prospe-

(1) Rom., VIII, 28. I Cor., III, 22.
(2) I Cor., XII, 15 y sig.
(3) Chrysost., *In Act. apost.*, *hom.* 20, 4. August., *serm.*, 78, 6; *quæst. evangel.*, 2, 46. *Corrept. et gratia*, 15, 47.

ra la vida de intercesión, y tanto más cuanto que con mayor perfección se haya desarrollado la vida de oración. En virtud de prescripciones apostólicas, (1) la Iglesia, desde su origen hasta nuestros días, ora, no sólo por ella y por sus servidores, sino también por los príncipes y por los que están constituídos en dignidad, á fin de obtener el orden y la tranquilidad en los Estados, la prosperidad en los municipios, la victoria, la virtud y la disciplina en el ejército, la paz en el seno de las familias, la protección para las viudas y los huérfanos, la castidad en el corazón de la juventud, la conversión de los descarriados y pecadores, auxilio para los que son perseguidos injustamente, la misericordia de Dios para los que nos hacen sufrir persecución por la justicia, la salvación para los que están expuestos al peligro de las olas, la fecundidad de la tierra, la dulcificación de las penas temporales, la curación de los enfermos, la buena muerte de los agonizantes, y la pronta liberación de los que han abandonado esta tierra. (1)

Cuanto más se extiende la Iglesia, más calamidades invaden á la humanidad, y más también se ensanchan los corazones cristianos: de ello son testimonio viviente sus oraciones. Los mensajeros de la fe y los seductores de la humanidad, el triunfo de la justicia y de la verdad en la prensa, en las investigaciones de los sabios, en las asambleas populares, en la promulgación é interpretación de las leyes, en la santificación del arte, del domingo, de la vida pública y de otras muchas aspiraciones análogas del corazón, se ofrecen á nuestra alma, desde que empezamos á orar. En una sola hora de oración, recorremos la tierra, experimentamos toda la miseria que conmueve el corazón

(1) I Tim., II, 1.
(2) Cf. Justin., *Apol.*, 1, 13; 17, 65. *Dialog.*, 35, 108. Athenagoras, *Legatio*, 37. Tertullian., *Apolog.*, 29, 30, 39, 40, 42. Arnobius, 4, 36. Constitut. Apostol., 8, 12, 13. Cyrill. Hierosolym., *Cat.*, 23 (mystagog. 5), 8. Chrysost., *De Sacerdotio*, 6, 4. In 2 Cor., *hom.* 3, 5 y sig. Augustin., *Ep.*, 215, 3; 217, 2. Cœlestin. I *ad episc. Gall.*, 11 y todas las antiguas liturgias. V. en particular las oraciones de la misa del Viernes Santo y las Letanías de los Santos.

de Dios, y llamamos á las puertas de este Corazón para obtener perdón y misericordia.

No sabremos decir si, en esta oración por los demás, somos ó no escuchados siempre; pero cuando nuestra oración ha terminado, sentimos siempre que nuestro propio espíritu, al elevarse hacia Dios, se ha hecho más sublime, que nuestra fuerza, al implorar su auxilio, se ha robustecido más, y que nuestro corazón, al presentar á Dios el mundo con todas sus penas, se ha ensanchado más. En todo caso, nos sentimos siempre más que recompensados con este triple resultado de la oración. Así, pues, si alguien dice que es inútil orar, sólo nos toca compadecerle, porque es pobre por su propia culpa.

11. La oración como carácter distintivo de la vida cristiana.—Por consiguiente, que nadie sea tan ingrato y tan despiadado para con Dios, para decir que la oración es una cosa que no le produce provecho alguno, ya que encuentra en ella este provecho, no sólo para él, sino para el mundo entero, y esto bajo todos los aspectos, en las cosas temporales y en las espirituales. Encuentra en ella fuerzas para soportar todas las privaciones y para hacer todos los sacrificios imaginables, para resignarse con paciencia á lo que no puede impedir, y para romper generosamente con los defectos.

Si su alma está sana, la oración no hará más que conservarle la salud; si está enferma, la curará, y si está muerta, será para él la última esperanza de resurrección y el primer síntoma de la vida que renazca en él.

Carlos V sentía que nacía en su interior algo así como una alma nueva, á cada nueva lengua que aprendía. Así también, todo cristiano, á cada nuevo paso que da en el camino de la oración, experimenta algo así como el impulso de una nueva fuerza espiritual y de una nueva vida. Únicamente porque ora, da ya pruebas de que se ha convertido en otro hombre, en un hombre nuevo. «Ve á encontrar á Saulo,—dijo el Espíritu de Dios á Ananías que temblaba—y no tengas miedo de él. Era un lobo y se ha

convertido en un cordero. Inhumano en la persecución, ha llegado á ser un nuevo hombre por las oraciones de sus perseguidos.» [1]—«¿Dudas? ¿Te parece esto imposible? Pues bien, sabe que una nueva vida ha entrado en su alma. Era cruel y ahora es dulce; era ávido de sangre extraña, pero ahora está dispuesto á sacrificar su propia sangre: estaba muerto, más he aquí que vive, porque ora.» [2]

Lo mismo ocurre con todo hombre. Abandonar la oración, equivale á la muerte espiritual; volver á la oración, es el primer signo de la vida espiritual; todo progreso hecho en la oración, es un progreso para la vida del alma. Se comprende la vida en la medida en que se comprende la oración; ella es la que hace aspirar á la gloria de convertirse uno en verdadero cristiano, ó por lo menos, de querer serlo. El que se recuerda únicamente el deber de la oración en los momentos en que la miseria y las angustias de la conciencia le abren los labios cerrados desde hace mucho tiempo; el que tan sólo da á la oración el tiempo que no puede consagrar á otra cosa, éste no ha llegado todavía á la vida cristiana perfecta.

Y, sin embargo, esto es lo que el Señor espera de nosotros. De aquí esta exhortación siempre repetida: «Orad sin cesar; [3] sed vigilantes, orad en todo tiempo; [4] que nada os distraiga de orar siempre.» [5]

¿Qué ocurrirá, pues, con nuestros otros deberes, si hacemos de la oración el único trabajo de nuestra vida? Pero nadie exige esto. Seguramente que no tendría disculpa el que, para orar, descuidásemos los deberes de nuestro estado. Sin embargo, no nos es imposible orar continuamente. Para ello no tenemos más que cumplir esta obligación, como ha sido cumplida y practicada en todo tiempo según la antigua doctrina cristiana. Ciertamente que nuestros antepa-

(1) Augustin., *Serm.*, 149, 7. Chrysost., *In psalm.*, 140, 2. Cf. también á Hieronym., *In Philemon.*, 22.
(2) Act. Ap., IX, 11. Chrysostom., *In Act. ap.*, *hom.* 20, 1.
(3) I Thess., V, 17.
(4) Luc. XXI, 36. Cf. Luc. XVIII, 1. Ephes., VI, 18. Col., IV, 2.
(5) Eccli., XVIII, 22.

sados en la fe no se dejaron vencer por nadie en amor al trabajo; pero esto no les impedía empezar su jornada, sus trabajos, sus distracciones y sus comidas, con la oración;[1] y, por el mismo hecho, oraban constantemente. Nadie puede decir que es incapaz de imitarlos en este punto.

No es, pues, necesario que hagamos de la oración el único trabajo de nuestra vida; pero tampoco es imposible que hagamos de nuestra vida una oración continua. La oración es la elevación del alma hacia Dios; es un trabajo sobre nosotros mismos; trabajo que nos mejora y nos ennoblece, trabajo que nos eleva hasta Dios. Podemos perseguir este fin en el trabajo que hagamos. Nada nos impide llevar la carga del trabajo, el placer del recreo, las alegrías como las importunidades de las relaciones con los hombres, el dolor de las pruebas, de suerte tal, que el espíritu se purifique obrando así, y emprenda un nuevo vuelo para elevarse á Dios. Pues bien, por este mismo hecho, queda resuelta la más elevada empresa de la vida, la empresa que consiste en hacer de esta vida una vida de oración, en llevar una vida de oración, en orar constantemente.

12. La oración como carácter distintivo del verdadero espíritu cristiano y de la verdadera Iglesia.—Después de todo esto, fácil es darse cuenta de en dónde se encuentra la verdadera vida sobrenatural, el verdadero Cristianismo. Con frecuencia se oye decir que el estilo, el lenguaje, es el hombre. Esto se aplica igualmente al lenguaje de la oración. La oración es el estilo del cristiano, la piedra de toque más segura para el espíritu de que estamos animados. Tal vida, tal oración, y recíprocamente, tal oración, tal religión y tal vida. Asociaciones religiosas hay—inútil es indicarlas—en las cuales la oración va acompañada de una solemnidad artificial tan sorprendente, de un despliegue de pompas tan considerable y de una minuciosidad tan excesiva para producir expresiones grandiosas y extraordinarias, que todo el mundo ve, á la primera ojeada, que todo

(1) Tertullian., *Corona*, 3. Cyrill. Hierosol., 4, 14; 13, 36. Basilius, *Hom.*, (5) *in mart. Iulittam*, n.º 3. *Epist.*, 2, 2, 6.

esto carece de naturalidad. En este caso, se está delante de Dios como los ciudadanos de una ciudad en revolución, dando la bienvenida al conquistador que franquea sus muros, como los súbditos que ofrecían sus votos á Nerón el día de su fiesta.

Por otra parte, encontramos sectas en las cuales se está en relación con Dios, como si uno estuviese cierto de su propia justificación, como si quisiese obligar á Dios á que entrase á su servicio. Reina en ellas una intimidad que ofende, por decirlo así, á Dios, una familiaridad grosera, que recuerda en cierto modo al amo que da á su viejo servidor, en recompensa de sus servicios, un trozo de pan para agradecerle que no haya revelado al mundo los desórdenes de su vida pasada.

Semejantes oraciones no son evidentemente otra cosa que el resultado del espíritu que domina toda la vida moral y religiosa de estas asociaciones. Si no aparece de un modo tan llamativo y repugnante en otras cosas, no es más que otra prueba en favor de la verdad de que no hay nada en que se reconozca mejor el espíritu de uno, que en su manera de orar. Tal es el lenguaje del hombre, tal su carácter. Tal el lenguaje del pueblo, tal también su espíritu. Tal la oración, tal la fe; tal el carácter, tal la vida del cristiano, de la religión, de la Iglesia.

De aquí que en la oración se manifieste precisamente con más frecuencia el verdadero espíritu del Cristianismo. Ahora bien, como cristianos, no hemos recibido el espíritu de servidumbre y de temor, sino el espíritu de adopción de hijos, por el cual exclamamos: «¡Abba (Padre)!»[1] Ahora bien, el amor del hijo debe ir siempre acompañado del respeto al padre. No hay que creer que el temor de Dios sea simplemente un comienzo imperfecto de la sabiduría[2] y la base fundamental de la piedad, sino que es también algo tan santo, que subsistirá por toda la eternidad.[3]

(1) Rom., VIII, 15. Cf. Cyprian., *Orat. dom.*, 3 (2).
(2) Psalm., CX, 10. Prov., I, 7; IX, 10. Eccli., I, 16.
(3) Psalm., XVIII, 10.

Así, pues, el respeto filial no debe jamás separarse del amor filial, sino que debe aumentar en el mismo grado que el amor. (1) Aun los santos en el cielo se hallan penetrados de este casto temor, (2) que no es otra cosa que el resultado de un tierno amor á Dios, el ser más puro y más elevado que existe. (3) De aquí que convenga mucho más á los hijos de Dios que viven aún en la carne, y que no están seguros de si son dignos de amor ó de odio, (4) no marchar jamás en presencia de Dios y del Padre, (5) sino con esa modestia humilde que les inspira el sentimiento de su indignidad, así como la conciencia de haber recibido de Él la gracia sin mérito alguno por su parte.

Pero no sólo ese respeto santo no los aleja de Dios, sino que, por lo contrario, es para ellos un beneficio que les enseña á servirle fielmente. A Dios tienen siempre ante sus ojos; (6) á Él contemplan sin cesar para que les libre de todo lazo; (7) en Él fijan constantemente sus miradas, no sólo en el templo santo, sino también en los campos, en el bosque, en la plaza pública, como en la soledad de su aposento. En todo lo que hacen, ven siempre á Dios. Cumplen sus deberes con tanta asiduidad como el primero, pero jamás creen deberse atribuir á sí mismos el éxito. Jamás empiezan obra alguna sin invocar su santo nombre, jamás cesan en su trabajo sin encomendarlo á Él. Si son llamados á juzgar una cosa, su única preocupación consiste en saber si se le puede encontrar en ella, ó si ella conduce á Él. Todo acontecimiento triste ó alegre, penoso ó reconfortante, es para ellos un medio de acercarse á Él. No necesitan artífices extraños para tenerlos siempre á la vista. En Él piensa su espíritu, á Él aspira su voluntad, por poseerlo suspira su corazón. Están siempre y por completo cerca de Él. De Él proviene todo cuanto les sucede; todo lo que les impresiona, sea amargo ó dulce, les ha sido preparado por su mano. Nada les priva de su sangre fría, de su confianza y de su sumisión. Saben que Dios es su padre, que está siempre junto á ellos, que nada les sucederá que no haya sido preparado por Él.

(1) Thomas, 2, 2, q. 19, a. 10.
(2) Thomas, 2, 2, q. 19, a. 11. Cf. Bernard. (Ep. 190), *De erroribus Abelardi*, 4, 10. Denzinger, *Enchiridion*, n.º 324.
(3) August., *In ps.*, 127, *en.* 8. Cf. *In ps.*, 118, 31, 3. Gregor. Mag., *Moral.*, 34, 40.
(4) Eccl., IX, 1.
(5) Tertullian., *Orat.*, 17 (13). Cypr., *Orat. dom.*, 4 (2).
(6) Psalm., XV, 8.
(7) Psalm., XXIV, 15.

Este espíritu de Dios debe, pues, manifestarse de un modo muy especial en nuestras oraciones. El que evita la mirada de Dios, como Adán después del pecado; el que no encuentra una palabra cuando Él quiere hablarle, no es de la casa de Dios. El que, cuando quiere orar, se ve obligado á buscar á Dios como un objeto que ha perdido, mucho tiene que andar antes que la frecuentación habitual de Dios informe su vida. Los asalariados pueden pronunciar su nombre, mientras que su corazón está muy lejos de Él; (1) los extranjeros pueden preguntar: «¿Quién subirá al cielo para hacerle descender hasta nosotros?» (2) Pero sus hijos, en toda la acepción de la palabra, son aquéllos que le llevan realmente á todas partes, en sus labios, en su corazón, en sus obras. (3)

Dios no excluye del número de sus hijos á aquél á quien esto no le es todavía familiar y fácil. También aquéllos que dan los primeros pasos en la vía de sus mandamientos, y aun aquéllos que, á pesar de las resistencias continuas de su perversa naturaleza, se esfuerzan en practicar la justicia del mejor modo posible, son también sus hijos, aunque muy pequeños. (4)

Pero ninguno de ellos debe darse punto de reposo antes de haberse desprendido de lo que es propio del niño, y de haber alcanzado la edad viril, (5) en la que la vida entera y el hombre completo se convierten en sacrificio absoluto de la convicción, de la acción y del amor.

(1) Jerem., XII, 1.
(2) Deuter., XXX, 12.
(3) Deuter., XXX, 4.
(4) Hebr., V, 12, 13.
(5) I Cor., XIII, 10, 11.

¿Queremos saber á qué distancia nos encontramos de este fin? La oración nos lo dirá. Cuanto más nos recordemos de la obligación de orar, tanto más la oración se convertirá para nosotros en una necesidad, tanto más se convertirá en nuestra vida, y nuestra vida en oración, tanto más podremos esperar haber realizado nuestra empresa como cristianos.

Pero esto nos da igualmente una clave para responder por modo infalible á la pregunta para saber dónde se encuentra la comunidad de Jesucristo y el reino de Dios sobre la tierra. Encuéntranse allí donde la oración es mejor practicada.

El que sabe orar bien, también sabe vivir bien. [1]

Allí donde existe la verdadera oración, allí se encuentran la verdadera Iglesia, la verdad, la salvación y la vida.

(1) Augustin., *Append. Serm.* 55, 1.

CONFERENCIA XXIV

LA CARIDAD

1. Gran extensión de los mandamientos cristianos. —En Philippos, el carcelero que, aterrado por el terremoto nocturno, se había arrojado á los pies de Pablo y de Silas, estaba seguramente dispuesto hacer todo lo que le hubieran exigido, dada su turbación. La pregunta que les dirigió: «Señores, ¿qué es lo que debo hacer para ser salvo?», lo prueba suficientemente. Pero, por lo mismo que estaba dispuesto á hacerlo todo, Pablo y Silas sólo le dijeron: «Cree en Jesucristo, y serás salvo.» [1] Cierto día, propuso un rico la misma cuestión al Salvador; pero la respuesta fué distinta: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos», [2]—le fué dicho.—Esto es muy extraño. Dos soluciones diferentes á una sola y misma cuestión. Y el caso es que, cuanto más las examinamos, más diferencias vemos en ellas. El mismo Maestro y Señor es el que, otra vez, responde á la misma cuestión: «El que creyere, y fuere bautizado, será salvo, [3] y no entrará en el reino de Dios, sino aquél que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.» [4] En otra circunstancia, aprendemos de boca del mismo Maestro: «Si no coméis la carne del hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros»; [5] y en otra parte dice: «El que no escucha á la Iglesia, es un gentil y un publicano; [6] el que desprecia á mis servidores, á mí

(1) Act. Ap., XVI, 30 y sig.
(2) Matth., XIX, 17.
(3) Marc., XVI, 16.
(4) Joan., III, 5.
(5) Joan., VI, 54.
(6) Matth., XVIII, 17.

¿Queremos saber á qué distancia nos encontramos de este fin? La oración nos lo dirá. Cuanto más nos recordemos de la obligación de orar, tanto más la oración se convertirá para nosotros en una necesidad, tanto más se convertirá en nuestra vida, y nuestra vida en oración, tanto más podremos esperar haber realizado nuestra empresa como cristianos.

Pero esto nos da igualmente una clave para responder por modo infalible á la pregunta para saber dónde se encuentra la comunidad de Jesucristo y el reino de Dios sobre la tierra. Encuéntranse allí donde la oración es mejor practicada.

El que sabe orar bien, también sabe vivir bien. [1]

Allí donde existe la verdadera oración, allí se encuentran la verdadera Iglesia, la verdad, la salvación y la vida.

(1) Augustin., *Append. Serm.* 55, 1.

CONFERENCIA XXIV

LA CARIDAD

1. Gran extensión de los mandamientos cristianos. —En Philippos, el carcelero que, aterrado por el terremoto nocturno, se había arrojado á los pies de Pablo y de Silas, estaba seguramente dispuesto hacer todo lo que le hubieran exigido, dada su turbación. La pregunta que les dirigió: «Señores, ¿qué es lo que debo hacer para ser salvo?», lo prueba suficientemente. Pero, por lo mismo que estaba dispuesto á hacerlo todo, Pablo y Silas sólo le dijeron: «Cree en Jesucristo, y serás salvo.» [1] Cierto día, propuso un rico la misma cuestión al Salvador; pero la respuesta fué distinta: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos», [2]—le fué dicho.—Esto es muy extraño. Dos soluciones diferentes á una sola y misma cuestión. Y el caso es que, cuanto más las examinamos, más diferencias vemos en ellas. El mismo Maestro y Señor es el que, otra vez, responde á la misma cuestión: «El que creyere, y fuere bautizado, será salvo, [3] y no entrará en el reino de Dios, sino aquél que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.» [4] En otra circunstancia, aprendemos de boca del mismo Maestro: «Si no coméis la carne del hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros»; [5] y en otra parte dice: «El que no escucha á la Iglesia, es un gentil y un publicano; [6] el que desprecia á mis servidores, á mí

(1) Act. Ap., XVI, 30 y sig.
(2) Matth., XIX, 17.
(3) Marc., XVI, 16.
(4) Joan., III, 5.
(5) Joan., VI, 54.
(6) Matth., XVIII, 17.

me desprecia; [1] aquéllos á quienes perdonareis los pecados les serán perdonados, y aquéllos á quienes los retuvieseis, les serán retenidos.» [2]

¡Qué curiosa mezcla de sentencias diversas, y á propósito de una cosa tan importante! ¿Cuál de ellas escoger? ¿Es indiferente que observemos uno ú otro de estos principios? ¿Por ventura puede ganarse el cielo observando cualquiera de ellos? ¿Soy libre de atenerme hoy á un principio y mañana á otro?

No, ciertamente que no. En toda la ley de Dios, no hay una palabra que no esté fundada en la verdad; todo lo que ha establecido como derecho y como ley, permanecerá por siempre jamás inmutable. [3] El que quebranta tan sólo el menor de sus mandamientos, merece ser llamado el último de su reino. [4] Pero si uno llegase hasta permitirse declarar como inútil una sola de sus palabras, sería borrado por el Señor del libro de la vida. [5]

En efecto, muchas cosas se exigen del cristiano. Cuanto más profundamente penetra en su ley, más obligaciones encuentra. Y lo que una vez ha llegado á conocer, le obliga por siempre. Si se ha comprometido una vez á observar una sola cosa, queda constantemente obligado á observar el todo; Dios no acepta un sacrificio incompleto. [6] Y si uno observase la ley entera, y quebrantase únicamente un mandamiento, lo trataría el Señor como á un transgresor de su ley. [7]

2. El amor, lazo de todos los mandamientos.—Pero estos mandamientos son de un peso verdaderamente aplastador. Con esta multitud de obligaciones tan diversas, ¿cómo es posible crear una vida de una sola pieza? Esta cuestión es completamente natural, y, sin embargo, casi parece extraña.

(1) Luc., X, 16.—(2) Joan., XX, 23.
(3) Psalm., CXVIII, 160.
(4) Matth., V, 19.
(5) Apoc., XXII, 10. Cf. Deut., IV, 2; XII, 32. Prov., XXX, 6.
(6) Lev. XXII, 22; Deut., XV, 21.
(7) Jac., II, 10.

Una página de la Sagrada Escritura nos dará la respuesta. Cuando Beseleel empezó á construir el Arca de la Alianza y el Tabernáculo Santo, hombres y mujeres, llenos del amor del sacrificio, rivalizaban en celo para llevarle ofrendas destinadas á facilitarle el trabajo que había emprendido: brazaletes, arracadas, anillos, broches, vasos de metal precioso, lingotes de oro, se amontonaban en torno del artista. [1] Este vióse obligado á moderar su ardor; de tal modo eran numerosas las ofrendas. [2] Ahora bien, ¿cómo se las arregló para hacer el trabajo que se había propuesto con objetos tan diversos? No se le ocurre al escritor sagrado perder una palabra sobre este punto, puesto que fácilmente lo comprenderá cualquiera, ya que naturalmente fué el fuego el que, de esta masa confusa, hizo en poco tiempo una masa brillante. El fuego purifica todo lo que es impuro. Para el fuego ningún alimento es demasiado. [3] El fuego quebranta todos los obstáculos. El fuego une todas las cosas inconciliables, y, con ellas, forma una unidad homogénea.

¡Y hay quien se lamenta de que las exigencias del Cristianismo sean exageradas, insoportables, contradictorias! ¿Es que esos gemidos no son una confesión de que el fuego que Jesucristo trajo á la tierra, y que desearía que lo abrasase todo, [4] se ha extinguido en el corazón, ó no ha sido jamás encendido en él? ¿Quién habla todavía aquí de imposibilidad?

No hay nada tan duro ni tan enmohecido, que el fuego de la caridad no pueda vencer. [5] Dadme uno que ame, y se divertirá allí donde os desesperaréis, y vencerá allí donde huiréis, y se llenará de júbilo, allí donde murmuraréis. El que ama, une la naturaleza y la gracia, el reino del cielo y la vida de la tierra, en un todo tan viviente, que juraríais que ha salido del seno de la tierra sin esfuerzo, co-

(1) Exod., XXXV, 22.
(2) Exod., XXXVI, 4.
(3) Prov., XXX, 16.
(4) Luc., XII, 49.
(5) Augustin., *De morib. eccl. cath.*, 1, 22, 41.

mo la flor que se abre al rayo del sol. La caridad explica todos los enigmas, la caridad resuelve todas las dificultades; de aquí que sea la caridad el primero de los mandamientos. (1) Pero también es el fin de todos ellos. (2) La caridad es la realización perfecta de la fe, (3) el lazo que une todas las virtudes y hace de ellas un todo perfecto. (4) Ama, y no te quejarás de nada; ama, y haz lo que quieras.

3. El amor poco conocido en el mundo.—Ahora bien, el consejo es tan breve como difícil de comprender y de realizar. El primer obstáculo, y por cierto el no menos importante, se encuentra ya en la palabra *caridad*. Evidentemente, no se agraviará á la humanidad afirmando que sólo un pequeño número de personas conocen la caridad. Sin duda, todas las lenguas elogian el amor; se aparta uno del que lo ignora; el amor es todo lo que la humanidad posee de más sublime, es la canción siempre antigua y siempre nueva que gorjea desde que existe. La palabra es siempre la misma, pero si todos quisiesen confesar lo que experimentan al hablar del amor, se nos ofrecería una cadena interminable de sentimientos contradictorios: sueños sin energía, deseos ardientes que uno no comprende, embriaguez del corazón ó dolor que le roe, pasión vergonzosa que se oculta en la obscuridad, hastío del trabajo, del deber y de los sacrificios heroicos, egoísmo que exige como tributo la virtud ajena, el honor y la dicha de toda una vida, y á veces también un olvido de sí mismo, que llega hasta sacrificar la salud y la vida, el infierno de la desesperación y el cielo de la felicidad.

Entre las expresiones que los hombres gustan más de pronunciar y conocen menos, no ocupa ciertamente el amor el último puesto. Si echamos una mirada sobre los antiguos tiempos paganos, á pesar de nuestra mejor buena voluntad, y juzgando las cosas con todos los miramientos de que somos

(1) Marc., XII, 30.
(2) I Tim., I, 5.
(3) Rom., XIII, 10.
(4) Col., III, 14. Cf. Thomas, 2, 2, q. 184, a. 1.

capaces, notamos en ellos muy poco amor. Admitimos de buen grado que hay excepciones dignas de señalarse. Los romanos eran demasiado fríos, ambiciosos y egoístas; en cuanto á los griegos, la sensualidad, esa peste que contrae el corazón, había adquirido en ellos el estado de segunda naturaleza en una medida demasiado considerable, para que el amor pudiese serles aún posible. San Pablo conocía ciertamente bien á su época; pero, á pesar de su predilección casi apasionada por los paganos, no puede abstenerse de dar la razón á Aristóteles, (1) cuando la acusaba de falta de amor. (2) Este juicio es perfectamente verdadero; el amor, en el sentido de virtud cristiana, le faltaba por completo.

Desgraciadamente, no tenemos el derecho de censurar á los antiguos á causa de esto, porque, desde este punto de vista, nuestra época se distingue poco de la suya, si no es que somos más culpables que ellos, ya que tampoco honramos el amor de Dios aparecido en forma humana. Que aquél que considere con alguna atención la actual situación social, nos diga si ha encontrado muchas pruebas favorables al reino de la caridad. Aunque nos pongamos en guardia, en la medida de lo posible, contra el pesimismo y la manía de condenarlo todo, la impresión producida en nosotros por un examen de la vida en su conjunto, es ésta: El amor carece de patria habitable entre los hombres.

4. El amor como pasión ó afección.—Nos explicaremos algo, para que no se nos acuse de injusticia con relación al mundo. Evidentemente, no queremos negarle por completo el amor; por otra parte, sin amor no puede vivir el hombre. Pero la cuestión consiste en saber con qué especie de amor se contenta el mundo. Esto equivale á decir que asignamos á esta palabra un sentido completamente diferente. Con frecuencia sólo tenemos en nuestra lengua una sola palabra (3) para designar dos ó tres cosas en-

(1) V. más abajo, n.° 5.
(2) Rom., I, 31.
(3) En la lengua de la Iglesia, *charitas* es el amor sobrenatural, *dilectio*, el amor natural, y *amor* el amor como pasión, es decir, como movimiento

tre las cuales existe una gran diferencia. Una cosa es el amor como virtud natural, y otra el amor como pasión.

Decimos la *pasión* del amor. Que nadie se horrorice de esta expresión, la cual, por culpa de los hombres, se ha convertido en tan insidiosa, que uno casi se avergüenza de ella. Que nadie piense aquí en esa profanación del corazón, en esa muerte de la virtud, en los vulgares placeres sensuales, á los que se da con tanta frecuencia el nombre embustero de amor. Cuando hablamos de la *pasión* ó de la *afección* del amor, queremos hablar de ese movimiento natural, de esa inclinación involuntaria, de ese movimiento hacia una cosa ó persona, que experimentamos en el corazón, tan pronto como hemos descubierto en ella algo de bueno y hermoso que nos conviene. (1) Pero sabemos que depende de nosotros hacer de este movimiento una palanca poderosa para el bien, por medio de nuestra inteligencia y de nuestra energía, ó dejarnos impulsar por él al camino de la perdición, y arrastrar igualmente á los demás con nosotros, si no damos pruebas de reflexión y de dominio personal. (2) Poco importa que los poetas y los pecadores hayan cantado y deplorado los impulsos irresistibles de esta pasión; siempre será cierto que somos responsables, no de todo primer movimiento involuntario de esta afección, y en general de toda acción, sino de los resultados que dejamos que se produzcan.

Todos los cristianos están de acuerdo sobre este punto, por lo menos según sus convicciones. El que aspira, siquiera débilmente, á una vida verdaderamente cristiana, sabe que ha de ponerse muy en guardia contra esas inclinaciones que nacen por sí solas, á fin de que no alcancen un grado de violencia considerable, y no se dirijan hacia un objeto que pueda ser un peligro para él.

involuntario. Según toda apariencia, preciso es ver en lo que Aristóteles dice sobre la amistad (φιλία), lo que llamamos *amor natural* (dilectio), expresión para la cual no tiene palabra especial, porque la distingue cuidadosamente de la *pasión* (cf. *Eth.*, 2, 5 (4). 2) como actividad (*Eth.*, 8, 8 (10), 4; cf. Eudem., 7, 4, 9, 2), y como hábito obtenido por la actividad (*Eth.*, 8, 5 (7), 5; cf. Eudem., 7, 1, 3). *Item* Platón, *Lysis*, 9, p. 212, d. y sig.

(1) Thomas, 1, 2, q. 27. Augustin., *Conf.*, 4, 13, 20. *De musica*, 6, 13, 38.

(2) Cf. tom. I, V, 19, 21, 22.

Por lo contrario, otro peligro amenaza aun al mejor. Demasiado numerosos son los que se ilusionan cuando experimentan en el fondo del corazón un sentimiento involuntario de aprobación por una buena causa. Consideran ya esto como una virtud, y se muestran satisfechos de sí mismos, siquiera no hayan experimentado más que un movimiento completamente natural del corazón humano. Esto no es otra cosa que la moral de la superficialidad, la virtud cómoda, tal como se cultiva en las novelas para las jóvenes de los pensionados, así como en las conmovedoras piezas de teatro para las personas mayores. Todas estas bellas palabras sobre la virtud moral del teatro, sobre el poder pedagógico purificador de la estética, no significan otra cosa que la confusión frecuente entre la afección natural y la práctica de las virtudes serias. Así ocurre que vierta uno lágrimas por la inocencia perseguida, en tanto que, por falta de caridad y por maledicencia, se jueguen malas pasadas al prójimo y se dé de lado, á consecuencia de una indignación moral mal fundada, á hombres en quienes podría uno ver su propio modelo.

Vese por esto que semejante movimiento de amor, aunque se dirija á un objeto bueno y aun santo, no es todavía una virtud ni mucho menos, ni fuente de ningún mérito. La virtud es un resultado del trabajo y de la libertad; no es tan difícil como con frecuencia se dice, pero tampoco es tan fácil de adquirir como muchos están dispuestos á creerlo. Verter abundantes lágrimas por los sufrimientos soportados por el Salvador, por nuestros propios pecados, y aun por las faltas de otro, no es prueba decisiva de que la virtud de la caridad habita en nosotros. Todo esto quizás no sea otra cosa que resultado de una compasión natural, la efusión de un corazón tierno, un sentimiento natural de vergüenza á causa de nuestra ingratitud para con Dios. Todo esto indica un natural noble, que

impulsa al alma, como espontáneamente, á la práctica voluntaria y difícil del arrepentimiento, de la devoción, de la caridad, y, por consiguiente, hacia la virtud. Pero todavía está esto muy distante de la virtud, del arrepentimiento y de la caridad. El que quisiera contentarse con este simple sentimiento, fácilmente podría lisonjearse de una virtud que no ha practicado todavía, y que quizás no sabe ni siquiera cómo practicar.

5. El amor como virtud natural.—Incomparablemente más elevada que este impulso sensible es la caridad como virtud natural. Ésta no es ya únicamente el arranque de un ciego impulso del corazón, que despierta en nosotros cierto parentesco espiritual, ó agradables impresiones externas; es, ante todo, una actividad impuesta á las potencias del alma, con una clara reflexión de la inteligencia y de la voluntad. (1) Es el esfuerzo serio para testimoniar al prójimo nuestra benevolencia, (2) hacerle bien y serle útil. (3) No piensa en sus necesidades propias, no persigue su propio provecho; (4) se apoya únicamente en el bien que encuentra en el prójimo. (5) Aun allí donde éste se ha alejado del bien, para no servir más que al mal, respeta siempre su naturaleza, (6) que jamás puede corromper por completo, á la cual no puede arrebatar los gérmenes del bien, y encuentra un nuevo aliciente en los esfuerzos que hace para conducirle de nuevo al bien de que se ha alejado. (7) He aquí la práctica de la caridad como virtud natural.

Sin duda que el que practica la caridad simplemente á causa de los motivos indicados, ha alcanzado ya cierta elevación moral de la que debe estar satisfecho. Pero esto

(1) Thomas, 1, 2, q. 26, a. 3.
(2) Aristot., *Eth.*, 9, 5. Eudem., 7, 7, 3.
(3) Aristot., *Eth.*, 9, 9, 2. Eurip., *Heracl.*, 2. Cic., *Amic.*, 5, 6.
(4) Cicero, *Amic.*, 8, 9.
(6) Aristot., *Eth.*, 8, 3 (4), 6. Cicero, *Amic.*, 14, 22, 27. Cf. Plato, *Lysis*, 10, p. 214, d.
(6) Cicero, *Amic.*, 8, 9.
(7) *Ibid.*, 24.

no impide que sea una virtud natural, como acabamos de indicarlo con las propias palabras de autores paganos. Sin embargo, podemos afirmar que el que la practique según las exigencias de éstos, no ejecuta una acción sin valor, ni mucho menos.

Pero otra es la cuestión de saber quién puede vanagloriarse de practicar debidamente esta virtud de caridad. Sobre este punto, no hay más que una respuesta conforme á la verdad. Si no se encargase el Cristianismo de salvar el honor de la virtud natural, sin duda alguna que ésta encontraría, entre los servidores del mundo, pocos defensores cuyo auxilio pudiese invocar con honor.

Los antiguos escribieron hermosas páginas sobre el amor natural, en particular Cicerón, en su tratado de *Amicitia*; pero, en lo tocante á la práctica, confesaron públicamente que, si alguno manifestaba amor, no sólo en palabras, sino también en actos, era raro que lo hiciese con intenciones puras, sino más ó menos por egoísmo, (1) porque el amor es necesario para ser feliz, (2) ó bien, indispensable para la vida. (3) Seguramente es este un punto de vista excelente, y más elevado que aquél en que se colocan los modernos. Éstos hacen desaparecer el amor del número de las virtudes. Siguiendo á Spinoza, (4) consideran como hipocresía y estupidez (5) toda tentativa encaminada á recomendar el amor como sacrificio; y, por el mismo hecho, niega que el amor sea posible como virtud natural, ya que nadie ama á un amigo, sino por interés personal, por consiguiente, por puro egoísmo. (6) Es esto una burla tan grande de todo lo que hay de noble en el hombre, que no acabamos de salir de nuestro asombro. Los

(1) Aristot., *Rhetor.*, 2, 2, 4; *Ethic.*, 8, 3; Eudem., 7, 10, 25; Cicero, *Offic.*, 2, 8; *Amic.*, 7.
(2) Aristot., *Ethic.*, 1, 8 (9), 16.
(3) *Ibid.*, 8, 1, 1.
(4) Spinoza, *Tractat. polit.*, 1, 5; 2, 4 y sig.; *Eth.*, 3, 29, 35.
(5) J, C. Fischer, *Die Freiheit des menschlichen Willens und die Einheit der Naturgesetze*, 1871 (2), 264 y sig.
(6) Stirner, *Der Einzige und sein Eigenthum*, 474, 470 y sig.; Ad. Franck, *Philosophes modernes*, 352 y sig. (Leroux).

paganos se hubieran avergonzado de proferir semejantes palabras, pero los adversarios actuales del Cristianismo usan este lenguaje y se ven aprobados por su época.

Á veces, en efecto, siéntese uno tentado á creer que así es en realidad, cuando se examina de qué modo la beneficencia y la caridad son practicadas por el mundo que se ha alejado del Cristianismo. Este mundo no se cansa de afirmar que la Iglesia, con todas sus instituciones, no sabe hacer el bien, y que únicamente el espíritu moderno es el que ha dado la última mano á este arte. De aquí que sea preciso secularizar en absoluto los establecimientos de caridad, si la humanidad quiere sacar de ellos una verdadera utilidad.

Admitimos de buen grado que, en los detalles, existen muchos defectos en los cristianos relativamente á la práctica de la caridad. Sin embargo, no es posible negar que la religión cristiana toma en serio la práctica de la caridad y de la misericordia, aunque lo haga por amor á Dios. Pero ¿se puede decir otro tanto de la beneficencia llena de ostentación, que mira con tanto desdén las diferentes formas con que la Iglesia hace limosnas?

No queremos resolver esta cuestión; pero encontramos muchas cosas extrañas en la caridad moderna. ¿De qué proviene que, cuando se anuncia públicamente, para una sola y misma obra, una cuestación en las iglesias y una suscripción en los periódicos, las sumas recolectadas por estos últimos son siempre mayores que la colecta hecha en el lugar santo? ¿No es porque la vanidad entra por mucho, y porque es muy agradable ver impreso el nombre de los donantes en las columnas de la hoja pública? ¿Qué significan todas esas formas extrañas de caridad—conciertos monstruos, bazares, donde las damas que venden constituyen el principal atractivo, partidas de patinaje por la noche á la luz eléctrica, cepillos, loterías, bailes en provecho de los pobres, funciones de teatro los miércoles de ceniza, en beneficio de las víctimas del hambre ó de una inundación,—qué significan sino que el mundo echa voluntariamente cinco céntimos en la bolsa de la caridad, cuando le proporcionan un duro de placer?

Se dirá que nuestro juicio es demasiado severo, y que hay una práctica más pura de la caridad natural. Sí, gracias á Dios hay una; pero ¿no es precisamente el mundo el que nos muestra cuán extraño es semejante ejemplo? ¿De dónde provendría, sin esto, esa caridad, hecha á son de bombo y platillos, que casi nos recuerda la especie de beneficencia que condena el Salvador en el Evangelio en la persona del fariseo? [1] No queremos interpretar esta manera de obrar como una jactancia; pero, aunque no lo sea, es en todo caso una prueba de que el mismo mundo comprende cuán rara vez se le ofrece la ocasión de citar un verdadero caso de beneficencia que haya sido dictado por motivos profanos, terrenos y naturales, y no por los motivos cristianos que tanto desdeña.

Lamentábanse ya los antiguos de que fuesen tan raras las buenas maneras de hacer caridad, [2] y de que se convirtiesen hasta en objeto de menosprecio. [3] Inútil sería intentar contradecir este juicio; por lo contrario, sería muy extraño que no hubiese ocurrido así. Allí donde el hombre es el único motivo de la caridad—y la pura caridad natural no tiene otro—¿cómo ésta puede permanecer viviente cuando uno se acerca algo más al hombre, y echa una mirada á su corazón? Al obrar así, no tenemos necesidad de pensar en otros, no tenemos más que preguntarnos á quién guardaríamos rencor por encontrar demasiado duro el ejercicio de la caridad para con nosotros, cuando ha visto nuestro interior tal como Dios lo conoce, y cuando no ve en nosotros más que al hombre, ó mejor, la miserable caricatura que del hombre hemos hecho nosotros.

6. El amor como virtud, fundado en motivos puramente naturales, es difícil de practicar con relación al hombre puramente natural.—De aquí que sea comprensi-

(1) Matth., VI, 2.
(2) Aristot., *Eth.*, 8, 3 (4), 18. Cicero, *Amicit.*, 6.
(3) Eudem., 7, 10, 25. Plinio, *Ep.*, 1, 8.

ble que todas las tentativas hechas hasta el día para llegar á la cumbre de la virtud, el amor, por medio de consideraciones puramente profanas, hayan fracasado por completo. Practicar el amor como virtud por simples motivos naturales, equivale á pedir más de lo que el hombre puede hacer.

Hablamos del amor como virtud. La ciega pasión del corazón, súbitamente encendida y rápidamente apagada, no es digna de que se le llame amor. Una inclinación despertada repentinamente, porque uno espera encontrar un auxilio en la realización de sus propios designios, y ahogada en un abrir y cerrar de ojos, desde que se suscita la menor divergencia de opiniones, jamás ha sido amor ni lo será nunca.

El amor debe ser virtud, pero la virtud es el trabajo de la voluntad. Lo que constituye la virtud son los esfuerzos constantes para conseguir un fin noble, que la razón nos ha presentado como posible de alcanzar. La virtud no es un capricho que se dirija á tal objeto y rechace tal otro, sino que es un esfuerzo personal serio, con el cual abarca el corazón todo lo que el deber ó la necesidad le impone, aunque tenga que vencer las mayores resistencias. La virtud debe saber padecer y sufrir privaciones, cerrar los ojos sobre muchas cosas, y hacer los esfuerzos necesarios para vencerse. Luego, si el amor ha de convertirse en virtud, la razón es la que debe trazarle el camino que debe seguir, porque el verdadero valor es imposible sin el previo conocimiento. La voluntad y el corazón deben entonces obedecer, cueste lo que cueste, al deber conocido. Únicamente debemos amar lo que queremos, cuando queremos lo que debemos. El amor debe, desde luego, conocer lo que debe amar, pero, hecho esto, debe amar, no porque le plazca obrar así, sino porque debe hacerlo; debe proponerse todo lo que pueda servirle para alcanzar este objeto y deshacerse de todo lo que pudiera impedirle conseguirlo. [1]

(1) Bernard., *Ep.*, 85, 3. Cf. Thomas 2, 2, q. 23, a. 3.

Después de haberle determinado al amor su empresa, pongámoslo ahora frente al hombre, tal cual es en realidad, y ordenémosle cumplir su deber relativamente á este hombre. ¿No le parece que se le acaba de leer su condenación á muerte? ¿Qué nos responderá? ¿Es ese el objeto sobre el cual ha de ejercitarse? ¿Sobre este ser debe mostrar el ardor y los sacrificios de que es capaz? ¿Cómo lo hará de buen grado, si sólo el hombre es capaz de entusiasmarse por él? «¡No;—dirá—pedidme todo lo que queráis, pero ahorradme una sola cosa: la de estimar como digna de mí una criatura tan pequeña, tan pobre, una criatura con la cual es tan difícil contar, un ser tan lleno de defectos como el hombre. No me ofrece ningún atractivo, no puedo entregarme á él. Presentadme un objeto más amable, ó dadme motivos tan poderosos que, á causa de ellos, cierre los ojos sobre los defectos del hombre y pueda inclinarme hacia él. Sin duda que en un momento de ciega pasión y de irreflexiva impetuosidad, puedo amarle; pero lo abandono con la misma facilidad. Para amarlo con reflexión, y al precio de esfuerzos hechos sobre mí, preciso me es un objeto más noble, más perfecto, un objeto por cuyo amor pueda también amar al hombre.»

7. El amor sobrenatural á Dios y al prójimo.—Inútil entregarse aquí á reflexiones sobre esta materia. En vano buscaríamos este objeto en las criaturas, por cuanto no valen más que nosotros. Este objeto no puede ser más que *uno*. [1] Es Aquél cuyo reflejo de gloria llena de delicias á todos los seres, Aquél al cual nadie puede acercarse sin sentirse inmediatamente abrasado de su ardor; es el único bien, Aquél cuya fidelidad es eterna, el Hombre siempre inmutable; es la única belleza digna de nuestro amor; es el Creador que se cierne en alturas inconmensurables por encima de la criatura más perfecta; es el Misericordioso, el Redentor, el Santo lleno de amor inmenso, eterno; es el ser más puro, más perfecto, el único cuya

(1) Thomas, 1, 2, q. 2, a. 8; 2, 2, q. 25, a. 1 etc.

bondad infinita puede satisfacer el corazón insaciable del hombre. Sólo hay un objeto que sea digno de nuestro amor, que haga á nuestro amor puro y durable, que le responda por completo, y es Dios. La razón por la cual falta el amor al mundo, es porque el mundo ignora y no ama á Dios. Y este mundo se da, no obstante, cuenta de que no ama; los buenos se lamentan de ello, los otros niegan el amor; pero todos ignoran la verdadera causa de esta laguna, y no pueden conocerla, porque, si conociesen á Dios, seguramente le amarían. Dios nos atrae á sí con poder irresistible desde que le conocemos; llena nuestro corazón; en Él reaviva el amor su llama, al punto mismo en que amenaza extinguirse.

Dios es amor; [1] es la fuente, el objeto, el dueño, la medida del amor y la razón de todo amor verdadero. El amor ignora lo que no es de Dios, aunque la pasión haga extragos. Allí donde no está Dios, tampoco hay amor. Lo que está en Dios y pertenece á Dios, pertenece también al amor. Lo que Dios ama, lo abraza también el amor, á pesar de las resistencias de una naturaleza corrompida. Nada es pequeño para el amor; nada de lo que le recuerda el Bien Amado le es indiferente. Un solo cabello puede herir su corazón. [2] ¿Cómo sería posible que el amor cerrase el corazón á un objeto amado por Dios? «Así, pues, el que dice: «Amo á Dios», y odia á su hermano, es un embustero.» [3] La principal diferencia entre el amor y la pasión consiste en que ésta hace tanto más vacío el amor con relación á los que pueden pretender nuestro amor, cuanto que busca con menos garantía de éxito la posesión de un bien imaginario, en tanto que aquél permanece siempre igual en presencia de todos sus deberes. Proviene esto de que está fundado en Dios y parte de Él. De aquí que el amor ame á Dios y todo lo que hay en Él; de aquí que lo ame todo en Dios, como Dios lo ama; por consiguiente, to-

(1) I Joan., IV, 16.
(2) Cant. Cant., IV, 9.
(3) I Joan., IV, 20.

do de tal suerte, que aprenda en todo á amar más á Dios. El verdadero amor excluye toda medianía, toda parcialidad, todo lo que no es sano; el amor no se parte ni se compra; el amor no conoce diferencia alguna entre el corazón y la acción, entre la convicción y el esfuerzo personal, entre la predilección y la obligación, entre el goce y el sacrificio. El que quiera compartir el amor entre Dios y la criatura, mataría el amor, porque no sufre división. El que quiere darlo al uno y rehusarlo al otro, lo pierde, porque no tolera que se comercie con él. El que dirige su amor únicamente hacia aquél por el cual siente simpatía, ó hacia aquél sobre el cual funda alguna esperanza, lo expulsa, porque quiere hacer de su rey su esclavo. Sólo hay un amor. ¡Ah, si pudiéramos inscribir esta palabra con letras de fuego en el corazón de todos los hombres! No hay más que un amor, y siempre el mismo, ya se consagre á Dios ó á nosotros mismos, al amigo ó al enemigo, al bienhechor ó al necesitado. [1]

El amor por el prójimo, lo mismo que el amor que uno se profesa á sí mismo, no es posible, pues, que sea otra cosa que el amor á Dios. Un amor por el prójimo ó por nuestra propia persona, que no sea al propio tiempo un amor por Dios, no merece el nombre de virtud perfecta.

En esto únicamente reconocemos la diferencia que media entre la virtud natural y la sobrenatural. Cierto es que el verdadero amor natural ama á Dios en el hombre: si no aspirase por el hombre hacia Dios; si no se reconciliase con el amor de Dios, ya no sería naturalmente bueno. Pero desde luego se refiere á las obras y á los dones de Dios en la criatura, y, por ellos, á Dios, pero sólo mediatamente. [2]

El amor sobrenatural, por lo contrario, no se contenta con tener presente á Dios en todo servicio hecho al próji-

(1) Augustin., *De trinitate*, 8, 8, 12. Thomas, 2, 2, q. 23, a. 5, q. 25, a. 1 y sig. *De charit.*, q. 1, a. 4. Cf. Joan. a. S. Thoma, *Theol.*, tom. VI, d. 14, a. 3. Marcus Serra, *Comm. in D. Thoma*, 2, 2, q. 25, a. 1.
(2) Billuart, *De charit.*, d. 1, a. 3, § 2. Cf. Ferre, *De virtut. theol.*, tr. 4, q. 1, n.º 69; tr. 5, q. 1, n.º 105.

mo, y con procurar alcanzarlo por este medio: (1) su naturaleza propiamente dicha consiste, antes bien, en que aspira directamente á Dios, y en que sólo por Él y para Él demuestra interés por la criatura. (2) El amor cristiano ve en el hombre, no sólo la obra, no sólo la imagen natural de Dios, sino, antes bien, un desarrollo de la voluntad de Dios y del mismo amor divino. Ama al hombre en cuanto es copia de las perfecciones divinas, como el vaso en que Dios vierte su amor y su vida, como el objeto en que busca su complacencia y su glorificación. (3)

Así, pues, el amor sobrenatural no es otra cosa que el mismo amor á Dios. (4) Por consiguiente, en el fondo no es del todo necesario un mandamiento especial del amor sobrenatural, (5) porque, sin él, el amor á Dios sería incompleto. Sin él, sería una ilusión querer persuadirnos que amamos á Dios. (6) Pero allí donde existe en realidad el verdadero amor de Dios, allí existe necesariamente también el amor para el hombre. (7) Este mandamiento de amar á Dios nos viene del mismo Dios, lo mismo que el de amar al prójimo. (8)

Si, pues, quiere saber uno si ama á Dios, lo reconocerá viendo si ama á su prójimo. (9) Y si quiere saber si su amor al prójimo es verdadero, bastará que se fije en si este amor proviene del amor á Dios, (10) en si ama á Dios con más pureza, sinceridad y ardor, desde el punto y hora en que comprenda en este amor á la criatura, ó si encuentra en su amor á los hombres un obstáculo contra el amor á Dios. Sólo en el amor á Dios, debe beber su fuerza y aun su vi-

(1) Thomas. 2, 2, q. 44, a. 2. Fulgent., *Ep.* 5 *ad Eug.*
(2) Thomas, 2, 2, q. 23, a. 5, ad 1. Bail., *Theol. des hl. Thomas*, 3, 2, 17 (1869, III, 227 y sig.). *Sententiæ S. Bernardi*, 21.
(3) Coninck, *De actibus supernaturalibus disp.*, 24, n.° 2.
(4) Thomas, 2, 2, q. 25, a. 1. Paschas, Radbert., *Mat.*, l. 10 (B. Lugd. XIV, 620 h); Scheeben-Weiss, *Herrlichk. d. Gnade*, (6) 5, 8, cf. 3, 6, 5.
(5) Augustin., *Disc. christ.*, 5.
(6) I Joan., IV, 8, 20.
(7) Thomas, 2, 2, q. 44, a. 2.
(8) I Joan., IV, 21.
(9) Joan., XIII, 35.
(10) I Joan., V, 2.

da la caridad cristiana. Sólo el amor divino puede darle esa invencibilidad y ese aliento supraterreno de que tiene necesidad para triunfar de sus pasiones, de los miramientos humanos, y para realizar lo que el amor natural no es capaz de hacer.

8. El amor del orden sobrenatural, como resumen y cumplimiento de toda virtud natural.—En realidad, se exige más del amor sobrenatural que de una simple virtud humana, ya que debe cumplir sus obligaciones, aun cuando tropiece con graves dificultades que la inteligencia humana ordinaria considera como excusa suficiente. Una sola frase de Aquél que nos ha enseñado el amor nos lo dice suficientemente: «Si sólo amáis á los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?» (1) «Pero yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.» (2)

No es ninguna gloria ni mérito alguno el que demos de nuestro corazón una pequeña chispa de amor, allí donde nuestra propia inclinación y nuestras preferencias nos mueven é darla. Mientras no amemos al prójimo con todo nuestro corazón, ó, por lo menos, no le soportemos con todas sus imperfecciones y asperezas, no podemos lisonjearnos de que sea vigoroso nuestro amor; antes bien, debemos temer que lo que debería servir para fortificarlo y purificarlo se convierta para él en causa de debilidad, si no de ruina. Sólo cuando ha mostrado el amor que puede vencer, sufrir y sacrificarse, sabemos que es verdadero, y sólo entonces conocemos su propio valor.

Pero se comprende fácilmente que sea necesaria, para padecer, una gran virtud. Con frecuencia exige el amor un esfuerzo personal que no se obtiene, sino violentando el corazón y la voluntad. Los actos más sublimes del amor son imposibles sin sacrificios personales. Sin sacrificio, sin

(1) Matth., V, 46 y sig.
(2) Matth., V, 44 y sig.

renuncia personal, no es posible el amor. Preciso es que podamos llegar á amar, aun lo que no es amable, para agradar á Dios, á quién testificamos nuestro amor obrando así. El amor debe hacernos más fácil el sacrificio de todo lo que nos es querido cuando se trata de otros, antes que verlos sufrir y experimentar necesidades por causa nuestra. El amor debe ponernos en estado, no sólo de soportar otra manera de ver, aunque sea contraria á la nuestra, convicciones extrañas á las nuestras, y un modo de obrar y de hablar que no nos sea simpático, sino que también nos obliga á respetarlos, mientras todo ello se armonice con la verdad y la conciencia. El verdadero amor es desgraciado, ó se siente desgraciado, allí donde no puede ser útil, allí donde no puede corregir, consolar y dar. Su ojo es más perspicaz para las aflicciones y necesidades extrañas, que duro para las debilidades del prójimo. Su corazón siente las desgracias ajenas con tanta ternura como el corazón más sensible las suyas propias. Su mano vela los defectos ajenos con miramientos tales, que el que se siente herido ó avergonzado no puede desear mayor indulgencia. Allí donde el llamado hombre de honor no logra jamás hacer nada de provecho á fuerza de discutir y de regatear, para saber cuál es el que primero debe tender la mano para la reconciliación, quién es el que debe saludar antes, ceder el primero, para saber hasta dónde debe llegar la indulgencia, y cuántas veces se ha de perdonar, el amor se ofrece él mismo como prenda de reconciliación, y todo queda terminado. Mas con esto, no cree haber hecho nada de extraordinario; por lo contrario, después de haber realizado todo esto, se dice: «Soy un siervo inútil; lo que debí hacer, hice.» (1)

¿No he hecho más que lo que debía? ¿Y esto en cosas que son tan difíciles para el corazón?

El Señor es el que habla así, y nosotros debemos creerle. El asombro, la consternación que se manifiesta siempre, cuando uno dice que los mandamientos del Cristianismo

(1) Luc., XVII, 10.

no nos imponen muchas obligaciones que no debamos ya cumplir por nuestra propia naturaleza, nos muestran muy bien cuán poco en serio tomamos los deberes de hombres y cuán pocas garantías de ser observadas tiene la justicia natural, si los servidores de Jesucristo no se ocupan en ella.

Entonces esos despreciadores del Evangelio se refieren con gran estrépito á la moral natural, como los fariseos se referían siempre á la ley, cuando se trataba de combatir á Jesucristo. Pero cuando se trata de actos, desautorizan sus palabras.

De aquí que debamos dirigir á nuestros adversarios el mismo reproche que el Salvador dirigía á los suyos: «¿Por ventura no os dió Moisés la ley, y ninguno de vosotros hace la ley?» (1) Si hablaseis de la fe, sin duda tendríais razón en decir que ella nos enseña infinitamente más que la débil razón; pero, en el fondo, ¿cuántas cosas nos exige el precepto del amor sobrenatural, cosas á las cuales no nos obliga la conciencia por parte de la naturaleza? Lo que exige de nosotros es que cumplamos la justicia por un motivo sobrenatural más elevado. Pero lo que nos impone, únicamente difiere en grados de lo que el amor natural nos impone como deber. Ni siquiera exceptuamos de ello el mandamiento de amar á nuestros enemigos. El amor no es otra cosa que la humanidad. (2) Ahora bien, ésta se nos exige por la ley natural. De aquí que esté contenido en la ley natural el amor á nuestros enemigos, que en manera alguna es invención del Cristianismo. (3)

En nada modifica esto el hecho de que los mejores de entre los antiguos no observasen esta ley; que el supuesto amor de Sócrates por los enemigos fuese únicamente desdén (4) y el de Arístides, simplemente político. (5) El Cristia-

(1) Joan., VII, 19.
(2) Eudem., 7, 10, 24. (Aristot.,) *Magn. Mor.*, 2, 11, 45.
(3) Marcus Serra, In 2, 2, q. 25, a. 8. Sylvius, *ibid.* Coninck, *De act. supernat.*, d. 24, d. 5. Bañes, 2, 2, q. 25, a. 9, d. 1, concl. 2. Gotti, *Theol. de charit.*, q. 1, d. 5, 20 y sig.
(4) Diogen. Laert., 2, 27, 36, 37.
(5) Plutarch., *Præp. reip. gerendæ*, 14, 2.

nismo no ha hecho más que inculcar de nuevo esta virtud por motivos más apremiantes, y lo ha hecho más fácil por el ejemplo del Salvador; pero no lo ha inventado él.

Y, salvo las virtudes teologales, ocurre lo mismo con todas las demás virtudes. Exige de nosotros que transformemos nuestras vanas palabras, nuestros orgullosos ideales y nuestros vacíos sentimientos en actos serios; pero, al obrar así, nos coge por la palabra y responde á las exigencias de nuestra conciencia.

Así, pues, el mérito del Cristianismo, relativamente á la caridad, consiste en tres cosas. Primeramente, ha hecho pasar el amor desde las vanas fórmulas de la poesía y de las piadosas aspiraciones, á la realidad, á la virtud visible. En segundo lugar, ha revestido de un carácter sobrenatural, y ha convertido en el más elevado objeto del culto divino, ese algo que antiguamente no se le podía dar otro nombre que el de pasión. Finalmente, ha indicado á los hombres el medio de hacer de él el último resorte de todas las demás acciones, aún de las más ordinarias, (1) de transformarlas así en prácticas de virtud, y de hacer de ellas la fuente de un mérito eterno. (2)

Ahora bien, al obrar así, ha encerrado toda la doctrina de la perfección moral en una fórmula tan breve como sencilla. Allí donde la sabiduría profana ha establecido todo un ejército de medidas y artificios para que todos puedan pasar aquí bajo su vida de un modo honroso, sin tener que sufrir mucho, esta otra sabiduría, de la cual hablamos, se expresa así: «Ama, y lo habrás hecho todo.» (3)

Allá se habla siempre de justicia. Cierto que esto sería muy excelente, si el hombre y la vida fuesen un monigote que uno pudiese partir en trozos imperceptibles, y cuyas partes pudiesen pesarse con una balanza de precisión; pero este principio de justicia hace precisamente que, á fuerza de calcular y de medir el derecho y el deber, no se acaben jamás la guerra, la envidia y las enemistades.

(1) I Cor., X, 31; XVI, 14. Thomas, 1, 2, q. 100, a. ad 2.
(2) Thomas, 1, 2, q. 114, a. 4.—(3) Rom., XIII, 8. Gal., V, 14. Col., III, 14.

¡Cuánto más sencillas son las cosas para el cristiano con su ley de caridad! Verdad es que no se le exime de ningún deber de justicia natural; pero las obligaciones que esta ley impone están ya contenidas todas en el único precepto de la caridad. (1) De aquí que el que vive según la caridad, no tiene necesidad de ninguna ley que le interprete la justicia ó le fuerce á observarla. (2) Para él sólo existe esta cuestión: ¿Cómo puedo obrar? ¿qué puedo dar, qué puedo sacrificar? ¿de qué utilidad puedo ser? De este modo practica el bien; hace más que esto, y, sin embargo, encuentra provecho en ello, provecho que el mundo, con toda su fría justicia, no encuentra nunca.

La parsimoniosa justicia del mundo no sabe nunca suficientemente moderarse, porque siempre se ve atormentada por el miedo de poder hacer demasiado, con lo que se perjudica á sí misma. La caridad está contenta cuando todo lo ha sacrificado, y es más rica que cuando lo poseía todo.

Sí, es una gran verdad; la caridad es el mejor de todos los caminos. (3) Así como todo lo que forma parte del dominio de la gracia no constituye únicamente una categoría de cosas más elevadas, sino que completa al propio tiempo y perfecciona el orden natural, así ocurre también con la caridad, y esto de un modo completamente particular. Hace todo lo que la justicia debe hacer, y mil veces más que esto. Hace cosas más perfectas; hace lo imposible, y lo hace con alegría y facilidad. Satisface á toda exigencia y á toda ley; sólo hay una cosa á la que no satisface: el impulso de su corazón. (4)

9. El amor como fin de toda nuestra actividad moral.—Si uno quiere saber hasta qué punto se ha acercado á su fin, es decir, á la perfección, en el orden de la naturaleza ó en el de la gracia, en qué medida puede reivindicar el nombre de hombre y de cristiano, que se examine

(1) Rom., XIII, 8. Gal., V, 14. Gal., III, 14.
(2) Gal., V, 14. Rom., XIII, 8.—(3) I Tim., I, 9.
(4) I Cor., XII, 31.

con relación á la caridad. Así como la fe es el principio de toda justicia,—porque sin fe es imposible agradar á Dios, [1] —así la caridad es el complemento de todo lo que la ley exige de nosotros. [2] Si uno lo posee todo y carece de caridad, es pobre. Aunque hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviese caridad, sería un bronce sonoro ó un címbalo resonante. Aunque tuviese el don de profecía, y conociese todos los misterios, y poseyese todas las ciencias; y aunque tuviese una fe capaz de transportar las montañas, si no tuviese caridad, no sería nada. Aunque distribuyese todos sus bienes á los pobres y entregase su cuerpo á las llamas, si careciese de caridad, de nada le serviría todo ello. [3] Sin caridad, ni siquiera hay justicia, [4] ni, con mayor razón, perfección. Pero el que posee la caridad, puede decir que lo tiene todo. La caridad es más sublime que toda otra virtud. La caridad que testificamos á Dios con el sacrificio de la obediencia y de la paciencia, de la moderación y de la misericordia, ha sido tasada por Él á un precio más alto que el sacrificio más precioso, [5] y la caridad practicada con el prójimo vale más que el ayuno, las oraciones y la limosna. [6] La caridad es el compendio y resumen de todos los mandamientos. [7] Sólo con la caridad satisfacemos á Dios y á las exigencias de nuestro propio corazón. [8] Si uno cree poder satisfacerse con otra cosa que no sea la caridad, es prueba evidente de que no conoce ni posee la caridad. [9]

Pero que nadie crea que puede descansar desde que ha experimentado en su corazón el sentimiento de la caridad. ¡Dichoso el que posee la caridad! Pero dichoso únicamen-

(1) Rom., XIII, 8.
(2) Hebr., XI, 6.
(3) Rom., XIII, 10.
(4) I Cor., XIII, 1 y sig.
(5) Augustin., *Sermo Dom. in monte*, 1, 5, 13. Thomas, 2, 2, q. 23, a. 7. Cf. 1, 2, q. 65, a. 2; q. 71, a. 4.
(6) I Reg., XV, 22. Osée, VI, 6. Eccl., IV, 17. Matth., IX, 13; XII, 7.
(7) Is., LVIII, 5 y sig. Jac., I, 27. Cassian., *Instit.*, 5, 24. *Collat.*, 2, 26. Theodoret., *Vitæ PP.*, 3.
(8) Augustin., *Ep.*, 189, 2. *Disciplina Christ.*, 2.
(9) Bernard., *In Cant.*, 83, 3, 4.

te cuando comprende que es ella el principio de una vida nueva, de una vida que no acabará nunca. Todo tendrá fin: fe, esperanza, sufrimiento, renuncia personal, sacrificios, impacientes esperanzas, milagros, esplendores y ciencia terrestres; en una palabra, todo lo que es imperfecto. [1] Sólo una cosa no acabará nunca, porque es la cosa perfecta por excelencia: la caridad. [2] La caridad es eterna, eternamente joven y eternamente nueva. [3] Encuentra siempre en sí algo nuevo que dispensar de sus tesoros, [4] y encuentra eternamente en sí la fuerza para obrar con eficacia y energía, [5] eternamente en sí la imposibilidad de permanecer ociosa, [6] y la incapacidad de saldar su deuda. [7] Y, sin embargo, jamás se siente agotada. Á medida que se multiplica, crece su sed de actualidad. [8] Así es como aparece eternamente fresca, eternamente rica, eternamente viviente, y como base inagotable de una vida y de una felicidad eternas.

Si el mundo que vive para gozar, y todo lo más para la prudencia, no puede superar la frialdad de la duda, á la vista de esta descripción, es perfectamente comprensible. Sólo los iniciados,—y debiera serlo todo el mundo—saben lo que es la caridad y lo que puede hacer. Pero el que una vez se ha dado cuenta de ella por sí mismo, quizás ha experimentado demasiadas dulzuras para poderlas expresar. Pero por lo menos sabe lo que le debe. La caridad ha reemplazado su brazo; [9] se ha convertido en su pie; [10] le ha dado alas. [11] Vuela, y apenas parece que se mueve; no siente ningún dolor, ninguna fatiga. [12] Con la caridad,

(1) Augustin., *Ps.*, 89, *en.* 17.
(2) I Cor., XIII, 8 y sig.
(3) Augustin., *Ps.*, 149, *en.* 1.
(4) *Ibid.*, 36, 2, 13.
(5) *Ibid.*, 31, 2, 5.
(6) *Ibid.*, 121, *en.* 1, XIII, 8.
(7) Rom., XIII, 8.
(8) Augustin., *Ps.* CXLVII, *en.* 13.
(9) Id., *Sermo*, 125, 7.
(10) Id., *Ps.* IX, *en.* 15.
(11) Augustin., *Ps.*, 103, I, 13; *ps.* 138, *en.* 12; *ps.* 149, *en.* 5.
(12) Id., Joan., *tract.* 48, 1. *Sermo*, 70, 3, *De bono viduit.*, 21, 26.

ha entrado en él un nuevo espíritu. Ahora bien, tal espíritu, tal fuerza, tal trabajo, tal vida entera, y tal caridad, tal espíritu.

Por consiguiente, cada uno obra y vive según su caridad. (1) La caridad es la que hace de uno lo que es y lo que debe ser. De aquí que todo dependa de que la caridad se dirija hacia uno que nos haga mejores. Ella no merece el nombre de caridad, sino cuando se dirige á uno que merece nuestro amor, y sólo lo merece quien, por la caridad, nos eleva por encima de nosotros mismos. (2) La caridad nivela todas las desigualdades. Como la cera es modelada por las manos del obrero, así la caridad nos forma según el modelo del Salvador. ¡Feliz el que desde el principio ha fundado su caridad en Dios! Solo él ha encontrado un modelo digno de ser copiado. (3) ¡Feliz, si Aquél que dirige al mundo con la palabra de su omnipotencia, (4) se une á nosotros por la caridad! En Él la debilidad se cambia en fuerza, (5) con Él, franqueamos todos los muros, todos los obstáculos. (6) Con su fuerza, soportamos con alegría—nosotros, que, hasta el presente, apenas hemos podido soportarnos á nosotros mismos,—el peso de las pruebas, de las miserias de la vida, de la carga de todo un mundo. (7)

10. Cómo se encuentra el amor.—Así, pues, ¡Oh alma que tienes sed de caridad, no seas cruel contigo misma! No puedes vivir sin caridad. Has reclamado de todos la caridad, la has reclamado de ti misma, y todo te ha engañado. En vez de alabarte tu caridad, en vez de darte la caridad como recompensa, todos aquellos á quienes se la has pedido, no han hecho más que arrebatártela. Sólo hay uno que te ha ofrecido su caridad, sin que tú se la hayas pedido, y sin quitarte nada; es el mismo que te espera siempre, aun cuando le hagas esperar mucho tiempo sin

(1) August., *C. Faust.*, 5, 11.—(2) Id., *Ep.*, 155, 13, 15.
(3) Augustin., *Sermo*, 121, 1.
(4) Hebr., I, 3.
(5) Phil., IV, 13.
(6) Ps., XVII, 30.
(7) Gal., VI, 2. Ephes., IV, 2. Augustin., *Ps.*, 129, *en.* 4.

testimoniarle amor. Así, pues, deja á un lado la falsa caridad, huye de toda caridad mediana, causa de tus sufrimientos, y aprende, por esta fidelidad, á conocer al único que merece tu fidelidad. Consagra tu amor á Aquél que no te abandonará más, si tú no le abandonas, á Aquél que velará por ti, para que no le abandones. Y si no sabes cómo hallar la caridad, empieza tan sólo á amar. El amor se encuentra amando, y sólo se encuentra el amor, amando. El amor te enseña á suspirar, á orar, para obtener el amor, á llamar á la puerta, á perseverar, hasta que el amor te abra y te acoja en su casa, y entonces serás feliz. (1)

(1) Augustin., *Conf.*, 4, 11, 16. *Mores eccl. cath.*, 1, 17, 31.

CONFERENCIA XXV

EL CRISTIANO

1. Juicio del mundo sobre el hombre.—Por el camino que separa á Samaria de Accarón, avanzaba, hace ya unos 3000 años, un largo y brillante cortejo de príncipes, de generales, de guerreros, de pajes, un semi ejército. Ni un león, ni una partida de bandoleros se hubieran atrevido á hacer frente á aquella tropa de caballeros armados hasta los dientes. Era la embajada que el rey de Israel, Ochozias, enviaba al templo de Baal, para obtener del principal dios de los filisteos la curación de su enfermedad.

De repente, en una llanura solitaria, apareció un hombre. Los mensajeros reales no saben de qué asombrarse más, si de su temeridad ó de su extraño aspecto. Aparecía ante ellos sin armas, solo, enflaquecido por los ayunos y las vigilias, y tan débil, que á cada momento parecía que le abandonaban sus fuerzas. Pero al abrir su boca, todos aquellos brillantes caballeros experimentaron la misma impresión que si hubiesen sido heridos por un rayo. No hablaba como suelen hacerlo los oradores profanos. Nada de pasión artificial, nada de energía afectada en su voz y en sus gestos; pero ellos experimentaron lo mismo que sus antepasados, cuando la voz de Dios sacudió hasta en sus fundamentos el Sinaí humeante. Cada una de sus sencillas palabras abrasaba su corazón como el fuego, y sintieron golpeada su alma, como con el martillo que quebranta las rocas, (1) cuando les dijo: «Volved á vuestra casa

(1) Jerem., XXIII, 29.

y decid á vuestro señor: ¿Es que ya no hay Dios en Israel, para que te dirijas á los falsos dioses de Accarón? Por cuanto has hecho esto, no te levantarás más de tu lecho, y morirás.» (1)

Así habló, y continuó su camino. Y ni una sola mano se extendió para cogerle ó matarle. Nadie abrió la boca para reprocharle su temeridad. Impulsada por una fuerza invisible, volvió la embajada sobre sus pasos, sin decir palabra, y regresó á la corte, sin haber cumplido su misión.

«¿Cómo era este hombre?»—preguntó el rey, palideciendo.—«Era un hombre velludo, que llevaba un cinturón de cuero, que estrechaba un hábito de pelo alrededor de sus riñones.»—Tal fué la respuesta—«¡Es Elías de Thesbite!»—dijo el rey suspirando.—Y se tendió en el lecho para morir, (2) pues sabía que se había pronunciado su juicio.

¡Un hombre velludo con un cinturón de cuero! He aquí todos los datos que supieron dar sobre uno de los más grandes profetas. No habían comprendido ni expresado el fuego que ardía en sus ojos, el ardor de que rebosaban sus palabras, (3) la fuerza sobrenatural que llenaba á aquel cuerpo gastado, enflaquecido. Él destronaba reyes y elevaba reyes al trono; (4) con su oración, cerraba el cielo, de tal suerte, que durante tres años completos no cayó una sola gota de agua; con su oración, daba la lluvia al cielo y á la tierra agostada la fertilidad. (5) Su palabra atraía el fuego del cielo, daba vida á los muertos y hacía cosas inauditas. (6) ¡Y todo lo que brillantes cortesanos supieron decir de él, fué que era un hombre velludo con un cinturón de cuero!

En esto precisamente reconocemos á los hijos del mundo. Si hojeamos centenares de nuestras memorias ó de

(1) IV Reg., I, 1-6.
(2) IV Reg., I, 7, 8.
(3) Eccli., XLVIII, 1.
(4) Eccli., XLVIII, 6, 8.
(5) Jac., V, 17, 18.
(6) Eccli., XLVIII, 5, 15.

nuestros relatos de viajes, para saber qué impresión han hecho sobre tal ó cual diplomático, sobre tal ó cual príncipe, sus contemporáneos más notables, los hombres más importantes en la ciencia, en la política y en la Iglesia, podemos leer en ellos si el día memorable en que los visitó el escritor llevaban limpia la camisa, si sus uñas estaban bien cuidadas, bien conservados sus dientes, cuál era la tez de su rostro y qué flores ó grabados adornaban la sala de recepción.

Al hablarnos del orador francés moderno más elocuente, el historiador de Port-Royal cuenta con mucha seriedad que, en las múltiples conversaciones que sostuvo con él, hizo con frecuencia la observación de que su hábito se armonizaba perfectamente con su tez morena. (1) El más reciente biógrafo del espiritual cardenal Diepenbrock cree oportuno recordar, como cosa extraordinaria, que tenia cerca de seis pies de estatura. (2) Siempre y en todas partes, concede el mundo especial importancia á la apariencia externa: el contenido, el interior, es decir, lo que constituye, propiamente hablando, al hombre, se oculta á sus miradas.

2. Explicaciones humanas del origen del Cristianismo.—Por otra parte, estas superficialidades son demasiado inofensivas por naturaleza; pero otra cosa ocurre, cuando, con semejantes explicaciones, cree uno poder seguir exactamente los movimientos más profundos de la cultura intelectual. Trátase aquí de borrar, deliberada y conscientemente, verdades que molestan. Ocurre esto, cuando, por ejemplo, obras sabias sobre la historia de la civilización y de la religión, tratan de la elocuencia arrebatadora de un misionero y de los reformadores de la vida eclesiástica, de acciones de papas que remueven el mundo entero, únicamente en pocas palabras relativas á la dulzura ó al esplendor terrible de la voz, á la nobleza y majestad del continente, á la prudencia y conocimiento del hombre del personaje en cuestión.

(1) Reuchlin bei Herzog, *Real-Encyklop.*, (1) XIX, 761.
(2) Reinkens in *der Allgem. Deutschen Biographie*, VI, 135.

También de esta manera explica Renán el origen del Cristianismo, contando evidentemente con que sus lectores no examinarán más á fondo las cosas, y demostrando con esto que el escritor conocía su época. Porque tan pronto como se ha hecho alusión á la fisonomía poética, al encanto de la personalidad, á la dulzura y á la condescendencia de Jesús de Nazareth; tan pronto como se pone de relieve que se había hecho semejante á los pobres, hasta el punto de vestir su traje; (1) tan pronto como se han exagerado, en proporciones inauditas, los grandes dones que incontestablemente poseía San Pablo, y se le ha atribuído una erudición, que no poseía en realidad, se ha dicho lo suficiente para convencer á esta generación, tan incrédula y tan crédula á la vez, que, aun sin la fe en una providencia sobrenatural y divina, es perfectamente posible comprender el éxito maravilloso de la predicación cristiana.

Pero este modo de explicación no consigue su objeto. Si se apoyase en la realidad, la expansión y solidez del Cristianismo aparecerían entonces de un modo mucho más maravilloso. Porque ¿qué es lo que ha arrastrado, á esos pueblos lejanos y á toda una serie de generaciones, á Jesucristo, cuya persona encantadora no podían contemplar? ¿Por ventura es verdad que haya obrado por semejantes medios? ¿Acaso ese espíritu, que concede tanta importancia á lo exterior, no es precisamente la razón decisiva por la cual han rechazado su doctrina los judíos? A sus palabras han opuesto el silencio, porque no podían negar que, por su boca, hablaba más que un Jonás y más que un Salomón. (2) Confesaban sus milagros, porque no podían negarlos; (3) pero, á pesar de ellos, persistían en su incredulidad, porque el carpintero no era bastante distinguido para ellos, porque no podían rebajarse hasta un hombre que ignoraba las fórmulas de buena educación, hasta el

(1) Renan, *Vie de Jésus*, 5, 9, 11, 27.
(2) Matth., XII, 41 y sig.
(3) Marc, VI, 3. Joan., VI, 47.

extremo de que ni siquiera se lavase las manos al ponerse á la mesa. [1]

3. El mundo es incapaz de juzgar el espíritu cristiano.—No podemos fiarnos por completo en el juicio de un mundo semejante sobre el hombre ordinario; los mismos sabios han perdido la justa noción de lo que es grande y de lo que es pequeño. La manera moderna de escribir la historia eleva á ese Juliano, limitado, afectado, á una altura tal, [2] que uno podría creer que, fuera de Marco Aurelio, jamás ha ocupado el trono un hombre tan grande. Por lo contrario, es capaz de llamar pequeño al gran Basilio y al poderoso Jerónimo. [3] De aquí que no nos asombremos de que los espíritus vulgares no lo hagan mejor.

¿Qué sabe la muchedumbre de la verdadera grandeza? ¿Cuál de los profetas no ha sido perseguido? Tomemos á todos aquéllos cuyo nombre ha pasado á la posteridad; ¿no experimentaron de lleno, durante su vida, la censura, el odio, la ingratitud? Sólo cuando desaparecían de este mundo, veíase lo que se perdía con ellos. Entonces se erigía un magnífico cenotafio en honor de los que habían muerto en tierra extraña.

Si esto se aplica ya á la vida ordinaria, con doble razón se aplica á las obras y á los servidores de Dios. Si le falta al mundo todo medio para medir lo que, desde el punto de vista terrenal, es grande y pequeño, ¿cómo los efectos y los instrumentos de la gracia divina podrán hallar gracia á sus ojos? ¿Cómo puede apreciar justamente lo sobrenatural? Se critica al Dante, porque no cambiaba de ropa blanca cada semana, y á Federico Rückert porque comía el pescado con el cuchillo. Refiérese todavía hoy de Menage, el Varrón de su tiempo, que se presentó á la marquesa de Rambouillet y á sus favoritos con un pañuelo de una blancura dudosa. Tales son las bagatelas que se ponen en los platillos de la balanza, allí donde se trata de juzgar á hombres que, en realidad, no ocupan el último

(1) Luc, XI, 38.—(2) Kaufmann, *Deutsche Geschichte*, I, 218, 223.
(3) *Ibid.*, I, 222 y sig., 228.

lugar en la historia de la civilización y de la literatura. De aquí que sea fácil comprender que se juzgue con mayor irreflexión todavía á los cristianos y á los santos. En ellos, la menor infracción de las reglas de urbanidad basta para que se les condene, á ellos y á su manera de vivir. No se ve por completo lo que son en realidad, y, por esta razón, se carece de los medios necesarios para encontrar la justa proporción entre su valor interior y sus debilidades externas accidentales.

Hemos hecho ya resaltar varias veces, con insistencia, que deseamos de todo corazón que, en las cosas ordinarias de la vida, cumplan también con toda la justicia los cristianos. [1] De aquí que queramos una vez más hacer resaltar expresamente que no se deben exagerar estos miramientos. El que ha consagrado su vida á fines tan serios y tan elevados, sabe fácilmente hacer algo más importante que mirar siempre si su vestido no tiene arrugas. Con razón dice Santa Teresa, esta santa que fué la admiración del mundo por su noble continente: «Tenemos empresas más elevadas que cumplir; debemos agradar á Dios. Sí; ¡si todo hubiese concluído, una vez que uno se hubiese apropiado esas exterioridades! Pero la moda cambia continuamente. Todavía no tengo cincuenta años y he visto ya muchos cambios en las fórmulas de urbanidad, en la manera de escribir las cartas y en otras cosas semejantes. Casi sería necesario fundar una cátedra para poder procurarse datos sobre las innovaciones más modernas.» [2]

Pero cuanto más aumenta esta manía, las gentes que quieren llenar con semejantes medios su fastidio y su vacío interno, conceden una importancia más considerable á semejantes futilidades, más excusable es que hombres serios y laboriosos prescindan de ellas, y más comprensible que acaben por experimentar un verdadero disgusto por esas vanidades, que, con frecuencia, no sirven más que para perder el tiempo y matar el espíritu.

(1) V. más arriba, XX, 7. Cf. Tom. II, 12, 9; 17, 11; 22, 8, VI, 20, 7.
(2) Teresa, *Vida*, cap. 37.

4. Los hombres de Dios son con frecuencia los más débiles desde el punto de vista natural.—Como ocurre con todo, también aquí los pensamientos de Dios están muy por encima de las rastreras miras humanas. (1) Muy lejos de querer imponerlos por medios que halaguen á la vanidad, ó por el asombro, procuró el Salvador, deliberadamente, y desde el principio, que nadie pudiese explicar por motivos exteriores la superioridad de su obra y los triunfos que ha logrado. «Y así, hermanos, ved vuestra vocación;—dice el Apostol—que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles. Pero las cosas locas del mundo escogió Dios, para confundir á los sabios; y las cosas flacas del mundo escogió Dios, para confundir á los fuertes, y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son; para que ningún hombre se jacte delante de Él.» (2)

No desdeña ni á los sabios ni á los grandes, con tal que quieran únicamente ser grandes por Él, y no quieran ser prudentes y grandes para ellos. Pero escoge con predilección los vasos de elección de su gracia entre aquellos en quienes nadie puede atribuir su actividad milagrosa á sus cualidades naturales. Y cuando se digna conceder á grandes espíritus el honor de hacer cosas extraordinarias en su servicio, coloca de ordinario sobre su carne un aguijón, á fin de que ellos y todos los que los ven, sepan que un poder más elevado y sobrenatural es el que, en la impotencia en que están de obrar por sus propias fuerzas, hace milagros. (3)

Basilio, cuyo nombre conviene admirablemente á su espíritu real, sufrió desde su juventud hasta su más avanzada edad, no sólo de una grande debilidad física, (4) sino también—lo que sería increíble, (5) si él mismo no lo hubiese confesado—de una falta de memoria natural. De aquí que estuviese nervioso, muy débil y muy irritable. Todo disgusto, (1) todo trabajo, (2) pesaba fuertemente sobre su salud; y apenas si hubo un solo día en que no sintiese todo el peso de esta carga.

(1) Is., LV, 9.
(2) I Cor., I, 26-29.
(3) II Cor., XII, 7, 9.
(4) Basil., *Ep.*, 34; 203, 1.—(5) Id., *Ep.*, 56.

Jerónimo, el más sabio de los Padres de la Iglesia, (3) del cual decían sus contemporáneos que lo había leído casi todo; (4) Jerónimo, aquella naturaleza vigorosa, cada una de cuyas palabras aplastaba al adversario, como la piedra lanzada por la mano de Ajax; aquel guerrero, del cual cada rasgo de su pluma cae como una cuchillada capaz de hendir una roca, se retuerce como un gusano al peso de horribles tentaciones, en castigo de las ligerezas de su juventud; tentaciones á las que no podían poner fin todas las resistencias de su voluntad de hierro, y todas sus mortificaciones, cuya lectura hace poner de punta los cabellos. (5)

Nosotros, que miramos una excusa como superior á una batalla ganada, cuando nos ahorra la lucha; nosotros, hombres débiles, siempre tenemos á punto esta excusa: «¡Ah, era muy cómodo para los santos practicar grandes acciones, pues eran personas de otro temple que nosotros!»

Pues bien, precisamente su debilidad será un día nuestra condenación. ¡Qué poco valor tendrá en nuestros labios este pretexto, si contemplamos á un Gregorio el Grande, que sostuvo en parte sobre sus hombros las ruinas del mundo antiguo, y que, en parte, las unió con sus manos para formar con ellas un nuevo edificio, en tanto que una debilidad extremada lo recluía en su lecho de dolor; (6) á un Tomás de Aquino, que no escribía una palabra ni pronunciaba una palabra sin verse atormentado por la ja-

(1) Basil., *Ep.*, 141, 2.
(2) Id., *Ep.*, 56.
(3) Augustin., *Ep.*, 190, 6, 20. *Peccat. mer. et rem.*, 3, 6, 12.
(4) Id., *C. Julian.*, 1, 7, 34.
(5) Hieron., *Ep.*, 22. Vall. (Mart. 18), c. 3.
(6) Gregor. Mag., *Ep.*, 9, 121; 10, 35. *Homil. in evang.*, 22, 1; 34, 1. Beda, *Hist. Angl.*, 2, 1 (Gregor. Opp. IV, I, 192),

queca, (1) y á un San Bernardo, (2) que tuvo que arrancar á los más dolorosos sufrimientos todo acto de su vida, tan rica en virtudes! ¡Ah, cuán diferente sería entonces nuestro juicio sobre los santos y sobre nosotros!

El recuerdo de San Pablo, esta alma de fuego, despierta en nosotros el recuerdo de un Alejandro, que conquistó el mundo con rapidez asombrosa. Pero la verdad es que gemía bajo el peso de un estado enfermizo continuo. (3) Allí donde se presentaba, se tributaban honores á sus compañeros, en tanto que él era desdeñado, por lo muy poco que imponía su aspecto, (4) por lo muy sencilla que era su palabra. ¡Qué prueba tan grande para un espíritu como él el tener que luchar con la palabra (5) contra la timidez embarazosa de un niño, como él, que temblaba de miedo (6) desde que tenía que hablar en público, y cuya timidez é indecisión eran para sus enemigos motivos de burla! (7) Preferimos pasar en silencio, porque carecemos de palabras para expresarlas, las tentaciones interiores con que Dios le probaba, (8) como si todas sus humillaciones exteriores no hubiesen sido suficientes para él.

5. En la debilidad de la naturaleza manifiesta Dios mejor el poder de lo sobrenatural.—Se puede admitir como regla—la cual, sin duda, como todas las reglas, tiene sus excepciones—que los más grandes héroes de la virtud han sido, para un observador atento, los más débiles de todos, y aquellos en quienes el mundo buscaría menos cosas extraordinarias. Si se les hubiese mezclado con la muchedumbre, y se hubiese llamado á los filósofos de todas las universidades para que buscasen en medio de ella

(1) Touron, *Vie de S. Thomas*, 3, 14, p. 300.
(2) Bernard., *Ep.*, 21, 1; 87, 10; 90, 2; 118; 144, 4; 186; 208, 228, 2; 241, 2; 270, 3; 288, 1; 307, 2; 210, *Homil. in Missus præf. In Cant.* 42, 11; 44, 8. Cf. Guilelm., *Vita S. Bernardi*, 1, 8, 38. Alanus, *Vita S. Bernardi*, 11, 33.
(3) Gal., IV, 13.
(4) Act. Ap., XIV, 11.
(5) II Cor., X, 1.
(6) I Cor., II, 3.
(7) II Cor., X, 10.
(8) II Cor., XII, 7.

á los instrumentos escogidos por Dios, sin duda alguna que no los hubiesen encontrado jamás. El mismo profeta Samuel se dejó deslumbrar por las apariencias externas, al buscar al rey de Israel entre los hijos de Isaí, y su elección recayó en el soberbio Eliab. Pero Dios le dijo: «No hay que fijarse ni en la belleza de su rostro ni en su porte majestuoso. Yo no juzgo á los hombres según su aspecto. El hombre fija su atención en lo que hiere á la vista; pero Dios mira el interior.» (1) Un corazón puro, un sentido recto, una obediencia fiel á su voluntad, tienen más valor á los ojos de Dios, que lo que cautiva el juicio del mundo. Sólo al que no se busca á sí mismo, sólo á quien nada posee de que puede gloriarse, prodiga el Señor con la más buena voluntad sus gracias, á fin de que la evidencia obligue á todos á atribuir exclusivamente el éxito de ellos á la gracia divina. (2) Ya hemos hablado en otra parte (3) del hecho de que, entre todos los jefes de la primera cruzada, fuese el menos brillante el que la confianza de todos los príncipes proclamase rey. Créese así arrebatar un motivo de gloria á la causa cristiana; pero, si se reflexiona en ello, se demuestra precisamente su verdadero honor. Godofredo de Bouillón podía ser inferior á muchos de sus compañeros de armas en punto á cualidades naturales y talento; pero, como instrumento de la gracia, fué sin duda alguna superior á todos. Existía en él un poder que se ocultaba al ojo físico, porque superaba á la naturaleza; un poder que hizo de él, por lo menos no sin él, ese hombre que la historia nos ofrece, ese hombre ante el cual palidecen los más grandes dones de los demás.

Lo mismo puede comprobarse en la historia de Pedro de la Gasca, aquel modesto sacerdote, á quién Carlos V, en su mayor angustia, había confiado la misión de reconquistar América, de la cual se habían apoderado los revo-

(1) Reg., XVI, 7.
(2) Cf. Thomas, 2, 2, q. 24, a. 3; 1, 2, q. 109, a. 6. Andreas a Cruce, *Disputat., theol.*, d. 315. Nazarius, *Comment. in h. l. Alvarez, De auxiliis disp.* 62, 63.
(3) V. más arriba, XI, 6.

lucionarios españoles. [1] Si bien es verdad que no poseía más que cualidades ordinarias, y que era inferior bajo todos los aspectos á su adversario, el rebelde Gonzalo Pizarro, también es verdad que, sin otras armas que su breviario, su amor incomparable á la justicia y los ardores de su gran corazón de cristiano y de sacerdote, sólo tuvo necesidad de pocos meses para devolver: á su emperador la parte del mundo que había perdido; á los indios pisoteados, el derecho y la libertad, y á sus indisciplinados compatriotas, la justicia que había desaparecido de entre ellos. Pocas recompensas terrestres recibió él por los méritos inmensos que se conquistó en esta obra. Apenas si la posteridad ha juzgado digno de inscribir en los anales de la historia el nombre del humilde sacerdote, del sabio sin apariencia exterior. Pero llegará un día en que todo el mundo reconocerá que fué uno de los hombres más ilustres, un verdadero bienhechor de su raza, y esto precisamente porque algo de invisible, y, no obstante, innegable, lo elevó por encima de las debilidades de la naturaleza, de las que tampoco estuvo él exento.

6. Al cristiano pertenece ante todo la apropiación de lo sobrenatural.—¿Y cuál es ese algo que ha colocado á esos héroes de la inteligencia y de la acción, no obstante su fragilidad, no obstante los defectos que también ellos tenían que deplorar, muy por encima de aquellos que, con todos sus dones naturales, parecían ser muy superiores á ellos? Es ese mismo algo que debe fortificar á todos, aun al cristiano ordinario, en toda empresa, en toda situación y en todo tiempo, si quiere elevarse por encima de su naturaleza; es esa única cosa que, frente á los defectos humanos, mantiene en nosotros la esperanza de que, en definitiva, podamos siempre convertirnos en hombres completos, y aun en algo más.

También los paganos buscaron ese algo, único que puede elevar y perfeccionar al hombre; pero lo buscaron en la filosofía, en la sabiduría. El hombre sabio era su ideal. [1] Sin duda que también nosotros los cristianos podríamos suscribir á esto. ¡Si siquiera hubiesen añadido nuestra manera de ver á semejante expresión! [2] Pero ellos sólo comprendieron por ella al sabio, al filósofo. Según sus concepciones, éste es la cima más elevada á que puede elevar á un hombre la civilización. [3] Según ellos, el que no llega á esta sabiduría, ha vivido inútilmente. [4] El que no llega á ser sabio, es considerado por ellos digno apenas de ser contado entre los hombres; sólo se le considera como un insensato. [5] Difícil sería imaginarse algo de más aplastante que semejante doctrina. Porque si, según estos filósofos, sólo un corto número de hombres se elevan [6] á esta exigencia, única digna del hombre; si la sabiduría es algo de lo cual muy rara vez se hace uno dueño, síguese de aquí que únicamente un pequeño número posee la perspectiva y la posibilidad de llegar á ser hombre. Y en este caso, ¿para qué viven la gran mayoría de los humanos? Sí, si hay algo que hace grande al pequeño y fuerte al débil; si hay algo que puede elevar al hombre miserable por encima de las cosas de este mundo, ese algo no puede consistir ni en la sabiduría ni en las obras humanas. Si, pues, el cristiano debe elevarse por encima de la debilidad humana, ó, por mejor decir, si el cristiano debe superar al hombre,—y consigue esto, si es lo que debe ser—sólo puede lograrlo por efecto de lo sobrenatural. Por lo sobrenatural ha vencido el Cristianismo á un mundo incomparablemente fuerte en civilización y en poder. Por lo sobrenatural triunfa el cristiano de la debilidad de la naturaleza, y adquiere una fuerza más grande que la dada por las disposiciones naturales más relevantes. Lo sobrenatu-

(1) Prescott, *History of the Conquest of Peru*, b. 5. Ch. 1-4, Paris, 1847, II, 199 y sig. 205 y sig. 276 y sig. *Allgemeine Historie der Reisen zu Wasser und zu Land* (Leipzig, 1757, 3, XV, 195-252).

(1) Cicero, *Tuscul.*, 4, 17.
(2) Cf. más arriba, XXI, 2.
(3) Plutarch., *Educat. puer.*, 10.
(4) Cf. Plutarch., *Adv. Colot.*, 1, 1.
(5) Cicero, *Parad.* 4. *Tuscul.*, 3, 5. *Academ.*, 2, 44.
(6) Así los estoicos, según Clemente Alejandrino, *Strom.*, 2, 4, 19.

ral, alma del Cristianismo, fuerza vital del cristiano, tiene un poder completamente diferente del de la filosofía. Si, pues, alguien quiere mostrar lo que el hombre es capaz de hacer, preciso es que se eleve por encima de los puntos de vista y de los motivos puramente humanos; preciso es que se adhiera á la gracia; preciso es que se apropie lo sobrenatural en espíritu y corazón.

7. Pero al cristiano pertenece también el cumplimiento completo de todas las obligaciones humanas.—Pero, con esto, no debe el cristiano renunciar á todo lo que se puede exigir equitativamente de parte del hombre natural. Ya lo hemos dicho repetidas veces, pero nunca se repetirá suficientemente: cuando uno no esté exento de censura como hombre, tampoco se le podrá dar el nombre de cristiano sin reproche. Dios, lo mismo que nuestra conciencia de cristiano, nos impone el deber de dar testimonio de nuestra fe en nuestro Dios con toda nuestra vida. Esta vez el mundo está de acuerdo con Dios. Con sostenida atención, vigila el mundo nuestra conducta, y toma inmediatamente la menor cosa como prueba en pro ó en contra de la fe á que pertenecemos, en pro ó en contra de la Iglesia de que formamos parte; por lo que, cuanto más caso haga de las cosas externas y naturales, más obligado está el cristiano á usar de circunspección para no indisponerse con él. No debe dejarse superar por nadie, ni en sentimientos de honor, ni en fidelidad á su vocación, ni en su manera de ver. Triste sería, si, en semejante materia, el motivo que nos hace obrar á los cristianos, el amor de Dios, no nos diese tanto tacto y delicadeza de conciencia como dan á los hombres del mundo la ambición ó el respeto humano ó el amor á las conveniencias. Justamente á causa de su fe, debe ser el cristiano el obrero laborioso que ningún trabajo encuentra demasiado pesado; debe ser el hombre circunspecto, con el cual pueda contarse en todas circunstancias; debe ser el hombre discreto, á quien se puedan confiar todos los secretos.

Y lo será en realidad, si es un cristiano completo. Allí donde todos los servidores huyen, allí sabe su señor, que, por lo menos, tiene en él un amigo fiel que no le abandona en la necesidad. Aunque el engaño se convirtiese en ley del mundo, no impediría esto que los patronos y los compradores estuviesen convencidos de que sólo en el verdadero cristiano se encuentra la buena mercancía, el trabajo conveniente y el justo precio.

¡Incomprensible contradicción del mundo! Laméntase sin cesar de que las personas piadosas no sirvan para nada; pero, después de probar á todas las demás, muéstrase contento si puede tomarlas á su servicio. Si, en un asunto de confianza, tiene necesidad de una persona segura, la escoge siempre de entre las piadosas. Se burla constantemente de la joven que cada mañana ve salir de la Iglesia, y, sin embargo, á nadie se le ocurre cerrar con llave su cajón delante de ella. Todos saben en la casa que, mientras la pobre joven frecuente los Sacramentos, estarán tan seguras las alhajas en la cómoda abierta como si estuviesen cerradas con triple puerta de hierro.

Es este también un testimonio en favor de nuestra religión, y ciertamente no el menor de todos. Ya por esta razón, nadie podrá excusarse en el día del juicio final, pretendiendo que jamás tuvo ocasión de comprobar dónde se encontraban la verdad, la vida y el camino que á ella conduce. De aquí que á todos, aun al cristiano más sencillo, al que ha sido negado el don de la palabra, se les ofrece diariamente la ocasión de mostrar al mundo lo que hay en su fe y cuál es el valor de ésta para formar al hombre.

8. La misión del cristiano consiste en la unión de lo natural y lo sobrenatural.—¿Es que en el cristiano viven dos naturalezas, piensan dos espíritus y quieren dos voluntades? En la tierra, debe practicar el sacrificio, desplegar una actividad llena de caridad, y, con todo esto, decirse continuamente: «No tenemos aquí una morada permanente.» (1) Sus esfuerzos todos deben encaminarse á no omitir ninguna de sus obligaciones terrenales. Pero

(1) Hebr., XIII, 14.

también se ha dicho: «Buscad las cosas de lo alto, donde Cristo está sentado á la derecha del Padre; aficionaos á las cosas de lo alto, y no á las de la tierra.» (1)

Ahora bien, ¿quién puede conciliar todo esto? ¿Cómo uno puede reconocerse en estas contradicciones? ¡Hay desgraciadamente tantos, cuya vida ofrece en realidad materia suficiente para considerar como inconciliables estas exigencias! Hay en la Iglesia, entre los cristianos y personas piadosas, hombres completamente diferentes de lo que son en una sociedad puramente profana. Hablan dos lenguas y tienen dos conductas, en armonía con lo que les rodea. Aquí es la Providencia divina, y allá un curioso azar el que ha organizado las cosas así. Unas veces, esperan en el Dios viviente y en la gracia de Dios; otras, esperan únicamente del cielo, ó de un destino bienhechor, que mejoren los acontecimientos y tomen otra marcha.

El Cristianismo no ha elegido todavía domicilio en semejantes gentes, ni mucho menos; le han dado una vuelta, como á un vestido, á través del cual se distingue en todas partes el hombre antiguo.

Lo natural y lo sobrenatural deben, pues, crecer y engrandecerse juntos, como la rama ingertada y el antiguo tronco salvaje. Una sola vida, una sola actividad, un solo pensamiento; he aquí lo único que hace al verdadero cristiano. No hay dos medidas diferentes para la verdad. El cumplimiento de las obligaciones naturales, el amor terrenal, la administración de los asuntos profanos, no reconocen en el verdadero cristiano otra regla que los mandamientos de Dios, y no persiguen otro fin, sino el de buscar á Dios y servirle. Jamás llamará utilidad, arte, instrucción ó progreso, á lo que es condenable á los ojos de Dios y de la conciencia. Si la luz de la fe le ha mostrado algo como erróneo, lo considera también como falso á la luz de su razón. Todo lo que no conduce á Dios, todo lo que aleja de Él á los espíritus, ha perdido por adelantado á sus ojos el derecho de ser considerado como medio de fa-

(1) Col., III, 1, 2.

vorecer á la humanidad y mejorar la situación del mundo. En todo lo que ama y en todo lo que evita, ya ore, ya se ocupe en la ciencia, en trabajos manuales ó en filosofía, sólo tiene ante la vista una regla de conducta, la ley, y un solo fin, el honor y el amor á Dios. De este modo, favorece, con cada una de sus acciones, la naturaleza, á cuya debilidad ayuda por medio de la gracia, cuyas lagunas llena con la infinidad de lo sobrenatural, cuyos desórdenes previene con la luz de la verdad celeste. Cada uno de sus actos le recuerda al mismo tiempo su único fin sobrenatural; y así es como se forma, para llegar á ser un verdadero cristiano, y así es como se convierte cada vez más en un hombre completo, en la medida en que se perfecciona como cristiano.

9. Simplicidad de esta misión.—Esta unión de lo natural y de lo sobrenatural es la empresa propiamente dicha del cristiano, y aun su única empresa. Cuanto más unidos estén el hombre y el cristiano por modo perfecto y natural, tanto mejor cumple éste con su deber. Así, pues, la vocación del cristiano es, en el fondo, una cosa sumamente sencilla. No exige de él hechos extrordinarios é inauditos, sino únicamente una vida completa, homogénea. Si se exigiesen milagros de él, si se le pidiese que se cerniese en los aires y que estuviese todo el día en oración y en éxtasis, sin duda que habría derecho á decir que son estas cosas extravagantes; pero todo lo que se le pide consiste en que lleve una vida humana y cristiana á la vez, ó que aspire con seriedad y constancia á este fin. ¿Quién puede decir que es incapaz de hacer esto?

Cuando los estoicos decían: «Preciso es que seas un sabio», la naturaleza tenía el derecho de revelarse y replicar: «Vuestro sabio no es hombre, ni se le puede contar entre los hombres.»

El Cristianismo tiene exigencias más humanas. «No pido nada imposible;—dice—no tengo la pretensión de exigir de ti que hoy ó mañana vivas como un ser sobrenatural, sin defectos ni debilidades. Que los poetas de este

mundo presenten á tu imitación seres, cuya excelencia te espante antes que te aliente; por mi parte, no he dado ninguna orden para esto á mis Apóstoles. Te acepto con tus defectos, como eres; sólo que no debes amar, ni defender, ni ocultar, ni conservar tus defectos. En tus caídas y en tus levantamientos, en tus luchas y en tu purificación continua, debes trabajar constantemente para conseguir tu único destino, soportando pacientemente tus debilidades, [1] suspirando por tu transfiguración, y esperando confiadamente el auxilio de Dios. Tal es la empresa de tu vida; por esto te la impongo como la empresa de toda tu vida. No pido todo á todos. No quiero hacer entrar á todo el mundo en el mismo molde. Que cada cual escoja su vocación y sus prácticas, según su inclinación y sus particulares inclinaciones. Impondré á cada uno únicamente aquellos de mis mandamientos que convengan á su situación y á sus fuerzas. En una palabra; no exijo nada extraordinario, pero lo que cada cual debe ser, debe serlo por completo, lo mismo como hombre que como cristiano. Que uno tome de ello más ó menos, asunto particular suyo es; pero lo que haga, debe hacerlo bien, no en apariencia y superficialmente, sino con solidez, para afirmar esta vida y ganar la eternidad.»

Esto es todo lo que el Cristianismo exige. Y ahora, que se nos presente un hombre que pueda decir que esto no es verdaderamente digno de un hombre, que es imposible de cumplir.

10. Dificultad de esta misión.—Así, pues, no se exigen del cristiano milagros y cosas extraordinarias. La dificultad de su empresa se encuentra precisamente en su sencillez. La cosa más sencilla es con frecuencia la más difícil para el hombre. En la vida ordinaria, encontramos suficientes ejemplos en apoyo de esta afirmación. Los más grandes poetas; los artistas más inimitables, son siempre aquellos que saben presentar las cosas tan sencillamente, que todos creen poder hacer lo mismo. Pero que uno intente únicamente imitarlos, y verá si es tan fácil como

(1) Luc, XXI, 19.

lo cree. Para que uno pueda hablar sencillamente, ser sencillo en sus maneras y en toda su persona, preciso es que esté completamente seguro de sí y de su asunto.

Esto se aplica todavía más á la vida moral y religiosa. Una piedad afectada, que uno despliegue con complacencia; el convencionalismo y el énfasis en el servicio de Dios, esas moscas muertas en el bálsamo precioso de la oración; [1] en una palabra, toda afectación ante Dios, es prueba cierta de que uno no está todavía de acuerdo consigo mismo.

La sencillez maravillosa, el natural sencillo, recto, en Jesucristo y en sus santos, son testimonios evidentes de que el espíritu de Dios obra en ellos. La sencillez es la perfección, no la sencillez de lo vacío, sino la sencillez en la abundancia. Dios es la mayor sencillez, Dios resume en sí todo lo que es verdadero, bueno y hermoso. Las perfecciones y las cualidades de todas las cosas están reunidas en Dios en la unidad más alta y más indivisible. [2] Es evidente que la sencillez cuesta trabajo al hombre, exactamente tanto trabajo como deseo de querer asemejarse á Dios. La mayor sencillez es la mayor semejanza con Dios.

Síguese de aquí que la unión de lo natural y de lo sobrenatural, por consiguiente, la empresa del cristiano, únicamente puede realizarse adhiriéndonos á Dios, y penetrándonos de Él; esto es, por una vida interna.

Que nadie se lisonjee de poder hacerse digno de su nombre de cristiano por algunos artificios externos; pero que nadie crea tampoco que puede juzgar al Cristianismo, si considera únicamente su aspecto externo. De aquí que los servidores de Dios sean tan mal comprendidos del mundo. Éste no comprende lo que es el espíritu de Dios. [3] Pero precisamente este espíritu es el que anima á los hijos de Dios. [4] El que no vive en su interior; el que ignora la plenitud, la fuerza, el fuego con que el Espíritu San-

(1) Eccl., X, 1.—(2) Thomas, 1, q. 3, a. 7; q. 4, a. 2.
(3) I Cor., II, 14.
(4) Rom., VIII, 14.

to penetra los corazones de los suyos, ése ve únicamente su aspecto externo, aquello precisamente que en ellos ofrece menos apariencia.

Díjose de Elías que era un hombre que llevaba un vestido de pelo de camello y un cinturón de cuero. Los cortesanos se burlaron, como insensatos, de la verdad eterna que hablaba por su boca. Aquellos hombres afeminados, que temían al trabajo de reflexionar, no tenían la menor idea de que, bajo aquella sencilla y humilde envoltura, pudiese haber un espíritu más elevado, una vida más profunda y algo de extraordinario depositado en ella por la mano de Dios.

Así es como, en el mundo, se afecta ignorar á los santos y á los discípulos de Jesucristo,—porque el discípulo no está por encima del Maestro [1]—y no se tiene una idea de la misteriosa interioridad que existe en ellos, no obstante manifestarse en centenares de cosas. El espíritu que sostiene al cristiano, cuando el mundo le rechaza, cuando el mismo Dios se oculta á sus miradas; el espíritu que le enseña á amar, por amor de Dios, la vergüenza y los sufrimientos, nada tiene de extraordinario á los ojos del que jamás ha ensayado esto; y, sin embargo, es algo de sobrenatural, que únicamente la gracia de Dios y la cooperación del cristiano, obtenida al precio de grandes sacrificios, pueden hacer madurar. Ese corazón fuerte, que hace al cristiano capaz de vencer una repulsión natural, capaz de amar á un hermano y á una hermana de espíritu poco amable y tacaño, capaz de respetar en el mendigo, falto de todo socorro, la imagen de Dios, capaz de, no sólo soportar un golpe poco agradable, sino aun de reparar una ruptura violenta; todo esto supone una fuerza que, sin duda, no se despliega en sorprendentes hazañas, sino que, por lo contrario, aparece grande y sobrehumana en acciones que no se facilitan con el aplauso humano.

Precisamente cosas semejantes, las más pequeñas y las más despreciadas, y, por esta razón, las más difíciles, son

(1) Matth., X, 24. Luc, VI, 40. Joan., XIII, 16.

las que forman al cristiano. No hace milagros, y, no obstante, es maravilloso. Produce cosas verdaderamente humanas, y es sobrehumano en sus acciones y en su naturaleza. El mundo, cuya curiosidad no se satisface sino con extravagancias, apenas se fija en él. La indiferencia saducea, que no quiere mover el dedo meñique para llegar á la perfección, se burla de sus inquietudes en las cosas referentes á la conciencia. La justicia personal farisaica le desprecia, á causa de sus luchas y de los triunfos que obtiene sobre sus defectos, y duda de sus victorias. Sólo el que seriamente ha intentado, á pesar de todas las dificultades, llegar á este fin, reconoce y aprecia este espíritu misterioso, pero potente, que es el verdadero contenido del cristiano; y muy pronto se apercibe de que, sin él, aun las cosas ordinarias, rara vez están exentas de censura, en tanto que, con él, el más pequeño cumplimiento del deber se convierte en una verdadera virtud sobrenatural, y el sacrificio más penoso nada cuesta, siquiera no se le hayan ahorrado amarguras de toda especie.

11. Cristo y el cristiano; la imitación de Cristo y sus grados.—Miles de disertaciones han sido escritas, y predicados innumerables sermones, para saber qué medios debe uno emplear, qué camino seguir, y cómo debe practicar la virtud, para aproximarse á este fin de la perfección cristiana. Estas disertaciones y estos discursos, son, sin duda, buenos casi siempre, y útiles, cuando de ellos se hace excelente uso; sólo que nadie cree que este simple estudio haga ya de él un verdadero cristiano. Á veces, se desliza entre los cristianos el error de que se puede aprender el arte de vivir en libros y reglas. Los hombres que encuentran siempre la mayor dificultad en abarcar grandes pensamientos generales, y en disponer, según ellos, la vida en un caso aislado, tienen particular preferencia por esta inclinación femenina, que consiste en inventar un precepto para cada caso particular. Cuanto más desprovistos se creen de vastos puntos de vista y del don de aplicar éstos á las necesidades reales, tanto más procuran encon-

trar, para todos los casos imaginables, una regla de conducta en una casuística con frecuencia muy estrecha. Para convencerse de ello, no hay más que ver esos aficionados á dar consejos sobre las relaciones de los hombres entre sí, esos manuales sobre la apostura, esas indicaciones pedagógicas para conocer los espíritus y tratarlos, esas obras populares sobre ética y psicología.

No podemos admitir esa especie de educación que se da á los niños, pero menos todavía la admitimos desde el punto de vista sobrenatural y para los fines de la vida cristiana. Porque, aunque hayamos dado millares de reglas, y tomado precauciones para todos los casos, y enumerado todos los mandamientos de la humanidad y del Cristianismo, si hemos olvidado una sola cosa, nada hemos hecho. Esta sola cosa es necesaria, (1) y sin ella todo es vano.

Felizmente el cristiano la posee como modelo y como fin en todos los asuntos naturales y en la práctica de cada virtud cristiana, y ella le sustituye superabundantemente todas sus reglas. Este fin, al cual se dirigen todas sus obligaciones; este modelo, según el cual deben formarse todas sus acciones y su vida entera, es Jesucristo. (2) El cristiano lleva su nombre; es cristiano, para que se forme según Él y aspire á Él.

He aquí lo que hace el cristiano; en esto se distingue de todos los demás hombres. Se hace perfecto, siguiendo á Jesucristo. Su signo característico de cristiano no procede de que haga obras cristianas; cualquiera puede ser extraño á Jesucristo, aunque cumpla todo lo que Jesucristo ha ordenado: también Judas servía al Señor, y le daba lo necesario para su sustento; pero él mismo era su fin, y estaba tanto más distante de ser cristiano, cuanto que más odiosa era la desproporción entre sus actos externos y su vida interna.

Esta es la razón por la cual el Fundador de nuestra fe ha resumido siempre su doctrina en una sola palabra; pa-

(1) Luc, X, 42.
(2) Rom., X, 4. Cf. *supra*, X, 11.

labra que, excepto Él, ninguno ha pronunciado, ni ninguno podía pronunciar; palabra con la cual dió de sí mismo el más alto testimonio: «Sígueme.» (1)

Exige de nosotros que le sigamos, y no solamente que le imitemos. Son estas dos cosas completamente diferentes. Podemos imitar á cualquiera que marcha á nuestro lado, y aun detrás de nosotros, por el mismo camino, y aun á uno que siga caminos diferentes á los nuestros. No hay hombre alguno, por perverso que sea, de quien no podamos aprender algo. Podemos y debemos sobre todo imitar á los santos, por los cuales aprendemos á aplicar á nuestra situación lo que contemplamos á una altura imposible de alcanzar, en el Modelo de toda perfección. Son ante todo nuestros modelos, y, precisamente, porque han sido imitadores perfectos de Jesucristo. (2) Si nos formamos según ellos, nos formamos según Aquél que, lleno de amor, los ha formado según Él, y al que han imitado con la mayor fidelidad. (3) Así, pues, aun siguiendo sus pisadas, no son ellos propiamente hablando á quien seguimos, sino al Salvador, porque sólo Jesucristo, el Dios hecho hombre, es el único que conviene seguir. Sólo puede exigirnos que le sigamos Aquél que marcha delante de nosotros por el mismo camino, y que está seguro de que no le pasaremos jamás delante, por pequeña que sea la distancia que nos separe de Él. No podemos, ni debemos, ni queremos imitar más que á Aquél del cual estamos seguros que no puede engañarse ni engañarnos, Aquél en quien la fuerza de Dios y la debilidad humana están unidas de un modo tan estrecho y tan viviente, que tenemos en Él continuamente una invitación á marchar hacia delante, un aliento en nuestra impotencia, un compañero en nuestras luchas y en nuestras victorias.

La frase: «Seguir á Jesucristo» tiene más importancia

(1) Matth., VIII, 22; IX, 9; XVI, 24; XIX; 21. Marc, II, 14; VIII, 34 X, 21. Luc, V, 27; IX, 23, 59; XVIII, 22. Joan., I, 43; VIII, 12; XII, 36; XXI, 19, 22.
(2) I Cor., IV, 16; XI, 1. Phil., III, 17.
(3) Cf. Augustin., *In ps.* 39, *en.* 6.

que sus mismos milagros. Cualquiera puede hacer milagros con la fuerza y la omnipotencia de Dios; pero podemos seguir á Jesucristo únicamente porque es Jesucristo, el Hijo de Dios aparecido en forma humana.

Sin embargo, muchos siguen á Jesucristo, pero no todos de la misma manera. Todos se complacerían en permanecer con Él en la montaña de la transfiguración; pero muchos le abandonan en el desierto, casi todos en la entrada del Huerto de los Olivos, y muy pocos permanecen junto á Él al pie de la cruz.

De aquí resulta que se puede seguir á Jesucristo en diferentes grados. El que toma la palabra demasiado á la letra, y en sentido exclusivo, tarde ó temprano pone límites á este acto. Así, pues, por hermoso que sea seguir á Jesucristo, es todavía más hermoso estar con Él y permanecer siempre á su lado. Esta era la opinión del que dijo al Señor: «Maestro, yo te seguiré á donde quiera que fueres.» (1) Pero ni siquiera esto era suficiente para el Señor. Quería hacerse acompañar por él al tercero y al más alto grado. Ahora bien, este grado consiste en la vida para Jesucristo. Sólo vive para Jesucristo, en la acepción completa de la palabra, el que no considera ya su vida como su propiedad, sino que la pone sin restricción á disposición de Jesucristo. ¡Ah, si San Pedro hubiese tenido una idea de esto, cuando pronunció las audaces palabras: «Señor, aparejado estoy para ir contigo aun á la cárcel y á la muerte»! (2) Desgraciadamente, en la hora decisiva, fué infiel á sus buenos propósitos; pero, más tarde, los realizó á la letra, no sólo consagrando su vida al Señor, sino dándola por Él. Muchos miles han hecho lo que él: los santos mártires son los que han imitado á Jesucristo en la más alta perfección.

Sin duda, sólo en casos extraordinarios concede el Señor á amigos privilegiados la gloria de seguirle de este modo. De ordinario, no exige de nadie que dé su vida por

(1) Luc, IX, 57; Matth., VIII, 19.
(2) Luc, XXII, 33.

Él. Contento está ya cuando uno vive para Él. Pero ¿quién vive en este sentido para Jesucristo? Vive para Jesucristo aquel que juzga todas las cosas desde el punto de vista de saber si ellas conducen ó no á Él. Amar á la Iglesia, la esposa de Jesucristo, obedecerle, fomentar su expansión, aumentar el amor y la devoción á ella, procurar el empleo de todos los medios de salvación, cualesquiera que sean, practicar hasta la más pequeña de las devociones que el amor intensivo de Dios y de las almas ha imaginado, para enardecer los corazones y unirlos más estrechamente con Dios, he aquí lo que se llama vivir para Jesucristo. El que vive para Jesucristo, siente con todos y para todos los que están en comunión con Jesucristo, ó en quienes la obra de Jesucristo está puesta en duda. Vive en comunión con la Iglesia y con todos los santos. Lo que un miembro del cuerpo hace en honor de la cabeza ó del conjunto, le complace tanto como si él mismo lo hiciera. Sufre, expía y hace sacrificios por un miembro débil, hasta que se cure. Si otras asociaciones obtienen más éxito y honra que la de que él forma parte, se alegra de todo corazón, porque ve en cada una de ellas una fracción de la Iglesia, una parte del conjunto. Pero si se cubren de vergüenza, si disminuyen en fuerza y vigor, sufre sinceramente con ellas, porque experimenta el dolor que experimentó el mismo Salvador. Lo que él hace, pertenece á todos, puesto que lo hace, no para sí, sino para Aquél que pertenece á todos. Y aunque se vea obligado á hacer los mayores sacrificios, á soportar los más grandes dolores, no es una pérdida para él, con tal que el Señor sea proclamado por él. (1) Porque el amor no está contento, sino cuando tiene ocasión de dar su vida, ó lo que le es tan caro como la vida, por el que ama.

12. La empresa y el honor del cristiano.—Sin duda alguna que son estas vías muy elevadas. Sin embargo, no son impracticables. Siguiéndolas, han llegado muchos miles hasta las cumbres más elevadas. Millones y millones

(1) Phil., I, 18.

las han seguido. Verdad es que no han escalado las cumbres, pero han continuado con constancia escalándolas lentamente, tanto como sus fuerzas se lo permitían, y de aquí que el Juez misericordioso haya quedado contento de lo que han hecho, cada uno según sus dones, cada uno según su vocación, cada uno según su conciencia. Sólo que hay una cosa que nadie debe negar, y es que ningún fin puede ser demasiado elevado para el cristiano. El más alto grado de la perfección no es superior á las virtudes que le incumben. No se exige de cada uno toda práctica posible de cada virtud; pero, aunque uno realice los actos más heroicos, no practica una virtud particular; no hace más que practicar deberes que incumben á todo cristiano; sólo que los practica en un grado más perfecto, grado al cual ningún mandamiento le obliga. (1)

La vocación del cristiano es, pues, la obligación de llegar á la perfección. (2)

En el día de nuestro bautismo, renunciamos al mundo y prestamos juramento á Jesucristo. Entonces entró el Salvador, por la gracia, en nuestro corazón, (3) y nos transformó en hombres nuevos, (4) formados á su imagen. Así es como el cristiano se ha convertido en realidad en un segundo Jesucristo, en un hombre en cuyo corazón habita el mismo Jesucristo. (5) De aquí que sea una exigencia completamente natural que, en su vida externa, se asemeje de tal modo á Jesucristo, que se revista fielmente de Jesucristo, (6) que, propiamente hablando, no sea él el que viva, sino que Jesucristo viva en él. (7)

Que nadie diga que esto es demasiado difícil. El que ha aceptado el honor, se ha encargado también del deber. Nuestro nombre es al mismo tiempo nuestro honor y nuestra obligación. Nuestro honor consiste en asemejarnos á Jesucristo, y el derecho á nuestra existencia, en que le honremos. ¿Para qué habitaría Jesucristo en nosotros, sino para sostenernos, cuando trabajamos en asemejarnos á Él? Pues bien; ahora sabemos ciertamente que somos colaboradores de Jesucristo. (1) Por consiguiente, ¿qué dificultad hay, si nosotros realizamos la menor parte del trabajo y Él la más grande? ¿Qué puede haber de penoso en trabajar con Él, si somos glorificados con Él? (2)

(1) Cf. Parte V, *Introducción*, 4; III, 5, 6; IX, 10; XV, 4.
(2) Matth., V, 48.
(3) Joan., XIV, 23; I Joan., III, 24.
(4) Ephes., IV, 24; Col., III, 10.
(5) Ephes., III, 17.
(6) Rom., XIII, 14; Gal., III, 27.
(7) Gal., II, 20; Phil., I, 21.

Así, pues, la empresa del cristiano se limita al deber de amar con todas sus fuerzas á Aquél que primeramente le ha amado. (3) El amor es insaciable; es también un poder inexorable. Él ha hecho á Jesucristo semejante á nosotros, y nos hará también semejantes á Jesucristo.

Que nadie pregunte, pues, ya si es posible ser cristiano completo. No sólo es posible; es fácil y aun dulce. Nada hay tan dulce como el amor. Ahora bien, lo que constituye al cristiano, es el amor á Jesucristo.

(1) II Cor., III, 9.
(2) Rom., VIII, 17.
(3) I Joan., IV, 19.

CONFERENCIA XXVI

EL FIN

1. La carrera del mundo y su recompensa.—Para ofrecer un ejemplo de dicha terrestre y de grandeza humana, aquella Edad Media, tan ingeniosa, escogió preferentemente á Alejandro el Grande. Aquí, la poesía estaba en armonía con la historia, pero con la diferencia de que hermoseaba á su manera la leyenda que explotaba. Así fué como, entre otras cosas, hizo llegar al poderoso conquistador, durante su expedición á través del mundo, á un bosque encantador. Árboles gigantes, de tal modo entrelazaban sus ramas, que sólo algunos rayos perfumados de sol indicaban el día radiante que resplandecía sobre sus cimas. Pequeños arroyos corrían con dulce murmullo; el aire cargado de aromas acariciaba dulcemente las mejillas. En todas las ramas, oíase el canto de los pájaros, que despertaba los ecos del bosque y hablaba al corazón. Aquellos héroes estaban allí como embriagados. Extendíanse ante ellos millares de flores, tan grandes, tan bellas, como jamás habían visto otras semejantes. De resplandeciente blancura ó teñidas de púrpura, difundían un aroma maravilloso. De repente se abre un cáliz, luego otro; y de cada uno de ellos sale una hada blanca como la nieve y sonrosada como la aurora, tanto, que la tierra jamás ha visto otras semejantes. Y estos seres maravillosos salen constantemente en mayor número, danzan en coro ante los espectadores, ebrios de placer, y cantan sus dulces canciones. Y todos sus movimientos, y todas sus palabras, responden á su belleza sobrehumana.

Aquellos guerreros habituados á la victoria siéntense entonces heridos de estupor. ¡Allí acaban sus fuerzas, irresistibles hasta entonces á todos sus adversarios! ¡Allí acaba su orgullo, que todo lo pisoteaba! ¡En un abrir y cerrar de ojos, han olvidado que tienen ante sí un mundo para conquistar! (1) ¡Adiós, gloria, mundo; adiós, honor y conciencia! ¡Todos van á entregarse á la alegría, á los goces, hasta morir, sí, hasta morir! ¡Cómo todo esto se ha realizado prontamente y á la letra! (2) Aquellas hadas, cuyo simple aspecto había cautivado á aquellos hombres de hierro, no tenían una vida más larga que todo lo que es seductor. Sólo florecían á la sombra; (3) apenas las tocaba un rayo de sol, cuando quedaban ajadas; tres meses y doce días tardó en morir la última. Llenas de encantos en un semidía crepuscular, volvían á su nada, desde que la luz viva las tocaba.

«¡Cuán deprisa pasa el tiempo!, con él huye la alegría. Murieron todas las flores, y también las hermosas hadas. Los árboles quedaron despojados de sus hojas; secáronse todas las fuentes, y los pajarillos cesaron de cantar.» (4)

¡Tal es el mundo y tal su recompensa! Millones de personas han visto esto; no es necesario recurrir á leyendas é imágenes. Los servidores del mundo son los que mejor saben lo que quiere decir engolfarse en alegres esperanzas, y acabar de repente en un tormento súbito: pagar un momento de engañadora lisonja con amargos reproches del corazón y con las burlas de aquel que los llenó de ilusiones. La dicha y el contento les parecen inconciliables de ordinario; cuanto más penosa es su adquisición, más dulce es el goce, más doloroso el fin.

Esta fuente ha proporcionado siempre á los poetas quejas sin fin sobre la manera como el mundo recompensa á sus servidores, el mundo, cuyo amor muestra la puerta á sus

(1) Lamprecht, *Alexanderlied* (Weissmann), 5004.
(2) *Ibid.*, 5136.
(3) *Ibid.*, 5179.
(4) *Ibid.*, 5188-5194. Cf. *Warnung*, 1911 y sig.

devotos más fieles, y cuya ingratitud é infidelidad vela en todos los caminos. En nombre de todos, canta Walther de Vogelweide:

«Me he entregado al mundo, le he servido, y voluntariamente le hubiera servido aun más. Pero ¡ay! ¡cuán poco agradecido es! ¡Ah!, lo comprendo muy bien, siquiera sea en parte!» (1)

Sólo en parte lo comprende,—suspira el poeta.— Poco es, pero es ya demasiada infidelidad para él. Es una desgracia que sólo lo comprendan á medias los pobres engañados. De aquí que esto continúe sin cesar, de generación en generación, de siglo en siglo. Siempre esos suspiros, esos descontentos, esas rupturas y esas críticas, para volver á empezar de nuevo con quejas lánguidas, con súplicas; después, una nueva servidumbre más indigna y malos tratamientos más excesivos, hasta el fin de la vida. Y entonces viene la última confesión:

«Ahora veo cuánto tiempo he andado errante, sin guía, privado de toda alegría. Esta corta palabra *alegría*, es para mí como un sueño. El arrepentimiento cae con todo su peso sobre mí.» (2)

Y con el testamento de la desolación,

«Huye, ¡oh placer!, pues me consumes torturándome; huye, ¡oh esperanza!, pues jamás eres para mí una realidad», (3)

se van, como lo dice el poeta favorito, *in æternum exilium*, (4) en eterno destierro. Estaban engañados y permanecen engañados.

2. La educación de la humanidad en la Antigua Alianza y su recompensa.—He aquí otro ejército, el formado por el pueblo escogido, cuando abandonaba á Egipto, dirigido por Moisés.

No se trataba aquí de espada, de bien, ni de dicha terrestre; nada de dominación sobre los pueblos, sino de

(1) Walther von der Vogelweide, 61, 8 y sig. (Pfeiffer).
(2) *Parzival*, 460, 28 y sig. (Bartsch, 9, 848 y sig.).
(3) *Anthologia Palatina*, 7, 420.—(4) Horat., *Carmen*, 2, 3, 27, 28.

un bien, sólo conocido en el antiguo mundo por aquella reducida y despreciada tropa de los hijos de Israel: la libertad de conciencia. Buscaban un país, por pequeño que fuese, donde pudiesen servir libremente, sin que nadie los molestase, al Dios de su corazón, y donde pudiesen vivir según su fe. Con la vista fija en este fin, emigraron como un solo hombre en apretadas filas. Ni el mar ni el desierto fueron capaces de quebrantar su arrojo, y el terror se apoderó de sus enemigos, cuando vieron tan resuelto á aquel pequeño pueblo. (1) Sin duda que se habían burlado de aquel puñado de mendigos, que llevaba todo su haber sobre sus hombros, sin provisiones, sin armas, sin guía, siguiendo á una nube, y dirigiéndose hacia el desierto, hacia el mar. «¡Dejad marchar á esos fanáticos insensatos! No vale la pena de levantar un solo brazo contra ellos. Cuando desaparezcan la nube y el humo, en los cuales su fanatismo cree ver á Dios, el agua y la arena del desierto los meterán pronto en razón.» Sin duda que también los israelitas experimentaron en ocasiones sentimientos de debilidad, y se preguntaron si no era aquello una ilusión, si no eran insensatos engañados, si jamás podrían alcanzar el fin á que se dirigían. Pero cuando el mar se abrió ante ellos, cuando las aguas del Jordán formaron un muro, en vez de seguir su curso, cuando las murallas de las fortalezas cayeron por tierra en su presencia, aquellos mismos, que hacía un momento vacilaban, dudaban y reían, vieron que lo que percibían ante ellos en la oscuridad de la fe, y hacia lo cual habían encaminado todos sus esfuerzos, sometidos á largas pruebas, á una ansiosa esperanza, y á penosas luchas, era algo más que una vana ilusión. Lo que habían arriesgado era mucho, pero lo ganado era todavía más. Su debilidad era grande, pero más grande aún era su falta. A pesar de esto, el arrepentimiento, la obediencia, la fidelidad al pacto concertado con Dios, compensaron con largueza todas sus fatigas. Cuando hubieron llegado al país de la Tierra Prometida, y conocieron sus riquezas, se aver-

(1) Exod., XV, 14 y sig.; Deut., XXVI, 8; Jos., II, 24; VI, 1.

gonzaron de sus dudas. Pero aquello era únicamente una bendición terrenal, porque la otra recompensa, la verdadera, les estaba todavía reservada. Sin embargo, los indemnizó ya ampliamente de todos los peligros que habían corrido, y confesaban con alegría ante el mundo entero: «No nos hemos engañado.»

3. La educación del hombre nuevo por Cristo.—He aquí otro movimiento completamente distinto de tropas, el que tuvo lugar á través del mundo, en los días en que reinó la paz por primera vez sobre la tierra entera, porque, agotada por la violencia y la efusión de sangre, había perdido la fuerza por la inquietud á que estaba acostumbrada.

Tratábase esta vez seriamente de someter toda la tierra, todos los pueblos y todos los hombres á un nuevo cetro. El lanzarse á semejante empresa, era exponerse á grandes peligros, y esto en un momento en que el capricho de un amo podía obligar á toda la humanidad á comparecer ante sus sicarios, á dejarse contar y valorar. Ofrecer una lucha á aquel poder formidable, que disponía de dos escuadras, de un ejército permanente, que se elevaba por lo menos á veinticinco legiones,—¡y qué legiones! (1)—sin contar los medios extraordinarios de que podía disponer en caso de guerra, (2) á aquel poder ante el cual sucumbía cualquier otro que se levantase contra él, suponía una fuerza como, sin duda alguna, jamás podrá sostener la tierra otra igual.

Ahora bien, he aquí que no fué un rey, ni un general, ni un filósofo, el que emprendió esta empresa, sino que fué —¡cosa apenas creíble!—el hijo de un carpintero, (3) nacido en el rincón más despreciado de Judea, de aquella nación la más despreciada de las naciones. (4) Ni siquiera había estudiado en las escuelas las Santas Escrituras de su pue-

(1) Tacit., *Annal.*, IV, 5. Cf. Dio Cassius, 55, 23.
(2) Cæs., *Bell. civ.*, 3, 3. Liv. 21, 55; 42, 35. Plutarch., *Anton.*, 61, 1. Polybius, 3, 76, 4. Cf. Appian., *Rom. hist. præf.*, 10. Champagny, *Les Césars*, (5) III, 343 y sig. Mommsen-Marquardt, *Ræm. Alterthümer*, (2) V, 430 y s.
(3) Matth., XIII, 55.
(4) Joan., I, 46; VII, 41.

blo, (1) ni, con mayor razón aún, se había formado en el estudio de la filosofía profana. Hasta la edad de treinta años, manejó la sierra, (2) y, más tarde, vivió de los dones voluntarios de algunas mujeres piadosas. (3) En vez de un ejército de héroes que desafiasen valerosamente la muerte, de sabios ó de oradores, cuya palabra poderosa pudiese poner en pie de guerra á todo un mundo, iba acompañado de doce hombres, pescadores y publicanos de Galilea, pobres como Él, sin defensa como Él, tímidos como niños; y apenas los hubo iniciado en los primeros rasgos fundamentales de un plan gigantesco, cuando los envió á un mundo que le era hostil, para hacerlos pronto capaces de realizar su empresa: la conquista del universo.

Pero ¡qué misión para semejante fin! Enviólos al mundo, no en filas apretadas como un ejército bien equipado, sino únicamente de dos en dos, sin armas, sin alforjas, sin calzado, sin pan, sin dinero, sin bastones. (4) ¿No era esto la negación de toda prudencia humana? ¿No quería decir esto á la letra, enviar á los Apóstoles como corderos en medio de los lobos?

Si se tratase aquí de planes humanos, y únicamente de medios terrestres, jamás empresa alguna humana hubiese sido comenzada con menos reflexión. Pero esta vez se trataba de otros fines. Para echar por tierra el antiguo orden de cosas, y formar un nuevo imperio del mundo, que no era de este mundo, (5) aunque debía fundarse en el mundo, se necesitaban dos cosas. En primer lugar, caracteres independientes, libres, activos por sí mismos. De aquí que los primeros representantes de la nueva humanidad, destinados á convertirse en testimonios de la verdad, debían ir hasta las extremidades de la tierra, (6) y, aunque rechazados, odiados, flagelados, conducidos á la muerte,

(1) Joan., VII, 15.—(2) Marc, VI, 3.
(3) Matth., XXVII, 55. Marc, XV, 41. Luc, VIII, 3.
(4) Matth., X, 1 y sig. Marc, VI, 7 y sig. Luc, X, 1 y sig.
(5) Joan., XVIII, 36.
(6) Luc, XXIV, 48. Act. Ap., I, 8; II, 32; III, 15; V, 32; X, 39, 41; XIII, 31; XXII, 15; XXVI, 16.

llevar el nombre de Jesucristo ante los reyes y los pueblos. (1) De aquí que—lo repetimos—los preparadores de la nueva vida debieron ser destetados á tiempo, para no ser siempre amamantados. Y debieron comprender en toda su importancia la gran frase que da al carácter del cristiano su último temple: «Os conviene á vosotros que yo me vaya.» (2)

Pero todavía tenían más necesidad de otro bien, sin el cual nadie podría aspirar á la fuerza de carácter, á la energía, al sacrificio: la confianza ilimitada en Dios y la adhesión completa á Él. Aunque el Señor sólo ha dado esta arma á un corto número, podía, no obstante, enviarlos al combate contra el mundo, pues estaba seguro de la victoria. Lo que en el tribunal de la prudencia puramente terrenal hubiera sido condenado como insensato, reviste el carácter de prudencia sobrehumana, cuando tiene por objeto una empresa sobrenatural, y, no obstante, humana, como lo es el Cristianismo. Y el éxito, que es la única prueba que tiene valor á los ojos de los hombres, justificó entonces, como siempre en sus descendientes, esta prudencia, desde luego no comprendida y desconocida. (3) En la medida en que los discípulos habían emprendido su primer viaje con el corazón afligido, volvían con el rostro alegre. «Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?»—Y ellos respondieron: «Nada.» (4)—«¿Y ha habido algo que os haya podido resistir?»—«Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre.» (5)—«Confesadlo, pues; no habéis sido engañados. No os sorprendáis de lo que podrá sobrevenir; jamás seréis engañados.»

4. La misión del Cristianismo.—Esto era únicamente un preludio, en comparación de los graves acontecimientos que iban á seguir. Su Maestro lo sabía bien, y, por

(1) Act. Ap., IX, 15.
(2) Joan., XVI, 7.
(3) Matth., XI, 19. Luc, VII, 35.
(4) Luc., XXII, 36, 37.
(5) Luc., X, 17.

cuanto ellos carecían de todo el conocimiento, les dijo que vencería al mundo, no por su sabiduría divina, no por los milagros, ni siquiera con el ejemplo de la santidad, sino solamente por la lucha hasta derramar sangre, por la muerte: «Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo.» (1) Y les predijo también que no vencerían por otros medios que por Él, su Maestro, (2) es decir, por la lucha, por la persecución.

Pero, aun cuando conociesen todo esto, y aun cuando el recuerdo de estas palabras hubiese podido fortificarlos en la fe, (3) dejaban traslucir al hombre, al punto mismo en que las cosas se ponían serias. Olvidaban lo que habían aprendido y visto en su primera escuela; olvidaban que no tenían algo de mejor en perspectiva. Mas esto era perdonable, porque la empresa que debían resolver era demasiado importante; la resistencia que su Maestro había despertado ya, era demasiado poderosa, y su situación demasiado seria, para que un hombre pudiese tener el derecho de censurarlos, porque ellos, huérfanos, sin guía, sin socorro, sin protección, sin consejo, huyesen por miedo á sus enemigos, cerrando las puertas tras de sí. (4) ¿Qué hombre se atrevería á afirmar de sí mismo que, en semejante situación, se hubiera conducido de otro modo? Y, si hubiese seguido otra conducta como hombre, ¿qué hubiera podido confiar á su poder humano, á su virtud humana? ¿Qué hubiera podido hacer, sino mostrarse completamente infiel á la causa que estaba obligado á sostener?

En su angustia, y aun podríamos decir en su desesperación, los discípulos del Maestro quizás hicieron más de lo que harían todos los que discuten esta materia. Como hombres, no hicieron más de lo que podían hacer.

Pero apenas fueron penetrados del poder de lo alto, (5)

(1) Joan., XII, 32; VIII, 28; XVIII, 32; Cf. Luc, XVIII, 32, IX, 44 y sig. Matth., XVII, 21; XVI, 21; XX, 18. Marc, VIII, 31; IX, 30; X, 33. Jerem., XXX, 21.
(2) Matth., X, 21 y sig. Joan., XV, 20 y sig.; XIII, 16. Luc, VI, 40.
(3) Joan., XVI, 1 y sig. (4) Joan., XX, 19, 36.
(5) Luc, XXIV, 49. Act. Ap., I, 4.

cuando se vió de lo que son capaces hombres, y hombres como los demás, tan pronto como un auxilio sobrenatural purifica y aumenta sus fuerzas naturales. Bastó que un instante les permitiese apenas hacerse cargo de su situación, para armar toda la tierra contra ellos; pero el desarrollo de todo este poder, no quebrantó su confianza.

Si hay algo capaz de excitar nuestra admiración, es ciertamente el asalto general que, en aquella época, dirigió contra esta pequeña tropa de hombres nuevos el orgulloso mundo. Siempre ha ocurrido lo mismo. Para que una potencia como el Imperio Romano, el cual, semejante á una inmensa boa, se había tendido á la larga, para reposar cómodamente, después de haber devorado á su último enemigo, y engullídose todos los pueblos de la tierra, se alzase de repente, y llenase el mundo de espanto, preciso era que un poder más fuerte que él quisiese dominarlo, que le amenazase un peligro terrible.

Pero ¿dónde estaba y quién era este adversario? ¿Cuál era su intención? En aquel mundo erizado de armas, vemos un puñado de pescadores, de esclavos y de mujeres. ¿Por ventura es esta la piedra que formará el alud con que el coloso de hierro teme ser aplastado? (1) ¿Por ventura teme Nerón verse obligado á descender del trono por ellos, por ellos, que serían los primeros en protegerle con peligro de su vida, si sus enemigos quisiesen destronarle? Sí, así es en realidad. Son un peligro, pero sólo porque no viven según el mundo. Sólo sus principios son ya la condenación del mundo. He aquí la razón por la cual su simple aspecto le es insoportable, y su vida es su muerte. (2) Por esto se les excluye de los beneficios de las leyes generales, y se les somete á leyes de excepción, (3) únicamente para que nadie pueda dudar que son precisamente aquel pueblo del cual se había dicho hacía ya mucho

(1) Dan., II, 34; 44, 45.
(2) Sap., II. 10 y sig.
(3) Basilius, *Hom.* (5) *in mart. Julittam*, 1 (II, 33 e). Justin., *Apol.*, I, 24. Athenagoras, *Legat.*, 1, 2. Tatian., *Adv. Græc.*, 27.

tiempo: «No son como los demás, son un pueblo que no se parece más que á sí mismo.» (1)

Jamás vió el mundo un contraste más extraño. Allí un poder tan grande y tan fuerte, que apenas puede soportarlo la tierra; aquí una sociedad pequeñísima, inofensiva, la cual, sin embargo, sin que ella misma lo sospeche, es un terror para el mundo, y llena el mundo, aunque no le dé ni siquiera un pequeño rincón para reposar, y le supera de un modo infinito, aunque ponga el pie sobre su cabeza para aplastarla.

Los miembros de esta pequeña sociedad se dispersaban entonces como lo hacen hoy, el uno para ganar su pan cotidiano, el otro con el azadón y el arado, en los campos. Aquí una joven, cuyos ayunos y vigilias no han podido borrar de su rostro los rasgos de la belleza y de la nobleza de sangre, y que se aleja para recoger á los niños que los padres han abandonado, ó cuidar á los leprosos repugnantes y groseros. Allá un sacerdote del Señor, al que todos los insultos, todas las amenazas de prisión y muerte, no podrían impedir llevar la luz de la fe á los ignorantes, el consuelo de la esperanza á los desesperados, pan á los hambrientos, la reconciliación con Dios á los moribundos, y la vida en la muerte.

No es esta una sociedad que se haya separado del conjunto para trabajar en perjuicio de la humanidad, como lo son las sociedades secretas, (2) sino una sociedad sólidamente establecida y bien organizada. No conoce los fines ocultos; no anda por vías secretas, sino que vive y obra en pleno día. Todos son invitados á entrar en ella, y aun todos están obligados á ello. Sus miembros no se reconocen por signos sospechosos; al contrario, mientras que todo el mundo puede reconocerlos, con frecuencia pasan ellos el uno al lado del otro sin reconocerse; y si, por casualidad, se encuentran en la iglesia, ó en una obra de caridad cristiana, se muestran profundamente asombrados de haber-

(1) Num., XXIII, 9.
(2) Cf. Thucyd., 8, 54, 4.

se visto ya tantas veces y no haber pensado que son hijos de un mismo espíritu. Mientras que el mundo espía todos sus pasos, no se le ocurre á uno fijar la atención en otro; de tal modo se preocupan por la única idea de cumplir sus deberes, por el único cuidado de agradar á Dios.

Con esta consigna, ha emprendido cada uno su camino. Las puertas del cielo son el punto para el que se han dado cita. Saben de antemano que sólo pueden esperar desconocimiento y persecución de parte de aquellos que no conocen á ellos ni conocen á Dios. [1] Sin embargo, no es esto lo que les detiene, ya que con esta única condición han entrado al servicio de Jesucristo. [2] Su conciencia, la fidelidad á sus convicciones y la gracia del Espíritu Santo, son el bastón sobre que se apoyan, y la fuerza que los sostiene. Obedecen, verdad es, á autoridades visibles; se someten á leyes externas, se sirven de medios físicos de salud; pero, por encima de todo esto, una vía, por la cual marchan, un jefe supraterrestre, al cual siguen, y una patria espiritual, á la cual esperan llegar, se ocultan á las miradas humanas. Y esta vía, este fin, este guía, y aun más, su única esperanza, su amor, su consuelo y su fuerza, es ese Maestro divino, á la vez su hermano y su Dios, en una sola persona, Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. [3]

En Dios riñen sus combates, no con armas terrenales, [4] sino con el escudo de la fe, el casco de la esperanza, la espada de la oración, la coraza de la mortificación; en Él resisten igualmente á los espíritus de las tinieblas, con las flechas de la caridad, que traspasan las nubes y vuelan hasta el trono de Dios; [5] en Él encuentran la fuerza para llevar una vida, no según la carne, aunque sí en la carne. Su solo nombre les da una seguridad, que, á los ojos de los

(1) Joan., XVI, 3.
(2) Tertull., *Ad Scap.*, 1.
(3) Cf. Augustin., *In psalm.* 60, *en.* 4.
(4) II Cor., X, 4.
(5) Ephes., VI, 11 y sig. I Thess., V, 8. Cf. Sap., V, 19. Ignatius *Ad Polyc.*, 6. (August.) *De symbolo ad Catechumen.*, 1, 2 (VI, 555 y sig.).

extraños, parece un fanatismo. «¿No te avergüenzas—preguntaba el pagano á la noble Ágata—de formar parte de una comunidad tan despreciable?»—«Yo pertenezco á Jesucristo, que es más noble que toda nobleza»;—tal fué su respuesta. [1] —«¿Crees poder soportar esta tortura?»—preguntaba el juez á la delicada Blandina, por la cual hasta temblaban sus propios compañeros.—«Pertenezco á Jesucristo»;—tal fué su respuesta. [2]

«¿No veis, pues, insensatos, que se os engaña?» [3]—Así es como se han burlado millares de veces de la fe de nuestros antepasados.—«Pertenecemos á Jesucristo»;—tal ha sido su única respuesta. En esta confesión, la vergüenza era para ellos alegría, y el dolor refrigerio. El nombre de Jesucristo les hizo vencer á todos los poderes de la tierra, y transformó finalmente su esperanza en realidad. Diocleciano abdicó, la estatua de la Victoria abandonó la curia romana, los dioses descendieron de sus altares; Jesucristo venció, y fué colocado en los templos, en los techos de las casas, en los estandartes, en los corazones. Y los que tuvieron confianza, no fueron engañados.

5. La situación del hombre relativamente á la solución de la empresa del cristiano.—Y no hay nadie que no quiera entrar decididamente al servicio de este Jefe. El mundo no nos pertenece aún, ni mucho menos; ó, por mejor decir, está todavía muy distante de ser el reino completo de Jesucristo. Todavía no pertenecemos del todo á Jesucristo; todavía nos pertenecemos á nosotros mismos. Aunque hace mucho tiempo que trabajamos, todo en nosotros está en sus principios, todo está incompleto, no terminado aún. Aunque hace mucho tiempo que hemos salido de Egipto, solamente estamos á mitad de camino, y todavía no vemos el fin ante nosotros. Inmenso es el trabajo que hemos emprendido. Seguimos un camino, cuyo término no vislumbramos. No sólo atravesamos desiertos, sino que pa-

(1) II Cor., X, 3.
(2) *Acta S. Agathæ*, 1, 4 (*Acta S. S.*, Febr. 1, 615).
(3) Eusebius, *Hist. eccl.*, 5, 2.

samos también por regiones sonrientes y fértiles que reemplazan con creces el país que hemos abandonado. Pero no debemos detenernos en ellas, porque todavía no hemos llegado á nuestra patria, en la cual nos esperan cosas mucho más grandes. El país que hemos abandonado, está detrás de nosotros; aquél, hacia el cual nos dirigimos, está aún lejos de nosotros. (1)

Entre tanto, suspiramos bajo el peso de la dificultad, para convertirnos en hombres nuevos, dignos de la nueva patria, hacia la cual nos dirigimos constantemente.

¡Qué gran palabra! ¡Hombres nuevos! La diferencia entre un hombre que tiene intenciones puramente terrenales y un hombre puramente cristiano, es más grande de lo que uno cree. (2) No basta borrar algunas manchas, ni remendarse algunos desgarrones, ni blanquear las puertas amarillentas. Nadie pone el vino nuevo en odres viejos. (3) Nadie cose una pieza nueva á un vestido viejo. Todo debe ser enteramente nuevo; desde luego el corazón y el espíritu, (4) y, con esto, el resto, hasta que se haya realizado una nueva naturaleza en Jesucristo, (5) un hombre completamente nuevo.

Sí, todo debe ser completamente nuevo, el pensamiento y la acción, el arte y la ciencia, la vida privada y la pública. Nada queda exceptuado aquí. Créese á veces que es insensato hablar de la filosofía ó de la historia cristiana. No afecta en nada á la ciencia—se dice—que aquí la enseñe un cristiano, y allí un pagano. Y aun se añade: es indiferente confiar una cátedra á un cristiano ó á cualquiera que no lo sea. No y mil veces no; esto no es lo mismo. Los que más afirman esto, son los que mejor saben que no es indiferente. Y si no, ¿porqué se ingenian tanto en excluir á los cristianos celosos de todos los empleos?

(1) Augustin., *Ps.* 72, *en.* 5.
(2) Macarius, *Hom.* 5, 43, 44, 46. Augustin., *S.* 198, 2, 3.
(3) Matth., IX, 16 y sig. Marc, II, 21 y sig. Luc, V, 36 y sig.
(4) Justin., *Dialog. contra Tryph.*, 8. Macarius, *Homil.* 43 etc...
(5) II Cor., V, 17. Gal., VI, 15. Ephes., II, 10. Apoc., XXI, 5. Is., XLIII, 19.

Un cristiano debe tener otros ojos, otros miembros que un pagano. Ve las cosas en una luz más elevada y clara; no las ve de otro modo que un hombre á quien los prejuicios y las pasiones turban la vista; pero las ve mejor. (1) Para no poner en peligro su pureza ni su recogimiento, debe apartar los ojos de muchas cosas que arrebatan al hombre carnal la paz del alma y la reflexión. No sólo debe hacer más que los otros hombres vivientes, sino que debe también servirse de sus manos de un modo más perfecto. Es una gran desdicha, y la razón por la cual muchas acciones bien intencionadas no prosperan, el que no consideren con frecuencia los cristianos que no puede únicamente bastarnos practicar las obras cristianas como el mundo las practica. (2) Debemos hacer lo que convenga, pero debemos hacerlo como es debido. (3)

Y esta buena manera de hacer las cosas, muestra siempre al cristiano el ejemplo de Aquél cuyo nombre lleva. Debe hablar de modo que su lengua se asemeje á la lengua de Jesucristo; debe hablar, no con fuerza maravillosa, sino con moderación y modestia. (4) Debe aprender á sufrir como Jesucristo; debe llevar sobre su cuerpo la mortificación de Jesucristo; debe procurar asemejarse á Él en sus aspiraciones, para participar de una nueva vida en su resurrección. (5)

Todos estamos todavía en medio de esta empresa. Ninguno de nosotros puede lisonjearse de haberla resuelto; por lo contrario, todos consideran el simple pensamiento de no ser ya perfectos como un signo de que les amenaza el peligro de convertirse en infieles á su destino. Pero, aunque sintiendo dolorosamente que no nos asemejemos á nuestro Modelo, aspiramos, no obstante, jovialmente al fin que la gracia de Dios nos ha fijado. (6)

(1) Nilus, *Ep.*, 210.
(2) Augustin., *C. Faust.*, 20, 23.
(3) Deut., XVI, 20. Sap., VI, 11.
(4) Chrysost., *In Matth., homil.* 78 (79), 3.
(5) Col., I, 24. Phil., III, 10, 11. II Cor., IV, 10.
(6) Phil., III, 12 y sig.

Sólo porque queríamos ser ó convertirnos en cristianos,[1] sabíamos ya que tendríamos que sufrir en el mundo, porque ya se nos había predicho esto, y nos habíamos preparado á ello desde el principio.[2] Pero esto nos inquieta poco. Gemimos, y tenemos aún muchos más motivos para gemir sobre nosotros y sobre lo que nos rodea, aunque el mundo nos deje tranquilos, porque la causa de nuestra inquietud no consiste en que estemos obligados á sufrir por Jesucristo, por la justicia y por nuestra conciencia, sino porque encontramos todavía tantos vestigios del viejo Adán en nosotros, que no hemos llegado todavía cerca de Jesucristo, nuestro fin y el objeto de nuestros deseos, ni todavía nos asemejamos á Él.[3]

Pero mucho se engañaría el que se sintiese tentado á creer que esta continua inquietud y estos esfuerzos nos roban el reposo del corazón. No; lo confesamos ante el mundo entero. No somos desgraciados, sino que estamos contentos y somos felices, tanto como es posible serlo en este mundo. Somos más felices en medio de estos combates y de estas luchas por la perfección, infinitamente más felices, que lo éramos cuando vivíamos únicamente para el mundo y para un placer, del cual, no obstante, jamás hemos gozado. Ciertamente, nada tememos tanto como estimarnos demasiado; pero cuando alguien dice que, con nosotros y por nosotros, en nada se ha mejorado el mundo, desde que nos hemos hecho cristianos, y desde que hemos procurado llevar una vida de cristianos, este tal no dice la verdad, ó, por lo menos, no la conoce. Si nos dice que las cosas no son todavía perfectas, y de ello mucho se falta, le prevenimos y confesamos que no nos atrevemos ni siquiera á decir que son buenas. De todo corazón damos gracias á Dios de ser mejores, por su gracia, como cristianos, de lo que lo éramos como hombres. Y aun suponiendo que nada en nosotros se haya hecho mejor, tenemos por lo menos

(1) II Tim., III, 12. Eccli., II, 1. Matth., X, 22. Joan., XVI, 1 y sig. I Thess., III, 3. I Petr., IV, 12. Job, XII, 4. Tob., III, 21. Prov., XIV, 2.
(2) Augustin., S. 46, 11.
(3) Id., *Ps.* 122, *en.* 2.

que considerar ya como una gracia muy grande, y como el principio de la salvación, el habernos dado cuenta de nuestra debilidad, mejor que antiguamente, en el tiempo en que vivíamos como hombres que ignoran á Jesucristo,[1] y que se contentan con un vulgar poco más ó menos. Pues aunque esto no sea mucho, es por lo menos un principio. Si el principio es pequeño, la marcha penosa hacia adelante nos da la esperanza de que el fin será grande y jovial. En ello hemos recibido ya mucho más de lo que hemos sacrificado.[2]

De aquí que, no sólo estemos contentos de haber encontrado la paz en Dios y en nosotros, y de haber dado acceso en nosotros á la gracia por la fe, sino que nos vanagloriamos igualmente de la esperanza de la glorificación futura de los hijos de Dios; y esto precisamente á causa de nuestras pruebas, porque la prueba provoca la energía, la energía la acción, la acción la esperanza, y la esperanza que se basa en la justicia y en la conciencia, sacrificios y sufrimientos que soporta uno por Dios; y esta esperanza, que hace á uno feliz en grado superior á toda expresión, no engaña jamás.[3]

No, verdaderamente, no hemos sido engañados; de ello ponemos por testigos á Dios, á nosotros mismos y al mundo entero.

6. El fin lo decide todo.—Puede ocurrir que, en medio de las tempestades y de las luchas, se oscurezca con frecuencia esta verdad. En este mundo, no hay nadie que, tomando el bien á pechos, no haya tenido horas, y quizás también años, de tristeza y oscurecimiento, de esta prueba, la más penosa de todas, cuando la duda gesticulante nos mira de frente, cuando todo consuelo nos abandona, y cuando está uno á punto de perder el valor.

Pero el sol no permanece eternamente oculto por las nubes. Tarde ó temprano reaparece, é ilumina las tinieblas con los rayos de su dulce luz; y jamás el mundo brilla á

(1) Cf. S. Hieronymi (Lupi de Oliveto), *Regula monachorum*, introd. (opp. Martian., V, 343). Cassian., *Coll.*, X, 11.
(2) Hieronymus, *Ad Pammachium* (Mart. 66, Vallarsi. 54).
(3) Rom., V, 1-5.

nuestros ojos con resplandor más vivo, que después de los furores de una prolongada tormenta, cuando el sol poniente envía sus últimos rayos á la tierra, que comienza á revivir.

Tal es la mirada que una alma purificada en el crisol del sufrimiento lanza á la vida en el momento de abandonar la tierra. Entonces desaparece toda ilusión. Entonces la luz de la eternidad comienza á brillar tímidamente á través de nubes menos sombrías. Ha pasado el tiempo de la prueba y se ha realizado la purificación. En la tempestad y en la angustia, la verdad ha dado pruebas de que es indestructible, y de que ha purificado al alma de sus escorias. Lo que uno piensa en ese momento serio, decisivo, en que caen todos los velos, y desaparecen todos los errores, y lo que los miembros más grandes y más santos de la humanidad han pensado de nuestra fe y de la vida vivida en el espíritu de esta fe, en esas últimas horas de la vida, que son al propio tiempo las primeras de la verdad, es ciertamente la verdad pura y completa.

En esta hora decisiva, Moisés, el servidor de Dios, estaba en la cumbre del Nebo. Tenía tras de sí una larga y penosa vida. Todo lo había sacrificado por Dios y por su pueblo: la corte, la libertad, el reposo. Había soportado en sus compatriotas una carga tal, que á veces se creía á punto de sucumbir; [1] había llegado al término de su carrera, y no había realizado por completo su misión. Como el sol, —y esto para nuestro consuelo—aquel gran hombre no era sin tacha. De aquí que no alcanzase por completo el hermoso fin que le había sido asignado aquí bajo, por lo que únicamente le fué permitido lanzar una mirada á la Tierra Prometida. Pero aquella mirada era para él una indemnización más que suficiente de las penas inauditas soportadas durante una vida de ciento veinte años. Partía de este mundo sin penas, porque veía que no se había engañado ni había engañado á los suyos.

Algunos millares de años después, uno de los más ilustres hijos del siglo XIX, Lacordaire, había llega-

(1) Num., XI, 11 y sig.

do á este momento decisivo. Evidentemente, nadie piensa en compararlo con Moisés, pero era un hombre del que hay derecho á hablar, aunque se haya admirado á otros más grandes. También él lo había sacrificado todo por Dios y por su pueblo; también él había consumido su vida para realizar una hermosa empresa. Sin duda que todo esto no es nada en comparación de los hechos realizados por Moisés; y, sin embargo, su fin es más envidiable que el del amigo de Dios. El más pequeño en el reino de Cristo es más feliz que el más grande de los que no han tenido la dicha de vivir y de madurar bajo su sol. [1] La muerte del jefe de Israel fué bella, pero la del orador cristiano es más envidiable. Vedlo allí, tendido sobre su lecho de dolor, mudo, privado en apariencia de conocimiento. Sus hermanos, arrodillados en torno suyo, guardan, llenos de dolor indescriptible, respetuoso silencio. Durante quince días se ha purificado de sus manchas esta alma ardiente, en medio del dolor y de la resignación, por el más penoso y último de todos los sacrificios, el de la calma, el del silencio. Pero he aquí que esta empresa está ya realizada. De repente extiende el moribundo sus brazos, y con aquella voz maravillosa, que había vuelto á Dios una época olvidada de sus deberes, lanza un grito que muestra hasta donde había llegado: «¡Dios mío, Dios mío: abridme!» [2] Y ante él abriéronse las puertas de la luz eterna, á la que siempre había dirigido sus miradas en el crepúsculo de esta vida terrenal. No se había engañado, cuando dijo que era preciso perdonar al que combatía en primera fila, si no volvía sin heridas y sin tropiezos. Pero, por lo menos, su fe y su esperanza jamás habían vacilado. También él, en la hora decisiva, tuvo el consuelo de decir: «No me he engañado.»

Esta misma hora decisiva sonará para ti y para mí, para todos nosotros, y quizás muy pronto. ¡Oh cristiano, se verá el valor de tu vida, se verá si te engañaste,

(1) Matth., XI, 11. Cf. *Isidor. Pelus.*, 1, *ep.*, 68.
(2) Montalembert, *Le père Lacordaire*, 281. Bleibtreu, *Lacordaire*, 245.

cuando te consagraste á Dios! Tu trabajo terrenal se realizará—así lo espero—por la gracia de Dios. No te habrá corrompido el mundo con sus lisonjas. Ahora que vas á abandonarlo, es justo contigo. Empiezas á serle indispensable, en el momento en que tendrá que pasarse sin ti. Pero tus obligaciones para con él han terminado ya; tus deudas con Dios están saldadas, y cumplidas las últimas exigencias de la religión. Ante ti se alza el sacerdote que pronuncia estas palabras: «¡Parte, alma cristiana! ¿Qué tienes, oh alma? ¿Por qué vacilas?»—«¡Oigo bien; os sigo! ¡Tened paciencia un momento! Preciso es que diga adiós á la tierra, la cual, con las alegrías y sufrimientos que me ha procurado, ha sido para mí la escala que me ha permitido subir al cielo. Preciso es que ofrezca el último suspiro á cada uno de mis miembros, por haber servido tan bien á Dios en el orden de mi salvación. [1] Preciso es que reuna todos mis sentidos, para poder comprender el consuelo que me penetra. Estoy dispuesto. Sí, te sigo ¡oh Señor! Tú me has precedido en la vida; tú me has precedido en la muerte. Desde que estoy á tu servicio, no me has hecho mal alguno, [2] sino bien sin medida. ¡Concédeme ahora la última gracia, y acógeme! ¡Ábreme, ábreme! He descuidado muchas cosas; he faltado gravemente; pero tu gracia todo lo ha trocado en bien. Mis pecados han sido excesivamente grandes, pero tu gracia ha sido más grande. [3] ¡Gracias por todo lo que has hecho por mí! ¡Gracias por todo lo que he hecho por ti! ¡Gracias por tu sangre, que ha lavado todos mis pecados! ¡Gracias por todos los castigos que me han hecho expiar mis faltas; gracias por tus méritos, que han enriquecido mi pobreza; gracias, porque has madurado mi espíritu en la oscuridad de la fe; gracias, porque has domado con paciencia mi voluntad bajo el suave yugo de tus mandamientos; gracias, porque has fertilizado el campo lleno de espinas de mi corazón con el rocío de la gracia; gracias, porque me has madurado para la vida eterna, bajo la dulce disciplina de la Iglesia! ¡Cuán pequeñas han sido mis penas, y cuán grande es ahora mi recompensa! ¡Cuán inmenso consuelo son ahora para mí los numerosos sufrimientos que soportaste por mi salvación, en comparación de lo poco que he sufrido contigo! ¡Qué dicha haber nacido para la tierra, pero qué felicidad todavía mucho mayor por haber sido regenerado para el cielo! ¡Qué dicha haber vivido como hombre, [1] pero qué felicidad mil veces mayor haber vivido como cristiano! [2]

»Pero, basta. ¡Abridme, Dios mío, abridme! ¡Ah, he aquí que se abren las puertas de la eternidad! ¿No oís esta dulce armonía? ¿No veis la luz eterna? ¡Oh luz, oh vida, oh felicidad! ¡Oh Dios, bendito seáis! ¡No me he engañado!»

(1) Schrœder, *Der Nonne von Engelthal büchelein von der genaden überlast.*, 20, 1; 31, 29. Cf. Mechtild v. Magdeburg, 7, 65 (Morel, 495). Thomas Cantimprat., *Vita b. Christinæ Mirabilis*, 5, 48, 49 (Boll. Juli, V, 658. Palmé).
(2) Epistola eccl. Smyrn., *De martyrio S. Polycarpi*, c. 9.
(3) Rom., V, 20.

(1) Wol mich, daz ich ie zu menschen goborn ward!... ich wil sterben!—dice la hermana Berth (*Nonne von Engelthal*, 24, 1 y sig.).
(2) So wol uns daz wir kristen sint geworden! Meister Rumeslant, 7, 1, 12 (Hagen, *Minnesinger*, III, 64).

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el tomo segundo de la tercera parte de la obra titulada *Apología del Cristianismo*, escrita en alemán por el R. P. ALBERTO MARÍA WEISS, de la Orden de Predicadores, y traducida al castellano por el RDO. D. NORBERTO FONT Y SAGUÉ, PBRO., mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del tomo y entréguense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato

Barcelona 5 de Marzo de 1906.

El vicario general Provisor,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría,
LIC. JOSÉ M.ª DE ROS, *Pbro.*, *Scrio., Can.*

ÍNDICE

PARTE TERCERA

LA DOCTRINA DEL CRISTIANISMO SOBRE LA FORMACIÓN Y LA EDUCACIÓN

CONFERENCIA XIII

LA FORMACIÓN DE LA INTELIGENCIA

APÉNDICE

LA FORMACIÓN DE LA MUJER EN TIEMPO DE NERÓN

CONFERENCIA XIV

LA FORMACIÓN DE LA VOLUNTAD

PÁGS.

CONFERENCIA XV

LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

CONFERENCIA XVI

LA EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO (GEMÜTH)

PÁGS.

CONFERENCIA XVII

LA DISCIPLINA, MEDIO DE EDUCACIÓN PARA EL HOMBRE Y PARA LA HUMANIDAD

CONFERENCIA XVIII

CRISTIANISMO Y HUMANIDAD

APÉNDICE

LAS BELLAS ARTES AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD
Y DEL CRISTIANISMO

CUARTA PARTE

LA VIDA CRISTIANA

CONFERENCIA XIX

LA REGENERACIÓN

CONFERENCIA XX

LA VIDA SOBRENATURAL

CONFERENCIA XXI

LA VIDA DE LA FE

CONFERENCIA XXII

LA VIDA SEGÚN LA IGLESIA

CONFERENCIA XXIII

LA VIDA DE ORACIÓN

CONFERENCIA XXIV

LA CARIDAD

CONFERENCIA XXV

EL CRISTIANO

CONFERENCIA XXVI

EL FIN

EDITORES

